



Carl Safina

Mentes maravillosas

Lo que piensan y sienten los animales

Galaxia Gutenberg



CARL SAFINA

Mentes maravillosas

Lo que piensan y sienten los animales

Traducción de
Irene Oliva Luque, Inés Clavero Hernández
y Paula Aguiriano Aizpurua

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Beyond Words. What animals Think and Feel*
Traducción del inglés: Irene Oliva Luque, Inés Clavero Hernández y Paula Aguiriano Aizpurua

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero 2017

© Carl Safina, 2015

© de la traducción: Irene Oliva Luque, Inés Clavero Hernández
y Paula Aguiriano Aizpurua, 2017

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Imágenes: 1 © Vicki Fishlock; 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16, 17, 22, 23, 25, 26,
27, 31, 32, 33, 34 y 35 © Carl Safina; 13 © Ike Leonard; 18 © Mark Miller; 19 y 20 © Doug
McLaughlin; 21 © Alan Oliver; 24 © Patricia Paladines; 28 © Bob Pitman; 29 © Catherine
Forbes; 30 © Ken Balcomb

Imagen de portada: *True Love* © Wolf Ademeit, 2013

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-575-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A las personas en estas páginas que observan
y escuchan de verdad, y que nos cuentan
lo que oyen en el silencio y en las otras voces
que comparten el aire que respiramos.*

Pensé en las largas eras de la historia en las que las sucesivas generaciones de estos hermosos seres habían seguido su curso [...] sin que ninguna mirada inteligente se posara en su maravilloso cuerpo, echándose a perder su hermosura del modo más inútil. [...] Esta consideración me incita a afirmar que no todos los seres vivientes han sido hechos para el hombre. [...]; y su felicidad y sus goces, sus amores y odios, sus luchas para sobrevivir, su existencia vigorosa y su temprana muerte parecen estar íntimamente relacionados con su propio bienestar y perpetuación [...].

ALFRED RUSSEL WALLACE,
Viaje al archipiélago malayo, 1869
(traducción de Marta Pérez)*

Los tratamos con condescendencia por considerarlos incompletos, por enfrentarse al trágico destino de haber adoptado una forma muy inferior a la nuestra. Y al hacerlo cometemos un error, un grave error. Pues no debemos medir a los animales en términos humanos. Se mueven por un mundo más antiguo y más completo que el nuestro, disfrutan de unos sentidos ampliados que nosotros hemos perdido o que nunca adquirimos, y se rigen por unas voces que nosotros nunca oiremos. No son hermanos, no son subordinados; forman otras naciones que se han visto atrapadas con nosotros en la red de la vida y el tiempo, son compañeros prisioneros del esplendor y las penalidades de la tierra.

HENRY BESTON,
The Outermost House, 1928

* Laertes S.A. de Ediciones, 1986. (*N. de las T.*)

Índice

Prólogo. En las profundidades de la mente

PRIMERA PARTE

Barritos de elefantes

La Gran Pregunta
La misma base cerebral
¿Característicamente humano?
Circuitos ancestrales y profundos
Somos familia
La llegada de la maternidad
Amor de madre elefanta
Empatía elefantina
Por todos los duelos
Y tú, ¿cómo dices «adiós»?
Yo digo «hola»
Tira y afloja
Mentes preocupadas
Ébano y marfil
De dónde vienen los bebés elefantes

SEGUNDA PARTE

Aullidos de lobos

Hacia el Pleistoceno
El lobo perfecto
Manadas que suman y restan
Una loba llamada Seis

Promesas rotas
Días de tregua
Gloriosos parias
Allá donde nos lleven los pájaros-lobo
Música de lobos
El cazador es un corazón solitario
Voluntad de vivir
Sirvientes domésticos
Dos extremos de la misma correa

TERCERA PARTE
Quejidos, manías y animales

La teoría demente
Sexo, mentiras y aves humilladas
Vanidad y falsedad
Carcajadas e ideas descabelladas
Espejito, espejito
Y hablando de neuronas
Gentes de una nación ancestral

CUARTA PARTE
Lamentos asesinos

El tiranosaurio de los mares
Una asesina compleja
Sexo y más sexo
Visiones
Mentes diversas
Inteligente, ¿en qué sentido?
El cerebro social
Lo oculto
Con la ayuda en mente
No molestar
Tener y mantener
Personalidad a raudales
Una visión verdadera y poderosa

Epílogo. Una última pincelada

Notas

Bibliografía

Agradecimientos

PRÓLOGO

En las profundidades de la mente

Pregunta ahora a las bestias y ellas te enseñarán; a las aves de los cielos, y ellas te lo mostrarán; o habla a la tierra y ella te enseñará; y los peces del mar te lo declararán también.

Job 12:7-8, Reina Valera

Otro gran grupo de delfines acababa de emerger junto a nuestra embarcación en movimiento; saltaban, salpicaban y se llamaban misteriosamente unos a otros con sus característicos chillidos y silbidos; entre ellos había muchas crías deslizándose junto a sus madres. Y en ese momento, viéndome limitado a observar nada más que la superficie de aquellas vidas tan profundas y hermosas, comencé a sentirme insatisfecho. Quería saber qué experimentaban y por qué nos resultaban tan fascinantes y tan cercanos. Esta vez me permití hacerles la pregunta tabú: ¿quiénes sois? Por lo general la ciencia evita a toda costa las cuestiones acerca de la vida interior de los animales. Y sin duda tienen algún tipo de vida interior. Pero al igual que a un niño se le advierte que es de mala educación preguntar por aquello que realmente quiere saber, a los jóvenes científicos se les enseña que la mente animal (si existe) es insondable. Las preguntas aceptables son impersonales: dónde habitan, qué comen, qué hacen cuando se sienten amenazados, cómo se reproducen. Sin embargo, la única pregunta que podría abrirnos los ojos está completamente prohibida: ¿quiénes son?

Hay motivos para evitar una cuestión tan delicada. Pero la razón que más nos cuesta reconocer es que la barrera entre los humanos y los animales es artificial, ya que los humanos también son animales. Y en aquel momento,

observando a los delfines, me harté de mostrarme falsamente educado; quería más intimidad. Sentía que el tiempo se nos escurría tanto a ellos como a mí, y no quería arriesgarme a tener que decirles adiós y darme cuenta de que nunca les había dicho hola realmente. Durante la travesía había estado leyendo acerca de los elefantes, y los recordé mientras me hacía aquellas preguntas sobre los delfines y los observaba surcar su reino marino con fluidez y libertad. Cuando un cazador furtivo mata a un elefante, no sólo mata a ese animal que muere. Su familia puede haber perdido la memoria crucial de su matriarca de mayor edad, que sabía adónde trasladarse durante los años más duros de sequía para encontrar el alimento y el agua que los mantendría con vida. Así, esa bala puede acarrear más muertes años después. Al observar a los delfines mientras pensaba en los elefantes, me di cuenta de lo siguiente: cuando otros reconocen y dependen de ciertos individuos, cuando una muerte marca la diferencia para los individuos que sobreviven, cuando las relaciones nos definen, es entonces cuando hemos cruzado cierta frontera difusa en la historia de la vida en la Tierra, y hemos transformado el «qué» en un «quién».

Los animales «quién» saben quiénes son; saben quiénes son su familia y sus amigos. Conocen a sus enemigos. Forman alianzas estratégicas y se enfrentan a rivalidades crónicas. Aspiran a alcanzar una posición superior y esperan su oportunidad de cuestionar el orden existente. Su estatus afecta al porvenir de su descendencia. Su vida sigue el arco de una carrera profesional. Las relaciones personales los definen. ¿Te resulta familiar? Pues claro. Ese «ellos» nos incluye a nosotros. Pero los humanos no somos los únicos que vivimos una vida plena y familiar.

Naturalmente, vemos el mundo a través de nuestros propios ojos. Pero si miramos de dentro afuera, veremos un mundo dentro-fuera. Este libro adopta el punto de vista del mundo que nos rodea; un mundo en el que los humanos no son la medida de todas las cosas, sino una raza entre otras. Al distanciarnos de la naturaleza, nos hemos desprendido de nuestro sentido de la comunidad y hemos perdido el contacto con las experiencias de otros

animales. Y dado que todo en la vida se ubica en una escala gradual, resulta más fácil comprender al animal humano en contexto, considerando que el hilo humano está entrelazado con los hilos de tantos otros en el tejido de la vida.

Me había propuesto tomarme un descanso de mi labor habitual como escritor sobre conservacionismo y regresar a mi primer amor: contemplar sin más la actividad de los animales y preguntarme el porqué de ella. Viajé para observar a algunas de las criaturas más protegidas del mundo: los elefantes de Amboseli en Kenia, los lobos de Yellowstone en Estados Unidos, y las orcas del Noroeste Pacífico; y sin embargo en todas partes vi que los animales sentían una presión humana que afectaba a lo que hacían, adónde iban, cuánto vivían y al bienestar de sus familias. De manera que en este libro conectamos con las mentes de otros animales y escuchamos aquello que necesitan que oigamos. Esta historia, que prácticamente se cuenta sola, no se limita a lo que está en juego, sino que también incluye a quienes están en juego.

Lo más importante es ser conscientes de que todos formamos parte de lo mismo. Cuando tenía siete años, mi padre y yo construimos un pequeño cobertizo en el jardín de nuestra casa en Brooklyn, y compramos unas palomas mensajeras. Observaba cómo construían nidos en sus huecos, cómo se cortejaban, discutían, cuidaban de sus crías, echaban a volar y regresaban con fidelidad; veía que les hacía falta comida, agua, un hogar, y que se necesitaban mutuamente; y así me di cuenta de que vivían en sus pisos como nosotros en los nuestros. Igual que nosotros, pero de un modo distinto. A lo largo de los años he vivido con muchos otros animales, los he estudiado y he trabajado con ellos, tanto en su mundo como en el nuestro, y esa experiencia no ha hecho más que acentuar (y reafirmar) en mí la sensación de que la nuestra es una vida compartida. Ésa es la impresión que me propongo compartir con vosotros en las siguientes páginas.

PRIMERA PARTE

BARRITOS DE ELEFANTES

Delicados y fuertes, impresionantes y prodigiosos,
que imponen el silencio reservado comúnmente a
las cumbres de las montañas, los grandes
incendios y el mar.

PETER MATTHIESSEN,
El árbol en que nació el hombre
(traducción de Ángela Pérez)*

* José J de Olañeta Editor, 1998. (*N. de las T.*)

Por fin vi que el mismísimo suelo se había alzado, que la tierra tostada al sol había tomado la forma de algo vasto y vivo, y se movía. La tierra caminaba en multitud, con paso tan terrenal que parecía ser el origen del propio polvo. La nube que se levantaba nos engulló, penetró por todos los poros, nos cubrió los dientes, se nos filtró en la mente. Tanto en sentido literal como metafórico. Tal era su inmensidad.

Veíamos sus cabezas, que parecían escudos de guerreros. Su poderoso aliento, que entraba y salía a borbotones y resonaba en las cavidades de sus pulmones. La piel, arrugada por el tiempo y el desgaste, craquelada a lo largo de décadas de desplazamientos, como si estas criaturas habitaran los pliegues de los mapas de la vida que habían recorrido. Viajeros a través de paisajes y épocas. El movimiento de aquella piel parecía el frufú de la pana, rugosa y áspera pero sensible al más mínimo roce. Los molares, como adoquines, les rechinaban mientras se apoderaban del mundo gavilla a gavilla, bocado a bocado. Y al mismo tiempo emitían el susurro contenido de las montañas de recuerdos.

El rugido atravesaba el aire como si unos truenos lejanos se acercaran, vibraban en el terreno ondulado y en las raíces de los árboles; con él convocaban a familias y amigos de las colinas y los ríos, e intercambiaban saludos y noticias de los lugares en los que habían estado; también nos enviaban señales de que algo estaba a punto de suceder.

Una mente mueve una montaña de carne y hueso, unos ojos castaños iluminan el paisaje, y un elefante aparece con gran estruendo. Ved su frente cuadrada, seguid las huellas de sus venas del tamaño de serpientes.

Anunciada por su propio barrito, ovacionada por los aplausos de sus propias orejas, nos causa una impresión eterna y magnífica, atenta y deliberativa, pacífica y maternal, y mortalmente peligrosa si las necesidades apremian. Sabía dentro de los límites de sus capacidades, al igual que nosotros. Vulnerable. Como lo somos todos.

Observad. Limitaos a escuchar. Puede que no nos hablen a nosotros, pero se dicen mucho entre ellos. Oímos parte del mensaje. El resto son más que palabras. Quiero escuchar, quiero abrirme a las posibilidades.

El aleteo de unas orejas desproporcionadas. Una piel dura cubierta por una corteza de polvo. Unos extraños dientes prominentes del tamaño de unas piernas humanas a ambos lados de la nariz más fálica del mundo. Estos rasgos grotescos deberían resultarnos repugnantes. Sin embargo vemos en ellos una gran belleza intangible, en ocasiones sobrecogedora. Percibimos que hay más, que hay algo más profundo detrás. Sentimos que su marcha a través del paisaje es, en efecto, intencionada. No podemos negar que se dirigen a un lugar que conocen, del que son conscientes.

Y allí es adonde nos dirigimos.

La Gran Pregunta

–Fue el peor año de mi vida –dice Cynthia Moss durante el desayuno–. Murieron todos los elefantes mayores de cincuenta años excepto Barbara y Deborah. También la mayoría de los que tenían más de cuarenta. Así que es especialmente asombroso que Alison, Agatha y Amelia hayan sobrevivido.

Alison, que ahora tiene cincuenta y uno, está justo ahí, junto a esas palmeras. Cynthia Moss llegó a Kenia hace 40 años decidida a aprenderlo todo sobre la vida de los elefantes. Bautizó a la primera familia de estos animales que vio como los AA, y a una de sus miembros la llamó Alison. Y ahí está. Justo ahí, aspirando los frutos de las palmeras que han caído al suelo. Es maravilloso.

Con mucha suerte y suficientes lluvias, puede que Alison sobreviva otra década. Y ahí está Agatha, de cuarenta y cuatro años. Y la que se está aproximando es Amelia, que tiene la misma edad.

Esta última sigue acercándose hasta alzarse imponente delante de nuestro vehículo de forma más bien alarmante, de manera que, inconscientemente, me inclino hacia el interior. En cambio Cynthia se acerca a ella y le habla en tono tranquilizador. Amelia, que ya está casi a nuestro lado, permanece inmóvil mientras mastica hojas de palmera, murmulla con suavidad y parpadea.

A la luz de este amanecer anaranjado, el paisaje parece un océano infinito de hierba que se extiende hasta la base de la montaña más alta de África, cuya cima azul está coronada por la nieve y envuelta en nubes. Gracias a sus manantiales alimentados por la gravedad, el Kilimanjaro hace las veces de un dispensador gigante de agua y da lugar a humedales de más de tres

kilómetros de longitud que atraen a este lugar a la fauna, la flora y los pastores. El parque nacional de Amboseli recibe su nombre de una palabra masái que hace referencia al antiguo y somero lecho del lago que ocupa medio parque, y que en la estación correspondiente resplandece con los destellos del agua. Los humedales se expanden y se contraen dependiendo de las lluvias. Pero si no llueve, las láminas de agua se secan hasta transformarse en charcos de polvo. Y entonces puede suceder cualquier cosa. Hace tan sólo cuatro años, una sequía extrema sacudió los cimientos de este lugar.

A lo largo de décadas exuberantes y desastrosas a partes iguales, Cynthia y estas tres elefantas han permanecido aquí y han dejado su huella en el paisaje. Cynthia colaboró en las iniciativas pioneras que propusieron observar a los elefantes haciendo cosas de elefantes, una tarea más compleja de lo que pudiera parecer. Esta mujer ha visto a varios individuos de esta especie vivir sus vidas durante más tiempo que cualquier otro ser humano.

Después de cuatro décadas, esperaba que la famosa investigadora estuviera algo cansada del trabajo sobre el terreno. Pero Cynthia Moss resultó ser una mujer joven de setenta y pocos años, relucientes ojos azules y una efervescencia asombrosa. De hecho, me recordó un poco a un duendecillo. Tras su primera visita a África, Cynthia, que durante la década de 1960 fue redactora en la revista *Newsweek*, decidió dejar atrás Nueva York y todo lo que había conocido hasta entonces. Se había enamorado de Amboseli. Es evidente por qué.

Quizá demasiado evidente. La extensa llanura de espejismos y olas de calor transmite la ilusión de que el parque nacional de Amboseli es grande. Pero es demasiado pequeño. Es fácil atravesarlo en coche en menos de una hora. Amboseli es una postal que África se envió a sí misma un día y que ahora guarda en un cajón con el rótulo «Parques y reservas». El Kilimanjaro, que ni siquiera se encuentra en el mismo país, está al otro lado de una línea imaginaria, en un lugar llamado Tanzania. La montaña y los elefantes saben que en realidad se trata de una única nación. Sin embargo, este parque de doscientos cuarenta kilómetros cuadrados sirve de abrevadero para los cinco mil kilómetros cuadrados que lo rodean. Los elefantes de Amboseli usan un área aproximadamente veinte veces mayor que el propio parque.¹ Al igual

que el pueblo masái, que pastorea reses y cabras. Éste es el único lugar con agua durante todo el año. Las tierras que no pertenecen a él son demasiado secas para regarlas. El parque es demasiado pequeño para alimentarlas.

–Para sobrevivir a la sequía –explica Cynthia–, las distintas familias probaron estrategias diferentes. Algunas trataron de permanecer cerca de los humedales, pero lo pasaron muy mal a medida que se secaban. Otras se desplazaron muy al norte, muchas de ellas por primera vez en su vida. Éstas salieron mejor paradas. De 58 familias, solamente una no perdió a ningún miembro. Una de las familias perdió incluso siete hembras adultas y 13 jóvenes. Normalmente, si un elefante cae al suelo, la familia lo rodea y trata de levantarlo. Durante la sequía, no tenían energía suficiente. Verlos morir, agonizar en el suelo...

Uno de cada cuatro elefantes de Amboseli pereció: cuatrocientos de una población de mil seiscientos. Murieron casi todas las crías lactantes. También cerca del 80 % de las cebras y de los ñus, y casi todo el ganado de los masái; incluso fallecieron personas.

Así que cuando volvió a llover, todas las elefantas supervivientes sin crías entraron en estro más o menos al mismo tiempo. El resultado fue el mayor *baby boom* en los 40 años que lleva Cynthia aquí: en los últimos dos años han nacido unos doscientos cincuenta pequeños. Es el momento ideal para que un elefante nazca en Amboseli. Vegetación exuberante, abundante hierba y poca competencia. Para los elefantes, el agua es vida. Y también felicidad.

Varios elefantes felices están chapoteando en un manantial de color esmeralda bajo la generosa sombra de una palmera. Una pequeña parcela del paraíso. Con sus pequeñas trompas elásticas y juguetonas, las crías parecen orbitar la más absoluta inocencia.

–Mira qué gorda está esa cría –digo. Esa bola de mantequilla tiene quince meses. Hay cuatro adultas y tres pequeños revolcándose en una charca de fango y rociándose de agua las espaldas con la trompa, para después

despatarrarse en la orilla. Al observar a uno de los pequeños derritiéndose de placer, veo que los músculos que le rodean la trompa se relajan y que entrecierra los ojos. Un adolescente llamado Alfre se tumba a descansar. Pero tres crías se le echan encima y le pisan la oreja. *Pffff*. La diversión da paso a una siestecita, con crías dormidas tumbadas de lado y las adultas de pie sobre ellas, protegiéndolas y con los cuerpos en contacto mientras dormitan. Se percibe lo calmadas que están sabiendo que su familia está a salvo. Es relajante observarlas.

Mucha gente fantasea con ganar la lotería y dejar el trabajo para dedicarse en cuerpo y alma al ocio, al juego, a la familia, a la paternidad, a la emoción del sexo ocasional; comerían cuando sintieran hambre y dormirían siempre que tuvieran sueño. Mucha gente, si ganara la lotería y se hiciera rica al instante, querría vivir como los elefantes.

Estos animales parecen felices. Pero cuando a nosotros nos parece que son felices, ¿realmente lo son? El científico que llevo dentro busca pruebas.

–Los elefantes experimentan alegría –dice Cynthia–. Puede que no sea alegría humana. Pero sin duda es alegría.²

Los elefantes expresan alegría en las mismas situaciones que nosotros: con «amigos» cercanos y familia, y ante comida y bebida abundante. Así que damos por hecho que sienten lo mismo que sentimos nosotros. Pero ¡cuidado con las suposiciones! Durante siglos, las suposiciones de las personas sobre otros animales han ido desde la creencia de que lanzan hechizos a los seres humanos hasta pensar que no son conscientes de nada y ni siquiera sienten dolor. Los científicos recomiendan observar a los animales, pero consideran que especular acerca de sus experiencias mentales no tiene sentido y no es más que una pérdida de tiempo.

Resulta que la especulación sobre las experiencias mentales de los animales es el objetivo principal de este libro. Y la peliaguda tarea que nos aguarda es dejarnos llevar únicamente por la evidencia, la lógica y la ciencia. Y hacerlo bien.

Los compañeros silvestres de Cynthia parecen sabios. Parecen juveniles, juguetones. Poderosos, majestuosos. Inocentes. Y lo son. Inofensivos. Pero de todos los animales, son los únicos que pueden ofrecer una resistencia continuada a la persecución humana con una fuerza letal. Al igual que nosotros, luchan por sobrevivir y por mantener a salvo a sus hijos. Supongo que he llegado aquí porque estoy dispuesto a aprender, a preguntarme: ¿en qué medida son como nosotros? ¿Qué pueden enseñarnos sobre nosotros mismos?

La sorpresa es que he planteado la pregunta casi completamente al revés.

El campamento de Amboseli es el lugar en el que Cynthia Moss se siente más en casa. Está acomodado en un claro rodeado de palmeras y consiste en una pequeña choza para cocinar y media docena de tiendas de gran tamaño, cada una de ellas equipada con una cama de verdad y algo de mobiliario. Una mañana, hace poco, el té no se sirvió a la hora habitual. Un investigador que abrió su tienda y fue a preguntar cuánto tardaría se encontró a un león dormitando en el escalón de la choza, y a un cocinero bien despierto tras la puerta.

Hoy el té se ha servido a la hora, y mientras comía tostadas, por fin me he decidido a hacerle a Cynthia lo que yo considero que es la Gran Pregunta.

—Después de toda una vida observando a los elefantes —le pregunto—, ¿qué te han enseñado sobre la humanidad?

Compruebo de un vistazo que la luz de mi grabadora está encendida y me pongo cómodo. Seguro que 40 años de conocimientos no me decepcionan.

Sin embargo, Cynthia Moss evita delicadamente responder a mi pregunta.

—Pienso en ellos como elefantes —dice—. De hecho, me interesan en tanto que elefantes. No creo que sea útil compararlos con las personas. Opino que es mucho más fascinante tratar de comprender a un animal como lo que es. ¿Cómo es posible que un ave como el cuervo, por ejemplo, con un cerebro tan pequeño, tome semejantes decisiones? No me interesa compararlo con un niño humano de tres años de edad.

La ligera objeción de Cynthia a mi pregunta me resulta tan inesperada que al principio ni siquiera la entiendo del todo. Acto seguido me quedo anonadado.

Después de toda una vida estudiando el comportamiento animal, hace mucho tiempo llegué a la conclusión de que un gran número de animales sociales (y sin duda las aves y los mamíferos) son básicamente como nosotros. Había venido a este lugar a ver en qué medida los elefantes son «como nosotros». De hecho, el tema de este libro era en qué medida otros animales también son «como nosotros». Pero acababan de corregirme el rumbo de forma fundamental. Me llevó un tiempo (días, en realidad), pero la idea fue calando gota a gota.

El pequeño pero trascendente comentario de Cynthia implicaba que los humanos no son la medida de todas las cosas. Cynthia está a otro nivel.

Aquel comentario hizo que me lo replanteara todo, no sólo mi pregunta, sino también mis ideas. Por alguna razón había decidido que mi misión era demostrar cuánto se parecían los animales a nosotros. En cambio, después de aquello, mi tarea (mucho más difícil, mucho más profunda) era tratar de ver quiénes eran realmente los animales, se parecieran a nosotros o no.

Los elefantes que observamos están arrancando hierba y maleza con sus hábiles trompas, llenándose rítmicamente los carrillos de matojos, y masticando con sus poderosos molares. Espinas que podrían pinchar un neumático, frutos de palmeras, matas de hierba... todo dentro. Una vez acaricié la lengua de un elefante en cautividad y era suavísima. Así que no comprendo cómo sus lenguas y sus estómagos pueden soportar esas punzadas.

Lo que estoy viendo son «elefantes comiendo». Pero estas palabras, como todas, únicamente capturan la realidad de forma muy vaga. Estamos observando «elefantes», es cierto, pero me doy cuenta avergonzado de que no sé nada de sus vidas.

Cynthia, en cambio, sí.

–Cuando miras a un grupo de animales cualquiera (leones, cebras, elefantes) no estás viendo más que dos dimensiones –me explica–. Pero una vez que los conoces como individuos, descubres sus personalidades, quiénes fueron sus madres, quiénes son sus crías, alcanzas nuevas dimensiones.

Un elefante dentro de una familia puede parecer majestuoso, digno, manso. Otro puede resultar tímido. Otro, un matón que se mostrará agresivo para obtener comida en épocas de escasez; otro, reservado; otro, extravagante y travieso.

–Me llevó 20 años ser consciente de lo complejos que son –continúa Cynthia–. Durante el tiempo que estuvimos siguiendo a la familia de Echo, que en aquella época tenía unos cuarenta y cinco años, vi que Enid mostraba una inmensa lealtad hacia ella, que Eliot era el juguetón, que Eudora era más bien excéntrica, que Edwina no era muy popular, etcétera. Y poco a poco me di cuenta de que había empezado a saber qué sucedería a continuación. Era la propia Echo quien me daba las pistas. Estaba comprendiendo su liderazgo, ¡tal como lo comprendía su familia!

Miro a los elefantes.

Cynthia añade:

–Así fue como me di cuenta de que son completamente conscientes de lo que hacemos.

¿Completamente conscientes? Parecen ajenos a lo que les rodea.

–Es cierto que los elefantes no parecen percibir los detalles –explica Cynthia–, hasta que algo conocido cambia.

Un día, un cámara que trabajaba con Cynthia decidió que, para obtener un ángulo distinto, se colocaría debajo del vehículo de investigación. Los elefantes que se acercaban en ese momento, que por lo general pasaban junto al vehículo sin inmutarse, se dieron cuenta inmediatamente, se detuvieron y se quedaron mirando. ¿Por qué había un humano bajo el coche? Un macho llamado Mr. Nick deslizó su trompa escurridiza para olisquear e investigar. No se mostró agresivo ni trató de sacar de allí al hombre; simplemente tenía curiosidad. Otro día, cuando el vehículo apareció con una puerta especial diseñada para grabar, los elefantes se aproximaron y llegaron a tocarla con las

trompas.

Las trompas son cosas extrañamente familiares, familiarmente extrañas. Tienen una sensibilidad extrema y una fuerza inimaginable, pueden coger un huevo sin romperlo o matarte de un solo golpe.³ La trompa de un elefante termina en dos puntas que casi parecen dedos, como si fuera una mano cubierta con una manopla. La forma en que la utilizan las hace parecer familiares, como si se tratara de personas con un solo brazo, de tal manera que camuflan su horrible nariz a plena luz del día y la transforman. ¿Cómo acostumbrarse a semejante belleza, maravillosa y extraña al mismo tiempo? Segmentadas a la manera de los troncos de las palmeras bajo las que descansan de vez en cuando, las trompas son las navajas suizas de estos animales. Estas narices-orugas son redondeadas en su parte exterior y más bien planas en la interior, y sirven tanto para detectar minas, regar, arrojar barro, levantar polvo y tantear el viento, como para recoger comida, saludar a los amigos, rescatar a los más pequeños o calmar a las crías. «Dispone de conductos dobles para succionar y pulverizar agua o polvo», escribe Oria Douglas-Hamilton.⁴ La periodista Caitrin Nicol añade que una trompa hace «aquello que una persona lograría con la combinación de ojos, nariz, manos y maquinaria».⁵ Yoshihito Niimura, de la Universidad de Tokio, dice lo siguiente: «Imagina tener una nariz en la palma de la mano. Así, cada vez que tocaras algo, lo olerías».⁶

Ahora mismo están agarrando manojos de hierba con esas extraordinarias narices, y cuando los terrones de tierra se les resisten, dan una pequeña patada para romperlos. Así liberan el alimento y pueden arrancarlo. A veces sacuden las raíces para limpiarlas. Comen a un ritmo lento, pausado. A menudo balancean ligeramente la trompa y cogen algo de impulso para introducir el siguiente bocado en sus mandíbulas triangulares. De vez en cuando hacen una breve pausa y parecen reflexionar. Puede que simplemente se detengan a escuchar, atentos a las señales que les confirmen el bienestar de sus hijos, la seguridad de sus familias y los posibles peligros.

Me encantaría saber hasta qué punto mis sensaciones actuales se corresponden con las del elefante que tengo más cerca. Nuestros canales de entrada son similares: vista, olfato, oído, tacto y gusto; lo que percibimos a través de estos sentidos debe de coincidir en gran medida. Vemos, por ejemplo, las mismas hienas que ellos, y oímos los mismos leones. Sin embargo nosotros, al igual que la mayoría de los primates, somos muy visuales; los elefantes, al igual que gran parte de los mamíferos, tienen un olfato muy agudo. Su oído también es excelente.

Estoy seguro de que estos elefantes perciben muchas más cosas que yo; éste es su hogar, han vivido toda su vida aquí. No sé qué sucede en sus cabezas. Y tampoco sabría decir en qué está pensando Cynthia mientras los observa atenta y silenciosamente.

La misma base cerebral

Cuatro crías rechonchas siguen a sus enormes madres a través de una extensa pradera de aroma dulzón. Las adultas, que caminan con paso decidido, como si tuvieran una cita, balancean la cabeza hacia el amplio humedal en el que se mezclan un centenar de sus congéneres. Las familias se trasladan a diario de las colinas de matorrales y maleza en las que duermen a los pantanos. Para muchas de ellas supone un total de 15 kilómetros al día. Pueden suceder muchas cosas de un lugar a otro, y de sol a sol.

Nuestra labor matutina es merodear por la zona y verlos llegar para ver quiénes han venido. La idea es sencilla, pero hay decenas de familias y cientos de elefantes.

–Tienes que conocerlos a todos –dice Katito Sayialel. El tono cantarín con el que habla es tan ligero y liviano como la mañana africana. Esta masái alta y competente lleva más de dos décadas estudiando elefantes en libertad con Cynthia Moss.

¿Y cuántos son «todos»?

–Veo a todas las hembras adultas. Así que entre novecientos y mil– calcula Katito–. Digamos que novecientos. Sí.

¿Distinguir cientos y cientos de elefantes a simple vista? ¿Cómo es eso posible? A algunos los conoce por sus marcas: la posición de un agujero en la oreja, por ejemplo. Pero a muchos otros los reconoce de un simple vistazo. Así de cercana es su relación, como la que hay entre tus amigos y tú.

Cuando están todos mezclados, no puedes permitirte pensar «espera un

momento, ¿cuál era ése?». Los propios elefantes reconocen a cientos de individuos. Forman enormes redes sociales de familias y amistades; de ahí la fama de su memoria. Sin duda también reconocen a Katito.

–Cuando vine aquí por primera vez –recuerda Katito– oyeron mi voz y supieron que era nueva. Se acercaron a olerme. Ahora me conocen.

También está aquí Vicki Fishlock, una británica de ojos azules y treinta y pocos años que estudiaba gorilas y elefantes en la República del Congo antes de traerse aquí su título de doctorado para trabajar con Cynthia. Lleva un par de años con ella y no tiene intención de marcharse a ningún lado si puede evitarlo. Normalmente Katito pasa lista y prosigue su camino, mientras que Vicki se queda y observa su comportamiento. Pero hoy estamos de excursión, ya que han tenido el detalle de enseñarme la zona.

Justo al lado de las altas «hierbas de elefante», cinco adultas y sus cuatro crías están seleccionando hierba más corta y mucho menos abundante. Supone más trabajo, así que debe de saber mejor. No han leído ningún tratado sobre el aporte nutricional de la hierba. En cierto modo, su subconsciente les dice qué hacer recompensándolos con placer cuando optan por la opción más sustanciosa. Lo mismo nos sucede a nosotros; por eso el azúcar y la grasa saben tan bien.

Los elefantes pastan arrastrando un séquito de garcetas y una galaxia de gráciles golondrinas en órbita. Los pájaros cuentan con que los elefantes levantarán nubes de insectos a medida que surcan el mar de hierba como inmensos buques grises. La luz se desliza por sus anchos lomos, que se balancean de un lado a otro, como cuando el sol se refleja en las olas del mar. Se les oye arrancar, masticar. El aleteo de las orejas. El plaf de las boñigas. El zumbido de las moscas y los azotes de las colas. El suave tam-tam de las pisadas. Y sobre todo, las costumbres sosegadas de las grandes criaturas. Nos hablan sin palabras de un tiempo anterior a nuestra existencia. Siguen con sus vidas, ignorándonos.

–No nos ignoran –me corrige Vicki–. Esperan cierta cortesía, y estamos cumpliendo con sus expectativas. De manera que no nos prestan atención.

Conmigo no siempre se han comportado así –añade–. Cuando comencé, estaban acostumbrados a que los vehículos sacaran un par de fotos y pasaran de largo. No estaban precisamente encantados de que me quedara aquí sentada y los observara durante largos periodos de tiempo. Esperan que te comportes de una manera determinada, y si no lo haces, te informan de que se han dado cuenta. No actúan de forma amenazadora, sino que por ejemplo sacuden la cabeza y te miran como diciendo «¿y tú de qué vas?».

Paseamos con ellos en nuestro vehículo a través de colinas y matorrales. Una elefanta llamada Tecla, que camina a pocos metros a la derecha y por delante de nosotros, de pronto se da media vuelta, barrita y se nos enfrenta. A nuestra izquierda, un elefante joven se vuelve y chilla.

–Perdón, perdón, perdón –le dice Katito a Tecla. Frena en seco y apaga el motor.

Me da la impresión de que hemos separado a una madre y a su cría. Pero Tecla no es la madre. Otra hembra, con las dos mamas llenas de leche, se acerca corriendo y se coloca justo delante de nosotros. Ésta sí que es la madre. En realidad, lo que Tecla estaba comunicando era lo siguiente: «Los humanos se están interponiendo entre tú y tu cría; ven y haz algo».

–Los elefantes son como los seres humanos –interviene Katito–. Muy inteligentes. Me gusta su personalidad. Me gusta cómo se comportan y cómo tratan a su familia, cómo la protegen.

¿Como los seres humanos? En algunos aspectos básicos parecemos (somos) muy similares. Pero me estoy imaginando a Cynthia meneando un dedo para advertirme de que los elefantes no son como nosotros; son ellos mismos.

La madre se reúne con la cría y se restablece el orden. Proseguimos lentamente. El hecho de que un individuo conozca la relación de otro con un tercero (como Tecla, que sabe quién es la madre de la cría) se describe como «comprender relaciones de terceros».¹ Los primates también comprenden relaciones de terceros, así como los lobos, las hienas, los delfines, las aves de la familia de los cuervos y al menos algunos loros.² Por ejemplo, un loro puede sentir celos hacia el cónyuge de su dueño.³ Cuando los cercopitecos verdes, tan habituales en la zona del campamento, oyen la llamada de socorro

de una cría, inmediatamente miran a su madre.⁴ Saben a la perfección quiénes son ellos mismos y quiénes son los demás. Comprenden de forma muy precisa quién es importante para quién. Cuando las madres de delfines en libertad quieren que sus crías dejen de interactuar con los humanos, a veces dirigen un coletazo al humano que atrae la atención de la cría para comunicarle «deja de jugar, necesito que mi cría me haga caso». Cuando las crías distraídas interactúan con los ayudantes de la investigadora de delfines Denise Herzing, a veces las madres dirigen estas ¿reprimendas? a la propia Herzing.⁵ Esto demuestra que los delfines entienden que la doctora es la líder de los humanos que hay en el agua. Es sencillamente asombroso que unos animales en libertad perciban el rango que existe entre los humanos.

–Lo que me resulta más increíble –resume Vicki– es que seamos capaces de entendernos mutuamente. Vamos conociendo los límites invisibles de los elefantes. Percibimos cuándo es el momento de decir «no voy a presionarla más». Las palabras «molesto», «feliz», «triste» o «nervioso» sin duda capturan aquello que está experimentando el animal. Nuestra experiencia es compartida porque tenemos la misma base cerebral –añade con un centelleo en los ojos.

Miro a los elefantes, tan poco alterados por nuestra presencia que caminan a un par de pasos de nuestro vehículo.

–Éste es uno de los mayores privilegios –dice Vicki–, moverse junto a unos elefantes a los que no les importa que estés entre ellos. Este grupo va a Tanzania, donde hay cazadores furtivos por todas partes. Pero aquí... –Vicki les habla en tono tranquilizador–: Hola, cariño. Pero qué dulce que eres.

La investigadora recuerda que después de la célebre muerte de Echo, su familia se marchó tres meses siguiendo el liderazgo de su hija, Enid.

–Cuando regresaron, empecé a decirles cosas como «Hola, os he echado de menos»... Y de pronto Enid levantó la cabeza y emitió un ruido ensordecedor; sacudió las orejas y todos se acercaron tanto que podría haberlos tocado; las glándulas de sus rostros irradiaban emoción. Eso es confianza. Sentí como si me estuvieran dando un abrazo de elefante –relata

Vicki con cariño.

En una ocasión estaba observando elefantes con otro científico en una reserva africana diferente. Varios ejemplares adultos estaban descansando con sus crías a la sombra de una palmera abanicándose con las orejas. El científico opinó que los elefantes que veíamos «podrían estar moviéndose en función de la temperatura sin experimentar nada en absoluto». Declaró que «no hay manera de saber si ese elefante es más consciente que este arbusto».

¿Que no hay manera? Para empezar, un arbusto se comporta de forma bastante distinta a un elefante. El arbusto no da muestras de tener actividad mental, de expresar emociones, de tomar decisiones o de proteger a su descendencia. Por otro lado, los humanos y los elefantes compartimos sistemas nerviosos y hormonales prácticamente idénticos, así como los sentidos, o la leche para nuestras crías; ambas especies mostramos un miedo y una agresividad acorde con la situación. Insistir en que un elefante podría tener el mismo grado de consciencia que un arbusto no es un argumento mejor para explicar el comportamiento de estos animales que sostener que un elefante es consciente de lo que sucede a su alrededor. Mi colega pensó que actuaba como un científico objetivo. Sin embargo era más bien lo contrario; estaba obligándose a sí mismo a ignorar las pruebas. Esa actitud no es científica en absoluto. La ciencia se basa en las pruebas.

El quid de la cuestión es: ¿con quién compartimos este lugar? ¿Qué clase de mentes habitan este mundo?

Nos adentramos en terreno peligroso. No daremos por supuesto que otros animales son o no son conscientes. Observaremos los indicios y veremos adónde nos llevan. Es demasiado fácil aceptar suposiciones incorrectas y arrastrarlas durante siglos.

En el siglo v a. C., el filósofo griego Protágoras afirmó que «el hombre es la medida de todas las cosas». En otras palabras, nos sentimos legitimados para preguntar al mundo: ¿de qué sirves? Damos por hecho que somos el

parámetro de nuestro entorno, que todo debería compararse con nosotros. Esta asunción nos lleva a pasar por alto un gran número de elementos. Todas las habilidades que supuestamente nos «hacen humanos» (empatía, comunicación, pena, fabricación de herramientas, etc.) existen en mayor o menor medida en otras mentes con las que compartimos el mundo. Los animales vertebrados (peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos) tienen la misma base en cuanto a esqueleto, órganos, sistema nervioso, hormonas y comportamiento. Del mismo modo que todos los distintos modelos de coche tienen un motor, una transmisión, cuatro ruedas, puertas y asientos, las diferentes especies nos distinguimos principalmente en términos de nuestra silueta externa y unos pocos detalles internos. Pero al igual que un ingenuo comprador de coches, la mayoría de las personas no ve más que la variada apariencia exterior de los animales.

Decimos «humanos y animales» como si la vida se dividiera sólo en dos categorías: nosotros y todos los demás. Sin embargo hemos entrenado a elefantes para sacar troncos de los bosques; en los laboratorios obligamos a las ratas a recorrer laberintos para estudiar el aprendizaje y hacemos que las palomas golpeen puntos concretos con sus picos para enseñarnos fundamentos de psicología; analizamos moscas para saber cómo funciona nuestro ADN, inoculamos enfermedades infecciosas a los monos para desarrollar curas para los humanos; en nuestras casas y nuestras ciudades, los perros se han convertido en los guías protectores de los humanos que sólo ven a través de los ojos de sus compañeros de cuatro patas. Al tiempo que compartimos esta intimidad, insistimos con cierta inseguridad en que los «animales» no son como nosotros, a pesar de que también somos animales. ¿Existe alguna otra relación basada en semejante incompreensión?

Para entender a los elefantes, debemos ahondar en temas como la consciencia, la conciencia, la inteligencia y la emoción. Al hacerlo, descubrimos consternados que no existen definiciones establecidas. Las mismas palabras tienen significados diferentes. Los filósofos, psicólogos, ecologistas y neurólogos son los ciegos de la parábola que palpan y describen

las distintas partes del mismo elefante metafórico.* Lo bueno es que gracias a su falta de unanimidad podemos huir de las reyertas académicas y adoptar una visión más amplia y clara que nos permite reflexionar por nosotros mismos.

Comencemos pues por definir la consciencia. El principio del que nos serviremos es el siguiente: la consciencia es «aquello que se percibe como algo».⁶ Esta definición tan simple es de Christof Koch, director del Instituto Allen de Neurología, en Seattle. Cortarte la pierna es un hecho físico. Si el corte duele, eres consciente de él. La parte de ti que sabe que el corte duele, la parte que siente y piensa, es tu mente. Siguiendo con este razonamiento, la capacidad para percibir sensaciones es la «sintiencia». La sintiencia de los humanos, los elefantes, los escarabajos, las almejas, las medusas y los árboles se reparte a lo largo de una escala gradual, que va de compleja en los humanos a aparentemente inexistente en las plantas. La «cognición» es la capacidad para percibir y adquirir conocimientos. El «pensamiento» es el proceso de considerar algo que se ha percibido. Como sucede con todo lo relacionado con los seres vivos, el pensamiento también se gradúa en una escala muy amplia; puede adoptar la forma de un jaguar deliberando cómo aproximarse por detrás a un pecarí receloso, un arquero apuntando a su objetivo, o una persona considerando una propuesta de matrimonio. La sintiencia, la cognición y el pensamiento son procesos que se solapan en las mentes conscientes.

La consciencia está algo sobrevalorada. El latido del corazón, la respiración, la digestión, el metabolismo, la respuesta inmune, la curación de heridas y fracturas, el reloj biológico, el ciclo sexual, el embarazo, el crecimiento; todo ello sucede de forma inconsciente. Bajo los efectos de la anestesia general seguimos completamente vivos a pesar de no estar conscientes. Y durante el sueño, nuestros cerebros inconscientes trabajan intensamente en su propia limpieza, organización y rejuvenecimiento. Nuestro cuerpo lo dirige un equipo muy competente que comenzó a desempeñar su labor antes de que la empresa adquiriera consciencia. Es una pena que no podamos conocerlos en persona.

Podemos imaginarnos la consciencia como la pantalla de ordenador que

vemos y con la que interactuamos, pero que obedece a códigos de *software* que no somos capaces de detectar y sobre los que no tenemos ni idea. La mayor parte del cerebro trabaja en la oscuridad. Como escribió Tim Ferris, autor científico y antiguo editor de la revista *Rolling Stone*: «Nuestra mente no controla ni comprende la mayor parte de lo que sucede en el cerebro».⁷

Entonces ¿para qué necesitamos la consciencia? A los árboles y a las medusas les va estupendamente bien, pero no pueden experimentar sensaciones. La consciencia parece ser necesaria para opinar, planear y decidir.

En el batiburrillo de células físicas y el entramado de impulsos eléctricos y químicos, ¿cómo surge la consciencia, ya sea humana o animal? ¿Cómo crea el cerebro la mente? Nadie sabe cómo las células nerviosas, también llamadas neuronas, dan lugar a la consciencia. Lo que sí sabemos es que la consciencia puede verse afectada por el daño cerebral. De manera que sí se origina en el cerebro. Tal como escribió en 2013 Eric R. Kandel, un investigador en el campo de la mente y el cerebro que ha ganado un Premio Nobel: «Nuestra mente es un conjunto de operaciones llevadas a cabo por el cerebro».⁸ De algún modo, la consciencia parece resultar y depender de la interconexión de las neuronas.

¿Cuántas neuronas conectadas se necesitan? Nadie sabe dónde se esconde la consciencia más rudimentaria. Es probable que las medusas no sean conscientes; puede que los gusanos sí. Las abejas, con cerca de un millón de células cerebrales, reconocen los diseños, los aromas y los colores de las flores, y recuerdan su ubicación. El «bailoteo» de las abejas comunica a sus compañeras de colmena la dirección, la distancia y la riqueza del néctar que han encontrado. Según el célebre neurólogo Oliver Sacks, las abejas «demuestran una pericia extraordinaria».⁹ Otra compañera interrumpirá el baile de la primera si ha sufrido algún problema en la misma fuente floral, por ejemplo un roce con algún depredador como la araña.¹⁰ Los investigadores afirman que las abejas expuestas a ataques simulados muestran «las mismas señales de emociones negativas que encontramos en

los humanos». ¹¹ Resulta aún más intrigante que el cerebro de las abejas contenga las mismas hormonas «adictas a la emoción» que lleva a algunas personas a buscar constantemente la novedad. ¹² En el caso, y sólo en el caso de que esas hormonas procuraran el más mínimo cosquilleo de placer o motivación a las abejas, eso significaría que las abejas son conscientes. Ciertas avispas muy sociales son capaces de reconocer individuos por sus rostros, algo que antes se creía que era competencia exclusiva de una reducida élite de mamíferos. ¹³ Según Sacks, «cada vez resulta más evidente que los insectos son capaces de recordar, aprender, pensar y comunicar de maneras bastante elaboradas e inesperadas».

¿Es realmente posible que los elefantes, los insectos o cualquier otra criatura sean conscientes sin el córtex enorme y arrugado en el que tiene lugar el pensamiento humano? Resulta que sí; incluso los humanos son capaces de ello. Un hombre de treinta años llamado Roger perdió cerca del noventa y cinco por ciento de su córtex debido a una infección cerebral. ¹⁴ Este hombre no es capaz de recordar la década anterior a la infección, no tiene sentido del gusto ni del olfato, y le resulta extremadamente difícil generar nuevos recuerdos. Y sin embargo sabe quién es, se reconoce en espejos y en fotografías, y en general actúa con normalidad con otras personas. Es capaz de utilizar el humor y de sentir vergüenza. Todo ello con un cerebro que no se parece en nada a un cerebro humano.

La idea generalizada de que los humanos son los únicos que experimentan la consciencia está atrasada. Es evidente que los sentidos humanos se han atrofiado con la civilización. Muchos animales tienen una atención superhumana (no hay más que ver a estos elefantes cuando se produce algún cambio) y disponen de un equipamiento de detección delicadamente afinado para percibir la más mínima chispa de peligro o cualquier atisbo de oportunidad. En 2012, los científicos que estaban redactando la Declaración de Cambridge sobre la Consciencia llegaron a la conclusión de que «todos los mamíferos y las aves, y muchas otras criaturas incluidos los pulpos» tienen sistemas nerviosos capaces de experimentar

consciencia. (Los pulpos usan herramientas y solucionan problemas con tanta habilidad como la mayoría de los primates, y eso que se trata de moluscos.) La ciencia confirma lo evidente: otros animales oyen, ven y huelen con sus orejas, sus ojos y sus narices; sienten miedo cuando tienen razón para ello y sienten alegría cuando parecen contentos.

Como escribe Christof Koch: «Sea lo que sea la consciencia, los perros, las aves y legiones de otras especies la tienen. También experimentan la vida, como nosotros».¹⁵

En una ocasión, mi perro Jude estaba durmiendo sobre la alfombra, soñando que corría y moviendo espasmódicamente las patas, cuando de pronto profirió un largo aullido sordo e inquietante. Esto alertó de inmediato a Chula, mi otra perra, que se acercó trotando a Jude. Éste se despertó asustado y se levantó de un salto ladrando con fuerza, igual que una persona que se despierta de una pesadilla con una imagen vívida y grita hasta que logra orientarse unos instantes después.

Todas las líneas que tratamos de dibujar con esmero, como la que establecemos entre los elefantes y los humanos, ya han sido emborronadas por la naturaleza con el turbio pincel de un profundo vínculo. Pero ¿qué sucede con los seres vivos que no tienen sistema nervioso? Ésa sí que es una línea divisoria, ¿verdad?

A pesar de que aparentemente no tienen sistema nervioso, las plantas producen las mismas sustancias químicas (como la serotonina, la dopamina y el ácido glutámico) que actúan como neurotransmisores y ayudan a crear estados de ánimo en los animales, incluidos los humanos. Las plantas también tienen sistemas de señalización que funcionan básicamente como los de los animales, aunque más despacio. Michael Pollan comenta, en un sentido algo metafórico, que «las plantas hablan con un vocabulario químico que nosotros no somos capaces de percibir o comprender».¹⁶ Eso no significa necesariamente que las plantas experimenten sensaciones, pero sí que hacen algunas cosas misteriosas. Nosotros detectamos las sustancias químicas a través del olfato y del gusto; los vegetales perciben y reaccionan a las

sustancias químicas que hay en el aire, en la tierra, y en ellas mismas. Las hojas de las plantas giran para seguir el sol. Las raíces en crecimiento que se acercan a un obstáculo o a una toxina a veces cambian de rumbo incluso antes de entrar en contacto con ellos. Hay constancia de que algunas plantas reaccionan al sonido grabado de una oruga que mastica produciendo sustancias químicas de defensa. Los vegetales que sufren ataques de insectos y herbívoros emiten sustancias de «socorro», para que las hojas adyacentes y las plantas cercanas levanten sus barreras químicas y las avispa que matan insectos intervengan para sofocar el asalto. Las flores son la forma que tienen las plantas de avisar a las abejas y a otros polinizadores de que el néctar está listo.

Sin embargo, aparte de las plantas insectívoras y las de hojas sensibles, la mayoría de los vegetales actúan con demasiada lentitud para el ojo humano. Pollan escribió que cuando contemplaba una pradera, le resultaba «difícil imaginar la cháchara química invisible que tiene lugar por todas partes, incluidas las llamadas de socorro, o que esas plantas inmóviles tengan el más mínimo “comportamiento”». Y sin embargo, Charles Darwin concluyó su libro *The Power of Movement in Plants* [El poder del movimiento de las plantas] con la siguiente anotación: «No es en absoluto exagerado afirmar que el extremo de la raíz [...] actúa como el cerebro de uno de los animales inferiores, [...] recibiendo impresiones a través de los órganos sensoriales y dirigiendo los diferentes movimientos». Sin duda nos adentramos en el peligroso y vasto terreno de las tergiversaciones. Al igual que a Cynthia Moss con los elefantes, al difunto botánico Tim Plowman no le interesaba comparar las plantas con las personas. Las apreciaba en tanto que plantas. «Son capaces de comer luz –dijo–. ¿Acaso no es suficiente?»

El principal motivo que me lleva a meterme en este berenjenal es constatar que, en comparación con lo extraño de las plantas y con las enormes diferencias que las separan de los animales, una elefanta dando de mamar a su cría es tan parecida a nosotros que bien podría ser mi hermana.

* En referencia a la parábola de origen hindú de los ciegos y el elefante, que se ha utilizado a lo largo de la historia para expresar el relativismo en distintos campos de la filosofía y la ciencia. (*N. de las T.*)

¿Característicamente humano?

En este pequeño refugio de hierba bañada por el sol, las pequeñas crías de elefante tratan de cogerle el truco a sus trompas y después buscan ese pezón que las tranquilizará.

–Mira qué bien se llevan estas dos familias –dice Vicki–. Elin ha decidido acercarse al agua, Eloise se ha mostrado de acuerdo, y después ha esperado a que todo el grupo se moviera. Es evidente que hoy han optado por pasar algo de tiempo juntas.

Evidente.

¿Cómo nacen las amistades entre elefantes? A algunas de las crías les gustan los mismos juegos y siempre los practican juntas. Algunos de los adultos son «compatibles», como dice Vicki:

–Coinciden en cuándo quieren comer, cuándo quieren dormir, adónde les gusta ir, y qué comida prefieren.

Compatibles. Qué interesante. Como si eso no fuera difícil incluso entre los humanos.

La mejor respuesta a la pregunta «¿es consciente un elefante?» es que absolutamente todas las pruebas apuntan a una consciencia generalizada. De manera que ahora la pregunta interesante es: «¿Cómo es la consciencia de los demás animales?». Dicha consciencia puede resultar obvia para la mayoría de los amantes de los animales, pero ya me imagino a algunas personas diciendo: «Eh, no tan rápido». Muchos investigadores y autores científicos insisten en que sencillamente no hay manera de acceder a la experiencia

mental de los animales. Yo sé por qué piensan así. Pero creo que están equivocados. Ahora sabemos más de lo que sabíamos antes.

La etología es una ciencia joven. El simple hecho de que los pollos establecen un «orden de picotazos» no se reconoció de manera oficial hasta los años veinte. En esa misma década, Margaret Morse Nice descubrió por primera vez que los pájaros cantores defienden territorios, y que ésa es una de las principales razones por las que cantan. Para lograr que la conducta animal se constituyera en una ciencia, los pioneros de la etología de mediados del siglo XX, como Konrad Lorenz, Niko Tinbergen y Karl von Frisch, tuvieron que acabar con siglos de tradiciones y supersticiones (como que los búhos presagian la muerte o que los lobos son espíritus diabólicos), y fábulas que representaban a los animales como caricaturas de los impulsos humanos (las cigarras son vagas, las tortugas, constantes, y los zorros, astutos).

Estos nuevos científicos eran magníficos observadores. Lograron acabar con las proyecciones metafóricas que se adherían a muchos animales como viejas capas de pintura. Su enfoque consistía en describir sólo lo que veían. Tuvieron que demostrar que la observación de animales podía ser una labor objetiva, y así lo hicieron. Von Frisch, Tinbergen y Lorenz compartieron un Premio Nobel por sus estudios sobre el lenguaje danzado de las abejas, el cortejo de los peces, y cómo las crías de gansos «improntan» en el primer objeto en movimiento que ven. Estos tres naturalistas curiosos debieron de sentirse eufóricos.

Sin embargo, no había ningún método científico para abordar la cuestión de: «¿Qué siente una elefanta cuando da de mamar a su cría?». No había nada con lo que avanzar. Nadie había observado animales en libertad viviendo sus auténticas vidas. La ciencia cognitiva estaba en pañales. De manera que para especular sobre sus sentimientos sólo podíamos recurrir a nuestros propios sentimientos, para acabar avanzando en círculos. Estos nuevos científicos insistían en la observación. La especulación se basaba en confusas suposiciones que había que evitar. Podemos observar qué hace exactamente un elefante, pero no hay manera de saber cómo se siente. Así que había que

limitarse a observar cuántos minutos daba de mamar la elefanta a su descendencia. Incluso Joyce Poole, la célebre experta en comunicación entre elefantes, ha explicado que «me formaron para considerar que el comportamiento de los animales no humanos no incluía necesariamente el pensamiento consciente».¹

Mi propia iniciación en la enseñanza formal se ajustó a la directriz habitual: no atribuyas a otros animales experiencias mentales humanas, ya sean pensamientos o emociones. (A esto se le llama «antropomorfismo».) Y lo comprendo. No debemos dar por hecho que los animales (y lo que es más, amantes, cónyuges, hijos o familiares) «deben de» estar pensando y sintiendo lo mismo que pensaríamos y sentiríamos nosotros si fuéramos ellos. No son nosotros.

Sin embargo, no es que la cuestión del pensamiento y la emoción animal estuviera esperando a tener más datos para reabrirse; en realidad se convirtió en un tema prohibido. El enfoque de la observación se volvió rígido y pasó a ser una camisa de fuerza mental. Los etólogos profesionales podían describir lo que veían, y punto. La descripción, y sólo la descripción, pasó a ser la única ciencia posible del comportamiento animal. Preguntarse qué sentimientos o ideas podían motivar sus conductas se convirtió en un tabú absoluto. Silencio total. Podías decir que «el elefante se posicionó entre su cría y la hiena». Pero si decías «la madre se posicionó para proteger a su cría de la hiena», habías cruzado el límite; esa afirmación era antropomórfica. No podíamos conocer las intenciones de la madre. Y eso resultaba angustioso.

En un primer momento, para desarrollar como ciencia el estudio de la conducta, resultaba útil señalar la palabra «antropomorfismo» como una bandera de alerta. Pero cuando mentes menos privilegiadas siguieron los pasos de los pioneros premiados con el Nobel, «antropomorfismo» se transformó en una bandera pirata. Si se enarbolaba aquella palabra, el ataque era inminente. No publicarían tus artículos. Y en el reino académico, en el que uno publica o muere, eso podía causar que perdieras tu empleo.

Las inferencias más lógicas y documentadas acerca de las motivaciones, las emociones y la consciencia de otros animales podían acabar con tu futuro profesional. Incluso un simple cuestionamiento podía arruinarlo. En la década

de 1970, un libro con el humilde título de *The Question of Animal Awareness* [La cuestión de la conciencia animal] causó semejante revuelo que muchos etólogos marginaron a su autor, Donald Griffin. Griffin no era ningún advenedizo; durante décadas se lo había conocido por ser quien averiguó cómo usaban los murciélagos el sonar para orientarse. Así que en realidad era más bien un genio. Pero plantearse La Pregunta era demasiado para muchos colegas ortodoxos. Sugerir que otros animales podían sentir algo, cualquier cosa, no sólo podía provocar un momento incómodo, sino que podía acabar con tu carrera. En 1992, un escritor académico advirtió a los lectores de la exclusiva revista científica *Science* que estudiar la percepción animal no era «un proyecto que recomendaría iniciar a nadie sin plaza fija en la universidad».² Y no era broma. Iba en serio.

Con aquel veto a todo lo que se considerara antropomórfico, los etólogos perpetuaron el error contrario. Ayudaron a institucionalizar el concepto, tan humano, de que sólo nosotros somos conscientes y tenemos sentimientos. (La idea de que todo gira en torno a nosotros se llama antropocentrismo.) Sin duda, proyectar nuestros sentimientos en otros animales puede conducirnos a malinterpretar sus motivaciones. Pero si negamos que tengan motivación alguna, es seguro que los malinterpretaremos.

No dar por hecho que otros animales piensan y sienten fue un buen comienzo para una nueva ciencia. Insistir en que no era así fue un error científico. Sorprendentemente, muchos etólogos (que a su vez eran biólogos) decidieron pasar por alto el proceso esencial de la biología: toda novedad es una ligera vuelta de tuerca a algo anterior. Todo lo que hacemos y poseemos los humanos proviene de algún lugar. Antes de poder dar forma a los humanos, la evolución necesitaba tener a su disposición la mayoría de las piezas, y esas piezas se desarrollaron para modelos anteriores. Nosotros las heredamos.

Observemos por ejemplo el camino que han recorrido las piernas articuladas: de los artrópodos a los cuadrúpedos y a las personas bípedas. La parte superior de la pata trasera de una rana es un fémur, al igual que en una gallina o en un niño. Así podemos analizar las fases de la transformación de los anfibios en aves voladoras y finalmente en triatletas. Una criatura que

duerme está durmiendo, sea de la especie que sea. La que estornuda está estornudando. Hay diferencias entre especies, pero a menudo no son tan grandes. Sólo los humanos tienen mente humana. Pero creer que sólo los humanos tienen mente es como creer que, como sólo los humanos tienen esqueleto humano, sólo los humanos tienen esqueleto. Está claro que podemos ver los esqueletos de los elefantes, y no podemos ver sus mentes. Pero sí que podemos ver sus sistemas nerviosos, y observar su funcionamiento en la lógica y los límites de su conducta. Ya sea para esqueletos o para cerebros, el principio es el mismo; y si hay algo que deberíamos dar por hecho, podría ser que las mentes también se presentan en una escala gradual.

Eso no es lo que sucedió. Los etólogos animales profesionales establecieron una rígida división entre el sistema nervioso de todo el reino animal y el de una de sus especies: los humanos. Negar la posibilidad de que cualquier otro animal pudiera pensar o sentir nos reafirmaba en aquello que la mayoría queríamos oír: que somos especiales. Que somos radicalmente diferentes. Que somos mejores. Los mejores. (¡Eso sí que es proyectar!)

Durante décadas, los científicos que traspasaban los límites seguían enfrentándose al desprecio y a la burla de sus colegas. Eso fue lo que experimentaron unos pocos revolucionarios sin formación en etología, entre los que quizá Jane Goodall fuera la pionera. Goodall recuerda que después de sus primeros estudios de los chimpancés, cuando se matriculó como estudiante de doctorado en Cambridge, «fue horrible escuchar que lo había hecho todo mal. Todo. No debería haberles puesto nombres. No podía hablar de sus personalidades, de sus mentes, ni de sus sentimientos. Eso era exclusivamente nuestro».³

Hoy en día la «antropo»-fobia sigue estando muy extendida entre los etólogos y entre los autores científicos que imitan la extrema cautela caduca de los investigadores ortodoxos que los formaron. Se dicen mutuamente que en ningún caso debemos atribuir a otros animales las emociones que experimentamos los humanos, y se lo dicen también a sus estudiantes, que

repiten como loros sus rígidas directrices y se sienten profesionales.

Pero ¿qué es una emoción «humana»? Cuando alguien dice que no se deben atribuir sensaciones humanas a los animales, olvidan que las sensaciones humanas son, en esencia, sensaciones animales. Sensaciones heredadas que experimentamos gracias a sistemas nerviosos heredados.

Decidir sin más que otros animales no pueden sentir las emociones que sienten los humanos es un recurso fácil para acaparar todos los sentimientos y motivaciones del mundo. Las personas que han observado a los animales de forma sistemática y los conocen saben lo absurdo que es. Pero muchos otros aún no. «Sigue vigente el dilema de cómo comprender de forma precisa el carácter de los animales y de sus emociones (si se diera el caso) sin imponerles suposiciones basadas en una concepción del mundo característicamente humana», observó la autora Caitrin Nicol mientras yo escribía este libro.⁴

Pero me gustaría saber qué «concepción característicamente humana» dificulta nuestra comprensión de las emociones de otros animales. ¿Es nuestro sentido del placer, del dolor, de la sexualidad, del hambre, de la frustración, de la autoconservación, de la defensa, de la protección paterna? Lo nuestro no nos impide comprender lo suyo, sino que nos ayuda. Pero veamos, ¿no nos lleva eso de vuelta a las suposiciones erróneas? No si incorporamos todo aquello que hemos aprendido. Tomemos por ejemplo el amor romántico. Al ver las familias matriarcales de los elefantes, sus machos errantes, la ausencia de vínculos macho-hembra en pareja, y el hecho de que los machos no cuiden de las crías, resulta evidente que los elefantes no experimentan el amor romántico. Y por eso, los investigadores de elefantes no cometen ese error. Es decir que podemos confiar en las pruebas y en la lógica para guiarnos. De hecho, uno de los términos con los que se conoce a la suma de pruebas y lógica es «ciencia».

Parece que nunca dudamos de que un animal que actúa como si tuviera hambre tenga hambre. ¿Qué motivo hay para no creer que un elefante que parece feliz esté feliz? Reconocemos el hambre y la sed cuando los animales

comen y beben, el agotamiento cuando se cansan, pero les negamos la alegría y la felicidad cuando los vemos jugar con sus hijos y sus familias. En el campo de la conducta animal se ha trabajado con ese sesgo durante mucho tiempo, de forma contraria a la ciencia. En el ámbito científico, la interpretación más sencilla de las pruebas a menudo es la mejor. Cuando los elefantes parecen felices en contextos de alegría, la felicidad es la interpretación más sencilla de las pruebas. Sus cerebros son similares a los nuestros, producen las mismas hormonas que intervienen en las emociones humanas, y eso también son pruebas. Así que no demos cosas por hecho, pero tampoco rechacemos las pruebas.

Si un perro está arañando la puerta, algunos humanos insistirían en que no podemos saber si el perro «quiere» salir. (Mientras tanto, está claro que tu perro está pensando: «¡Holaaa! Déjame salir, no quiero hacer pis en casa».) Es evidente que el perro quiere salir. Y si te empeñas en negar lo obvio, asegúrate de tener una fregona a mano.

Los elefantes establecen vínculos sociales muy profundos que se desarrollan a lo largo de mucho tiempo. Los cuidados paternos, la satisfacción, la amistad, la compasión y el dolor no surgieron de forma espontánea con el nacimiento de los humanos modernos. Su desarrollo comenzó en seres prehumanos. En el largo túnel de la vida, el origen de nuestro cerebro es inseparable del de otras especies. Y por lo tanto, lo mismo sucede con nuestra mente.

Circuitos ancestrales y profundos

¿Cómo podríamos saber qué perciben un elefante o un ratón? Puede que ellos no nos digan en qué están pensando, pero es posible que sus cerebros sí. Los escáneres nos muestran que las emociones básicas de tristeza, felicidad, ira o miedo, y las emociones de motivación como el hambre y la sed se generan en «circuitos profundos y antiquísimos del cerebro», tal como afirma el célebre neurólogo Jaak Panksepp.¹

Hoy en día, los investigadores pueden provocar muchas respuestas emocionales en el laboratorio estimulando eléctricamente el sistema cerebral de los animales. La ira, por ejemplo, nace en la misma parte del cerebro de los gatos y de los humanos.

Más pruebas de experiencias compartidas: las ratas pueden desarrollar una adicción a las mismas drogas euforizantes a las que se enganchan los humanos.² Los perros con comportamientos compulsivos muestran las mismas anomalías cerebrales que los humanos con trastornos obsesivo-compulsivos, y responden a la misma medicación; se trata de la misma enfermedad.³ Cuando se les somete a estrés, la sangre de otros animales transporta las mismas hormonas que la sangre de los humanos estresados. En un estudio, los cangrejos de río, después de recibir descargas eléctricas suaves, se escondieron durante largos periodos de tiempo y presentaron niveles elevados de serotonina, signo de ansiedad clínica.⁴ Cuando los investigadores les administraron un medicamento usado frecuentemente para tratar a humanos que sufren ansiedad (clordiazepóxido), retomaron su actividad normal. Los científicos escribieron: «Nuestros resultados demuestran que los cangrejos de río presentan un tipo de ansiedad similar a la

descrita en vertebrados».

Al haber sometido yo mismo a cangrejos y a langostas a tratamientos culinarios peores que unas suaves descargas eléctricas, esto me resulta perturbador. Tendré que pasarme a la pasta. Parece que la ansiedad que se presenta en muchas especies tiene en común un antiguo sistema químico que ha permanecido inalterado en gran medida a lo largo de la evolución. Tiene sentido, ya que sentir miedo a aventurarse fuera cuando el peligro acecha es una estrategia de supervivencia evidente para cualquier tipo de animal.

Los animales complejos han heredado sistemas emocionales antiquísimos. Los genes que ordenan a nuestros propios cuerpos que produzcan por ejemplo las hormonas oxitocina y vasopresina, que influyen en nuestro humor, se remontan al menos setecientos millones de años atrás.⁵ Los científicos opinan que «seguramente surgieron cuando los animales adquirieron movilidad y comenzaron a tomar decisiones basadas en la experiencia».

Darwin escribió que «cuando se ilumina repentinamente un gusano, éste sale disparado como un conejo hacia su madriguera». Pero si sigues asustándolo, el gusano deja de huir. Este aparente aprendizaje le sugirió a Darwin «la presencia de algún tipo de mente». Al observar que los gusanos analizaban qué objetos eran más adecuados para tapar sus madrigueras, el científico llegó a la conclusión de que los gusanos «merecen ser considerados inteligentes, ya que actúan casi del mismo modo que el hombre en circunstancias similares».⁶

¿Ridículo? Tengamos esto en cuenta: en un artículo de 2012 con el misterioso título de «El humor de un gusano», S.W. Emmons afirmó que «los mecanismos neurológicos son los mismos en gusanos y humanos». El investigador se refiere al diminuto nematodo *C. elegans*, de un milímetro de longitud. Y aquí está el porqué: este gusano posee prácticamente el mismo conjunto de genes que subyace al sistema nervioso humano, lo que le proporciona «unos patrones de conectividad que también encontramos en el cerebro de las personas». El *C. elegans* tiene apenas 302 células nerviosas

(los humanos alcanzan unos cien mil millones). Y sin embargo este animal produce una sustancia química motivadora similar a la oxitocina llamada nematocina, que funciona de manera parecida. Hace que los gusanos busquen sexo. Los machos mutados que no segregan la sustancia dedican menos tiempo a buscar una hembra, les lleva más tiempo reconocerla, inician la cópula más despacio y «su rendimiento es bajo». ¡Pobres gusanos! Emmons, catedrático en el Albert Einstein College de Medicina, nos deja esta reflexión: «Del mismo modo en que las principales carreteras y autopistas actuales fueron senderos en otra época, los sistemas biológicos pueden conservar características esenciales que derivan de sus orígenes». ⁷ Advierte que «es un error considerar que los pequeños invertebrados son primitivos».

La oxitocina favorece los vínculos afectivos y hace que los elefantes y muchas otras especies actúen de forma social o sexual. ⁸ Si se bloquea la hormona, muchos mamíferos y aves pierden el interés en socializar, emparejarse, nidificar y establecer contactos. La oxitocina y las hormonas opioides generan sensaciones de placer y de comodidad social en muchas especies, incluidos los humanos. Cuando reciben oxitocina, los padres humanos actúan de forma más lúdica con sus bebés, aumentan el contacto visual y muestran un mayor interés en sus hijos. Así funciona la química de los vínculos.

Cuando hacemos algo sabiendo que no es buena idea, muchas veces se debe a que partes antiguas de nuestro cerebro inundadas de hormonas anulan el automatismo intelectual. Las hormonas pueden abrir, por ejemplo, las jaulas que encierran profundos deseos sexuales, y liberar así comportamientos a los que no somos capaces de resistirnos, de manera que nuestra racionalidad queda atada de pies y manos mientras las emociones toman posesión de la mente. Muchas veces el sexo supone semejante coste y riesgo que quizá nunca nos reproduciríamos si nuestro cerebro no generara impulsos químicos que nos empujan a buscar la siguiente ocasión. Suena muy animal, ¿verdad? Y así es como lo sentimos, porque lo es. Lo es en tal medida que resulta maravilloso y aterrador.

En 1883, George John Romanes llegó a la conclusión de que «con tejido nervioso de una medusa, una ostra, un insecto, un pájaro o una persona, no

resulta difícil reconocer que sus unidades estructurales son más o menos similares en todos los casos». Sigmund Freud observó que las células nerviosas de un cangrejo de río son básicamente lo mismo que los nervios de los seres humanos. Freud comprendió que la célula nerviosa es la unidad principal de comunicación en el sistema nervioso animal. Tal como explica Oliver Sacks, las neuronas «son, en esencia, lo mismo, se presentan en la forma animal más primitiva o en la más avanzada. Es su número y su organización lo que varía».

Así que cuando Vicki decía que «todos tenemos la misma base cerebral», estaba abriendo toda una caja de Pandora.

Incertidumbre, ansiedad, preocupación, dolor, miedo, terror, desafío, actitud defensiva o protectora, ira, desprecio, cólera, odio, desconfianza, decepción, consuelo, paciencia, persistencia, interés, afecto, sorpresa, felicidad, placer, alegría, euforia, tristeza, depresión, remordimiento, culpa, vergüenza, duelo, pavor, asombro, curiosidad, humor, guasa, ternura, lujuria, anhelo, amor, envidia, lealtad, compasión, altruismo, orgullo, vanidad, timidez, calma, alivio, asco, gratitud, repugnancia, esperanza, modestia, pesar, frustración, justicia; ¿es posible que los humanos sean los únicos que sienten todo esto, y que los elefantes y otros animales no sientan ninguna de estas emociones? No lo creo. Si negamos la posibilidad de que tengan sentimientos, y resulta que sí los tienen, nos habremos equivocado. Y yo creo que es precisamente en eso en lo que nos hemos estado equivocando. No estoy diciendo que los humanos y los elefantes sientan exactamente las mismas emociones. El desprecio por uno mismo parece ser exclusivo de las personas.

Así que no debemos tener tanto miedo a proyectar erróneamente la emoción, pongamos, del miedo cuando los elefantes parecen asustados. Ciertas aves marinas y algunas especies de focas han vivido durante millones de años en islas oceánicas a cientos de kilómetros de las costas continentales. Debido a la distancia y al tiempo que las separa de los depredadores continentales, estas aves y focas carecen de la capacidad de temerlos. No

pueden adquirir el miedo necesario cuando las ratas, los gatos, los perros y las personas llegan en barco. De manera que no volaron ni huyeron cuando los humanos acabaron con millones de ellos a golpes por sus plumas o su piel.

Por otro lado, los animales continentales con un largo historial de persecución por parte de la raza humana, totalmente capaces de sentir miedo, se relajan en los lugares en los que están a salvo de la caza, como los parques nacionales. En los barrios residenciales, animales que por lo general son huidizos (patos, gansos, ciervos, pavos y coyotes) pueden comportarse con un calculado descaro. En los parques africanos, los guepardos a veces incluso se suben de un salto a los vehículos llenos de turistas para obtener una vista más dominante de las posibles presas. Los elefantes pueden mostrarse temerosos, agresivos o despreocupados cuando tienen humanos cerca, dependiendo de lo que hayan aprendido a esperar. Lo que quiero decir es lo siguiente: el principal fallo que hemos cometido, más que atribuir por error a otros animales emociones que no experimentan, es negarles sentimientos que sí tienen.

Así que, ¿sienten otros animales emociones humanas? Sí, las sienten. ¿Sienten los humanos emociones animales? Sí; en gran medida son las mismas. El miedo, la agresividad, el bienestar, la ansiedad y el placer son las emociones de las estructuras cerebrales y los sistemas químicos compartidos, que tienen su origen en los ancestros comunes. Son los sentimientos compartidos de un mundo compartido. Un elefante se acerca al agua pensando ya en el alivio de refrescarse y en los placeres del barro. Cuando mi perro se tumba de espaldas para pedirme que le rasque la tripa (una vez más), lo hace porque ya está pensando en la sensación relajante del cálido contacto entre los dos. Incluso cuando no tienen hambre, mis perros siempre disfrutan de una golosina. Y repito: disfrutan.

El problema no es «imponer [...] una comprensión característicamente humana del mundo». El problema es imponer una «incomprensión»

característicamente humana. Lo más importante que debemos entender acerca del mundo es que todos somos uno. Sus células son nuestras células, su cuerpo es nuestro cuerpo, su esqueleto es nuestro esqueleto, y su corazón, sus pulmones y su sangre, los nuestros. Si imponemos esta última comprensión característicamente humana en lugar de la otra, habremos dado un paso de gigante hacia reconocer de verdad a cada especie en el marco del vasto universo de los seres vivos. Cada una de ellas es un elemento destacado de un continuo, como las notas del diapasón de un violín. Están ahí para que las descubramos. Con calma. Sin interrupciones bruscas. Y dar forma así a toda una sinfonía.

Somos familia

A finales de la década de 1960, pocos años antes de que Cynthia Moss llegara a Kenia, otro destacado pionero del estudio de la conducta, Iain Douglas-Hamilton, se dio cuenta por primera vez de que la unidad familiar básica en la sociedad de los elefantes es una hembra y sus crías. Cuarenta años después, Iain recordó vívidamente para mí la extraordinaria impresión que esto le causó en un tiempo en que todo el mundo daba por hecho que los machos eran los líderes en cualquier situación.

–La primera vez que vi que los elefantes se organizaban en familias lideradas por una matriarca, reconocí en ellas una inteligencia femenina inmutable –me contó Iain.

(Mucho más recientemente, un hombre llamado Dhruva Das, que entrena a habitantes de aldeas indias para reducir los conflictos entre éstos y los elefantes, comentó: «Es más bien sabiduría. Son capaces de percibir las cosas. Saben qué hacer. Toman aquello que les ofrece la situación y lo usan en su propio beneficio».)¹

Una hembra mayor, sus hermanas, sus hijas adultas y todas sus crías viven juntas. La familia es la base del cuidado compartido de la descendencia y de su educación.²

Normalmente, la hembra de mayor edad es la principal guardiana de la historia viva y del conocimiento. Esta «matriarca» decide adónde irá la familia, cuándo y durante cuánto tiempo.³ Hace las veces de nexo de unión y de protectora jefe de la familia, y su personalidad (ya sea tranquila, nerviosa, firme, indecisa o descarada) marca la pauta de todo el grupo. Mientras la matriarca esté viva, es muy poco probable que sus hijas se marchen por su

cuenta, ni siquiera de forma temporal.⁴

Los elefantes viven sus vidas a través de las relaciones, las cuales forman amplias redes sociales estratificadas.⁵ Dos o más familias con una afinidad mutua especial se conocen como un «grupo familiar». Estos grupos pueden estar formados por parientes, por una antigua familia que se ha dividido en dos, por simples amigos o por cualquier otra combinación. Los machos adolescentes abandonan sus familias para socializar con otros machos, y son bastante más itinerantes.

—¿Ves a ese rezagado? —Vicki señala a un elefante más bien pequeño que sigue a otros a cierta distancia a través de una zona de hierba corta—. Es Emmett, un macho de catorce años. —Ha dejado a su familia (y quizá le han animado a hacerlo) debido a su edad—. Se dedica a seguir a distintos grupos.

La transición es difícil. Parece sentirse solo. Me pregunto si se siente rechazado. Seguirá a las familias hasta que aprenda a desenvolverse por su cuenta entre otros machos. Los adultos viven en grupos o deambulan entre las familias en busca de aquello que interesa a todos los machos.

Crece más rápido que las hembras, y siguen aumentando de tamaño durante el doble de tiempo; pueden llegar a pesar dos veces más. Ellas alcanzan prácticamente su tamaño máximo hacia los veinticinco años de edad, unos dos metros y medio de altura en la cruz, y pueden seguir engordando hasta superar las dos toneladas y media. Ellos siguen creciendo y pueden alcanzar los tres metros y medio; los más grandes pueden pesar hasta cinco toneladas y media.⁶

El aumento del número de miembros o la muerte de una matriarca pueden provocar una separación paulatina de la familia. Por otro lado, a veces familias fragmentadas se fusionan. Estos procesos se conocen como «fisión-fusión». Como los elefantes, al igual que los humanos, viven en grupos fisión-fusión, una de las cosas que más nos sorprende es que le vemos sentido a su comportamiento. Muchas de las sociedades más complejas, incluida la nuestra, la de los simios, la de los lobos y la de algunas ballenas también son

fisión-fusión.

En realidad, que las familias se dividan o se unan depende de su personalidad.

–Una cosa sí sabemos –añade Vicki–: lo más importante para una familia de elefantes es poder decir «estamos todos juntos». También te puedo decir que jamás he visto ni he oído hablar de una familia de elefantes que se disuelva sin un motivo claro.

Vicki ha estudiado por qué los elefantes de selva de África central se reúnen en algunos claros concretos del bosque.

–Al principio tenía toda una serie de preciosas y lógicas teorías como la de encontrar pareja, o la presencia de minerales especiales en el suelo –dice Vicki–. Pero no encontré ni una sola prueba de ellas. La conclusión fue que los elefantes acuden a ciertos lugares porque otros elefantes también lo hacen. No hay otra razón. Hacen las cosas simplemente porque les apetece –dice encogiéndose de hombros.

Una de las reglas principales de la sociedad de los elefantes es que la personalidad de cada individuo se impone a las reglas. Suceden cosas sencillamente porque a uno de ellos le gusta otro y quieren pasar tiempo juntos.

–Puede que estén de camino hacia una zona y entonces oigan a otra familia, la reconozcan y piensen: «Eh, hace mucho que no vemos a ésta y a ésa, vayamos hacia allá y unámonos a ellas». Algunas hembras pueden mantener su amistad durante sesenta años. La verdad fundamental de los elefantes –resume Vicki– es que les gusta estar con otros miembros de su especie. Les reporta beneficios, sí, pero simplemente les resulta satisfactorio.

Parece que a los elefantes se les da mejor que a los simios (incluso que a los humanos) mantener un registro inmediato de un gran número de individuos. Su capacidad de reconocimiento es superior a la de los primates (¡excepto quizá la de algunos investigadores de elefantes!). Es probable que todos los elefantes de Amboseli conozcan a todos los demás adultos que viven en el parque.⁷ Cuando los investigadores reproducían la llamada grabada de un

miembro ausente de una familia o de un grupo familiar, los elefantes devolvían la llamada y se acercaban al sonido. Si reproducían la llamada de un elefante ajeno a su grupo familiar, no reaccionaban de forma perceptible. Pero cuando reproducían las llamadas de completos desconocidos, se agrupaban de forma defensiva y elevaban las trompas para olfatear.⁸

«Inteligente, sociable, emotivo, bien parecido, imitador, respetuoso con los ancestros, divertido, consciente de uno mismo, compasivo... Todas estas cualidades conseguirían que casi cualquiera de nosotros entrara a formar parte de un club exclusivo –escribió Cynthia Moss junto con Joyce Poole y otros colegas–. Y también son las cualidades que describen a los elefantes.»⁹ Estos animales «merecen nuestro respeto en la misma medida que lo merece la vida humana», escribió Iain Douglas-Hamilton, el padre fundador del estudio de la conducta de los elefantes. Son palabras bonitas, pero seguro que los elefantes se vuelven despiadados cuando las cosas se ponen feas. Durante las estaciones secas, estos animales se enfrentan a la necesidad de competir por la comida y el agua, que van desapareciendo. Y sin embargo: «Incluso en épocas de angustia y peligro –anota Iain– los elefantes se comportan con una tolerancia extraordinaria hacia sus congéneres, y se aferran a los vínculos familiares».¹⁰

A diferencia de muchos primates, los elefantes no suelen tratar de reclamar un mayor dominio o intentar alcanzar un estatus superior. El estatus no es una parte demasiado importante de la sociedad de los elefantes. En su caso, el rango lo otorga la edad, como si lo que más respetaran fuera la experiencia. Incluso en épocas difíciles, el dominio es comedido, se expresa en gestos y sonidos sutiles con los que se reafirman las expectativas, y que el resto de la familia reconoce con muy pocos conflictos.¹¹

La gran obra maestra de la naturaleza, un elefante,
la única cosa inofensiva; gigante entre las bestias;
[...] y enemigo de nadie, de ninguno sospecha.

JOHN DONNE, 1612

(trad. de Enrique Caracciolo Trejo)*

Sí existen excepciones al proverbial carácter pacífico de los elefantes. En sequías en las que el alimento escasea, el tamaño de una familia puede influir en su dominio y su supervivencia, así como determinar en parte su acceso a la comida y al agua. Una vez más, la personalidad del individuo es importante. La matriarca Slit Ear se mostraba tan agresiva hacia otras familias en representación de la suya que Cynthia Moss la recuerda como «una auténtica bruja. Pero... ¡llena de vida!». ¹²

–Cuando la familia es grande –dice Vicki–, eso quiere decir que tiene una matriarca fuerte a la que todos siguen a gusto.

Los elefantes respetan a sus mayores por una buena razón: su supervivencia puede depender de un individuo que aprendió un dato clave décadas atrás. Las hembras mayores también poseen un conocimiento más profundo de las voces y las llamadas de los miembros de otros grupos familiares, los registros sociales más completos. ¹³ De hecho, la experiencia que aporta la edad es importante en todos los aspectos de su sociedad. Los elefantes son famosos por su memoria porque tienen mucho que recordar.

–Por ejemplo –explica Vicki–, una líder experimentada podría decidir: «Vamos a esas colinas, porque recuerdo que allí hay agua en esta época del año y unos prados de hierba que conozco».

Los elefantes que habitan zonas desérticas acuden a fuentes de agua incluso a 65 kilómetros de distancia, y al hacerlo, pueden cubrir unos seiscientos cincuenta kilómetros en un plazo de cinco meses. ¹⁴ En ocasiones recorren cientos de kilómetros por rutas que no se han usado en años para llegar a fuentes de agua justo después de que comiencen las lluvias. ¹⁵ ¿Acaso

detectan el retumbar de los truenos a través de la tierra y se dirigen hacia allí? ¿Cuánto de esto es memoria? Necesitan saber adónde se dirigen. Y gran parte de ello depende de tomar las decisiones correctas.

–La supervivencia es mayor en familias con matriarcas mayores de treinta y cinco años –añade Vicki.

Los elefantes parecen saberlo. Algunas familias siguen a otras con matriarcas de más edad. De manera que las más mayores tienden a liderar familias dominantes y de mayor tamaño; así, literalmente, el éxito cría éxito.¹⁶ La hembra de Amboseli que ha sido madre con mayor edad (de la que se tiene constancia) tenía sesenta y cuatro años.¹⁷ Sin embargo, por lo general tienen menos crías a partir de los cincuenta y cinco, cuando adoptan un papel de tipo abuela-anciana sabia para ayudar a sobrevivir a los más jóvenes.¹⁸ Los elefantes tienen seis juegos de dientes a lo largo de su vida; el último aparece hacia los treinta años de edad y puede durarles hasta los sesenta. Llegado el momento, la dentadura se desgasta hasta a las encías, y cuando los elefantes ancianos no pueden comer bien, mueren.¹⁹ Para cuando una matriarca fallece por causas naturales, normalmente tiene hijas maduras que ya han obtenido suficientes conocimientos para liderar a sus familias de forma eficaz. En los humanos, el conocimiento práctico para sobrevivir a nuevos desafíos existenciales a veces se conoce como «sabiduría».

De manera que un elefante no es sólo carne y hueso; es un gran cúmulo de conocimientos necesarios para sobrevivir. Lo único que hace falta para que ese tipo de sabiduría siga triunfando es que el mundo no cambie demasiado a lo largo de las décadas que dura una vida. Y durante miles de años, así ha sido.

Sin embargo, los grandes colmillos de las matriarcas ancianas las convierten en los objetivos preferidos de los cazadores furtivos. Los elefantes cada vez mueren más jóvenes. Matar a las mayores con décadas de adelanto deja a los miembros de sus familias sin preparación suficiente. En un primer momento, la muerte de su matriarca acarrea terribles consecuencias psicológicas.²⁰ Algunas familias se desintegran. Las elefantas tienen vínculos extraordinariamente estrechos con sus crías, y romperlos les causa a estas últimas un profundo sufrimiento. Los bebés que quedan huérfanos con menos

de dos años mueren enseguida; los huérfanos menores de diez mueren jóvenes. Si aún necesitan leche, casi siempre llevan las de perder. Todas las elefantas con leche tienen a su propia cría, y una elefanta no puede producir leche suficiente para dos pequeños en crecimiento. En contadas ocasiones, una cría que acaba de quedar huérfana conoce a una madre de cría que acaba de perder a su propio hijo y se ve con ganas de adoptar. Los huérfanos de mayor edad a veces vagan en grupos apelotonados sin líder.²¹ Los supervivientes, que acarrean recuerdos traumáticos, suelen mostrarse más temerosos y a veces más agresivos hacia las personas, lo que espolea el antagonismo humano hacia los elefantes.

–Ahí tenemos a alguien haciendo el tonto –dice Vicki señalando–. ¿Ves cómo esa elefanta camina relajada y balanceando la trompa?

La veo.

–Un día, cuando acababa de llegar –recuerda Vicki–, Norah y yo los estábamos observando cuando de pronto todos comenzaron a correr en círculos y a barritar. Yo me pregunté: ¿Qué narices acaba de pasar? Y Norah dijo: «Bah, están haciendo el tonto». «¿El tonto?», pensé. Y acto seguido una hembra adulta se acercó caminando de rodillas y bamboleando la cabeza, como si estuviera chiflada. Simplemente estaban contentos, como gritando «¡yupi!». Todo el mundo habla de lo inteligentes que son, pero también pueden ser divertidos. Si un macho joven no tiene amigos cerca, a veces puede fingir que carga contra nosotros y después retroceder o hacer una pirueta. De hecho, una vez vi a un macho arrodillarse justo delante del coche y tirarme huesos de cebrá intentando que jugara con él.

»En las estaciones húmedas, están contentos y alegres. La lluvia les hace sentir bien. Me estoy dando cuenta de que cuando yo llegué aquí, los elefantes aún estaban algo alicaídos por culpa de la sequía. Pero ya se están recuperando. Se ven cada vez más interacciones amigables y positivas, o comportamientos divertidos sin más. También veo como todas estas crías están transformando a las adultas. Verlas rodar y jugar y dormir les provoca a las elefantas una sensación de bienestar, ya que sienten que su familia está

bien; porque, claro, los bebés son lo mejor del mundo.

* En *Poesía completa*, Ediciones 29, 2001.

La llegada de la maternidad

Las crías están tan gordas que parecen consentidas. Una elefanta que se cruza a poca distancia de nosotros abarca todo el parabrisas del vehículo y Vicki comenta:

–Mira a esa madre con sus enormes mamas; botan como es debido cuando camina. Un montón de leche para su cría.

Un montón significa unos veinte litros al día.¹ Las elefantas pueden amamantar a sus crías hasta los cinco años, y cuando los pequeños colmillos empiezan a asomar, supongo que las madres notarán cierta incomodidad.

En la maternidad, al igual que en el matriarcado, la experiencia tiene sus consecuencias.

–Las hembras pueden criar a partir de los trece años –explica Vicki–, pero una madre adolescente tiene más posibilidades de sufrir dificultades que una de veinte.

Es posible que las madres jóvenes entren en aguas frías que congelen a sus crías. Que las lleven por terrenos en los que los pequeños no sean capaces de manejarse. Que sencillamente no sepan ser madres. Cuando Tallulah tuvo su primera cría a los diecisiete, se mostraba disgustada, confundida y, en general, incapaz de arreglárselas.² No tenía la experiencia suficiente para dirigir al bebé hacia sus pezones y después quedarse quieta con la pata adelantada para bajar la mama y que el pequeño pudiera succionar. Cuando casi se había enganchado a un pezón, recibía un golpe en la nariz y se caía. Entonces Tallulah no sabía cómo levantarlo. Con el tiempo aprendió.

En cambio Deborah, que a sus aproximadamente cuarenta y siete años ya había dado a luz varias veces, estaba relajada y sabía qué hacer desde el

momento en que nació su última cría. El bebé se cayó cinco veces en la primera media hora, pero Deborah lo levantaba con cuidado deslizando suavemente un pie por debajo de él y estabilizándolo con la trompa. Tardó hora y media en encontrar los pezones de Deborah, y entonces succionó con fuerza durante más de dos minutos mientras Deborah permanecía quieta con la pierna bien adelantada para que el recién nacido pudiera mamar. Vicki insiste en esto:

–Las mayores son madres fantásticas. Siempre están tranquilas, y para entonces ya suelen tener muchísima ayuda. –Parece reflexionar un instante, y añade–: La cronología de su vida es un reflejo de la nuestra. Entre los veinte y los treinta ves que fuerzan un poco el papel de madres. A partir de los treinta, se adaptan y se acomodan a la situación. Y para cuando tienen cincuenta o sesenta, ya saben de qué va la historia y actúan relajadas.

Un elefante recién nacido pesa 120 kilos y mide cerca de un metro. La mayoría de los mamíferos nacen con un cerebro que pesa el 90 % de lo que pesará de adulto. En cambio, el cerebro de los elefantes pesa un 35 %, y el de los humanos, un 25.³ El cerebro de un elefante, al igual que el humano, se desarrolla en su mayor parte después de nacer.

–Vienen al mundo sabiendo cómo succionar y seguir a su madre, y eso es todo –dice Vicki.

Un elefante recién nacido puede caminar enseguida, pero aparte de eso es casi inútil. Durante la primera semana apenas ve. Los primeros meses, permanece siempre al alcance de su madre, a menudo manteniendo el contacto físico con ella. La madre, por su parte, emite con frecuencia sonidos y zumbidos suaves como para decirle «estoy aquí, a tu lado».

Cuando se tambalean detrás de los demás, las crías muchas veces se tropiezan con raíces o se quedan atrapadas en la hierba alta. Quienes las sacan de esas situaciones suelen ser primas adolescentes atentas. Cuando las crías se caen o se quedan atascadas, las empujan o las intimidan de algún modo, emiten un fuerte chirrido que provoca una respuesta inmediata. Las hembras jóvenes acuden con tanta presteza en auxilio de las crías que muchas veces se

interponen en el camino de las propias madres. Las progenitoras más experimentadas dejan que las jóvenes lo solucionen. Si un bebé se cae, todas las hembras se acercan corriendo para asegurarse de que está bien al tiempo que profieren un sonido especial que ayuda a proporcionarles un profundo consuelo.

Las crías más pequeñas recurren a cualquier adulta. Las tías y las abuelas son niñeras esenciales, y la madre experimentada estará tranquila siempre que su cría esté con una hembra adulta adecuada. Los elefantes jóvenes suelen permanecer siempre a menos de un cuerpo de distancia de algún miembro de la familia durante los primeros cinco años de vida. Tienen que aprenderlo absolutamente todo acerca de cómo ser un elefante, y lo aprenden de los demás, que los protegen. El contacto amigable y el apoyo entre los jóvenes y las adultas es normal y frecuente; las agresiones hacia los individuos de menor edad son muy escasas. Los bebés son capaces de aprender a manipular a los adultos para recibir atención, y pueden volverse algo malcriados. Las llamadas de auxilio de las crías son tan habituales que a veces los investigadores tienen la impresión de que no están realmente en peligro.⁴

La trompa del recién nacido es su principal conexión con el mundo; con ella está constantemente olfateando y tocando. Pero la trompa también constituye su dilema más desconcertante. Se trata de un pequeño apéndice elástico y no del todo controlado que las crías deben aprender a gestionar. A menudo experimentan balanceándola, sacudiéndola o haciéndola girar, probando qué pueden hacer con ella. A veces se tropiezan con su propia trompa y se caen. Es habitual que se succionen la trompa para consolarse, del mismo modo que un bebé humano se chupa el pulgar.⁵

Ya a partir de la primera semana empiezan a intentar coger cosas. Los pequeños elefantes se muestran muy concentrados cuando tratan de dominar tareas como levantar palos. Hacia los tres meses de edad comienzan a intentar comer. Una cría joven puede enrollar y enrollar la trompa alrededor de una única brizna de hierba, arrancarla por fin, soltarla sin querer, a duras penas recuperarla y al final simplemente ponérsela encima de la cabeza. A veces prescinden de la complicada trompa y se limitan a arrodillarse para mordisquear la hierba que querían probar. A menudo hacen lo mismo con el

agua. Los elefantes jóvenes tardan unos cinco meses en dominar su sistema de irrigación nasal.

Estoy observando a una cría de ocho meses intentando arrancar un poco de hierba. Me recuerda a alguien tratando de utilizar palillos chinos; la comida no ayuda. La mitad de la hierba vuelve a caer al suelo. Mira a su madre, que arranca un puñado de hierba y se lo come como si tratara de asegurarse de que su cría la está mirando. Muchas veces los bebés meten la trompa en las bocas de otros miembros de su familia y cogen un poquito de lo que están comiendo; así conocen los aromas y los sabores de la vegetación que es buena para ellos.⁶

En este momento hay varias familias juntas, unos ciento treinta elefantes en total, incluidas muchas crías y muchos machos que siguen al grupo, en una zona de vegetación que huele a salvia. Un macho introduce la trompa en la boca de una hembra; es un gesto íntimo entre elefantes que confían el uno en el otro.

Miles de golondrinas orbitan alrededor de todos ellos, abalanzándose sobre los insectos que ha levantado la manada. Los elefantes avanzan hacia una amplia llanura de hierba corta y gruesa. En ese llano los siguen garcetas blancas, pero las golondrinas los abandonan. Al parecer, los insectos de la hierba corta son diferentes.

La vista, los aromas, las pacíficas masas de vidas y tiempos entretejidos, los ritmos superpuestos y el compás del momento, la promesa de la juventud, y una satisfacción y una felicidad evidentes; la escena no puede ser más sublime.

Aquí tenemos a la familia Z. Vicki, que se ha contagiado del buen humor general, los ensalza:

—Son una pequeña familia de bajitos. —Dice que algunas de las familias tienen ciertos rasgos característicos, por ejemplo—: Algunos tienden a tener orejas grandes (¿no las tienen todos? Al fin y al cabo son elefantes). Otros

parecen más redondos.

Un adulto se acerca y sacude la cabeza para expresar cierta molestia por que estemos aquí. Vicki lo arrulla con voz tranquilizadora:

–Mírate, taponcete.

Los parecidos familiares no son sólo físicos; los miembros de una misma familia también actúan de forma similar.

–Como aprenden en gran medida unos de otros, adquieren los hábitos de los demás –dice Vicki.

¿En qué momento del día va la familia a beber? ¿En qué humedal beben? Ése es el tipo de cosas que aprenden de los demás miembros cuando son bebés. Y así se convierten en tradiciones.

Nos encontramos con tres grandes machos. A uno de ellos, Vronski, le encanta pelear. Lo respetan incluso machos mayores que él. Resulta que Vronski se encuentra ahora en el periodo de intenso deseo sexual y agresividad característico de los machos grandes y de alto rango de treinta años o más. Se conoce como «*must*» y dura varios meses. Los machos en *must* actúan con gran agresividad hacia otros machos. Son un poco como los ciervos machos en celo. Sin embargo, todos los ciervos entran en esa fase al mismo tiempo. En el caso de los elefantes, cada individuo entra en *must* más o menos en la misma época año tras año, pero cada uno de ellos lo experimenta en diferentes momentos. Se trata de un sistema poco común y bastante admirable, que facilita la vida a las hembras y resulta menos violento para los machos. (Es un sistema mejor que el de los impalas o el de las focas, por ejemplo, en los que los machos dominantes defienden sus harenes mediante una lucha tan constante que, después de un breve periodo de tiempo en la cima, se agotan, resultan heridos y son derrocados, después de lo cual su vida está prácticamente acabada.) En este sistema de tiempo compartido, los machos más grandes y de mayor edad disfrutan de la mejor época después de las lluvias, que es cuando la mayoría de hembras están en estro, receptivas y fértiles.

Vicki explica lo siguiente:

–Lo cierto es que los machos suelen ser juguetones y muy dulces unos con otros. En realidad no compiten. No tienen nada por lo que pelearse, a no ser que haya una hembra en estro por la zona. Los machos de quince o veinte años también muestran interés por las hembras, pero no hay demasiada competencia entre uno de veinte y uno de cincuenta que pesa el doble.

Los machos en *must* son autoritarios y agresivos, ya que sus niveles de testosterona se cuadruplican.⁷ Y como las hembras prefieren en gran medida a los machos en *must*, eso prácticamente impide que los jóvenes flirteen con ellas. Tienen que esperar a cumplir al menos treinta años para alcanzar su primer *must* y tener su primera experiencia sexual real.

Los machos de mayor edad causan un efecto supresor hormonal en los jóvenes, lo que fomenta el decoro general entre la población. Cuando en una ocasión se envió a varios machos huérfanos a un parque de Sudáfrica donde no había machos mayores para suprimir su embravecida testosterona, los jóvenes elefantes comenzaron a matar rinocerontes. Inaudito.

–Para un elefante –añade Vicki–, perder a su familia es una barbaridad. Yo creo que esos huérfanos que mataron rinocerontes tenían síndrome de estrés postraumático. Sería ridículo suponer que perder a su familia no les afecta profundamente.

Las autoridades enviaron a dos machos de unos cuarenta años y el problema se acabó.

Además de Vronski hay otro macho, un extraño que también está en *must*. Eso complica las cosas. Vicki no sabe quién es, qué temperamento tiene, ni cuál es su historial con los humanos. Gira la cabeza hacia nosotros.

–Cuando hay machos en *must* cerca siempre tengo el coche embragado y la mano en la llave –dice Vicki haciendo el gesto de arrancar–. Si no tienes plan de huida, más te vale pensar en uno.

En otro campamento de investigación vi un vehículo aplastado por el supuesto perdedor en una lucha entre dos machos en *must*. Agresión indirecta. Los ocupantes tuvieron suerte de salvarse.

–Cuando quieren atacarte de verdad, lo hacen sin más, sin preliminares –

advierde Vicki—. Si sacuden mucho la cabeza, es un farol. En ese caso el peligro es menor. Si no conozco a un macho grande, como éste, siempre me pregunto: «¿Estás pensando en venir a por nosotros?».

Se acerca hasta colocarse junto a un árbol de tamaño considerable. Entonces comienza a frotarse la espalda contra la corteza. Vicki se relaja y le habla:

—Ah, rascarte bien el culo lo arregla todo, ¿eh, colega? —El animal entrecierra los ojos, y Vicki retransmite la jugada—: Ohhh, justo ahí, justo ahí.

Una hembra entra en su primer periodo de fertilidad y receptividad, llamado *estro*, hacia los once años de edad. El *estro* suele durar tres o cuatro días. Casi cada vez que entre en *estro* concebirá, estará embarazada durante dos años, amamantará a su cría durante otros dos, y después volverá a entrar en el ciclo del *estro*. Volverá a dar a luz cuatro años después del parto anterior.

En otras palabras, cada hembra adulta sólo recibirá pretendientes masculinos durante unos cuatro días cada cuatro años. La poca frecuencia y la urgencia generan una gran excitación. Los machos en *must* deambulan entre distintas familias segregando fluido de las glándulas hacia sus sienes. En ambos sexos, la sustancia mana de esas glándulas siempre que el animal experimente emociones intensas o excitación de cualquier tipo; supongo que es como tener unas axilas sudorosas en el costado de la cara. (Los científicos las llaman glándulas temporales; parece un nombre poco apropiado, pero se debe a que la palabra inglesa para «sien» es *temple*.)

Los machos en *must* también gotean orina acre constantemente, lo que anuncia su estado de marcada sexualidad, y su pene tiene un aspecto verdoso. Cynthia Moss y Joyce Poole detectaron todo esto en los elefantes africanos durante la década de 1970. Al principio pensaron que los machos estaban enfermos; bautizaron todo el cuadro como la «enfermedad del pene verde». Esto demuestra lo poco que sabíamos sobre los elefantes y lo recientes que son los descubrimientos más básicos sobre ellos.

De manera que los machos en *must* deambulan olfateando el aire y las manadas en busca de hembras en *estro*. Se acercan a las hembras adultas y, en lugar de preguntar «¿de qué signo eres?», les tocan la vulva con la punta

de la trompa, la olfatean, y muchas veces se meten la trompa en la boca para probar el sabor. A las damas no les molesta en absoluto este exceso de confianza; lo aceptan como si no pasara nada, ya estén caminando o comiendo en ese momento. Los elefantes se parecen a los humanos en muchos aspectos, pero la comparación tiene sus límites. Al menos en lo que respecta a la etiqueta. Si una hembra está en *estro*, varios machos la seguirán a ella y a su familia. Cuando llegue un macho en *must*, ahuyentará a todos sus rivales y vigilará a la hembra. Ella se mostrará bastante atraída hacia él.

En el momento en que el inmenso desconocido se acerca muy erguido a las familias que nos rodean, me doy cuenta de lo enormes que pueden ser los machos comparados con las hembras.

–Uau –comenta Vicki–, es un monstruo. –La hembra que tiene detrás ha cumplido los veinticinco años y ha alcanzado su tamaño máximo. El macho parece el doble de grande–. Mira, se está acercando a él para saludarlo.

Emiten ruidos sordos y enlazan las trompas un instante. Su cría parece demasiado pequeña para que la hembra esté en ciclo otra vez. Pero el macho está manteniendo a raya a otro de gran tamaño. Entonces se detiene y permanece quieto con despreocupación casi exagerada y la trompa gigante acomodada sobre uno de sus inmensos colmillos.

–Lo hace para demostrar a las hembras que no es una amenaza, para que vean lo tranquilo que está. De hecho, lo llamamos la «pose relajada» –me cuenta Vicki, y añade–: Es como un culebrón, te metes en sus vidas. ¿Quién se apareará con quién? ¿Qué hará Vronski?

Evitar las peleas es muy importante. Si finalmente luchan, son seis toneladas por cada uno abalanzándose hacia el otro a casi cincuenta kilómetros por hora con dos enormes lanzas afiladas por delante. Pueden hacerse mucho daño. Cynthia Moss vio una vez a dos machos en *must* muy igualados dedicar 10 horas y 20 minutos a una única lucha constante, sin descanso.⁸ Sólo chocaron físicamente tres veces, en las que engancharon los colmillos con violencia y trataron de desequilibrar al otro. El resto del tiempo lo pasaron rodeándose en círculos, acercándose y alejándose, emitiendo

ruidos y arrancando arbustos y árboles como táctica de intimidación. Llegado el momento, uno de los combatientes apoyó las patas delanteras en un tronco caído para parecer más alto. Finalmente el titán más joven huyó.

Dos grupos, más o menos a un kilómetro de distancia, se dirigen al humedal para encontrarse.

–Me gustaría sumergirme por completo en ese mundo durante cinco minutos –dice Vicki con voz soñadora.

Mientras tanto, Duke, de unos catorce años, se acerca a cinco metros de mí con la trompa extendida para olfatear al nuevo humano. Aparenta estar ligeramente disgustado, se aparta de mí y gira y balancea la cabeza, aletea las orejas contra el cuerpo y después nos mira desplegándolas; a continuación sacude la cabeza con altanería bamboleando la trompa para impresionarnos. Me mira con sus ojos castaños y se encara con nosotros a muy poca distancia con su alargada nariz arrugada y el cuero vivo de sus orejas en abanico; es espléndido en todos sus detalles, y su amenaza no resulta convincente en absoluto.

Por supuesto podría aplastarnos, pero no es su intención; simplemente está fanfarroneando como lo hacen los machos adolescentes. Eso sí se nota. Está demostrando que es lo bastante grande como para que lo tomemos en serio. Aún no tiene demasiada confianza en sí mismo y está ensayando el papel. Pero sí confía lo bastante en nosotros para centrar su atención en nuestra presencia y no sentirse amenazado, ya que no está nervioso, asustado, ni intenta hacernos daño. Sé lo que está haciendo. Él lo expresa y yo lo comprendo. Él envía un mensaje y yo lo recibo. En otras palabras, y según la definición formal, nos estamos comunicando.

Amor de madre elefanta

Los dos grupos que confluyen pertenecen a la familia FB. Las madres rozan a las crías con la cola, el contacto físico no se interrumpe. En este momento, Felicity está junto a sus dos hijas y junto a Flame y Flossie, dos hermanas con quienes no guarda parentesco. Fanny dirige a sus pequeñas: su sobrina Feretia y la hija de ésta, Felicia. Según Vicki, Fanny es muy tranquila pero más bien parca, no suele expresar muestras de cariño, mientras que Felicity y su prole están constantemente tocándose.

El grupo de Fanny se une al de Felicity. En las familias de elefantes, no sólo cuenta qué seas (una hembra de cuarenta y ocho años), sino que cuenta quién seas.

–Lo importante es que eres Felicity, de la familia FB, y que tienes cuarenta y ocho años –explica Vicki.

Tienen su vida y también se preocupan por la de los demás. Ahí está la cosa.

Felicity ya sabe que la zona a la que acaban de llegar es segura. Su familia se siente a salvo con ella en la retaguardia. Por lo general, las matriarcas guían desde el final del grupo. Ahora bien, si ella se detiene, todas se paran. La escuchan aunque esté más atrás. Saben perfectamente dónde está.

La investigadora Lucy Bates recogió orina de una elefanta en concreto que avanzaba al final de la manada que estaba estudiando cuando ésta se detuvo para hacer sus necesidades.¹ Mientras el grupo continuaba su camino, Bates esparció la muestra más adelante. Cuando algunas elefantas

reconocieron la orina fresca de un miembro que sabían que estaba tras ellas, parecían totalmente desconcertadas, como pensando: «No puede ser... ¿Cómo nos ha podido adelantar? Pero si estaba detrás...». Para Bates, esto demuestra que «los elefantes tienen capacidad de almacenar y actualizar información sobre la ubicación» de los miembros de su familia.

Cada vez que sucede algo delante que les asusta, toda la familia se vuelve hacia Felicity. Si se trata de algo peligroso, como un león o un búfalo, puede que la matriarca opte por la retirada o, en cambio, que ordene cargar para ahuyentarlo.

–La decisión está en sus manos –apunta Vicki y añade–: Ahora mismo todo el mundo se siente a salvo; las adultas están relajadas y las crías se divierten. Nadie está preocupado por nada. Es porque Felicity es una matriarca excepcionalmente buena. Si una familia tiene una matriarca desconfiada, de carácter estresado, todos los miembros estarán constantemente alerta, siempre a la espera del peligro. En estos elefantes, los niveles en sangre de cortisol, una de las hormonas relacionadas con el estrés, son más altos y eso no es nada bueno para el metabolismo. –Ahora se dirige a los elefantes–: Así que compensa estar relajados, ¿eh, chicos?

La familia continúa apaciblemente sus ocupaciones sin inmutarse. Es su manera de asentir.

La diminuta cría de Felicity está a unos cincuenta metros de su madre, a nuestra altura, con el resto de la familia. Muestra una seguridad en sí misma fuera de lo común. Su hermana mayor está junto a ella. De golpe, sale corriendo hacia su madre.

–Es como un juego –interpreta Vicki–. Algo así como «¡mírame, estoy aquí y estoy bien!».

Se nota que se está divirtiendo, las orejas están desplegadas, balancea su pequeña trompa y carga contra una garceta. Recuerda al tipo de movimiento que una adulta usaría para achantar a un león. Una parte del papel de la familia consiste en permitir que los más jóvenes descubran y aprendan a través de sus propias experiencias. Los jóvenes machos suelen jugar a retarse

entre sí. Las hembras, a «espanto al enemigo». La cría de Felicity carga contra otro par de garcetas.

–También hay que enseñarles a reaccionar ante el peligro.

Incluso los adultos juegan a enfrentarse a enemigos imaginarios a veces. Puede que de pronto empiecen a correr entre las hierbas altas y la emprendan a golpes contra la maleza. Exactamente lo mismo que harían para intimidar a un león.

–Pero están jugando, saben que no hay leones.

Entonces, si los elefantes actúan como si hubiera leones pero en realidad, no los hay, ¿no puede ser que se confundan o que se pasen de cautelosos?

–Es muy fácil saberlo –dice Vicki.

La atención de un elefante serio que se enfrenta a una amenaza real es constante. Sin embargo, cuando están jugando, corren con paso desgarrado y menean la cabeza para que la trompa y las orejas penduleen de acá para allá.²

–Ni se confunden, ni dan falsas alarmas. Corretean como si estuvieran muy asustados pero, a la vez, emiten lo que nosotros llamamos «barrito juguetón». Todos saben que se trata de un juego.

Cuando los elefantes juegan a hacer cosas serias en momentos que no son (por ejemplo, abrir los ojos como platos y escrutar por encima de los colmillos a enemigos imaginarios, o agitar la cabeza y salir corriendo fingiendo pánico), parece que lo hacen para divertirse, es humor puro y duro. Y todos están al corriente. Intuyo que estas tonterías tan descaradas son lo más parecido a la hilaridad que experimenta un elefante; se estarán desternillando. Salta a la vista que lo están pasando bien.

–A veces se ponen un matojo de hierbas sobre la cabeza y se te quedan mirando. La mar de ridículo –comenta Vicki.

La cría de Fanny agita las orejas, nos está calibrando, sopesa si ahora el enemigo somos nosotros. Se estira hasta estar bien erguida y nos mira como con cierto desdén.

–La llamamos postura «cabeza alta».

Por lo visto, la pequeña ha juzgado que somos o buenos o demasiado

grandes para enfrentarse a nosotros. En un abrir y cerrar de ojos ya está bajo el mentón de su hermana, y se plantea si cargar contra un ave con aspecto de urogallo llamada francolín gorgiamarillo.

La escena es conmovedora, destila una hermosa inocencia. Lamentablemente, sus vidas no siempre son tan perfectas. Ninguna vida lo es.

A la oreja de Flanna le falta un triángulo de tamaño considerable, allí donde la atravesó una lanza. Una de las elefantas no tiene cola. A veces, las hienas se la muerden mientras dan a luz. También se llevan crías si pueden. Los leones son capaces de matar elefantes pequeños. Tanto las alegrías como los riesgos son reales y estas crías, que ahora corretean y se lo pasan en grande, son tan inocentes como vulnerables. Tendrán que aprender a temer a los leones.

Felicity marcaba el paso desde atrás pero ha reducido el ritmo y se ha quedado bastante rezagada, como si pasara algo. De pronto se da la vuelta y una hiena asoma de un arbusto. Felicity se la queda mirando. La hiena, ahora sin escondite, se aleja despacio.

–¿Lo ves? –Vicki parece orgullosa–. Felicity es una matriarca fantástica.

Algunas elefantas nacen líderes, a otras les toca, y otras lo rehúyen. La hermana de Echo, Ella, es mucho mayor que los demás miembros de su familia; debería ser la matriarca. Sin embargo, prefiere pasar tiempo junto a sus hijas y sus nietas. Los otros 20 miembros de la familia le dan igual.

–Estoy convencida de que aunque se entere cuando la llaman, es como quien oye llover.

Vicki la ha observado muy de cerca. Algunas hembras parecen albergar una motivación profunda para cuidar y proteger a los demás, pero a Ella el liderazgo no le interesa.

El sol levita. El calor ecuatorial arrastra a la manada hacia el apetecible frescor de los humedales. Las madres colocan a sus crías bajo su propia sombra.

Continuamos junto al grupo a paso de elefante. Cuando estoy rodeado de muchos animales distintos, me siento igual que cuando estoy entre personas de otras culturas que viven en mi comunidad. Desde luego, no voy a meterme en sus vidas, tampoco ellas lo harán en la mía. Nuestros respectivos entornos hacen que no seamos intercambiables. Cuando coincido con gente en la oficina de correos, compartimos espacio y tiempo a pesar de vivir vidas distintas. No obstante, esto no nos impide comprender muchas cosas del otro. Sabemos que, en el fondo, somos muy parecidos. Valoramos más nuestra propia vida porque debemos. Pero somos moralmente iguales.

Con esto no pretendo decir que le dé el mismo valor a la vida de un pez o de un pájaro que a la de un ser humano. Ahora bien, su presencia en este mundo tiene tanta validez como la nuestra. De hecho, puede que más: ellos estaban aquí antes y nos prepararon el terreno, sólo cogen lo que necesitan y son compatibles con la vida que los rodea. Mientras ellos fueron los responsables, el mundo sobrevivió. Puede que seamos diferentes, pero también ellos viven su vida con entusiasmo, resplandecen y brillan. Y nosotros hemos cogido mucho de lo que necesitaban, mermando así su llama. Iluminan el mundo, y lo hacen con belleza.

Más adelante se está armando un pequeño revuelo.

—¿Ves cómo Felicity empuja a ese macho? —No me resulta nada fácil distinguirla entre el nubarrón de cuerpos grises y polvo—. Quiere dividir a este grupo de machos porque cortan el paso a su familia.

Uno de los jóvenes se acerca por detrás de Felicity con un tambaleo algo exagerado. Lo conoce muy bien. Se suele juntar con la familia a menudo. Ahora está poniendo a prueba su dominancia, intenta achantar a la matriarca.

Felicity se vuelve hacia él, amenazante.

Él se retira, pero de pronto parece caer en la cuenta de que con veinte años es casi tan grande como ella. Avanza. Felicity parece intimidada, no insiste, se gira de nuevo; posee la seguridad suficiente como para darle la espalda.

–A las hembras más mayores no les gustan estos machos jóvenes –me explica Vicki. Por lo visto, en general entorpecen las situaciones–. Se pasan de dramáticos. Generan una distracción que a las hembras con crías no les viene nada bien. Además, si juegan a pelearse, pueden chocarse contra las crías. En general, sacan a las hembras de sus casillas.

En resumen: el macho ha causado un alboroto, ella ha tratado de imponerse, y él le ha recordado que puede que sólo tenga veinte años, pero que el tamaño importa.

–Me sorprende que se haya quedado ahí la cosa. Otras hembras habrían entrado al trapo –comenta Vicki.

Y otros machos se habrían comportado mejor. En una ocasión, Cynthia vio a un joven macho al que llamaba Tom que parecía atormentado por gestionar los problemas derivados de ser más grande que el resto de las crías de su grupo familiar.³ Acababa de tenderse en el suelo para descansar cuando una pequeña llamada Tao lo vio, fue hacia él y comenzó a subírsele encima. Tom intentó zafarse, se retorció y pataleaba, pero cuando la patada fue demasiado fuerte, Tao, asustada, acudió a su madre, Tallulah. Tom la siguió y se tendió de nuevo junto a ella, como invitándola a que se encaramase, lo que Tao hizo acto seguido. Cynthia también presencié cómo un macho adulto bastante grande doblaba las patas delanteras y extendía las traseras para animar a otro macho mucho más pequeño a jugar con él. Tan pronto se agachó, el más pequeño se le acercó trotando. Lo había convencido de que era un compañero de juegos seguro. Y, en efecto, aquella parecía ser su intención.

Felicity se vuelve hacia nosotros. Resplandeciente, solemne. Justo antes de adentrarse en el humedal, se detiene para dar de mamar a su bebé. Las hembras que amamantan a sus crías necesitan agua a diario.

–Las elefantas prefieren alimentar a sus pequeños antes de meterse en el pantano a pasar el día. Con el agua hasta el vientre, les resultaría bastante complicado –explica Vicki.

Pensemos en esta previsión. Amamantamiento situacional y premeditado.

Volvamos a la pregunta que he planteado antes: ¿qué mueve a las elefantas a amamantar, el amor o el instinto? ¿El amor es instintivo? ¿O acaso el amamantamiento simplemente satisface una necesidad menor, como el rascarse?

La crianza requiere una implicación parental importante, además de compartir alimento. Los padres deben de obtener a cambio cierta sensación reconfortante. Si una madre no recibiese ninguna gratificación por entregarse a una tarea tan difícil, que además supone retrasar sus propios placeres, como comer o beber, ¿qué la motivaría a ocuparse de sus crías?

En *Cuando lloran los elefantes*, Jeffrey Moussaieff Masson y Susan McCarthy plantean que si ponemos en duda si una mona quiere a sus crías, deberíamos también interrogarnos sobre si la gente que nos cruzamos por la calle quiere a sus hijos. «Puede que digan que sí, pero ¿cómo sabemos si dicen la verdad? En última instancia, es imposible saber qué tiene cada persona en mente cuando habla de amor.»⁴

Está claro que tanto la mona que alimenta, abraza, hace cosquillas y defiende a su cría, como la osa parda que vi huir con sus tres crías cuando avistó a un macho potencialmente peligroso a un kilómetro de allí actúan por instinto. Está claro, ¿verdad? Y, en el caso de una madre primeriza humana con su recién nacido, ¿acaso no siente impulsos y necesidades «instintivos»? Por supuesto que sí. Todos los sentimos.

El amor que sentimos por nuestros bebés es instintivo, no intelectual. Las situaciones producen hormonas que, a su vez, desencadenan sentimientos. Puede ser un proceso tan automático como la bajada de la leche, pero para nosotros, es amor. El amor es un sentimiento y, como tal, motiva determinados comportamientos, como proporcionar alimento o protección. No debería avergonzarnos, no hay nada malo en deleitarse con las bondades de un amor que brota de unos manantiales, profundos y ancestrales, que nace dentro de nuestras células. Es más, lo mejor es no intelectualizar demasiado el nivel de amor que sentimos por un recién nacido, sino disfrutarlo. Si nos paramos a pensar, muchos bebés han sido concebidos cuando el instinto ha podido a la razón.

En cierto sentido, «amor» es el nombre que le damos a un sentimiento con el que la evolución nos engaña para que nos embarquemos en tareas arriesgadas y costosas, como la crianza o la defensa de nuestras parejas y nuestros pequeños. Si calculásemos nuestro propio bienestar únicamente en términos racionales, evitaríamos semejantes riesgos y desgastes; en cambio el amor nos ayuda a entregarnos a ellas. La capacidad de amar ha evolucionado porque los vínculos emocionales y el cuidado parental aumentan la reproducción. Esto no implica que el amor no sea verdadero, simplemente que reposa sobre un entramado de raíces muy profundas. Y, como bien sabréis, nos puede pasar a todos.

Si un animal se nos acerca, nos da un lametazo y se tumba junto a nosotros, interpretamos que está demostrándonos su amor. Considero que es una reflexión razonable, especialmente si tenemos en cuenta el extenso abanico de emociones que etiquetamos con la palabra «amor». El amor romántico, el parental, el infantil; el amor a la comunidad, a la Tierra; el amor por la comida, el chocolate, los libros, la educación, el deporte, el arte... La palabra «amor» sirve de comodín para toda una gama de emociones positivas que pueden, según el caso, inducirnos a eliminar una distancia, a proteger, a cuidar, a participar, a quedarnos... Resulta difícil pensar en cosas a las que el ser humano no ponga la etiqueta de «amor». Decimos que amamos el helado, tal película, posibles excursiones y tacones imposibles, un día de verano... Incluso hay personas que aman la lucha. Si nos permitimos a nosotros mismos semejante grado de imprecisión con una palabra tan aparentemente crucial, entonces la siguiente conclusión es casi inevitable: otros animales también aman. Ahora bien, lo interesante es preguntarse: ¿qué animales? ¿Qué aman? ¿De qué manera? ¿Cómo lo viven? ¿Qué emociones positivas y de cercanía sienten?

La cría de Felicity suelta la mama, por su mentón resbalan gotitas de leche y ambla despreocupada junto a su madre, aún relamiéndose. Qué bien se vive al lado de los pezones de mamá. En cambio, varias crías mayores, que rondan la edad del destete, profieren barritos de protesta cuando sus madres, a las

que se les ha agotado la leche, les niegan el pecho al que estaban acostumbradas antes de meterse en el agua. En ocasiones, cuando no se les permite mamar, los jóvenes se agarran unas pataletas terribles. Vicki ha sido testigo más de una vez.

–Pegan verdaderos alaridos, como diciendo «¿qué es eso de que no me das más?».

Vicki vio a una cría que ya había terminado la lactancia intentando una y otra vez engancharse a la mama de una madre extenuada. Todo lo que una madre necesita hacer para impedir el paso de una cría a su pecho es retrasar la pata delantera, y eso hacía.

–La cría se puso hecha una furia. La emprendió a empujones contra la madre, atizándola con patas y colmillos, y al final, como si le hubiera espetado un «¡te odio!», le metió la trompa en el ano. Supongo que pensó sería una manera de ganarse su atención. Acto seguido, se dio media vuelta y le dio una patada. En aquel momento pensé «¡menudo horrorcete!».

Las emociones se mueven a lo largo de una escala continua y las palabras con que las nombramos son como los puntos cardinales de una brújula, que abarcan diferentes direcciones según los grados. «Felicidad», «tristeza», «miedo» y «amor» son el norte, sur, oeste y este del espectro emocional en que nos movemos. Es posible que la belleza se encuentre en cierto punto del noreste, entre «felicidad» y «amor». ¿Cuál es la respuesta emocional de un ave ante el espléndido estampado del nuevo plumaje de un compañero digno? ¿Y ante la danza de cortejo de un pretendiente? En circunstancias similares, también nosotros bailamos para cortejar. También encontramos belleza en unas longitudes de onda determinadas. Y también caemos.

En el parque nacional de Gombe Stream, en Tanzania, un investigador contempló cómo dos chimpancés adultos machos subieron, cada uno por su cuenta, a lo alto de una colina al atardecer. Una vez arriba, cuando se percataron de la presencia del otro, se saludaron, chocaron las manos, se sentaron juntos y observaron la puesta de sol. Otro investigador escribió acerca de un chimpancé en libertad contemplando durante 15 minutos una

puesta de sol especialmente impresionante.⁵ Si es cierto que admiran las puestas de sol, es probable que lo hagan porque les parecen bonitas, sin más. Igual que nosotros. Tal vez les asalte esa misma sensación de duda, esa materia prima para la pregunta a la que los humanos respondimos con la religión. La diferencia es que ellos no pueden servirse una copa de vino y brindar, pero tampoco muchos de los humanos que han vivido hasta ahora.

Uno de los mayores misterios de la vida es que muchos seres vivos parecen apreciar bellezas similares. En la jungla, Jared Diamond halló una cabaña circular trenzada, de unos dos metros y medio de diámetro y uno de alto, con una entrada lo bastante grande como para que un niño pasara y se sentara dentro.⁶ Frente a la choza, había un pequeño tapiz de musgo impecable sobre el cual reposaban cientos de elementos naturales dispuestos intencionadamente a modo de decoración. Los adornos estaban agrupados por colores: los frutos rojos junto a las hojas rojas, y las piezas amarillas, lilas, negras y alguna que otra pieza verde, colocadas en lugares diferentes. Todos los objetos azules estaban dentro de la cabaña, y todos los rojos, fuera. Diamond había encontrado uno de los emparrados que los machos de las aves paseriformes construyen para atraer a las hembras. Cuando quiso poner a prueba lo quisquilloso que era el macho en términos de estética y cambió de lugar algunas de las decoraciones, el dueño del emparrado contestó devolviendo los objetos desplazados a su lugar original. Diamond describió su respuesta emocional con la palabra «bello». El dueño de ese pequeño gabinete del cortejo mostraba unas opiniones muy bien definidas. Cuando Diamond sacó fichas de póquer de varios colores, «las odiadas fichas blancas salieron disparadas a la selva, las azules, más apreciadas, se apilaron en la choza, y las rojas permanecieron sobre el musgo, entre las hojas y los frutos rojos». El único fin de todo ese complejo era impresionar a las hembras (no servía como cobijo ni como nido), así que, aunque las apariencias no lo son todo, en ocasiones parece que sí.

Si los animales crean algo que consideramos hermoso, ¿quiere decir que compartimos cierto sentido de la estética? He visto a una orangutana ensartar

cuentas para fabricarse un collar sin que nadie le hubiera enseñado. La cuestión de la estética vuelve a plantear una pregunta que nos hemos hecho hasta la saciedad: ¿por qué trinan los pájaros? Diamond escribe: «Resulta sospechoso que canten principalmente durante la época de cría, por lo que es probable que el motivo que los mueva a cantar no sea sólo estético».⁷ De acuerdo, no sólo. Pero ¿cuántas canciones humanas hablan de amor? ¿Acaso la mayor parte de la música comercial no la cantan y la escuchan humanos sexualmente maduros que aún no se han casado; en otras palabras: humanos en época de apareamiento? Nuestra música no es exclusivamente estética; también cumple funciones sociales. Tanto los colores de las flores como los de las aves durante el cortejo, o los estampados de los peces de coral son básicamente utilitarios, pero además, son muy atractivos; la efectividad de su función depende de una estética relativamente compartida.

El aspecto y la fragancia de una flor cumplen un único propósito: atraer a los polinizadores (principalmente insectos, aparte de colibrís, mieleros y murciélagos especializados). No hay demasiadas razones que justifiquen por qué los humanos encontramos más belleza en una flor y en su aroma que en las hojas caídas. Y sin embargo percibimos las flores como algo tan hermoso que asociamos su belleza a la apreciación de la vida misma. Pedimos a nuestros amigos que se detengan para «oler unas rosas», ofrecemos flores como regalos de cumpleaños o como tributo en los funerales. Consideramos hermosos los pájaros engalanados con un extravagante plumaje cuyo único objetivo es atraer al compañero –colibrís, mosquiteros, aves del paraíso, garzas de pluma larga–, hasta tal punto que, durante años, los humanos nos hemos adornado con pedazos de pájaros muertos, en nuestro afán por copiar los dibujos y colores atractivos que los pájaros buscan en sus parejas. Los peces de los corales cálidos nos deslumbran con su esplendor cuando su cuerpo emite señales para indicar a un congénere a quién seguir, o con quién aparearse. Los cerebros han evolucionado desde el nivel de la abeja que disfruta en un campo de flores, al del pez que llevamos dentro, pasando por la finura de la danza de un pájaro, y hasta nuestro cerebro actual. ¿Habrán conservado nuestros cerebros las mismas raíces estéticas que surgieron con los insectos? De ser así, jamás podremos compensarles por semejante regalo,

con excepción, quizás, de la reverencia hacia aquellos seres que descansan a nuestros pies y que revolotean entre las flores de nuestros jardines. Independientemente de a quién debamos el honor, no existe certeza más maravillosa que la de que todos –abejas, aves del paraíso y elefantes– formamos una familia y somos, al fin y al cabo, polvo de estrellas.

Empatía elefantina

Todos los elefantes que vemos están atareados bebiendo y comiendo. Vicki señala a otra hembra que amamanta a su cría. Hace unos meses, el pequeño se cayó a un pozo profundo y no podía salir; cuando Vicki acudió para echar una mano en el rescate, la madre también estaba allí, tremendamente preocupada.

–Se negaba desesperada a que nos interpusiéramos con el vehículo entre el pozo y ella. Pero teníamos que hacerlo, pues habría sido mucho peor que viera cómo atábamos a su hijo con cuerdas y lo subíamos. Por no parecerle indecisa, fui todo lo odiosa que supe, hasta le chillé. Estuvo a punto de sentarse sobre el guardabarros. Fue una situación muy estresante y extrema. En todo momento, la elefanta se mantuvo a poca distancia y tan pronto se reunió con su cría, le dio de mamar y se olvidó de su enfado con nosotros. Creo que comprendió que habíamos intentado ayudar.

He visto el video de aquel incidente y lo que más me llama la atención es que sí, de acuerdo, tenemos a una madre obcecada a la que intentan ahuyentar, pero su manera de oponerse es dar la espalda al vehículo y hacer un amago de sentarse sobre él para pararlo, en lugar de cargar. No tiene malicia. No quiere hacer daño a las personas que se están portando tan mal con ella. Salta a la vista que no pretende defender a su vulnerable criatura frente a Vicki y el resto de humanos; no los considera una amenaza. Todo cuanto quiere es estar con su cría. Hasta se podría decir que, después de todo, accede a marcharse. Y cuando el pequeño elefante remonta atado por una cuerda enganchada al parachoques y emerge, por fin, del pozo, no tiene la menor duda sobre la dirección que debe tomar (la madre ha debido de estar

llamando todo el rato), y ambos corren a encontrarse.

Los elefantes entienden la cooperación. Cooperan entre ellos: prestan auxilio cuando uno se queda atrapado en alguna ribera enfangada o cuando hay que rescatar a alguna cría, ayudan a sus compañeros heridos o caídos. En ocasiones, se sitúan a ambos lados de un elefante que ha recibido un dardo tranquilizador, intentando evitar que se desplome.¹ Una vez, Cynthia Moss vio a una cría de elefante que se cayó en un charco profundo cuyos bordes tenían una pendiente pronunciada. Como la madre y la tía del pequeño no conseguían remolcarlo hasta la superficie, comenzaron a escarbar a uno de los lados del charco y construyeron una rampa. Con una pizca de mentalidad resolutiva, consiguieron salvar al pequeño.

En otra ocasión, una madre joven llamada Cherie, en su afán por reunirse con el resto de su familia, intentó cruzar el caudaloso y peligroso río de la reserva nacional de Samburu, en Kenia.² En uno de los desastrosos intentos, el agua arrastró a su cría de tres meses. Cherie, enfrentándose al torrente de agua, salió tras ella, la atrapó y la condujo a una zona de aguas tranquilas en un extremo de la orilla. Lamentablemente, la cría debía de haber tragado mucha agua, o tal vez habría sufrido hipotermia; cuando alcanzó la orilla parecía muy débil, y al poco, murió. En Birmania, un tal J. H. Williams vio a una elefanta y su cría arrastradas por la crecida de un río.³ La madre «empleando cabeza y trompa, inmovilizó a la cría en la orilla rocosa. Después, con un esfuerzo colosal, la levantó con la trompa y la alzó hasta que sus patas delanteras sobresalieron lo suficiente como para que se pudiera apoyar sobre una estrecha roca a metro y medio del nivel del agua. Una vez realizada esta tarea, se abandonó al furioso torrente y se dejó ir, como si fuera un corcho». Pero media hora más tarde, cuando el pequeño, completamente aterrado, seguía temblando en el mismo lugar donde su madre lo había dejado, Williams oyó un potente berrido, «el enorme sonido del amor de una madre». Regresó corriendo junto a la orilla y recuperó a su cría.

Por norma general, los elefantes pequeños no tienen permiso para perderse. Las madres no les quitan el ojo de encima. Ninguna cría se queda rezagada.

La matriarca suele marcar del ritmo de la manada de tal modo que asegure el descanso de los más pequeños.

En 1990 aquí, en Amboseli, la famosa Echo dio a luz a una cría que no podía estirar las patas delanteras, por lo que apenas podía mamar.⁴ Arrastraba penosamente los tobillos y a menudo acababa por el suelo. Los investigadores estaban convencidos de que las articulaciones del recién nacido cederían y se infectarían, y que la criatura no lograría sobrevivir. Se llegaron a plantear hasta qué punto era humano abreviar su sufrimiento. Fieles a la naturaleza de su especie, Echo y su familia no perdieron la paciencia, y lo ayudaban a incorporarse cada vez que caía. La hija de Echo, Enid, que tenía ocho años, también empujaba a su hermano a veces, para intentar levantarlo pero Echo, con mucho mimo, la apartaba y, cuando ambas estaban frente al pequeño, Enid estiraba la trompa hasta la boca de Echo, como buscando consuelo. Durante los tres primeros días, el pequeño renqueaba exhausto; Echo y Enid redujeron su marcha para adaptarse a su minusvalía, volvían la vista atrás constantemente para observar sus progresos, y lo esperaban para que las alcanzase. El tercer día, el bebé se inclinó hacia atrás, hasta que logró posar las plantas de las patas delanteras en el suelo, y, después «con suma delicadeza y muy despacito desplazó su peso desde las patas traseras hasta la parte delantera de su cuerpo y, simultáneamente, estiró las cuatro patas». Y aunque se cayera unas cuantas veces, el cuarto día caminaba bien y no volvió a mirar atrás. La perseverancia de su familia (que en el caso de una situación similar en humanos llamaríamos «fe») lo salvó.

–El otro día –me cuenta Vicki a medida que caminamos– Eclipse se puso, de repente, a correr en círculos y a llamar. Daba la impresión de estar desesperada.

En aquel momento, la familia estaba repartida a lo largo de unos doscientos metros, con las crías en la cabecera junto a algunas hembras.

–Creo que su hijo estaba con sus amigos y no respondió a la llamada –conjetura Vicki–. Se puso como una loca.

Después lo encontró, y problema resuelto. Cynthia Moss me cuenta la

historia de otro macho de un año de edad que estaba tan distraído jugando con otras crías de su edad que no se dio cuenta de que su familia había emprendido la marcha. Los demás tampoco se percataron de que se lo habían olvidado. De pronto, le invadió el pánico y comenzó a emitir la llamada «cría perdida».⁵ Inmediatamente, unas cuantas hembras de su familia regresaron en su busca y él corrió a toda velocidad hacia ellas.

Mientras que, habitualmente, los rescates de las crías más jóvenes son bastante inmediatos, los adolescentes pueden estar tan ocupados socializando que, en ocasiones, se llegan a separar de sus familias de verdad.

–Perderse y estar separado de su familia es terrible para ellos, se asustan muchísimo –comenta Vicki.

Las noches ventosas, cuando es más difícil oír las llamadas, Vicki ha visto a elefantes que van corriendo en una dirección, llaman, escuchan y luego salen corriendo hacia otro lado.

–Muchas veces te gustaría poder decirles: «Sí, sí, por ahí. Sigue un poco más».

Por muy buenas vigilantes que sean las elefantas, hasta las más ancianas pueden quedarse colgadas, generalmente cuando hay mucho viento y no pueden oírse. Se nota que están perdidas y asustadas, corren en varias direcciones y llaman. Los reencuentros pueden ser muy emotivos.

–Se ponen en plan «¡esto ha sido lo peor del mundo!» –dice Vicki, burlándose de los dramas de los elefantes.

No tendría ni pies ni cabeza pensar que unos elefantes que parecen agobiados no sienten ansiedad. Puede que sus rostros no sean muy expresivos, pero según Vicki:

–Tienen lo que llamamos caras de «preocupación», de «no me fío», de «estoy perdido». Tampoco estoy del todo convencida de esta lista, pero sí de que tienen expresiones faciales reconocibles.

Los animales solitarios son más vulnerables al ataque de los depredadores. Igual que nosotros, un elefante perdido tampoco se siente seguro cuando está solo en la selva. Estar cerca de otros lo tranquiliza.

Esto no debería sorprendernos, los humanos nacimos en aquella misma jungla. Nuestras mentes se desarrollaron mientras hacían frente a los mismos

retos, en el mismo paisaje; medían los días por el recorrido del mismo sol y las noches por los gruñidos y los sobresaltos de los mismos peligros. Necesitaban saber lo mismo que ellos. Si da la impresión de que los animales y los humanos estamos sincronizados es porque, básicamente, somos compatriotas.

Ante nosotros tenemos a un elefante de dos años cuya madre no está presente. Las glándulas temporales del pequeño están segregando, síntoma de estrés. Tal vez su madre esté en estro y ande por ahí con algún macho. Las madres jóvenes se distraen cuando ven algún elefante atractivo. Esperemos que sólo sea eso.

Un día, Katito vio una elefanta que caminaba con una lanza clavada; salió en busca de ayuda. Cuando regresó con un veterinario para suministrarle un dardo cargado de antibióticos y antiinflamatorios, otra elefanta hacía compañía a la herida, y esta última ya no tenía la lanza incrustada. Jamás se habían oído historias de elefantes que extrajeran lanzas; se habría caído sola. Pero cuando el dardo del veterinario alcanzó a la elefanta, la amiga tiró de él y lo retiró. En otra ocasión, unos investigadores presenciaron cómo una elefanta arrancaba algo de comer y lo introducía en la boca de otra, cuya trompa estaba gravemente magullada. «Los elefantes sienten empatía», aseguran Richard Byrne y Lucy Bates, dos investigadores de Amboseli.⁶ Cuidan al enfermo. Se ayudan.

Resulta aún más misterioso que, en ocasiones, también ayuden a la gente. George Adamson, quien contribuyó a la crianza de Elsa, la famosa leona del libro *Nacida libre*, conoció a una anciana turkana medio ciega que, perdida en un sendero al caer el sol, se tendió bajo un árbol.⁷ Se despertó en plena noche y vio a un elefante encima de ella, olisqueando con la trompa. El miedo la paralizó. Acudieron más elefantes y, en un abrir y cerrar de ojos, todos estaban rompiendo ramitas y cubriéndola. A la mañana siguiente, un pastor escuchó sus sollozos y la rescató de su jaula de palos. ¿Sería que los elefantes la habían dado por muerta y la habían enterrado? Eso habría sido

muy extraño. ¿Tal vez habían percibido su indefensión y, movidos por la empatía, o quizás por la compasión, la habían sepultado para protegerla de las hienas y los leopardos? Eso habría sido aún más extraño. En su libro *Coming of Age With Elephants* [Creciendo entre elefantes] Joyce Poole narra la anécdota de un pastor que se rompió la pierna accidentalmente en un enfrentamiento con una matriarca. Cuando la batida que estaba en su búsqueda lo encontró junto a la matriarca agresiva debajo de un árbol, el pastor hizo señas desesperadas al grupo de humanos para que no disparasen. Más adelante explicó que, después de atacarlo, la matriarca se había dado cuenta de que no podía caminar y, con la ayuda de la trompa y las patas delanteras, lo había movido con delicadeza para colocarlo a la sombra del árbol. Aunque su familia la hubiese dejado atrás, ella permaneció a su lado, de vez en cuando lo rozaba con la trompa y cuidó de él toda la noche.

Se considera que la empatía es algo especial; para muchos, es «aquello que nos hace humanos». El miedo, por otro lado, puede ser la emoción más antigua y más común. De modo que las siguientes afirmaciones nos pueden parecer chocantes: el miedo y la empatía están estrechamente relacionados y el miedo es una forma de empatía. La empatía es la habilidad de identificarse con el estado emocional de los demás y compartirlo. Cuando, de pronto, una bandada de pájaros sale volando porque uno de ellos se asusta, esa propagación de la emoción se conoce como «contagio emocional». El llanto de los bebés también funciona por contagio, generando angustia en los padres. Para responder a la aflicción o a la preocupación ajena es necesario que nuestro cerebro se identifique con la emoción del otro. Eso es empatía. Cuando el miedo de tu amigo te asusta, cuando alguien bosteza y, acto seguido, tú también. Las raíces de la empatía se remontan hasta el miedo contagioso. Dicho esto, puede que la empatía sea especial, pero, al mismo tiempo, resulta que es bastante común. (Muchas personas con trastornos del espectro autista poseen una habilidad sin par para «leer» las emociones de los demás.)

En un estudio reciente, tanto niños, como cachorros y gatitos de un año de edad intentaban reconfortar a miembros de su familia «afligidos» (que fingían lamentos, dolor o incluso, atragantamiento).⁸ Muchos, por ejemplo, apoyaban la cabeza sobre el regazo de la persona que sufría. En otro estudio, los humanos y los primates a los que les mostraron imágenes con cierta carga emocional reaccionaron con cambios similares a nivel cerebral y de la temperatura periférica de la piel. Las expresiones de la gente eran la respuesta a diversos retratos que vieron durante un tiempo tan breve que no podían percibir la imagen de manera consciente. Conclusión: la empatía es automática. No es necesario pensar. El cerebro genera automáticamente la correspondencia emocional, y después nos hace ser conscientes de la emoción.

Durante los juegos, los animales tienen que saber que el individuo que persigue e intenta atacarlos no lo hace en serio. Empatía.⁹ Tienes que entender la invitación al juego. Empatía. Tienes que saber manejar el equilibrio entre los roles de «el vulnerable» y el «agresor inofensivo». Lo veo a diario en mis perros, Chula y Jude, que se entregan al juego con vehemencia, empleando dientes y gruñidos, pero que se turnan para hacerse los «minusválidos», ruedan por el suelo, se acuclillan y después se lamen. Se llevan de maravilla, se conocen perfectamente y confían a ciegas en el otro.

Pensemos en el baile, el canto o los ritos en comunidad, así como asistir con amigos a una obra de teatro o un concierto. Los cuerpos se mueven en sincronía, pues las mentes imitan lo que vemos en los demás, cada uno produce su aproximación particular pero, estrictamente hablando, nunca llegamos a compartir una única sensación ya que sólo sentimos a través de nuestra mente individual. Esto es todo lo cerca que podemos estar de sentirnos unidos. No podemos ver con otra persona el color rojo, como tampoco podemos experimentar cómo les sabe una sopa de alubias, ni qué les despierta el «Kashmir» de Led Zeppelin. Pero gracias a la empatía, podemos comparar experiencias instantáneamente y crear una imitación. Una ilusión que nos sirve para mostrar a nuestros amigos y parejas: «Así me siento». Y nuestros cerebros nos obsequian con la capacidad de entender rápidamente y responder: «¿Ah sí? ¡Yo también!». Más o menos, esto es lo que hay, y es

maravilloso. Es un milagro.

A menudo, empleamos la palabra «empatía» como sinónimo de conmiseración o de compasión. Me gustaría diferenciar estos sentimientos que van dirigidos hacia los demás. La empatía es una sensación de correspondencia emocional, de un sentimiento compartido. Si te asustas, me asusto; si estás contento, yo también; si estás triste, yo también. La conmiseración es la preocupación por otro que lo está pasando mal. Está algo más despegado, puede que nuestro sentimiento no coincida con su emoción. Cuando decimos: «Siento que tu abuela haya fallecido», no compartimos la tristeza, pero sentimos lástima. Por último, la compasión es la conmiseración más el impulso de actuar: «Al verte sufrir de este modo, siento deseos de ayudarte». Compramos un bocadillo a alguien que vive en la calle o firmamos una petición para salvar a las ballenas. Por supuesto, estos tres términos sirven para etiquetar a toda una madeja de sentimientos interconectados. Pero entonces, si la compasión es el impulso que nos lleva a actuar para aliviar el sufrimiento de otra persona, el elefante que protege a una anciana siente –y maneja– todo este abanico emocional.

Jane Goodall, tras hacer hincapié en que los chimpancés y los bonobos no saben nadar, nos ha contado que en algunos zoos donde hay fosos, los ha visto realizar «esfuerzos heroicos» para salvar a compañeros que corrían peligro de morir ahogados. Un macho adulto se ahogó al intentar rescatar a una cría que había caído al agua. En una ocasión, después de vaciar un foso para limpiarlo, los cuidadores abrieron el agua para llenarlo de nuevo.¹⁰ De pronto, el macho mayor del grupo apareció en la ventana, chillaba histérico y movía los brazos desesperado para llamar su atención. Varios bonobos jóvenes habían bajado al foso cuando estaba seco y ahora no podían salir. Se habrían ahogado. Gracias a aquel macho, los más pequeños se salvaron.

Si una rata ve a otra encerrada en una jaula, la ayudará a salir.¹¹ Aunque en la jaula adyacente haya chocolate, primero liberará al prisionero, y luego compartirá el botín. Así pues, la empatía de las ratas también lleva a la conmiseración, a la compasión y al altruismo. Como ayudar a los demás

puede acarrear beneficios en un futuro, nuestro cerebro segrega una pequeña dosis de oxitocina para recompensarnos por nuestras buenas acciones. Por eso cuando nos portamos bien, nos sentimos bien. El altruismo entre amigos es como contratar un seguro: es mejor pagarlo aunque no creas necesitar la protección, por si acaso. Puede que, después de todo, un día la necesites. Si eres una rata, puede que la rata que has liberado te resulte de utilidad en otro momento. Por ejemplo, si un depredador acecha, un compañero reduce a la mitad tus probabilidades de morir y multiplica por dos la de descubrir al depredador y frustrar su ataque.

Pero en la vida, no todo es utilidad y a veces, en todas las especies, la bondad se cuele entre la practicidad. En un zoo de Inglaterra, una hembra bonobo capturó a un estornino.¹² Cuando uno de los cuidadores la instó a liberar al pájaro, trepó a la copa del árbol más alto, enroscó las patas alrededor del tronco para liberar ambas manos, y, con mucha delicadeza, separó las alas del ave y lo arrojó por los aires. Comprendía la situación y sabía algo de pájaros. Me pregunto si se imaginaba cómo sería eso de volar.

La causa precisa de los sentimientos de empatía y compasión en los elefantes sigue perteneciendo al terreno del misterio. Puede que no sepamos exactamente qué están sintiendo, pero algo sienten. O tal vez no. Quizá también ellos buscan una comprensión más profunda de la vida y la muerte, pero se les escapa, igual que a nosotros. Quizá no seamos los únicos que desafiamos los límites de la razón y la lógica con una mente lo suficientemente desarrollada como para ponderar lo imponderable. Quizá, como nosotros, simplemente tengan dudas y quieran saber. En ese caso, tiene que haber otros que quieran lo mismo.

Yo también quiero saber. Hay muchos otros animales curiosos y la curiosidad humana es la precursora de la duda, que antecede a la espiritualidad, y ésta, a su vez, a la ciencia. La ciencia pretende encontrar la explicación verdadera de lo que pasa ahí fuera. Y la búsqueda en la ciencia es la duda eterna.

Por todos los duelos

Cynthia Moss presenció el retorno de la familia.¹ Teresia volvía con medio colmillo menos; tal vez se lo hubiera destrozado una bala o se le hubiera partido al intentar cargar a algún miembro de la familia herido. Trista no estaba. Wendy tampoco. Tania tenía tres balazos infectados: hombro izquierdo, costado izquierdo de la cabeza detrás de la oreja, y trasero. Con ayuda de la trompa, sacudía el polvo de las heridas y se las palpaba. Sus mamas estaban secas, pero su hijo menor, aún en edad de lactancia, parecía lleno de energía. Había aprendido rápido a comer.

Cuando Cynthia estaba a punto de irse, Tania se aproximó a la ventanilla del Land Rover y se la quedó mirando. Conmovida y afectada, Cynthia comprendió que trataba de comunicarle su aflicción. Lamentablemente, no había nada que ella pudiera hacer.

Tania se recuperó y su hijo sobrevivió. El huérfano de Wendy también, gracias a la compañía de su protectora tía, Willa. Teresia vivió para llegar a los sesenta y dos años de edad.

Desde el nacimiento de Teresia, sobre 1922, el mundo había cambiado mucho. A lo largo de su vida, se había llenado de personas y de artilugios. Sin saberlo, había vivido la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial, los campos de concentración nazis e Hiroshima; tampoco estaba al corriente de las atrocidades de Birmania, Corea, Camboya o Vietnam; ni de las inconcebibles misiones del Apolo a la misma luna que la alumbraba durante sus viajes; desconocía la era del swing, del jazz o del rock and roll, y el movimiento en favor de los derechos civiles, o el feminismo, o la *Primavera silenciosa* y el ecologismo. Había pasado la Guerra Fría bajo el cálido sol

tropical y tampoco llegó a enterarse de la lucha de Nelson Mandela por liberar a los humanos de un país que había asesinado prácticamente a todos sus elefantes. Si observáramos un friso cronológico del mundo, la vida de Teresia se solaparía con todos esos hitos. Su ritmo era ahora más maduro y constante. Cuando tres lanzas masáis la alcanzaron, era el ejemplar más anciano de su manada. Las heridas se infectaron y al cabo de dos semanas, acabaron con ella.²

Hoy en día, son pocos los elefantes con una vida tan larga como la de Teresia. Paradójicamente, para sobrevivir, muchos deben abandonar el conocimiento y las tradiciones (es decir, la cultura) a los que deben su vida: antiguas rutas migratorias y senderos, transmitidos de generación en generación durante siglos, hacia reservas seguras de comida y agua que, a su vez, también desaparecen a medida que los humanos las ocupan y las cambian de lugar.

Teresia creció en un mundo más espacioso.

–Eran más frecuentes los días radiantes y soleados, verdes y claros, con Teresia y las demás crías correteando, embistiendo contra arbustos y hierbas altas; cabezas erguidas, orejas desplegadas, ojos abiertos, centelleantes con la chispa de la picardía... Dejaban salir su lado salvaje, el aire se llenaba con sus barritos juguetones... –recuerda Cynthia.³

Por supuesto, también había malas rachas, sequías y muertes. Pero así es la vida y así podría haber seguido por lo menos durante un millón de años, a pesar de los tiempos difíciles. Ahora, sin embargo, un elefante tiene más posibilidades de morir asesinado por un humano que por cualquier otra causa.⁴

Los elefantes mueren, como todos. Para los elefantes, y algunos animales más, no da igual quién ha muerto. Por eso se los considera animales «quién». La importancia de la memoria, el aprendizaje y el liderazgo explica que los individuos sean importantes. Así, una muerte también es importante para los

supervivientes.

En una ocasión, un investigador ocultó un altavoz en un matorral y reprodujo una grabación de un elefante que estaba muerto.⁵ La familia se volvió loca, llamaba y buscaba sin cesar. La hija del elefante fallecido estuvo llamándolo durante días. Los investigadores jamás volvieron a hacer algo así.

Se ha dicho que la respuesta de los elefantes a la muerte es «probablemente su rasgo más extraño».⁶ Casi siempre reaccionan ante los restos de un elefante muerto; ante los de un humano, alguna vez. Cuando se trata de otro animal, pasan de largo.

Joyce Poole opina que «lo más perturbador es su silencio. Cuando exploran a su compañero muerto, únicamente se oye cómo sale el aire despacio por su trompa. Es como si hasta los pájaros dejaran de trinar».⁷ Vicki lo ha visto con sus propios ojos, «es profundamente triste, como para detener un corazón», dice. Con mucha delicadeza, los elefantes desenrollan la trompa y palpan el cuerpo, como para extraer información. Sus narinas recorren la mandíbula inferior, los colmillos y los dientes: las partes que, en vida, habrían resultado más familiares, las más tocadas en los saludos, las más reconocibles de cada individuo.⁸

Cynthia me contó la historia de una matriarca maravillosa llamada Big Tuskless. Había muerto por causas naturales y, pocas semanas después, Cynthia se había llevado su mandíbula al campamento de investigación para determinar su edad. Tras un par de días, la familia de Big Tuskless pasó por el campamento. Había varias decenas de mandíbulas desperdigadas por el suelo, pero fueron directos a la suya. Se detuvieron un rato. Todos la tocaron y, a continuación, se marcharon. Todos menos uno, que permaneció junto a la mandíbula de Big Tuskless y la abrazaba con su trompa, la acariciaba, la mecía. Era Butch, el hijo de siete años de Big Tuskless. ¿Estaría recordando el rostro de su madre? ¿Estaría evocando su aroma, rememorando su voz, sintiendo sus caricias?

Hoy en día, los humanos siempre se llevan los colmillos, pero en 1957, David Sheldrick escribió que los elefantes tenían «la extraña costumbre de

sacarles los colmillos a sus camaradas muertos».⁹ Presenció, en más de una ocasión, cómo algunos elefantes cargaban con colmillos que pesaban cerca de cincuenta kilos durante casi un kilómetro. Por otro lado, Iain Douglas-Hamilton cambió de lugar parte de los restos de un elefante al que un granjero había disparado.¹⁰ Al poco tiempo, apareció una familia cercana al elefante. Cuando identificaron el aroma, comenzaron a caminar en círculo alrededor del cuerpo y se aproximaron con cautela; acercaban las trompas, las agitaban de arriba y abajo, desplegaban a medias las orejas. Ninguno parecía dispuesto a dar el primer paso y tocar los huesos. Avanzaban muy juntitos y comenzaron su minucioso examen olfativo de los colmillos. Mecían algunos huesos y los hacían rodar con delicadas pataditas. Con otros, jugueteaban, haciendo una suerte de percusión; otros, los probaban. De uno en uno, varios individuos rodaron el cráneo por el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, todos los elefantes estaban investigando algo, y muchos cargaban con algún hueso. George Adamson disparó a un macho que había perseguido a un oficial dentro de su propio jardín. Los lugareños aprovecharon la carne del animal y después arrojaron el cadáver a un kilómetro de allí. Aquella misma noche, unos elefantes transportaron una escápula y un hueso de la pierna al lugar exacto donde el elefante había perdido la vida.¹¹

En ocasiones, los elefantes cubren a sus camaradas muertos con tierra y restos de vegetación. Eso los convierte, hasta donde yo sé, en los únicos animales (aparte de nosotros) que practican entierros sencillos. Es más, los elefantes han llegado a hacer lo mismo con humanos más de una vez, y ha quedado constancia de ello. Cuando unos cazadores dispararon a un macho elefante, sus compañeros rodearon su cadáver y horas después, cuando los cazadores regresaron, se encontraron con que no sólo habían cubierto al fallecido con hojas y tierra, sino que, además, habían aplicado barro sobre la enorme herida de la cabeza de su amigo.¹²

¿Es posible que para los elefantes exista el concepto de muerte? ¿Que sean capaces de anticiparla? Hace algunos años, en la hermosa reserva nacional de Samburu, en Kenia, una matriarca de nombre Eleanor estaba muy enferma y

se derrumbó del dolor.¹³ Grace, otra matriarca, acudió de inmediato, con las glándulas temporales chorreando por la emoción. Consiguió poner a Eleonor en pie de nuevo, pero ésta enseguida volvió a caer. Grace parecía muy estresada y no cesaba en su empeño de levantarla. No hubo suerte. El sol se escondía y Grace se quedó junto a la doliente. Aquella noche, Eleanor murió. Al día siguiente, una elefanta llamada Maui comenzó a mecer con el pie el cuerpo de Eleanor. Tres días después, su propia familia, otra familia cercana y su mejor amiga, Maya, velaban su cuerpo, y aun así, Grace no se fue. El quinto día, Maya pasó una hora y media junto al cuerpo de Eleanor. Una semana después de la muerte, la familia regresó y permaneció media hora junto a ella. Cuando Iain Douglas-Hamilton me lo contó, empleó la palabra «duelo».

¿Será verdad que los elefantes sufren las pérdidas? ¿Acaso tenemos modo de saberlo? Tras la muerte de una cría de elefante, su madre suele exhibir un comportamiento depresivo durante varios días y se queda rezagada tras la familia. Cuando una elefanta llamada Tonie dio a luz a un mortinato, permaneció junto a la criatura durante cuatro días, sola, bajo el sol, para protegerla de los leones que acechaban. Al final lo superó.

También se ha visto a elefantes cargar en sus colmillos crías enfermas o muertas. Una elefanta de Amboseli llevó a una cría prematura que agonizaba durante casi medio kilómetro hasta la fresca soledad de un bosquecillo de palmeras.¹⁴ Del mismo modo, se han observado comportamientos similares en simios, babuinos y delfines, quienes velaban a sus crías muertas durante algunos días. Pero ¿cómo saber si la madre está realmente triste? ¿Carga con la cría igual que lo haría si estuviese viva? Lo cierto es que los elefantes y los delfines jamás cargan con los pequeños que están sanos. Es diferente.

En septiembre del 2010, desde la isla de San Juan, en el estado de Washington, se vio una orca empujar durante seis horas a un recién nacido sin vida.¹⁵ Si este animal hubiese entendido la muerte de un modo meramente racional, lo habría dejado atrás. Pero los humanos tampoco abandonan a los bebés muertos. Para nosotros, existe el concepto de muerte,

así como el sentimiento de duelo. Nuestros vínculos son fuertes. No queremos olvidar. Sus vínculos también lo son. Puede que ellos tampoco quieran olvidar.

Hace algunos años, en Long Island, una cría de yubarta (o ballena jorobada) muy enferma y sola, pero aún con vida, fue a parar a la orilla de la costa de Easthampton. Marge Winski, la farera de Montauk, a unos veinticinco kilómetros de allí, me dijo que la noche después de que la joven ballena quedase varada en la orilla, oyó «cantos de ballena profundamente tristes», como si fueran de una madre buscando. Cuando Luna, un delfín pintado que vivía en libertad, perdió a su cría de apenas unos días en las aguas tenebrosas en las que rondaba un tiburón tigre, Denise Herzing escribió: «Jamás había oído un lamento materno tan sonoramente doloroso».¹⁶ En otro lugar, la muerte repentina de un delfín cautivo llamado Spock dejó a su inseparable compañera completamente aturdida y aletargada.¹⁷ Ésta pasó varios días en el fondo de su piscina, durante los cuales no ascendía más que para tomar aire. Al cabo de casi una semana, volvió a comer y comenzó a socializar. Según Maddalena Bearzi: «Es posible que una madre delfín que sufre por una pérdida busque aislarse, separarse de su grupo, pero durante este tiempo, algunos parientes cercanos se acercarán a ella, para comprobar que está bien, tal y como nosotros, humanos, hacemos cuando sabemos que alguien ha perdido a un ser querido».¹⁸

Entonces, ¿se puede hablar de «duelo» en el caso de los demás animales? Para abordar este asunto con sensatez y claridad, es preciso definir el duelo desde un punto de vista más científico. La antropóloga Barbara J. King propone una definición.¹⁹ Para hablar de «duelo», es necesario que los supervivientes que conocían al difunto modifiquen su rutina de comportamiento. Puede que coman o duerman menos, o que se muestren apáticos o agitados. Puede incluso que velen el cadáver de su amigo. La definición de King resulta bastante útil. Sin embargo, la ciencia funciona mejor con elementos medibles. La tristeza no pesa medio kilo menos que el duelo, como tampoco el lamento mide un par de metros menos que la

felicidad. En los humanos, estas emociones son graduales, es más, a veces van y vienen; y al parecer, también es así en los no humanos. Es posible que alguien falte al trabajo varios días después de la muerte de un familiar cercano, que los dolientes acudan a un velatorio un par de días; también lo es que una familia de elefantes regrese durante varios días junto al cuerpo del difunto. Después, es muy probable que los humanos visiten la tumba. Exactamente igual que los elefantes. El transcurso de la vida de un ser humano se puede ver alterado para siempre por la muerte de un miembro clave de la familia. Y una vez más, ocurre exactamente lo mismo en el caso de los elefantes, los simios, etcétera.

En un zoo de Filadelfia en la década de 1870 vivía una pareja inseparable de chimpancés.²⁰ Según escribió el guardián del zoo, «tras la muerte de la hembra, su compañero hizo lo imposible por revivirla. Cuando se dio cuenta de que era imposible, se deshizo en una rabia y un lamento que dolían con sólo mirarlo... El chillido habitual de ira... se transformaba en un lamento que el cuidador asegura no haber oído nunca antes... Una especie de *aah-ah-ah-ah-ah* parecía salir de sus entrañas, dejándolo sin aliento, y contenía un tono similar al llanto... No paró de aullar en todo el día. Al día siguiente, se sentó, no se movió y gimoteó sin cesar». Más de un siglo después, en el Centro de Investigación Yerkes, un chimpancé llamado Amos se quedó en su nido mientras que todos los demás salieron.²¹ Cada cierto tiempo, los otros entraban para echar un vistazo a Amos. Una hembra, de nombre Daisy, le acariciaba cariñosamente el suave envés de las orejas, y se aseguraba de que recostase la espalda sobre algo mullido, igual que una enfermera habría ahuecado los almohadones de su paciente. Amos murió al día siguiente. Durante varios días, el resto del grupo estuvo de capa caída, todos comían poco. En Uganda vivían dos chimpancés macho que habían sido uña y carne durante varios años.²² Cuando uno de ellos murió, el otro, que siempre había sido muy sociable y gozaba de un alto rango en la manada, «no quiso ver a nadie durante varias semanas —cuenta el investigador John Mitani—, daba la impresión de que estaba de luto».

Patricia Wright es experta en unos primates de Madagascar llamados lémures.²³ Según Pat, la muerte de uno de ellos «es una verdadera tragedia

para toda la familia». Así describe lo que ocurrió cuando un fosa, una especie de la familia de los suricatos, atacó a un lémur sifaka y lo mató: «Después de que el fosa se hubiera marchado, toda la familia regresó. Su pareja emitió la llamada “pérdida” hasta la saciedad. Cuando los lémures sifaka están perdidos de verdad, emiten ese sonido, pero con menor frecuencia, mayor volumen y de un modo más enérgico. Esta vez, en cambio, parecía más bien un débil silbido, un lamento inquietante, que se repetía sin cesar». El resto de miembros del grupo, todos los hijos e hijas del difunto macho, comenzaron, a su vez, a emitir la llamada «pérdida» mientras observaban el cadáver desde arriba, encaramados a los árboles, a entre cinco y diez metros de altura. Durante los cinco días que siguieron, los lémures regresaron al lugar del cuerpo 14 veces.

La profesora y etóloga Joanna Burger tenía un loro amazona llamado Tiko. Cuando la suegra de Joanna se mudó a su casa durante su último año de vida, pasó mucho tiempo en compañía del loro. El último mes de la anciana, Tiko intentaba a toda costa impedir que los trabajadores médicos la tocaran. Aunque sólo quisieran ponerle el termómetro, él los atacaba, de modo que tuvieron que encerrarlo en su habitación cada vez que acudían a su casa. La última semana, mientras la mujer yacía enferma, Tiko no se separó de ella, haciendo guardia junto a su cabeza. «Ni siquiera quería salir para comer – explica Joanna. La noche en que la mujer falleció, cuando se hubieron llevado el cadáver–, Tiko no paró de chillar en toda la noche, sin salir de su habitación, cuando nunca jamás había hecho el menor ruido de noche, independientemente de lo que pasara en el piso de abajo.» Durante meses, Tiko pasó horas en la cama de la que había sido su anciana amiga humana.

El duelo no es simplemente una respuesta a la muerte. En ocasiones, fallece alguien que conocemos y no sufrimos por ello. O bien, alguien a quien queremos decide alejarse de nosotros y, a pesar de que siga con vida, la pérdida nos causa dolor. Los añoramos terriblemente. Conocerlos nos cambió la vida; perderlos, también. El duelo va más allá de la vida y la muerte. Está

más relacionado con la pérdida de un compañero, de una presencia. Barbara J. King dice que cuando dos o más animales han compartido una vida, «del amor perdido nace el duelo».

Pero ¿es «amor» el término adecuado? Si una elefanta ve a su hermana y barrita para mantener contacto, o un loro ve a su pareja y desea acercarse, cierto sentimiento de apego los empuja a buscar proximidad. Una de las palabras que usamos para referirnos al sentimiento que subyace tras nuestra necesidad de cercanía es «amor». Por supuesto, ni los elefantes ni las aves sienten su amor por los demás del mismo modo que yo, pero tampoco lo hacen mis amigos, mi madre, mi esposa, su hija, ni mis vecinos de al lado. El amor no es simplemente uno, y el amor humano presenta divergencias en términos de cualidad e intensidad. A pesar de todo, sí que creo que la palabra que nos sirve como etiqueta también les sirve a ellos. El amor, como dicen algunos, está en el aire. «Amor», entonces, es probablemente la palabra idónea.

Algunas especies animales no humanas parecen no mostrar añoranza o dolor ante la muerte de la pareja o miembros de la familia. Pero ¿no lo sienten, no estamos atentos, o no disponemos de medios para entenderlo? ¿Quién puede seguir a una gaviota o a una mangosta hasta que su pareja fallece y después observarla semanas después? (O, en el caso de los albatros, no semanas, sino años, hasta que cortejan y crean un vínculo con otro compañero.) Son pocas y anecdóticas las historias de duelo en animales que viven en libertad, pues la muerte natural no se ve con frecuencia. La mayoría del mundo vive y muere a espaldas del ojo humano. En cambio, aquellos que tienen mascotas pueden contar infinidad de historias de gatos letárgicos que pasan semanas maullando, de conejos deprimidos, o de perros que visitan la tumba de algún amigo o acuden a la estación cada día a esperar a una persona que ya no está. Un amigo me contó que cuando uno de sus dos lagartos pograma murió, el que quedaba en vida pasó dos semanas prácticamente inmóvil; transcurrido ese periodo, retomó unos niveles de actividad más normales. ¿Es posible que hasta un lagarto sienta la pérdida de su compañero?

No he tenido casi ninguna oportunidad de observar qué ocurre cuando un animal pierde a su pareja. Sin embargo, mi mujer y yo teníamos dos patos que llevaban juntos desde que eran patitos y que vivían junto a nuestros cuatro pollos. Todos andaban juntos por nuestro jardín, pero los patos eran inseparables. Se bañaban juntos y, cuando tocaba, se apareaban. Pero un día, sin más, los dos patos enfermaron. Al día siguiente el macho, Duck Ellington, falleció. Nuestra hembra, Thelonus Duck alias Beeper, se recuperó. Pasó varios días deambulando por el jardín, recorriendo setos y hiedras, llamando, buscando. ¿Duelo? ¿Pena? No cabe duda de que echaba de menos a su amigo y compañero. Al cabo de unos días cesó la búsqueda y se integró con la banda de los pollos, pasando a ser la pata rarita. No estoy seguro de cómo le afectó, pero saltaba a la vista que lo echaba de menos y que había intentado buscarlo. Y, después de un tiempo, había tenido que retomar su vida, igual que nosotros. Estas anécdotas, aisladas, son débiles, proclives a malas interpretaciones. Pero reunidas cobran mucho sentido.

Al igual que los humanos, ciertos individuos sufren particularmente las pérdidas cercanas. En 1990, Eve, una orca matriarca, falleció en el océano Pacífico a la altura de Canadá con cincuenta y cinco años.²⁴ Sus hijos, Top Notch y Foster, nadaron alrededor de la isla de Hanson, llamándola una y otra vez. Por primera vez en sus vidas (Top Notch tenía treinta y tres años), su madre no respondía a sus llamadas. Durante días, los hermanos recorrieron una y otra vez los lugares donde su madre había pasado sus últimos momentos. Fidelidad, añoranza. Duelo. Una vez, Dame Daphne Sheldrick, con más de medio siglo de experiencia en elefantes huérfanos a sus espaldas, me dijo con bastante rotundidad: «Un elefante puede morir de tristeza». Ella lo ha visto. Daphne resume lo que ha aprendido en sus cincuenta años criando a elefantes huérfanos de la manera siguiente: «Para ser capaz de comprender a un elefante, se debe ser “antropomórfico”, pues son emocionalmente idénticos a nosotros. Lamentan y sufren la pérdida de un ser querido con la misma intensidad que nosotros y poseen una capacidad de amar sobrecogedora».

Bien, pero incluso si partimos de la base de que lamentan las pérdidas, ¿realmente las sufren «con la misma intensidad que nosotros»? ¿Y con qué intensidad las sentimos nosotros? Pensemos en un velatorio: un día o dos de reunión. Los nietos pequeños y no tan pequeños, parientes y amigos; compañeros de trabajo que intercambian bromas y tarjetas de visita; una joven cuyo vestido negro parece hecho a medida para que uno se olvide de la tristeza; la herida cicatriza, pero el dolor nunca desaparece del todo. Algunas vidas han cambiado, otras no. Entonces, ¿qué es el «duelo humano»? No existe tal cosa. Del mismo modo que el amor, el duelo es muchas cosas a un tiempo, de intensidades diferentes, en mentes variadas. Y no exclusivamente humanas.

El duelo no implica entender la muerte. Es cierto que los humanos sufren las pérdidas, pero no están de acuerdo sobre qué es la muerte. Aprendemos diversas creencias tradicionales (paraíso, infierno, reencarnación, karma y demás mecanismos) para mantener vivos a los muertos. Por lo visto, si hay un punto que parecemos tener claro es: nunca te mueres del todo. Una minoría cree que simplemente llega el final, que dejamos de existir, pero para la gran mayoría, esa idea es inconcebible. En la iglesia me enseñaron a repetir: «Creo en la vida eterna». De modo que, cuando un chimpancé o un delfín cargan con su cría sin vida, ¿entienden la muerte en menor medida que el papa? Cuando un elefante acaricia los huesos de un ser querido que ya no está, ¿la entiende más?

Tuvieron que pasar dos años desde la muerte de Teresia por las heridas de lanza para que Cynthia viera a Tallulah, Theodora y los pequeños de la familia «hacer el tonto»: corretear por la sabana, remover sus colas en el aire, divertirse chapoteando en el agua.²⁵ Habían superado la ausencia de Teresia y, en palabras de Cynthia, «volvían a ser los elefantes dicharacheros y juguetones que recordaba y que tanto quería».

Y tú, ¿cómo dices «adiós»?

Observamos un grupo que avanza hacia el humedal. Aplastan las hierbas altas a su paso y chapotean al llegar al barro refrescante.

¿Cómo y cuándo deciden las familias adónde dirigirse? Vicki ha dedicado mucho tiempo a estas cuestiones. «Si hay un miembro de la familia a quien le apetece ir a determinado lugar, se sitúa al borde del grupo y mira de frente en la dirección que quiere seguir.»¹ Se llama postura «vamos». Cada minuto, más o menos, quien tiene una sugerencia emite un barrido para decir «vamos». Es una propuesta: «Me apetece ir a tal sitio, vamos juntos».

–Una de dos, la manada acepta ir, o simplemente no se mueve –explica Vicki.

¿Y si no se mueven?

–Si no se mueven, puede que la que quería ir se acerque alegremente al resto de la familia, que inicie un gran saludo para conseguir apoyo. Algo así como: «Qué buenas amigas somos ¿eh? Es que tengo tantas ganas de ir precisamente a tal sitio...». O sea, que un saludo puede esconder una estrategia.

Unas veces, llegan rápidamente al consenso. La matriarca emite un berrido largo y suave, yergue las orejas y se abanica cuello y hombros, como dando una palmada, y toda la familia se pone en marcha, como si fuera la señal que esperaban para arrancar. En cambio, otras, la discusión puede extenderse durante horas.

–Saben qué les espera. Si resulta que otra familia, más numerosa, y por lo tanto, dominante, se encuentra en el lugar al que querías ir, evitas los líos y cambias de destino. A veces es obvio. Otras, me resulta imposible entender

por qué actúan de determinadas maneras. –Vicki hace una pausa para saludar–: Hola, Amelia. –Vuelve a dirigirse a mí–: ¿Ves a la hembra que agita las orejas? Es Jolene, la matriarca de las JA. Y... –Enfoca con los prismáticos a otra elefanta que está algo más lejos, dentro del agua–. Vale, sí, aquella es Yvonne.

Entonces, tenemos a la familia AA, la YA y la JA. La AA se lleva bien con la JA, la YA también. Todas se acercan para saludarse. Vicki traduce:

–No es simplemente un: «Hola, ¿qué tal?». Es más bien un: «Ésta soy yo y ésta eres tú. Somos amigas y estamos aquí».

El saludo acerca a todos los individuos, y pone de manifiesto los vínculos y sentimientos que mantienen entre sí.

La investigadora Joyce Poole lo llama la «ceremonia del apego». En ella, los participantes se demuestran mutuamente y demuestran a todo el que les oiga que «son miembros de una unidad de apoyo mutuo y que juntos forman un mismo frente».²

–¿Quieres saber si son buenos amigos o parientes cercanos? –pregunta Vicki retóricamente–. Fíjate en cómo se saludan.

Cuanta más intensidad y entusiasmo exhiban, más estrecho será el vínculo. Durante los momentos de más agitación social, es habitual que los elefantes, a bote pronto, enreden sus trompas de forma teatral, se aprieten unos contra otros, barriten, aúllen, acaricien con la trompa los rostros de los demás, o incluso la introduzcan dentro de la boca de otro, agiten las orejas, o entrechoquen sus colmillos.³ Sabes lo que quiere decir «entusiasmo» cuando lo ves.

Los elefantes emplean más de cien gestos rituales para comunicarse en diversos momentos; el contexto siempre ayuda a transmitir el mensaje adecuado.⁴ Por ejemplo, puede que, mientras escucha u observa, un elefante dubitativo o preocupado balancee el extremo de la trompa, o se palpe el rostro, la boca, la oreja o la misma trompa, como para paliar la inseguridad, del mismo modo que una persona puede rascarse la mejilla o llevarse la mano a la barbilla. Emiten llamadas casi constantemente para enfatizar la unidad familiar, estrechar vínculos, limar roces, formar coaliciones, coordinar movimientos o defender a los compañeros o mantener el contacto. Los

elefantes utilizan la laringe (o «caja vocal»; por cierto, común a los mamíferos), para determinadas llamadas, y los barritos de la trompa, para otras.⁵

Cuando las elefantas han tenido algún tipo de conflicto entre sí, muchas veces se reconcilian con la ayuda de un mediador.⁶ Algunos investigadores han observado que «en general, un individuo neutro, como la matriarca o algún familiar o amigo muy cercano de una de las implicadas, inicia el proceso de reconciliación. Se acerca a las elefantas enfrentadas, planta cara a una de ellas y ronronea, alza la cabeza, mueve las orejas y se dirige a la otra, con la trompa extendida en un gesto conciliador».

Vicki está un poco decepcionada, le habría gustado que asistiera a una ceremonia más entusiasta.

–Si llega a estar la familia EB, habría sido brutal. Habríamos tenido alegría, barritos y roce por doquier. La llamamos «la familia italiana» porque son increíblemente expresivas. Este encuentro ha sido bastante silencioso.

La pequeña familia JA tiene un motivo para estar silenciosa.

–Tenían una matriarca espectacular, muy hermosa, que murió por una herida de lanza. Después, la siguiente pereció durante la sequía –explica Vicki. Las supervivientes, sin el amparo de sus mayores, parecían emocionalmente apagadas. Para los animales «quién», en cierto sentido la muerte importa sobre todo para aquellos que se quedan.

La mayoría de la familia está escondida entre los arbustos. La más cercana es Jamila. El siguiente, que se acaba de rociar la cabeza con hierbajos, es Jeremy, de nueve años. A su derecha hay una hembra cuyos colmillos se tocan en las puntas: Jolene, la matriarca actual. Junto a ella está Jean, que acaba de sufrir un aborto. La hembra de los colmillos muy curvos es Jody. Jolene ha resultado ser una matriarca muy sensible a las necesidades de la familia, sosegada, fantástica a la hora de ofrecer tranquilidad, guiando con el ejemplo.

–Son una familia de lo más entrañable. Hay mucho afecto, mucha cohesión. Son una de mis familias favoritas. –El cariño es evidente en el tono

de Vicki.

Y además, son una de las más sorprendentes: las pruebas genéticas revelan que Jolene, Jamila y Jody no son parientes cercanas.

–Son amigas que funcionan como si fueran una familia. Emocionalmente están muy unidas y nunca se separan. Siempre hay muchísimo contacto corporal, mucho roce... Mira, Jamila está saludando a la cría. «Hola, ya estamos todas».

Jolene ha debido de estar hablando con Jetta, la hembra que oculta la cara y está ahora frente a Jody. Las dos segregan por las glándulas temporales.

Jody tiene las orejas desplegadas.

–Eso quiere decir que está escuchando. ¿Te has fijado en ese pequeño aleteo que acaba de hacer? Eso es que están charlando.

Me pregunto por qué no oigo nada.

Con aire misterioso, Vicki empieza a explicarme:

–Muchas veces no podemos oírlos y aun así, alguien dice «siento que hay elefantes cerca», o «no siento elefantes por aquí». Somos capaces de percibir si hay elefantes rondando cerca, pero no sabemos por qué. Nos llega un indicio muy sutil, sin que nos demos cuenta. Yo creo que captamos sus llamadas subsónicas, pero no somos conscientes.

El canto del elefante abarca 10 octavas, puede ir desde los murmullos subsónicos hasta los barritos, de los ocho hercios a los diez mil.⁷ Algunos estudios en los que se han empleado dispositivos capaces de trasladar sonidos muy graves hasta el rango de frecuencia perceptible por el oído humano han demostrado que cuando los elefantes están lo suficientemente excitados para que sus glándulas temporales segreguen, también están vocalizando. Lo que ocurre es que, muy a menudo, aunque el volumen sea elevado, la frecuencia es demasiado baja para que los humanos la capturemos.

Estas llamadas subsónicas no sólo crean ondas que viajan por el aire, sino que también se expanden por el suelo.⁸ Los elefantes pueden oír gruñidos inaudibles para el oído humano a varios kilómetros de distancia. Deben esta gran sensibilidad al sonido a la estructura de sus orejas, a su conducción ósea,

y a unas terminaciones nerviosas especiales que hacen que sus dedos, pies y el final de su trompa sean extremadamente sensibles a la vibración. De hecho, una parte de la comunicación de los elefantes se envía por el suelo y se recibe por los pies. (Su capacidad de detectar vibraciones del suelo puede ser el motivo de que en varias situaciones los elefantes han salido corriendo antes de que los humanos se percatasen de la inminencia de un tsunami.)

Cuando oímos el berrido de un elefante, no percibimos más que las frecuencias más altas del muro de sonido que está emitiendo. Es como si al oír un acorde complejo sólo las notas más agudas llegasen a nuestros oídos. Tomemos un ejemplo más visual: si el sonido fuera una casa, sólo estaríamos oyendo el ático de una llamada que baja hasta el sótano. Los elefantes emiten diferentes tipos de gruñidos con estructuras de sonido variadas. Si estudiamos un encuentro tenso y otro amistoso, los sonidos tendrán amplitud, frecuencia y duración diferentes.⁹ Decir que los elefantes emiten gruñidos es como decir que los humanos ríen. Disponemos de diversas risas para diferentes situaciones que, además, empleamos con una intensidad variable: no es lo mismo una risita educada que una sarcástica, y mucho menos que una carcajada. Con los elefantes, sucede lo mismo: hay diferencias.

—La mayoría de lo que dicen es inaudible para nosotros. No obstante, puedes observar sus pausas, sus posturas, pequeños gestos sutiles. Es posible verles fruncir el ceño. Y si estás muy cerca de ellos, puedes llegar a sentirlos en el plexo solar, justo en el centro del pecho. Te atraviesan.

Demos por bueno que están diciendo algo. Pero ¿qué? Para hablar de comunicación es necesario que un emisor envíe un mensaje y un receptor lo comprenda. Sorprendentemente, este proceso no siempre implica consciencia. Las flores son el modo que tienen las plantas para comunicar determinada información a las abejas y demás polinizadores. El mundo está repleto de impulsos eléctricos, químicos, indicios visuales y movimientos que transmiten mensajes. No se trata de lenguaje desde un punto de vista humano, pero, al fin y al cabo, es un intercambio de información eficaz. Un elefante, sin embargo, no es un arbusto; la comunicación animal es, por lo general,

bidireccional. Cuando mi perro Jude mete el hocico en mi teclado, me escribe algo (tipo «deqwwsaa»), se da la vuelta y menea la cola, ambos sabemos que me está diciendo: «Estaba pensando que no estaría mal que me rascases el lomo un poquito».

Las palabras son tan sólo una parte de la comunicación. Los sentimientos, en silencio, hacen brillar al mundo; transmiten, sin ruido, sus significados sintientes. Desde los crustáceos y los insectos hasta los pulpos, entre otros, millones de especies se comunican entre sí mediante aromas, gestos, posturas, hormonas y feromonas, roces, miradas y, por supuesto, sonidos. Hoy en día, el mundo parpadea con mensajes instantáneos y llamadas transoceánicas. En los mares, las ballenas pueden oír sus llamadas a cientos de kilómetros bajo el agua. Muchos peces son capaces de enviarse invitaciones y responder a ellas. Unos crustáceos llamados *Alpheidae* hacen crepitar sus hábitats en el fondo del mar. Suceden cosas por todas partes. Y nosotros apenas hemos analizado el modo en el que los demás animales emplean y perciben sus vocalizaciones, aromas y vocabularios gestuales.

Durante siglos, el hecho de que los animales no mantengan conversaciones del mismo modo que los humanos se ha interpretado como una prueba de que tenían la cabeza hueca. Por supuesto, esto nos resulta muy útil para justificar lo que les hacemos. Si no pueden pensar, entonces no necesitamos preocuparnos por aquello que podrían llegar a pensar. Así que antes de adentrarnos más en la comunicación, será mejor aclarar ciertos tópicos sobre comunicación, pensamiento y crueldad que, con demasiada frecuencia, se confunden.

En el siglo XVII, René Descartes hizo un batiburrillo con los conceptos de comunicación, consciencia, pensamiento, superioridad del humano y religión. Con bastante poco tino, afirmó lo siguiente: «La razón que explica que los animales no hablen no es que carezcan de órganos, sino que carecen de pensamientos».¹⁰ Y para colmo, añadió: «Si pensarán, como nosotros, tendrían un alma inmortal como la nuestra».

Para Voltaire, las contradicciones de la lógica de Descartes resultaban despreciables y llegó a referirse a él y a sus seguidores como «bárbaros»:

¡Qué pena, qué desgracia haber dicho que las bestias son máquinas privadas de conocimiento y de sentimiento, que realizan siempre sus operaciones del mismo modo, que no aprenden nada, no perfeccionan, etc.! [...] ¿Quizá porque te estoy hablando crees que tengo sentimiento, memoria, ideas? De acuerdo, no te hablo; me ves entrar en casa con el aspecto afligido, buscar con inquietud un papel, abrir el escritorio donde me parece que lo había guardado, encontrarlo, leerlo con alegría. De eso deduces que he experimentado el sentimiento de la aflicción y el del placer, que tengo memoria y conocimiento.

Aplica, pues, ese mismo juicio a ese perro que ha perdido a su amo, que lo ha buscado por todos los caminos con ladridos lastimeros, que entra en casa, agitado, inquieto, que baja, que sube, que va de habitación en habitación y que encuentra, por fin, en su despacho, al dueño que él ama, y que le testimonia su alegría con la dulzura de sus gruñidos, con saltos y caricias.

Unos bárbaros cogen a este perro, que aventaja prodigiosamente al hombre en cuanto a la amistad; lo clavan a un madero y lo disecan vivo para mostrarte las venas meseraicas. Descubres en él los mismos órganos del sentimiento que tú tienes. Contéstame, mecanicista, ¿la naturaleza ha dispuesto todos los resortes del sentimiento en este animal para que no sienta? ¿Tiene unos nervios para ser impasible? En absoluto supongas esa impertinente contradicción en la naturaleza.* 11

Durante las disecciones en vida, o vivisecciones, que se practicaban en la era previa a la anestesia, las ideas de Descartes sirvieron para hacer oídos sordos a los gritos de sufrimiento de los perros y demás animales. ¿De verdad es tan complicado aceptar que los humanos no somos los únicos que tenemos sentimientos y consciencia? ¿Por qué necesitó Descartes afirmar la superioridad del ser humano en términos que implicasen infligir dolor a otros animales? En mi opinión, la respuesta es que los términos eran precisamente aquellos. Otros se opusieron. En 1789, Jeremy Bentham, desafió las afirmaciones cartesianas con el siguiente planteamiento: «La pregunta no es “¿son capaces de razonar?”, ni “¿son capaces de hablar?”, sino “¿son capaces de sufrir?”». Charles Darwin, en *El origen del hombre*, escribió: «Todo el

mundo ha oído hablar del perro que lamió la mano del cirujano mientras sufría una vivisección. Este hombre, a menos que la operación estuviese completamente justificada por ampliar nuestro conocimiento, o que tuviese un corazón de piedra, debió de sentir remordimientos hasta la última hora de su vida». Darwin garabateó en su cuaderno esta sentencia mordaz: «A los animales, a los que hemos hecho nuestros esclavos, no nos gusta considerarlos nuestros iguales».¹²

En ocasiones, da la impresión de que los humanos piensan, pero no sienten del todo. Resultaría bastante perturbador que un cerdo gritase: «¡Tengo mucho miedo! ¡No me mates!». ¹³ Aunque, por supuesto, es lo que dice cuando lo están matando. Todos los animales que he conocido parecen aferrarse tanto a la vida como los humanos. De hecho, puede que más. Muchos humanos parecen menos interesados por vivir que los animales; prueba de ello es que los comportamientos autodestructivos, por ejemplo, son característicos en el ser humano. El suicidio por depresión no se da en animales que viven en libertad. La mayoría de los animales hacen todo lo posible por seguir viviendo.

Volvamos a la comunicación. Cuando alguien sostiene que no podemos saber lo que piensan otras especies porque no podemos hablar con ellos, no le falta razón. Es muy difícil saber con exactitud qué sienten. A veces, ni siquiera somos capaces de hablar con nuestros padres, esposas e hijos. A menudo, incluso somos incapaces de «decir lo que queríamos», «expresar lo que sentimos», o «encontrar las palabras».

No podemos pedir a una criatura que nos lo cuente. Lo que sí podemos es observar su comportamiento, plantear preguntas pertinentes, crear experimentos adecuados y lograr entenderla algo mejor. Einstein lo hizo con el universo y aprendió unas cuantas cosas. Newton, con la física. Darwin, con el árbol de la vida. Galileo no daba la lata a sus amigos porque los planetas no le hablaran. A pesar de las distancias astronómicas que recorren los planetas, nadie tuvo la sensación de que pensarán o sintieran. Pero los animales sí transmitían esa sensación cuando pensaban y sentían. Sin

embargo, como no tenemos modo de hablar con ellos para saber si pueden pensar o sentir, los especialistas en etología animal tiraron la toalla y afirmaron que deberíamos asumir que la respuesta es no. Los etólogos humanos (pienso en Freud) no están tan constreñidos. Intentan contarnos lo que pensamos sin darnos cuenta. Lo que sentimos sin haberlo verbalizado. Una dualidad peculiar, ¿no? Por un lado, tenemos a unos profesionales que sostienen que no se puede saber si los animales piensan puesto que no emplean palabras, y, por otro, a sus colegas que defienden que las palabras no bastan para explicar lo que los humanos piensan en el fondo.

Las palabras son, como mucho, una red gigante de etiquetas que arrojamamos sobre la nube de nuestras percepciones, con la esperanza de que encajen con alguno de nuestros pensamientos y sentimientos. Las palabras son esbozos de la realidad y, como tales, algunos están más conseguidos que otros. ¿Se puede describir el sentimiento del picor sin usar la etiqueta «picar»? Un perro tampoco puede, pero se rasca y entonces nosotros entendemos que le pica. ¿Se puede describir lo que se siente cuando el agua nos moja? ¿O cómo se percibe el amor o la tristeza? ¿O a qué huele la nieve? ¿A qué sabe una manzana? Las palabras no pueden igualar la experiencia.

Cuando se trata de medir pensamientos, el discurso es una herramienta resbaladiza. La gente puede mentir. A veces hacemos caso omiso de lo que está diciendo una persona y nos fijamos en el lenguaje corporal para tener una idea más sincera de lo que realmente siente. A veces las palabras nos fallan. El hecho de que aprendamos idiomas pone en evidencia que las palabras son más bien arbitrarias: primero surgen las ideas y, después, les colocamos la etiqueta. Las palabras interpretan el pensamiento. Éste nace primero.

Aunque resulte difícil de creer, el cerebro humano tarda varios segundos en procesar el pensamiento.¹⁴ Suceden muchas cosas antes de que las palabras broten. Cuando recorremos nuestra casa con la mirada no nos decimos: «Mi

nevera, el lavabo, mi amor». La fotografía de un ser querido vale más que mil palabras y, a la vez, puede pasarse sin ellas. Un instante sin palabras, eso lo dice todo. Cuantas menos palabras, más directa es la experiencia. Si regañamos a un perro, él entenderá que un simple roce significa: «Venga, va, que seguimos siendo amigos». En determinadas situaciones clave, las palabras son secundarias. Basta con decir «te quiero», pero es más fiable demostrarlo en silencio. A menudo, un simple gesto puede servir. Los demás animales lo saben. Nosotros también. Si estamos pasando una mala racha con nuestra pareja y las palabras fallan, podemos decírselo con flores. Desde tiempos inmemoriales, el arte, ya sea gráfico, escénico o musical, ha servido para continuar estas conversaciones cada vez que las palabras nos faltan.

Si observamos a un grupo de elefantes comunicarse, nos parecerán los maestros de la sutileza. Desafortunadamente, carecemos de matices en nuestro vocabulario para traducir, y tenemos que contentarnos con burdas clasificaciones. Según los investigadores, a falta de mejores palabras, los elefantes emiten barritos, bramidos, ladridos, gruñidos, resoplidos, gritos, berridos, chillidos. No obstante, para los emisores y receptores de dichos sonidos (los propios elefantes), su intención debe de ser tan clara y reconocible como las palabras para nosotros.

Mirémoslo desde otro lado. Para un elefante, oír una conversación humana es como para nosotros oír a hablantes de un idioma extranjero. Por ejemplo, imaginemos describir el vietnamita simplemente categorizando los sonidos. Jamás lograríamos descifrarlo.

Ahora bien, traducir del elefante al vietnamita o al inglés es otro cantar. Nadie podrá rebatir la afirmación «el elefante ha barritado». La descripción es correcta, pero muchos se negarían a concluir que «el elefante ha dicho “hola”». Pese a todo, sin cierta interpretación y cierta traducción, no conseguiremos entender qué se están comunicando. Durante medio siglo, el estudio de la comunicación animal se ha limitado a la descripción. La traducción es el nuevo rumbo hacia donde debe virar.

Una de las últimas descripciones de la vocalización de los elefantes,

llevada a cabo por la doctora Joyce Poole, de la asociación ElephantVoices, muestra lo difícil que es transmitir las llamadas de los elefantes en términos humanos. En este extracto, la doctora Poole desarrolla el tema de los murmullos:

Durante los picos de entusiasmo, los murmullos «estro», los «saludo», los «afecto», el bramido «apareamiento» y los murmullos «rugido» (oídos cuando los elefantes asedian a los depredadores) se caracterizan por un incremento de la amplitud, del ruido y de la modulación. La energía se reparte entre los primeros armónicos (a diferencia de la mayoría de los murmullos, que se sitúan en los segundos armónicos), y, con el tiempo, las llamadas pierden intensidad, son más suaves, menos moduladas, menos ruidosas... En concreto, los «saludo» y «afecto» muestran curvas de frecuencias de llamada más extremas. Pueden ser planas, ligeramente arqueadas o muy arqueadas, bimodales o multimodales, y estar desviadas hacia la izquierda o hacia la derecha.¹⁵

Las observaciones de Poole son precisas. Ahora bien, imaginemos intentar entender un encuentro entre humanos con la óptica que emplea Poole: «A lo largo de una ceremonia “encuentro”, pueden darse murmullos “reverencia”, giro, reverencia con paso atrás, murmullo bimodal, murmullo bimodal con giro, y berridos multimodales».

Tras los murmullos, Poole pasa a los gruñidos. Dice así: «La cualidad sonora de las llamadas “gruñido” oscila enormemente. Puede compararse a: un chillido de cerdo, un alarido, un berrido, un ronroneo, un rugido, el llanto e, incluso, al cantar de un gallo».

Efectivamente, el espectro es amplio, pero, por favor: *llevas cientos de horas estudiándolos, así que mójate. Lo que quiero saber es qué crees que están queriendo decir con toda esta variabilidad.*

«La variabilidad en las llamadas puede reflejar simplemente la intensidad de su agitación. De vez en cuando puede revelar información adicional, como la firma del emisor o, incluso, alguna referencia a individuos específicos», escribe Poole.

En otras palabras: hablan. Puede incluso que se traten por su nombre. Todavía no sabemos qué dicen y de momento no podemos hacer mucho más

que describir las características físicas de sus sonidos.

Un investigador de otro planeta podría describir los sonidos que los humanos empleamos en nuestros parloteos: «Los saludos de los terrícolas erguidos pueden presentar intensidades altas y bajas. Durante los encuentros de alta intensidad se pueden dar gritos y voces de alta frecuencia y muchos decibelios. Es habitual que los individuos posjuveniles utilicen la secuencia “toca-manos”». A diferencia de los investigadores extraterrestres, si nosotros describiéramos lo que ocurre cuando nos encontramos, haríamos algo así: «Los saludos varían, unas veces son muy emotivos y otras, formales. Es normal que los amigos muestren entusiasmo al encontrarse. En general, los adultos se estrechan la mano». Un investigador de otro planeta describe lo que ve porque no entiende. Nosotros, terrícolas, podemos explicar qué está ocurriendo porque nos entendemos entre nosotros.

Pero si volvemos a observar a los demás animales, nos falta vocabulario para describir el suyo. Tenemos que contentarnos con toscas etiquetas del tipo «berrido». El modo en que describimos la manera de hablar de los elefantes será determinante a la hora de entender su comunicación. Nadie diría que un hablante de alemán «emite la llamada “hal-lo”», sino que «dice “hola”».

Puesto que no somos elefantes, sus sonidos no encajan fácilmente en nuestros oídos o con nuestro alfabeto. ¿Qué pasaría si tuviéramos que escribir, con palabras, el *Claro de luna*, de Beethoven, o *A Love Supreme* de John Coltrane? No seríamos capaces. (Beethoven «hace *na naná na na na naná*»; Coltrane «emite chillidos, resoplidos y aullidos de intensidad variable».) O si tuviéramos que describir un atardecer enumerando la distribución de las longitudes de onda de la luz de colores. Del mismo modo, tampoco disponemos de un sistema de notación para los sonidos de los elefantes (como tampoco para el canto de los pájaros, los ladridos de perro, etcétera). Cuando se trata de discurso humano, podemos escribir: «En alemán, *hallo* quiere decir “hola”». Sin embargo, no podemos transcribir los sonidos de los elefantes y después traducir: «Esta llamada significa “aquí está

la comida”, esta otra “¿dónde estáis?”, esta “ven a copular conmigo”, y esta otra “me he perdido, ¡socorro!”». Carecemos tanto de la notación como de la traducción.

La llamada a la que los investigadores han bautizado como «vamos» es una excepción. La etiqueta también es una traducción. Pero, en el fondo, el quid de la cuestión es: ¿acaso los elefantes dicen cosas diferentes empleando una serie de llamadas y adecuándolas al contexto? Incluso cuando etiquetamos el contexto («llamada de contacto», «pequeño saludo», «coro del *must*», etcétera) es como si, en cierto modo, a nuestro «hola, ¿cómo estás?» lo metiéramos dentro del saco de «llamada de saludo». Es intraducible. Asimismo, cuando un elefante emite un «berrido de saludo», ¿estará diciendo «hola» o «quita del medio»? ¿Qué quieren decir en realidad los elefantes?

* Traducción de José Areán Fernández y Luis Martínez Drake, Gredos, 2010.

Yo digo «hola»

Los elefantes africanos disponen de una alarma específica que parece ser su manera de decir «¡abejas!».¹ Tan pronto oyen el zumbido, huyen meneando la cabeza mientras corren. Si se les pone una grabación de otros elefantes que escapan de abejas, reaccionan del mismo modo. Sin embargo, si la grabación es de voces humanas, no mueven la cabeza. Este gesto está reservado para las abejas, pues mientras corren, intentan espantarlas para que no les piquen dentro de las orejas o la nariz. En cambio, los elefantes de un zoo estadounidense que nunca habían estado expuestos a un enjambre no se inmutan ante el zumbido de las abejas. En el caso de los africanos, la respuesta de los mayores es inmediata, los más jóvenes observan e imitan su reacción. «Se dan cuenta de que su madre las considera un peligro... Es uno de sus modos de aprendizaje», me explicó un día Lucy King. Un amigo mío vio una vez a un grupo de impalas salir corriendo al oír cómo una manada de elefantes chillaba a una jauría de perros salvajes. Su guía afirmó que los impalas nunca corren cuando los elefantes gruñen a la gente, o entre sí. Si esto es cierto, implica que los elefantes pueden decir determinadas cosas que los impalas comprenden.

Las crías de elefante emiten murmullos, pero tienen dos «palabras» muy diferentes para expresar contento o malestar. Cuando se sienten reconfortados, hacen *aauurrrr* y cuando se ofenden —por un empujón, colmillazo, patada o cuando se les niega la leche—, hacen *baruuú*.² Con determinadas llamadas, las madres consiguen que las crías que andan desperdigadas acudan inmediatamente a su lado. No parece descabellado interpretar que están diciendo «ven aquí».

Las interacciones entre los elefantes demuestran que éstos comprenden lo que se están diciendo, ya sea información concisa, como «vamos», o simplemente estén transmitiendo un cierto grado de intensidad emocional, lo que podríamos asemejar al tono de voz en el caso de los humanos. «Me estoy poniendo nerviosa. ¡Vamos!» A menudo, el sentido depende del contexto. El receptor conoce el contexto y es capaz de entender el mensaje.

Lo mismo sucede entre humanos: casi siempre, el sentido depende del contexto y del énfasis. Por ejemplo, yo puedo decir «¡eh!» con un tono dicharachero o con uno severo; en el primer caso, se entenderá como un saludo informal y en el segundo, como una advertencia poco amistosa. Para un elefante, un barrito puede sonar como para nosotros un «¡eh!». El emisor confiere a su mensaje una intención clara que el receptor experto sabrá identificar. Este tipo de codificación es una de las cosas que los elefantes pueden hacer gracias a esas hogazas de más de cuatro kilos que tienen por cerebro.

Hubo que esperar a 1967 para que alguien se percatase de que los cercopitecos verdes (un primate muy común) emitían llamadas con distintos significados.³ En otras palabras: que tenían palabras. Si detectan la presencia de un felino peligroso, emiten una alarma que hace que todos se encaramen a los árboles. Si hay un águila marcial o una coronada sobrevolando, tras la correspondiente llamada bisilábica, la manada de monos mira al cielo o corre a esconderse entre la vegetación (no trepan a un árbol). Estos simios son, además, unos avistadores de aves de lo más astutos, y no reaccionan al ver una culebrera pechinegra ni a un buitres dorsiblanco: esas especies no atacan a los cercopitecos. Y cuando ven una serpiente, emiten un sonido particular que indica a sus congéneres que deben erguirse sobre las patas traseras y hacer un barrido del suelo con la mirada, para interceptar al reptil. Los cercopitecos de Amboseli tienen palabras distintas para: «leopardo», «águila», «serpiente», «babuino», «mamífero depredador», «humano desconocido», «mono dominante», «mono subordinado», «cuidado con ese mono» y «manada enemiga». Hasta que cumplen seis o siete meses, las crías pueden responder

erróneamente a una llamada, por ejemplo, subirse a un árbol después de la llamada «águila». Las crías menores de dos años pueden dar la alarma de «águila» ante un ave inofensiva, o la de «leopardo» ante un felino pequeño. Los cercopitecos consiguen pronunciar correctamente cuando están a medio camino entre la infancia y la pubertad, un poco como nosotros.

Pero éstos no son los únicos primates con llamadas de alarma para amenazas específicas. Los titís, los cercopitecos de nariz blanca y los colobos, entre otros, no se limitan al componente individual de la llamada, sino que transmiten información adicional mediante el orden de las secuencias.⁴ (Por sorprendente que parezca, algunos pajaritos también, como el chipe alidorado o el petirrojo europeo. Es lógico suponer que habrá más.) Las monas de Campbell utilizan secuencias de llamadas distintas (una suerte de sintaxis en la que el orden altera el significado) para diferenciar si han visto u oído a un depredador. Además, emitirán una suerte de modificador adjetival antes de la llamada de alarma, para avisar de si el peligro está cerca o lejos. Un *bum* en voz baja que viene a decir: «Veo un leopardo a lo lejos. Andaos con ojo». Sin el *bum* previo, el aviso significa: «¡Leopardo! ¡Aquí!». Manejan tres secuencias de llamadas para los leopardos y cuatro para las águilas coronadas.⁵ Los cercopitecos diana también reaccionan a las llamadas de las monas de Campbell; cuando la situación es peliaguda, no pueden permitirse que la barrera del lenguaje se interponga. Los gibones (los primates «menores» de las junglas del sudeste asiático) combinan hasta siete llamadas diferentes en sus cantos, que pueden servir para espantar a otros gibones, atraer a la cópula o avisar de la presencia de depredadores.⁶ Los chimpancés usan casi noventa combinaciones de llamadas, además de la percusión en troncos, en contextos específicos.⁷ Una hembra conocida puede emitir un «chillido» para anunciar que ha llegado a la fiesta, pero puede que cambie hacia un «gruñido» durante el acercamiento final al macho dominante. Es probable que esté diciendo: «Buenas, ¡ahora me toca a mí!». Si un chimpancé ataca a un congénere, es probable que la víctima «tienda a exagerar» si sabe que algún jefe anda cerca y puede interrumpir el ataque.⁸

Una mañana, en Trinidad, un naturalista del Asa Wright, el complejo de cabañas donde nos hospedábamos mi mujer y yo, nos dijo que había oído un

ave llamada momótido emitir la alarma «serpiente». Enseguida encontramos al momótido alterado, encaramado a lo alto de un árbol, revoloteando en torno a una boa arborífera amazónica (y propinando algún picoteo ocasional). Otras aves captaron el mensaje y se acercaron a armar bullicio, dejando a la sigilosa serpiente al descubierto. Bien, si los momótidos tienen una palabra para decir «serpiente», cabe plantear la misma pregunta: ¿qué más se nos escapa? Una pista: Tiko, el loro amazónica de Joanna Burger, emite sonidos diferentes cuando ve un halcón, una persona, un gato o un perro en el jardín. «Sé quién anda ahí antes de mirar», me dice Joanna.

Dos elefantes que se acercan emiten un murmullo de saludo, breve y bajito. Cuando los cuidadores humanos llaman a un elefante huérfano por su nombre, el aludido responde muchas veces con ese mismo murmullo. (En realidad, el cuidador habla inglés y el elefante contesta en elefanto.) Los investigadores sostienen que podría significar algo como «hola, me alegro de estar cerca de ti de nuevo» o, tal vez, «eres importante para mí».⁹

En el lenguaje humano, el orden de los factores altera el producto. «Tú ser importante para mí» no es lo mismo que «yo ser importante para ti». Eso es sintaxis. Louis Herman, un estudioso de los delfines, escribió que «la sintaxis es lo que nos dice que “me río en el baño” no es lo mismo que “me baño en el río”». ¹⁰ Muchos expertos en comunicación consideran que la sintaxis es la característica fundamental del verdadero «lenguaje». Probablemente tengan razón.

Herman, quien estudió a un grupo de delfines en cautividad en Hawái, se dio cuenta de que entendían la diferencia entre «coge la anilla de John y dásela a Susan» y «coge la anilla de Susan y dásela a John». O sea, que entienden la sintaxis.

Eso sí, la mayoría de los otros animales carecen –y podemos afirmarlo con cierta seguridad– de una sintaxis compleja, característica distintiva del lenguaje humano. Es posible que los delfines salvajes empleen una sintaxis simple propia.¹¹ Algunos simios (los bonobos particularmente) son capaces

de aprender a utilizar algo de sintaxis humana.

Las implicaciones de lo anterior son asombrosas: se puede deducir que estas criaturas sí poseen las capacidades mentales para manipular partes de la sintaxis de los humanos y dar una respuesta apropiada. Con dedicación, los entrenadores pueden conseguir que reaccionen de modo que los humanos podamos detectarlo; poseen unas capacidades tan cercanas a las nuestras que hacen que la idea de comunicarnos resulte plausible.

Ahora bien, no tendría ningún sentido que un animal aprendiera el funcionamiento de la sintaxis para comunicarse con el ser humano si no la utilizase con otras especies o con la suya misma. No obstante, parece que esto todavía no lo hemos entendido del todo.

Quizá empleen la sintaxis con algunas diferencias con respecto a nosotros. Es una posibilidad. Muchos animales tienen capacidad para sopesar las cosas en silencio, de modo que reconocen la diferencia entre «si te ataco, ganaré», «si me atacas, perderé» y así sucesivamente. Incluso los peces deben de captar la diferencia entre «soy lo bastante grande como para comerte» y «eres lo bastante grande como para comerme». En el caso de los animales que viven en sociedades complejas, donde el estatus está estrechamente ligado a la edad y la experiencia, es posible que se produzca cierto tipo de sintaxis en el análisis corriente de «puedo dominar a esa hembra, pero ese macho podrá dominarme a mí». Cientos de interacciones sociales se basan en esta capacidad para evaluar correctamente las relaciones de dominancia.

Imaginemos ahora la cantidad de evaluaciones de riesgos y beneficios de tal o cual decisión estratégica o social que un elefante o un mono realizan a lo largo de sus décadas de vida. No sólo tienen que mirar antes de dar el salto, sino que deben comprender bien sus probabilidades de salir airosos. Sus mentes deben ser capaces de intercambiar roles en diferentes situaciones hipotéticas y tratar de prever resultados plausibles. Entonces, ¿se puede considerar que toda esta historia del aprender, elegir y distinguir es, en cierto modo, una suerte de sintaxis de supervivencia? En ese caso, ¿es ésa la razón por la que sus mentes son capaces de aprender, si están rodeados de humanos, que intercambiar el orden de las palabras puede modificar su relación? Tal vez sea una pista.

Joyce Poole considera que intercalar diferentes barritos entre una serie de murmullos «puede entenderse como una forma de sintaxis básica». Los diversos barritos de los elefantes (al parecer, son capaces de emular todos los trompetazos salvo los del jazz Dixieland) reflejan el entusiasmo y la «importancia» que los elefantes conceden a determinado acontecimiento. Si la sintaxis tiene que ver con el orden de las palabras y la relación que mantienen entre sí, entonces, el contexto en sí es un tipo de sintaxis: el sentido depende del lugar en que esté el individuo en relación a otros elefantes. Cuando nuestro perro rasga la puerta, no hace falta que se marque un monólogo sobre el deseo; lo único que necesitas saber es de qué lado de la puerta está.

De modo que uno puede decir: los humanos hablan con oraciones, los demás, con locuciones. Las oraciones «me gustaría ir a dar un paseo cerca del estanque. Seguro que nos encontramos con otros perros», podrían resumirse fácilmente en tres palabras humanas: «paseo, estanque; perros», o incluso entenderse sin necesidad de palabras, con un hocico en la puerta y un rabo meneándose. La idea se transmite. El pensamiento es el mismo y el objetivo deseado también se alcanza. Miles de criaturas sobreviven en ambientes extremadamente arduos, para conseguirlo deben ser capaces de expresar claramente sus intenciones, y lo hacen sin recurrir a un solo adverbio o gerundio.

Resulta que somos seres hablantes. Pero la mayoría de lo que decimos en nuestros parloteos podría expresarse con menos palabras (como insiste mi editor). Son muchos los días que nos dejan pocas ideas dignas de conservar. La mayoría de nuestras charlas son tan triviales que haríamos mejor en callar antes de hablar. Pensemos en todas las palabras malgastadas. En los profesionales que intentan ayudarnos a cruzar puentes contruidos sobre cascadas de palabras fallidas. En la maquinaria de la guerra, que diseña lanzas y bombas para dialogar. Millones de palabras han resultado ser ineficientes a la hora de estrechar las brechas de las injusticias étnicas, entre ideologías y religiones. Pensemos en las Naciones Unidas, las conferencias

sobre el clima, los «procesos de paz».

Pensemos en el amor, en cómo las cosas que de verdad importan pueden expresarse con los brazos abiertos, las yemas de los dedos o con una sonrisa, sin necesidad de oraciones, ni de sintaxis. Es el poder silencioso de la intención real.

Cuando se trata de poner palabras a los animales, hemos tendido a ser bastante perezosos. Nos contentamos con decir que los perros «ladran» o «aúllan». Eso es como decir que las personas «hablan» y «gritan» y quedarse tan ancho. No es muy difícil percibir la diferencia entre el ladrido de un perro cuando quiere que lo saquemos a pasear o cuando hay un desconocido en la puerta. El tono, la cualidad del sonido y la intensidad del mensaje del perro varían y son fácilmente identificables, incluso para nuestros oídos. Nuestro perro entiende y, además, deja que le entendamos. Cuando estoy en mi despacho, puedo saber si los ladridos de Jude y Chula están dirigidos a una persona cualquiera que pasa enfrente de casa, a una persona que pasa enfrente de casa con un perro, a un repartidor, a una ardilla que huye despavorida tronco arriba, o si están jugando entre ellos.

Sin embargo, cuando se trata de vocabulario para referirnos a otros animales, somos duros de oído, por no decir sordos. Intentamos meter todo su repertorio vocal en el mismo saco con nuestras palabras «talla única»: ladrido, gruñido, aullido... Pero, en realidad, las tallas únicas no existen. Lo único que conseguimos es empañar nuestra comprensión acerca de lo que ellos mismos entienden de lo que dicen.

Ahora observemos cómo se desarrolla una conversación entre dos elefantes de dos manadas que se acercan. Una empieza a emitir llamadas «contacto». Traducción: «Estoy aquí, ¿dónde estás?». Otra elefanta lo oye y responde con un movimiento de cabeza brusco y repentino, seguido de un berrido explosivo que significa: «Soy yo, estoy aquí».¹²

A continuación, la primera emisora relaja su postura, como si pensara:

«Ah, conque aquí estás». Puede que devuelva la llamada para confirmar que ha recibido la respuesta. Entonces, los familiares que estén por ahí cerca se unen al coro y empiezan, ellos también, a enviarse llamadas y respuestas. Esta situación puede durar horas hasta que las manadas converjan.

Por fin, las llamadoras se encuentran. En ese momento, la conversación estalla y su vocabulario da paso a una serie de murmullos de «saludo» muy intensos y atropellados. Después, deriva hacia barritos más suaves, sustancialmente diferentes. Esta parte a menudo dura varios minutos.

Puede que los elefantes carezcan de sintaxis sofisticada, pero poseen léxico. Manejan todo un juego de comunicación que incluye varias decenas de gestos, sonidos y combinaciones de ambos. ¿Cómo es posible que, a día de hoy, no los entendamos mejor? Tan sólo han pasado unas décadas desde que los humanos intentaran por primera vez estudiar la comunicación de otros animales, una franja de tiempo tan corta como para que los pioneros de la comunicación de los elefantes no se hayan jubilado. Por si fuera poco, son muy pocas las personas en todo el mundo que se dedican a esto.

¿Os parece plausible que, a lo largo de los años, los elefantes hayan desarrollado todo un arsenal de sonidos complejos que sin embargo resulten ser arbitrarios y desprovistos de sentido? A mí no. Puede que el significado sea limitado pero, en ocasiones, el mero hecho de entender marca la diferencia entre la vida y la muerte. De no tener sentido, todo este repertorio gestual y sonoro jamás habría sido tan intrincado.

Resulta escalofriante pensar que los elefantes son capaces de comunicarse aunque largas distancias los separen. Nadie entiende cómo lo hacen. Pese a que sus murmullos se encuentren en un rango de frecuencia demasiado bajo para el oído humano, emiten las llamadas a un volumen alto (115 decibelios, casi como un concierto de rock en directo, a 120 decibelios); es más, lo suficientemente elevado para que los elefantes que se encuentren a diez kilómetros de allí puedan oírla.¹³ Sabemos que poseen unos receptores especiales en los pies, llamados corpúsculos de Pacini, que les ayudan a

captar murmullos de elefantes que se trasladan por tierra. ¿Tendrán otra manera de emitir llamadas que vaya aún más lejos? ¿Se reenviarán llamadas, como los humanos con tambores?

Ya he oído varias anécdotas sobre comunicación animal especiales y difíciles de explicar. Por ejemplo: en una reserva privada de Zimbabue vivía plácidamente una tranquila manada de unos ochenta elefantes. Solían merodear por la charca artificial de uno de los complejos de cabañas para alojar a los turistas. Un día, los guardas del parque nacional de Hwange, a casi ciento cincuenta kilómetros de allí, consideraron que era necesario reducir la densidad de la población de elefantes en el parque y, con tal fin, «seleccionaron» a cientos de ellos (usando helicópteros para conducir a los elefantes hasta grupos de tiradores de élite, quienes previamente habían recibido instrucciones de asesinar a familias completas). El mismo día en que la matanza comenzó, la apacible manada de elefantes del complejo turístico se esfumó. Días más tarde, los encontraron en la esquina de la reserva más alejada de Hwange. «Los elefantes pueden detectar llamadas de peligro emitidas desde muy lejos y son plenamente conscientes cuando sus semejantes están siendo masacrados», dijo Cynthia Moss.¹⁴ Muchos investigadores coinciden en que los elefantes saben de sobra lo que está pasando cuando están matando a otros elefantes. Pero ¿cómo?

En otra ocasión, después de que falleciera «el hombre que susurraba a los elefantes», Lawrence Anthony, una veintena de elefantes a los que había rescatado y dado cobijo en su gigantesca reserva se presentó en su casa en dos grupos separados, dos días consecutivos y permanecieron allí dos días más.¹⁵ La última vez que se los había visto cerca de la casa de Anthony había sido un año antes. Comprendemos que los elefantes pueden entender el duelo. Pero ¿por un humano? ¿Y cómo ha podido llegar el mensaje de que el corazón de un tipo se ha parado a unos elefantes que estaban a 12 horas de marcha? Misterio. Mi mente escéptica necesita más pruebas, mejores argumentos. Quién sabe si estas anécdotas serán del todo ciertas.

Los elefantes huérfanos rescatados por la fundación David Sheldrick Wildlife Trust pasan varios meses en la guardería adyacente al parque nacional de Nairobi, donde los alimentan con biberón. De allí, pasan al

parque nacional de Tsavo, donde se encuentran con otros que vivieron el mismo proceso años antes y que ahora viven en libertad. Una nueva aventura comienza para ellos en la naturaleza, en una sociedad de elefantes más normal, con individuos de todas las edades. Cuando fui a visitar la guardería, acompañé a Julius Shivega, un cuidador excepcional, a dar un paseo por el parque nacional de Tsavo con un grupo de huérfanos.

–Cuando están recién llegados nos preguntan: «¿Dónde estamos? ¿Por qué nos habéis traído aquí?». Evidentemente, no en nuestro idioma, pero lo demuestran al no despegarse de nosotros. Y después, cuando se comunican con los otros en ese idioma suyo, consiguen comprenderlo todo.

Daphne Sheldrick añadió:

–Los más mayores saben perfectamente de dónde vienen los huérfanos, porque ellos también pasaron por la guardería.

Si los mayores recuerdan el orfanato y su llegada a Tsavo, si son capaces de entender por lo que están pasando los recién llegados, quiere decir que tienen su propia historia en mente, y es más, que saben que la tienen. Después de ver cómo reciben a los huérfanos en Tsavo, los más escépticos salen convencidos de que acaban de presenciar un fenómeno inexplicable. Para aquellos que trabajan con los huérfanos, en cambio, no cabe ninguna duda. Daphne Sheldrick, basándose en décadas de experiencia, afirma que los elefantes de Tsavo saben cuándo sale de Nairobi un nuevo camión de huérfanos. Asegura que los mayores que viven en libertad salen de la sabana para dar la bienvenida a los nuevos huérfanos. Ella lo llama «telepatía». Archivé sus afirmaciones en mi cajón de «historias poco probables». El problema es que este cajón está a rebosar; hay demasiadas historias «poco probables» sobre los elefantes.

Los humanos damos por sentado que las demás especies tienen un único conjunto de llamadas. No hay dialectos ni variaciones en el lenguaje, como ocurre con los humanos. Del mismo modo, asumimos implícitamente que sus vocalizaciones son innatas y, por tanto, no necesitan ser adquiridas. Sin embargo, es probable que los individuos privados de libertad desde muy

pequeños –monos de zoo, elefantes de circo y orcas de parques acuáticos–no hayan aprendido determinados aspectos fundamentales de la comunicación de los de su especie, como ciertos sonidos, gestos, contexto y matices.

Son muchas las aves que poseen variedades dialectales. Hay determinados grupos de orcas que emplean un léxico que los demás no entienden. Si abrimos bien los ojos, estas diferencias se dan por todas partes, pero nuestro conocimiento sobre ellas aún está en proceso. Todavía estamos catalogando dichos comportamientos y describiendo las llamadas. Traducir su comunicación, no obstante, puede resultar ser una cumbre muy difícil de coronar. De momento, lo que los elefantes dicen y entienden es, con creces, más sofisticado que lo que nosotros entendemos al respecto.

Tira y afloja

–¡A esto me refería con una familia unida! –exclama Vicki con entusiasmo.

Al terminar de comer, los elefantes se reúnen, las adultas miran hacia fuera, las crías están en el centro. Jean, muy despacito, se acerca hacia atrás a Jolene.

–Mira cómo se juntan, se apoyan unos en otros, se tocan con colas y trompas. Es fantástico. Todos se sienten muy seguros. Lo más seguro es que ahora se echen una siestecita.

Las crías se despatarran por aquí y por allí, dormitan plácidamente al amparo de su tribu. Las mayores permanecen de pie en silencio. O al menos, eso parece.

–¿Ves todo ese aleteo de orejas? Eso es que están hablando.

No se oye nada.

Lyall Watson describió un encuentro conmovedor que presencié mientras contemplaba una ballena desde lo alto de unos acantilados en la costa sudafricana.

Desde lo alto de ese acantilado, sentía como una especie de reverberación en el mismo aire. [...] La ballena había vuelto a sumergirse, pero yo aún notaba algo. Tenía la impresión de que la extraña cadencia nacía ahora a mi espalda, venía de la tierra, así que me di la vuelta para mirar al otro lado de la garganta [...], mi corazón se detuvo. [...]

Bajo la sombra de un árbol, había un elefante [...] ¡que contemplaba el mar! [...] Era una hembra con el colmillo izquierdo partido en la base. [...] Sabía quién era, quién tenía que ser. La reconocí pues la había visto en una fotografía en color distribuida por el Departamento de Aguas y Bosques, con el título de «La última

superviviente de Knysna». Tenía a la matriarca ante mí [...].

En la selva no le quedaba nadie con quien hablar, por eso estaba ahí. Había acudido a las puertas del océano buscando otra fuente de infrasonidos, la más cercana y poderosa. El murmullo del oleaje está en su mismo rango de frecuencias; es un bálsamo reparador para un animal acostumbrado a estar rodeado de frecuencias bajas y reconfortantes, de los sonidos de la tribu, y ahora, ésta era la mejor opción.

Me robó el corazón. La mera idea de esta abuela de tantas criaturas, sola por primera vez en su vida, me resultaba desgarradora; a mi mente venían, como conjuradas, otras tantas almas ancianas y solitarias. Pero, en el punto en que esta pena profunda iba a hundirme del todo, ocurrió algo aún más extraordinario [...].

El aire, de nuevo, vibraba. Lo sentía y empezaba a comprender el porqué. La ballena azul había emergido y estaba orientada hacia la costa, inmóvil, con el espiráculo visible. ¡La matriarca estaba aquí por la ballena! El animal más grande del mar y el más grande de la tierra estaban a menos de cien metros, ¡y yo estaba convencido de que estaban comunicándose! Estas dos ancianas, adorables y excepcionales, valiéndose de sus enormes cerebros y su larga experiencia, me ofrecían un concierto de infrasonidos en el que dialogaban de todas las cosas que tenían en común: el esfuerzo que requería traer el mundo a unos poquitos, y muy valiosos, vástagos; la importancia y los placeres de pertenecer a una sociedad compleja. Como dos abuelas que charlan cada una a un lado de la valla del jardín, se compadecían, de mujer a mujer, de matriarca a matriarca, aunque fueran casi las últimas representantes de su especie.

Di media vuelta, intentando contener las lágrimas, y las dejé con sus cosas. No era aquel un lugar para un simple hombre [...].¹

Es mediodía.

Todo este tiempo se estaban dirigiendo hacia aquí, a esta zona de hierbas altas. Pastarán durante un rato y luego seguirán hasta donde están aquellas garcetas, pues aquí no hay agua. Allí sí que hay. Después de que hayan calmado su sed, puede que den una buena vuelta y regresen aquí otra vez para comer un poco más. Cada familia decidirá cuando le toque el turno, pues son las adultas quienes dictan cuándo llega el momento de beber y de bañarse.

Cuando los elefantes están preparados para ponerse en marcha, todos se colocan mirando en la misma dirección, pero siempre esperan a que la matriarca dé el visto bueno.

–He visto a familias colocadas en fila esperar media hora hasta que la matriarca dijera «vamos» –comenta Vicki.

Y arrancan. Makelele, de once años, camina con una notable cojera. Hace cinco años, apareció un día con la pata derecha trasera rota. Debió de ser una agonía; sus huesos se soldaron formando un ángulo horrible, casi como si su rodilla mirase hacia atrás, lo que confiere a su pierna el aspecto de una corva de caballo. Con todo, aquí está y sobrevive gracias a la ayuda de sus amigos.

–Es lento. Es sorprendente lo bien que se las apaña, pero parece que su familia lo espera –reconoce Vicki.

Otro elefante de Amboseli llamado Tito se rompió la pata cuando tenía un año, probablemente por caer dentro de una fosa de basura.² Caminaba despacio, con mucho esfuerzo, se notaba que sufría. Su madre siempre lo esperaba; nunca lo dejó atrás. Sólo llegó a cumplir los cinco años; Makelele ya tiene más del doble.

La familia de Makelele es muy viajera. Se adentran unos treinta o cuarenta kilómetros en Tanzania.

–Es un viaje larguísimo –dice Vicki.

Pero es evidente que Makelele puede con ello. Aún está gordito. De hecho, vivirá hasta independizarse de su familia. Espero que su cojera siga siendo el mayor de sus problemas. Con su propio *baby boom*, la explosión de la población humana y el problema del marfil, los elefantes viven hoy sus mejores y sus peores días.

Cynthia y yo conversamos durante el desayuno.

–Cuando piensas la cantidad de cosas buenas de su vida: cariño, lealtad, apego, afiliación, cooperación... Son aspectos que todos querríamos tener en nuestras vidas.

Los ves ayudar a las crías y ayudarse entre sí. He presenciado escenas únicas y extraordinarias: una elefanta dando de comer a otra que no podía usar su trompa, o intentando alimentar a otra que acababa de morir.³ También hemos sido testigos de cómo los elefantes reaccionan ante humanos heridos o indefensos. Estos ejemplos, y otros tantos más, no demuestran que los

elefantes son como nosotros. Demuestran que, de manera similar a nosotros, son conscientes de sus relaciones y saben utilizar su cuerpo, su voz, su sistema olfativo y su mente, de miles de maneras con el fin de mantener, reforzar y coordinar el conjunto de sus valores sociales.

En torno a 1980, uno de los alojamientos de Amboseli quiso atraer a más elefantes como reclamo turístico empleando comida como señuelo. Al poco tiempo, los inocentes elefantes aparecieron en busca del alimento, y causaron destrozos en los árboles cercanos a las cabañas de los turistas y en las instalaciones de la cocina. Cundió el pánico, la gente comenzó a chillar y a lanzarles cosas para intentar ahuyentarlos (hasta llegaron a golpearlos con palos y escobas). Cualquiera de esos elefantes podría haber aplastado a esos humanos amenazantes como si fueran un simple mosquito. Tenían motivos de sobra, y no les faltaron oportunidades.

—Y sin embargo, aunque hubo muchas interacciones, Tuskless y las demás evitaron por todos los medios herir a un humano. Un día, Tania perdió los estribos y cargó contra una turista que se había caído al suelo en su huida hacia una cabaña. Tania, a escasos metros tras ella, frenó en seco con un derrape y se quedó de pie junto a ella.

La elefanta retrocedió, dio media vuelta y se encaminó hacia su familia. El mínimo contacto habría acabado con la vida de la mujer, y aun así, pese a que aquella mujer la había sacado de quicio, Tania había empleado tal cantidad de energía para evitar el contacto que había dejado marcas en el suelo.⁴

¿Por qué reprimirse?

Asumimos que los demás animales son incapaces de entender qué puede mover a un ser humano a actuar, de vez en cuando, con bondad. Siguiendo la misma lógica, los humanos somos incapaces de comprender la razón por la que un elefante pueda refrenarse. Según parece, los elefantes prefieren evitar la violencia y poseen las habilidades sociales para imponerse y mostrar dominancia sin poner en juego una fuerza que podría causar perjuicios a

ambas partes.

En más de una ocasión hemos visto a animales contenerse. Quién no se ha encontrado con un perro rabioso que no ataca. Un chimpancé llamado Nim, a quien habían enseñado lenguaje de signos, utilizaba las señas para decir «enfadado» o «morder» en lugar de atacar o morder de verdad; es más, constataron que su enfado disminuía después.⁵ Por lo visto, las señales satisfacían su necesidad de expresar ira.

Los elefantes pueden planear una venganza. ¿Pueden también intuir que si le hacen daño a un humano se meterán en líos? Si hubiera atacado a aquella mujer, Tania probablemente habría perdido la vida. ¿Es posible que le concediese un trato especial a la turista por tratarse de un ser humano? Cuesta imaginarse a una elefanta derrapando para evitar herir, por decir algo, a una hiena que la hubiera molestado.

Tuskless, Tania y su familia (que no deben confundirse con la madre de Butch, Big Tuskless, de la familia BB) visitaban con frecuencia el campamento de Cynthia.⁶ Ésta describía a Tuskless como «audaz, valiente, ingeniosa y brava y, al mismo tiempo, uno de los animales más tiernos que he conocido en mi vida. Nunca puedo estar enfadada del todo con ella, independientemente de lo mal que ella y los suyos se porten a veces». Cuando hablaba de sus sentimientos hacia ella, Cynthia expresaba «amor y admiración». A lo que añadía: «No dejan de ser animales salvajes, pero nos aceptamos mutuamente y tenemos un cierto acuerdo sobre lo que es tolerable y lo que no».

Ahora bien, en general, cuando un elefante intenta transmitir lo que considera tolerable, la reacción del humano oscila entre el pánico y la violencia. Un día de enero de 1997, el Servicio de Fauna de Kenia recibió una queja porque un macho, con colmillos, había matado a una cabeza de ganado. El personal del servicio acudió al lugar de los hechos, donde había una familia de hembras con sus crías. Durante más de dos horas, intentaron echarlos de allí. Cuando por fin la matriarca se presentó para defender a los suyos, le dispararon hasta matarla. La matriarca era Tuskless.

Tuskless había salido en más de cien documentales de vida salvaje, era la elefanta más fotografiada de Amboseli y, según Cynthia, había suscitado más alegría y admiración en los visitantes que cualquier elefante salvaje del mundo.

–Es doloroso. Muchísimo más de lo que me habría podido imaginar.⁷

Mentes preocupadas

Esta mañana circula por el campamento un nuevo informe: afirma que en los últimos 10 años los cazadores furtivos han dado muerte a la friolera de cien mil elefantes africanos, es decir, que en los últimos 10 años África central ha perdido aproximadamente el sesenta y cinco por ciento de sus elefantes, y que están disminuyendo en todas partes.¹

Las cifras me dejan helado. La disparidad entre esa crueldad y estas simpáticas criaturas hermanas de las que me he enamorado anula mi capacidad de pensar. Es una cifra irracional, imposible de conciliar con el mundo que mi mente habita.

Katito me confirma el descenso vertiginoso.

—En los comienzos teníamos muchos machos grandes con marfiles grandes, grandes. Ahora son menos. No hay punto de comparación.

El marfil, el material blanco más oscuro. La matanza de elefantes despunta bruscamente de nuevo en toda África, la situación vuelve a ser la misma que antes de la prohibición del comercio de marfil a principios de los noventa. La opinión de Katito, que muchos comparten, es que, independientemente del *baby boom*, los elefantes lo van a tener muy difícil.

Los límites de este parque son porosos: los elefantes entran y salen. Los elefantes de Amboseli se marchan, los del Kilimanjaro llegan, todos van y vuelven de Tanzania, los machos de Tsavo se acercan. Puede que Tsavo sea un parque nacional, pero no es jauja. Los cazadores furtivos matan elefantes, los guardas forestales matan cazadores furtivos, los cazadores furtivos matan guardas forestales. En vista de que las patrullas están mejorando y los disparos revelan la ubicación, los cazadores furtivos han retomado el uso de

flechas envenenadas. En 2014, después de dos ataques con flechas envenenadas en un intervalo de tres meses contra el elefante vivo más grande de Kenia, un macho de nombre Satao, consiguieron hacerse con sus colmillos de 90 kilos. Fue como un magnicidio.

Pero si corren tanto peligro, ¿por qué no se cerca a los elefantes, se prohíbe el acceso a las personas y ya está?

–Eso no es conservación de la naturaleza. Es jardinería –afirma Vicki con actitud desafiante–. Y ni siquiera sabemos si los parques cercados funcionarían a largo plazo mejor o peor que un zoológico. No podemos permitirnos perder más; ya hemos perdido demasiado.

Un macho de Amboseli llegó hasta el lago Natron, a unos ciento treinta y cinco kilómetros en línea recta desde aquí. Son elefantes de verdad, a eso me refiero. Viven como los hizo el mundo, como están hechos para el mundo. Lo que está en juego es la propia realidad. Pero la realidad va cuesta abajo y sin frenos.

Muchos de estos elefantes deben de estar aterrorizados hasta la médula. Un estudio reciente demuestra que tras la pérdida de un líder, los supervivientes presentan altos índices hormonales de estrés durante al menos quince años, y dan a luz a menos bebés. De nuevo vemos como la muerte afecta a los que se quedan.²

Después de pasar treinta años trabajando con elefantes en África central, el biólogo Richard Ruggiero, a quien conocí en un curso de posgrado, afirma: «Se trata de un animal que de algún modo es consciente de que algo terrible le está pasando, una criatura muy sensible que sabe realmente que lo que está sucediendo es un genocidio».³

–Saben que aquí están más seguros –apunta Vicki–. Si algo malo ocurre fuera del parque, vuelven corriendo hasta aquí.

Se refiere a los que no han caído por el camino.

Aún dentro del parque nacional, nos acercamos a una zona de sobrepastoreo. Esto es obra del ganado doméstico. Varios jóvenes masáis morani, que actúan como guerreros y pastores, acompañan a su ganado y a sus cabras. Van

vestidos con *shukas* rojas y aún cargan con lanzas tradicionales, unos palos llamados *rungus* y unos cuchillos anchos o *simis*; llevan el pelo recogido hacia atrás, en las tradicionales trenzas largas, y adornado con cintas decoradas con aros metálicos.

Su paso ligero entraña un baile con la ley. En determinadas épocas y en lugares concretos se les permite conducir a su ganado para que abreve en el parque y, de vez en cuando, para que pasten. Ellos no hacen las normas, así que las respetan a la vez que las rompen. Los masáis traen a sus rebaños al parque para darles de beber cuando sus pozos se secan, unas veces legalmente y otras no. Alegan que los funcionarios no mantienen sus pozos como les prometieron. Otra fuente de tensión y de disputas.

En esta zona, el peligro más importante que los elefantes tienen que aprender a percibir son las gentes que pastorean en la zona: los masáis. Lo que resulta irónico. Parte de la ironía reside en que durante siglos de ocupación masái la vida salvaje prosperó a lo largo y ancho de inmensos territorios. Katito, que es masái, me ha recordado que los masáis no comen carne salvaje; los animales salvajes se consideran «el ganado de Dios». Por eso se ven animales salvajes en los territorios masáis. Y en efecto, durante mi primer viaje a África, en los años ochenta, me alojé con un amigo masái y caminé libremente por las colinas de Loita entre cebras, gacelas y ganado masái, dormí en una choza hecha de estiércol iluminada por una fogata, y por las mañanas me despertaba como en un sueño de la vieja África.

Feroces en la teoría y en la práctica, los masáis no toleraban a los cazadores furtivos de fuera y a menudo los desenmascaraban. De este modo, los masáis mantenían a raya la caza furtiva y a los elefantes de Amboseli relativamente a salvo (y relativamente libres para moverse) en comparación con los elefantes de muchos otros lugares.

Los masáis llegaron a ocupar una zona de casi mil kilómetros al sur de lo que hoy es el centro de Kenia hasta el centro de Tanzania.⁴ En 1904, para hacer sitio a los colonizadores europeos, la administración colonial británica obligó a los masáis a concentrarse en dos reservas, que constituían el 10 % de sus antiguos territorios. Después, en 1911, para hacer aún más sitio para los agricultores europeos, apiñaron a los masáis en una única reserva. Los

agricultores no estaban dispuestos a proporcionar espacio ni a pueblos tribales ni a familias de elefantes y trataban a ambos, básicamente, como plagas de sus cultivos.

Los masáis llevaban mucho tiempo coexistiendo con la vida salvaje. Las poblaciones autóctonas disminuyeron y se consumieron conforme los europeos fueron haciéndose con la tierra y matando a los animales. Fue entonces cuando la creciente presión europea para conservar la flora y la fauna autóctonas se centró en las tierras masáis, que albergaban las concentraciones más altas de animales en libertad de Kenia. Saboreemos la amarga ironía. En los años cuarenta, los británicos comenzaron a establecer cotos de caza que excluían a los masáis, lo que les cortaba el acceso a las fuentes de agua imprescindibles para su existencia. Después de que se les prohibiese acceder con su ganado a una zona central del coto de caza de Amboseli, en 1961, los masáis empezaron a atacar con lanzas a rinocerontes y elefantes en señal de protesta. Para los masáis, la conservación de la vida salvaje ha sido un legado siniestro de la injusticia colonial.

Y sin embargo, mientras los pastores ceden frente a los agricultores y las ciudades sustituyen por completo a los animales en libertad y su territorio, los masáis parecen cada vez menos el problema y más la razón por la que aquí queda algo de vida salvaje. Que el parque ingrese tanto dinero se debe a la gestión tradicional del territorio de los masáis.

–Date cuenta –me comenta Vicki indignada y con razón– de que nuestros elefantes pasan el 80 % del tiempo fuera del parque, en territorio masái. Aquí habrá unos cuarenta guardas forestales. Hay tres mil guerreros masáis.

Los elefantes tienen que salir del parque porque es demasiado pequeño para ellos. Los pastores vienen al parque cuando el agua escasea en sus tierras. Fuera, los elefantes se cruzan con los pastores. Dentro, también se cruzan con ellos. La terrible simetría de la existencia compartida. Tensiones opuestas con necesidades idénticas.

En opinión de Vicki, el futuro de los elefantes aquí estriba en garantizarles a los masáis la oportunidad de prolongar su custodia. Lo que no

significa que la relación de los masáis con los elefantes sea siempre pacífica. En los cuarenta años que se lleva desarrollando este proyecto de investigación, las lanzas masáis han acabado con la vida de varios cientos de elefantes.

Los masáis veneran y a la vez vilipendian a los elefantes. Creen que sólo los humanos y los elefantes tienen alma. En la cultura masái, a las futuras esposas que abandonan el hogar se les advierte de que no miren atrás; una de ellas lo hizo y así se convirtió en la primera elefanta. Por eso los pechos de las elefantas se parecen a los pechos humanos. Tradicionalmente, cuando los masáis encuentran los huesos de un humano o un elefante, colocan hierba sobre ellos en señal de respeto, algo que no hacen con ningún otro animal.

Durante siglos, la bien merecida reputación de los masáis por su ferocidad con la gente de fuera mantuvo estas tierras abiertas y llenas de vida salvaje. La buena noticia es que este lugar sigue siendo abierto y libre. La mala noticia: aun sin vallas, hay otras limitaciones que también encierran.

Gran parte del territorio masái se ha subdividido. Actualmente, a cada propietario masái le corresponden unas veinticinco hectáreas. La gente de fuera está comprándoles el terreno. Los vendedores masáis se van con el dinero, pero se quedan sin forma alguna de ganarse la vida. En cuanto salen de las tierras, compran cosas como motocicletas, que requieren un combustible costoso y no generan ingresos, como sí lo hacen las vacas, por lo que el nivel de vida de muchas personas está cayendo en picado. Se está creando un mosaico de subdivisiones con nuevos propietarios de cara a aumentar la agricultura y el turismo. Las explotaciones y los alojamientos, claro está, erosionarán el hábitat aún más e impedirán los desplazamientos de los animales salvajes. Es el sistema perfecto para hacer que las cosas salgan mal.

A la cultura masái originaria de poco le servía el negocio del marfil. Ahora, la falta de oportunidades unida a la promesa de dinero proveniente del marfil es

demasiado tentadora para algunos. La palabra *moran*, que se traduce normalmente por «guerrero», hace referencia a los hombres jóvenes a partir del inicio de la pubertad; durante varios años, por tradición, se convierten tanto en los defensores como en los agresores de sus comunidades tribales; son, básicamente, soldados. El aumento de la población genera una reserva de hombres jóvenes con poco que hacer. En esta situación, los elefantes pueden convertirse en objetos de sus protestas y de sus violentos desahogos. Por diversos motivos que van desde la venganza hasta la fanfarronería adolescente, pasando por la protesta política, los masáis a veces hieren a los elefantes.

Vicki empieza a hablarme de un elefante llamado Ezra.

–Lo trajimos hasta aquí en pleno *must* y lo primero que hizo fue acercarse al coche a saludar. Era un verdadero encanto de macho.

Adivinad adónde quiere ir a parar esta historia.

–En los 46 años que llevaba paseando por estas colinas, jamás molestó a nadie. No era un asaltacosechas...

Como protesta política, unos *morani* le clavaron siete lanzas.

–La gente lo siguió durante mucho tiempo, pero las heridas eran tan graves que realmente no se podía hacer nada. No hacía más que sangrar y sangrar sin parar. Hasta que... murió desangrado. Todas y cada una de las veces que paso por el lugar donde lo vi por última vez...

Pasan unos instantes de silencio. Observo a los elefantes de la ciénaga hacer sus cosas de elefantes.

–Fue por una falta de respeto hacia su comunidad –continúa Vicki–. Y lo que quiero decir es que... en este caso tienen razón.

Lo que ocurrió fue lo siguiente: la gente dijo que un búfalo había matado a un niño, y un funcionario del parque, que fue a estudiar una posible compensación económica, dio a entender que la familia había matado al niño por el dinero.

–La cuestión es que eso molestó muchísimo a la gente. Es algo muy insultante y ya está. Es decir... que los masáis son gente buena. Quieren a sus hijos tanto como cualquiera. Aquí las vidas humanas significan algo.

El funcionario no era masái, lo que dio lugar a un problema aún mayor de

agravio comparativo entre tribus.

El verano pasado, Vicki vio cómo trescientos morani llegaban al parque armados con lanzas en busca de animales, para atacarlos en señal de protesta.

–Presenciarlo fue algo escalofriante. Y estábamos aterrorizados porque si esos jóvenes pierden los papeles, es imposible hacer nada.

Con derechos, elefantes. Sin derechos, disfunción.

Por encima de todo, y razones no les faltan, los elefantes de Amboseli temen a los masáis. Salen corriendo despavoridos cuando ven o huelen a un masái a sólo medio kilómetro de distancia.⁵

Los elefantes reaccionan de forma distinta ante distintos tipos de humanos. Los investigadores Richard Byrne y Lucy Bates les mostraron a los elefantes de Amboseli tres clases diferentes de camisetas que habían sido utilizadas: por unos campesinos kambas, que rara vez interactúan con elefantes; por los masáis con sus lanzas; o por los propios científicos. Los elefantes sólo mostraron temor ante las prendas que habían llevado puestas los masáis. Así de bueno es su olfato, y su capacidad de reconocimiento. Y así de fuerte es su miedo a los masáis.

Puede que a los humanos no les resulte fácil oír las diferencias entre las voces de los elefantes. Pero los elefantes, además de identificar individualmente al menos a unos cien especímenes por sus voces, también son capaces de diferenciar las lenguas humanas. Un altavoz huele igual tanto si emite la grabación de personas hablando en masái como en inglés. Al oír las voces grabadas de los investigadores, los pastores masáis y los agricultores kamba, los elefantes sólo mostraron temor antes las voces masáis.⁶

Cuando los investigadores reprodujeron sonidos grabados de cencerros de vacas masáis ante más de una decena de familias de elefantes, se quedaron petrificados de inmediato, luego miraron al altavoz, después movieron la cabeza de lado a lado para ubicar con la mayor exactitud posible la procedencia del sonido, y a la vez levantaron la trompa para analizar el aire. Se acercaron unos a otros, se dieron la vuelta y se retiraron, por lo general a

la carrera, hasta a unos trescientos metros de distancia, donde se apiñaron todos juntos, protegiendo a los más jóvenes en el centro del grupo familiar. Cuando los investigadores reprodujeron sonidos grabados de ñus, los elefantes rara vez o ni siquiera se detuvieron; ninguno se volvió hacia la dirección del sonido. Así de bien entienden su mundo.

Un cerebro grande no es necesariamente imprescindible para ciertas capacidades mentales de alto rendimiento. (Véase el cuervo, por ejemplo, un cerebro diminuto y una mente asombrosa.) Sin embargo, los elefantes sí que cuentan con cerebros muy grandes, incluso más grandes de lo que se esperaría en proporción al tamaño del cuerpo y en comparación con la mayoría de los mamíferos.⁷ Los cerebros de los elefantes son simplemente más grandes que los de cualquier otro animal terrestre. Las neuronas piramidales de los elefantes, que en parte posibilitan el control motor, el conocimiento, el reconocimiento y otras capacidades, son más grandes que las de los humanos y están estructuradas para realizar muchas más conexiones. Esto puede ser la causa de su alto nivel de capacidad memorística y de aprendizaje. Y una de las cosas que los elefantes nunca han dejado de aprender ni de recordar es que no todos los humanos son iguales y que algunos de ellos son peligrosos.

La trompa de este elefante muestra una herida de lanza recién curada. Duele demasiado sólo de pensarlo.

–Tiene mejor aspecto –evalúa Vicki. Ha estado perdiendo fluido–. Los elefantes a veces matan a personas –me recuerda–. Algunos elefantes odian a las personas, sin más, y aprovecharán cualquier oportunidad para hacerles daño.

Le pregunto por qué.

–Algo malo debió de ocurrir. No puedo imaginarme que un elefante que no haya tenido una interacción negativa con ellas las odie.

De los elefantes que hay aquí, ¿qué proporción ha experimentado o sido

testigo de episodios de violencia humana hacia los elefantes?

–Hmm... –Vicki se queda pensando–. Todos los miembros de los AA mayores de diez años han experimentado la pérdida de un miembro de su familia a manos de los humanos. Y eso que los AA ni siquiera salen realmente del parque. Los JA tampoco salen del parque, pero ese gran agujero en la oreja de Jackson es de una lanza. Los EB, los EA... ¿Sabes? Ahora que lo pienso, todas y cada una de las familias han tenido algún episodio negativo y violento con humanos.

Eso significa que han sido testigos de un ataque humano y han experimentado el pánico. Algunos han sentido el dolor de la herida.

Y de vez en cuando, cuando los elefantes tienen la oportunidad de volver las tornas, lo hacen. A pesar de que la forma de vida masái está cambiando, muchos de ellos siguen siendo pastores que se ganan la vida con las vacas. Fenella, una elefanta, las mataba. Desapareció.

¿Por qué mataría un elefante a una vaca?

Los elefantes nunca matan burros. Las dueñas de los burros son mujeres. Y las mujeres nunca acompañan a sus burros al monte; a los maridos no les gusta (me figuro que por motivos de seguridad para sus mujeres). Por lo que los burros simplemente deambulan por su cuenta y luego regresan. A las vacas, sin embargo, las acompañan al monte hombres o niños. Algunos pastores tienen unos nueve o diez años. Puede que ni siquiera vean elefantes por el camino. La sorpresa es desagradable. En la estación seca, los masáis conducen a sus vacas hasta los últimos restos de agua. La tensión se desata cuando los pastores intentan apartar a los elefantes de los abrevaderos.

De esto se deduce que los hombres inducen al ganado al enfrentamiento con los elefantes. Los hombres hacen saltar la chispa. Si te ves acosado una y otra vez por los humanos siempre que hay vacas de por medio, puede que éstas acaben por no gustarte. A veces un elefante hace patentes sus reparos, y puede que la respuesta sea una lanza voladora, lo que hace que los elefantes contraataquen y maten más vacas y más hombres. La venganza y las represalias se repetían en ciclos y estallaban igual que una guerra tribal, sin solución posible.

Excepto el dinero. Porque para los masáis, las vacas son dinero. En la

actualidad, los masáis de los alrededores de Amboseli pueden recibir un pago de consolación que saca convenientemente a los elefantes del ciclo de venganzas. El objetivo es armonizar a los masáis con los elefantes. Ahora se disparan muchas menos lanzas a estos elefantes. ¿De dónde sale ese dinero? Donativos. Haz un donativo por internet.

Más tarde, ese mismo día, nos topamos con una gran manada de elefantes que abandona el humedal al final de la jornada, desfilando por las llanuras bañadas por la inclinada luz dorada del sol, para pasar la noche en otro lugar. Como intuimos y constatamos claramente, su principio fundamental de autonomía es simplemente «vive y deja vivir». La actitud de los elefantes ante la vida es más humilde que la nuestra. Son como la gente pobre, como los miembros de las tribus. Le exigen menos al mundo. Necesitan menos de él. Viven en mayor consonancia con el resto de su mundo.

Mientras otros cientos de elefantes atraviesan lenta y pesadamente las polvorientas llanuras hacia las colinas lejanas, una familia, por alguna razón, sigue espurreando agua y revolcándose en una charca profunda de exuberante vegetación alimentada por un manantial. Quizá se lo estén pasando demasiado bien para marcharse.

Se sumergen como hipopótamos y expulsan chorros de agua como ballenas; se revuelcan, salpican y se abren camino bajo el agua dejando sólo sus cuartos traseros a la vista. Sacan sus trompas como periscopios para tomar aire y se mueven como submarinos negros.

Después de un rato, avanzan en fila india hacia una orilla más lejana y emergen relucientes y húmedos, como los coches de un túnel de lavado. Pero una de ellos ni siquiera ha entrado aún. Sigue en la orilla con su bebé. El bebé está indeciso. La madre tiene paciencia; toca el agua con la trompa, pero espera. Finalmente ella entra en el agua. El bebé la sigue, se sitúa al lado de su madre y, para apoyarse, enrolla la trompa alrededor del colmillo de ella. Al cabo de poco tiempo, el bebé flota en el agua, y la madre lo guía con la trompa.

Ébano y marfil

–No puedo decirles «este hombre está escribiendo un libro, tratadlo bien» – explica Julius Shivega–. Te considerarán buena persona si eres buena persona. Si te quieren, te querrán sólo por lo que eres.

El más joven acerca su trompa diminuta a la boca de Julius. Normalmente, la cría lleva la trompa a la boca de su madre para aprender, por los alimentos que ella esté masticando, el aroma de las plantas nutritivas que no son peligrosas. La pregunta «¿qué comes?» se convierte más tarde en el típico saludo de trompa con boca de los elefantes, tal vez algo similar al beso humano. Julius coge la pequeña trompa y sopla dentro, jugando. La cría deja la trompa totalmente lacia: en un elefante, es el equivalente a un cachorro que se pone bocarriba para que le acaricies la barriga. Julius lo complace y le frota la trompa con energía entre las palmas de las manos, como un panadero moldeando un trozo de masa para hacer una barra de pan.

A la cría a la que masajea la trompa la encontraron con dos semanas de vida junto a su madre, herida de muerte. Hay otra con marcas de machete. Y luego está Quanza, la única superviviente de la célebre familia fotografiada de Amboseli. Al tener más de un año en el momento del ataque, el cerebro de Quanza registró la impronta del terror y la confusión.

–Sigue estando muy inquieta –aduce Julius para explicar su tendencia a ir dando empujones con su peso gallo–. Si están afligidos o de luto, es algo que se ve. Cuando juegan felices y contentos, también se nota.

Siendo todos huérfanos del marfil, estos pocos afortunados han sido rescatados y trasladados hasta aquí, a la fundación Sheldrick, en Nairobi. Son lo bastante jóvenes para perdonarnos, y por tanto más jóvenes de lo que yo

jamás volveré a ser. Aunque nosotros también somos capaces de esto: los conducimos hasta el monte para que hagan ejercicio cada día, los llevamos entre las colinas y los valles de una segunda oportunidad.

En los años sesenta, Iain Douglas-Hamilton descubrió, en el bosque profundo, un sendero suavemente apisonado de al menos tres metros y medio de ancho.¹ Puede que tuviese miles de años. Los caminos de elefantes en algún momento conectaron todo el continente, de manantial en manantial. Cuando aparecimos los humanos, seguimos los caminos hechos por los elefantes a lo largo y ancho de África, y cuando nos llegó la hora de aventurarnos más allá, probablemente también lo hicimos viajando por estos senderos. Ahora, la mayoría de estas antiguas calzadas han caído en el olvido. Cuando los elefantes sobreviven, se aferran a islas de hábitats incomunicados con otras poblaciones. Llevan siglos viviendo bajo asedio.

En el ocaso del Imperio romano, los elefantes habitaban toda África. Pisoteaban de acá para allá, desde las orillas del Mediterráneo hasta el cabo de Buena Esperanza y desde el océano Índico hasta el Atlántico, salvo por el rombo más inhóspito del Sáhara. Imagina ahora una goma de borrar gigantesca con un mango de marfil. Hace un milenio, los elefantes ya habían sido borrados del norte de África. Durante el siglo XIX, los elefantes del sur de África se vieron separados y aislados, y la mayoría de las bolsas de población fueron aniquiladas de varias pasadas. Los elefantes de la costa de África oriental también fueron eliminados. Un escándalo vergonzoso. Para cuando comenzó el siglo XX, la mayoría de los niños nacidos en África oriental ya habían olvidado al animal que jamás olvida. Las décadas de 1970 y 1980 trajeron la tormenta perfecta: densidades crecientes de población humana, armas cada vez más letales, fuerte aumento del precio del marfil, mercados internacionales en expansión y gobiernos que lo empeoraban todo.

Durante los dos últimos millones de años, más de una decena de especies de elefantes distintas trazaron surcos a través de diferentes zonas de la Tierra. Tiempo ha, unos elefantes de menos de un metro de alto vivieron en la isla mediterránea de Malta, y un mamut pigmeo habitó lo que son ahora las islas del Canal de California.² En Indonesia, el dragón de Komodo probablemente evolucionó para alimentarse de los elefantes pigmeos de dos especies que vivían allí antes de que los primeros aventureros humanos los exterminaran.³ En los continentes, los elefantes se hicieron mucho más grandes que los depredadores, creciendo tanto que ya no tenían necesidad de esconderse. El tamaño les resultaba muy útil. Pero cuando el depredador de depredadores levantó los nudillos de la tierra, los elefantes pudieron ocultarse con facilidad. Los humanos aprendieron a cazar elefantes, y a algunos se les daba demasiado bien. En lo que hoy es la República Checa, un campamento de cazadores de mamuts situado estratégicamente en el estrecho punto intermedio entre dos cordilleras montañosas llegó a acumular los restos de novecientos mamuts.⁴ Los últimos mamuts se extinguieron en el Ártico hace tan sólo cuatro mil años; los egipcios ya habían erigido las grandes pirámides.⁵ En la Alaska ártica, una vez vi a una niña iñupiat que transportaba un pequeño colmillo de mamut ennegrecido por el tiempo que había aparecido en la ribera del río. A pesar de que las generaciones más recientes del Ártico no puedan ni mucho menos imaginarse un mamut, jamás han dejado de codiciar su marfil.

Siempre que el elefante se ha encontrado con el hombre, el animal ha salido mal parado. Los últimos ejemplares de Siria fueron exterminados hace más de dos mil quinientos años; los elefantes habían desaparecido de gran parte de China literalmente antes del año 1, y de gran parte de África antes del año 1000.⁶ Mientras tanto, en India y el sur de Asia, los elefantes se convierten en monturas de reyes; tanques contra fortalezas, verdugos de prisioneros y almohadillas de flechas, enloquecidos en la batalla; los elefantes se convierten en camiones y *bulldozers* madereros y, como en el caso de otros esclavos, sus trabajos forzosos exigen palizas y abusos. Desde la época

romana, los humanos han mermado la población de elefantes de África tal vez al noventa y nueve por ciento. Los elefantes africanos han desaparecido del 90 % de las tierras por las que deambulaban hasta el 1800, cuando, no obstante las pérdidas anteriores, se calcula que veintiséis millones de individuos seguían pisoteando el continente.⁷ La cifra actual es de quizá unos cuatrocientos mil. (La disminución de elefantes asiáticos a lo largo de la historia es muchísimo peor.) La colección de animales salvajes del planeta se ha convertido en algo parecido a las esquirlas de un cristal roto; estamos triturándolas hasta hacerlas cada vez más y más pequeñas.

El principal mensaje en botella de los elefantes: la vulnerabilidad. Las élites romanas demandaban tanto marfil que, en el año 77, Plinio *el Viejo* dio la voz de alarma respecto al número menguante de elefantes en el norte de África, ya que «la demanda de artículos de lujo ha agotado todos los que había en nuestra parte del mundo».⁸ Durante siglos, antes de las primeras armas de fuego, las poblaciones de elefantes del norte de África se vieron mermadas. Después, durante más de mil años, los comerciantes árabes navegaron en *dhow*s por toda África oriental para hacer trueques con marfil y humanos en cautividad. A principios del siglo XV, las cifras de elefantes se habían reducido a lo largo de la costa oriental africana y las rutas del marfil penetraban cientos de kilómetros hacia el interior.⁹ Cientos de años más tarde, el siglo XIX trajo la Revolución Industrial, cuyos volantes y engranajes y máquinas accionadas por correas produjeron peines, palillos de dientes, botones, bolas de billar, utensilios de afeitado, tabaqueras, asas de ollas, transmisores telegráficos, marcos de espejos y millones de teclas de piano, todos ellos de marfil, para los que los cazadores mataron a millones de elefantes. Para la nueva clase media, lo precioso se transformó en prosaico a la vez que el marfil funcionaba como el plástico de la época.

La propia palabra «marfil» distancia y oscurece su fuente, el elefante; el marfil es un material, y también un color, como jade u oro. Su equivalente en inglés, *ivory*, también se utilizó para bautizar un jabón con un «99 y 44/100 de porcentaje de pureza», como rezaba su eslogan. La palabra «marfil» logra

una disociación lingüística que no consiguen términos como «cuerno de rinoceronte», «hueso de tigre» o «aleta de tiburón». No se llama «diente de elefante». Tal vez sea ésa la razón por la que el marfil hay que explicarlo.

«El hueco de mi mano estaba aún lleno con el marfil de Lolita –escribió Nabokov–, con la sensación de [...] una sensación deslizante, con suavidad marfileña–, de su piel bajo la tela delgada».* El marfil está cargado de metáforas sexuales para la tumescencia blanca femenina, pero para las mujeres de pechos de ébano, el marfil no era más que otra forma de tormento. Antes del siglo XVI, los europeos ya habían industrializado por completo la comercialización de seres humanos y, durante siglos, la esclavitud y el marfil convivieron en la mayor de las miserias. Los comerciantes que llevaban el marfil a las damas de los salones traficaban tanto con colmillos como con humanos. Al mismo tiempo, África sangraba literalmente para suministrar marfil y esclavos mientras las poblaciones de elefantes se venían abajo y los esclavistas despoblaban enormes zonas de humanos. Con el tiempo, para llegar hasta una aldea de cualquier tamaño, era necesaria una caminata de tres semanas hacia el interior.¹⁰ Los humanos capturados eran obligados a caminar con el marfil capturado hasta los puertos costeros, donde ambos se cargaban en los barcos. Y el marfil era más valioso y recibía mejor trato que los humanos obligados a acarrearlo.¹¹ En 1844, durante su travesía hasta Zanzíbar, un tal Michael Shepard anotó para su padre en Salem, Massachusetts: «Es costumbre comprar un colmillo de marfil y un esclavo para que lo lleve hasta la costa».¹² En el siglo XIX, los colmillos solían pesar más de treinta y cinco kilos cada uno.¹³ (Hoy día los colmillos presentan de media un tercio de ese peso.¹⁴ Los más grandes jamás registrados, de un elefante gigante cazado en 1898 por un esclavo en las laderas del Kilimanjaro, no muy lejos de Amboseli, pesaron más de doscientos kilos el par.¹⁵ En una foto, cada colmillo, de más de tres metros de largo, hace parecer enanos a dos hombres.)

Las crueldades que todo aquello implicaba desafían a toda lógica.

Todavía en 1882 (con la esclavitud ya abolida o limitada en muchos países), en lo que ahora es Tanzania, el misionero británico Alfred J. Swann fue testigo de una imagen truculenta: grupos de seres humanos encadenados unos a otros, con los cuellos sujetos a las horquillas de unos postes de alrededor de dos metros de largo, que transportaban colmillos de elefante. «Las mujeres, que eran tan numerosas como los hombres, cargaban con bebés a sus espaldas, además de un colmillo de marfil... Los pies y los hombros eran una amalgama de llagas abiertas, cuyo dolor se agravaba por las moscas que seguían la marcha y vivían de la sangre que brotaba... un retrato de la miseria más absoluta.» Horrorizado, tras preguntarse en voz alta «cómo siquiera uno había sobrevivido a la larga caminata desde el Congo superior, a al menos mil seiscientos kilómetros de distancia», encontró la tranquilizadora respuesta del cacique: «Sí, muchos han muerto». Swann le comentó que muchos parecían no estar ya en condiciones de soportarla carga. El cacique respondió con una sonrisa: «¡No les queda otra! Deben seguir, ¡o morir!». Le explicó que los negreros mataban a los enfermos, porque, como era lógico, «si no lo hiciésemos, otros fingirían estar enfermos para no tener que transportar sus cargas. ¡No! Jamás los dejamos vivos». Pero, inquirió Swann, «¿y si las mujeres están demasiado débiles para cargar con su hijo y...?». Como si las prioridades de Swann le pareciesen ridículas, el cacique respondió: «No podemos abandonar el precioso marfil por el camino. Acuchillamos al niño y aligeramos su carga. Lo primero es el marfil».¹⁶

Luego, el marfil y los esclavos eran transportados por mar hasta Zanzíbar, donde se vendían. Los esclavos, apuntó Michael Shepard, eran «desembarcados de la misma forma que un cargamento de ovejas [...], los muertos eran lanzados por la borda para que la marea los arrastrase mientras se hundían y [...] los nativos llegaban con palos y los empujaban desde la playa».¹⁷

Con el tiempo, los barcos de esclavos arriaron las velas por última vez. La caza del marfil ya había exterminado a los elefantes de casi toda África.¹⁸ La demanda de marfil continúa, ahora peor que nunca. Durante varios miles de

años, el *modus operandi* del negocio del marfil ha sido la exterminación. La historia de los elefantes en nuestra época se resume en: aniquilación a causa del marfil y hacinamiento dentro de refugios a causa de la expansión humana. Son refugiados. Y debido al marfil, no están seguros en los refugios. Y debido a la expansión humana, ningún refugio es seguro a largo plazo.

Unos quinientos kilómetros al norte de Amboseli a vuelo de busardo augur, el vasto paisaje atemporal de la reserva nacional de Samburu comienza en una sórdida ciudad llamada Archer's Post. Entre quienes la consideran su hogar se cuentan un puñado de delincuentes que trafican con el marfil y un tropel de pobres de solemnidad dedicados al pastoreo de cabras, muchos de los cuales viven en chabolas hechas de ramas dobladas, acolchadas con restos de plástico y bolsas de basura aplastadas. Una pobreza que abrumba con sólo mirarla. Es obvio que no tienen nada que puedan compartir con los elefantes ni con nadie más. Desde los albores de la humanidad hasta tiempos muy recientes, África ofrecía espacio suficiente para la coexistencia. Con el aumento vertiginoso de las cifras de humanos, los elefantes pierden puntos de apoyo. Son muchas las personas que pierden todo lo demás: las oportunidades, las posibilidades, la dignidad... Todas las representaciones del arca de Noé muestran a los elefantes a bordo, a salvo junto a los humanos. Una metáfora muy apropiada; la mayoría de los animales del mundo se ven inundados bajo una marea creciente de personas. Los pobres van en el mismo barco. Toda la gente que conozco es amable, los niños, atentos, con los ojos abiertos como cachorros. Unos jóvenes samburu armados con lanzas, palos y grandes cuchillos planos en sus cinturones se acercan para dedicarme una sonrisa resplandeciente y estrecharme la mano entre las suyas. Unos preguntan si hay leones y elefantes en mi país, o se interesan educadamente por cuánto ganado poseo (y se quedan horrorizados, aunque educadamente, ante la desconcertante pobreza que indica mi respuesta). Son como yo en todos los aspectos, pero a ellos les ha fallado la suerte, y es tan poco probable que ellos escapen de la suya como que yo pierda el derecho a la mía.

Samburu, como Amboseli, es uno de los pocos lugares donde los

elefantes todavía pueden vivir sin sentirse absolutamente dominados por una emoción: el miedo a los humanos. Pueden seguir viviendo sus vidas dentro de un completo abanico de emociones. Pero el miedo también está presente. Demasiado.

Por la tarde, el aire sabe a polvo. Se posa en todas partes, por lo que una de las cosas que compartes con los elefantes es estar siempre ligeramente envuelto en la tierra hostil de este último reducto hospitalario.

Shifra Goldenberg lo matiza, es más bien neutral y, mientras el polvo se disipa, explica que aquí, en Samburu, los nombres que los investigadores les ponen a las familias de elefantes son temas en vez de letras. Así, por ejemplo, la familia que avanza por encima de la margen del río tiene nombres de poetas famosos.

–Esta familia se ha visto muy afectada por la caza furtiva –me informa Shifra–. Todas las hembras de edad avanzada están muertas.

Emily Dickinson, que vivió hasta los cincuenta y cinco años, está muerta. Virginia Woolf, Sylvia Plath: muertas. Alice Oswald sigue viva. Maya Angelou, muerta... Aquí y ahora están presentes y se sabe de la existencia de 11 miembros vivos de la familia, pero la actual matriarca, Wendy Cope, no está. Su cría de cuatro años... tampoco.

A Wendy ya le han disparado otras veces. A sus dos jovencitos también. El veterinario los sedó y los trató. Wendy y uno de los jóvenes se recuperaron. Los investigadores, junto a los elefantes, vieron agonizar a su otro hijo durante dos semanas.

Wendy lleva un collar que establece su ubicación con exactitud. Hace dos días, Wendy condujo a toda su familia hasta la «reserva» nacional de Shaba, a unos veinticinco kilómetros; Shaba se ha convertido en un lugar peligroso para los elefantes. Y no del todo seguro para los cazadores furtivos. Hace no mucho tiempo, los guardas forestales del Servicio de Fauna de Kenia dispararon e hirieron de muerte a dos cazadores furtivos. Ahora la familia de Wendy ha regresado aquí, pero sin Wendy, y parecen alterados; de sus glándulas temporales brota una cantidad inusual de flujo, lo que indica que se enfrentan a mucha agitación. Ni van al agua ni comen, tan sólo se mueven de

un lado para otro por encima de la margen del río.

Shifra llama por teléfono a Gilbert Sabinga a nuestro campamento de Samburu. Nos cuenta que intentará acceder a la señal del collar de Wendy. Esperamos. Shifra es un estudiante de doctorado que analiza los efectos de la caza furtiva en la vida social de las familias de elefantes. Gilbert trabaja para la organización Save the Elephants, de Iain Douglas-Hamilton.

Los collares nos hablan de viajes invisibles. Un macho recorrió doscientos cincuenta kilómetros en cuatro días, principalmente a través de tierras de labranza, viajando sólo de noche y ocultándose de día. Por lo que parece, sabía muy bien que transitaba terreno peligroso.

En la década de 1980, con veintitantos años, mi amigo de la infancia Richard Wagner, nuestro amigo masái Moses ole Kipelian y yo nos topamos con Samburu tras un viaje largo, y a veces más peligroso de lo esperado, a través del desierto de Chalbi. Samburu parecía eterno, un auténtico vestigio del África más salvaje. Con el sol ya escondido, montamos a toda prisa nuestra precaria tienda de campaña y pasamos la noche escuchando los rugidos de los leones, acostados pero durmiendo poco. Fuera de los parques y las reservas, veíamos abundantes manadas de antílopes, cebras, jirafas que vagaban en libertad...

Llegar hasta aquí no fue ningún paseo; fue toda una expedición. Ahora es distinto. Desde los terrenos arrasados por las cabras al sur de este parque hasta la población de Isiolo, cuyas calles están todavía más atestadas de cabras, basura, pobres sin rumbo y desempleados explotados, siguiendo hacia el sur hasta donde en su día trotaron gacelas, kudúes y las sombras doradas que los seguían, la tierra luce ahora una capa de maíz y brillantes campos amarillos de mostaza, que se extienden sobre las firmes curvas de las colinas cultivadas. A los elefantes les resultaría igual de fácil vivir ahora allí que deambular por Iowa, cuyos propios bisontes que oscurecían la tierra y cuyas nubes de palomas migratorias que tapaban el sol, junto con los nómadas armados con lanzas, son hoy igual de irrecuperables que los elefantes y los antílopes de esta tierra rota. Desde el principio de los tiempos hasta hace un instante, donde ahora ondea el trigo hubo un mundo. ¿Con cuánto del mundo nos conformamos? Es probable que los humanos y los elefantes contesten a

esa pregunta de distinta forma. A mí me basta con la respuesta de los elefantes.

Gilbert por fin devuelve la llamada. Hay un problema. El informe del collar de Wendy programado para las nueve de la mañana nunca se recibió. Sí se recibieron los informes de todos los demás collares.

Varias camionetas de turistas aparecen de refugios cercanos, a empujones para obtener las mejores vistas de la familia de Wendy. Clic, clic, clic, disparan las cámaras. Estos disparos anodinos son lo único que compite económicamente con la matanza de elefantes. Benditos sean los turistas.

Llegan David Daballen y Lucy King. De palabras suaves y mente perspicaz, David, alto, robusto y políglota, de etnia samburu, es el responsable de campo de Save the Elephants. Lucy trabaja para reducir la conflictividad entre los nativos y los elefantes y ha investigado con resultados brillantes de qué forma los agricultores pueden sacar partido a la fobia que los elefantes les tienen a las abejas para reducir los enfrentamientos con los nativos a la vez que se obtienen nuevos ingresos gracias a la miel. Lucy hace una llamada para corregir el fallo en el informe de las nueve de la mañana. Todo el mundo está tenso. De repente Lucy suelta: «Por el amor de Dios», y me preparo para lo peor. Pero es sólo que el servicio de atención al cliente de su proveedor de internet la mantiene a la espera por enésima vez. Víctima de la frustración, cuelga el teléfono. Nadie dice nada. «Resulta un poco preocupante», comenta finalmente Lucy, dando muestra de la más moderada sutileza británica.

A través del teléfono móvil, informan ahora a David de que dos hombres armados han estado disparando en los humedales de Attan con la intención de arrear a un grupo de elefantes fuera del agua, hasta un lugar donde pudiesen matarlos. Los elefantes entraron en pánico y unas aldeanas que estaban en sus parcelas de cultivo, al ver la estampida de elefantes, comenzaron a chillar. Por la conmoción de David, mientras intenta escuchar y a la vez transmitir la situación, deduzco que los elefantes han huido hacia el norte, hacia aquí.

David y Lucy deciden seguir adelante por la ribera del río mientras que

Shifra y yo nos quedamos donde estamos.

Unos minutos más tarde, suena el teléfono de Shifra.

Es Lucy. Han encontrado a Wendy en la zona donde un pequeño arroyo, el río Isiolo, desemboca en el Ewaso Ng'iro, el río principal, dentro de la reserva nacional de Buffalo Springs. La elefanta está bien.

Casi puedo oír como nuestros cuerpos se relajan de alivio. Cuando nos encontramos con David y Lucy, el collar de Wendy ya vuelve a enviar datos y Lucy nos muestra sus desplazamientos en un ordenador. Anoche, el grupo de Wendy, que se encontraba a unos veinticinco kilómetros de distancia, de repente regresó derecho hasta aquí, sin parar. Lucy nos muestra el mapa y nos cuenta:

–Mirad cómo se mueven para salir de la reserva. Esta zona pantanosa es muy exuberante, por eso les gusta; es ahí donde han estado. Y ahora mirad aquí, entre las doce de la noche y las tres de la mañana; están bordeando la aldea. Es territorio peligroso.

Hay viviendas humanas, granjas...

–La zona perfecta para la caza furtiva –apunta David.

–Mira cómo avanzan a toda velocidad, salen literalmente por patas.

Ahora, a la orilla del río, observamos en directo durante dos horas cómo dormita la familia de Wendy, sin apenas mover un músculo. Deben de estar agotados después de la estresante incursión de anoche en busca de comida. Finalmente se meten muy poco a poco en el río, beben, lo cruzan y desaparecen en la orilla opuesta. Lo efímero de los elefantes. Seguirlos es sorprendentemente difícil, comprenderlos es un reto, amarlos es fácil, matarlos es fácil. Perderlos también.

Hoy, el personal de Save the Elephants y el Fondo Mundial para la Conservación de Disney han patrocinado una excursión para llevar a los niños de Attan, una aldea cercana, paraíso de cazadores furtivos, hasta la reserva nacional de Samburu para que puedan ver a los elefantes. El aula: paredes de madera comidas por las termitas, suelos de tierra y mesas rudimentarias que hacen las veces de pupitres para grupos. Los niños:

escuálidos, con piernas como alambres.

Las sonrisas de esos niños muestran una lección sobre la gratitud que no se encuentra en los libros de texto. Y un reto para nuestra humanidad. La mayoría de ellos crecerá sin ninguna habilidad comercializable en un mundo sin oportunidades. Las guerrillas tribales y la caza furtiva se cuentan entre las pocas oportunidades a las que estos muchachos podrán acceder. A las mujeres indefensas siempre les quedará el sexo.

Aunque viven a menos de ocho kilómetros de la reserva de Buffalo Springs, aunque la aldea de la escuela funciona de base para la caza furtiva, aunque las granjas colindantes constituyen un peligroso corredor para los elefantes que viajan todos los días desde la reserva hasta las zonas pantanosas de la periferia, y aunque los elefantes y los campesinos tienen conflictos en esa zona, es la primera vez que la mayoría de los alumnos, e incluso el maestro, ven un elefante. Hoy, en la reserva, se les ofrece la oportunidad de verlos dándose un baño de barro.

Cuando se les pide que escriban una redacción sobre los elefantes, la mayoría de los niños expresa su miedo a estos animales y su enfado por el daño que han causado. ¿Hay al menos una cosa de los elefantes que les guste? Sí, lo que les gusta es que los elefantes significan dinero, de los turistas y del marfil. ¿Cómo hacerles darse cuenta de que es imposible tener los dos durante mucho más tiempo?

Anoche, unos leones lejanos me transportaron desde un sueño profundo hasta un lugar más original. La imponente resonancia de sus rugidos, *groooooaaaarrrrr*, *groooooaaaarrrrr*, *grrrrr*, *grrrrr*, *hmpffff*, reavivaron a las ranas del río, que habían enmudecido tras su croar vespertino, y volvieron a cantar en coro. Al descubrirme vivo de algún modo en un planeta cuyas rocas, cuyo polvo y cuyas aguas lograban dar voz a tales afirmaciones enfáticas de medianoche, saboreé sus exaltaciones sublimes y sus crudos terrores. Me hacen falta palabras para contarlo, pero la experiencia exigía no articular palabra. Empujado hasta una consciencia onírica mientras las voces susurraban desde la ladera del monte, negra como la noche, hasta la orilla del

río y a través de mi cerebro, pude escuchar sin el torrente habitual de distracciones propiciadas por pensamientos y valoraciones atenuantes. Los sonidos se dibujaron de inmediato en mi mente, que capturó imágenes de lo que oía y, con la ayuda de mi subconsciente creativo, experimenté una fuerte respuesta emocional, es decir: percibí los sonidos plenamente; los comprendí de forma directa.

Esta mañana, a lo largo del río y en los árboles por encima del campamento, los monos están ocupados en asuntos urgentes mientras nosotros disfrutamos del desayuno. Unos cercopitecos verdes macho muy dandis lucen sus testículos azul pálido, mientras que las hembras se aferran a las crías, que se quedan mirando con ojos como platos a un mundo maravilloso y más peligroso de lo que aún se imaginan, más inverosímil de lo que alcanzamos a entender. Nuestros compañeros primates. Un conocido buceso, siempre al acecho, calcula pacientemente el momento exacto en que todos estemos observando a los monos para, en ese instante de descuido, lanzarse en picado. Veo cómo una tortita emprende el vuelo. ¿Sabes a qué se parece un buceso que escapa volando con una tortita? A mí me recuerda a la nave *Enterprise*.

La llamada de este domingo por la mañana llega unos minutos más tarde; David Daballen se levanta para contestarla y se aleja de la mesa mientras habla. Regresa de inmediato y anuncia:

–Otro elefante, al borde de la carretera al otro lado del río, lo acaban de encontrar muerto.

Es increíblemente cerca, a menos de unos cinco kilómetros.

–Las cosas nunca han estado tan mal como ahora –murmura David–. Vamos en la dirección equivocada.

En los últimos 45 días, los cazadores furtivos han matado 27 elefantes en un radio de unos treinta kilómetros. Esta semana, casi un elefante al día. Pero a pesar de esta reciente vorágine de caza furtiva, hasta ahora no habían matado a ningún elefante tan en el interior de la reserva, tan cerca de los alojamientos turísticos y de nuestro campamento de investigación.

David y yo vadeamos el río. Qué importan los cocodrilos.

–Aquí no atacan a los adultos –me tranquiliza David–. Sólo a veces a los

niños.

David tiene un vehículo al otro lado, en la reserva nacional de Buffalo Springs. Nos subimos. Alrededor de mil elefantes (ahora varios menos por semana) utilizan las reservas de Samburu y Buffalo Springs. Pero estas reservas, como casi todas las demás en África, son demasiado pequeñas. Como en Amboseli, los elefantes se mueven constantemente entre los comederos y abrevaderos tradicionales, pero sus antiguas y probadas costumbres ya no les garantizan la supervivencia. Fuera de las reservas, se topan con los problemas resultantes de la expansión de las aldeas y los cazadores furtivos. Dentro, se topan con los cazadores furtivos de las aldeas. Con los precios del marfil disparados hasta máximos sin precedentes, las perspectivas de futuro de los elefantes se han desplomado hasta mínimos sin precedentes.

Al volante, con aspecto triste, David me sobresalta cuando dice:

–Los cazadores furtivos no son más que jóvenes sin educación. Son tan inteligentes como nosotros; hay gente malvada que los utiliza porque no tienen nada que perder, excepto sus vidas.

El marfil tiene que ver con la pobreza, la rivalidad étnica, el terrorismo y la guerra civil. Dirigiendo gran parte de todo esto, desde la sombra, hay personas despiadadas –criminales, funcionarios del Gobierno corruptos, Gobiernos oficiales– que están minando las poblaciones de elefantes para financiar un conflicto despiadado. Y al igual que los diamantes de sangre, la sangre de los elefantes engrasa la maquinaria de la sangre humana. El marfil manchado de sangre ha estado ayudando a financiar el grupo guerrillero paramilitar Lord's Resistance Army [Ejército de Resistencia del Señor] de Joseph Kony, los asesinos yanyauid de Sudán y probablemente el grupo terrorista Al Shabab, perteneciente a Al Qaeda. Alimentando todo esto está la mera ambición del consumidor por unas tallas de las que podría prescindir literalmente. Por lo que cuando se habla de marfil no se habla sólo de elefantes. Todo sería mucho más simple si así fuese.

Pero por supuesto, cuando se habla de marfil también se habla de elefantes. De elefantes que son inteligentes, sensibles y sociales, que viven con sus familias y necesitan a sus madres. Desde unos diez millones de

elefantes a inicios del siglo XX, hasta unos cuatrocientos mil y lo que está por venir, la población de elefantes en África cuenta hoy aproximadamente con cien individuos menos que ayer.¹⁹ Durante la crisis del marfil de la década de 1980, Cynthia Moss calculó que 80.000 elefantes pasaban cada año por la trituradora de marfil.²⁰ Tanzania perdió la friolera de 236.000 elefantes. A mediados de la década de 1970, la reserva de caza Selous de Tanzania albergaba 110.000 elefantes; antes de que acabase la década de 1980, la mitad habían sido asesinados. Durante el mismo intervalo de años, el número de elefantes de Kenia disminuyó desde unos ciento sesenta y siete mil a unos dieciséis mil, una reducción del 90 %. La República Centrafricana tenía una población de elefantes cercana a los cien mil que cayó por debajo de los quince mil. El «parque nacional» de las cataratas Murchison, en Uganda, contaba con 10.000 elefantes y acabó teniendo 25 (sí, 25) debido a que el Gobierno ugandés mató al 85 % de los elefantes del país para financiar su reinado del terror. Sierra Leona vio cómo mataban a sus últimos elefantes en 2009. Los elefantes de la República Democrática del Congo han caído en picado alrededor de un noventa por ciento. Gabón: casi el ochenta por ciento de sus elefantes asesinados en la última década. Chad, Camerún, Sudán, Somalia, Mozambique, Senegal: despedazados a disparos, con pocos supervivientes. Todo esto les roba algo a los elefantes, claro está, pero también a las personas. Sólo en Kenia, el empleo de trescientas mil personas depende directamente del turismo y cada turista que llega lo hace esperando ver a los elefantes. La caza furtiva para obtener beneficio es un generador de pobreza.

David está ahora hablando por teléfono con alguien que le cuenta que los guardas forestales se enteraron de los movimientos de los cazadores furtivos y les tendieron una emboscada, pero los cazadores se dieron media vuelta... Uno de los guardas es hermano de un famoso cazador. Me preocupa que David esté poniendo en peligro su integridad por saber demasiado.

Hace cien años, los europeos y los americanos eran los principales compradores de marfil. La cultura occidental ha superado esa fase y es ahora el turno de la cultura china. No quedan elefantes suficientes para darle a cada ciudadano chino la hermosa talla de marfil que le gustaría tener. Hace poco,

una señora china encantadora vino a ver los elefantes y, como muchas otras personas cuerdas y sensibles, presuponía que para obtener el marfil basta con recogerlo del suelo cuando un elefante muere por causas naturales.

–La gente dice cosas muy arrogantes sobre los chinos –me dijo una tarde Iain Douglas-Hamilton, en el campamento–, que no les importa y que son incapaces de que les importe. Que nunca cambiarán. Pues bueno, nuestros ancestros exterminaron al bisonte americano y a la paloma migratoria. ¿Eran ellos menos codiciosos que los chinos hoy día? No lo creo. En mi opinión, la única lección que se puede extraer de la historia de la humanidad es que la gente cambia. Fijémonos en Alemania en 1943 comparada con 1953, o en el uso que hizo Italia del control de la natalidad.

De acuerdo: la gente puede cambiar. Pero ¿queda tiempo suficiente?

El comercio internacional de marfil y otros productos procedentes de animales salvajes está regulado a través de un tratado denominado Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES). En los años ochenta, la CITES aprobó un sistema de cuotas legales de marfil. No funcionó. Las cifras de elefantes continuaron cayendo en picado ya que seguir permitiendo la venta de marfil, por poco que fuese, permitió el blanqueo fácil de cualquier tipo de marfil. Ésa fue la lección número uno.

Lo único que ha funcionado hasta ahora ha sido una prohibición mundial del comercio de marfil obtenida tras una amarga victoria y puesta en práctica por primera vez en 1990. Permisividad cero. Los precios del marfil se desplomaron en el acto y las poblaciones de elefantes aumentaron lentamente. La prohibición del comercio de marfil funcionó. Lección número dos.

Pero sólo duro hasta 1999. Ese año, la CITES permitió a Zimbabue, Botsuana y Namibia vender 50 toneladas métricas de reservas de marfil a Japón, denominándolo «venta única». Después China quiso hacer lo mismo. En 2008, los administradores de la CITES dejaron que China comprase reservas de marfil de Botsuana, Namibia, Sudáfrica y Zimbabue... la segunda

«venta única».

Nadie había aprendido la lección. No aprender de los errores es insensato, pero para no aprender del éxito hay que empeñarse de verdad.

«El marfil es ilegal. No lo compres» es un mensaje claro para los consumidores, las autoridades y los gobiernos. «Parte del marfil es ilegal, pero otra parte está bien» crea una confusión que sirve de tapadera perfecta para seguir matando elefantes. La entrega a China de parte de las reservas de marfil abrió las puertas al blanqueo de colmillos ilegales. La caza furtiva aumentó vertiginosamente de inmediato, lo que condenó a muerte a decenas de miles de elefantes a la vez que alimentaba el derramamiento de sangre humana. En Kenia, por ejemplo, las muertes se inflaron multiplicándose hasta por ocho: se pasó de los menos de cincuenta elefantes asesinados en 2007 hasta los casi cuatrocientos en 2012. Actualmente, en África, se calcula que se matan entre treinta mil y cuarenta mil elefantes al año: un elefante cada quince minutos.²¹

Uno como hacia el que nos dirigimos.

La presencia de buitres señala el enorme cadáver gris. David y yo caminamos desde la carretera polvorienta y nos acercamos. Es Philo.

Philo era un macho joven, de quince años, todavía a mitad de camino de convertirse en un aspirante viable para la reproducción. Justo por debajo de los ojos, el rostro de Philo está mutilado por completo. Su extraordinaria trompa yace a varios metros de distancia, como una braza de guindaleza desechada en unos viejos astilleros. Los colmillos han desaparecido.

—Se llevan dos dientes y dejan cuatro toneladas pudriéndose. Menuda estupidez. —A David lo consume en silencio una ira a punto de estallar que le corre como lava fundida bajo su dura corteza.

Después de seguir en sentido inverso las huellas de Philo, David llega a la conclusión de que lo atacaron justo allí arriba, en aquella pendiente, luego corrió sangrando unos doscientos metros hasta aquí, y después se desplomó. Tras desplomarse, le dispararon varias veces en la nuca, como en una ejecución. De uno de esos agujeros de bala aún sale sangre roja a borbotones.

Hace cuatro días, el investigador visitante Ike Leonard capturó el último retrato de Philo. La fotografía muestra a Philo como un macho prometedor que luce con gracia y desenfado cierto engreimiento adolescente. En calidad de cuidador de elefantes en el Animal Kingdom de Disney, Leonard había venido para ver cómo podría mejorar el bienestar de los elefantes en cautividad a los que cuida en Orlando, Florida, y para observar, me dijo, «cómo viven los elefantes salvajes». También estamos observando cómo mueren los elefantes.

El problema acuciante del elefante es el marfil. El problema crónico es el espacio. Ricos o pobres, en lo que a humanos se refiere, en el término medio está la virtud. Cuanto más concurrida esté la mesa, menor es la porción que toca por cabeza.

¿Qué podrá contra su ira la belleza...?

SHAKESPEARE,
Soneto LXV**

La creciente marea de humanidad ha reducido estas reservas a islas aisladas en la corriente del tiempo. Sólo en los últimos cuarenta años, la población humana se ha cuadruplicado en Kenia.²² Mientras tanto, la de los elefantes ha caído cuatro quintos. Desde que yo mismo respiré aire africano por primera vez a principios de los años ochenta, los elefantes han perdido más de la mitad de su hábitat y a más de la mitad de sus especímenes. Ni uno solo de ellos está a salvo de la ira humana en cualquiera de sus facetas, algo que comparten con muchas personas de muchos países. Todo esto hace que uno se pregunte hacia dónde se dirige esta tendencia que aflige por igual a elefantes y a humanos. ¿Podemos permitirnos valorar a los elefantes, y a las personas, más de lo que lo hacemos? ¿Podemos permitirnos valorarlos menos? Yo aprecio mucho a la civilización, pero ¿cuál es el plan?

Querido señor elefante:

[...] Hay personas que, obviamente, afirman que ustedes no sirven para nada, que arruinan las cosechas en un país donde prolifera el hambre, que la humanidad ya tiene bastantes problemas de subsistencia de los que ocuparse sin tener que cargar también con el de los elefantes. De hecho, sostienen que son ustedes un lujo que no nos podemos permitir. Es exactamente el tipo de argumentos que utilizan los regímenes totalitarios, de Stalin a Mao, pasando por Hitler, para demostrar que una sociedad realmente racional no puede permitirse el lujo de la libertad individual. Los derechos humanos son, también ellos, una suerte de elefantes. El derecho a tener una opinión contraria, a pensar libremente, el derecho a resistir al poder y contestarlo, son valores que se pueden ahogar y reprimir fácilmente en nombre de la necesidad. [...] En un campo de concentración alemán, en el transcurso de la última guerra mundial [...] atrapados tras las alambradas de espino, pensábamos en las manadas de elefantes que recorrían con un ruido atronador las llanuras infinitas de África y la imagen de esta libertad viva e irresistible nos ayudó a sobrevivir. Si el mundo ya no puede permitirse el lujo de la belleza natural, entonces pronto se verá arrasado y destruido por su propia fealdad. Yo, personalmente, siento en lo más hondo que el destino del hombre, y su dignidad, están en juego [...].

No cabe duda de que, en nombre de un racionalismo total, ustedes deberían ser destruidos, para que nosotros pudiésemos ocupar todo el espacio de este planeta superpoblado. Tampoco debe haber ninguna duda de que su desaparición significará el principio de un mundo totalmente hecho por el hombre. Pero déjeme que le diga una cosa, viejo amigo: en un mundo totalmente hecho por el hombre, se podría decir que tampoco queda lugar para el hombre. [...] No somos ni jamás conseguiremos ser nuestra propia obra. Estamos condenados para siempre a ser parte de un misterio insondable tanto para la lógica como para la imaginación, y su presencia entre nosotros carga con una resonancia que no puede ser explicada en términos científicos o racionales, sino sólo en términos que implican temor, esperanza y nostalgia. Son ustedes nuestra última inocencia [...].

Sé perfectamente que al ponerme de su parte (¿o no es simplemente más que la nuestra?) se me tachará sin duda de conservador, o incluso de reaccionario, un monstruo que pertenece a otra era prehistórica: la del liberalismo. Con gusto aceptaré esta etiqueta. Y ocurre de este modo, querido señor elefante, que usted y yo nos encontramos en el mismo barco. [...] En una sociedad verdaderamente materialista y realista, los poetas, los escritores, los artistas, los soñadores y los elefantes no son más que un auténtico fastidio [...].

Es usted, querido señor elefante, el último individuo.

Su más leal amigo,

ROMAIN GARY²³

David, Shifra y yo llegamos al río antes del amanecer. Como por arte de magia, varios grupos de elefantes, uno detrás de otro, salen en caravana de entre los árboles y vadean la corriente en nuestra dirección. Madres, bebés, elefantes de todas las edades. El mundo sabe qué hacer. ¿Y nosotros?

Río arriba y río abajo, manadas de elefantes cruzan el río, chapoteando con soltura a través de la capa de agua color teja que fluye lentamente. En total, la suma asciende a unos doscientos cincuenta elefantes que beben y socializan entre sí. Elefantes que hacen cosas de elefantes y nos dan una medida de todo lo bueno que aún queda.

Los elefantes intentan seguir adelante con normalidad en medio del caos porque, del mismo modo que en tiempos de guerra las personas siguen soplando las velas por su cumpleaños, es lo que conocen, lo que prefieren. Cada paso es un acto de esperanza, cada sorbo y cada bocado, un acto de fe. Puede que todo lo que tengamos sea fe y esperanza, y tal vez sea todo lo que quede. Pero ya es mucho.

Caminando tierra adentro desde el río durante la tarde, pastando tranquilamente, arrancando, comiendo, acortando la distancia bocado a bocado, paso a paso, ascienden hasta las bajas colinas que los vieron nacer.

Los viejos recuerdan rutas, ahora cortadas, cultivadas y peligrosas, que en su juventud, cuando seguían a sus madres, eran un único país. Su país. ¿Lo entenderán ellos? Probablemente sí, a su manera. Yo espero que no. Me temo que nosotros no.

Un nublado inesperado regula la luz, suaviza los colores, y me hace percatarme del perfume dulce de la hierba, de la resonancia del aire que transporta el canto de tantas aves. Los elefantes avanzan como el tiempo hecho de arcilla. Babylon, de cincuenta y siete años, matriarca de la familia llamada Ciudades Bíblicas, es la hembra más anciana que queda en esta población. Cómo me gustaría conocer todo lo que ha debido de ver. Probablemente me horrorizaría. También se aproximan los Flores, los

Tormentas, los Suajilis, los Cordilleras, liderados por Himalaya, los Turcos, las Mariposas.

David para el motor del vehículo, con la intención de que ningún ruido moleste a las familias que vienen hacia aquí. Pero se dan la vuelta, se amontonan y sondean con sus periscopios. Las voces sin motor ahora les dan miedo. Los turistas son seguros y llevan motores en ralentí. Los cazadores furtivos no llevan motores. David, sagazmente, vuelve a arrancar el motor, y entonces se relajan.

Una hembra que pasa cerca con un bebé avanza dando fuertes pisadas, con agresividad y las orejas levantadas. Retrocede y muestra su enfado y su fuerza partiendo las ramas de un arbusto. Me pongo un poco nervioso, pero David entiende que tantos aspavientos no son más que un farol. Es una magnífica actriz. Pero ¿qué ha podido ocurrir para que se sienta tan incómoda entre humanos?

También hay elefantes jóvenes, de distintas familias, que intentan reparar los destrozos sociales producidos por los graves ataques. Una familia perdió cinco hembras adultas.

—Puede que algunos de los supervivientes se junten para crear nuevas familias, unidos por la guerra que se cierne sobre ellos —explica David, y señala—: Ute, esa hembra grande de ahí, es la única hembra adulta que queda en su familia.

Los cazadores furtivos mataron a Aztec, a Inca y a todas las demás hembras de su familia. Estaban en el borde del parque.

—Los Planetas, ésa es otra historia espantosa. Eran una familia enorme, alrededor de veinte elefantes. Contaban entre ellos con algunas de las hembras más ancianas, así que se distribuían por una zona más extensa. Y por eso fueron los que más sufrieron. Digamos que el último grupo que quedaba fue masacrado. La caza tuvo lugar hace un año, a unos cien kilómetros de aquí. Los que quedaron con vida vinieron corriendo desde donde les dispararon hacia el parque. Pero tenían que recorrer una gran distancia. Algunos heridos murieron por el camino, las crías más jóvenes llegaron muy deshidratadas, y muchas llegaron sin sus madres. Estaban traumatizados y muy nerviosos, como es normal, por lo que aparecían y desaparecían. Así que

no pudimos salvarlos. –Con el tiempo, casi todos los Planetas morirían–. Fue muy triste ver cómo esa familia se deshacía. Las únicas que quedan son estas dos chicas: Haumea y Europa.

Tengo una pequeña colección de figuritas de marfil, una media docena, cada una de ocho o nueve centímetros de largo. La mitad de ellas me las dio una mujer anciana cuando yo tenía poco más de veinte años y les tengo mucho cariño porque me recuerdan a ella. Descansan sobre mi escritorio, puedo extender la mano y tocarlas. Una es una bellísima esfera de diminutos elefantes tallados que se retuercen unos sobre otros juguetonamente. La ironía duele. En Canadá, me regalaron un pequeño delfín tallado y hecho de marfil de morsa; fue un obsequio especial y espontáneo. Yo, que jamás compraría un diente de tiburón, un trozo de coral, para el caso, o una concha marina, me veo de buenas a primeras siendo el propietario de estos objetos, como si todos estuviésemos extraviados y de repente nos encontrásemos. En un mundo más humano, estas preciosas esculturas de marfil procederían de colmillos de elefantes que hubiesen muerto por causas naturales. Dejarían atrás colmillos más grandes y valiosos, y el marfil no sería un problema en absoluto. Sería muy pero que muy hermoso. La imposibilidad de todo esto surge de la codicia de nuestra especie, que nos ahoga como un hueso atascado en la garganta.

Europa se da la vuelta para mirarnos. No veo un elefante. Veo a alguien bello a rabiar.

David parece estar sumido en los recuerdos de los elefantes que faltan entre las familias que estamos observando.

–Es tan, tan triste...

–Tu trabajo es proteger a unas de las criaturas más maravillosas del mundo –le digo a David. Ahora mismo ni siquiera oye mis palabras–. Estas tres crías... son algo estupendo –añado.

–Sí –responde David, como si despertara del dolor gracias a la

inocencia—. Mira cómo juegan.

Las observamos mientras el tiempo autografía esta escena, la dobla y me la guarda en la memoria.

—Fuera del parque —agrega David—, no se separan ni un centímetro, jamás de los jamases. Aquí dentro, tienen un refugio más seguro. Por eso, mira, se dispersan, porque no hay nada que les preocupe.

* Traducción de Enrique Tejedor, Anagrama, 1986. (*N. de las T.*)

** Traducción de Antonio Tavarillo, Alianza Editorial, 2008. (*N. de las T.*)

De dónde vienen los bebés elefantes

Es una nueva mañana en Amboseli, sopla un viento que se lleva las nubes del Kilimanjaro y deja las nieves de la montaña, a 5.895 metros de altitud, flotando por encima de sus lomos azules.

Katito y yo estamos con la familia de Felicity.

–Son una familia preciosa –comenta Katito–. Me alegro de que hayas podido conocerlos.

A las diez y media de la mañana, vuelven a retozar en la ciénaga. Un variopinto grupo de elefantes salpica, se sacude, barrita y lanza barro en una charca de 45 metros de largo por nueve de ancho, asistidos por varias garzas reales e ibis sagrados. Se sumergen y se revuelcan. Un macho grande llamado Wayne se riega una y otra vez con agua enfangada. Los bebés dan patadas sólo para ver las enormes salpicaduras, y se divierten tanto que parecen estar sonriendo. Lubricados por el barro espeso, se retuercen unos encima de otros, y se deleitan en un estupendo baño, se escurren sobre las orillas cenagosas y se revuelcan para volver a chocarse con los demás. El polvo ahora húmedo de las llanuras reluce ennegrecido sobre sus cuerpos.

–Nunca me canso de hacer esto –explica Katito–. 20 años... Imagínate.

Una garza real pilla un pez, aterrorizado al borde de la charca. La garza era consciente de que esto podía ocurrir; las garzas saben de lo que hablan.

–Oh –susurra Katito–, ahí está la bella Ottoline. –Katito me sonríe y añade–: Por eso la reconozco, simplemente... por su belleza.

Ottoline, de treinta y un años, es la matriarca de la familia OB. Ozora y

Oprah también están aquí.

–A Oprah la reconozco –me intenta explicar Katito– porque tiene el cuerpo muy redondeado y las orejas grandes.

¿Acaso no son todos así?

Los masáis mataron con lanzas a las matriarcas anteriores, Odile, Omo y Omega. Odile fue víctima de heridas de lanza en tres ocasiones; el tercer incidente acabó con su vida. Desde entonces, las ocho adultas supervivientes de la familia se muestran nerviosas y no se separan. Acaban de pasar la noche fuera del parque, en una especie de paseo lunar del siglo XXI a mitad de camino entre la camaradería y el caos.

–Ésta es Orabel –Katito señala con el dedo–. A mí me parece muy bonita. Me gusta cómo camina y cómo dirige a su familia. Para mí, es una elefanta preciosa. Sí. –Yo asiento–. Oooh –musita Katito solemnemente. Una familia se nos acerca–. Éstos son los supervivientes de la gran matriarca Qumquat. –Katito me mira–. ¿Has oído hablar de lo que ocurrió? –Se da la vuelta otra vez para mirarlos a ellos–. Fue terrible. ¿Ves esa colina? Se llama Lomomo. Los mataron entre aquí y esa colina. Justo ahí. No muy lejos. –Se queda callada mirando y su mente reproduce el recuerdo.

Una mañana de hace sólo tres meses, la tantas veces fotografiada y magníficamente majestuosa Qumquat, de cuarenta y seis años, y sus dos hijas adultas fueron asesinadas para conseguir sus colmillos, dejando huérfanos a Quanza, todavía un bebé de pecho, y a Qores, de seis años de edad. Qores desapareció, fue dado por muerto. Pero hace tan sólo unos días, de repente reapareció, siguiendo a la familia WB.

–Parecía extraviado y triste. Pero al verlo con vida, me eché a llorar.

Los QB están ahora liderados por Qoral, que era muy próxima a Qumquat.

–Esta familia me da mucha pena –se lamenta Katito.

A la pequeña Quanza (Vicki la bautizó «primera» en suajili por ser la primera recién nacida del *baby boom* posterior a la sequía) la encontraron de pie junto al cadáver de su hermana de diez años. Como era demasiado joven para sobrevivir tras perder a su madre, fue adoptada por el orfanato de elefantes de la fundación Sheldrick, en Nairobi, donde yo había ido a

visitarla.

–Esta otra familia también me da mucha pena –apunta Katito mientras avanzamos–. Ésta de aquí, Savita, tiene sólo veintitrés años y ya es la matriarca. –Katito vuelve a mover la cabeza–. La mayoría murieron durante la sequía. La mayor parte de estos otros son huérfanos. –De repente Katito salta de entusiasmo–. ¡Oh! Ahí está Qores, ¡el hijo de Qumquat! ¡Vaya! Va pasando de familia en familia, en busca de la suya. Y su familia viene ahora detrás de nosotros, no muy lejos. Puede que hoy, después de todos estos meses, por fin se reúna con ellos. ¡Vaya! Por fin.

Seguimos avanzando. A Kaliope, la matriarca de treinta y tres años de los KB, le falta un pedazo del contorno de una oreja. Sorprendentemente asustadiza y suspicaz, ella y su hermana nos observan de cerca.

–Kaliope lo ha pasado fatal por culpa de los masáis –me cuenta Katito compungida–. La han atacado con lanzas tres veces y mataron a su madre.

Sin embargo, nos detenemos, dejamos que pasen muchos minutos y Kaliope se acerca a forrajear cerca de nosotros. A unos treinta metros. Aun así, cuando encendemos el motor, se da la vuelta, se pone delante de su cría, abre mucho las orejas y mueve la cabeza.

–Lo siento, Kaliope –le dice Katito–. Ahora puedes estar tranquila. Ya pasará la mala racha.

Es un deseo. No puede ser una promesa.

Varias familias empiezan a reunirse en el agua, confluyen, se amontonan, hasta que se acaba acumulando una manada de alrededor de cien elefantes. Avanzamos lentamente junto al borde de la enorme ciénaga, pasando lista. Me empapo de la visión y la luz que emanan; los escucho; los respiro.

Pasa un elefante sin colmillos. Aproximadamente uno de cada cien no los desarrolla durante toda su vida. Me pregunto en voz alta si esos elefantes miran a sus espléndidamente dotados compañeros a su alrededor y desean tener ellos también un par de colmillos grandes y hermosos.

–Tienen suerte de que no –declara Katito con rotundidad.

Una sólida falange de doscientos cincuenta elefantes llega en una segunda oleada a través de las llanuras, hacia el agua. Al frente están los PC –liderados por Petula, de veintiséis años–, cuyos siete componentes son todos

supervivientes de la sequía y de las balas que se llevaron a otros miembros.

Esta letanía de pérdidas y desgaste es el perfil de una especie en extinción. Dentro de una o dos generaciones, el recuerdo del África salvaje caerá en un olvido tan profundo como en el que cayeron las praderas americanas de espigadas flores silvestres arremolinadas por los bisontes, oscurecidas por las palomas salvajes, bordeadas por bosques imponentes de castaños, tal como era todo, hace sólo unos instantes.

Durante la última hora, una cantidad imponente de cuatrocientos elefantes se ha cruzado con nosotros en dos grandes oleadas. Nos las ingeniamos para situarnos a su lado y después a la cabeza de esta enorme manada, que se dirige desde la polvorienta llanura hacia el oasis color esmeralda. Nos subimos a una loma y nos quedamos observando durante muchos minutos, envueltos en un panorama de cientos de elefantes que desfilan y van a lo suyo. Comen, maman, crecen. Las crías se suben jugando unas encima de otras. Los machos ponen a prueba su estatus. Las hembras mantienen el ojo avizor, y la oreja, y la trompa. Los canales de agua reflejan el cielo abierto por encima de los picos nevados y despejados del Kilimanjaro.

La sabiduría acumulada de este lugar tan profundamente enraizado en el tiempo reside en estos elefantes. Pero si pudiera, ¿qué diría la montaña de cómo era, de cómo es? Tal vez sólo la montaña es lo suficientemente anciana para saber cómo debería ser. Poder averiguar la opinión de las rocas de sus elevadas alturas no tendría precio. Aunque se reduzca el hielo y la nieve que queda allí arriba, la montaña lleva mucho tiempo manteniendo la cabeza fría. Tal como atestiguan los incalculables huesos enterrados en lo más profundo de estas llanuras eternas, los tiempos se mueven a ritmos distintos. La memoria de la Tierra marca numerosos compases. Los que bailan lentamente observan muchas cosas. A menudo un ritmo lento y una melodía libre componen la canción capaz de expresar más cosas.

Quizá la respuesta de la montaña sea esta brisa que desciende por sus laderas y los torbellinos de arena que se forman en sus faldas. Si se trata de la

tierra que habla, entiendo mejor lo que me dicen los elefantes con sus sonidos y sus silencios, la lenta cadencia del tamborileo de sus patas y el rítmico riff al arrancar la hierba. De muchísimas formas, lo que dicen es: «Vivir y basta. No es pedir tanto. No tendríamos que hacerlo».

Conduciendo a través de ollas secas y huesos desteñidos, pronto salimos del parque. No queda lejos.

La vida salvaje no acaba en la frontera del parque. Eso reconforta. Vemos un buen número de cebras y jirafas fuera de él, pero todo parece vulnerable.

Una pincelada sobre las jirafas: son tan grandes y extraordinarias que (al igual que los elefantes, que llevan garcetas a cuestas y prestan gravedad a las golondrinas que orbitan a su alrededor) sus propios cuerpos sirven de terreno de pasto a pájaros en busca de insectos. Los que se encaraman a lo largo de sus cuellos se llaman picabueyes piquirrojos.

Subimos una pendiente cuyo nombre en masái significa «colina de roca roja», así de simple, y miramos hacia Tanzania, las tierras masáis de alrededor y el lecho rojo que en las estaciones húmedas se convierte en una gran capa de agua llamada lago Amboseli, pero que en este momento no es más que una pista para los torbellinos arremolinados de polvo rojizo. El sol golpea a través de un cielo despejado, y hace que de algún modo el aire se mueva ligeramente. Los únicos sonidos que llegan provienen de los pájaros de cuello árido y de los zumbidos de los insectos.

Durante mucho tiempo debió de ser simplemente así, y basta.

Así.

Y.

Basta.

La delicada voz de Katito, casi un susurro, irrumpe en el calor.

—Yo estaba a su lado cuando Echo murió. —Su voz me llega tan suave en la brisa seca que casi parece hacer más profundo el silencio—. Fui yo quien le

sostuvo la cabeza. 5 de mayo de 2009, a las dos y media de la tarde.

»Una mañana vi a Echo con dos de sus hijas, una de nueve años y otra de cuatro. Echo se arrastraba como una abuela anciana. Yo no pude más que negar con la cabeza. La sequía era muy dura. Y Echo ya no era joven. Tenía sesenta y cuatro años. Me quedé dos horas con ella, mirando cómo levantaba una pata, luego la otra, cómo caminaba con muchísima dificultad. A la mañana siguiente, a las seis y media, me llamaron: «El elefante con los colmillos cruzados...». Y yo sólo pensé «mierda». Fui corriendo hasta allí. Echo se había desplomado cerca de donde vivimos. Te enseñaré el lugar. Estaba tumbada en el suelo, pataleaba, abría los ojos, intentaba levantarse. Trajeron un camión y una cuerda. Dijeron: «Le pasaremos la cuerda por debajo e intentaremos levantarla». Me negué. Sabía que se estaba muriendo. De muerte natural. Por la sequía. Así que dije: «Nos quedaremos aquí observándola y ya está». También estaban dos de las hijas de Echo. Ni siquiera intentaron echarnos.

»Los guardas del parque querían dispararle. Les dije «¡No!». Les pregunté: «Si vuestra abuela se estuviera muriendo, ¿la mataríais?». Ellos respondieron: «No». «Entonces ¿por qué queréis dispararle? Dejadla morir en paz. Dejados pasar la noche con ella, para que las hienas no la ataquen». Nos quedamos toda la noche, toda la mañana siguiente, hasta entrada la tarde. La gente trajo comida. Yo le sostenía la cabeza a Echo, simplemente la calmaba, la tranquilizaba. Su hija Enid ni siquiera se movió. Estuvo allí hasta su muerte, como si la velase todo el tiempo.

»Yo tenía los brazos alrededor de la cabeza de Echo y entonces estiró una pata muy despacio. Parpadeó con un ojo y me miró. Para mí fue muy triste ver aquello. Después cerró el ojo. Y murió.

»Su muerte afectó mucho a Enid. Mucho. No soy capaz de describir su cara de tristeza. Igual que un ser humano que ha perdido a un miembro de su familia y ha estado llorando. Ese fue el aspecto de su rostro durante un mes. Bastante tiempo. Perdió peso.

»La hermana de Echo, Ella, se había ido a Tanzania unas semanas. Ella y Echo nunca se habían llevado muy bien. Ella es muy independiente. Es mala, lo noto. Algunos elefantes se nota que tienen buen corazón, son serenos,

amables. Ella es mala.

»Cuando Ella regresó, se dio cuenta de que Echo había muerto.

»Ella es ahora la mayor, tiene cuarenta y un años. Actúa como si fuese la matriarca, pero no se comporta como debería hacerlo una matriarca. Eudora tiene ahora cuarenta, pero no sabe... No puede ser una líder. Ya sabes, hay personas que, aunque sean adultas, no saben sacar adelante a su familia. Eudora es así. No sabe cómo hacerlo. Es excéntrica. Nadie la sigue.

»La que se está comportando como una verdadera matriarca es Enid, la hija de Echo. Ya sabes, cuando un humano se está muriendo, le puede decir a un hijo: «Cuando yo ya no esté, tú tienes que cuidar al resto de la familia». Echo había estado entrenando a Enid para que la sustituyera. Enid es la cabeza de familia, aunque sólo tenga treinta años. No es tímida, así que si pasa algo y se asustan, todos se reúnen en torno a ella. Sienten que ella podrá protegerlos.

A la familia de Echo le fue extraordinariamente bien bajo su liderazgo y creció desde sólo siete miembros en 1948 hasta más de cuarenta en el momento de su muerte. Nunca perdió a ninguno excepto a Erin. Se mire como se mire, el suyo fue un reinado excepcional, gracias a sus exquisitas capacidades para sacar adelante a su familia, devolverles la fe y la lealtad, y superar sabiamente los desafíos a vida o muerte de la vida, dando prioridad a la seguridad por encima de todo.

Ahora es Enid quien toma las decisiones. Se ha llevado lejos a su familia, algo que Echo, famosa por ser muy hogareña, nunca hizo. Y por momentos la familia parece dividirse en tres grupos: uno con Enid a la cabeza, otro con Ella y un tercero con Edwina. Ahora mismo no están aquí; de hecho llevan casi tres meses desaparecidas.

—Nos preocupa que Enid se los haya podido llevar a Tanzania —explica Katito—. Cuando vuelva, ya veremos si han perdido a algún miembro.

Ya es bien entrada la tarde. Habíamos regresado hasta el campamento para recoger a Vicki, ahora volvemos a salir.

El parque está lleno de torbellinos de arena, originados por unos frentes

que contienen una lluvia visible pero que nunca llega a alcanzar el parque. Lo único que cae de los frentes es polvo, sobre las llanuras polvorientas.

La asombrosa reunión de cuatrocientos elefantes comienza a marchar en oleadas desde el céntrico humedal hacia las colinas dormitorio. Estoy convencido de que nunca volveré a ver tantísimos elefantes en un único lugar. Están justo aquí, nuestra riqueza de elefantes es inconmensurable. Ya los echo de menos.

He empezado a llamarlos «eles» o «elis», fórmulas afectuosas, porque ahora que los conozco, no puedo imaginarme la vida sin ellos. Seguirán existiendo en mi mente como familia lejana. Habitarán mi conciencia de quién soy. Ellos ya saben quiénes son, dentro de sus propias comunidades y con sus propias familias. No me necesitan. No necesitan a los humanos para ser elefantes. Durante millones de años, ellos, sus familias y sus amigos llevaron vidas llenas de sentido y vivieron muchísimo mejor antes de que existiésemos.

A este pequeño subgrupo de aquí, de unas decenas de «eles», lo siguen unos quince machos. Debe de haber alguna hembra en estro.

–Las hembras a veces fingen el estro –advierde Vicki.

Me doy cierto tiempo para asumirlo.

–Aunque no tengan una actitud receptiva ni se dejen montar, les gusta llamar la atención de los machos. Ponen poses seductoras.

Hace falta pensar mucho para fingir un estado sexual sólo porque nos guste recibir atención.

Corre el rumor de que un extraordinario macho llamado Tim ha regresado después de una prolongada ausencia de tres meses, así que intentamos identificarlo entre la multitud.

Y ahí está, como si pudiera ser así de fácil. Nos acercamos un poco.

Ahora lo entiendo: es formidable. Tim, de cuarenta y tres años, posee dos colmillos absolutamente gigantescos, un poco desiguales en altura y longitud; el más grande casi araña el suelo al caminar. Cada uno pesa fácilmente más de cincuenta kilos.

Parece una criatura que ya es imposible que exista, como un mamut recién salido de la pared de una cueva. Ni se me pasaba por la cabeza que aún

pudiesen sobrevivir elefantes macho de este tamaño y con tanto marfil.

–Cada vez que lo veo... –comenta Vicki con una voz distinta y más baja–. Todos sentimos un gran alivio cada vez que reaparece. Las posibilidades de sufrimiento...

Veo lágrimas en sus ojos.

–Me asusta cuánto se les puede llegar a querer. Es casi paralizante.

Miro a Tim. Está holgazaneando, esperando el momento adecuado.

–Mira lo guapo que es –lo examina Vicki–. Hace que me enamore de este trabajo una y otra vez. La gente dice que tengo mucha suerte, y es verdad. Pero el tipo de custodia que aceptas... Y estoy segura de que muchos otros investigadores que trabajan con otros tipos de animales en peligro... El cuidado. Es una época realmente preocupante. Cuando los cazadores furtivos de marfil hayan acabado con África central, vendrán todos a esta zona. Me encantaría quedarme 30 años aquí, pero a este ritmo, en 30 años, ya no habrá ninguno. No quiero vivir en un mundo sin elefantes y punto. Cuanto más ves, más comprendes lo profundos que son sus lazos, su individualidad, cómo refuerzan sus relaciones día a día.

Tim está en *must*, le gotea la orina y no come, tan sólo mantiene una presencia atenta. Los machos en *must* meten la barbilla, levantan la cabeza y caminan con aire arrogante. Las hembras en estro avanzan con paso coqueto y serpenteante, bamboleándose, y miran a los machos por encima del hombro, casi parecería que van a hacerles ojitos; tiene gracia cuando lo ves por primera vez. Actúan casi como si se insinuaran y nosotros lo percibimos como algo divertido, lo entendemos. Así de cercanos somos.

Tim se cruza en nuestro camino, y percibo su olorcillo.

–El *must* huele un poco como el *bhang* –comenta Vicki.

¿Cómo qué? Ah... A mí me recuerda al pachuli.

Con sólo cuarenta y tres años, Tim tiene al menos otros diez años de reproducción por delante, si no lo matan. Y al entrar en *must* justo después de las lluvias, cuando a la mayoría de las hembras en edad de aparearse les llega el estro, puede engendrar una proporción muy alta de crías, a las que les dará los genes para desarrollar unos colmillos monstruosos.

Son pocos los lugares de África donde aún sobreviven los machos

mayores de cuarenta. A pesar de las muchas imperfecciones y del peligro creciente, él sigue aquí. El mundo aún es capaz de mantener a los elefantes, a su forma de vida. No necesitan que los protejamos. Sólo necesitan que los dejemos en paz. Ellos saben cómo ser elefantes. Los hijos de nuestros hijos deben saber que logramos llegar a algún tipo de acuerdo.

Barritos inesperados y gran conmoción; decenas de elefantes manan de todas las direcciones y corren hacia un macho que persigue a una hembra joven y más bien pequeña. Las hembras son más ligeras y pueden correr dejando atrás a los machos; un macho atrapa a una hembra sólo si ella quiere y se deja.

Él se pone a la altura de ella, le extiende la trompa sobre el lomo. Ella se detiene y él la monta. Todo ha acabado en apenas un minuto.

Miro en dirección a Tim. Tiene su enorme trompa cruzada sobre uno de los gigantescos colmillos. No entiendo por qué no se ha apresurado a poner fin a la cita.

—Le da igual; eso significa que la hembra aún no ha llegado a su nivel más alto de estro —explica Vicki—. A Tim no le molesta la presencia de otros machos de menor tamaño. Sabe que puede deshacerse de ellos si quiere. Le preocupan mucho más los machos de un tamaño más parecido al suyo.

No sobreviven muchos machos de tamaño similar. La mera llegada de Tim bastó para que a otro macho que estaba en *must* se le pasara. La percepción social afecta a los niveles hormonales. Y es mejor retirarse a tiempo de la competición que arriesgarse a luchar contra un tren de carga que ataca con lanzas de justas.

Después del apareamiento, los demás llenan el aire de bramidos y barritos. Ha sido algo emocionante para ellos. Una fragancia fascinante flota en la fina brisa. Todos los machos jóvenes quieren oler el terreno sagrado que han pisoteado el rey y la reina del baile, y echarle un ojo a la hembra. Sin embargo, la hembra no quiere que le echen un ojo, sino regresar con su familia. Sus hermanas, agitadas, también se acercan para tocar y oler a la apareada.

Es un saludo a lo grande; las glándulas faciales de todas las hembras están segregando. Su ruido sordo resuena intensamente en mi pecho. El ánimo es contagioso y festivo.

–Es como si cantasen *I Feel Pretty* –digo con una risa. Una celebración de la unión.

Es probable que los elefantes sientan sólo atracción sexual, pero no amor romántico. Después de todo, gran parte de la atracción sexual humana no conlleva ningún amor romántico. Algunos antropólogos creían, y quizá los haya que siguen creyendo, que había personas de otras culturas que carecían de amor romántico. Y algunas culturas conciertan matrimonios, en los que el amor no cuenta en absoluto, únicamente para favorecer a los intereses utilitarios de las familias. Seguramente, la libertad que tienen otros animales para elegir o rechazar pretendientes es superior a dichas tradiciones humanas. Pero ¿a qué sentimientos responden las tiernas atenciones que muestran estos elefantes hacia su hija que acaba de consumar? ¿Qué emociones acompañan al acicalado de los primates y los loros? Estos comportamientos sirven para forjar fuertes vínculos emocionales. Y los fuertes vínculos emocionales son simplemente eso.

–¿Oyes ese murmullo? –De repente Katito se pone firme–. Es la llamada a la familia.

Lo oigo, pero el aire vibra a la vez y también lo noto. Veo que muchos de los «eles» están congregando a sus familias. Dentro de la enorme manada, los agrupamientos familiares se hacen mucho más evidentes ahora que los individuos se reúnen con quienes deben, en preparación para ascender hacia las tierras altas en grupos familiares. Es muy interesante ver cómo sucede.

Seguimos a Tim, que va a la zaga de un grupo familiar, desde la llanura hacia un bosque abierto de acacias espinosas, una imagen muy parecida a la del África que habita nuestras mentes.

Veo a dos pequeñajos persiguiéndose mutuamente, uno intenta morderle la cola al otro y salta para apoyar por un instante las patas delanteras sobre el lomo de su compañero de juegos mientras avanzan. Se divierten.

Habrán nuevos huérfanos, más tormento y más terror. Algunos de estos elefantes matarán a personas. Algunos morirán a manos de personas. Así es la época que nos ha tocado vivir. Nadie sabe lo que les depara la vida en los próximos días y décadas.

–La reserva de Samburu contaba con especímenes fabulosos como Tim – dice Vicki de repente–. Están todos muertos.

Pero hay signos de un cambio constructivo: la nueva legislación está aumentando considerablemente las penas por el tráfico de colmillos, las detenciones crecen bruscamente, los keniatas se manifiestan en contra de la caza furtiva y una nueva preocupación se extiende por todo el planeta.

–En este momento, aquí –nos recuerda Vicki–, todo es como debería ser. Los elefantes en libertad disfrutan al máximo de la buena racha. Siento que tenemos por delante un periodo positivo.

–Adiós, chicos –se despide Katito. Y nos alejamos.

SEGUNDA PARTE

AULLIDOS DE LOBOS

A menudo vivían, justo delante de nosotros,
lo que parecían vidas épicas.

DOUGLAS SMITH Y GARY FERGUSON,
Decade of the Wolf [La década del lobo]

Hacia el Pleistoceno

Desde un profundo pinar, en una mañana de Pleistoceno del mundo originario, un coyote da la voz de alarma. Y cuando alcanzo esa ladera, mi vista recorre la nieve, la salvia, los pinos... Los lobos. A más de un kilómetro de distancia, aunque bastante nítidos a través del telescopio, media docena de perros arquetípicos, grandes y de patas largas, primarios y a la vez de aspecto muy familiar, entran trotando en el valle. Bajan flotando con un movimiento cómodo y pausado, pero devoran la distancia a una velocidad inesperada. Yo tampoco tengo prisa, así que observo, minuto a minuto, cómo se acercan. El lobo a la cabeza es gris; dos lobos negros lo siguen de cerca, uno cojea ligeramente; otro gris, dos más oscuros, y dos más grises. Ocho lobos. Los primeros de mi vida.

Los lobos del valle Lamar del parque nacional de Yellowstone atraen mucha más atención humana que los de ningún otro lugar. El observador de lobos alfa Rick McIntyre los sigue hasta aquí todos los días. Y no me refiero a cinco días a la semana o si el tiempo acompaña; me refiero a que todos los días durante 15 años hasta la fecha, todas y cada una de las veces que el sol ha dicho aquí estoy yo, Rick McIntyre ha estado en el valle de Lamar. Sin excepción. Sin importarle las tormentas en invierno ni las aglomeraciones en verano; sin importarle ninguna otra cosa en el mundo. Rick, de sesenta y tantos años y rasgos angulosos, ha tenido la vista puesta en los lobos salvajes durante más horas que cualquier otro humano, y muy posiblemente más que cualquier otro ser vivo exceptuando a los lobos. Las notas mecanografiadas de Rick hasta el momento ocupan diez mil páginas a espaciado simple.

–Lo que conoces son individuos, y luego ves a sus descendientes, y

quieres estar al tanto de lo que les pasa –resume, como si fuese así de simple–. Es la historia de nunca acabar.

Con sólo echar un vistazo a través del telescopio, Rick es capaz de reconocer al instante a un lobo sobre una cresta a más de un kilómetro de distancia, decir su nombre y narrar su vida. Como guarda forestal de carrera que ha trabajado desde el valle de la Muerte hasta Denali, ha visto los mejores parques. Cuando le ofrecieron la oportunidad de presenciar la reintroducción del lobo en Yellowstone, siete décadas después de su exterminio en ese mismo lugar, Rick supo ver que se trataba de una oportunidad única en la vida, «como si fueses un historiador en 1860 y tuvieses la posibilidad de pasar cada día en la Casa Blanca de Lincoln, siendo testigo directo de la historia».

Tal como lo ve Rick, los lobos y los humanos tienen que afrontar problemas similares en la vida, «como decidir cuándo enfrentarse a los trances de irte de casa, encontrar tu lugar en el mundo...».

–Las similitudes son infinitas –afirma. Pero sí destaca una diferencia entre ellos y él mismo–: Algunos de los lobos que he conocido... eran mucho mejores como lobos de lo que yo he sido como persona.

Se acaban de despertar otros dos lobos que estaban tumbados sobre la nieve en una ladera bañada por el sol.

–Bien, las dos hembras grises que estaban acostadas también están bajando ahora. –Rick señala a un par de lobas que se deslizan por la nieve en rectas intersecantes–. La de la cola levantada es Ocho Veinte... sí, es ella.

Algunos de estos lobos llevan collares electrónicos que ayudan a los investigadores a comprender sus movimientos; normalmente, reciben como nombre el número de su collar. Con un receptor (Rick tiene uno), a veces se puede localizar e identificar a un determinado lobo mediante la señal emitida por el collar.

Los elefantes tienen nombres; los lobos, números. ¿Son más objetivos los nombres o los números? La revista *Annals of the New York Academy of Sciences* devolvió a Jane Goodall su primer artículo científico sobre los

chimpancés porque les había dado un nombre, en vez de numerarlos.¹ El editor también insistió en que se refiriera a los animales como tales y no emplease palabras destinadas a humanos. Goodall se negó, y su estudio se publicó de todas formas. ¿Nos predispone el uso de un nombre o de un número, o nos ayuda a ver? Aunque a un rosal se le llame Dorothy, ningún botanista defendería que fuese capaz de mostrar afecto o tener ideas. El ruego de Julieta a Romeo «¡Oh, sea otro tu nombre!» puede decir más de los humanos que de los ratones.* Tanto acercarse demasiado a los animales como mantenerlos demasiado alejados predisponen de la misma forma, si lo que se necesita es apreciarlos con nitidez. Al nombrar a un lobo con el veinticinco, los observadores de lobos empezarán a pensar en Veinticinco como el nombre del animal, ya que los lobos se revelan como individuos, tienen relaciones y personalidades. Un lobo es un «quién».

Precoz a sus dos años, Ocho Veinte destaca del resto, incluso en comparación con sus dos hermanas, que son un año mayores. Doug McLaughlin, un acérrimo observador habitual de lobos, de setenta y pocos años de edad, viene casi todas las mañanas.

–Ocho Veinte se parece muchísimo a su madre. Aunque sólo tenga dos años, es independiente y confía en sí misma. Tiene personalidad de líder nata. Y ya es una hábil cazadora, rasgo por el que su madre, Cero Seis, era famosa.

Los 10 lobos convergen hacia los terrenos llanos del valle, tanto los adultos de pecho ancho como las desgarradas crías de uno o dos años y pelaje aún erizado en el lomo.

–*Okey* –dicta Rick a la grabadora–. Gran reunión.

Los lobos se saludan efusivamente, levantan la cola y la agitan, aprietan los cuerpos unos contra otros y se lamen la cara. Se saludan entre sí de la misma forma que nos saludan nuestros perros cuando llegamos a casa.

Es el primer detalle de la profundísima impresión que me llevaré respecto a la comparación entre los perros y los lobos. Los lobos se dirigen y respetan

a sus mayores del mismo modo que los perros a sus cuidadores humanos. Pero al madurar, los lobos se convierten en dueños de sus propias vidas, mientras que los perros dependen y se someten eternamente a los humanos. Se trata de una mera sustitución con un desarrollo interrumpido. Los perros son cachorros de lobo que nunca llegan a crecer lo suficiente para asumir el control de sus propias vidas y sus propias decisiones. Los lobos asumen el control. Deben hacerlo.

Rick desenreda lo que se ha convertido en una maraña de pelaje en acción.

—Esa negra de ahí y la gris de la izquierda son hembras y casi tienen un año. La gris era la que estaba acostada al lado de Ocho Veinte. Es su hermana pequeña y no tiene collar. —Es muy sociable y le han puesto el sobrenombre de Butterfly—. Mira cómo empuja con la pezuña; eso es lo que hacen los cachorros para decir «quiero jugar». A la derecha de Butterfly, esos dos negros y ese gris... Son un año mayores y ayudaron a criarla.

Butterfly tiene que mostrarles su respeto a través de gestos sumisos como bajar el cuerpo y las orejas, parecidos a ciertos rituales humanos para rebajarse como la inclinación, la genuflexión, la reverencia o el bajar la mirada. El mensaje es: «Mi postura no es de ataque ni de desafío; me hago vulnerable ante ti».

—Para ella, eso no es ningún problema —explica Rick—. Es muy sociable, es amiga de todos.

Es obvio, la sumisión explícita les sirve a los individuos de estatus más bajo para protegerse frente a la agresión. Casi siempre.

Una de las lobas en particular exhibe una demostración exagerada de sumisión, con la cabeza gacha, las orejas bajadas y la cola entre las piernas. Una nueva y repentina escalada de violencia la pone boca arriba cuando tres lobos se abalanzan sobre ella. La que está bocarriba es la orgullosa y precoz Ocho Veinte.

Cuando su madre, Cero Seis, estaba viva, era sin duda la loba alfa, punto.

Pero eso era hace unos meses. Ahora las hembras de esta manada están compitiendo. De las tres hermanas que están encima de Ocho Veinte, una, un año mayor, adopta el papel de jefa. También es probable que esté preñada. Puede que Ocho Veinte también lo esté. Ha estado recibiendo de buena gana la atención de dos nuevos machos, lo que está un poco fuera de lugar. Dos camadas de una misma manada competirían directamente por hacerse con el alimento que sus miembros proveyeran. Todo esto convierte a Ocho Veinte en una amenaza para el estatus de su hermana mayor. Esa hermana, respaldada ahora por las dos compañeras negras de manada de Ocho Veinte, tiene la intención de atajar el problema de raíz.

Tendida bocarriba, Ocho Veinte no pelea, sólo intenta repeler a sus hermanas estirando las patas. Se hace una pausa tensa.

De repente, se produce una feroz escalada de la violencia. El resto empieza a morder a Ocho Veinte con todas sus fuerzas. No se trata de una exhibición ritual, es algo más que simplemente poner a un lobo en su sitio. Ocho Veinte gimotea y aúlla de dolor. Una hermana la muerde en el vientre, otra, en la cadera. Y ahora su hermana mayor la ataca por el cuello... Así es como los lobos matan a otros lobos.

En el momento en que Ocho Veinte ve la oportunidad de moverse, escapa corriendo. Pero sólo recorre una distancia corta.

Se da la vuelta haciendo círculos y se agacha en señal de profunda sumisión: quiere que al menos le permitan quedarse con su familia. Sus hermanas no están dispuestas a negociar; quieren expulsarla. Lo dejan claro mediante gruñidos y amenazas: acercarse... es mala idea.

Ocho Veinte desaparece entre ondulaciones de artemisa blancas como la nieve. Este instante preciso, el destierro impuesto por sus propias hermanas, es el último momento decisivo en la vida de Ocho Veinte.

El momento decisivo fundamental tuvo lugar hace cuatro meses, cuando alguien mató a su famosa madre, Cero Seis. El final de la vida de la loba dio lugar a una intensa agitación en las vidas de los supervivientes de su familia.

Para comprender por qué Cero Seis fue una criatura tan extraordinaria y por

qué su muerte es tan importante, hay que retroceder una generación, hasta el pedigrí real de su linaje. Su abuelo fue el lobo más famoso de Yellowstone: Veintiuno.

* Traducción de Luis Astrana Marín, Bruguera, 1980. (*N. de las T.*)

El lobo perfecto

–Si alguna vez hubo un lobo perfecto –dice Rick–, ése fue Veintiuno. Parecía un personaje de ficción. Pero era real.

Incluso de lejos se reconocía la silueta de grandes hombros de Veintiuno.¹ Sin temer a nada ni a nadie cuando se trataba de defender a su familia, Veintiuno contaba con el tamaño, la fortaleza y la agilidad necesarias para luchar contra viento y marea y vencer contra todo pronóstico.

–En dos ocasiones, vi a Veintiuno enfrentarse a seis lobos que lo atacaban... y derrotarlos de forma aplastante –cuenta Rick–. Mirarlo era como ver algo de aspecto sobrenatural. Como ver luchar a Bruce Lee, pero en la vida real. Solía pensar: «Un lobo no es capaz de hacer lo que veo que hace este lobo». –Rick explica–: Ver a Veintiuno era como ver a Mohamed Ali o a Michael Jordan... Un talento único en su clase en su mejor momento, el culmen de las destrezas de su especie, un talento fuera de serie.

Y lo que es normal para un lobo no lo es para un humano, porque cada uno de los lobos es un atleta profesional.

Veintiuno destacaba frente al resto por dos motivos: jamás perdió una pelea, y jamás acabó con la vida de un oponente derrotado. Veintiuno fue un superlobo.

Veintiuno llegó al mundo en la primera camada de cachorros que nacía en Yellowstone en casi setenta años. Sus padres habían sido capturados vivos en Canadá y enviados expresamente a Yellowstone para reintroducir al lobo en un sistema que se había desequilibrado por contar con un número de uapitís

mucho mayor del que la tierra era capaz de soportar. Después de más de setenta años sin lobos, la población de uapitís había aumentado hasta tales cifras que el invierno para ellos iba asociado a la escasez y el hambre. Sin embargo, para los lobos recién llegados, este desequilibrio significaba una abundancia de alimento.

Pero a pesar de que los lobos habían estado ausentes mucho más tiempo de lo que la mayoría de la gente podía recordar, justo antes de que naciese Veintiuno, alguien disparó y mató a su padre.

Una loba no lleva bien el ser madre soltera. Los investigadores, no del todo convencidos, decidieron capturarlos a ella y a sus lobeznos y alimentarlos en un redil de menos de media hectárea.

Cuando los humanos llevaban la comida al redil, todos los lobos huían hacia la valla más alejada, excepto un lobezno, que se dirigía hasta un pequeño montículo del recinto y se situaba entre los humanos y el resto de su familia. Este cachorro recibiría más tarde el collar de localización número veintiuno.

Con dos años y medio de vida, Veintiuno abandonó a su madre, a su padre adoptivo y a su manada de nacimiento y se incorporó tan campante a una familia conocida como la manada de Druid Peak, menos de dos días después de que también hubiesen tiroteado ilegalmente a su macho alfa. Las hembras Druid acogieron a este excelente lobo macho; los lobatos estaban contentísimos con la gran nueva adquisición. Veintiuno adoptó a los cachorros y ayudó a alimentarlos. Sin hacer ningún ruido, se había ido de casa para convertirse inmediatamente en el macho alfa de una manada ya establecida. Fue su gran salto en la vida.

Veintiuno era «extraordinariamente manso» con los demás miembros de la manada, cuenta Rick. Justo después de matar a una presa, a menudo se alejaba para orinar o para acostarse y echar un sueñecito, así les daba a los miembros de la familia que no habían participado en la caza la oportunidad de comer hasta saciarse.

Una de las actividades favoritas de Veintiuno era luchar con los lobeznos.

–Y lo que le gustaba más que nada –añade Rick– era fingir que perdía. Disfrutaba una barbaridad haciéndolo. –Ahí estaba ese gran lobo macho, que dejaba que cualquier lobato pequeño saltara sobre él y le mordiese el pelaje–. Lo único que hacía era dejarse caer de espaldas con las patas en el aire. –Rick hace como que lo imita–. Y ahí estaba el cachorro, con aires de vencedor, de pie sobre él y meneando la cola. La capacidad de fingir –añade Rick– demuestra que comprendes cómo los demás perciben tus actos. Es señal de una gran inteligencia. Estoy seguro de que los lobatos sabían de qué iba todo, pero era la forma de que aprendiesen lo que se siente al conquistar algo mucho más grande que tú. Y ese tipo de confianza en ti mismo es lo que necesitan los lobos cada día en sus vidas de cazadores.

Al principio del periodo de Veintiuno como macho alfa, tres hembras de su manada dieron a luz. Fue algo extraordinario. Normalmente, sólo tiene crías la hembra alfa o loba matriarca. Las tres camadas reflejaban la abundante cantidad de alimento, algo fuera de lo normal. La sorprendente cifra de 20 cachorros logró sobrevivir, lo que engrosaba la manada, grande ya de por sí, hasta el increíble número de 37 lobos, el más alto jamás documentado. Dado que el tamaño de la manada era el resultado de una base alimenticia inflada de forma muy artificial tras siete décadas de ausencia de lobos, es probable que esta manada, compuesta por más de tres decenas de miembros, haya sido la más grande de todos los tiempos.

–Sólo Veintiuno tenía lo que hacía falta para dirigir un equipo tan grande –comenta Rick McIntyre.

No todo era paz y tranquilidad. La alta densidad de población seguramente daba lugar a una alta y anómala conflictividad entre los propios lobos. Veintiuno participó en no pocas peleas, tanto en la defensa del territorio como con miras a su expansión.

Las luchas territoriales de los lobos se asemejan a las guerrillas tribales humanas. Cuando las manadas luchan entre sí, los números cuentan, pero la experiencia es muchísimo más relevante.² Mientras los adultos de ambas manadas arremeten directamente contra sus rivales, huyen despavoridos de

ellos o luchan para salvar la vida, los más jóvenes pueden parecer perdidos en medio de la confusión. Los lobeznos menores de un año a menudo parecen consternados por el ataque (todo apunta a que la violencia es algo que hasta los lobos deben aprender), y puede que un cachorro inmovilizado por los atacantes se rinda sin más. Los lobos a menudo concentran sus fuerzas en los alfas de la manada rival, como si comprendiesen claramente que si son capaces de dejar fuera de combate o de matar a los cabecillas con más experiencia, la victoria será suya.

Los conflictos letales entre grupos tribales no son un rasgo exclusivo de los humanos o de los chimpancés. La segunda causa más común de muerte entre los lobos de las Rocosas es el ataque de otros lobos. (Los ataques humanos son la primera.) Pero tal como se ha mencionado, Veintiuno se distinguía del resto por dos motivos: uno, jamás perdió una pelea, y dos, jamás mató a un lobo vencido.

El autocontrol de Veintiuno al dejar escapar a los rivales vencidos parece increíble. ¿Por qué lo haría? ¿Por piedad? Otro adjetivo para describir a una persona que no saca partido a su superioridad frente a un oponente amenazador es «magnánimo». ¿Puede un lobo ser magnánimo? Y si lo es, ¿por qué motivo?

Cuando, en vez de matarlo, un humano deja libre a un contrincante vencido, el vencido pierde categoría a ojos del espectador pero el vencedor nos resulta aún más digno de admiración. No puedes ser magnánimo a menos que venzas, de manera que al vencer ya has demostrado tu valía. Y si muestras piedad, tu falta de temor muestra una tremenda seguridad. Puede que los espectadores crean que lo ideal sería seguir a alguien así, alguien que, no obstante su fortaleza, se inclina por la tolerancia.

Aunque gobernasen a cientos de millones de personas, los líderes más valorados y de mayor estatus de la historia no son hombres fuertes y despiadados como Hitler, Stalin o Mao, sino Gandhi, King y Mandela. Los luchadores pacíficos se granjean un mayor estatus universal que los violentos. Mohamed Ali, para muchos el hombre más famoso del mundo, practicaba un

ritual de combate que hablaba de paz y se negaba a ir a la guerra. A pesar de que su decisión de negarse a matar le costase millones de dólares y su título de peso pesado, su estatus aumentó hasta un nivel sin precedentes.

Para los humanos y muchos otros animales, el estatus tiene una enorme relevancia: preocupa nuestra mente, ocupa nuestro tiempo y nos cuesta energía. Por él se arriesgan grandes riquezas y se derrama mucha sangre. Los lobos no entienden por qué el estatus y el dominio son tan importantes para ellos, o al menos no lo entienden más que los humanos. Sin pedirnos nuestra opinión, ni tan siquiera molestarse en informarnos de la estrategia subyacente, nuestros cerebros producen unas hormonas que hacen que nos sintamos obligados a esforzarnos por alcanzar un estatus y reafirmar nuestro dominio, que parece un fin en sí mismo. No nos hace falta saberlo, pero he aquí el porqué: un estatus alto contribuye a la supervivencia. El estatus es un arma diaria en la pugna por la pareja y el alimento. Es decir, en el momento en que las parejas o el alimento escasean, el individuo de mayor estatus tiene ventaja. Lo que está en juego es la supervivencia y, en última instancia, en la supervivencia lo que está en juego es la reproducción: la posibilidad de reproducirse, de contar. La dominancia permite superar al resto en la pugna por el alimento, por la pareja, por el territorio preferido... lo que estimula la reproducción. Como a los perros a quienes les gusta ir en coche por el simple hecho de que los lleva a lugares emocionantes, a nosotros tampoco nos hace falta comprender el cómo ni el porqué de todo el mecanismo. Sólo tenemos que saber que lo queremos. No podemos esperar que los lobos comprendan, mejor que nosotros, lo que nos mueve a todos.

Así que volviendo al tema anterior, ¿puede un lobo ser magnánimo? En los humanos, como hemos visto, dejar escapar a un rival vencido es una demostración tanto de una mayor fortaleza como de una extraordinaria seguridad en sí mismo. Apreciamos ambas. En los animales que viven en libertad, la demostración pública del exceso se denomina a veces «principio de la desventaja».³ Casi cualquier tipo de exceso nos impresionará, siempre que sea algo que apreciamos, como la valentía, la belleza o la riqueza. En los

humanos, elevar el propio estatus haciendo gala de un exceso de riqueza se denomina «consumo ostentoso». Pero el mensaje que transmite una colección de automóviles antiguos no es muy distinto al que transmite un alcaudón que, para exhibirse en público, acumula ratones muertos que no se molesta en comer pero que cuelga en espinos a la vista de todos.

Muchos animales pujan por un mayor estatus haciendo ostentación de un exceso de acumulación (ratones o mansiones), un exceso de belleza (las colas de los pavos reales o un pelo largo y suntuoso) o un exceso de riesgo (en el deporte, en la guerra o en los negocios). El investigador iconoclasta israelí Amotz Zahavi, que captó y acuñó por primera vez el principio de la desventaja, estudió unas aves llamadas turdoideas árabes, que viven en grupos. Se dio cuenta de que las aves realmente competían entre sí por la oportunidad de luchar contra sus rivales. A tales aves las consideró altruistas ya que se podría decir que las luchadoras se disputaban el honor de exhibirse arriesgando la vida por el bien de su grupo. Si fuesen soldados, regresarían al nido luciendo medallas. «El acto altruista –escribe Zahavi– puede considerarse una inversión (desventaja) en la afirmación del prestigio social, lo que demuestra la fiabilidad de la afirmación.» No sólo estás afirmando tener más de lo que hay que tener; estás demostrando que realmente lo tienes. Los espectadores quedan impresionados... No puede ser de otro modo.

Liberar a un rival vencido pero potencialmente letal sube fuertemente la apuesta inicial. Un individuo que muestra una seguridad tan fuera de lo común eleva su propio estatus. Algunos de esos animales podrían ser lobos. Otros podrían ser superhéroes.

–¿Por qué no mata Batman al Joker? –pregunta Rick a modo retórico antes de dar su respuesta–. Cuando admiramos al héroe que es capaz de dominar su fuerza, nos impresiona su poder. Una historia en la que el bueno mata al malo no es ni la mitad de interesante que una historia en la que el bueno tiene un dilema moral. En la que muchos consideran la mejor película de todos los tiempos, Humphrey Bogart conquista el amor que buscaba. Pero lo organiza todo de forma que el otro hombre no pierda a su mujer y no sufra. Por eso lo admiramos. Cuando somos testigos de la fortaleza combinada con el autocontrol, queremos seguir a ese individuo. Es algo que realza

enormemente su estatus.

Es obvio que Rick reflexiona bastante sobre esto. El personaje de la película se siente constreñido por sus principios éticos. Pero ¿tienen los lobos principios morales o éticos? Rick se ríe ante la idea.

–Sería una herejía científica afirmarlo. Pero...

En la vida de Veintiuno, hubo un macho en particular, una especie de Casanova errante, un fastidio constante. Era pasmosamente atractivo, tenía una gran personalidad y siempre andaba haciendo algo interesante.

–La palabra que mejor lo describe es «carisma» –comenta Rick–. Las lobas estaban encantadas de aparearse con él. La gente estaba totalmente enamorada de él. Sobre todo las mujeres. A las mujeres les bastaba con una mirada... No querían que se dijese nada malo sobre él. Sus irresponsabilidades e infidelidades daban igual.

Un día, Veintiuno descubrió a este Casanova entre sus hijas. Fue corriendo hacia donde estaban, lo agarró y empezó a morderlo y a inmovilizarlo contra el suelo. Varios miembros de la manada se lanzaron al ataque y le dieron una paliza a Casanova.

–Casanova también era grande –cuenta Rick– pero era un mal luchador. En ese momento se vio totalmente abrumado, la manada iba a matarlo. De repente Veintiuno da un paso atrás. Todo se detiene. Los miembros de la manada miran a Veintiuno como diciendo: «¿Por qué ha parado papá?». Casanova se levanta de un salto, como siempre ocurre en estas situaciones, y sale corriendo.

Pero Casanova siguió dándole problemas a Veintiuno. A ver, y ¿por qué no mata Batman al Joker y ya está, así no tendrá que volver a ocuparse de él nunca más? Con Casanova y Veintiuno, aquello no tenía sentido... hasta años más tarde.

Avancemos rápidamente. Tras la muerte de Veintiuno, Casanova se convirtió durante un breve periodo en el macho alfa de la manada de los Druid. Pero no era eficiente, recuerda Rick.

–No sabe qué hay que hacer, no tiene madera de líder y punto. –Y aunque es muy poco común que un hermano más joven deponga a uno mayor, eso es lo que ocurrió–. Su hermano, un año menor que él, tenía una personalidad

alfa mucho más innata.

A Casanova no le importó, aquello significaba que volvía a ser libre para merodear en busca de otras hembras. Con el tiempo, él y algunos machos Druid conocieron a otras hembras y todos juntos formaron la manada Blacktail.

–Con ellos –recuerda Rick–, por fin se convirtió en un macho alfa responsable y ejemplar, además de en un gran padre.

Mientras tanto, la sarna debilitó y causó estragos entre los poderosos Druid, que también se vieron reducidos en número por las luchas internas de la manada; al último de los Druid lo tirotearon cerca de Butte, Montana, en 2010. Casanova, aunque se había mostrado reacio a luchar, murió en una pelea con una manada rival. Pero todos los miembros de la manada Blacktail salieron ilesos, incluidos los nietos y bisnietos de Veintiuno.

Los lobos no pueden prever estos giros inesperados del destino, al menos no más que las personas. Pero la evolución sí. Sus cálculos incluyen resultados a largo plazo. Al dejar escapar con vida al lobo Casanova, Veintiuno en realidad estaba contribuyendo a garantizar la supervivencia de sus descendientes. Y en la evolución, los descendientes que sobreviven son la única moneda de cambio con valor. Cualquier cosa que haya ayudado a los descendientes a sobrevivir quedará impresa en la herencia genética familiar, una tendencia evolucionada en el juego de herramientas conductuales.

Por lo que, en términos estrictamente supervivencialistas, ¿debería un lobo dejar escapar a su rival? ¿Es el autocontrol una estrategia eficaz para la acumulación de beneficios? Creo que la respuesta es sí, si te lo puedes permitir, porque a veces tu enemigo hoy se convertirá mañana en un vehículo para tu legado. Lo que Rick vio representado durante esos años puede que no sea más que el tipo de acontecimientos que constituyen el fundamento de la magnanimidad en el lobo, y el núcleo de la compasión en el hombre.

Muy al principio, cuando Veintiuno era joven y aún vivía con su madre y su padre adoptivo, uno de sus nuevos lobeznos no actuaba de un modo normal. Los demás cachorros le tenían un poco de miedo y no jugaban con él. Un día,

Veintiuno regresó con comida para los cachorritos, y después de alimentarlos, se quedó allí de pie, mirando a su alrededor en busca de algo. Al poco empezó a mover la cola.

–Estaba buscando al cachorrito enfermizo –explica Rick– y al encontrarlo se fue derecho hacia él para entretenerlo un rato. –De repente, Rick parece buscar dentro de sí, como si quisiera expresar algo más profundo. Después me mira, y simplemente dice–: De todas las historias que tengo sobre Veintiuno, ésta es mi favorita.

La fortaleza nos impresiona, pero lo que recordamos es la generosidad.

La mayoría de los lobos experimentan muertes violentas. A pesar de haber llevado una vida plena y violenta, incluso para los estándares de un lobo, Veintiuno marcó la diferencia hasta el mismo final de sus días: fue un lobo negro que se volvió gris con los años y se convirtió en uno de los pocos de Yellowstone que murieron de viejos.

Un día de junio, cuando Veintiuno tenía nueve años, su familia estaba acostada cuando un uapití se acercó. Todos saltaron para darle caza. Él también saltó, pero sólo se quedó mirando lo que pasaba y después se volvió a tender. Más tarde, cuando la manada se dirigía hacia su guarida, Veintiuno cruzó el valle en la dirección opuesta, emprendiendo adrede un viaje a otro lugar, en solitario.

Algún tiempo más tarde, un visitante que se había adentrado en el campo, y había ascendido bastante, informó de haber visto algo muy insólito: un lobo muerto. Rick cogió un caballo y subió para investigar.

Aquel último día, al parecer, Veintiuno supo que había llegado su hora. Empleó sus últimas energías para ascender hasta la cima de una elevada montaña. En uno de los lugares de reunión favoritos de su familia, donde año tras año había jugado con sus lobeznos, en medio de la hierba alta del verano y las flores silvestres de la montaña, Veintiuno se acurrucó a la sombra de un gran árbol. Y de la forma que él creyó oportuna, se fue a dormir por última vez.

Rick había visto a Veintiuno prácticamente todos los días de su larga vida

y había sido testigo de su evolución, de simple lobezno a motor de la manada, hasta su último paseo por el valle. Aquel día, antes de ascender para investigar qué había pasado, le dijo a Doug McLaughlin que cuando regresase le contaría lo que hubiese descubierto. Más tarde, cuando Doug vio a Rick volver desde el prado, se dirigió hacia él, expectante por el informe que Rick le había prometido.

Pero Rick se fue derecho a su vehículo. Abrió la puerta y, antes de entrar, se vino abajo y rompió a llorar. Y mientras Doug McLaughlin recordaba esta historia y me la contaba, no pudo evitar el nudo en la garganta; yo bajé la mirada al suelo.

Manadas que suman y restan

Una manada de lobos no es más que una familia.¹ Lo que conocemos como manada es, en su forma más básica, una pareja reproductora y sus cachorros. Muchas veces llamamos a los individuos reproductores «hembra alfa» y «macho alfa». Sin embargo, los expertos en lobos consideran que el término «alfa» es anticuado y suelen referirse a la hembra reproductora como matriarca de la manada, ya que es quien inicia la mayoría de las decisiones.

La idea clásica de cómo se forma una manada es la siguiente: chico conoce a chica, tienen descendencia, y ya tenemos la manada. Y sí, eso sucede. Pero es que con los lobos sucede de todo. Mucho de ello depende de la personalidad del individuo y de los encuentros casuales. A veces dos o tres hermanos forman una nueva manada con dos o tres hermanas de otro grupo. En un año o dos, algunos de ellos pueden separarse para formar otra manada. Éste es el aspecto «fisión-fusión» tanto de los grupos de lobos como de los humanos (compartido con los elefantes).

Los lobos de una pareja alfa muestran una profunda lealtad mutua con respecto a la defensa y la asistencia. (La lealtad que tanto nos gusta en los perros, ese carácter de «mejor amigo», se debe al lobo que hay en ellos.) Y los alfas dependen en gran medida de sus hijos en cuestiones esenciales como la caza, la alimentación y la vigilancia de los lobeznos, la protección del territorio y la defensa contra atacantes rivales.

Al igual que los humanos, los lobos obedecen y rompen las reglas, e interpretan numerosas variaciones del concepto de familia. Como muchos humanos «monógamos», los lobos a veces colorean por fuera de la línea. Los machos pueden cruzar los límites de las manadas en busca de una aventura.

Por lo general, las hembras suelen tolerar a los machos errantes. Sin embargo, para un macho es muy peligroso estar en el territorio de otra manada. De todos modos, a veces se arriesgan por una cita nocturna.

El cuidado prolongado de las crías es una parte esencial de la sociedad y la vida familiar de los lobos.² Los cachorros permanecen junto a sus padres durante varios años. Los lobeznos de mayor edad ayudan a cuidar a los pequeños mientras maduran para convertirse en jóvenes adultos, lo que da lugar a grupos multigeneracionales. Llegado el momento, abandonan a sus padres para formar sus propias familias. Desde los cubiles y los puntos de encuentro (lugares aislados para esconder cachorros muy jóvenes), los adultos se turnan para cazar, traer comida, jugar con los lobeznos, y aguantar simulacros de emboscadas y tirones de cola de unas de las crías más juguetonas e insistentes del mundo.

—La vida de los lobos gira en torno a tres cosas —dice contando con los dedos Doug Smith, el líder del equipo de investigación de lobos de Yellowstone—: viajan, matan y socializan; socializan mucho. Gran parte de su vida depende de su sociabilidad, si es que esa palabra existe. Y después de más de treinta años estudiando a los lobos —resume—, puedo decir sin miedo a equivocarme que no se puede afirmar sin más «los lobos hacen esto», «los machos hacen eso», «las hembras hacen aquello». No. Los lobos presentan una fantástica individualidad.

»Si alguna vez has visto lobos en cautividad —continúa Doug—, te habrás dado cuenta de que siempre están paseando de arriba abajo; lo que quieren es irse. Estos animales viajan entre diez y sesenta kilómetros al día. Y no sólo para cazar, también para conservar su territorio. Son muy competitivos cuando se trata de proteger lo suyo.

»¿Una cuarta cosa sobre los lobos? —Más que una pregunta, es una explicación—: Son fuertes.

Durante las labores de reintroducción, los científicos estaban preocupados por que los lobos canadienses capturados en la naturaleza trataran de regresar corriendo a casa, a Canadá. Así que durante varias semanas los mantuvieron

en grandes «corrales de aclimatación».³ La mayoría de ellos lo aceptaron, pero tres lobos desafiantes nunca llegaron a adaptarse a la reclusión. Uno de ellos saltó lo bastante alto para agarrarse a una parte de la valla de tres metros de altura que sobresalía, a continuación logró enroscar el cuerpo alrededor de la malla y escapó. Y una vez que lo consiguió, cavó desde fuera para liberar a sus compañeros. Estos tres lobos se causaron graves daños en los colmillos mordisqueando sin tregua la alambrada, ya que se los gastaron hasta dejarlos lisos.

–Pensé que estaban prácticamente sentenciados –recuerda Smith–. Pero después de liberarlos, no se notaba que les pasara nada. Me preguntaba: «¿Cómo es posible que un lobo sin colmillos mate uapitís?». –Las mandíbulas de los lobos ejercen una fuerza de casi noventa kilos por centímetro cuadrado, el doble de la de un pastor alemán–.⁴ Es una fuerza aplastante.

En cuatro o cinco ocasiones, Doug Smith ha atrapado un lobo para cambiarle el collar y ha descubierto que al animal se le había curado una pata rota.

–Desde que les pongo el primer collar les sigo la pista constantemente, ¡y en ningún caso ha habido indicios de que se hubieran roto una pata en ese tiempo!

Una vez, Smith se encontraba en un helicóptero sobre una manada que corría.

–Avanzaban por la nieve profunda zambulléndose. Lancé un dardo al lomo de uno de ellos para ponerle un collar. Cuando nos acercamos a él en el suelo, me impresionó ver que sólo tenía tres patas. Desde el aire no se notaba nada en su forma de correr. –En ese mismo grupo, otra loba se rompió el hombro a finales de invierno, probablemente por una patada de uapití o de bisonte–. Tenía nada más y nada menos que diez años (una longevidad excepcional para un lobo en libertad) y aguantó la primavera e incluso el verano siguiente. Creo que los demás la ayudaban. –En otoño se fue apagando–. Cuando examinas sus huesos, ves que estos tipos llevan una vida durísima y tienen un aguante increíble.

En una ocasión, Smith se encontró con una hembra alfa que arrastraba la

pata; observaba atentamente cómo cazaba su manada. En lugar de esconderse y cuidarse la fractura, estaba ahí, alerta a todo lo que sucedía. Se curó y sobrevivió.

—No —declara Doug—. Los lobos jamás se lamentan. Nunca piensan «pobre de mí». Siempre están dispuestos a seguir adelante. La pregunta constante es «¿y ahora qué?».

Las manadas de lobos desarrollan personalidades que las distinguen. Los Druid viajaban sin importarles las fronteras.⁵ En cambio, la manada Mollie estableció un territorio a una altura elevada, maravilloso en verano pero especialmente inhóspito en invierno, con nieves profundas, temperaturas que caían a cuarenta grados bajo cero y sin uapitís a la vista. Tan sólo quedaban unos pocos bisontes de gran tamaño, «bestias fuertes y mastodónticas», como las llama Smith.⁶ Lo cierto es que a lo largo de varias estaciones los lobos Mollie lograron convertirse en eficaces cazadores de aquellos bisontes invernales de cientos de kilos de peso. En uno de sus intentos, 14 lobos condujeron a un bisonte macho hacia la nieve profunda «con el objetivo de poner en peligro su equilibrio y su capacidad de cocear». A pesar de que el bisonte «se quitaba de encima literalmente a los lobos» una y otra vez, los lobos insistieron y, tras un asedio de nueve horas, lograron matar al animal. Los bisontes se sitúan en el nivel superior de las habilidades cazadoras de una manada de lobos, y los miembros de la manada Mollie que mataron aquellas bestias eran de los más grandes de Yellowstone. Es muy probable que fuera cuestión de selección natural, ya que sólo los lobos de mayor tamaño habrían podido sobrevivir todo el año sometidos a semejantes temperaturas y enfrentándose a bisontes gigantes.

Casi todos los depredadores cazan presas de tamaño menor al suyo. Los lobos, sin embargo, cazan animales mayores que ellos mismos. Muchas veces su presa pesa de cinco a diez veces lo que un lobo. Eso requiere cooperación, y por eso los lobos viven en grupos. Ser lobo es trabajar en equipo. Esto les

convierte en animales muy sociales, lo que a su vez los hace especiales.

Los depredadores que cazan animales más grandes que ellos tienden a hacerlo en grupos organizados con estructuras sociales y división del trabajo. Sólo unas pocas especies pertenecen a esta categoría de élite, como por ejemplo el perro salvaje africano (también conocido como lobo pintado o perro hiena, *Lycaon pictus*), el león, la hiena manchada y varios delfines, incluidos los tipos de orcas que cazan mamíferos. Y también los humanos; nosotros también somos especiales.

Los leones se colocan en posición de «extremo» y «central», los extremos provocan una estampida de la presa hacia los centrales, que esperan emboscados. Cada individuo se especializa en uno de los dos roles, y los extremos se dedican al lado izquierdo o al derecho. Los delfines nariz de botella a veces se dividen el trabajo: algunos nadan de un lado a otro para bloquear la salida a los peces atrapados, mientras que otros los capturan de forma activa.⁷ De vez en cuando los bloqueadores se acercan a las presas y los que estaban comiendo pasan a bloquear, de manera que deben de indicarse el cambio unos a otros de algún modo. En ocasiones se dividen la tarea en «delfines conductores», especializados en empujar a los peces hacia los «delfines barrera». En esos grupos, los individuos suelen mantener sus roles especializados. Las yubartas se sumergen por debajo de los bancos de peces y después los envuelven en un cilindro de burbujas ascendentes.⁸ Los cetáceos atraviesan esta «red de burbujas», abarrotada de peces aterrorizados, ascienden y los embisten para emerger con la boca abierta de par en par y engullendo a sus presas. Los científicos se han sorprendido al descubrir que estas ballenas a veces forman equipos estables para crear estas redes de burbujas, con individuos que trabajan juntos de año en año adoptando las mismas posiciones a lo largo del tiempo. Cuando observaron a ocho yubartas realizar 130 acometidas a lo largo de tres días, cada uno de los cetáceos se mantenía siempre en la misma posición en relación con sus compañeros. Al igual que los lobos, estas criaturas parecen saber con exactitud qué está sucediendo, qué están haciendo y quién lo está haciendo, de manera que llevan las de ganar en lo que respecta a la supervivencia.

Las cacerías de los lobos pueden parecer desorganizadas a primera vista. Puede que diez lobos se aproximen a cien uapitís, y lo que se ve, según Rick, es que «todos van persiguiendo a distintos uapitís. Pero en medio del caos, todos están buscando indicios de un uapití concreto más vulnerable. Y todos se vigilan mutuamente. Es un método eficiente y bastante rápido para repasar un gran número de posibles presas».

Los lobos se dividen el trabajo. Los machos grandes corren a menor velocidad que las hembras y los machos más jóvenes y ligeros. (Las hembras pesan entre cuarenta y cincuenta kilos. Un macho grande, que alcanza su peso máximo hacia los cuatro años de edad, pesa entre cincuenta y sesenta. Los más grandes pueden llegar casi a los setenta kilos, pero raras veces los superan.) En las persecuciones rápidas tras una presa escogida, normalmente se ve en cabeza a las crías de un año de edad y a las hembras. Los más jóvenes suelen ser los primeros en alcanzar un uapití a la fuga. Le muerden los cuartos traseros y las ancas para ralentizarlo. Sin embargo, las crías no saben cuál es el mejor modo de matar al animal. (Y cuanto más tarden, más peligroso es para los lobos. Se conocen casos de lobos destrozados por cornadas mortales o por una patada desesperada y decidida que les rompe un hueso o les revienta los dientes, lo que da lugar a abscesos letales.) En ese momento se acerca un lobo grande que salta por encima de sus crías y del uapití, se da la vuelta y arremete para morderle el cuello.

Los mayores son quienes suelen iniciar las cacerías. A veces los miembros más jóvenes de la manada no entienden la estrategia. Un día, Rick vio cómo el macho alfa de la manada de Junction Butte, Puff, intentaba llevar al resto a una zona elevada. Nadie quería seguirlo. Sin embargo, Rick distinguió a varios uapitís ahí arriba. Puff ascendió solo y desapareció entre los árboles. De pronto, los uapitís se asustaron y echaron a correr, y el lobo emergió de entre los árboles detrás del último uapití, una hembra adulta.

—La presa tomó muchas malas decisiones en la fuga, y el lobo la iba alcanzando —cuenta Rick. Para entonces, toda la manada se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo. La pareja de Puff se acercó en diagonal a gran velocidad y atrapó al uapití por los cuartos traseros. El animal se la quitó de encima con una coz, pero la frenada permitió que Puff lo alcanzara y lo

apresara por el cuello. Gracias a un tercer miembro de la manada, consiguieron derribar al uapití-. Para los jóvenes es crucial y muy instructivo observar a los lobos mayores y más experimentados lidiar con la vida y la muerte –comenta Rick.

El concepto de «macho alfa» evoca la imagen del individuo más enérgico, agresivo y dominante; el líder maltratador que insulta y grita a todo el mundo y deja claro en todo momento que tiene el control absoluto. El jefe gruñón se ha convertido en la caricatura del macho alfa. Pero los lobos no son así.

En realidad son así: el macho alfa puede intervenir de forma decisiva en la cacería y después irse a dormir hasta que todo el mundo se haya saciado.

–La principal característica de un lobo macho alfa –dice Rick– es una serena confianza y seguridad en sí mismo. Sabe qué tiene que hacer, sabe lo que más le conviene a la manada. Se siente a gusto. Ejerce un efecto tranquilizador. Lo cierto es que resulta sorprendente lo poco agresivos que son los machos alfa, porque no necesitan serlo.

»Veintiuno era el típico macho alfa –explica Rick–. Era el tipo más duro de por aquí. Pero una de las principales características de su comportamiento era el autocontrol. Imagina un hombre muy seguro de sus emociones o un gran campeón de pesos pesados; lo que tuvieran que demostrar ya lo han demostrado. Piénsalo de este modo: entre dos grupos del mismo tipo (dos manadas de lobos, dos tribus humanas, lo que sea), ¿cuál de ellos tiene más probabilidades de sobrevivir y reproducirse: aquél cuyos miembros cooperan, comparten y se tratan con menos violencia unos a otros, o un grupo cuyos miembros se pelean unos con otros y compiten entre sí?

De manera que, según la experiencia de Rick en el parque, un macho alfa casi nunca actúa de forma abiertamente agresiva hacia los demás machos, que suelen ser sus hijos biológicos, adoptivos, o quizá sus hermanos. Simplemente tiene un tipo concreto de personalidad que los demás reconocen.

–El único momento en que es probable que lo veas hacer valer su dominio es en la época de celo, cuando el segundón se acerque a la hembra

reproductora y el alfa quizá gruña y enseñe los dientes. O se limite a mirarlo. Eso sería suficiente.

Si el macho alfa avanza con agresividad hacia el segundo macho, por lo general, para cuando lo alcanza, el otro ya está tirado de espaldas; puede que el alfa le dé un mordisco breve y suave en el hocico o en el cuello para transmitir su rango, pero sin intención de hacerle daño. El otro macho nunca se resiste. Normalmente se echa en una posición sumisa o se escabulle.

—¿Conoces ese gesto culpable de los perros cuando les riñes? Es el mismo gesto de los lobos. —Rick concluye—: Una violencia mínima fortalece la cohesión y la cooperación del grupo. Eso es lo que necesita la manada. Los machos alfa dan ejemplo.

Rick describe a Doug Smith como un macho alfa al estilo de los lobos:

—Doug es con diferencia el mejor supervisor con el que he trabajado. Su actitud es relajada, nos apoya; nunca le grita a nadie; es comprensivo con la situación de los demás. Su estilo de gestión es delicado por naturaleza. Confía en el sentido común y motiva a la gente sin esfuerzo. Cualquiera estaría dispuesto a trabajar noventa horas a la semana por él sin quejarse. Seguramente se avergonzaría si me oyera hablar así de él.

Decido pedir una segunda opinión sobre este tipo de líderes al propio macho alfa.

—Antiguamente la gente decía que el macho alfa era el jefe. —Doug sonrío y añade—: Eran sobre todo biólogos varones los que lo decían. En realidad, en la manada existen dos jerarquías, una de machos y otra de hembras. Y entonces, ¿quién manda? Es sutil, pero parece que las hembras son las que toman la mayoría de las decisiones. —Eso incluye adónde dirigirse, cuándo descansar, qué ruta seguir, cuándo salir de caza, y la decisión más importante de la manada: dónde establecer la guarida.

Algunas hembras parecen tener más importancia para sus manadas que otras.

—Manada Nez Perce: alguien mata a la hembra alfa. —Smith chasquea los dedos—. La manada se disuelve. Se acabó. Manada Leopold: la hembra alfa

muere y todo sigue como estaba; su hija se hace cargo del papel de reproductora. Como la seda.

Todos los que conocen a los lobos, como Smith, me dicen que sus personalidades son importantes. El carácter del individuo influye sobre cuánto juega, cómo caza, cuánto tiempo permanece con sus padres antes de marcharse a buscar fortuna, y qué tipo de líder será (si lo es).

–Pondré un par de ejemplos –dice Smith–. Siete era la loba dominante de su manada. Sin embargo, si la observabas durante unos días, sólo llegabas a la conclusión de que tal vez estuviese al mando. Al observarla durante años, me di cuenta de que efectivamente lo estaba. Dirigía al resto dando ejemplo. Así que cuando utilizo el término «matriarca», me refiero a una loba cuya personalidad da forma a la manada en cierto modo.⁹

Existen diferencias: Siete guiaba mediante el ejemplo, pero Cuarenta era una líder con puño de hierro. Doug insiste en esto lentamente:

–Personalidades... muy... diferentes. El liderazgo de Siete era tan sutil que podía estudiarla durante semanas. En cambio observando a Cuarenta durante una hora escasa ya veías que estaba al mando y que era... ¡una bruja!

Cuarenta, una loba excepcionalmente agresiva, había depuesto a su propia madre del rango más alto. (Después de aquello, la madre deambuló hasta salir del parque. Una noche de diciembre, el ladrido de un perro hizo que se abriera una puerta, se encendiera una luz, se disparara una escopeta, y la madre muriera.)

Cuarenta gobernó la manada Druid de forma tiránica durante tres años. Doug cuenta que si un miembro de la manada fijaba su mirada en ella un segundo más de lo debido, inmediatamente se veía de golpe en el suelo con un juego de colmillos sobre el cuello listo para atacar.

–A lo largo de su vida siempre estuvo empeñada en tener la sartén por el mango, mucho más que cualquier otro lobo que hayamos observado.

A quien más maltrataba Cuarenta era a su hermana, de la misma edad. La brutal opresión de su hermana le valió el nombre de Cinderella [Cenicienta].

Un año, Cinderella se separó de la manada principal y cavó una

madriguera, algo que las lobas sólo hacen para dar a luz. Poco después de que terminara, llegó su hermana y le dio una de sus infames palizas. Cinderella no se resistió, simplemente aguantó, como siempre. No está claro si parió ese año. Si es así, es probable que Cuarenta matara a los cachorros; nadie vio ninguno.

De todos modos, al año siguiente tanto Cinderella como su hermana abusona y otra hermana de menor rango parieron en madrigueras cavadas a varios kilómetros de distancia entre sí. (Como ya he mencionado, esto es muy poco habitual; refleja la altísima densidad de uapitís, fuera de lo normal, que se dio en los primeros años justo después de la reintroducción.)

Las madres recientes dedican todo su tiempo a cuidar a las crías y a vigilar; dependen de otros miembros de la manada para alimentarse.

Ese año, pocos miembros de la manada visitaron la guarida de la malhumorada hembra alfa. El compañero de Cuarenta, el famoso superlobo Veintiuno, fue quien le llevó casi toda la comida. En cambio, Cinderella recibió la ayuda de varios miembros de la manada, incluidas sus hermanas adultas.

Seis semanas después de parir, Cinderella y varios miembros de la manada que la ayudaban salieron de la guarida. Cuando pasaban cerca de la de Cuarenta, se toparon con la mismísima reina. Ésta inmediatamente atacó a Cinderella con «una ferocidad increíble, incluso para ella». Después dirigió su ira hacia una de sus hermanas más jóvenes, que acompañaba a Cinderella, y también le dio una paliza. Cuarenta enseguida se puso en marcha hacia la madriguera de su hermana. Cuando cayó la noche, todos trotaban hacia allí.

Sólo los lobos saben qué sucedió después, pero esto es lo más probable: a diferencia del año anterior, esta vez Cinderella no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados y dejar que su hermana llegara a su cubil, donde estaban sus lobeznos de seis semanas de edad. Estalló una pelea cerca de allí. Cuando esto sucede entre dos lobos, los demás enseguida se unen y toman partido. Es probable que Cinderella hubiera perdido un combate uno contra uno, pero en esta ocasión había al menos cuatro lobos, y Cuarenta no tenía ningún aliado entre ellos. Había llegado el momento de la venganza.

Al amanecer, Cuarenta estaba junto a la carretera, escondida, viva a duras

penas. Estaba cubierta de sangre, y sus heridas (que incluían un mordisco en el cuello tan grave que se le veía la columna vertebral) daban cuenta de un ataque muy virulento. Smith cuenta que uno de los agujeros que tenía en el cuello era tan profundo que podía hundir el dedo índice entero y aún sobraba espacio. Murió poco después; le habían seccionado la yugular. Sus hermanas, que durante tanto tiempo la habían sufrido, le habían cortado literalmente el pescuezo.

Es el único caso conocido por los investigadores de una manada que mata a su propia alfa. Cuarenta era un individuo extremadamente cruel. No es de extrañar que las hermanas decidieran actuar en contra de las normas de los lobos y se amotinaron.

Fue extraordinario. Pero aquello no fue más que el principio de la carrera de Cinderella. Adoptó a toda la camada de su hermana muerta, y también acogió a su hermana de menor rango y a sus lobeznos. Y así fue cómo ese verano, la manada Druid Peak crio la inaudita cantidad de 21 cachorros juntos en una única madriguera.

La hermana de menor rango, una vez liberada del yugo de Cuarenta, se convirtió en la mejor cazadora de la manada. Más adelante llegó a ser la benevolente matriarca de la manada Geode Creek. Lo que demuestra que un lobo, al igual que un humano, puede poseer talentos y habilidades que florecen o se marchitan dependiendo de su suerte.

—Cinderella era una hembra alfa extraordinaria —dice Rick McIntyre—. Cooperaba, devolvía favores compartiendo lo que tenía con las demás hembras adultas, invitó a su hermana a criar a sus cachorros junto a los suyos propios al tiempo que cuidaba también de los de su hermana derrotada... Estableció una política de tolerancia y cohesión que permitió que la manada Druid creciera hasta convertirse en la mayor de la que se tiene constancia. —Rick añade—: Dominaba a la perfección la habilidad de lograr que todo el mundo se llevara bien.

Una loba llamada Seis

A la luz oblicua de un nuevo día, la nieve polvo recién caída ha convertido el reino del hielo en algo parecido a un sueño. No hay viento. La quietud es total. Somos humildes testigos.

Es precioso, pero no hay lobos a la vista, así que, por supuesto, hablamos de lobos.

–Tenía una habilidad increíble para percibir cuándo las cosas no iban bien en la manada –dice Laurie Lyman, observadora incansable y recopiladora de noticias de lobos para la publicación en línea *Yellowstone Reports*. Naturalmente se refiere a la loba cuyo año de nacimiento se convirtió en su nombre, la famosa Cero Seis: la magnífica nieta del gran Veintiuno; fundadora alfa de la manada Lamar, a la que no vemos en este momento; mentora y compañera de Siete Cincuenta y Cinco y de su corpulento hermano; madre de la precoz Ocho Veinte, ahora desterrada; y mártir involuntaria a su pesar.

–Fue la hembra alfa que más reglas propias estableció en vida –añade Doug McLaughlin, que no deja escapar ninguna oportunidad de ensalzar a Cero Seis–. Hacía las cosas a su manera, y las hacía a las mil maravillas. Cuanto más la observabas, más la admirabas.

–Así que fue una gran pérdida, fue muy triste –recuerda Laurie. Sólo han pasado unos pocos meses y el dolor aún asoma a sus rostros en un gesto de autorrecriminación. Laurie confiesa–: En cierto modo la matamos de amor. En el parque estaba acostumbrada a ver gente, así que fuera del parque no se preocupaba especialmente.

El abuelo de Cero Seis fue el superlobo, y ella se labró una gran reputación como magnífica cazadora y experta estratega.

Un día, Rick vio 16 miembros de la manada Mollie (la manada cazadora de bisontes que ya había matado a otros lobos) que se dirigían a la guarida de los Lamar. Los lobos que descubren el cubil de una manada rival suelen matar a todos los cachorros, además de a todos los adultos que se interpongan en su camino. Eso es lo que iba a suceder también en aquella ocasión.

De camino, desaparecieron en las profundidades de una arboleda. De pronto, 17 lobos salieron corriendo de entre los árboles en dirección opuesta a la guarida. Cero Seis iba en cabeza, muy adelantada, pero los 16 lobos enemigos la perseguían y se acercaban rápidamente. Atravesaba a gran velocidad una pendiente abierta que acababa en un profundo precipicio. Iba directa hacia allí.

–Me di cuenta de que, presa del pánico, había cometido un error garrafal –recuerda Rick–. Cuando llegara allí se daría cuenta de que se había equivocado y de que su única opción era darse la vuelta y luchar. –Pero en un combate 16 contra uno no tenía ninguna posibilidad–. La habíamos observado toda su vida, y estábamos a punto de verla morir.

»Pero lo que ella sabía, y yo no, era que una pequeña grieta recorría toda la pared del precipicio, y que podía bajar por ella hasta el valle. Así que se sumergió en ella, y cuando los otros lobos llegaron al borde, no entendieron por dónde había bajado.

»Sin embargo, seguía habiendo un gran problema: lo único que tenían que hacer era seguir su rastro en dirección inversa para llegar a la madriguera, donde los lobeznos estaban completamente desprotegidos.

»Entonces apareció una de sus hijas adultas e hizo algo que yo consideré una estupidez. Se quedó allí, a la vista de todos. Los lobos enemigos la vieron y cargaron hacia ella. Corrió hacia el este. Era una loba muy rápida y enseguida los dejó atrás, pero al mismo tiempo los alejó de la guarida y de los cachorros.

Para cuando la persecución acabó, los Mollie parecían confusos, agotados y desorganizados. Se adentraron en el valle, cruzaron el río a nado y no volvieron.

Y aquellos lobeznos que sobrevivieron aquel día porque sus adultas atrajeron a los atacantes son algunos de los lobatos a los que estamos esperando.

Cero Seis se ganó la reputación de mejor cazadora de Yellowstone. Sólo en cuatro ocasiones se había visto que unos lobos lograran matar a dos uapitís en una única cacería. Y como es de suponer, eso siempre requería la presencia de una manada.

–Eso era antes de que Cero Seis comenzara su carrera –dice Doug McLaughlin con algo parecido al orgullo. Esta loba logró cazar a dos uapitís en una sola cacería en tres ocasiones, siempre en solitario.

Un día, una uapití de más de doscientos kilos y su joven cría salieron de entre los árboles. Cero Seis las seguía descuidadamente a unos cien metros de distancia. El uapití aceleró el paso. Su objetivo era llegar al río y adentrarse en el agua a suficiente profundidad para que el lobo flotara antes de llegar a su altura. El uapití sabía qué debía hacer, y logró su objetivo.

Cero Seis decidió jugársela y esperar. En una ocasión mantuvo a un uapití en el agua durante tres días, y llegado el momento lo mató. Así que se tumbó en la orilla.

Los dos uapitís se separaron: la madre corriente abajo, y el joven corriente arriba. La tensión crecía a medida que la cría, cada vez más vulnerable, alcanzaba un tramo menos profundo.

–Y en cuestión de segundos –cuenta Doug–, Cero Seis estaba sobre la madre.

Mientras que los humanos se habían centrado en la cría, más vulnerable, Cero Seis había analizado la situación de un modo distinto: si atacaba al pequeño, estaría intentando matarlo con un mordisco sostenido mientras la madre, del tamaño de un caballo, se abalanzaría sobre ella hecha una fiera con las afiladas pezuñas por delante.

Lo que sucedió fue lo siguiente: Cero Seis no podía atrapar a la madre uapití en el agua, así que incitó al animal desde tierra firme para que cargara. Como era de esperar, el uapití corrió hacia la orilla agitando furiosamente las

patas delanteras. Cero Seis esperó su momento, y entonces saltó por encima de las pezuñas en movimiento y agarró al uapití por el cuello.

Las dos dieron volteretas por la terraza del río y cayeron al agua. Cero Seis tenía la cabeza sumergida, así que abrió la boca y usó todo el cuerpo para mantener la cabeza del uapití bajo el agua.

–La vimos demostrar un conocimiento total de su presa de un modo que no hemos visto en ningún otro lobo –me explica Doug–. Y fue la matanza de un uapití más rápida que he presenciado jamás.

A los lobos puede llevarles unos diez minutos matar a un animal con un mordisco en el cuello, pero este uapití se ahogó en poco más de dos minutos.

Sin embargo, ahora Cero Seis tenía un uapití muerto en el agua. Trató de arrastrarlo fuera pero no pudo, así que planeó otra estrategia: arrastró al uapití hasta aguas más profundas, lo dejó flotar río abajo hasta una especie de playa y lo sacó allí.

Comió un poco y después se echó a descansar en la orilla.

Mientras, la cría parecía estar pensando por sí misma.

–Había salido del agua y caminaba claramente hacia donde estábamos – dice Doug.

Cero Seis parecía esperar que el joven uapití regresara al río en algún momento. Y cuando lo hizo, no se adentró en aguas profundas, donde tendría ventaja, sino en un tramo demasiado profundo para correr a gran velocidad pero no lo bastante para que un lobo perdiera pie. En cuanto entró, Cero Seis echó a correr de un salto.

–Se produjo una intensa persecución entre salpicaduras y carreras de un lado a otro. El joven uapití ya pesaba más de cien kilos, y Cero Seis tardó bastante tiempo, unos diez minutos, en alcanzarlo. Y cuando lo agarró por el cuello, el animal comenzó a chillar sin parar. No fue precisamente el estrangulamiento perfecto. La gente que observaba la escena con sus hijos empezó a marcharse –recuerda Doug en tono serio–. El pobre uapití tardó diez o quince minutos más en morir.

Rick conoce una historia que incluye a Cero Seis y a varios coyotes. Una

primavera, en este valle había una manada de coyotes organizada como una manada de lobos (algo muy poco habitual) que contaba con media docena de individuos establecidos alrededor de una guarida. Los coyotes suelen tener miedo de los lobos, y con razón. Pero éstos, muy perspicaces, habían desarrollado la estrategia de acosar con agresividad a los lobos, especialmente a los jóvenes, que se dirigían en solitario a la madriguera en la que Cero Seis tenía a sus cachorros. Cualquier lobo que fuera a visitar a los lobeznos iba siempre lleno de comida para entregarla (un lobo puede llevar hasta diez kilos de carne en el estómago). Los coyotes rodeaban y amenazaban al lobo. Pura extorsión animal. Para evitar que le mordieran de gravedad, el lobo regurgitaba la carne a los bandidos coyotes y después escapaba sano y salvo. La siguiente vez que vieran a ese lobo, volvería a estar lleno de carne y... Ya os hacéis una idea.

Uno casi puede oír a los coyotes reírse contando historias. En el folclore norteamericano, el coyote muchas veces aparece como embaucador. En la vida real... el coyote muchas veces es un embaucador. Un día, cuatro de ellos estaban junto al cadáver a medio comer de un uapití que habían matado los lobos, cuando una única loba se acercó con paso tranquilo. Ésta suele ser la señal para que los coyotes hagan sitio al lobo. En cambio, uno de los coyotes se acercó a la loba meneando la cola, como si la invitara a jugar, y después le dio un fuerte mordisco, como si quisiera decirle: «¡Somos cuatro y no vamos a movernos de aquí!».

A Cero Seis aquello no le hacía ninguna gracia.

—Un día —cuenta Rick—, salió de su guarida junto con toda la manada y se dirigió a la de los coyotes, como si se hubiera hartado. Cuando tuvieron el cubil a la vista, de algún modo indicó al resto de la manada que se quedaran allí y observaran. Así lo hicieron.

Cero Seis se acercó a la guarida y, como era de esperar, los coyotes comenzaron a rodearla y a hostigarla, gruñendo, enseñando los dientes, agachando la cabeza, y cerrando el círculo con el lomo erizado.

Cero Seis los ignoró.

Entró en su guarida. Uno a uno, sacó a todos sus cachorros. Uno a uno, los sacudió hasta matarlos. Y delante de los coyotes, se comió a todas sus

crías.

–Se dio la vuelta y volvió con su familia al trote, como diciendo «así es como se hace». Es la única vez que hemos visto a un lobo comer coyotes.

Estos animales, ya sea en sus tierras ancestrales o en una réplica razonable, saben lo que se hacen. A veces nos dejan entrever su habilidad para comprender, para planear y para entender sus vidas. Permanecen en su contexto, algo que nosotros no hacemos. Saben en qué consisten sus vidas. Y aunque no me cambiaría por ellos (su contexto no es el mío), sí que los admiro. Mucho. Están donde tienen que estar.

Parece que Cero Seis realmente vivía según sus propias reglas. Su inexplicable concepción del amor y sus extrañas tendencias sexuales, por ejemplo, la llevaron a convertirse en la matriarca fundadora de la manada Lamar. Cuando era una joven aventurera se unió a un macho muy hábil que más adelante se convirtió en el macho alfa de la manada Silver, pero sólo se quedó una semana más o menos y después se estableció por su cuenta. Tenía muchos pretendientes, incluidos algunos cuyo estatus y habilidades los hacían dignos de ella. Durante una de las épocas de celo se la vio apareándose con cinco machos distintos, todo un récord. No estableció vínculos con ninguno de ellos. Rick comenta medio en broma:

–Los rechazó a todos porque tenía expectativas muy altas.

Sabe que ésa no puede ser la explicación, porque es imposible que las expectativas altas sean el motivo de que eligiera a dos hermanos en concreto.

Los hermanos Siete Cincuenta y Cuatro y Siete Cincuenta y Cinco, que acababan de separarse de su manada de nacimiento, se habían unido a las cuatro hembras que quedaban en la manada Druid. En aquel entonces, las lobas de Druid tenían la sarna. Cuando apareció Cero Seis, a Siete Cincuenta y Cuatro y Siete Cincuenta y Cinco les bastó un vistazo a aquella hembra joven y sana para dejar a las otras cuatro por una sola loba. Y por elección de ella, y no de ellos, hizo algo poco habitual entre los lobos: se apareó con los dos hermanos.

Quién sabe por qué escogió a una pareja de machos tan desgraciados.

Quizá se debió a que le gustaba estar claramente al mando, sin más. Tenía cuatro años, y era una cazadora muy experimentada que se las había arreglado por su cuenta con mucha habilidad. Ellos tenían la mitad de edad, y sus capacidades como cazadores estaban a años luz de las de Cero Seis. Durante el primer año, ella tuvo que compensar esta falta de aptitud cumpliendo con más tareas de las que le correspondían en la caza para sus cachorros. Y en una ocasión sucedió algo divertido después de que los hermanos hubieran comido de un uapití que ella había matado. Su labor era regresar al cubil y regurgitar la carne para sus lobeznos, pero cuando Siete Cincuenta y Cuatro se encontró con Cero Seis en el sendero hacia la madriguera, le regurgitó la carne a ella.

–Lo miró como diciendo: «Lobo estúpido, eso tendrías que haberlo hecho allá» –recuerda Doug McLaughlin.

Pero con el tiempo espabilaron.

Más adelante, Siete Cincuenta y Cinco se ganó el apodo de Asesinaciervos. Se dio cuenta de que a pesar de no ser tan rápido como aquellos animales, tenía mucha más resistencia.

–Aún se ve que Siete Cincuenta y Cinco tiene el físico fibroso de un corredor de maratones –comenta Rick–. Una vez lo vimos comenzar a perseguir a un ciervo por la zona de Soda Butte Cone; lo siguió hacia las profundidades del valle Lamar. El ciervo cruzó el río y volvió a dirigirse hacia el sur, y él subió por la ladera detrás de Confluence (donde los canales del arroyo Soda Butte confluyen por así decirlo con el río Lamar) sin perder de vista al animal; y cuando por fin éste se detuvo en una de las terrazas de gravilla, el lobo corrió pendiente abajo y salió a descubierto. El ciervo lo vio acercarse, pero no hizo nada. Estaba agotado. No ofreció resistencia.

»Seguramente imaginas que en lo que más piensan los lobos es en cazar y matar, que les gustaría salir de caza todos los días –predice Rick–. Pero no es así.

Normalmente sólo dos o tres lobos llevan a cabo la mayor parte de las cacerías de la manada. Comparten la comida entre todos.

–Lo cierto es que para algunos lobos, cazar no es nada del otro mundo.

Rick explica que, por ejemplo, Siete Cincuenta y Cuatro era mucho más grande que su hermano, pero prefería dedicar su tiempo a los cachorros. Los seguía a todas partes como un perro pastor, caminando junto a ellos sin importar adónde fueran, y si un lobezno se acostaba apartado de los demás, se pasaba por allí y lo vigilaba para protegerlo. Eso liberaba a Cero Seis y a Siete Cincuenta y Cinco, que de todos modos eran más rápidos. Sin embargo, cuando tenían dificultades para derribar algún uapití muy grande, el tamaño de Siete Cincuenta y Cuatro les venía muy bien; intervenía para placarlo. Ésa es una de las razones por las que los lobos de mayor edad son importantes.

En cualquier caso, así es como Cero Seis, Siete Cincuenta y Cinco y su hermano Siete Cincuenta y Cuatro se convirtieron en la manada Lamar. Ella era una hembra independiente, y la primera vez que parió tenía cuatro años, una edad bastante avanzada para que una loba empiece a tener crías. Dio a luz tres años seguidos.

Una de las hijas de Cero Seis, de su segunda camada, es la precoz Ocho Veinte, la loba que señaló Rick durante mi primera mañana en el valle Lamar, a la que habíamos visto ser expulsada de la manada por sus propias hermanas.

Las historias que me han contado Rick, Doug y Laurie para explicarme quién era Cero Seis me están ayudando a entender la historia que hay detrás de los lobos que estoy viendo estos días, y por qué están juntos. Estoy a punto de descubrir por qué ahora la manada se está desintegrando.

Promesas rotas

La bajada de temperaturas comenzó a cerrar el parque en noviembre, cuatro meses antes de que yo llegara. El invierno en Yellowstone fue más duro de lo normal. La mayoría de uapitís y ciervos migraron directamente a zonas menos elevadas para buscar mejor alimento fuera del parque.

Cero Seis y los demás lobos de Lamar se aventuraron hasta los límites de su territorio, pero las demás manadas ya no oponían resistencia. Allí encontraron mejores presas.

Durante la segunda semana de noviembre, los lobos Lamar descendieron a cotas más bajas sin obstáculos, y se alejaron unos veinte kilómetros de los límites del parque. Se encontraron en terrenos mucho más fructíferos, con muchos más uapitís. Todo era nuevo, nunca antes habían estado allí.

Los Lamar no podían conocer el motivo por el cual no encontraban resistencia alguna de otros lobos en los límites orientales de su territorio habitual. Era imposible que comprendieran que habían pasado de estar protegidos por un parque nacional y por la Ley de Especies Amenazadas a convertirse en objetivos de una temporada de caza recién inaugurada. Los Lamar no habían cambiado. Pero las promesas humanas sí.

Como siempre habían vivido en Yellowstone, estaban acostumbrados a ver gente y no tenían especial cuidado en mantenerse a cubierto.

Cuando uno atraviesa el imponente arco que señala la entrada a la comunidad cerrada de Yellowstone, el parque da la impresión de ocupar una parte extensa del país. Pero un mapa nos muestra que no es más que una imagen de

sello de correos, los vestigios de un vasto Oeste que se ganó y se perdió en la misma batalla.

Hasta hace nada no había parques protegidos acurrucados bajo los clásicos picos de postal. Sólo existía el mundo. En 1806, cuando Lewis y Clark llegaron al río Yellowstone, cerca de lo que ahora es Billings, Montana (lejos de los límites actuales del parque), Clark usó un poco de su valiosa tinta para contarnos lo siguiente: «Me resultaría imposible dar cuenta o estimar cuántas especies diferentes de animales salvajes pueblan este río, como por ejemplo bisontes, uapitís, antílopes y lobos. Por lo tanto, en adelante no mencionaré el tema».¹

Yellowstone se aparece como una presencia de gran tamaño; en realidad es demasiado pequeño. Las fronteras rectas del parque se delinearon en función del atractivo turístico de los géiseres, las fuentes termales y los paisajes. En 1872 no venía al caso lo mal pensado que estaba el parque para la fauna. ¿A quién le importaba que los animales tuvieran que salir del parque todos los inviernos para encontrar comida? Sería como preocuparse de esos gansos que vuelan hacia el sur. Los ciervos, los uapitís y los bisontes utilizan el parque principalmente para pastar en pleno verano, no todo el año. El invierno a más de dos mil metros es demasiado duro. Cuando llega el otoño, la elevada meseta interior se vacía. De los siete grupos de uapitís de Yellowstone, seis emigran. La mayoría de ciervos y bisontes también se marchan. El territorio que necesitan los animales de mayor tamaño, el «Gran Ecosistema de Yellowstone», tiene ocho veces el tamaño del parque.² ¿Puede un lobo vivir toda su vida dentro del parque? Ya ha sucedido. ¿Puede una población viable de lobos vivir sólo dentro del parque? No, es demasiado pequeño. Los lobos también tienen que ir y venir. De los animales que se marchan, muchos no regresan jamás. Así que todos los otoños, las criaturas más grandes del parque desfilan hacia los valles bajos y las llanuras de los alrededores para proveerse del alimento que pueda mantenerles durante el invierno. Pero cuando llegan, ya se han adentrado en tierra de balas.

El 13 de noviembre, a 20 kilómetros de distancia del bosque nacional de Shoshone, los cazadores dispararon a un lobo que rondaba los sesenta kilos. Era el macho más grande de la manada. A los cazadores sólo les interesaban sus pieles, pero esas pieles albergaban una parte esencial de la habilidad y la experiencia adulta de la manada. Ese lobo era Siete Cincuenta y Cuatro.

La manada se retiró al parque, pero sólo durante un breve intervalo de tiempo. Los hermanos Siete Cincuenta y Cuatro y Siete Cincuenta y Cinco probablemente habían pasado juntos todos los días de sus vidas, y su relación era muy buena. La ausencia de Siete Cincuenta y Cuatro resultaba evidente para toda la manada, pero como los cazadores se habían llevado el cadáver, los Lamar supervivientes nunca vieron el cuerpo. No tenían forma de estar seguros de por qué no estaba con ellos. A veces los lobos simplemente se alejan de sus manadas durante algunos días y después regresan. Es difícil saber si los demás vieron o no los disparos, o hasta qué punto entendían que faltaba un miembro del grupo.

Después de una breve estancia dentro del parque, los Lamar se aventuraron fuera de nuevo. Puede que decidieran salir a buscar a Siete Cincuenta y Cuatro. O sencillamente se marcharon por la misma razón que la primera vez: buenas presas. Se marcharan ya para llorar su pérdida, ya para buscarlo, ya para investigar nuevos territorios, ya para cazar allí donde había más comida, o por alguna combinación de estos motivos, lo importante es que regresaron. Es curioso que se dirigieran justo al último lugar en el que se vio a Siete Cincuenta y Cuatro con vida.

Y el 6 de diciembre, alguien mató a Cero Seis.

Su muerte supuso un duro golpe para los miembros supervivientes de su familia. También supuso un duro golpe para los observadores de lobos; nunca antes habían presenciado un momento como éste, en que los lobos supieran a ciencia cierta que podían dispararles tan fácilmente.

La Ley de Especies Amenazadas permite registrar una especie como amenazada si se enfrenta a la extinción «completa o en un porcentaje significativo de su distribución». Los lobos cumplen claramente con las

condiciones. Han sido exterminados de casi toda su antigua zona de distribución. Los investigadores estiman que, antes de que los europeos llegaran a América, es probable que más de un millón de lobos habitaran los 48 estados contiguos de los Estados Unidos, con unos trescientos ochenta mil distribuidos únicamente en el oeste de Estados Unidos y México.³ Para 1930, los humanos habían borrado a estos animales del 95 % de sus terrenos en los estados continentales.⁴ Ésa es la razón por la que se han considerado amenazados durante décadas.

Antes de que los humanos europeos pusieran pie en Norteamérica, los lobos se extendían prácticamente por todo el continente. De hecho, durante unos setecientos cincuenta mil años, los lobos eran dueños de toda la región septentrional, desde la Europa atlántica hacia el este, pasando por las inmensidades de la masa continental asiática hasta los océanos Pacífico e Índico; y por toda Norteamérica desde el Ártico oeste hasta Groenlandia, hacia el sur por los grandes bosques del este, hacia el oeste por las Grandes Llanuras hasta la columna vertebral de las Rocosas, y bajando hacia la costa oeste y adentrándose en México hacia el sur. Eso sí que es un ser vivo extremadamente bien adaptado, flexible, sociable y con éxito supremo en todas sus facetas.

Su reciente reaparición en partes del oeste estadounidense es limitada en área y número. Sin embargo, durante los últimos años el Gobierno federal ha debilitado su protección. En el marco de estas actuaciones, se ha declarado que 30 parejas reproductoras y 300 lobos en toda la región norte de las Montañas Rocosas constituyen una población «recuperada». (Si lo comparamos: 300 es la mitad del 1 % de las antiguas cifras de la región; es menos de una milésima parte de los trescientos ochenta mil que en su día habitaron el oeste de Estados Unidos; en lo que hoy es el parque nacional de Yellowstone, entre 1871 y 1872 los comerciantes vendieron más de quinientas pieles de lobo.)⁵ El 30 de septiembre de 2012, el Departamento de Pesca y Fauna de Estados Unidos borró la palabra «lobo» de la lista de especies amenazadas, concretamente en Wyoming. La temporada de caza de lobos comenzó de inmediato en ese estado, el 1 de octubre. Cualquiera cuervo sabe que la tierra es un único país; los rectángulos del «parque Yellowstone»

y de «Wyoming» son falsos testimonios de la topografía del tiempo y de los contornos de la memoria. Sin embargo, las autoridades de Wyoming declararon su rectángulo abierto a la caza de lobos todo el año. Sin licencia necesaria. Sin límite de presas.⁶ Los pobres lobos...

En poco más de dos meses, Siete Cincuenta y Cuatro y Cero Seis habían muerto.

Analizar la presencia del lobo en la literatura y la cultura es estudiar no un ser vivo, sino los miedos proyectados de las personas inseguras con respecto a la civilización. Los lobos son, entre otras cosas, cazadores en grupo. A veces matan animales domésticos, y también han atacado a humanos, especialmente en la Antigüedad. Naturalmente, los humanos también matan animales domésticos y a veces atacan a otros humanos. Pero el poder metafórico de los lobos es tan fuerte que la gente no suele verlos simplemente como los cazadores sociales que son. Los psicoanalistas reconocen que «algunas veces un puro no es más que un puro». Pero un lobo pocas veces se considera únicamente un lobo.

Cuando se adentran en la mente humana, los lobos se convierten en una metáfora de lo salvaje e incivilizado, de la jauría, de la gente que lleva una vida no convencional e inconformista. Puede que los humanos también odien a los lobos porque se reconocen a sí mismos en su dedicación a la familia y en su interés por comer el mismo tipo de animales que nosotros queremos matar y comer, de forma que respondemos a ellos como si fueran una tribu enemiga o ladrones. La gente proyecta al lobo como el villano, y después confunde al actor con el personaje que interpreta.

Sin embargo, a lo largo de los siglos (ya sea Lucifer o el gobierno el diablo de la época), «el lobo» se ha convertido en la imagen reflejada y amplificadora de aquello que más temen los humanos.

En Europa, en la Edad Media, la Iglesia consideraba que el lobo era «el perro del diablo», la prueba física de que Satán había salido de paseo por la zona.⁷ No sólo se exterminaba a los lobos; se les perseguía, se los quemaba en la hoguera como a las brujas y a los herejes, y se los colgaba en la plaza

pública. Eran peligrosos no sólo físicamente, sino también como incitadores a las malas acciones. De vez en cuando se sometía a juicio a humanos sospechosos de ser encantadores de lobos u hombres lobo. Siglos más tarde, en América, a veces se prendía fuego a los lobos que se atrapaban, o se les cortaba la mandíbula inferior o se les ataba el hocico para después soltarlos y que murieran lentamente de hambre. Doug Smith lo describe como «una venganza que no se aplicaba a ningún otro animal».

Cualquier cosa que hiciera un lobo servía de pretexto para odiarlos. A principios del siglo XX, la gente comenzó a poner veneno en las reses muertas. Así, según Doug Smith, los lobos enseguida aprendieron a no volver a una presa para un segundo banquete. Al evitar así el veneno, se les acusó de «desperdiciar carne» y, por extensión, de «matar por diversión», lo que se convirtió en una especie de pecado capital, la justificación perfecta para matar lobos... por diversión. Sigue siendo así. Cuando el escritor Christopher Ketcham se apuntó a un concurso de caza de lobos en Idaho el año que yo estaba escribiendo este libro, un «amable anciano» en un bar le dio un consejo: «Dispara en las entrañas a todos y cada uno de esos malditos lobos».⁸ Es decir, no sólo mátalos, hazlos sufrir.

El desprecio por los animales que cazan es prácticamente exclusivo de la civilización occidental. Y nada es más occidental que el Oeste americano. «El Oeste es políticamente reaccionario y explotador [...] culpable de crímenes inexplicables contra la tierra [...] sin madurez cultural.» Ésa era la opinión de Wallace Stegner, y eso que él vivía allí. Tenía la esperanza de que llegara un tiempo en que los habitantes del Oeste formaran «una sociedad acorde con el entorno».⁹ Quizá había estado leyendo a Hemingway, cuyos viajes por aquí y por allá lo habían llevado a opinar que «el país siempre fue mejor que sus gentes».¹⁰

Algunas personas sienten hacia los lobos un odio tan profundo que parece racial. Han convertido a los lobos en un arma para la peculiar guerra de culturas que se libra en el Oeste. En una ocasión, dos mujeres de sesenta años salieron de excursión y no regresaron a la hora prevista; el titular de una

página web política del Oeste clamaba: «Lobos de los liberales matan a dos excursionistas». El artículo comenzaba así: «A la mierda con la corrección política. Si no fuera por esos liberales anormales amantes de los lobos, estas dos mujeres seguirían vivas». Otra página web afirmó: «Lobos matan a mujeres excursionistas; los liberales lo encubren». Pocas semanas después, la primera página web se retractó (la segunda guardó silencio): «Sólo llevaban camisetas y vaqueros, y estuvieron expuestas a temperaturas bajo cero. No hay pruebas de que tropezaran con animales salvajes... Las dos mujeres murieron de frío».

Cuando el Congreso estableció el parque nacional de Yellowstone en 1872, no había ninguna agencia federal que lo protegiera. En 1886, la caza furtiva para el mercado comercial estaba tan extendida que se envió al Ejército de Estados Unidos a combatirla. Después de que los cazadores de la Grandes Llanuras mataran decenas de millones de bisontes, se reconoció a los 23 que quedaban en Yellowstone como cruciales para la salvación de la especie.

A los depredadores se los trató de forma distinta. Una vez que el Congreso estableció el Servicio de Parques Nacionales en 1916, se ordenó a los guardabosques que exterminaran a los pumas, los lincees, los coyotes y otros carnívoros.¹¹ Resultó que a uno de los administradores clave del parque le gustaban los osos, y eso los salvó de la erradicación. Los guardabosques buscaban huellas de lobos, aguzaban el oído para captar sus aullidos, localizaban madrigueras y cachorros. En 1926, un guardabosques del parque mató al último lobo de Yellowstone. Ya no quedaban lobos en Estados Unidos, donde antes había cientos de miles de ellos.

En Yellowstone no se oyó ningún aullido de lobo durante 69 años. Cualquiera pensaría que era el paraíso de los uapitís.

—Una tierra sin depredadores no significa paz para las presas —me explica Doug Smith—. Sencillamente implica que habrá otros sufrimientos.

O mueren cazados, o mueren de hambre. La muerte a manos de un

depredador es dramática y espantosa, pero morir de hambre provoca un sufrimiento más generalizado y prolongado.

A medida que la población de uapitís de Yellowstone comenzó a proliferar en ausencia de lobos, los gestores de fauna empezaron a matarlos o a enviarlos a zonas tan lejanas como Arizona o Alberta, cuyos uapitís habían sido exterminados. Más o menos desde 1930 hasta 1970, el parque nacional de Yellowstone envió lejos o mató a miles de ellos. Cuando pararon, su población resurgió.

Los uapitís y ciervos hambrientos agotaron de tal manera los brotes de sauce y álamos del parque, que todas las especies, de peces a aves, tuvieron que reorganizar su vida. La ausencia de lobos se traducían en demasiados uapitís; demasiados uapitís significaba que casi no había comida para los castores, lo que redundaba en la casi desaparición de estanques de castores para los peces, que a su vez provocaba...

Igual que los uapitís temen a los lobos, se podría decir que los árboles y los ríos temen a los uapitís. En su clásico ensayo *Thinking like a mountain* [Pensar como una montaña], Aldo Leopold comentó lo siguiente: «He vivido para ver cómo un estado tras otro exterminaba a sus lobos. He observado la cara de numerosas montañas carentes de lobos, he visto [...] todo arbusto y brote comestible aprovechado [...] hasta la muerte [...] todo árbol comestible defoliado hasta la altura de la silla de montar. [...] Demasiada seguridad sólo parece reportar peligro a largo plazo. [...] Quizá ése sea el significado oculto del aullido del lobo, largamente conocido entre las montañas pero pocas veces percibido entre los hombres». Con una sonoridad memorable, escribió: «Sólo la montaña ha vivido lo bastante para escuchar con objetividad el aullido del lobo».¹²

Es el 12 de enero de 1995, en este mismo lugar. Una camioneta con remolque acaba de detenerse. En ese remolque hay lobos capturados en Alberta, Canadá. Seis de ellos (la pareja alfa y cuatro cachorros machos) están destinados a un corral de aclimatación a menos de dos kilómetros al sur de allí. Permanecerán en él dos meses, y después se les liberará.

Una vez en libertad, la manada decidió que el valle de Lamar era perfecto para ellos. Decenas de miles de personas los vieron, una experiencia que lobos y humanos no habían compartido nunca antes. Un total de 31 lobos liberados entre 1995 y 1996 pusieron fin a una lucha de dos décadas en la que intervino el Congreso de los Estados Unidos en pleno y que provocó una avalancha de pleitos. Todo ello para devolver a su hábitat al principal cazador natural de un cuadrángulo de tierras que había sido saqueado.

Una vez que se recuperaron los lobos, Yellowstone por fin completó su abanico de mamíferos autóctonos. Los pumas habían regresado a hurtadillas por su cuenta a finales de la década de 1980. (Los lobos también lo habrían hecho con el tiempo. En los noventa, los lobos de Canadá llevaron a cabo su propia reintroducción en las Montañas Rocosas de Estados Unidos.) Ahora Yellowstone vuelve a albergar todo lo que antes vivía aquí, todo lo que pertenece a este parque de forma natural. De manera que los lobos devolvieron el ritmo al parque. La depredación no es precisamente bonita. Y sin embargo es la causante de mucha belleza.

¿Qué mejor que los colmillos del lobo
para tallar los veloces miembros del antílope?

—ROBINSON JEFFERS

Los lobos prosperaron; la superpoblación de uapitís decreció. Los lobos ayudaron a aliviar a los álamos jóvenes y a otros tipos de vegetación del hambre tiránica del excesivo número de uapitís.¹³ A medida que se recuperó la flora, los castores pudieron volver a encauzar las terrazas fluviales, en las que el viento volvía a susurrar entre los sauces. Las ratas almizcleras, las ranas y salamandras, los peces y los patos ocuparon las pozas tranquilas tras las nuevas presas construidas por los castores. Incluso reaparecieron los pájaros cantores de las riberas. Si los animales y las plantas de Yellowstone hubieran podido votar, la mayoría lo habría hecho a favor de los lobos. Desde el pico de población a mediados de la década de 2000, el número de lobos también ha descendido, ya que el sistema se ha reequilibrado y han intervenido otros factores. Naturalmente la historia es más compleja, pero a

grandes rasgos así ha sido.

–Yellowstone está mejor que nunca –dice Doug Smith, encargado del estudio de los lobos del parque desde antes de que regresaran. Eso es lo fundamental.

¿Un éxito apabullante? Algunos cazadores de uapitís no están de acuerdo en absoluto.

–En lo que se tarda en beber una taza de café –argumentaba un defensor de la caza de estos animales–, un lobo arrasa y mata a una docena de crías de uapití. Una matanza.¹⁴

El contexto en el que se pronuncian tonterías como ésta no es la protección de los uapitís, sino el debate de quién los mata con mayor facilidad. A algunas personas les encanta que Yellowstone funcione como una granja de uapitís que cría animales que migran desde el parque hasta el punto de mira de sus armas.

Tras su reintroducción, volvieron a verse rastros de lobo en zonas septentrionales de las Rocosas estadounidenses. Pero a pesar de la endeble huella del animal (y también debido a ella), la presión de los representantes del Oeste en el Congreso aumentó. La política provocó que el Departamento de Pesca y Fauna de los Estados Unidos declarara que el lobo estaba «recuperado». En 2012, en una actuación que sentaría precedente, el Congreso procedió a eliminar a los lobos de la lista de especies amenazadas incluyendo dicha acción en una cláusula de un proyecto de ley presupuestaria. Durante los seis meses que siguieron a la pérdida de protección de la Ley de Especies Amenazadas, los cazadores y tramperos de Montana, Idaho y Wyoming mataron a más de quinientos cincuenta lobos (de una población estimada de mil setecientos).¹⁵ En el Oeste de Estados Unidos, la mayoría de los lobos muere porque los mata la gente. Dentro del parque nacional de Yellowstone, la violencia entre lobos ha sido la causa de la mitad de las muertes de estos animales. (Éste podría ser un porcentaje inusualmente alto para tratarse de lobos. En los primeros años tras la reintroducción, la alta

densidad de presas facilitó una densidad poco habitual de lobos, y las manadas se enfrentaban unas con otras con frecuencia.) Fuera de Yellowstone, en las Montañas Rocosas de Estados Unidos, los humanos son responsables de alrededor de un ochenta por ciento de las muertes de estos animales.¹⁶ La ironía de todo esto es que matar lobos puede hacer que los supervivientes maten más ganado, ya que las manadas rotas pierden a sus cazadores más experimentados, se desestabilizan, y los individuos más hambrientos se aventuran más lejos.¹⁷

El collar de Cero Seis mostraba que había pasado el 95 % del tiempo dentro de Yellowstone. Esa temporada, los cazadores mataron un total de siete lobos con costosos collares de investigación que se les habían puesto dentro del parque. Los amantes de los lobos sospecharon que los cazadores utilizaban receptores para detectar la señal de estos aparatos. Y no eran paranoias. En la página web HuntWolves.com se leía lo siguiente: «Si estás en disposición de rastrear collares, busca en el intervalo 281.000-291.000 Mhz a .003 Mhz».¹⁸

–¿Que si obstaculiza nuestras investigaciones? Sí, y mucho –declaró Doug Smith al *New York Times*–. Es un golpe tremendo.¹⁹

Cero Seis era la loba más famosa y más observada de Yellowstone. Pocos días después de su muerte, el *New York Times* publicó lo que en realidad era su obituario, titulado «Lágrimas por una hembra alfa». A diferencia de la mayoría de las necrológicas humanas, ésta incluía testimonios de humanos que odiaban tanto a la fallecida como a los que la lloraban. Una persona tachaba a los amantes de los lobos de «paganos». El presidente de la Asociación de Deportes de Tiro de Montana comparó a Cero Seis con «un depredador psicótico que acechara por Central Park y rebanara el cuello a los visitantes incautos». Pero Nathan Varley, de la compañía de visitas guiadas Yellowstone Wolf Tracker Tours de Gardiner, Montana, que se ganaba la vida mayormente haciendo excursiones con turistas que querían ver lobos, se quejaba de que los cazadores estaban matando a «lobos que valen su peso en

oro».

¿Lobos de oro? Un estudio de la revista *Yellowstone Science* llegó a la conclusión de que a lo largo de un año, «unos noventa y cuatro mil visitantes de fuera de la región entraban en el parque concretamente a ver u oír lobos» y gastaban «un total de 35,5 millones de dólares en los tres estados».²⁰ El valor de mercado de las reses y las ovejas matadas por los lobos (el precio que los ganaderos habrían obtenido si las hubieran vendido a un matadero) rondaba los «sesenta y cinco mil dólares al año». Ese coste podría haberse cubierto fácilmente con 60 centavos por cada uno de los noventa y cuatro mil visitantes adicionales, que gastaron una media de 375 dólares por persona. «Una vez comparado el impacto económico del aumento del turismo con la reducción en la producción de ganado y de caza mayor», el estudio concluyó que «el impacto neto de la recuperación del lobo es positiva, y ronda los treinta y cuatro millones de dólares en gasto directo».

Por todo esto, los Lamar pudieron avanzar hacia el este sin que otros lobos ofrecieran resistencia. Por eso cruzaron una frontera imaginaria del parque hacia el lugar al que se habían marchado a pasar el invierno la mayoría de las presas. Por eso, su mayor macho y su matriarca murieron de sendos disparos.

La lucha continúa. Dos años después de que Wyoming declarara la guerra a los lobos, cuando yo estaba terminando este libro, una juez federal también se pronunció al respecto: anuló el plan de gestión de lobos de Wyoming y restableció la protección de la Ley de Especies Amenazadas para los lobos del estado. De todos modos, nadie creyó que aquello fuese la última palabra.

Días de tregua

Los cazadores nativos tienen a veces una visión de los lobos (y de otros depredadores, incluidos leones y tigres) más sensata, más espiritual y más cercana a la verdad. Hace poco, grupos de indios americanos intentaron bloquear la apertura de las cacerías de lobos.¹ Cuando Wisconsin inauguró las cacerías en 2012, Mike Wiggins, líder de la tribu ojibwe Bad River, respondió: «¿Acaso ya no hay nada sagrado?». *Ma'iingan*, el lobo, es sagrado para los ojibwe. «Matar a un lobo es como matar a un hermano», dijo el miembro de la tribu Essie Leoso. *Ma'iingan* caminó con el primer hombre. (Y lo cierto es que los lobos merodeaban alrededor de las viviendas de los humanos primitivos en busca de sobras.)

En la creencia ojibwe, aquello que le suceda a uno le sucederá al otro. Y así ha sido; los colonos blancos consideraban a los ojibwe, al igual que a los *ma'iingan*, una tribu competidora a la que había que contener. La visión occidental muchas veces refleja objetivos como la dominancia y el exterminio. La visión indígena de otros animales suele ser compatible con una cohabitación a largo plazo. Esto no quiere decir que su visión sea más científica, sino que al percibir relaciones profundas, su red de creencias logra atrapar verdades.

Durante mucho tiempo, la fuerza de otras criaturas inspiraba un profundo respeto y una distensión eficaz; durante este largo periodo de ensueño, de treguas y ruegos mágicos, pedíamos a las criaturas más fuertes y más astutas que no nos guardaran rencor y que se limitaran a vivir su vida. A medida que

la astucia humana aumentó, nuestro respeto por ellos se debilitó. Nuestras armas se hicieron más fuertes. Su fortaleza ya no nos inspiraba temor. Matamos lobos, ballenas, elefantes y otros animales no porque sean inferiores a nosotros, sino porque podemos. Como podemos, nos decimos a nosotros mismos que son inferiores. Al igual que sucede cuando tratamos con otros pueblos, la superioridad intelectual y moral es irrelevante. Normalmente lo que importa es la fuerza bruta y si el fuerte puede salirse con la suya. Spinoza, filósofo neerlandés del siglo XVII, escribió: «No niego que las bestias sientan; niego que eso no impida considerar nuestra propia ventaja y utilizarlas como nos plazca».² Resulta tentador pensar que «si puedes, debes», ya que esto simplifica la toma de decisiones en el trato que damos a todo, desde la carne hasta las personas.

Otros animales no pueden negociar, pero ése no es el factor decisivo. Los humanos sí que pueden, pero sólo desde la fuerza. La gente oprimida, esclavizada y explotada... Ser capaz de defenderte usando un lenguaje complejo y una sintaxis no siempre te permite lograr tus objetivos. El dinero habla, las armas hablan, y ninguna de estas cosas necesita la sintaxis para hacerse entender. Nos permitimos utilizar la excusa de que los animales no son capaces de hablar, pero de lo que no son capaces es de defenderse. Las personas más débiles también se ven muchas veces dominadas, infravaloradas o deshumanizadas. «Los orientales no dan el mismo valor a la vida que los occidentales –dijo el general estadounidense William Westmoreland, que libraba una guerra industrial en Vietnam–. En Oriente la vida es barata [...], la vida no importa.»³ Esa ilusión le permitió hacer su trabajo.

Una de las cosas que «nos hace humanos» es que los fuertes anulan a los débiles. Los humanos son capaces de lo mejor y de lo peor. Hay poca maldad premeditada en la forma en que tratamos a otros animales, a la tierra y a las aguas, porque en general los tratamos con poca premeditación. Sin embargo, estamos abriendo boquetes en el tejido del futuro, como si no nos importara apagar en él nuestros cigarrillos.

Resulta muy sorprendente que, incluso cuando otros animales son los que ostentan la ventaja, en ocasiones son más capaces de mostrar consideración hacia nosotros que nosotros hacia ellos. Por ejemplo, hay personas que se han encontrado cara a cara con lobos en la naturaleza estando solos, como le sucedió a Doug Smith.⁴ Sin embargo, parece que ningún humano ha sufrido jamás el ataque de un lobo en los 48 estados contiguos. Los lobos norteamericanos casi siempre huyen de la gente de inmediato y no la ven como posible presa.⁵ (En los años cuarenta, unos lobos rabiosos mordieron a dos habitantes de Alaska.) Por lo que se sabe, los lobos salvajes sólo han matado a dos personas en Norteamérica: una en Saskatchewan en 2005, y la otra en Alaska en 2010. Podría decirse que los lobos matan a menos gente que cualquier otra causa de muerte humana. Sin duda las manadas de lobos detectan a menudo la presencia de excursionistas vulnerables. Y sin embargo, la timidez o la prudencia calculada de una manada de depredadores tan dotados resulta desconcertante. Quién sabe en qué pensarán.

La modernidad ha traído consigo un exilio autoimpuesto del mundo que parece haber degradado la antigua habilidad humana de reconocer las mentes de otros animales. No obstante, todo indica que otros animales sí reconocen la mente humana. En *El tigre*, John Vaillant explica que los tigres de Amur (siberianos) tenían una especie de acuerdo antiquísimo con la población local. Los pueblos acostumbrados a convivir con estos animales, como los cazadores udege y nanái, sabían que no debían interponerse en el camino de los tigres, pero también les dejaban una parte de la carne que cazaban.⁶ Hoy por ti y mañana por mí: los humanos a veces rapiñaban de las presas de los tigres. El equilibrio de poder y respeto en los profundos bosques de la taiga septentrional trajo consigo una especie de cortesía mutua, un acuerdo de no violencia entre ambas partes. Esta paz era aún más impresionante si tenemos en cuenta que los tigres se guían por mentes carnívoras en cuerpos carnívoros que alcanzan más de doscientos kilos de peso.

Sin embargo, Vaillant explica que cuando los colonos rusos comenzaron a llegar en el siglo XVII, «aquellos acuerdos gestionados con tanta cautela

comenzaron a fallar».⁷ La ola de buscadores de pieles, oro y madera, y de misioneros creció con una violencia devastadora tanto para la delicada cultura animista local que promovía el equilibrio como para los miembros no humanos de la comunidad forestal.

Las violaciones de aquel pacto acarrearón consecuencias, lo que sugiere que se trataba de un auténtico acuerdo entre dos partes. En relación a lo que él llama «la capacidad del tigre de Amur para una venganza prolongada», Vaillant cuenta la historia de un cazador actual que relata lo que sucedió después de que su grupo ahuyentara a un tigre de su presa y se llevara parte de la carne.⁸ «El tigre destruyó nuestras trampas y asustó a los animales atraídos por el cebo. Si se acercaba algún animal, rugía y todos huían. Aprendimos por las malas. Aquel tigre no nos dejó cazar durante todo un año. [...] Era muy astuto y muy vengativo.» Es como si el tigre no sólo fuera un cazador, sino el administrador de su territorio de caza.

Durante una época de escasez, un cazador decidió eliminar un tigre al que consideraba un competidor. Colocó una trampa en la que al tropezar con el cable el animal dispararía un arma. El tigre la accionó, pero la bala apenas le rozó el pelaje. Al pasar una segunda vez, volvió a tocar el cable. Las huellas que había dejado en la nieve mostraban que había retrocedido lentamente; al parecer, había entendido quién quería matarlo, así que ni siquiera siguió el rastro del cazador, sino que fue directamente a su cabaña. El hombre vio al animal a tiempo para entrar corriendo. El tigre esperó fuera durante varios días y después se marchó. Un antiguo inspector jefe que se dedicaba a los ataques de tigres le contó a Vaillant que «si un cazador disparaba a un tigre, éste le seguía el rastro, aunque tardara dos o tres meses en localizarlo. [...] Los tigres son capaces de sentarse a esperar al cazador específico que les ha disparado».

Reflexionemos sobre el pensamiento abstracto o la intuición precisa que le permite al tigre comprender que el estallido de un arma representa un intento de causarle daño, o que una herida dolorosa ha sido causada por la criatura erguida de tamaño mediano que estaba a varios pasos de distancia. Y lo que es más extraño, los biólogos que capturan, sedan, ponen collares y sueltan a los tigres de esa región nunca han sufrido acoso ni ataques por su

parte. Si todo lo anterior es cierto, el tigre es capaz de entender la intención de hacer daño. Sin duda fue así en el caso de un tigre en concreto.⁹ Después de que un cazador furtivo llamado Vladimir Markov lo hiriera, el tigre se anticipó a su regreso de una cacería prolongada y lo esperó fuera de su cabaña durante días. Cuando Markov se acercó a su casa, el tigre lo atacó no por hambre, sino por venganza, ya que no se limitó a comerse al hombre y dejó sus restos desperdigados por un área muy extensa detrás de la cabaña, «como un montón de colada [...], destrozado por completo de la manera más cruel».

Durante el ignoto periodo de tiempo que los miembros del pueblo san (antiguamente conocidos como «bosquimanos») vivieron como cazadores en algún lugar del vasto y antiquísimo desierto de Kalahari, no cazaban leones.¹⁰ Su cortesía les fue recompensada. De algún modo, los leones y los san forjaron una tregua estable. Incluso cuando se apropiaban de las presas de los leones (a pesar de superarlos éstos en número), los san les hablaban con firmeza pero con respeto. Un respeto que no mostraban hacia los leopardos o las hienas, a los que los san sencillamente ignoraban cuando sufrían alguna baja. Nadie había oído jamás que un león hubiera matado a un humano. Leopardos sí, a veces por las noches. Pero un león nunca.

Naturalmente las personas blancas no participaron de dicha tregua. Elizabeth Marshall Thomas vivió entre los san juwa y gikwe en la década de 1950, cuando era una adolescente; allí conoció el modo de vida antiguo y lo vio desmoronarse. (Su madre fue la etnógrafa pionera Lorna Marshall, y Elizabeth relató su propia experiencia en los libros *The Harmless People* [El pueblo inofensivo] y *The Old Way* [A la vieja usanza].) En una ocasión, cuando Thomas acampaba con su familia y un afrikáner, se acercaron cinco leones a los que sólo distinguieron por el brillo de sus ojos al otro lado de la fogata. Para el espanto de Thomas y su familia, el afrikáner inmediatamente disparó hacia la oscuridad, y dio a dos de los animales. A pesar de ser el causante de la peligrosa situación de tener dos leones heridos en las inmediaciones del campamento, el afrikáner se negó a adentrarse en la noche

para seguirlos. Así que Marshall, horrorizada, su hermano y otro hombre se aventuraron a pie bajo las estrellas. «Por fin oímos un leve gemido», escribió. Con la linterna descubrieron a un macho joven completamente desarrollado con una herida grave que le impedía ponerse en pie. «Era evidente que estaba sufriendo, ya que había estado mordiendo la hierba.» Hicieron falta varios disparos para acabar con él. Thomas recuerda que «el león ladeó la cabeza para apartar la vista de nosotros mientras le disparábamos. Ahora me pregunto si al volver la mirada trataba de limitar nuestra agresión». Rugió con cada balazo.

No lograron encontrar a la otra leona hasta que al amanecer descubrieron las huellas de un animal que había dado dos grandes saltos. Su cuerpo yacía inerte al final del segundo salto. La piel de la leona y la hierba que lo rodeaba estaban frías y húmedas por el rocío a excepción de un punto cálido y seco junto a ella, donde la hierba aún se estaba levantando después de haberse aplastado; otro león acababa de marcharse de su lado. A juzgar por el tamaño de las huellas, era enorme. «Aquel león gigante [...] había permanecido junto a la leona muerta, al alcance de la vista de nuestro campamento, oyendo nuestras idas y venidas, los disparos y los gemidos [...] y sin embargo había estado cuidando el cuerpo de la leona muerta, peinándole el pelo en sentido contrario.»

Los san nunca cazaban leones, y los leones nunca cazaban san. Quizá cada bando supiera que el otro era potencialmente peligroso. Podrían haber puesto a prueba los límites del otro, pero no lo hacían. Thomas escribe que «nadie puede explicar la tregua, porque nadie la comprende». En cualquier caso, decidieron no molestarse mutuamente, vivían bien así, y transmitieron aquella costumbre a sus hijos. Puede que ésa fuera la explicación. Puede que fuera así de sencillo. Ya no lo es. Ya no están.

Thomas escribió que «en los años cincuenta, los leones de Gautscha pertenecían a una población continua, una única nación de leones que ocupaban un territorio más o menos sin divisiones». Entonces llegaron los europeos con su ganado lento y pesado a una tierra de manadas ligeras, y arrebataron la tierra a todos sus habitantes para establecer sus ranchos y granjas. Y según el guión previsto, «lo que antes era una nación

ininterrumpida de leones [...] se convirtió en un hábitat más precario». Los leones que rodeaban las nuevas ganaderías habían ocupado en su día territorios prósperos. Antiguamente, estos animales en ocasiones se extendían por una línea de más de un kilómetro y mantenían el contacto entre ellos mediante rugidos. Pero a medida que las granjas se expandieron, «los leones que vivían en la zona eran cada vez más desdichados [...], los pobres». Los granjeros tomaron sus tierras, cazaron sus antílopes y otros animales, destruyeron la economía y la cultura del león, y a los propios leones. Y los colonos europeos hicieron lo mismo a los «bosquimanos» juwa y gikwe. Después de describir cómo un león al que miraba bostezó justo después de que ella lo hiciera, algo que se repitió varias veces, Thomas escribió que «los leones son excelentes observadores, y la observación es importante para ellos; de ahí su empatía».

Gloriosos parias

La muerte de Cero Seis colocó inmediatamente en una posición muy incómoda al macho alfa de los Lamar, Siete Cincuenta y Cinco. Tanto su hermano como su pareja y compañera de caza habían muerto. Aunque encontrara a una hembra adecuada a la que invitar a la manada, sus hijas adultas podrían no permitirlo. Los otros nueve Lamar supervivientes incluían ocho hijas y un lobezno macho nacido esa primavera. Dos de las hembras tenían casi tres años de edad y ya estarían interesadas en buscar compañeros para sí mismas y en alcanzar un estatus mayor. Siete Cincuenta y Cinco se enfrentaba a graves problemas.

Ahora que los dos adultos de mayor rango habían muerto y que su padre vagaba por el territorio tratando de recomponer la manada, las hijas se encontraron con dos machos magníficos que habían abandonado la manada Hoodoo, asentada fuera de Yellowstone, en Sunlight Basin, Wyoming. Uno de ellos era un lobo alto, gris y dominante; el otro era inmenso, blanquecino y de carácter apacible. Todos percibían que la época de cría de los lobos estaba al caer.

Los machos Hoodoo encontraron en las hembras Lamar una acogida cordial y una oportunidad irresistible. Sin embargo, si las hijas salían ganando sería a costa de la caída de su padre. Ahora que aquellos machos Hoodoo habían entrado a formar parte de la manada, ya no había sitio para Siete Cincuenta y Cinco en su propia familia.

Cada hora que pasa hace más frío. 15 grados bajo cero. El hecho de que sea

«frío seco» no lo hace ni un ápice menos gélido. Mis flamantes botas están preparadas para soportar temperaturas de 50 bajo cero, pero mis pies no. Están congelados. El único momento en que no siento frío es cuando veo lobos. En esos intervalos de tiempo olvido que, cuanto menos, no tengo calor. Me he puesto pantalones para la nieve, tres camisetitas, chaleco, parka, orejeras, mi bufanda y mi sombrero de pescador con solapas para las orejas y la nuca, y me he levantado la capucha. No hay lobos a la vista.

La temperatura decae; el ánimo, no. Nos hemos contagiado de los lobos, que no parecen sentir lo que para nosotros es un frío mortal.

Durante un breve periodo de tiempo, parecía que la situación se resolvería por sí sola. Siete Cincuenta y Cinco atrajo fuera de su manada a una hembra Mollie a la que conocía de antes. Se aparearon, ella quedó embarazada y él se la llevó consigo al valle Lamar. Las guaridas son lugares especiales que ejercen una fuerte atracción en los lobos. Siete Cincuenta y Cinco le enseñó la que su familia había utilizado durante 15 años.

Parecía que Siete Cincuenta y Cinco seguiría siendo el macho alfa del valle, de su territorio. Sus hijas y los machos Hoodoo estaban fuera del parque. Todo el mundo tenía lo que necesitaba.

Resultaba irónico que la loba Mollie fuera la siguiente en parir en la madriguera de los Lamar. Las dos manadas habían sido enemigas tribales. Es probable que ella formara parte del grupo Mollie que había venido a invadir el cubil de los Lamar cuando Cero Seis se les había escapado por el barranco.

Después de tres meses tumultuosos, las hijas Lamar y sus machos Hoodoo regresaron a Yellowstone muy cambiados. Cuando descubrieron a la nueva hembra que acompañaba a su padre, puede que recordaran ligeramente su olor de cuando los Mollie las atacaron, o puede que no. Lo más probable es que simplemente la consideraran una intrusa en su madriguera, o una rival en su territorio de caza. El efecto desestabilizador de la muerte de Cero Seis aún estaba presente entre los supervivientes, del mismo modo que el vacío de

poder que sigue al asesinato de un líder o un príncipe puede provocar un baño de sangre entre grupos humanos.

Antes de que anoheciera, las hembras Lamar atacaron a la loba y la hirieron de gravedad. Pero la gente que observaba la escena también veía que el cachorro Lamar negro de casi un año «quería ver a papá», por decirlo de algún modo.

–Siete Cincuenta y Cinco había estado aullando detrás de nosotros –recuerda Dough McLaughlin–, y gran parte de la manada le había respondido, pero mantenían las distancias. Sin embargo, fue como si aquel jovencito hubiera decidido: «Soy un lobezno, quiero ver a mi papá», de manera que se apartó del resto y localizó a su padre siguiendo su rastro a lo largo de unos tres kilómetros.

Cuando llegó donde estaba y se dio cuenta de que había una nueva hembra con él, se desorientó. No reconocía su olor.

–Seguía el rastro de la loba y después retrocedía hasta encontrar el de su padre. También quería saber quién era la nueva, pero actuaba como si no estuviera seguro de estar cayendo en una especie de emboscada. Así que prosiguió dubitativo, y cuando por fin estableció contacto visual, fue como si dijera: «¡Papá! ¿Quién es ésta?».

El cachorro se arrastró hacia su padre mostrando una sumisión absoluta para comunicar a ambos adultos que no representaba ninguna amenaza. A pesar de que los lobos de alto rango pueden resultar algo bruscos cuando reafirman su dominio sobre miembros de la familia a los que no han visto desde hace tiempo, Siete Cincuenta y Cinco se limitó a menear la cola. Puede que sintiera alivio. Quizá sólo los echara de menos a su manera.

Cuando el joven se acercó a la nueva Mollie, ésta ya había sufrido el ataque de las hermanas. Le saltó al lobato para que se mantuviera a cierta distancia. Pero ella también parecía entender que aquel lobo no había venido a hacerle daño, que era joven y de rango bajo, y que su nuevo compañero, alguien de confianza, lo conocía y lo apreciaba.

Y así es como estaban las cosas cuando la puesta del sol cerró el telón.

Antes del amanecer, la señal de la hembra Mollie provenía de una colina diferente. Enseguida se vio a parte de la manada Lamar descender de esa misma montaña. No era buena señal.

Siete Cincuenta y Cinco apareció en la parte alta de la carretera en la oscuridad, justo antes de la salida del sol. Cuatro de sus crías estaban al lado, conversando con él.

Los dos pretendientes Hoodoo no tenían intención de aceptar a su nuevo suegro, pero tenían dudas. Estaban en la montaña al otro lado de la vía, y al haber crecido fuera del parque, no les gustaban las carreteras. Puede que el ajeteo social que estaban presenciando los desconcertara. Puede que no entendieran la relación de aquel macho con sus nuevas chicas. O quizá sí, gracias al olor, o por el modo en que los demás actuaban con él, con familiaridad y deferencia.

En un primer momento, los Hoodoo no bajaron. Y cuando lo hicieron, Siete Cincuenta y Cinco sólo se apartó un poco. No parecía saber qué hacer. Ésa era su familia. Y su valle. Pero lo cierto es que eran dos machos imponentes contra él.

Así que no se apartó más. Su familia se mantuvo firme. Los Hoodoo no avanzaron.

—Y entonces —recuerda Doug—, Siete Cincuenta y Cinco cruza la carretera hacia el lado de los otros. Se limitan a mirarse mutuamente.

A continuación Siete Cincuenta y Cinco se da la vuelta y se aleja trotando.

—¿Que si querían ir a por él? —dice Laurie Lyman—. Lo habrían alcanzado en cuestión de segundos. Siete Cincuenta y Cinco no es un lobo que tema mucho por su vida precisamente. Pero tiene motivos para mostrarse cauteloso; estos machos son inmensos.

Al parecer, Siete Cincuenta y Cinco sí que sentía la necesidad de actuar con prudencia. Prosiguió hacia el oeste como un lobo solitario que no frenaba el paso y que nunca dio media vuelta para buscar a su compañera. Seguramente para cuando amaneció ya había comprendido que estaba muerta.

Los depredadores deben de entender la muerte en cierto sentido práctico. Saben que intentan acabar con el sufrimiento de la presa, y pasan del modo matar al modo comer cuando la presa se relaja.

Por muy extraño que pueda parecer que los lobos compartan el concepto humano de la muerte, es aún menos probable que no tengan concepto alguno de ella, ya que se ganan la vida con la muerte. Un lobo necesita saber qué significa estar «vivo» y «muerto». Quizá simplemente entienden esa diferencia como «ya no se mueve, puedo dejar de matarlo». Cuando observamos a una criatura cazadora, percibimos que se trata de un profesional habilidoso, experimentado y con amplios conocimientos sobre la materia.

No estoy diciendo que los lobos comprendan la muerte y sepan que la suya es inevitable. Al fin y al cabo, ¿cómo podríamos esperar que lo entendieran mejor que nosotros? La mayoría de las personas no son capaces de concebir su propio final. Creen que existirán para siempre, en un lugar llamado cielo, o en un ciclo de karma y reencarnaciones. Ésta es la prueba de la amplitud y los límites de la imaginación humana. Existimos. No podemos imaginar que algún día no existiremos. Para la mayoría de nosotros, en el día a día, los límites conceptuales de la mente humana están sorprendentemente definidos por aquello que ya hemos experimentado.

¿Cómo se siente un lobo cuando muere su compañero? Doug Smith recuerda una historia que lo marcó.¹ El macho alfa de una manada de Yellowstone situada cerca del lago Heart era bastante mayor. Al envejecer, su pelaje había pasado del negro a un gris azulado, así que lo llamaron Old Blue. El animal había alcanzado la avanzada edad casi sobrenatural de 11,9 años (con ocho años ya se los considera bastante viejos). Lo habían visto esforzarse para seguir a duras penas el ritmo de su manada, y un día murió. Al día siguiente, su compañera Catorce hizo algo que ningún investigador de lobos había visto jamás. Se marchó. Se marchó de su territorio, dejó a las crías que formaban su manada, y dejó a sus cachorros de nueve meses. Inaudito.

—Se alejó hacia el oeste a través de la nieve —cuenta Smith—, surcando tierras tan inhóspitas que no había huella alguna de ningún otro animal.

Muchos kilómetros después se detuvo sola en una ladera azotada por el viento de la meseta Pitchstone. Después simplemente prosiguió hacia el oeste 25 kilómetros más. Una semana después regresó para reunirse con su familia.

–Nadie quiso decir que estaba de luto –explica Smith–, pero yo sí que me lo pregunto.

Rick nos habla de una hembra alfa asesinada por otra manada. Su compañero aulló y aulló durante días. Una pierde a su compañero y se va de paseo; otro pierde a su pareja y se pasa días aullando. La primera vez que mi esposa Patricia y yo nos fuimos de viaje juntos y dejamos a los perros en casa acompañados por un amigo, Chula, que siempre está contenta y tiene un apetito voraz, no comió durante dos días. ¿Qué era lo que sentía?

Cuando sentimos dolor por la pérdida de una persona o de una mascota especial, los echamos de menos. Es evidente que otros animales también echan en falta a los compañeros cercanos cuando mueren. Mientras están vivos, se llaman unos a otros, se cuidan, y regresan al mismo nido o madriguera. Este comportamiento demuestra claramente que tienen en mente a sus compañeros, así como sus madrigueras o territorios. Anticipan el regreso de su pareja. Cuando ésta desaparece, el superviviente sigue buscándola. Saben a quién están buscando. En otras palabras: la echan de menos. Al igual que nos sucede a nosotros, con el tiempo se adaptan y la vida continúa; a veces de un modo muy distinto.

Siete Cincuenta y Cinco no dejó de alejarse de su distanciada familia hasta bien pasado el arroyo Hellroaring, cuando ya se acercaba a la meseta Blacktail Deer, a unos treinta kilómetros en línea recta. Era la primera vez en su vida que estaba allí.

Hacía tan sólo unas semanas era el orgulloso macho alfa de todo el valle Lamar, emparejado con la mejor cazadora de Yellowstone, y respaldado por su enorme y manso hermano y tres generaciones de descendencia. Imaginemos el cambio. En estos cuatro meses ha perdido a su hermano y a su pareja a manos de personas, y por esa razón ha perdido a su nueva pareja a manos de sus propias hijas, y sus hijas han atraído a machos hostiles a los que

no podía enfrentarse. Ya no está seguro en su propio hogar rodeado por su propia familia; en este crudo final de invierno no tiene ayuda para cazar, ni territorio en el que hacerlo. Se acerca la época de cría y no tiene con quién aparearse. Casi se podría decir que su vida se ha terminado.

También hemos visto a las hermanas celosas compincharse para expulsar a su precoz hermana Ocho Veinte.

—A los cazadores les gusta decir que no importa si matas a un alfa — comenta Laurie Lyman, que antes era profesora en un colegio—. Pero sí que importa. La manada se convierte en una clase sin profesor.

Resulta irónico que los dos supervivientes más hábiles de los Lamar sean ahora los parias. El macho alfa Siete Cincuenta y Cinco y su precoz hija Ocho Veinte han sufrido la derrota más radical, están solos, y sus futuros son inciertos.

Sabía que una manada de lobos era una familia, una pareja reproductora junto con sus descendientes, que ayudan a criar a las siguientes generaciones de lobeznos. Sabía que a medida que maduraban, los hijos se marchaban para vivir sus propias vidas y fundar sus propias manadas. Lo que no imaginaba era la diplomacia que eso implicaba, las personalidades de cada uno, las venganzas y coaliciones, la agitación familiar que sigue a la tragedia, las lealtades y deslealtades. Todo esto parece... demasiado humano.

Y en parte lo es. Son los humanos los que desencadenan estos acontecimientos. Tal como comentó el antropólogo Serge Bouchard, «el hombre es un lobo para el hombre, y estaréis de acuerdo conmigo en que éste a su vez no es demasiado amable con el lobo».

Una ligera nevada durante toda la noche ha devuelto el invierno a las laderas y los valles. La primera luz del día tiñe de rosa el polvo recién caído. 10 grados bajo cero.

A miles de kilómetros hacia el este, en mi casa de la costa a nivel del mar, las ranas ya estarán anunciando la primavera desde los humedales y animando las noches de mediados de marzo, y las águilas pescadoras estarán reforzando sus enormes nidos. Pero aquí, a dos mil metros de altura, el

invierno no perdona. El único y débil indicio de la primavera son media docena de gansos sobrevolándonos. De todos modos, la nieve recién caída no es más que un espejismo al que contradicen los días que se alargan, y estas aves abrigadas saben que el sol es quien dice la verdad.

Tras una búsqueda coordinada, encontramos lobos acostados en una ladera alta. Los machos Hoodoo tienen pinta de sentirse como en casa entre los herederos de la manada Lamar. Tall Gray duerme al borde de un montículo blanco con la barbilla apoyada en la nieve reciente y las patas asomadas. Tiene una actitud alfa. Cuando el macho joven presenta sus respetos, los dos nuevos Hoodoo lo saludan simpáticos, lamiéndole la cara y meneando la cola. La manada se está asentando, y las nuevas relaciones casi están establecidas.

La radio crepita. Han aparecido dos lobos a un par de kilómetros valle arriba y los pitidos confirman sus identidades: Siete Cincuenta y Cinco y su hija desterrada, Ocho Veinte. Nos vamos.

Allí están, se desplazan por una cresta a gran altura, encima de una ladera nevada, al límite de la visibilidad incluso para nuestros telescopios. El padre ya ha cubierto una distancia asombrosa desde ayer. Hasta el arroyo Hellroaring y vuelta, más de sesenta kilómetros. Sabe que este valle es su hogar, y sabe que Ocho Veinte es su hija. Se han encontrado el uno al otro en esta inmensidad kilométrica de montañas nevadas y bosques.

Están recorriendo una distancia considerable a unos diez kilómetros por hora. Ocho Veinte trota con la cola estirada hacia atrás, una postura alfa. Se siente bien. A sus dos años de edad, está en la flor de la vida, su pelaje tiene la clásica capa gris y otra capa más oscura, y sus mejillas son más claras. Él, en cambio, nació con un pelaje negro que se está tornando gris a medida que envejece y se acerca a su quinto cumpleaños. Ahora corren por las laderas nevadas, entrando y saliendo de las arboledas.

Qué propio de dos lobos el haberse encontrado; qué propio de los

humanos que compartamos su alivio por haberse reunido. Pero me temo que la felicidad no durará mucho. Comenzar de cero no es tan fácil. Conociendo la personalidad alfa de Ocho Veinte, seguramente no tolerará que su padre haya tenido otra compañera; del mismo modo que si Ocho Veinte buscara un nuevo compañero, su padre tampoco lo aceptaría. Y también está el detalle del territorio: ¿dónde cazarán? De hecho, en este momento están a menos de dos kilómetros en línea recta del resto de su familia, los lobos que tantos problemas les han acarreado.

Mientras, el grupo Lamar principal vuelve a dormir. Los observamos pasando frío. Uno de los lobatos se despierta, trota hasta una grieta escondida, reaparece con parte de la pata de un uapití y se tumba, masticando con la misma expresión de felicidad que un chucho con un hueso.

Hacia las tres de la tarde, los Lamar se despiertan y se reúnen. Entonces la manada comienza a aullar. Los humanos enmudecen.

Sus voces me sorprenden, son más agudas que los berridos graves y profundos que esperaba. También son inesperadamente variadas: algunos dan alaridos y otros chillan, a algunos les tiembla la voz y otros emiten notas sostenidas que acaban por decaer, y los cantos son muy diferentes entre ellos. De hecho, si cierro los ojos tengo la impresión de que hay muchas más voces que lobos.

Los aullidos llenan el valle, y a mi cerebro humano le parecen tan solemnes y suplicantes como las salmodias de una catedral. Emociona. Oigo afirmación y tristeza, pero ¿en qué sentido la expresan, y qué es lo que oyen? ¿Un lamento común? ¿Un desahogo emocional? ¿Una advertencia? Digan lo que digan, y oigan lo que oigan otros lobos, la impresión que me llevo es la de una historia antigua, sin palabras, como un sueño al amanecer.

Si Ocho Veinte y Siete Cincuenta y Cinco responden con otro aullido, podría producirse un enfrentamiento violento entre los grupos que ahora reclaman este valle. Todos los participantes conocen la dinámica del juego. Padre e hija permanecen hábilmente en silencio. Pero en este valle no pueden esconderse, en la misma medida en que no pueden evitar dejar un rastro

mientras avanzan. La ofensiva llegará antes o después. Tanto los lobos como las personas necesitan zanjar las disputas de una vez por todas. Ocho Veinte y Siete Cincuenta y Cinco están en apuros.

Ella desaparece en una densa arboleda. Él la sigue. Los aullidos se van apagando hasta que lo único que llena el aire son el frío y la luz del sol.

Hacia las seis de la tarde, Ocho Veinte comienza a aullar.

Un error táctico. Los Lamar se despiertan de inmediato, responden y se movilizan.

Los hermanos Hoodoo no tienen nada en contra de Ocho Veinte. De todos modos, los Lamar avanzan con las hembras en cabeza directamente hacia el lugar de donde provenían los aullidos de su hermana desterrada.

Desaparecen entre vegetación de poca altura y reaparecen más arriba, en una zona llana por encima de una franja de nieve, en una amplia ladera de montaña.

A continuación, Ocho Veinte se presenta a una distancia considerable. Es probable que su llamada al final del día estuviera dirigida a Siete Cincuenta y Cinco. Pero éste se ha desvanecido por completo. No hay pitidos. El aullido era un riesgo calculado, mal calculado. Su intento de llamar al único amigo que le quedaba en el mundo ha fracasado. Ha atraído a todos sus nuevos enemigos.

Ocho Veinte es una loba superior rodeada de hermanas más bien normales, de ambición similar pero menor habilidad. La diplomacia entre lobos es complicada. Puede que un lobo sea mejor de lo que le conviene, y se lo hagan pagar. Lo estamos viendo representado en las relaciones políticas de esta manada, ante nuestros ojos. La luz se va apagando mientras Ocho Veinte avanza, esta vez con el rabo entre las piernas; parece abatida e infeliz. Veo la manada y la veo a ella. No sé si se ven unos a otros, pero está claro que todos saben cuál es el sitio de cada uno.

Allá donde nos lleven los pájaros-lobo

Ocho Veinte y su padre pasaron menos de un día juntos. Ahora resulta imposible localizar el collar de Siete Cincuenta y Cinco con las antenas de mano que se elevan en el aire invernal. Se ha marchado del valle. Ocho Veinte, en solitario pero detectable, se mantiene fuera de la vista. Si está embarazada (un motivo probable por el que su hermana mayor, quizá también embarazada, se enfrentara a ella) y sufre un descenso brusco en la ingesta de alimento por estar sola, es posible que su cuerpo aborte y absorba los fetos de sus cachorros.

Las muertes de Siete Cincuenta y Cuatro y de Cero Seis desbarataron por completo los cálculos en la vida política de la manada. La muerte no sólo se lleva por delante las vidas de los lobos fallecidos; también cambia las reglas del juego y las perspectivas de futuro de los supervivientes, incluso de sus descendientes. Los individuos son importantes. El lobo no es un «qué»; es un «quién».

Laurie registra el valle como lo haría un cuervo, escrutando cuidadosamente todos los rincones en busca de huellas, algo de movimiento, el suelo bajo un águila encaramada a un árbol, cualquier cosa.

Yo... no veo nada.

Cuando Laurie dice «los tengo», bien podría haber sacado un conejo del sombrero. Yo pregunto «¿dónde?». Miro en la misma dirección que ella, pero sigo sin ver nada.

Se aparta a un lado con gesto invitador, y cuando acerco el ojo al

telescopio veo (es increíble) ocho lobos junto a una presa a nada más y nada menos que tres kilómetros de distancia. Si miro en la misma dirección con los prismáticos, distingo una mancha oscura y alargada. Como pimienta negra sobre la nieve. Los cuervos, naturalmente.

Para cuando los lobos matan un animal al que han estado persiguiendo, los cuervos ya están llegando. Esto sucede desde hace tanto tiempo que a estas aves se las conoce como «pájaros-lobo». Las presas atraen a decenas de cuervos. Sin embargo, si los humanos dejan cadáveres de uapitís a la intemperie, suelen ignorarlos. Se fían de los lobos, pero no de las personas.¹ El recuerdo de los cadáveres envenenados aún debe de constar en el temario que se imparte a los nuevos cuervos.

No siempre ha sido así. El dios nórdico Odín, a pesar de ser el padre de todos los dioses, tenía algunas deficiencias en la vista, la memoria y el conocimiento.² Sólo bebía vino y sólo hablaba en verso. Necesitaba algo de ayuda para apañárselas. Así que quienes compensaban sus defectos divinos eran los dos cuervos Hugin y Munin (mente y memoria), que se encaramaban a sus hombros para traerle noticias del mundo entero, y los dos lobos que lo acompañaban y le proporcionaban carne y alimento. Todos ellos conformaban una supermanada dios-humano-cuervo-lobo. La fuerza de esta coalición residía en la sinergia. El biólogo y escritor Bernd Heinrich se ha preguntado en alguna ocasión si el mito de Odín reflejaba «una poderosa alianza de caza, un pasado lejano que olvidamos hace mucho a medida que abandonamos la cultura cazadora para convertirnos en ganaderos y agricultores». Y rancheros.

El investigador Derek Craighead se quedó estupefacto al descubrir que el más joven de una pareja de cuervos a veces pasaba la noche en el nido activo de otros ejemplares en el lado opuesto de una montaña. «Siempre habíamos pensado que se trataba de aves territoriales –comentó–, pero parece que su sociedad está ampliamente interconectada y que no es tan simple como pensábamos.»

Es evidente que los lobos, los monos, los elefantes y las ballenas son muy inteligentes. Pero las aves también tienen una gran actividad mental a pesar de que sus cerebros son mucho más pequeños, especialmente los pájaros-lobo

y sus parientes de la familia córvida, los arrendajos, las urracas, las grajillas y los grajos. Son listos. Son muy observadores y algunos de ellos comparten con los delfines, los elefantes y algunos carnívoros un conjunto de herramientas de razonamiento, planificación, flexibilidad, perspicacia e imaginación con el que alcanzan el nivel de inteligencia de un simio.³

En Yellowstone, donde los cuervos han dejado sus marcas negras en las páginas nevadas de miles de inviernos, han aprendido una habilidad nueva: abrir las mochilas de los excursionistas. El tamaño relativo del cerebro anterior (la parte «de pensar») en los cuervos y sus parientes es considerablemente mayor que en otras aves, con la excepción de algunos loros. El cerebro de un cuervo tiene el mismo tamaño en relación a su peso que el de un chimpancé. Algunos científicos consideran que esta ampliación del cerebro anterior es lo que les da a algunos córvidos «la inteligencia de un primate».

En un experimento, los cuervos se encontraron con algo que no habían visto nunca antes: carne colgada de una cuerda. La única manera de conseguir la comida era levantar un poco la cuerda con el pico, sujetarla con una pata, y repetirlo hasta que el bocado estuviera a su alcance. Algunos cuervos lo resolvieron a la primera. Eso significa que con sólo mirar el dispositivo entendían la causa y el efecto y eran capaces de imaginar la solución. No necesitaban entretenerse con el sistema de ensayo y error. En otro experimento, los cuervos resolvieron rápidamente un puzle frente al que un niño pequeño y dos caniches (que antes habían podido familiarizarse con las piezas) actuaban «como si ni siquiera se dieran cuenta de que había algo que resolver».⁴

Pasemos al plano personal. Betty es una hembra de cuervo de Nueva Caledonia que utiliza la experiencia previa para resolver los problemas mediante razonamiento.⁵ Como ha aprendido lo que es un gancho, dobla alambres rectos para alcanzar comida que se encuentra a bastante profundidad dentro de unos tubos.⁶ Cuando se le presentan distintos alambres, Betty elige la longitud y el diámetro correctos para la tarea a la que se enfrenta. No hay motivos para sospechar que Betty es una excepción entre los cuervos de Nueva Caledonia. Sencillamente ha acabado inmersa en estos

experimentos con un conjunto de humanos. Estos cuervos son capaces de usar herramientas para resolver un rompecabezas de ocho pasos y así conseguir comida (puede verse en internet).⁷

Los grajos no tienen ninguna dificultad para comprender un aparato de plástico transparente que requiere que los pájaros tiren una piedra por un tubo para liberar una deliciosa merienda.⁸ Además, eligen la más grande de entre las piedras de las que disponen. Cuando los científicos estrecharon el tubo, tres de cada cuatro aves escogieron de inmediato piedras más pequeñas que cupieran por el orificio; ni siquiera lo intentaron con las que habían usado antes. Cuando no tenían piedras pero recibían un palo, todos los grajos participantes lo insertaron en el tubo y a continuación empujaron para liberar la comida. Cuando los responsables les dieron a elegir entre una piedra demasiado grande junto con un palo que funcionara, o una piedra que funcionara junto con un palo demasiado corto, todos los pájaros eligieron la herramienta correcta a la primera. Cuando les dieron un palo con ramitas laterales que debían arrancarse para que entrara en el tubo, todos los grajos las rompieron hábilmente, muchos de ellos antes del primer intento. Cuando el bocado estaba en un cubito dentro del tubo y los grajos recibían un trozo de alambre recto, todos le dieron forma de gancho para atrapar el asa del cubo y conseguir la comida. Sabían lo que querían y comprendían lo que estaban haciendo para lograrlo. Son realmente perspicaces. Las cacatúas, un tipo de loros, también utilizan la inteligencia para resolver rompecabezas que no han visto nunca antes y que incluyen cerraduras, tornillos y pestillos.⁹

Los cuervos recuerdan durante años los rostros de los investigadores que los han capturado y manipulado para medirlos o marcarlos.¹⁰ Cuando ven a esas personas por el campus, les graznan con fuerza. De esos graznidos, otros cuervos aprenden quiénes son esos individuos aparentemente malos y peligrosos, y dan la señal de alarma cuando los ven. Los investigadores recurren ahora a máscaras o disfraces cuando capturan cuervos para que después no les chillen durante años.

Estas aves y nosotros los simios tenemos cerebros estructurados de forma distinta (nosotros tenemos el neocórtex de los mamíferos con la ampliación de los simios, y ellas el neopalio de las aves con la ampliación córvida). Pero

las grandes mentes piensan de forma similar, y algunas de nuestras habilidades mentales convergen. Dos científicos escribieron que «los cuervos de Nueva Caledonia, y ahora los grajos, han demostrado que igualan, y en algunos casos superan, a los chimpancés en tareas físicas, lo que nos lleva a cuestionarnos nuestro concepto de la evolución de la inteligencia».¹¹ Los investigadores han llegado a la conclusión de que, en general, los cuervos y sus parientes «muestran una inteligencia similar a la de los grandes simios».¹² ¿Quién lo habría dicho? ¿Qué más sorpresas nos esperan?

Hemos estado hablando de aves que usan herramientas, y es una buena excusa para dar un vistazo rápido al uso de herramientas en general. Como sucede con otros conceptos importantes acerca de la conducta, no existe una definición unánime de «herramienta». La mía es la siguiente: algo que no forma parte de tu cuerpo y que utilizas para lograr un objetivo.

En 1960, Jane Goodall conmocionó al mundo con la «noticia» de que los chimpancés utilizaban ramitas (es decir, herramientas) para extraer termitas. Hasta ese momento, los científicos creían que sólo los humanos fabricaban herramientas, y que eran éstas las que «nos hacían humanos». Pero ¡espera un segundo! En 1844, un misionero enviado a Liberia llamado Thomas Savage escribió que los chimpancés salvajes partían frutos secos «con piedras, a la manera exacta de los seres humanos».¹³ La ciencia no redescubrió el comentario del misionero hasta más de un siglo después. Y en 1887, otro observador afirmó haber visto macacos que utilizaban rocas de forma habitual para abrir ostras con la marea baja.¹⁴ ¿Cómo es posible que algo así, registrado por escrito, se borrara de la memoria? Puede que el uso de herramientas no pareciera tan sorprendente hasta que, con la llegada de la era espacial, nuestro distanciamiento de la naturaleza alcanzara proporciones abismales. Por alguna razón, el mundo lo olvidó; y entonces el redescubrimiento de Goodall empujó al destacado antropólogo Louis Leakey a pronunciar su célebre respuesta: «Ahora tendremos que redefinir el concepto de herramienta, el del hombre, o aceptar que los chimpancés son humanos». Nos obligó a reconsiderar el monopolio humano en lo que

respecta al razonamiento y la cultura. Nos hizo parecer menos especiales. Pero lo único «nuevo» que había sucedido era que ahora éramos conscientes de ello; los chimpancés llevaban cientos de miles de años fabricando herramientas. Hoy en día sabemos que los primates, los elefantes, las nutrias de mar, los delfines, varias aves, los pulpos e incluso los insectos usan herramientas sencillas.

Los chimpancés tanzanos de Jane Goodall usan herramientas, pero éstas nunca son de piedra. En otras regiones, como Guinea y Costa de Marfil, los chimpancés manejan hábilmente piedras o martillos para partir frutos secos. Aplastar estos frutos ocupa de un diez a un quince por ciento de su tiempo de alimentación, y durante tres o cuatro meses críticos un chimpancé puede partir al día el equivalente a tres mil quinientas calorías ricas en grasas.¹⁵ Su habilidad les permite acceder a por lo menos seis especies de frutos secos que no podrían abrir sin herramientas. Este tipo de chimpancés presenta una tasa de reproducción mayor y hábitos grupales más gregarios. Y sin embargo muchas poblaciones de chimpancés de toda África con acceso a las mismas rocas, troncos y frutos no aprovechan los frutos secos más nutritivos ni las posibles herramientas que tienen delante. En algunos lugares, agujerean el suelo con un palo y después introducen una herramienta flexible para sacar termitas. En otros, fabrican las herramientas de antemano; a veces usan dos para lograr un único objetivo. Estas habilidades van desde sacar termitas de agujeros y aporrear frutos de palmeras hasta recoger agua con hojas y cazar gálagos con lanzas; y algunos grupos hacen uso de ellas y otros, no. Se trata de técnicas aprendidas, culturales.

A pesar de ser muy parecidos a los chimpancés e igual de inteligentes, a los bonobos en libertad no se les ha visto utilizar herramientas. La mayoría de la gente piensa que los gorilas tampoco lo hacen, pero Vicki Fishlock y sus colegas descubrieron a un grupo de estos animales probando la profundidad de una ciénaga con palos, usando travesaños para apoyarse sobre el agua y moviendo troncos para construir puentes sobre lugares pantanosos. Un gorila en cautividad inventó espontáneamente una técnica palo-yunque para cascar frutos secos, y se convirtió en un experto.¹⁶ Los monos capuchinos transportan piedras pesadas a lugares donde abren frutos secos, eligen las que

tienen un tamaño apropiado para hacer las veces de yunque y escogen las piedras de peso más adecuado como martillo para los distintos tamaños de fruto.¹⁷

Si se les presenta comida dentro de un tubo y fuera de su alcance, los orangutanes escupen agua dentro hasta que la comida flota y pueden cogerla. Los grajos y los arrendajos obtuvieron los mismos resultados en experimentos similares en los que metían piedras para subir el nivel del agua hasta que podían alcanzar la comida flotante.^{18 19} En casa, nuestros loros utilizan el agua como herramienta para reblandecer cosas. Cuando les damos corteza de pan dura, Kane se acerca al agua de inmediato y la mete allí. Después de un rato, recoge el pan empapado, lo lleva al otro lado de la jaula, lo pone en su recipiente para comida y se lo come ahora que está blandito. Rosebud suele hacer lo mismo. (No fuimos a la tienda de animales buscando loros, pero cuando vi a Kane reblandeciendo comida con agua, me intrigó tanto que nos llevamos a los dos. Uno de ellos debió de inventarlo y el otro lo imitó. Son de especies diferentes, cotorra monje y cotorrilla mejilla verde, así que esta técnica podría considerarse una transmisión cultural entre especies, un fenómeno que al parecer la ciencia jamás ha descrito. ¡Eres de los primeros en leerlo!)

Los elefantes fabrican al menos seis tipos de herramientas, la mayoría para rascarse y quitarse garrapatas.²⁰ Puede que un día se hagan un rascador para la espalda y al día siguiente usen rocas o troncos para tumbar una valla electrificada.²¹ Las nutrias marinas golpean pequeños moluscos con piedras mientras flotan de espaldas. Los cuervos de Nueva Caledonia y los pájaros carpinteros usan espinas para buscar insectos en los agujeros de los árboles. Otras especies de córvidos utilizan los coches como cascanueces tirando frutos a carreteras con tráfico.²² Las gaviotas dejan caer presas de concha como almejas, veneras y buccinos contra superficies duras. Si no lo hicieran, no serían capaces de sacar la comida de semejantes fortines. Pescan sus presas bajo el agua, levantan el vuelo con intenciones evidentes, sobrevuelan una superficie apropiada y sueltan el botín para utilizar la gravedad como

elemento acelerador. Si no lo consiguen a la primera, vuelven a intentarlo.

He observado innumerables veces a las gaviotas romper moluscos dejándolos caer sobre costas rocosas, carreteras o tejados planos (y sólo en los planos. Mis vecinos saben cuándo será buena la temporada de vieiras dependiendo de cuánto bombardeen su casa. Por suerte, nosotros tenemos tejado a dos aguas). Los alimoches rompen huevos con rocas. Las garcitas verdes pescan con insectos como cebo, o dejan caer plumas al agua para atraer a sus presas, o incluso utilizan pan. Un fascinante video en la red muestra a una garcita usando un pedazo de pan para atraer peces a su alcance; el ave es bastante paciente y recoloca el cebo varias veces antes de lograr pescar un pez de gran tamaño (buscad: «garcita verde pescando con pan»).

Los rorcuales crean círculos ascendentes de burbujas para «atrapar» bancos de peces, una especie de estrategia para acorralarlos y confundirlos. Cuando embisten hacia arriba a través de dicha red para dar un gran bocado, rompen la superficie del mar con una gran explosión de agua, uno de los espectáculos más impresionantes del mundo.

Y he aquí algo que nadie habría imaginado: en las Bahamas, los delfines nariz de botella golpean la arena con las aletas o la cola para crear un vértice en movimiento que parece un tornado de arena. Este remolino se mueve por el fondo del mar, y entonces se detiene y gira en un punto. El delfín mete la nariz allí donde se para. ¿Qué ha sucedido? Resulta que el remolino se ve atraído por puntos de baja presión como los que se crean cuando se encuentra con un agujero. ¡Los delfines crean vórtices visuales como herramienta para encontrar agujeros! «Fue una de las cosas más maravillosas que jamás había visto –escribió Denise Herzing–, pero parecía que para ellos era muy normal.»²³

Muchos de los animales que usan herramientas comienzan sus carreras tecnológicas jugando con palos y piedras, un poco como cuando los niños humanos aprenden a hablar balbuceando, o cuando experimentan con el mundo físico jugando con bloques, lo que les permite explorar sus habilidades sin presión.

Un artículo científico contiene un excelente video de una cacatúa llamada Figaro, que fabrica y modifica herramientas con forma de palo a partir de un

fragmento de bambú para arrastrar comida hacia su jaula.²⁴ (Otras dos cacatúas a las que también se les había ofrecido bambú no fabricaron herramientas, lo que indica que las aves, al igual que nosotros, también tienen diferentes niveles de inteligencia.) Me quedé atónito cuando vi a un orangután usar paja para barrer hacia sí mismo comida que se había colocado justo fuera de su alcance, pero el arrendajo azul hace algo similar: rompe tiras de papel para arrastrar bolitas de comida.

Entre los peces, resulta sorprendente que algunas especies de lábridos usen rocas y coral como yunques para abrir erizos de mar y moluscos.²⁵ La relación entre el peso del cerebro y el del cuerpo de estos peces también es considerable, al igual que la de los pájaros y los primates que usan herramientas. Algunos cíclidos y bagres pegan sus huevos a hojas y rocas pequeñas para poder llevárselos si algo amenaza su nido. Los peces arquero escupen chorros de agua para derribar insectos de las hojas y las ramas que cuelgan sobre el agua.

El uso de herramientas por parte de insectos es asombroso, porque es totalmente inesperado y parece consciente.²⁶ Varios tipos de hormigas, cuando encuentran comida licuada, como por ejemplo fruta podrida, se apartan y poco después regresan con hojas, granos de arena o madera blanca para absorber la sustancia; después, cada hormiga puede llevar su peso en líquido hasta el nido. Otras acosan a sus competidores tirando granos de arena a la entrada de sus nidos, es decir, metiendo arena en los engranajes de su economía, lo que les acarrea problemas y les hace perder tiempo. Incluso hay hormigas que atraen abejas que anidan en el suelo y las alejan de la protección de sus refugios. John D. Pierce describe cómo lo logran: «Cuando descubre la abeja, la hormiga normalmente se detiene varios segundos al borde del nido, después deambula por los alrededores, levanta una pequeña partícula de suelo [...], se dirige de vuelta a la entrada del nido, sujeta la tierra sobre la entrada [...], duda durante un segundo y después la deja caer». Pocos segundos después, la hormiga va a por más. Mientras tanto van llegando otras hormigas. La abeja está ahora en la superficie, arremetiendo con las mandíbulas. Es como una lucha de dragones en miniatura. Cuando la abeja intenta salir de su refugio, que ahora se ha visto amenazado, las

hormigas la atacan y la matan.

Algunas avispas usan guijarros y tierra para atrapar a sus presas en un agujero junto con sus huevos (de manera que cuando las crías salgan de ellos, se alimentarán de la captura). También lo explica Pierce: «La bolita de mayor tamaño se coloca en lo más profundo del nido, y encima se colocan otros objetos más pequeños. [...] En algunas ocasiones, la hembra usa un guijarro a modo de martillo para compactar el relleno». Las chinches asesinas cazan termitas camuflándose primero y después pegándose al cuerpo trozos del nido de las presas, para oler igual. Después de capturarlas y succionar el interior de su cuerpo, las chinches sostienen el cadáver delante de la cabeza, «meneándolo un poco como para incitar a otras». Cuando una de las termitas agarra el cadáver, la chinche estira hacia atrás para sacarla lentamente del nido. En cuanto la cabeza está accesible, «la chinche la atrapa con rapidez» y le inyecta el veneno, al tiempo que deja caer el cebo muerto.

Éstos son sólo algunos ejemplos del uso de herramientas por parte de los insectos. Por no mencionar la asombrosa construcción, ventilación, producción de comida y conservación del calor que observamos en los nidos de termitas, las colmenas, las telas de araña, etc. ¿Quiere eso decir que los insectos que usan herramientas son muy inteligentes? ¿O significa eso que la utilización de herramientas no implica inteligencia? ¿O acaso el uso de herramientas es menos impresionante si lo hacen insectos de cerebro diminuto? Y ya que hablamos de sus cerebros, ¿son conscientes? ¿Cómo de conscientes? ¿Cómo toman decisiones y evalúan los avances? ¿Será que nuestro cerebro, como parece demostrar la ciencia, toma una decisión y después informa a nuestra mente consciente, de manera que creemos que lo hemos pensado nosotros?

Resulta irónico que siendo los mejores fabricantes de herramientas, seamos las criaturas más inútiles. No somos capaces de dormir, comer, ni siquiera de defecar sin recurrir a herramientas y dispositivos que nos ayudan a lograr nuestro objetivo. Si consiguiéramos sobrevivir a una noche en la naturaleza desnudos y sin herramientas, simplemente tumbados en el suelo, nuestra

necesidad más urgente sería empezar a elaborar instrumentos que nos mantuvieran con vida. Sin embargo, en lugar de fabricar herramientas, la mayoría nos limitamos a usar las que fabrican otros. Gran parte de nosotros no es capaz de crear las herramientas más básicas, como un fuego, un pedazo de cuerda, un cuchillo o cualquier prenda de ropa, a partir de objetos de la naturaleza. Prácticamente ninguno de nosotros ha inventado nada. En este momento estoy usando un ordenador. No tengo ni idea de cómo funciona ni de cómo se ha montado. Somos una especie bastante impresionante; pero como individuos, la mayoría de nosotros no sería capaz ni de coser una camisa decente a partir de unos cuantos rollos de tela ataditos con un lazo.

Aun así, nos encanta felicitarnos a nosotros mismos por los logros humanos colectivos de los que no tenemos mérito individual alguno, éxitos que la mayoría de nosotros no entiende. En cambio no nos gusta en absoluto reclamar la responsabilidad por los horrores colectivos. (En el siglo XX, gente civilizada mató a más de cien millones de personas también civilizadas, y este siglo no ha empezado precisamente bien.) Preferimos centrarnos en nuestra habilidad para construir aviones y ordenadores, una agradable ilusión para aquellos que no tenemos ni idea de cómo hacerlo. Los perros no saben que los humanos fabrican coches. Pero en lo que respecta a la construcción real del coche (minería, metalurgia, química, diseño y montaje, origen de fábrica y distribución), sabemos poco más que los perros, y eso que somos nosotros quienes nos subimos y los conducimos.

Música de lobos

Subimos al coche y emprendemos el camino hacia el este. Ahora se distingue con claridad un grupo de cuervos del otro lado del valle. Los pájaros negros destacan sobre la nieve inmaculada en torno a una mancha rojiza. En la lente de mi telescopio aparecen varios Lamar con el hocico rojo desmenuzando, con enérgicos tirones, la caja torácica recién extraída de lo que hasta hace un instante era un uapití. En un abrir y cerrar de ojos lo han reducido a un montón de huesos. La afilada cornamenta es inútil a estas alturas; la cabeza arrancada reposa boca arriba, apartada, como si fuera un trofeo. Tengo la impresión de que no han dejado mucho para los cuervos y las urracas, pero la paciente presencia de los pájaros les garantiza que será suficiente. Son expertos en ese tipo de cadáveres. En total, han participado nueve lobos. Siete de ellos, con la panza llena, descansan satisfechos tendidos sobre la nieve.

Propongo una pausa para una reflexión metafísica: un uapití que corre para salvarse termina siendo carne, hueso y nervio de un lobo que vive para cazar uapitís que corren para salvarse y escapar del funesto destino que los persigue; un destino construido a base de criaturas como ellos. Los depredadores presagian a los Borg. Pícaros graznidos, también hechos de uapitís, animan el cielo. Pero más adelante el depredador termina por caer, y libera a todos los que un día fueron uapitís y acabaron siendo lobo, cuervo u oso, para emprender un breve viaje como hierba. La hierba será el pasto del uapití, su depredador. La hierba, de nuevo, se torna uapití, y así una de las ruedas de la eternidad completa un giro. La humanidad, por supuesto, es el elemento disruptivo de la eternidad: los súper Borg que se comen a los Borg.

Doy unas pataditas en el suelo para comprobar que mis pies siguen aquí. Mientras aguardamos a que los lobos duerman su comilona, nosotros, los observadores, observamos, charlamos, picamos algo, comparamos por enésima vez guantes y botas y, en general, hacemos de todo menos entrar en calor. Rick me empieza a contar la historia de un lobato enfermo llamado Triangle en honor a la mancha blanca triangular que tenía en el pecho.¹ Corrían tiempos difíciles. Una plaga de sarna había infectado a su manada y había debilitado a todos sus miembros, y unos lobos rivales habían matado a la matriarca.

Una mañana, tres lobos hostiles se enfrentaron a Triangle, de un año, y a su hermana, de tres y medio. Los hermanos salieron corriendo y, ya fuera como estrategia premeditada o consecuencia del pánico, se separaron. Los intrusos persiguieron a la hermana. Era la más veloz de la manada, pero aun así, uno consiguió alcanzarla y derribarla. Acto seguido, la loba se levantó de un salto, rodó por el suelo y escapó hacia el río. El perseguidor la atrapó dos veces más, pero ella no se rindió, logró zafarse y salir corriendo con la fuerza que le quedaba.

Sin embargo en el cuarto asalto participaron los tres hermanos. Ella estaba tirada de espaldas, luchaba con todas sus fuerzas contra dos lobos que le mordían ferozmente el vientre y los cuartos traseros, mientras el más grande se acercaba para enterrar sus colmillos en la mandíbula y preparar el golpe final.

La loba seguía defendiéndose y, de pronto, el lobo más grande retrocedió. Había mordido la carcasa del collar de localización. Pero enseguida pareció entender qué pasaba y se recolocó de tal forma que el objeto no se interpusiera en la mordida. Rick lo observaba todo desde su telescopio, y de repente, de la nada, surgió una manchita negra que puso todo patas arriba. Era Triangle, el pequeño lobato enfermo que intentaba arrancar a su hermana de las fauces de la muerte.

Su llegada despistó a los agresores y dos de ellos abandonaron su tarea para echarlo de allí. Su hermana se puso en pie y salió corriendo hacia el río. Triangle sólo acaparó la atención de los tres enemigos durante un instante; éstos, de nuevo, atraparon a la hermana cuando apenas había alcanzado la

orilla, y los cuatro cayeron al agua. La loba no tenía ninguna oportunidad contra todos ellos. Pero el joven volvió a entrar en escena. En medio de toda aquella confusión, su hermana consiguió cruzar el río y, con un corte profundo de un lado al otro del pecho, atravesó el valle y remontó la colina hacia el norte, hacia la guarida de su familia.

Entretanto, los tres machos perseguían a Triangle. Contra todo pronóstico, en una carrera que podría haber marcado récords, el pequeño lobato enfermo escapó de sus perseguidores, quienes se dieron por vencidos y se alejaron del valle con paso pesado, hacia el sur.

Una semana y media después, la hermana mayor de Triangle apareció. Sobrevivió a las heridas y se recuperó. Triangle continuó cazando y, durante meses, se le vio con la manada. Sin embargo, con el tiempo, la sarna y las heridas del enfrentamiento lo debilitaron hasta que acabaron con él.

Para Rick, Triangle es «un héroe».

Veamos. Los humanos pueden ser héroes, pero ¿en qué estaría pensando Triangle?

–Juzgamos el heroísmo por aquello que uno hace, no por lo que piensa – dice Rick.

¿En qué piensa un bombero cuando entra en una habitación en llamas para rescatar al bebé de un desconocido y no hay tiempo para pensar? Si un héroe es alguien que pone en riesgo su vida por la de otro, entonces, Triangle, el hermanito enfermo que salvó a su hermana mayor, ¿qué es?

Tras un par de horas de siesta, los Lamar despiertan, se reúnen y se saludan animados; después, se despliegan y comienzan a aullar. El volumen del parloteo de los humanos se atenúa rápidamente hasta fundirse con el silencio, y escuchamos. La fascinación es absoluta. Sentida, pero inexplicable. Las voces de los lobos vacilan, cambian de tono. Oscilan entre la alegría y el dolor. Es sobrecogedor.

Embelesados, escuchamos su canto. Parece que, por alguna razón, nos importa. Nuestra reacción contrasta con la de los demás animales que, por lo general, no hacen ni caso de nuestra música. Entonces, ¿será la música (y el

modo en que nos conmueve) aquello que «nos hace humanos»? ¿Serán los aullidos la música de los lobos, hecha exclusivamente por y para ellos?

Evidentemente, nuestra música se encuentra dentro del espectro auditivo del ser humano, sigue unos ritmos que suelen coincidir con los latidos de nuestros corazones o con el compás de nuestros pasos, y presenta patrones y entonaciones comparables a ciertas cualidades de nuestra manera de hablar. Estas cualidades de sonido, tempo y tono reciben técnicamente el nombre de «características paralingüísticas» y se agrupan dentro del concepto de «prosodia», que trata lo relativo a las cualidades fónicas del habla de los seres humanos.² La prosodia permite, entre otras cosas, que seamos capaces de distinguir una nana de unos chillidos en cualquier idioma; o que un solo de piano, violín, saxofón o guitarra nos suene, misteriosamente, igual que una persona que relata una historia, aunque sea sin palabras.

En ocasiones, el sonido puede comunicar emociones entre especies. Los perros entienden cuándo están discutiendo los humanos, así como nosotros comprendemos que un gruñido es una advertencia. Una parte de la carga emocional de los sonidos animales reposa sobre bases ancestrales. Y si compartimos con ellos ciertas capacidades para percibir dicha carga, es porque tenemos una herencia común y profunda. Independientemente de que el oído receptor pertenezca a un humano, un perro o un caballo, una serie ascendente de llamadas breves producirá un incremento de la excitación; las llamadas largas y descendentes traerán calma; y un único sonido corto y repentino detendrá tanto a un perro que se esté portando mal como a un niño al que pillen a punto de hacer alguna travesura.

Los psicólogos que estudian estas raíces y percepciones comunes hablan de un «origen prehumano de la prosodia». En los seres humanos, y probablemente en otras criaturas también, la plantilla se prepara en el útero. Antes de llegar al mundo, un bebé ha oído los latidos del corazón de su madre, las tonalidades de su voz, el ritmo y la cadencia de sus pasos. La capacidad de captar significado en el tono de voz materno está presente en el momento del nacimiento. (Muchas aves comienzan a emitir vocalizaciones a sus crías en cuanto ven que han resquebrajado una rajita del cascarón.) En muchas culturas, la mayoría de los instrumentos musicales producen sonidos

de entre doscientos y novecientos hercios: el rango de frecuencia de la voz de una hembra humana adulta. No es casualidad.

Y cuando necesitamos ser más explícitos, recurrimos a las letras. Pero ¿quién no se ha derretido ante un cantante de bossa nova sin tener ni idea de portugués? ¿Quién no se ha emocionado al escuchar cantos religiosos, músicas del mundo, óperas o rock, a pesar de no entender absolutamente nada? Las canciones en otros idiomas representan una de las formas más puras de prosodia: no entendemos la letra, así que únicamente respondemos a sonidos vocálicos y patrones rítmicos. Se podría decir que, a veces, el dejar de lado el significado verbal de la letra purifica la música que emite la voz. Si lo más importante fueran las letras, tan sólo escucharíamos poesía. O leeríamos el libreto. Pero no; la gracia está en el sonido.

En cierto sentido, la música extrae el tono y el ritmo de nuestra vida y nos lo devuelve en forma de un conjunto auditivo de auténticas bombas de estimulación emocional. Al escuchar música se producen unos cambios químicos en nuestro cerebro que pueden desencadenar, por ejemplo, un aumento de los niveles de noradrenalina, que se traduce en un incremento de la sensación de bienestar. La palabra «musicalidad» parece referirse, de manera subconsciente, a lo bien que determinados sonidos musicales capturan, transmiten o despiertan emociones. No obstante, la cantidad de contenido emocional que llega de la música al oyente depende, en gran medida, de lo culturalmente habituado que esté a la prosodia de esa música, es decir, a sus cualidades tónicas y rítmicas. En el caso de los seres humanos, una parte es universal, pero otra es cultural. En cada cultura, los instrumentos suelen reflejar las cualidades tónicas del lenguaje. Pensemos, por ejemplo, en el tañido de los instrumentos orientales, en la cadencia de la música country o en las *pedal steel guitars* del Oeste.

¿Cómo es que a los demás animales no les gusta la música humana? No se puede decir que no lo hayamos intentado. Un grupo de investigadores señaló que «las palomas entrenadas para diferenciar entre la *Tocata y fuga en re menor* para órgano de Bach y *La consagración de la primavera* para orquesta de Stravinsky podían llegar a distinguir ambas piezas, pero aprendían muy despacio y sus índices de acierto no eran especialmente

elevados».

Ciertos animales sí que disfrutan con la música. Mi amigo Darrel asegura que a su tortuga «le encanta la música mexicana» y que, cada vez que la oye, se pone a corretear por ahí. Rosebud, nuestra cotorrilla mejilla verde, se contonea con más ímpetu cuando le ponemos música de compás marcado, especialmente si sacamos los juguetes de percusión. Internet está plagado de loros bailarines, como Snowball, la cacatúa galerita.

Pero lo cierto es que a la mayoría de animales nuestra música les resulta entre aburrida y molesta. En un experimento se mostraron diferentes músicas humanas a dos especies de primates; ambas preferían los ritmos lentos a los rápidos, Mozart antes que el rock. Pero cuando la elección estaba entre varios tipos de música humana y ninguna, ganaba el silencio.

No obstante, parece que el problema no era la música en sí, sino que ésta era humana. La música humana está compuesta de ritmos y sonidos que corresponden a características humanas. A un grupo de monos tamarinos se les hizo escuchar primero una pieza relajante y después una estimulante.³ Y la reacción fue la misma: se tranquilizaron con ambas. La música «rápida» que anima a los humanos sigue prácticamente el mismo compás que las pulsaciones de un corazón de tamarino en reposo. Los humanos la perciben como energizante, pero para los tamarinos no había nada por lo que alterarse.

¿Y si tradujésemos los elementos que hacen la música atractiva para los humanos y compusiéramos «música de monos»? Eso fue lo que hizo un grupo de investigación.

Estudiaron el rango de frecuencia, los tempos y las variaciones tónicas en las vocalizaciones de unos tamarinos algodonosos, así como sus frecuencias cardíacas. (Como referencia: la mayoría de la música humana oscila entre los doscientos y novecientos hercios; cuando los tamarinos se sienten amenazados, emiten gritos con frecuencias de entre mil seiscientos y dos mil hercios.) A continuación crearon música siguiendo esos parámetros. Se esforzaron por no imitar las llamadas de los tamarinos, emplearon recursos de la música humana, como el contrapunto o la resolución, y aplicaron estructuras, como A-B-A. Compusieron algunas piezas pensadas para calmar a los tamarinos, y otras, para alborotarlos. Las canciones fueron interpretadas

con un violonchelo. Fue la primera música para tamarinos del mundo. Y los primates respondieron tal y como los compositores pretendían. Tras oír la música relajante, se movían menos y comían más. Después de la alterada, estaban sentados y alerta.

La música compuesta para los monos parecía despertar el tipo de respuestas emocionales esperadas. (Los investigadores escribieron que «tanto nosotros como otra gente que la ha escuchado no encontramos la música de tamarinos especialmente agradable. Cabría esperar que ellos reaccionasen ante nuestra música del mismo modo».) El sonido puede transmitir diversas cualidades emocionales como el enfado, el miedo, la alegría, el cariño, la tristeza o la excitación; y además, todo un abanico de intensidades de dichas emociones. La música es capaz de capturarlas y transmitir las. Los expertos sostienen que «es una de las mejores formas de comunicación emocional que se conocen».⁴ La emoción de la música afecta a nuestras propias emociones: la música animada nos anima; un ejemplo más de contagio emocional. De hecho, la música se basa en el contagio emocional, que, a su vez, depende de la habilidad del cerebro humano para activar determinada correspondencia emocional. En una palabra: empatía. Hay que sentir la música.

Una vez que el sobrecogedor coro de aullidos se hubo desvanecido, los lobos comieron un poco más y después se regalaron otro ratito de retozo. Luego, de nuevo, a dormir el atracón. Dos coyotes se acercan al cadáver y los lobos, tendidos sobre la nieve a menos de veinte metros del montón de huesos; están tan empachados que ni se mueven. Comerán y dormirán durante todo el día y la noche siguientes. Ahí los dejo, entregados a sus sueños de lobos. Las voces vienen y van. La canción permanece. Aunque las canciones también pueden ser silenciadas.

Amanece a 20 bajo cero. Otro invernal día de primavera. Otro manto mágico cubre el valle de Lamar. Quietud, silencio.

Estoy solo, empeñado en descubrir lobos por mi cuenta en este frío glacial. Enfoco las pendientes más lejanas del valle, intentando encontrar lobos sin buscarlos. Trato de ver huellas de la manada en la nieve fresca, o tal vez una bandada de cuervos.

Llega Doug McLaughlin.

Quiero dar con algo bueno antes que él. Estoy escrutando una llanura nevada cuando dice:

–Tengo uno.

Qué cabrón.

A lo lejos, sobre una cresta nevada encima de una arboleda, camina un lobo. Un águila calva planea y su vuelo conduce mi mirada hacia abajo. En las faldas de la ladera, allí donde ésta se funde con la explanada del lecho del valle, descubro una hilera de huellas, una mata de pelos y sangre, y cuervos. Justo detrás de un pequeño montículo asoma la cabeza del águila, recién aterrizada, que tira enérgicamente de algo. Con que ahí está el cadáver, fuera de nuestra vista.

Trazando una línea prácticamente recta colina arriba (también Doug lo ha visto primero), la pareja del águila ya está incubando, sentada encima de un inmenso nido de ramitas en la copa de un álamo. Nunca había estado en un lugar donde invierno y primavera chocasen con semejante brutalidad. Aparece un coyote y comienza a morder, con vigorosos tirones, el pedazo de cadáver que ha pasado previamente por el águila.

Nueve lobos Lamar, cuatro negros y cinco grises, emergen de la arboleda, descienden la ladera trazando un nuevo sendero en la nieve. Pasan de largo ante el revoltijo de pelo y sangre y avanzan directos hacia el cadáver, con total naturalidad, como quien regresa a repetir ensalada en un bufet. La hermana dominante está a la izquierda, parece haber asumido el papel de alfa. Middle Gray, su hermana de rango inferior nacida en la misma camada, avanza junto a ella. Ahora mismo parece que la relación entre ambas es pacífica.

Los coyotes temblorosos perciben la extrema seguridad de los lobos. Están en su territorio, gozan de una alimentación privilegiada y del calor de sus pieles; están al mando y son, en esencia, intocables.

Desde detrás del pequeño montículo, un lobo aparece en nuestro campo de visión tiñéndolo de rojo con la caja torácica y la columna vertebral de un uapití. Ni rastro de la cabeza. Otro lobo arrastra un gran pedazo de piel. Los demás arrancan costillas o buscan huesos de las patas y se abalanzan sobre ellos, masticando satisfechos. Estos animales necesitan unos tres uapitís por semana. A menos de un kilómetro de estos lobos saciados, diviso tres uapitís que pastan plácidamente entre los sauces recuperados en la orilla del río.

Cuando los lobos han dado por terminada la comida (después de dos asaltos), los cachorros de un año juegan a perseguirse y mordisquearse el hocico, igual que nuestros perros en casa. Uno pensaría que estos animales no tendrían necesidad de jugar al pillapilla después de una batida de caza real y un verdadero atracón. Pero no todo es trabajar... Por lo visto, también los lobos necesitan equilibrio en sus vidas.

Después de retozar, se retiran a unos metros de allí y se extienden sobre la nieve cual alfombras de piel. Están tumbados como si tomaran el sol en la playa, sin preocuparse por conservar al calor. Disolutos y atiborrados. No tienen ni frío ni hambre. Es una de las diferencias entre ellos y yo.

Middle Gray se despierta. Esta dulce loba de tres años se muestra siempre cariñosa con los lobeznos. Su hermana dominante (la que no puede ni ver a Ocho Veinte) es el origen de su bajo rango. Middle Gray desaparece colina arriba.

—¿Se irá a buscar a Ocho Veinte? —se pregunta Laurie en voz alta.

Un par de horas después, el resto de la manada se despierta. Se estiran, orinan, se reúnen. Menean las colas y se saludan con lametazos. Una pequeña sesión de brincos. Después, durante varios minutos, todos aúllan. A

continuación, todos descansan.

Una hora más tarde, Rick recibe una fuerte señal de Ocho Veinte. Está alineada con los lobos que duermen en esa misma colina. ¿Se estará acercando a ellos? Debe de estar hecha un lío.

Su hermana enemiga sigue dormida.

Al rato, no cabe duda de que Ocho Veinte está a cierta distancia de los demás. Y la mantiene.

–¿Y dónde está Cincuenta y Cinco? –se pregunta Laurie.

Su collar no emite señales. Ayer no se supo nada de él en todo el día.

–No le faltan motivos para estar asustado –dice Doug.

Hablan sin despegar el ojo de la lente, en busca de una señal de Ocho Veinte.

–Ya... –concede Laurie, pero añade–: Pero si esos machos de verdad quisieran matarlo, lo habrían hecho la última vez, ¿no?

Es media mañana, está nevando intensamente. Nadie se mueve demasiado.

Un rato antes, alguien ha visto a un oso grizzly que merodeaba entre los sauces de Confluence. Como no tenemos nada mejor que hacer que conducir en plena borrasca, decidimos recorrer el par de kilómetros que nos separan de allí, donde los canales sembrados de sauces del arroyo de Soda Butte se funden con el río Lamar.

En estas aguas de marzo, una nutria remonta el río enfrentándose a la ventisca.

La razón que ha traído aquí al oso es un viejo esqueleto de uapití que sobresale entre la nieve. Es probable que este oso, recién despertado de la hibernación en el momento más frío de la primavera, haya pasado la noche mordisqueando tuétanos o succionando los sesos de la calavera helada. Aquí, en invierno, los cadáveres conservan su valor varias semanas y sirven de alimento a muchos. Lobos, coyotes, zorros... Cuervos, águilas, urracas... La vida depende de la muerte. El lobo es quien siembra, así que también es

quien recoge.

Un lobo Lamar negro que dormitaba en el sitio que acabamos de dejar está aquí. ¿Cómo es posible? Ahora vemos, sin entender muy bien, que la manada nos ha adelantado por la nieve. Creíamos haberlos dejado atrás al venir, pero aquí están, como por arte de magia.

Parecen flotar a través de las pronunciadas pendientes nevadas. Es lo más cerca que hemos estado de ellos, a apenas cien metros. La lente de mis prismáticos capta al macho Hoodoo llamado Tall Gray, que pasa trotando junto a unas ramas de sauce. Sus ojos ámbar me fulminan, pero no le despierto mayor interés y no sostiene la mirada.

Tras olisquear los huesos congelados, la manada se tumba, relajada y satisfecha en plena tormenta, tan a gusto como Chula y Jude sobre las alfombras de nuestra casa. Si hay algo que me asusta de los lobos es su facilidad para estar cómodos, que deja en evidencia mi extrema fragilidad.

Desciende la niebla y cae una pequeña borrasca, como una espesa cortina blanca, y cuando se alza el telón, no queda ni rastro de los lobos.

A las tres y media de la tarde ya no estoy en el valle Lamar. De la lejanía, surcando el aire y el tiempo, llegan a mis oídos los aullidos de dos lobos a los que no veo. Los aullidos se desvanecen y vuelven con más fuerza. Estos lobos se están moviendo. ¿Quiénes son? Como si fueran señales de humo, sus llamadas siguen alzándose en el aire a intervalos. Hay un mensaje que aún no podemos descifrar.

Alcanzamos a ver a un lobo negro que atraviesa un diminuto claro en una pendiente poblada de árboles. Tiene el pelaje erizado y un aire desgarbado; no llega a los dos años. Es todo cuanto podemos decir. Se está alejando del otro lobo que emite las llamadas, quien parece estar siguiéndolo.

Despego el ojo de la lente y contemplo cómo el minúsculo puntito negro desaparece tras el collado. Montamos en el coche y recorremos unos tres kilómetros para poder otear la otra cara de la colina, y esperamos fuera a que el puntito negro reaparezca, mientras la temperatura continúa bajando.

Dos horas después seguimos a la espera. Pero ahora, de vez en cuando, oímos los aullidos intermitentes y apagados. Ya llegan.

Han pasado cuatro horas desde que los avistamos. Nos llega algún que otro intercambio de aullidos, pero no hemos visto nada más. Por lo que oímos, el negro aún está desplazándose y aullando.

¡Ahí está el lobo negro!

De pronto, desde una colina, a más de un kilómetro de allí, un extraño ladrido emerge con claridad. Medio aullido, medio gemido. Un sonido anhelante y doloroso, duradero y borroso. Me viene a la mente la palabra «angustia». ¿Será eso lo que siente su autor?

En lo alto, un lobo gris solitario camina sobre la cresta frente a nosotros, observa valle abajo, mira hacia donde el lobo negro ha aparecido hace apenas un instante y se ha vuelto a esfumar.

El lobo negro, sin dejar de aullar (aunque sigamos sin verlo), continúa alejándose del gris.

Enfoco al gris; parece tan indeciso como un cachorro perdido, no sabe hacia dónde ir. Al final, opta por marcharse, remonta la ladera y desaparece por la misma cresta por donde había emergido, regresa sobre sus pasos.

–La negra sólo puede ser Jet Black –afirma Laurie.

Una hembra joven de la manada Junction Butte.

–El gris debe de ser Siete Cincuenta y Cinco –opina McLaughlin.

Se hace el silencio. Pero... ¿todavía es él o mis oídos me están jugando una mala pasada? Sus aullidos lastimeros se han quedado grabados en mi cabeza y tengo la sensación de oírlos continuamente, como ululatos fantasmagóricos entre la brisa.

Mis compañeros niegan con la cabeza. No están oyendo lo mismo que yo.

Rick nos llama. Está recibiendo la señal de Siete Cincuenta y Cinco, no muy lejos de la manada Junction. También le llega la de Ocho Veinte, desde Slough, no muy lejos de su padre.

¿Por eso se habrá marchado?

El atardecer deja esta pregunta en el aire.

El cazador es un corazón solitario

La radio de Rick le informa de que se ha detectado a Siete Cincuenta y Cinco más abajo, al oeste del valle Lamar, a unos once kilómetros de aquí. Nos ponemos en marcha. Caminamos hacia un pequeño cerro y encontramos huellas recientes de Siete Cincuenta y Cinco. A una parte del grupo le parece que desde una colina situada al este, con una espesa cubierta arbolada, llega un aullido profundo y reverberante. Yo no estoy seguro.

Después, desde otra ladera de la montaña enterrada bajo la niebla, otro lobo (un Junction Butte) aúlla como si respondiese.

Nuestros objetivos captan ahora varios lobos Junction Butte que surcan las nieves de un elevado collado boscoso a unos dos kilómetros de nosotros. La pareja alfa de los Junction, el macho, Puff, y Ragged Tail, su compañera que cojea notablemente, dirigen a cinco lobos más, dos grises y tres negros. Se abren paso entre la nieve virgen bajo un sol radiante y descienden por la pendiente escalonada con diferentes estratos que se conocen como terrazas fluviales.

–Es un buen líder –comenta Rick sin apartarse del objetivo–. Le gusta adelantarse a la manada.

Los Junction hacen una pausa para asomarse al borde de una de las terrazas y mirar las extensas planicies de salvia, la ribera y los meandros del arroyo Crystal, donde se distinguen bisontes desperdigados por aquí y por allá. Parecen admirar sus dominios.

Reclinan las cabezas hacia atrás y, durante unos minutos, inundan el cielo

con un coro que suena como los albores del inicio de los tiempos. Son dueños de sus vidas. Guardianes del lugar que los guarece. Las primeras naciones genuinas. Durante más de una hora alternan el desplazamiento con los aullidos, aunque a veces se solapan, y descienden poco a poco, entrando y saliendo de los bosquecillos. Continúan su descenso por ese vasto paisaje, deteniéndose para aullar, siguen bajando, atravesando grandes claros nevados, y aullando de nuevo. Penetran en un laberinto de altas matas de salvia y... Desaparecen.

Nosotros, evidentemente, también recogemos y emprendemos la marcha. Los esperaremos como a kilómetro y medio de aquí, donde se supone que aparecerán. El frío, por una parte, y el no tenerlos a la vista, por otra, me hacen cuestionar nuestra obstinación por verlos, y verlos, y volverlos a ver. ¿Por qué no alegrarnos de haberlos visto y oído, y dar el día por bueno? Nuestro interés por ellos es casi tan misterioso como el próximo punto donde aparecerán. Pero cada día se hace más especial. Tiene algo de puro, de real. Algo de cierto, de cuerdo y de eterno. Viven con una especie de fe en sí mismos. Han resistido. Así que aquí estoy, esperando volver a verlos. Según Laurie, no tiramos la toalla porque los lobos hacen cosas. Y cuando no están haciendo nada, queremos saber qué harán después.

—Cuando alguien me dice: «¡Hay un oso grizzly más allá!», lo único que me interesa es: «¿Hay un lobo con él?».

Vemos a los bisontes o a los muflones de las montañas, pero a los lobos los observamos. Es diferente. Hasta los propios bisontes y muflones los observan. Lo cierto es que cuando no estamos observando lobos, estamos esperando a que haya lobos que observar.

—Cuando era profesora me encantaba observar a los niños, qué hacían. En la escuela primaria, a algunos les gustaba jugar en el cajón de arena, a otros, al escondite. Los observé crecer durante años. Así es como miro a los lobos. Es básicamente lo mismo. Aquí no sólo seguimos a los lobos, seguimos sus historias —dice Laurie.

Los aullidos continúan, van y vienen. Los lobos cuentan sus propias historias.

De pronto, desde el este, a nuestras espaldas, una respuesta más sonora y dolorosa que el coro de la manada Junction rompe el aire cristalino. Siete Cincuenta y Cinco. No podemos verlo. ¡Su aullido es único e inconfundible!

Puede que los lobos no tengan palabras. Lo que sí tienen es: reconocimiento, motivación, emoción, imágenes mentales, un mapa mental de su tierra, un registro de los miembros de su comunidad, un banco de recuerdos y habilidades adquiridas, y un catálogo de aromas con significados asociados, como si fueran definiciones. Como en el caso de los perros, es más que de sobra para entender quién es quién, y qué está dónde durante toda una vida.

La conversación dura más de una hora; a veces se turnan, otras se interrumpen y se solapan. Los humanos crean música, a veces durante sesiones bastante largas. Yo lo he hecho, y es una experiencia de lo más social. La tribu se reúne, los oyentes se congregan. Hay que aprovechar la experiencia al máximo, pues implica el tiempo de los músicos, quienes se envían sonidos entre sí y los comparten con aquellos que acuden a escuchar. Aquí también hay una historia. Sin palabras, pero rebotante de vida.

Siete Cincuenta y Cinco es el barítono que había imaginado que sería un lobo grande. Tan inconfundible que no me supondría ningún esfuerzo reconocerlo los días posteriores. En su canto oigo su reciente tragedia. ¿Y los otros lobos también perciben su sufrimiento? ¿Estaré proyectando? Tal vez sea él quien proyecte.

Siete Cincuenta y Cinco sigue fuera de nuestra vista. Sus aullidos nos llegan de una ladera cubierta de rocas y vegetación, encastrada entre las inclinadas sombras de los árboles. Con nuestros telescopios inspeccionamos minuciosamente esas sombras. Busco, en vano, cuando Laurie anuncia:

–Lo tengo.

Los poderes casi sobrenaturales de Laurie para avistar superan con creces sus habilidades explicativas. «Allí, donde el árbol grande que está a la derecha de la roca» no me ayuda a afinar cuando tengo ante mí una ladera

sembrada de árboles enormes y de rocas. Será más fácil mirar por su telescopio. Así que me levanto y procedo.

Veo una roca en un claro de luz bajo las ramas de un pino. Y un lomo de pelaje plateado. A partir de ahí, de pronto, Siete Cincuenta y Cinco se materializa, como si mis ojos hubiesen necesitado un momento para dibujarlo allí, acurrucado sobre una roca, con el mentón posado sobre las patas delanteras, como un cachorrito en un porche. ¿Qué estará esperando? ¿Una idea, una decisión, algo de compañía?

–Pero ¿cómo lo has visto?

–No sé... He visto el pelaje.

Siete Cincuenta y Cinco se sienta encima del pedrusco al sol, como un perrito de peluche. Escruta el valle en dirección al coro de los Junction.

Cuando nació era negro, pero en los últimos años de su madurez ha comenzado a encanecer. Desde cualquier ángulo se distinguen sus dos tonos, y su rostro, también bicolor, es muy característico. La frente, las orejas y el hocico oscuros contrastan con el gris claro que se extiende de la mandíbula inferior hasta la nuca. La cola y el lomo son oscuros, pero los costados se acercan más bien al color crema. Un lobo absolutamente inconfundible. Inclina la cabeza hacia atrás. Transcurren un par de segundos hasta que su aullido llega a mis oídos. Debe de estar a medio kilómetro.

Mira de frente a mi objetivo. Me han dicho que los lobos «te atraviesan con la mirada». Pero ¿sabéis lo que creo? Que es porque los lobos no tienen el menor interés en nosotros. A los humanos nos resulta difícil aceptar que no somos lo más importante que alguien haya visto en su vida. Para él, soy insignificante, por eso me atraviesa, para mirar más allá. Sus ojos amarillos apenas se posan en mí un segundo, lo justo para etiquetarme: «humano». Como si fuéramos la morralla que el pescador desprecia. «No se puede comer.»

Jet Black, la hembra Junction, desciende hacia las llanuras de salvia sin dejar de aullar, atraviesa las abruptas riberas del arroyo y se mete entre los sauces. Es la loba a la que ayer perseguía Siete Cincuenta y Cinco, y que lo rehuía.

Ahora todos los Junction han bajado a la vaguada, encabezados por Ragged Tail y Puff, la pareja alfa; aparecen y desaparecen entre los sauces y, de vez en cuando, emiten algún que otro aullido.

Siete Cincuenta y Cinco presta mucha atención a las llamadas intermitentes de los Junction. Ladea ligeramente la cabeza, triangula, no pierde de vista los movimientos de la manada en el valle.

De nuevo, gira la cabeza y parece mirar directamente a mi telescopio. Su mirada me hipnotiza (¡qué ojos! ¡qué cara!) un tiempo suficiente como para que el viento haga brotar lágrimas de mis ojos. Me aparto para enjugarme y cuando vuelvo a mirar por el telescopio me encuentro con una roca vacía. Siete Cincuenta y Cinco se ha esfumado.

De pronto, para mi sorpresa, lo veo pasear tranquilamente por la misma ladera donde nos encontramos ahora mismo, a menos de doscientos metros a nuestra izquierda. Enfoco y consigo encuadrarlo en el centro de mi teleobjetivo. Disparo una ráfaga y obtengo una serie de imágenes de él con una hermosa luz de costado, parece otear algo muy concentrado. Sus dos colores resaltan como en ningún otro lobo que haya visto hasta ahora. Con trote brioso, sus esbeltas patas atraviesan las matas de salvia en dirección a los sauces que no le dejan ver a Jet Black. Desde nuestra colina podemos verlos a todos: él, ella y los Junction. Pero él, desde el lecho del valle, no puede verlos, pues están sobre una de las terrazas a orillas del arroyo.

Puff se pone tieso y se acerca a una mata. Este lobo tiene un nombre simplón, pero es un superviviente y, según Laurie, «todo un valiente para su tamaño». De pronto, se adentra entre la vegetación, con paso raudo y decidido. Siete Cincuenta y Cinco emerge de la salvia a un claro abierto. Pero parece que Puff persigue a su propia hija, Jet Black, como si le estuviera regañando. Acto seguido se detiene.

Los lobatos Junction se agrupan, menean la cola, frotan hocicos y lomos. ¿Se estarán poniendo nerviosos con las maniobras de los adultos?

Yo sí.

Siete Cincuenta y Cinco sale corriendo hacia ellos. Parece resuelto a establecer contacto. Se pierde entre la masa de salvia. Los Junction miran a su alrededor, como si no supieran dónde está.

De pronto, la pomposa cola de Ragged Tail se queda tiesa. Lo ha visto.

Inesperadamente, Siete Cincuenta y Cinco derrapa y cambia de rumbo. Está corriendo un riesgo considerable. O tal vez, es consciente de sus probabilidades. Es muy posible que sepa cómo funcionan los Junction. Puff se ha ganado una reputación de lobo que evita la lucha (puede que por eso todavía siga con vida), pero aun así, Siete Cincuenta y Cinco debería andarse con ojo. No obstante, parece decidido a intentarlo. Necesita una compañera y ha venido a buscarla. Sabe a quién quiere. Parece dividido entre la atracción y el miedo, y no me extraña. Aunque Puff no sea especialmente agresivo, Siete Cincuenta y Cinco no tiene ninguna garantía, ya que está en minoría y es vulnerable.

–Si eres un macho con un nivel elevado de inteligencia social, es posible que te ganes la aceptación de una manada con muestras de sumisión. O puedes conseguir seducir a la hija y arrebatársela, esas cosas pasan –comenta Rick–. Existen muchísimas similitudes entre los lobos y lo que ya sabes sobre el comportamiento de los humanos.

Hace algunos años, cuando los Druid y los Slough eran enemigos encarnizados, un macho Druid hizo buenas migas con los lobeznos Slough. Después, con todas las hembras adultas.

–Le llevó un tiempo. Eso sí, se mantenía siempre alejado del jefe. Y cuando éste se le acercaba, el Druid bajaba la cola y se hacía a un lado, como para mostrar que no suponía una amenaza, y después se marchaba –me cuenta Rick.

Pero más adelante, cuando el macho alfa se le acercaba, no se intimidaba, se revolcaba sobre el lomo y le lamía la cara. Y funcionó.

–Si lo hubiera hecho de otro modo, probablemente lo hubiesen matado. Jamás habríamos imaginado que un lobo pudiera seguir una estrategia social a largo plazo –reconoce Rick–. Pero cuando los observas día tras día, año tras año, las explicaciones más plausibles son aquellas que contemplan que los lobos pueden tener estrategias y que los resultados dependen de la manera en

que cada individuo, en función de su personalidad, juega sus cartas. Nunca sabes muy bien qué esperar.

Siete Cincuenta y Cinco está cara a cara con la matriarca Ragged Tail, sobre un risco junto a la orilla del arroyo. Su encuentro podría describirse como frío y cordial. No hay agresión. ¿Por qué Puff no ataca? Tal vez comprenda que Siete Cincuenta y Cinco ha quedado con su pareja.

Me cuesta deshacerme de la idea de Siete Cincuenta y Cinco como un pretendiente nervioso que saluda a la señora de la casa antes de salir con su hija. Siete Cincuenta y Cinco y Jet Black demuestran un interés mutuo en el otro, pero mantienen las distancias. Creo que ya se han encontrado antes. Laurie la llama Señorita Personalidad, aunque, con casi dos años de edad, ocupe el último escalón de la jerarquía de las hembras Junction.

Jet Black se enfrenta a un dilema: o abandonar a sus padres y hermanos para intentar formar una familia (con un macho sin manada ni territorio), o quedarse, en lo más bajo de la jerarquía, y vivir para ayudar a sus padres. La palabra clave es «vivir».

Para mi sorpresa, Siete Cincuenta y Cinco y Jet Black se funden durante un breve instante. Inmediatamente, la pareja alfa se acerca y su mera presencia es como el dedo que indica a Siete Cincuenta y Cinco el camino hacia la puerta. Puff y Ragged Tail parecen decididos a mantener cierto control sobre su manada. Perder un miembro no entra en sus planes.

Siete Cincuenta y Cinco regresa al laberinto de salvia y de nieve. Me pregunto cómo se siente y estoy seguro de que la historia no termina aquí.

Voluntad de vivir

A finales de marzo, el rompecabezas de los lobos sigue sin resolver. Una mañana de la tercera semana del mes, mientras la primavera parece decidida a seguir durmiendo a 17 grados bajo cero, Doug McLaughlin percibe un revuelo, unos lobos ahuyentan a Ocho Veinte. El macho más grande de los Hoodoo y la hermana mayor dominante de Ocho Veinte forman parte del grupo. Butterfly también. Esta vez no es tan violento como antes. Sin embargo, lo más relevante es que no se perciben indicios de reconciliación. Ocho Veinte se esfuerza por seguirlos, pero la rechazan una vez más.

Al día siguiente, vemos a Ocho Veinte de camino hacia el oeste, a la altura de Tower Junction, comiendo de un cadáver matado por los Junction. Un gesto arriesgado. Ocho Veinte no ha estado ahí nunca antes. Parece seguirle la pista a su padre, que se ha ido hacia el arroyo Hellroaring.

Los Lamar avanzan en la dirección opuesta, hacia el este, fuera del parque, hacia la zona de donde vienen los Hoodoo, ese lugar extraño e imaginario de peligros muy reales llamado Wyoming.

La última semana de marzo, Ocho Veinte continúa emitiendo señales ocasionales desde la parte oeste del parque. Siete Cincuenta y Cinco sigue dedicando una gran cantidad de tiempo a cortejar a Jet Black sin aproximarse a la manada Junction y evitando a Puff. Entretanto, éste parece conformarse con mantenerlo a raya. Todos dicen de él que no busca pelea, y es cierto.

A principios de abril, cientos de uapitís comienzan a regresar al parque. Algo perplejos, vemos que Siete Cincuenta y Cinco ha comenzado a alternar

con una nueva hembra desconocida que parece devolverle cierto vigor juvenil. Juegan en las colinas nevadas y se deslizan hasta abajo. Después ella lo monta a él, y ni siquiera estamos en época de celo.

–Sea quien sea, es una juguetona –comenta Laurie.

Mientras tanto, Ocho Veinte se ha topado con la mayor de sus hermanas, Middle Gray, y con un macho nuevo, enorme y gris. Middle Gray, que hasta ahora vivía con su compañera de camada dominante y no gozaba de un estatus elevado, jamás ha mostrado agresividad hacia Ocho Veinte. Está junto a una de sus hermanas de pelaje negro. Cuando ésta comienza a intimidar a Ocho Veinte, Middle Gray la derriba de un zarpazo y se coloca encima. ¿Será que Middle Gray se ve a sí misma como la nueva alfa? ¿Hay una nueva escisión en la manada Lamar?

Esto podría traer ventajas para Ocho Veinte. Pero la razón no es el único motor de las decisiones de los lobos, ni de los humanos. Tal vez esta hermana negra no quiera dejar ahí la cosa. En cualquier caso, Ocho Veinte tarda poco en volver a desaparecer de allí.

Emprende sola el camino de vuelta hacia el oeste, le esperan kilómetros y kilómetros. Cuando se aproxima a Hellroaring, se encuentra a su padre con su nueva hembra, quien, probablemente, la trata como rival. Al día siguiente, Ocho Veinte ha desaparecido.

¿Por qué en esta familia son incapaces de llevarse bien? Lo cierto es que lo hacían, hasta que los cazadores se cargaron la manada.

En Slough, un grupo de uapitís apuntan como veletas hacia siete lobos que remontan una hondonada. Los Lamar han vuelto. Tall, el mayor de los Hoodoo, acelera el paso. Una de las dos hermanas negras de dos años sale corriendo en dirección contraria. Justo después, un uapití, separado del resto, atraviesa la llanura hasta el río a toda velocidad. Tras él, un relámpago negro recorta distancias. La persecución es larga. El lobo negro se agarra al codillo y no lo suelta; el uapití intenta desprenderse y el lobo ondea como una hoja al

viento. El uapití logra alcanzar el río justo cuando el resto de los lobos irrumpe. Unos cuantos lobos empapados rematan la faena.¹

De pronto, sorpresa, Middle Gray surge de la nada, y parece estar embarazada. Los Lamar la reciben con un cariñoso saludo. ¿Dónde está su nuevo macho? ¿Qué está pasando? Hace seis meses los Lamar eran un grupo unido. Ahora la tribu cambia constantemente.

El 18 de abril amanece con la friolera de 20 bajo cero y un viento despiadado. Parece que el invierno tiene sus garras bien incrustadas en la garganta de Yellowstone. Pero las mamás grizzly, avisadas por sus relojes biológicos, despiertan de la hibernación y se las puede ver por aquí y por allí junto a sus nuevos oseznos. Los «antílopes» americanos regresan a lo alto del valle de Lamar.

Los Lamar reducen el paso para contemplar a un bisonte recién nacido. Parece fácil, pero los bisontes tienen su propio sentido de la vida y la muerte y, como la mayoría, optan por la vida. El pequeño grupo de bisontes adultos carga contra los lobos y los ahuyenta con facilidad. Doug me cuenta que a veces los bisontes celebran «funerales» en los que todo el grupo inspecciona con mucha solemnidad el cuerpo del compañero fallecido. Reminiscencia de los elefantes. Quién lo habría dicho.

Mientras tanto, Laurie quiere dar un nuevo nombre a Puff y ha escogido Hunter [cazador]. Teniendo en cuenta que todos los lobos se dedican a cazar, no me parece que Hunter sea un nombre especialmente distintivo. Dejaré que Laurie os cuente lo que acaba de verle hacer:

–Puff dispersó una manada de uapitís que había comenzado a correr y escogió una cría de aspecto sano. Tendría cerca de un año, pero ya debía de pesar por lo menos el doble que Puff y corría como un rayo. Sin embargo Puff metió el turbo y consiguió alcanzarla, y morderle en la garganta y en la pata. Rápidamente, dos hembras adultas acudieron al rescate y una arrolló a

Puff, lo que permitió a la cría salir disparada y recuperar una distancia entre ella y su depredador. En ese punto, el uapití debía haber escapado pero, inesperadamente, Puff salió corriendo, rodeó al grupo de uapitís y siguió tras su presa. De nuevo, pegó un acelerón y al poco ya pisaba los talones del veloz uapití. Se abalanzó sobre él y se aferró a su garganta, pero el pequeño uapití era fuerte y no tenía intención de dejarse hacer. El lobo lo embistió con un giro radical, el uapití perdió el equilibrio y cayó. La manada de Puff acudió y todos comieron hasta saciarse. Puff no es un lobo grande. Pero después de sobrevivir a aquella devastadora plaga de sarna, se ha convertido en un cazador implacable y extremadamente diestro.

En mayo, Siete Cincuenta y Cinco y Ocho Veinte parecen turnarse para enviar señales desde el monte Everts, cerca del límite noroeste del parque. Padre e hija parecen haberse reunido, pero no da la impresión de que pasen mucho tiempo juntos. Lo más probable es que Ocho Veinte no se sienta a gusto con la nueva hembra de su padre. De hecho, pone rumbo al norte, fuera de los confines del parque.

Entretanto, Middle Gray, de los Lamar, da a luz en la antigua guarida de los Druid. Nadie ha visto a los lobeznos, pero salta a la vista que está amamantando y, además, últimamente se ha visto a su compañero y a su hermana de pelaje negro arrastrar gran cantidad de comida hacia la guarida. El resto de lo que un día fueron los Lamar está fuera del parque, al este, en Wyoming, el lugar de origen de los Hoodoo.

Alguien tiene la bondad de compartir en Facebook: «Middle Gray sería una alfombra muy bonita». Este tipo de afrentas ponen de manifiesto que el disparar a lobos no es sólo una cuestión de caza. Es la manera que tienen algunos de dar salida a su deseo de infligir dolor, no sólo a los lobos, sino a todo aquel que no es como ellos.

Para cuando llega julio, Ocho Veinte prácticamente se ha instalado fuera del

parque, en las inmediaciones de Jardine, Montana. Para una loba como Ocho Veinte, que ha estado rodeada de humanos y ha cruzado carreteras toda su vida, Jardine presenta incontables oportunidades que dan pie a malentendidos.

THE BILLINGS GAZETTE, 26 de agosto:

Hace una hora - Un residente del término municipal de Jardine disparó el sábado a una joven loba gris con collar después de que la hubieran visto merodear por algunos hogares de la zona en repetidas ocasiones [...]. El disparo la alcanzó cuando se estaba comiendo una gallina.

El hecho de haber cenado unos cuantos pollos me hace detenerme para reflexionar sobre la posibilidad de que me disparasen por ello. El artículo no relaciona las muertes anteriores con la agitación que han sufrido los lobos durante el verano y el invierno y que ha desembocado en esta última víctima de los disparos. Además, añade:

Otros dos miembros de la manada Lamar fueron disparados el otoño pasado, durante la temporada de caza de Wyoming, uno de los cuales era la hembra alfa de la manada. El año pasado, los cazadores de los estados de la zona mataron en total a 12 lobos que pasaban parte del tiempo dentro de los confines de Yellowstone. Seis de ellos llevaban collar.

Así termina la triste balada de Ocho Veinte, una loba en la flor de la vida que, en un mundo mejor, habría podido crecer para liderar una próspera aventura. A pesar de las muertes de su tío y de su famosa madre, no terminó de entender que los humanos pueden ser asesinos.

Si os gustan los lobos (a mí sí) y queréis una buena noticia, Siete Cincuenta y Cinco y Jet Black se unieron. Ella era la loba Junction de menos rango y, como tal, merece especialmente que nos alegremos por ella. Cuando se saludan, menean la cola y se respira felicidad. Entre tanta muerte y tanta tragedia, día tras día, ambos renacen con una redención genuina. Su

reafirmación de sí mismos salta a la vista. Todos lo sentimos.

Siete Cincuenta y Cinco resistió a la catástrofe que se cernió sobre él y su manada el otoño anterior y amenazó con poner fin a sus días. Dos años después de que hubiera perdido hembra, hermano, manada y territorio, yo terminé este libro. Aquel día, entré en la página *Yellowstone Reports* de Laurie Lyman, y ahí seguía: Siete Cincuenta y Cinco, sano y salvo, habiendo demostrado, contra todo pronóstico, ser un auténtico superviviente. Me vino a la cabeza un punto en el que Doug Smith hizo mucho hincapié:

–Los lobos son muy duros –me dijo–. Durísimos.

Sirvientes domésticos

En la personalidad, habilidades y dinámicas sociales de los lobos, he reconocido a perros autónomos con la oportunidad de crecer y hacerse cargo de sus propias vidas. Tienen sus propias familias; su propio orden social, su política y sus ambiciones; toman decisiones por sí mismos y se ganan el pan por su cuenta. Llevan las riendas de su vida. Unas veces se muestran crueles y violentos entre sí, pero, en general son buenos amigos, fieles y solícitos. Saben a quién proteger y a quién atacar. Son sus propios dueños, sus propios mejores amigos. Sin correas ni cuencos de pienso. Son libres, pero la libertad entraña riesgos, y en la vida de los lobos hay mucho de ambos. Lo apuestan todo.

Las semejanzas con los perros son muy profundas, pues los perros son lobos domesticados. Tanto la lealtad como las posturas comunicativas que observamos en los perros (cuando apoyan las patas delanteras y levantan el trasero para invitarnos a jugar; o cuando se tumban sobre la espalda o esconden el rabo entre las piernas para indicar sumisión) son comportamientos de los lobos que sobreviven en sus primos domesticados que nos rodean hoy en día.

Una cuestión importante antes de profundizar: por «domesticados» entendemos que las variaciones genéticas que presentan con respecto a sus ancestros son fruto de una selección artificial. Para entendernos: en los zoológicos hay animales salvajes en cautividad y en las granjas, animales domesticados. En los jardines botánicos hay plantas salvajes y en las granjas, plantas

domesticadas. Ahora bien, domesticar no significa domar. Un lobo que nace en cautividad, se alimenta con biberón y está completamente amaestrado, es un lobo en cautividad; no es un lobo domesticado. Los loros mascota, por ejemplo, aunque crezcan enjaulados, no están domesticados.

La domesticación implica la voluntad humana de crear una raza animal o una variedad vegetal inexistentes en la naturaleza. Hasta ahora, esto se ha conseguido mediante la selección artificial, pero hoy en día los profesionales ya recurren a la ingeniería genética. Los agricultores, criadores o investigadores seleccionan los rasgos que les interesan y después los potencian. Cruzan individuos que presenten dichos rasgos y, como resultado, obtienen un sinnúmero de variedades domésticas de pollo, vaca, cerdo, paloma, rata de laboratorio, terrier, salmón de piscifactoría, maíz, arroz, trigo y un largo etcétera. Todos son genéticamente diferentes a sus ancestros, quienes sí vivieron una evolución natural.

Desde esta perspectiva, los perros son muy interesantes. Puede que sean las únicas criaturas de la historia que se han domesticado a sí mismas. Pero podrían no serlo.

Todos los perros se domesticaron a partir de lobos grises en libertad. Principalmente, su domesticación se produjo en varias etapas (tal vez una) hace aproximadamente quince mil años. Son una variedad doméstica del lobo. Una variedad, por cierto, de lo más variable. Muchos perros tienen un aspecto tan diferente a los lobos que, en un primer momento, los científicos asumieron que eran especies distintas. Los taxónomos llamaron al perro doméstico *Canis familiaris*. El nombre científico de los lobos es *Canis lupus*. Obviamente, las diversas razas de perros (galgos, mastines, teckels) son genéticamente diferentes entre sí. No obstante, los científicos que han estudiado más de cerca el ADN de los perros han observado que, aunque las diferencias a nivel visual sean abismales, los cambios genéticos son minúsculos. El término «especie» es discutible (de hecho, muchos lo

discuten), pero lo cierto es que a nivel genético, el lobo y el perro doméstico son especies muy cercanas. Tanto es así que los científicos han devuelto a los perros el apellido que perdieron en su nombre científico, *Canis lupus*, para recordarnos quiénes eran hasta que los adoptamos, para que no olvidemos quiénes son en el fondo. Los perros son *Canis lupus familiaris*. O sea, lobos. Pero *familiaris* nos indica que no son unos lobos cualesquiera, que son nuestros lobos.

En un principio, cuando la gente comprendió que los perros eran los descendientes directos de los lobos, se imaginaron que los humanos de la Edad de Piedra se encontraban lobeznos por ahí y se los llevaban a sus cuevas, como los primeros animales de compañía. Sin embargo, como bien sabemos ahora, el origen de los perros es algo diferente: los lobos merodeaban cerca de los asentamientos humanos para rapiñar cuanto podían de los restos de huesos o de cadáveres de animales descuartizados. Los menos asustadizos se atrevían a acercarse más, de modo que conseguían más comida. Los lobos con la panza llena procreaban más, y como resultado nacían más lobeznos portadores de los genes menos asustadizos. Estos lobeznos ligeramente distintos crecieron entre humanos, lo que dio pie a más interacciones y en términos más amigables.

La tendencia de los lobos a alertar de la presencia de extraños o depredadores también podría haber jugado a su favor. Para alentar a los guardianes a rondar por la zona, los humanos podrían haberles ofrecido más restos que, de nuevo, favorecieron la supervivencia de los lobeznos amigos de los humanos.

Y así durante siglos y siglos. Estos nuevos lobos adaptados a los humanos se especializaron en explotarlos como nuevo recurso. Los asentamientos humanos se convirtieron en un nuevo hábitat. Cuanto más amigables, más comida. Con el tiempo, algunos lobos se instalaron en torno a los asentamientos; protegían los poblados como si fueran su propio territorio y acompañaban a los humanos en sus batidas de caza. Y estos genes amigables

proliferaron.

Así es como se cree que aparecieron los primeros perros; con este primer gesto de apertura, los lobos, sin querer, se domesticaron a sí mismos.

Pero esta primera domesticación involuntaria no fue unidireccional. Como los perros recibían ventajas de supervivencia, evolucionaron para adaptarse a los humanos. Del mismo modo, como los perros proporcionaban ventajas de supervivencia para el hombre, nosotros también nos adaptamos a ellos. No hay más que ver cómo reaccionamos en cuanto los vemos menear la cola: está claro que también ellos nos domesticaron un poco.

Existen ciertas señales humanas, como apuntar hacia una dirección, que los perros comprenden y los chimpancés, sorprendentemente, no. (Los elefantes también entienden cuando señalamos.)¹ Los lobos, sin necesidad de recibir entrenamiento específico, también siguen al dedo humano que señala hacia comida escondida.² De hecho, a veces lo hacen mejor que los perros domésticos. Después de todo, los lobos que viven en libertad necesitan ser particularmente agudos para identificar dónde se centra la atención de los otros. Los perros comprenden esto a la perfección con los humanos; por eso, si lanzas la pelota a un perro y te das la vuelta, tu perro te la vendrá a devolver de frente. Es más, los expertos en lobos afirman que «la domesticación no es un requisito previo para una cognición social de tipo humano». Cognición social de tipo humano: retengamos el concepto.

Al mismo tiempo, los humanos se adaptaron a los perros. En este caso, ¿se puede hablar de una evolución? Yo lo veo así: ¿hay algo que una vaca, pollo, conejo o cerdo pueda hacer con su cuerpo que te transmita el mismo sentimiento que un perro meneando la cola? Está claro que no a todo el mundo le gustan los perros (algunos prefieren el ronroneo de un gato o, simplemente, la imagen de un cerdo), pero para muchos, su perro es un miembro más de la familia. El carácter de los humanos y de los perros tiene muchos puntos en común; la mayoría de la gente siente más contagio emocional (en otras palabras, más empatía) con ellos que con ningún otro animal.

De modo que sí, en cierta medida, humanos y perros coevolucionaron. Los humanos aprendieron a confiar en los perros, incluso a depender de ellos. Los perros eran buenos rastreadores y compañeros de caza; eran sistemas de alarma y guardias bien armados, defensores y amigos de los niños. Los perros limpiaban y daban calor. Los humanos les recompensaban con comida, y ellos, a cambio, hacían de personal de seguridad y de guías. Y también les ayudaban a garantizar el alimento.

En cuanto fueron nuestros, fuimos suyos: no podíamos pasar sin ellos. Desde entonces, los perros nos han acompañado a los confines de la Tierra. Es muy probable que las tribus de cazadores jamás hubiesen osado adentrarse en el Ártico alto sin ellos. En el remoto norte eran un medio para transportar mercancías, y en los peores tiempos sirvieron de alimento. También viajaron a Australia, donde, en un nuevo territorio sin depredadores, algunos se volvieron a asilvestrar y se convirtieron en los dingos. También llegaron a las Américas por el mar de Bering. En *El imperio de la luna de agosto*, S. C. Gwynne describe el ataque de un ejército a un campamento comanche en 1860: «En plena batalla, los soldados blancos se vieron atacados por una quincena de perros del campamento indio. Los perros intentaban, valerosos, defender a sus amos. Casi todos fueron disparados o asesinados».³ La fidelidad y el sentimiento de pertenencia al grupo de los perros hacían de ellos tenaces guerreros contra el enemigo. Parece que hay perros allí donde hay humanos. En una ocasión, viajé a Papúa Nueva Guinea para un trabajo sobre tortugas marinas. En aquella costa salvaje, las minúsculas aldeas de entre veinte y ochenta habitantes estaban a varias horas de marcha de distancia. Aun así, cada una de ellas tenía varios perros, medio cautivos medio salvajes, que habitaban las inmediaciones y vivían de las sobras, igual que sus ancestros comenzaron a hacer hace decenas de miles de años.

Miles de años después, seguimos descubriendo habilidades ocultas de los perros. Al menos en una ocasión, hubo un border collie que respondió a una palabra desconocida escogiendo el objeto desconocido.⁴ Cuando recibió la orden: «¡Trae el dax!», el perro debió de razonar más o menos así: «Ahí hay

una pelota, pero no me ha pedido eso. Así que el “dax” será esa cosa de al lado que no había visto nunca». Semejante grado de inferencias, según los investigadores, «sólo se había confirmado hasta ahora en la adquisición del lenguaje de los bebés humanos».

No obstante, incluso los perros tienen lagunas en la percepción. A los grandes simios no humanos se les da bien inferir la ubicación de comida escondida fijándose, por ejemplo, en que un tablón está horizontal y el otro un poco inclinado, señal de que puede contener algo debajo. Los perros son pésimos en eso (es un indicio visual, y ellos son excelentes rastreadores olfativos). Los cuervos, los pájaros-lobo, son capaces de adivinar cuál de varias cuerdas entrelazadas conecta con la recompensa. Los primates resuelven estos acertijos con facilidad. De nuevo, a los perros se les da fatal (y de nuevo, se trata de indicios visuales).

Pero un cuervo sería incapaz de ayudar a un ciego a cruzar la calle, o de avisarnos de un ataque inminente. Los perros pueden hacerlo con toda naturalidad y, además, bien orgullosos.

Si los lobos son sociales, los humanos somos supersociales. Los perros pueden depender de nosotros porque ambos somos seres lo bastante sociales para entendernos. Sin embargo, como todos sabemos, la dependencia conlleva un precio. Implica renunciar a la libertad, la autosuficiencia y a cierto grado de autoconfianza. En un experimento, se presentó a lobos y perros una caja cerrada con comida dentro. Los perros, casi al instante, dejaban de esforzarse y miraban del humano a la caja una y otra vez, como diciendo: «¿Me ayudas?». En cambio, los lobos lo intentaban hasta que se agotaba el tiempo. En cuestiones de resolución de problemas y ejercicios de memoria, los lobos lo hacen igual o mejor que los perros. Y es que las habilidades sociales de los perros forman parte del legado que heredaron de los lobos; sin embargo, su adaptación a los humanos fue el resultado de la domesticación.

Ocupamos una posición peculiar en una relación única. Los perros se domesticaron a sí mismos. Pero no sólo, también nos domesticaron a

nosotros. Cuando se convirtieron en seres dependientes de nosotros, nos hicieron depender de ellos. Nos hicimos iguales.

Durante aquella primera domesticación de los perros, los genes que mutaron «coincidían en gran medida» con los genes que evolucionaron en los humanos.⁵ Por ejemplo, aquellos genes implicados en la digestión y el metabolismo de los almidones, puesto que los humanos y sus perros pasaron de ser cazadores a ser omnívoros y agricultores, o los relacionados con ciertos procesos neurológicos y con el cáncer, así como genes con un papel fundamental en el transporte del colesterol ingerido.

La simpatía de los perros es el resultado de las alteraciones genéticas de la química de su cerebro. La nuestra, también. Tanto en perros como en humanos, el hecho de que cada vez vivamos en condiciones menos espaciales ejerce cierta presión en el sistema de serotonina para reducir la agresividad. «Los humanos han tenido que domarse a sí mismos –dice Adam Boyko de la Universidad de Cornell, y añade que– al igual que los perros, tenemos que tolerar la presencia de otros».⁶ Tanto en humanos como en perros, el mismo gen se encarga de controlar la proteína que transporta la serotonina, un neurotransmisor clave. Las alteraciones en ese gen pueden desembocar en patologías agresivas o depresivas, trastornos obsesivo-compulsivos y autismo. Puede parecer chocante, pero los seres humanos y los perros pueden sufrir el mismo tipo de trastornos compulsivos y responder de modo similar a los mismos antidepresivos, como a los inhibidores de recaptación de la serotonina. Muchas veces me he preguntado por qué los animales que viven en libertad no padecen problemas psicológicos o trastornos de personalidad (salvo, tal vez, los elefantes, que pueden volverse locos tras determinadas interacciones con los humanos). Por lo visto, estos problemas están relacionados con la densidad y la proximidad de la población humana. Al hilo de cuánto podemos aprender de los animales en el ámbito de los problemas mentales, unos expertos en serotonina llegaron a la siguiente conclusión: «Nuestro mejor amigo en el reino animal puede proporcionarnos uno de los sistemas más fabulosos para arrojar luz sobre nuestro entendimiento de la evolución humana y la enfermedad».

Según parece, los lobos, al igual que nuestros compañeros caninos, se han

integrado en la conversación humana, y lo han hecho de forma única y reveladora. Y, sorprendentemente, nos entendemos extraordinariamente bien.

Pero ¿por qué los perros dejaron de parecerse a los lobos y empezaron a tener más pinta de perros? También este proceso se dio por sí solo. Nadie habría podido predecir (y nadie lo hizo) que los animales con genes de «amigabilidad» presentarían un aspecto diferente. Resulta que los genes que se traducen en el deseo de establecer un contacto amistoso con los humanos llevan como polizones un gran número de rasgos físicos. En el primer capítulo de *El origen de las especies*, Darwin comenta la selección artificial de animales domésticos y escribe que «si se continúa seleccionando [...] casi con seguridad se modificarán involuntariamente otras partes de la estructura debido a las misteriosas leyes de la correlación».* Aunque resulte extraño, en varios mamíferos (no sólo en los perros), los genes que producen hormonas que reducen el miedo y la agresión y aumentan la amigabilidad, también crean orejas caídas, colas rizadas, manchas en el pelaje, caras más pequeñas y cabezas más redondas.

A pesar de que no entendiese el porqué (por aquel entonces los genes eran aún unos desconocidos), Darwin se percató de que «no puede citarse un animal doméstico que no tenga en algún país las orejas caídas».⁷ De acuerdo, las orejas caídas no se encuentran en ningún animal salvaje adulto. Pero ¿no es cierto que nos encantan las orejitas caídas? Algunos de los rasgos que hacen que un perro nos parezca más bonito y más gracioso van de la mano, curiosamente, con la predisposición genética para la amigabilidad. Nuestra respuesta emocional a estas orejas caídas transmite la sensación de que hasta nuestros sentimientos amistosos hacia los perros coevolucionaron con los suyos hacia nosotros; como si reaccionásemos con emociones positivas ante los animales que tienen el aspecto más amigable. De hecho, son los más amigables. Y, como he mencionado antes, ¿qué hay de nuestra respuesta refleja al verlos menear la cola? Humanos y perros, por lo visto, aprendieron a quererse hasta niveles profundos, genéticos. Sin duda, ésa es la sensación que da.

Sin embargo, ¿cómo podemos saber que la amigabilidad, las orejas caídas y las colas rizadas están genéticamente relacionadas? Para explicarlo, necesitamos mencionar el caso de los famosos zorros rusos. En 1959, unos científicos rusos llevaron a cabo un experimento en Siberia para estudiar durante varias décadas las bases genéticas del comportamiento.⁸ Para comprobar si la amigabilidad tenía componentes genéticos, escogieron a dos poblaciones de zorros cautivos. Dejaron al primer grupo reproducirse naturalmente, pero en el segundo, sólo permitieron procrear a los zorros con un comportamiento menos agresivo, menos aterrador, y más amigable con los humanos. Los investigadores únicamente estaban interesados en la agresión, no en el aspecto. Y la jugada les salió mejor de lo que esperaban.

Durante varias generaciones (de hecho, más rápido de lo esperado) los zorros experimentales se volvieron más amigables. (No era sólo una cuestión de cautividad; varias décadas después, el grupo de zorros que se reproducía aleatoriamente conservaba la apariencia y el comportamiento de los zorros salvajes.) Sin embargo, lo que más sorprendió a los investigadores (y a todo el mundo) fue que el linaje de zorros amigables comenzó a cambiar de aspecto, generación tras generación. Los científicos obtuvieron zorros con las orejas caídas; pelajes con manchas y textura desigual; colas rizadas y juguetonas; patas más cortas; cabezas, cerebros, caras y dientes más pequeños. Y, además de tener un cabello rebelde, algunos comenzaron a tener ideas descabelladas, como, por ejemplo, exhibir comportamientos sexuales no orientados a la reproducción y fuera de la época de celo (no vale reírse). Cuando llegaban a adultos, los zorros amigables seguían comportándose como los jóvenes: eran sumisos, quejicas y ladraban con tonos más agudos. Unos zorros, en definitiva, más parecidos a los perros.

Los científicos observaron que estos zorros seleccionados para ser amigables presentaban menores niveles en sangre de varias hormonas relacionadas con el miedo y la agresividad, como por ejemplo glucocorticoides, la adrenocorticotrópica y la respuesta adrenal al estrés. Asimismo, constataron cambios en la actividad química de las regiones cerebrales que regulan las respuestas emocionales y defensivas. (Estos cambios afectaban a los sistemas de transmisión de serotonina, noradrenalina

y dopamina.) No es de extrañar, pues, que aquellos zorros que habían nacido más amigables tuvieran una actividad cerebral diferente a la de sus congéneres medrosos y agresivos con los humanos. No podía haber sido de otro modo, pues la química del cerebro marca tendencias de conducta.

Así que resulta que los genes que codifican unos cambios cerebrales invisibles que propician comportamientos amistosos también codifican modificaciones muy evidentes en el aspecto de los zorros. Los científicos no habían tenido en cuenta los rasgos físicos de los zorros; únicamente seleccionaban a los animales en función de su comportamiento amistoso. El cambio físico apareció de rebote, mezclado con los genes de la amigabilidad.

Algunos investigadores han acuñado el nombre de «síndrome de la domesticación» para referirse al conjunto de rasgos que van de polizones con los genes de la amigabilidad.⁹ Dentro de ese caos controlado que es el ADN, se dan multiprocesos supereficientes como, por ejemplo, que la misma hormona (dopamina, pongamos por caso) que afecta al carácter, afecte también al color del pelaje.

Tanto investigadores como ganaderos podían haber creído que seleccionaban personalidades mansas, pero en realidad estaban favoreciendo a unos adultos de estilo más juvenil, a unos eternos cachorros. También en vacas, cerdos, cabras y conejos, los cambios físicos similares van de la mano de la docilidad. El criador humano dice «no muerdas», pero el genoma entiende «no crezcas». De modo que en vez de «síndrome de la domesticación», puede que resulte más acertado hablar del «síndrome de Peter Pan».

Por lo visto, algunos lobos se autodomesticaron y se hicieron perros. En ese proceso, nos domesticaron a nosotros para acercarnos a ellos. Y nada de esto estaba planeado; simplemente sucedió. Lo que implica que: el tratar de evitar que los individuos agresivos se extiendan puede generar una población de adultos de estilo más juvenil, independientemente de la especie.

* Traducción de Antonio Zulueta, Alianza Editorial, 2009. (*N. de las T.*)

Dos extremos de la misma correa

Subamos las apuestas. Ahora pasaremos de los perros a los simios.

Sin necesidad de entrenamiento, los chimpancés son capaces de cooperar y tirar de unas cuerdas para remontar una caja muy pesada llena de comida. Pero casi nunca lo hacen. Tienen un problema, y es que pueden llegar a ser sus peores enemigos. Los chimpancés no cooperarán para tirar de la cuerda a menos que la comida se pueda compartir, los cooperantes no puedan tocarse entre sí, y los cooperantes hayan compartido comida previamente.¹ Si estos tres requisitos no se cumplen, no habrá cooperación. ¿Por qué? Los chimpancés subordinados no quieren correr el riesgo de un ataque de los dominantes, y éstos, a su vez, no parecen ser capaces de controlar sus impulsos agresivos cuando los subordinados obtienen algo de comida; a pesar de que si no cooperan, tampoco ellos probarán bocado. No pueden cooperar, ni siquiera por puro egoísmo. «Sé bueno y todo el mundo comerá» es demasiado pedir para un chimpancé.

Los chimpancés carecen de las habilidades de tipo humano de los perros, pues carecen también de sus tendencias cooperativas. Sabemos que los perros las adoptaron cuando eran lobos. Pero ¿de dónde sacaron los seres humanos su carácter «de tipo humano»?

Algunos investigadores consideran que los primeros humanos se vieron obligados a desarrollar un temperamento conciliador, amigable, «de tipo humano», antes incluso de que sus comportamientos comunicativos y cooperativos les permitiesen disfrutar de las estupendas ventajas de este tipo

de carácter.

Bien, si tan estupendas son estas ventajas, ¿por qué los chimpancés no desarrollaron un temperamento conciliador, amigable, «de tipo humano»? Algunos, por lo visto, sí que lo hicieron, lo que resulta muy constructivo para entender a los humanos. ¿Alguna vez os habéis preguntado por qué los chimpancés suelen ser canallas entre sí, mientras que los bonobos son simpáticos y fogosos? De nuevo, la clave parece estar en la autodomesticación. Según parece, los bonobos, como los lobos, también se autodomesticaron.² Lo llamativo en su caso es que ese proceso no tuvo nada que ver con los humanos. Esta especie evolucionó hace un millón de años, después de que la formación del río Congo dejara a toda una población de chimpancés aislada al sur. Las cosas cambiaron mucho para los bonobos.

Cuando los chimpancés llegan a adultos, se vuelven menos juguetones y bastante reacios a compartir. Los bonobos son como chimpancés que nunca crecen del todo: los adultos juegan entre sí igual que los chimpancés jóvenes, y son famosos por sus abundantes juegos sexuales y su comportamiento sexual no reproductivo, lo que resulta ser muy eficaz para relajar tensiones y fomentar la generosidad con la comida, la cooperación y los encuentros amistosos entre grupos. En el mismo escenario en que los chimpancés no podían reprimir su agresividad para ayudarse a tirar de unas cuerdas y obtener una caja repleta de recompensas, los bonobos jugaban, se toqueteaban y compartían el alimento tan felices, como niños. Los investigadores comentaron que «los bonobos adultos están al mismo nivel que los chimpancés juveniles».³ En comparación con sus primos políticos, belicosos y envidiosos, los bonobos son como una panda de críos que juega y coopera. Ésa es la clave.

Los encuentros entre grupos de chimpancés son siempre tensos y, en ocasiones, llegan a parecerse a la guerra. Para un macho solo, sin el apoyo de los suyos, estos encuentros pueden llegar a ser letales. A veces, los machos matan a crías de grupos ajenos. En cambio, cuando dos grupos desconocidos de bonobos se encuentran, por lo general, cada uno se retira hacia su territorio; pero en ocasiones los grupos se mezclan, flirtean, retozan: aprovechan la oportunidad para montar una reunión social de acicalamiento y

payasadas, y, si están de humor, puede que incluso se permitan una respetuosa orgía (aunque para los estándares de los chimpancés sea exageradamente promiscua).

Los chimpancés son celosos, ambiciosos y, con frecuencia, agresivos dentro de su propio grupo. Los grupos están dominados por machos, que forman coaliciones contra otros machos, y mantienen su poder mediante el monopolio de las hembras fértiles. El resultado es que los machos dominantes tienen una descendencia desproporcionada, la mayor ventaja de su comportamiento agresivo desde un punto de vista de mantenimiento del estatus. En un grupo de bonobos, el dominante no será un macho en ningún caso, siempre una hembra. Las coaliciones de hembras dominan, garantizan la paz y mantienen a los machos socialmente sometidos. La autoridad de las hembras amansa la agresividad de los machos.

El vínculo afectivo más fuerte de un bonobo macho siempre será el materno (como en el caso de las orcas). Las peleas no son frecuentes, y las variadas combinaciones sexuales suelen resolver los problemas. Las hembras escogen con quién desean aparearse y cuándo, y no se puede decir que sean muy exigentes. Prefieren la cópula de frente y a menudo la inician ellas, algo que una chimpancé que se respete a sí misma jamás haría.⁴ Se puede decir que los bonobos son muy abiertos sexualmente, están dispuestos a probarlo todo con todos. Compartir es vivir. Es habitual que en el mismo grupo haya bastantes padres con una descendencia numerosa.

¿Será que los ancestros de los bonobos que se quedaron aislados al sur del río Congo eran un grupo de chimpancés con mayoría de hembras? Aun así, ¿de qué manera se institucionalizaron la dominancia y el liderazgo de las hembras? Es un misterio.

Como en nuestro caso, los parámetros de la personalidad de los bonobos tienen que ver con el cerebro. Estos primates poseen más cantidad de materia gris en las regiones implicadas en la percepción del sufrimiento ajeno que los chimpancés. También cuentan con mayores circuitos neuronales para controlar los impulsos de agresividad, que inhibirán sus deseos de causar daño a los demás. Esto disminuye el estrés, relaja tensiones y reduce la ansiedad a niveles que dejan espacio al sexo y la diversión.

Incluso de adultos, los bonobos tienen hormonas cerebrales y composiciones sanguíneas típicas de los jóvenes; por ejemplo, niveles más altos de serotonina (inhibidora de la agresión) y más bajos de hormonas del estrés. Una composición cerebral juvenil propicia comportamientos juveniles, como el juego, la amistad y la confianza. Las modificaciones genéticas subyacentes se reflejan en una serie de características físicas, conductuales e internas. Por ejemplo, en comparación con los chimpancés, los bonobos tardan más en madurar a nivel físico, psicológico y social, y son más lentos en cuanto a la adquisición de nuevas habilidades.⁵ Los mismos genes que reducen la agresividad al crear una química cerebral más juvenil también dan lugar a rasgos físicos más juveniles. El cráneo de un bonobo adulto es muy parecido al de un chimpancé adolescente.⁶ Es más, el cráneo de un bonobo adulto es muy parecido al de un bonobo joven. En cuanto a forma y tamaño, tienen cabezas más juveniles; y tienen colmillos más pequeños (un 20 % menores que los de los chimpancés machos). Comparados con los chimpancés, sus mandíbulas son más pequeñas y sus caras más achatadas. Las hembras chimpancé pierden los labios mayores al madurar; las bonobos, como las humanas, los conservan durante la adultez.⁷ El clítoris y los genitales femeninos están situados más hacia delante que en los chimpancés, lo que ayuda a entender su predilección por la postura del misionero. Los bonobos perdieron la pigmentación en los labios y tienen una carnosa boca rosada.

Seguimos sin tener claros la razón ni el modo de la autodomesticación de los bonobos, aunque circula cierta hipótesis fascinante según la cual estas criaturas vagaron hasta una suerte de Jardín del Edén donde nunca faltaba la comida. Puede que sea una imagen exagerada, pero sí es cierto que la abundancia de alimento podría haber marcado la diferencia. Los chimpancés adultos recuerdan muchísimos más lugares donde han visto comida escondida que los bonobos, lo que sugiere que ésta escasea para los primeros y requiere más búsqueda, más destrezas y más esfuerzo. De hecho, los bonobos van a buscar alimento a áreas más pequeñas y las expediciones son más breves. Además, donde viven los bonobos no hay gorilas. En la medida en que la dieta de gorilas y chimpancés es la misma, los bonobos tienen más comida

disponible en sus territorios libres de gorilas. Las luchas entre chimpancés pueden acabar con heridas muy graves e incluso con la muerte. A menudo, buscan alimento manteniendo cierta distancia entre sí y dejan a las hembras solas durante periodos considerablemente largos. Como el abastecimiento de comida de los bonobos se lleva a cabo de manera más concentrada, es necesario que los grupos sean más numerosos. De modo que los bonobos estaban obligados a lidiar con las tensiones surgidas de unos contactos más cercanos y más frecuentes, por lo que necesitaban ser capaces de mantener unas relaciones interpersonales más pacíficas. Lo consiguieron, de manera que se liberaron casi por completo de la violencia.

Richard Wrangham, un experto en primates, describe a los bonobos como «chimpancés con una autopista de tres carriles hacia la paz. Han reducido el nivel de violencia en sus relaciones entre ambos sexos, en sus relaciones entre machos y entre diferentes comunidades».⁸ El primatólogo japonés Takeshi Furuichi, la única persona que ha estudiado a chimpancés y bonobos en libertad, dijo sucintamente: «Con los bonobos siempre se respira paz. Cada vez que los veo, me da la impresión de que disfrutan de la vida».

Brian Hare y Michael Tomasello sugieren, con pies de plomo: «Si continuamos esta línea de razonamiento, uno podría fácilmente mantener la hipótesis de que uno de los primeros hitos evolutivos de las sociedades modernas fue cierto modo de autodomesticación».⁹

¿Cómo? Hare y Tomasello, recordando el experimento de los zorros rusos donde sólo los amigables sobrevivían, sostienen que los seres humanos «mataron o condenaron al ostracismo a los individuos especialmente agresivos o despóticos. Así, como en el caso de nuestros perros domésticos, la selección de una reactividad emocional más dócil situó a nuestros ancestros homínidos en un nuevo espacio adaptativo», lo que preparó el terreno para la evolución de «las formas modernas de interacción social y comunicación de tipo humano».

La verdad es que eso de matar al agresivo no suena precisamente amigable. Pero ¿acaso no ha sido así la historia de la democracia y de la lucha

por la libertad y la dignidad de los seres humanos? ¿Acaso no delegamos hoy en los gobiernos la tarea de matar o aislar a los individuos demasiado agresivos metiéndolos entre rejas? ¿Acaso no estamos, a trancas y barrancas, y pese a las tinieblas de los indecibles horrores humanos, continuamente buscando la paz, siempre en pos del método infalible para amansarnos? Parece claro que la autodomesticación forma parte del programa del ser humano. Y el proceso de convertirse en seres más cívicos se llama civilización.

Durante mucho tiempo he creído que la humanidad se hallaba aún en una fase juvenil, pero daba por sentado que estábamos, de algún modo, camino de la madurez. Si la idea de la autodomesticación es cierta, entonces nos encontramos en una fase juvenil pero avanzamos hacia una infantilización cada vez mayor.

Los rasgos juveniles de los humanos adultos son tan evidentes que en 1926 un científico lo resumió en estos términos: «Si quisiera expresar el principio básico de mis ideas en una frase contundente, diría que el hombre, en su desarrollo corporal, es como un feto de primate sexualmente maduro».¹⁰

Tanto los zorros del experimento, como nuestros perros y los bonobos en libertad revelan que la predisposición genética para la amigabilidad acarrea una serie de cambios incidentales, y no seleccionados, programados en las mismas secuencias de ADN. Resulta que en todos los animales domesticados, una serie de cosas van de la mano de esta vida dócil provocada por los humanos. A lo largo de varias generaciones de domesticación la mayoría de los mamíferos (vacas, cerdos, ovejas, cabras y hasta cobayas) empequeñecieron, sus esqueletos adelgazaron con respecto a los de sus parientes ancestrales en libertad. Habitualmente, el neurocráneo merma, y con él, el cerebro. El hocico se acorta, lo que produce un relativo achatamiento de la cara que, a su vez, conlleva problemas de amontonamiento de dientes, por lo que también éstos se hacen más pequeños.

Las diferencias de tamaño entre machos y hembras se reducen. Existe más variedad en el color y el tacto del pelaje. La capacidad de almacenamiento de grasa aumenta bajo la piel y en los músculos. La actividad disminuye y la docilidad aumenta. Las épocas de cría se alargan, y se dan más conductas de cortejo, estimulación sexual, comportamientos sexuales no orientados a la reproducción, alumbramientos múltiples y producción de leche. Los comportamientos típicos de la juventud, incluyendo el juego y niveles bajos de agresividad en machos, se alargan hasta la adultez.

Durante la domesticación, en comparación con los lobos, los perros perdieron un 30 % de su volumen cerebral en relación a su peso.¹¹ Los cerdos y los hurones, una cifra similar; los visones, cerca de un veinte por ciento; los caballos, en torno a un quince. El cerebro de los animales asilvestrados no recupera el tamaño perdido: o sea que la pérdida efectivamente es genética. Las cobayas están menos interesadas en la agresividad y más en el sexo que sus progenitores salvajes, y se preocupan menos que ellos por el entorno que las rodea. Los cambios genéticos que afectan al sistema endocrino conducen a los animales domésticos hacia estas diferencias.

En el Pleistoceno tardío, en algunas poblaciones humanas se produjeron variaciones físicas similares. Echemos un vistazo al registro fósil de los seres humanos. Aunque está extendida la creencia de que la civilización hizo a los humanos más grandes, lo cierto es que los primeros humanos encogieron. Hace unos dieciocho mil años, los humanos en Europa ya habían perdido 10 centímetros, una cantidad nada desdeñable. Esta tendencia hacia el empequeñecimiento continuó durante la transición hacia las sociedades agrícolas. El calentamiento del planeta, no obstante, es un factor que debemos excluir de la lista de motivos para encoger. Por lo general (aunque con algunas excepciones notables), los humanos tendemos a responder a los climas cálidos haciéndonos más altos, porque en nuestro caso, las extremidades más largas aumentan nuestra capacidad de enfriamiento. Esto sugiere que la causa de que los humanos encogieran fue otra. (Las mejoras en

salud y nutrición de los últimos doscientos años han permitido que los europeos recuperen la altura de sus ancestros paleolíticos.)

Acaecieron otros cambios para que los humanos alcanzásemos nuestra apariencia actual. Comparados con los neandertales, los primeros humanos (hace ciento treinta mil años) «tenían rostros muchísimo más pequeños», según afirma el antropólogo estadounidense Osbjorn Pearson.¹² A finales del Pleistoceno, algunos grupos de humanos así como sus animales asociados comenzaron, de forma paralela, a exhibir una reducción progresiva de estatura y volumen, un acortamiento de la cara y las mandíbulas, y un amontonamiento de la dentadura, con la consiguiente disminución del tamaño de los dientes. Pearson sostiene que este proceso de reducción de caras y dientes se inició durante el largo camino hacia la sedentarización.

Los expertos no se ponen de acuerdo en cuanto a si el tamaño relativo del cerebro con respecto a la masa corporal ha disminuido. Sea como fuere, nuestro cerebro es más pequeño que el de los neandertales.¹³ En Australia, tanto los machos nómadas como los sedentarios sufrieron una reducción del volumen craneal del 9 % desde el Pleistoceno hasta nuestra época, el Holoceno. Hace unos doce mil años, dichos cambios afectaron a prácticamente el conjunto de los seres humanos. Nuestros cerebros modernos, con un volumen aproximado de 1.350 centímetros cúbicos, son un 10 % más pequeños que los de los antiguos neandertales (de 1.500 centímetros cúbicos). Con la llegada de la agricultura, todos estos cambios se aceleraron.

Los animales domesticados durante aquellos primeros tiempos recibieron refugio, una dieta alterada por la agricultura y protección de los depredadores a cambio de cierto confinamiento. Esto redujo sus necesidades sensoriales, lo que facilitó llevar más lejos la domesticación: nuestros animales domesticados se sedentarizaron y comenzaron una vida más pobre en actividad y estimulación. Eso mismo hicimos nosotros. Aquellos que cuidaban a su ganado procurándoles unas condiciones de vida más seguras y sedentarias hicieron lo propio consigo mismos. El confinamiento fue mutuo. Al salir de la naturaleza para instalarnos en las granjas nos convertimos en

cierta medida en un animal de granja más. John Allman, un investigador de Caltech especializado en el estudio del cerebro, opina que mediante la agricultura y otros modos de reducir los riesgos para la existencia en el día a día, los humanos nos domesticamos a nosotros mismos.¹⁴ Ahora dependemos de otros para que nos proporcionen alimento y cobijo. Visto así, tenemos mucho en común con los caniches.

Las criaturas domésticas no necesitan emplear su ingenio para sobrevivir. Les corresponde contentarse con lo que tienen, sin ínfulas. Las vacas y las cabras no parecen permanecer demasiado alerta hacia el mundo que las rodea; no les hace falta. Como tampoco se preocupan aquellos que las cuidan. El arqueólogo Colin Groves escribe que «la creciente reducción de la conciencia ambiental de los humanos se ha producido de forma paralela al de las especies domésticas y exactamente por el mismo motivo».¹⁵ Concibe la domesticación como una especie de pacto en el que «ambas partes están, en cierta medida, protegidas por su asociación mutua». Según Groves, el precio que los humanos hemos pagado por la seguridad ha sido un relativo embotamiento de nuestros sentidos y explica que estos cambios cerebrales han sido los causantes del «declive de la conciencia ambiental».

Esa afirmación me parece fascinante. Emplea el término «ambiental» para referirse al conjunto del medio que nos rodea, pero, también, creo yo, para hablar de nuestra conciencia acerca del mundo natural. Emerson, hace mucho tiempo, advirtió: «Para ser francos, son pocos los adultos que pueden ver la naturaleza. La mayoría de las personas ni siquiera ve el sol».

Siempre creí que la alienación ambiental de la humanidad era una cuestión de costumbre. Evidentemente, han existido tribus de cazadores-recolectores que han convivido en armonía con el mundo natural. Pero ¿qué pasaría si el problema de la alienación ambiental (la idea de la expulsión del Jardín) estuviera arraigada en la auténtica naturaleza humana? ¿Nuestra naturaleza humana está alterada por la autodomesticación? ¿Nos han domesticado nuestros propios animales domésticos? ¿Qué pasaría si el «síndrome de la domesticación» fuera en realidad la esencia de la naturaleza humana?

Robinson Jeffers:

... la raza del hombre se hizo
De golpes y agonía [...]
... aprendieron a matar a las bestias y a masacrar a los hombres,
Y a odiar al mundo.

Entonces, ¿los cambios que nos autoimpusimos durante el proceso de acomodarnos en nuestra «domesticidad» civilizadora generaron realmente cambios en el almacenamiento de grasa, la sexualidad, la docilidad, la frecuencia de los alumbramientos múltiples, el embotamiento de las habilidades sensoriales, el achatamiento del rostro y el amontonamiento de los dientes, similares a los que podemos ver en otros animales domésticos?

Una cosa está clara: la imagen que tenemos de nosotros mismos como unas criaturas postevolucionadas y altamente culturales, inmunes a la presión evolutiva y capaces de controlar nuestro destino es falsa. Tendemos a pensar que los humanos evolucionaron, y una vez terminado ese proceso, se dedicaron a la cultura. Nada más lejos de la realidad. La aparición de la agricultura y de las culturas de la civilización supuso un cambio radical para el entorno humano, y alteraron enormemente las presiones selectivas. Se relajaron las presiones para mantener el tamaño, la fuerza y los sentidos de un cazador; en cambio, se intensificó la necesidad de reprimir los impulsos violentos y de potenciar los comportamientos cooperativos y las habilidades sociales. Puede que unos individuos pequeños, delgados y de complexión estrecha no se pudieran lucir en la ardua caza del mamut. Pero aquellos que necesitaban menos calorías tenían más posibilidades de sobrevivir en caso de malas cosechas. Darwin adoptó el término «selección natural» porque comparaba los mecanismos que se dan en la naturaleza con la selección artificial que se aplica para criar ganado. Pero, en realidad, la naturaleza no selecciona, sino que filtra. Y a medida que el medio ambiente cambia, filtra de manera distinta. La cuestión es que si las presiones varían, los humanos seremos siempre una obra inconclusa.

Debemos observar a la criatura en evolución del otro lado del espejo, y comprender que aún nos queda un largo camino por recorrer antes de llegar a

ser tan buenos entre nosotros, y pasárnoslo tan bien como los bonobos.

Se ha dicho que no hay dos especies más similares que los lobos y los humanos. Si uno observa los lobos, no sólo fijándose en su belleza y adaptabilidad, sino también en su brutalidad, resulta difícil escapar a esa misma conclusión.

Vivimos en manadas con nuestras familias, rechazamos a los lobos humanos que viven entre nosotros y controlamos al lobo que llevamos dentro; por eso, para nosotros es fácil comprender los dilemas sociales y el ansia de jerarquía de los lobos de verdad. No me extraña que los indios americanos los considerasen sus almas hermanas.

Pensemos en las similitudes entre los lobos macho y los hombres. Son asombrosas. No es nada habitual que los machos de otras especies se esfuercen durante todo el año para aumentar las probabilidades de supervivencia de las hembras o de los pequeños. Por ejemplo, en la mayoría de las aves, los machos sólo les proporcionan alimento durante la época de cría. Son pocas las especies de peces y de simios donde los machos participan activamente en el cuidado de la descendencia, y sólo lo hacen muy al principio. Los micos nocturnos cargan con los bebés y los protegen, pero no se encargan de alimentarlos. Los machos lémures se enfrentan a los depredadores para que las hembras puedan escapar, pero tampoco se ocupan de la comida.

Ayudar a conseguir alimento todo el año, ir en busca de comida para los bebés, acompañar y ayudar a los pequeños durante varios años hasta alcanzar la madurez y, por último (y no menos importante), defender a las hembras y a sus vástagos de los individuos que suponen un riesgo para su bienestar: es un conjunto difícil de encontrar en un macho. Humanos y lobos, y para de contar. Y los más fieles de los dos no somos nosotros. Es menos probable que los lobos se salten el guion; colaboran en la crianza de los jóvenes y de verdad ayudan a las hembras a sobrevivir.

Los chimpancés parecen más cercanos a los humanos, pero los machos no ayudan a alimentar a los bebés ni a traer alimento al hogar. Entre lobos y

humanos podemos entendernos mejor. Es una de las razones por las que los invitamos a ellos, y no a los chimpancés, a entrar en nuestras vidas. Lobos, perros y nosotros; no es casualidad que nos llevemos bien. Nos merecemos los unos a los otros. Estábamos hechos los unos para los otros.

En nuestras cocinas, suelos, sofás, regazos o camas, unos lobos disfrazados de perros, infiltrados entre humanos que han olvidado el origen ancestral de sus mascotas por excelencia, invaden nuestros hogares, transforman nuestras familias y nuestros corazones, meneando con gracia la cola, y convirtiéndose en nuestros mejores socios y amigos. Que unas criaturas tan violentas como los lobos se hayan domesticado a sí mismas hasta llegar a ser los compañeros preferidos de la humanidad es menos irónico de lo que parece. Podrían decir lo mismo de nosotros. Ambos entendemos, de manera innata, la diferencia entre los grupos de pertenencia y los de referencia; es una de las razones por las que conectamos con su avatar canino. Un lobo sabe a quién proteger, a quién atacar, y qué hacer para defenderse a muerte. Ambos compartimos la obsesión por distinguir al amigo del enemigo. Por eso nos entendemos, y, al mismo tiempo, nos tenemos miedo. Por eso, desde tiempos inmemoriales, los lobos lo han sido todo para nosotros, desde guardianes, hasta dioses.

Observar a los lobos salvajes supone reconocer a unas almas gemelas que pueden ser fascinantes, terribles y admirables. También supone tomar conciencia de cuántas tendencias y destrezas desarrollaron cuando eran salvajes y permanecen intactas dentro de nuestros hogares.

Los perros se han diversificado increíblemente; pensemos en un dogo y en un chihuahua. Pero, incluso de lejos, un perro sabe reconocer la diferencia entre otro perro (da igual de qué raza) y un gato. Igual que los niños.

A Rick McIntyre le gusta decir que como muchas casas tienen perros, en general ya «sabemos de ambos».

–¿De perros y lobos? ¿O de lobos y humanos? –le pregunto.

–Exacto.

–Pero ¿mi perro me quiere o sólo lo hace por el premio?

Eso me preguntó hace poco un profesor experto en cambio climático (no en perros). Yo también me he planteado esa misma pregunta miles de veces. La respuesta corta: tu perro te quiere de verdad. En parte porque eres bueno con él. Si fueras un déspota, tu perro te tendría miedo. Pero aun así, puede que todavía te siguiera queriendo, por fidelidad o necesidad. No es tan diferente de lo que viven muchas personas atrapadas en relaciones abusivas. Pero volviendo a la pregunta, una respuesta completa sería: nuestro conocimiento del cerebro de los perros, de su química cerebral y de los cambios cerebrales fruto de la domesticación nos dice que sí, que tu perro te quiere. La capacidad de un perro para sentir amor por los humanos viene, por una parte, del amor de los lobos hacia otros lobos y, por otra, de las variaciones genéticas de sus ancestros domesticados. Con los perros, hemos criado a las personas que nos gustaría ser: fieles, trabajadores, atentos, protectores, intuitivos, sensibles, cariñosos, y generosos con quienes lo necesitan. En realidad, da igual de dónde hayan adquirido sus sentimientos; lo importante es que son reales. Tu perro te quiere de verdad del mismo modo que tú, en tu estado domesticado, activando las partes más antiguas y profundas de tu cerebro, quieres a tu perro.

A las afueras de Bozeman, en Montana, Chris Bahn y su mujer, Mary-Martha, regentan un *bed and breakfast* llamado Howlers Inn. Justo al lado de su casa, han cercado un terreno de una hectárea y media para acoger a varios lobos nacidos en cautividad que necesitaban cobijo. Chris y Mary-Martha los criaron con sus propias manos, dándoles el biberón desde que los lobeznos tenían tres semanas. Éstos son lobos de verdad, no híbridos perro-lobo. Cuando me aproximé con el coche, se acercaron a la valla como unos perros curiosos.

A pesar de haber leído acerca de los amigables zorros rusos de cola rizada y sobre teorías que afirman que los lobos amigables se domesticaron a sí mismos (sobre las que no me cabe ninguna duda), lo cierto es que no estaba listo para ver por primera vez la interacción entre un hombre y unos lobos

domados sin domesticar.

Cuando Chris entró en el cercado llevaba un mono de lona para protegerse de las entusiastas zarpas de sus mascotas, extraordinariamente largas y afiladas. Lo que más me sorprendió de ellos, no obstante, fue su simpatía perruna. Meneaban la cola y se apiñaban felices a su alrededor. (Yo tuve que quedarme fuera).

–Los lobos son increíblemente expresivos –dijo Chris, arrodillado entre un enjambre de lobos–. Puede incluso que más que los perros. Siempre sabes en qué están pensando; si están contentos, relajados o incómodos.

El macho alfa, de seis años, se acercó en busca de vigorosas caricias y después se tiró al suelo panza arriba. Chris se acuclilló y cumplió, mientras los demás le lamían la cara; exactamente igual que hace Jude en casa cuando le rasca el vientre a Chula. Le pregunté a Chris por su posición en la manada. Ninguna, dice, no tiene un rol dominante. Su papel es ser el cuidador.

Ante estos lobos no me cabe ninguna duda de que aquellos que se acostumbraron a merodear cerca de los humanos adquirieron esa doble nacionalidad y, después de siglos y siglos, se integraron definitivamente en el entramado social de los humanos, alejándose de sus orígenes. Y dieron un paso importante en su carrera.

TERCERA PARTE

QUEJIDOS, MANÍAS Y ANIMALES

Nuestro presente objetivo es muy oscuro,
pero dada su importancia debe discutirse
con una cierta extensión ya que siempre
es prudente poner en claro lo que ignoramos.

—CHARLES DARWIN,
*La expresión de las emociones
en los animales y en el hombre*
(traducción de Tomás Ramón
Fernández Rodríguez)*

El problema es que las reglas son simples,
y los animales no.

—BERND HEINRICH,
The Geese of Beaver Bog

* Alianza Editorial, 1998. (*N. de las T.*)

La teoría demente

En un principio, los experimentos mostraron que los lobos no seguían el dedo humano para encontrar comida escondida. Los perros, en general, sí. Pero en los experimentos había una valla que separaba a los lobos del humano que señalaba. Los perros, por supuesto, no estaban encerrados y casi siempre tenían cerca a sus compañeros humanos de confianza. Cuando los investigadores igualaron el terreno de juego, los lobos lo hicieron tan bien como los perros; y sin entrenamiento.¹

Los experimentos pueden ser muy útiles para estudiar el comportamiento, pero, a veces, las condiciones experimentales son tan artificiales (como los lobos entre vallas) que empañan las capacidades que pretenden investigar. Las decisiones y las conductas de la vida real no siempre pueden meterse en un experimento.

Cualquier ecologista que observe animales en libertad se maravilla ante la profundidad y los matices en sus maneras de enfrentarse al mundo y ante su soltura para escapar a la observación humana y dedicarse de pleno a sus asuntos: asegurar su supervivencia y la de sus crías.

Por otro lado, los estudios de laboratorio parecen más preocupados por «poner a prueba» conceptos académicos como «autoconsciencia» o, mi favorito, «teoría de la mente». No es que estas ideas, por ponerles un nombre, no sean útiles. Lo son. Lo que ocurre es que a los animales les traen sin cuidado las clasificaciones académicas y las condiciones experimentales. No les interesan las discusiones en torno a rebuscadísimas categorizaciones

como, por ejemplo, si una nutria que aplasta una almeja con una piedra está usando una herramienta, pero una gaviota que suelta una almeja sobre una piedra no. A ellos les interesa sobrevivir. Pero algunos investigadores desmenuzan los conceptos en tal cantidad de elementos, que terminamos viendo el comportamiento como un pincho moruno. Así que en esta sección quiero que nos divirtamos un poco con algunos de los embrollos creados por los etólogos. Despejaremos cortinas de humo y desmontaremos mitos. Y la primera brocheta va para la «teoría de la mente».

La «teoría de la mente» –vaya manera de llamarlo– es una idea. A partir de ahí, qué es exactamente esa idea depende de a quién preguntemos. Naomi Angoff Chedd, que trabaja con niños autistas, me dice que se trata de «saber que los demás pueden tener pensamientos que difieren de los tuyos».² Me gusta esta definición; es útil. Diana Reiss, la investigadora especializada en delfines, considera que es la habilidad de sentir que «creo que sé más o menos lo que estás pensando».³ Es diferente. En cambio otros afirman que es la capacidad de «leer la mente de los demás».⁴ Esto ya me parece un poco raro. La opción de la «telepatía» acapara mucha más atención, y sus defensores son los que más se lo creen. Vittorio Gallese, neurocientífico y filósofo italiano, ha escrito sobre «nuestras sofisticadas habilidades para leer la mente».⁵

Yo no sé vosotros (supongo que es aquí donde quiero llegar), pero yo no puedo leer la mente de los demás. Como mucho podemos llegar a conjeturas fundadas, basándonos en la experiencia y en el lenguaje corporal. Si un desconocido con pinta un poco rara cruza la calle hacia nosotros, nuestro primer problema es que no podemos saber en qué está pensando. Si definimos la «teoría de la mente» como la aceptación de que alguien puede tener pensamientos diferentes a los tuyos, entonces, de acuerdo, funciona. Pero alegar que los humanos disponemos de unas «sofisticadas habilidades para leer la mente» es absurdo. Precisamente por algo preguntamos a los demás «¿qué tal?».

El término «teoría de la mente» fue acuñado por primera vez en 1978 por unos investigadores que estudiaban los chimpancés.⁶ Haciendo gala de una abrumadora falta de perspicacia para entender qué contextos podrían resultar acertados para un chimpancé, o podrían tener algún tipo de sentido para ellos, mostraron a los simios grabaciones de actores humanos que intentaban alcanzar unos plátanos demasiado altos, o escuchar música con un radiocasete desenchufado, o que tiritaban porque la estufa no funcionaba, etcétera. Esperaban que los chimpancés señalaran la fotografía donde se veía la solución para demostrar que eran capaces de entender el problema del humano; por ejemplo, «una llama para la estufa que no funcionaba». No, no era una broma. Y si los chimpancés no seleccionaban la imagen apropiada, los investigadores declaraban que no entendían el problema de un actor humano en una cinta de video y, por ende, no tenían «teoría de la mente». (Bien, imagínate que eres un mono, te meten en una habitación y te ponen un video de un hombre que tiritaba al lado de una estufa; y, sin que nadie te explique el problema, el experimento o las utilidades del fuego, se espera de ti que escojas la llama. O, que sé yo, que eres Thomas Jefferson y te enseñan un video de un tipo que intenta encender un tocadiscos desenchufado. No tienes ni idea de qué estás viendo.) En décadas posteriores, con muchos más estudios de por medio, los expertos en este campo sugirieron, al fin, que podía que esos resultados estuvieran sesgados por las condiciones experimentales. La ciencia progresa. Bravo.

Hasta ahora, algunos científicos otorgan las habilidades de la «teoría de la mente» (o sea, reconocer que los demás pueden tener pensamientos y motivaciones diferentes a las tuyas) a los simios y los delfines. Unos pocos, también a los elefantes y los cuervos. Algún que otro investigador ha admitido a los perros. Pero muchos siguen emperrados en que la teoría de la mente es «exclusivamente humana». Incluso cuando estaba redactando esto, la periodista científica Katherine Harmon escribió: «En casi todas las especies animales, los científicos no han conseguido ver ni un atisbo de pruebas».⁷

¿Ni un atisbo? Yo diría que están ciegos. Quienes no encuentran pruebas es que no prestan atención. Frans de Waal sí que la presta. Según dice, las

travesuras de los chimpancés que se lo pasan bomba rociando con agua a los confiados visitantes de los zoos reflejan «una vida interior compleja y familiar».⁸

Al fin y al cabo, que los investigadores creen o no que los chimpancés, los perros, u otros animales «tienen teoría de la mente» es lo de menos. Lo que cuenta es: ¿qué tienen y cómo lo tienen? ¿Qué hacen nuestros perros? ¿Qué les motiva a hacerlo? En vez de empeñarnos en que simios y perros sigan la mirada humana, será más interesante que nos interroguemos sobre cómo se dirigen entre ellos.

A los humanos se nos da mejor interpretar a los humanos que a los perros. A los delfines, delfines. A los chimpancés, chimpancés. Juzgamos que ese extraño con el que nos cruzamos es bueno o malo en función de su lenguaje corporal. Lo mismo hacen nuestros perros. Otros animales son excelentes lectores de lenguaje corporal. Puede que se estén jugando la vida, y no tienen la posibilidad de hacer preguntas. Maddox, nuestra mapache huérfana (la alimentamos con biberón desde pequeña, pero nunca vivió en una jaula, siempre al aire libre), captaba mis pensamientos en cuanto se me ocurrían, sin que yo me diese cuenta de qué pista podía estar facilitándole. Por ejemplo, de pronto se erizaba y me daba la espalda, y coincidía que yo acababa de pensar que era hora de dejar de jugar y sacarla de la cocina. Me gustaba hacer bromas con que tenía una mapache adivina. (Puede que el modo en cómo la miraba tuviera algo que ver, pero el caso es que no se le escapaba nada. Ni a sus dientes, por cierto.)

Si observas cómo los animales en libertad se enfrentan al mundo en sus propios términos, descubrirás la riqueza de sus habilidades mentales. Puedes empezar por esos que corretean cerca de tu casa, te miran con ojos suplicantes y aguardan tu respuesta.

Preparo el café por la mañana. Como hace un poco de frío, abro la persiana y cierro la contraventana; suena el teléfono, respondo. Chula sigue todos mis movimientos, busca en mis ojos cualquier indicio de voluntad de interactuar, o tal vez un movimiento hacia la lata de sus galletitas. Ella no entiende de

café, ni de persianas, ni de teléfonos. Pero un ser humano de gran parte de nuestra historia, un indio norteamericano de una tribu virgen en 1880, o un cazador-recolector de hoy en día tampoco entenderían lo que acabo de hacer. La diferencia entre el loco de mi perro y Caballo Loco es que él podría haber aprendido todo lo que he hecho (y tal vez viceversa). Pero, una vez más, no se trata de saber si los perros son como nosotros. Se trata de entender cómo son ellos mismos. Lo interesante es preguntar: ¿cómo son?

Nuestra hija Alexandra, de veinte años, ve a Jude, nuestro otro perro, que se acerca a la puerta mosquitera e indica su deseo de pasar. Normalmente, nuestros perros están juntos, ya sea dentro o fuera, pero ahora resulta que Chula ya está en casa cuando Jude se planta frente la puerta. Alex observa la escena y la describe así:

–Jude gimoteaba para que lo dejase entrar. Chula se acercó a la puerta y lo miró como diciendo: «¡Ja!», como cuando le hace de rabiar antes de empezar a jugar; luego puso la pata sobre el pomo, pero con mucha delicadeza, igual que haría una persona para abrir; y le abrió la puerta, se dio la vuelta y regresó al hueso que estaba chupando. Sabía lo que hacía. Para cuando Jude estuvo dentro, Chula ya estaba a lo suyo. Sólo se levantó para abrir la puerta, en plan: «Bueno, venga, pasa». Lo más interesante –recalca Alex– fue cómo le abrió la puerta, se dio media vuelta y regresó a sus ocupaciones, exactamente igual que habría hecho yo misma.

Cogemos los abrigo y Chula y Jude se alteran. Tienen la esperanza (me atrevo a decir) de que los vamos a sacar a dar una vuelta. Abro la puerta y digo «coche», salen corriendo y saltan al maletero.

Al llegar al río los soltamos. Evidentemente, les encanta. Un cisne los observa correr junto a la orilla. Pasito a paso se adentra en el agua, chapoteando lo justo para estar fuera de su alcance. Los perros se meten en el río, con el agua hasta la barriga, y le ladran. El cisne no se deja llevar por la corriente, no avanza, no huye. O no tiene intención de moverse de ese punto, o está provocando a los perros, o no logra decidirse entre retarlos y marcharse de allí. Pero no estamos en época de anidación y los cisnes no muestran

comportamientos territoriales entre ellos. Parece que lo que quiere es provocar a los perros. Pero ¿para qué? No tengo ni idea de por qué se queda ahí plantado, pero supongo que él la tendrá. ¿Será ese su concepto de diversión?

Chula sopesa sus opciones de nadar hasta el cisne. Se nota que está intentado decidir qué hacer. Se adentra un poco más hasta que casi no toca el fondo, y se da cuenta de que por ahí no va bien. El cisne ha entendido perfectamente que a Chula no le saldría bien la jugada, pues la mira fijamente, a cuatro brazadas de ella, sin mover una sola pluma. Un minuto después, los perros parecen comprender que no van a obtener más diversión de eso, así que chapotean hasta la orilla y se rebozan por el suelo.

El cisne no sólo acaba de demostrar que entendía que debía mantenerse alejado de los perros, sino que era consciente de las limitaciones de éstos para moverse dentro del agua. Sabe utilizar el agua para protegerse desde una distancia que en tierra habría resultado insignificante, ya que los perros lo habrían alcanzado en dos brincos, tal vez en medio segundo. El cisne ha demostrado teoría de la mente y dominio del medio.

Río abajo, Chula salta de nuevo al agua, cerca de unos ánades azulones. También ellos se adentran en aguas más profundas, pero no salen volando. A unos cien metros de allí siguiendo la orilla, empieza el río que desemboca en el estrecho de Long Island. Entre medias, varios centenares de porrones bastardos (otro tipo de patos) se sumergen en busca de mejillones. Ignoran a los perros. Pero cuando divisan cuatro humanos a lo lejos salen volando en estampida, se alejan del río hacia la bahía. Y cuando la bandada pasa sobre otros grupos de porrones y de patos havelda, éstos también alzan el vuelo y salen huyendo despavoridos hacia el mar.

¿Por qué un pato apenas se molesta en chapotear para alejarse del lobo, su eterno enemigo (aunque en su forma domesticada), y entra en pánico por la simple aparición de seres humanos en una orilla lejana? Porque los patos entienden tanto los límites de los perros como que los seres humanos pueden matar desde muy lejos. Por eso. Saben que una mente humana puede tener intención de infligir daño y poseen cierto concepto de la muerte, el ataque o un peligro grave. Y puesto que durante millones de años de evolución no han

estado en contacto con las armas, su certera evaluación de las distancias de seguridad que deben mantener con perros y humanos es una habilidad adquirida y reciente. Entonces, ¿puede decirse que «tienen» teoría de la mente? Cuanto más aparente es la variabilidad de percepciones y de comportamientos, menos interés tiene esa pregunta. Qué hacen las aves y por qué lo hacen; eso es lo interesante.

Cuando volvemos a casa, seco a Chula con una toalla. Su pelo está lleno de tierra, empapado de agua salobre. Se deja hacer, pero no le gusta. En cambio Jude, tan pronto me ve desdoblar la toalla, viene de cabeza, meneando la cola, soltando mordiscos al aire aleatoriamente mientras se contonea como si fuera un fantasma de felpa. Le encanta jugar a la gallinita ciega. Consiste en que yo le agarre y le suelte el hocico mientras él muerde a ciegas. Si le quito la toalla, deja de mordisquear e intenta ocultarse bajo la toalla de nuevo. A Chula este juego no le despierta ningún interés. Como tampoco Jude cuando hace estas tonterías

Más tarde, en el jardín que rodea nuestra casa, los perros se persiguen en un juego totalmente innecesario. Intentan engañarse el uno al otro mientras echan carreras alrededor del cobertizo o de la casa. Chula intenta acelerar para pillar a Jude, pero Jude se detiene para ver de qué lado viene Chula. Saben lo que está pasando, da la impresión de que entienden que el otro les intenta engañar. Eso también es «teoría de la mente». Uno evalúa lo que piensa el otro, ambos dejan claro que saben que pueden inducir al otro a error para hacerle creer que aparecerá por otro lado. Puesto que se trata de un juego, tiene tanta inteligencia como humor. (A menos que sean un par de máquinas que interactúan, desprovistas de sensaciones ni percepciones. Algunos insisten hasta la saciedad en que «no podemos estar seguros». A eso me refiero con negación.)

Un perro que nunca haya visto una pelota no se la devolverá a una persona y la depositará a sus pies. Sin embargo, uno que ya tenga mucha experiencia, vendrá a invitarte a jugar. Prevén el juego, elaboran un plan para iniciarlo y lo llevan a cabo con un compañero humano que saben que lo

entenderá. Teoría de la mente.

Cualquier perro que te hace la reverencia del juego te está invitando, a sabiendas de que puede que aceptes. (Esta postura no es exclusivamente canina; Maddox la mapache también nos solía comunicar sus ganas de jugar con este mismo gesto.) Los perros y otros animales no hacen esta reverencia a un árbol, ni a una silla, ni a ningún objeto inanimado. La primera vez que lancé una bola a Emi, nuestro cachorro, le hizo la reverencia del juego. Dio por hecho que cualquier cosa que se moviera por el suelo debía de estar viva. Sólo lo hizo una vez. Enseguida comprendió que este nuevo objeto tan maravilloso era un ser inanimado, del que no podía esperar ni una respuesta consciente ni un juego voluntario. Por lo tanto, no merecía ni invitación ni consideración, y podía morderlo, lanzarlo y golpearlo a su antojo.

En una ocasión, Chula ladró a un perro de hormigón de tamaño real, pero ni una más; su olfato debió de decirle que la forma la había engañado. Un perro, o un elefante, suele validar la autenticidad de las cosas por el olor. Un perro al que le gusta cazar conejos olisqueará muy por encima un conejo de porcelana. Obviamente, reconoce el aspecto de conejo, pero es demasiado listo como para que le den el cambiazo. Para un perro, aunque tenga pinta de pato y haga *cuac*, a menos que huela a pato, no lo es.

Estas anécdotas ponen de manifiesto que los perros disponen de la astucia necesaria para discernir entre aquello que posee una mente, y aquello que no. Teoría de la misma. En un laboratorio no podemos meter a un cisne que nada, ni a unos patos que bucean. En lugar de «poner a prueba» a los animales en escenarios artificiales con artilugios donde no pueden ser ellos mismos, deberíamos limitarnos a definir el concepto que nos interesa y después observarlos en condiciones de libertad adecuadas a sus vidas. ¿Han demostrado entender que los demás tienen pensamientos y hacen cosas diferentes y que también se les puede engañar? Sí. Sucede constantemente a nuestro alrededor, veinticuatro horas al día, siete días a la semana; salta a la vista. Pero hay que tener los ojos abiertos. Los psicólogos y etólogos que trabajan en los laboratorios parecen ignorar, con frecuencia, cómo funciona la percepción en el mundo real. Cómo me gustaría que salieran, observaran y se divirtieran un poco.

Sexo, mentiras y aves humilladas

Nuestros dos jóvenes perros llegaron de la perrera en primavera. Crecieron durante el verano y, mientras hizo buen tiempo, entraban y salían de casa cuando les apetecía, a través de una puerta que dejábamos siempre abierta. Casi nunca tenían que pedir que se les dejase salir. Las raras ocasiones en que la puerta estaba cerrada y ellos dentro, cuando querían salir, se quedaban junto a ella, pero nunca ladraban para que alguien se la abriera. Salían por última vez alrededor de las diez de la noche y después subían al dormitorio, donde se acostaban sobre los almohadones que tenían en el suelo para pasar la noche. Descansaban tranquilos hasta las primeras luces del alba, a esa hora se activaban y nos despertaban. Una noche de octubre de su primer año en casa, salimos y regresamos más tarde de lo que esperábamos, por lo que les dimos de comer más tarde de lo habitual. Al trastocarles el horario al que estaban acostumbrados, a las cuatro de la mañana les entraron ganas de salir y bajaron hasta la puerta. Me di cuenta de lo que pasaba porque uno de ellos ladró varias veces. Nunca antes habían ladrado para que les dejásemos salir; nunca habían tenido que hacerlo. ¿Por qué ladraban ahora? Se ve que comprendieron que estábamos arriba, durmiendo, y que, al encontrarse con la puerta de abajo cerrada, sintieron la necesidad de llamar nuestra atención. Por eso enviaron un mensaje que nosotros recibimos y comprendimos; ésta es la definición de comunicación.

La primera vez que Patricia se llevó sola a los perros en el coche hasta nuestra casita de Lazy Point, yo ya llevaba allí varios días. Cuando llegó, Chula tuvo que mirar dos veces al ver mi coche y enseguida fue hacia él para buscarme. Yo había ido a dar un paseo, pero Chula recorrió impaciente todas

las habitaciones de la casa, con la esperanza, en opinión de Patricia, de encontrarme y saludarme.

Nunca se sabe lo que estará pensando un perro, salvo cuando se sabe. Los dos sabéis si estáis a punto de ir a dar un paseo o entrar en el coche; los dos entendéis cuando estás preparando las sobras para dárselas. Es verdad, la mayoría de las veces no sé lo que piensan, pero es que la mayoría de las veces tampoco sé si mi mujer está pensando en cuánto me quiere o en lo que le gustaría cenar, a pesar de que ella pueda decírmelo o mostrármelo. A nuestros perros también se les pasa por la cabeza el amor y la cena, sólo que la capacidad de un perro para contarlo es limitada. Su capacidad para demostrarlo es algo mejor. En cualquier caso, tienen los pensamientos que tienen y nos parece suficiente moneda de cambio, con nuestras pocas palabras y gestos, nuestro profundo afecto y confianza, para llevar una vida en común.

Jude es uno de los perros más entrañables que he conocido, aunque no el más listo. Lo llamamos «el poeta», porque se pasa el día en las nubes y rara vez presta atención. O eso es lo que yo creía. Una vez los llevé a él y a Chula a correr por la playa. A mitad de camino, les llegó el olor de algún ciervo y desaparecieron entre los bosques que había encima de un acantilado. Normalmente no tardan más de cinco minutos en volver, pero esta vez su ausencia se prolongó unos veinte o veinticinco minutos, mientras yo no paraba de llamarlos. Finalmente decidí subir al acantilado. Llamaba y llamaba. Nada. Entonces vi que Jude estaba abajo en la playa, galopando a toda velocidad en la dirección en la que íbamos cuando echaron a correr.

Era raro. Chula siempre va por delante de Jude, y siempre es la primera que viene a buscarme. Llamé a Jude, se detuvo de inmediato y empezó a subir con dificultad mientras yo también bajaba a duras penas la pendiente llena de vides. Una vez en la playa, le puse la correa. Estaba preocupado: ¿dónde estaba Chula? Las malas posibilidades eran una lesión, que alguien se la hubiese llevado pensando que se había perdido (lleva una chapa identificativa) o un encontronazo con un coche. Los minutos seguían pasando y ni rastro de Chula. Quizá hubiese regresado al coche. Jude lo había hecho dos veces durante separaciones más cortas. Decidí regresar caminando hasta

el coche, a poco más de medio kilómetro; si no encontraba a Chula, metería a Jude en el coche y después volvería.

No había quien convenciese a Jude, se negaba a cambiar de dirección, era obvio que quería continuar en la dirección que los tres habíamos tomado. ¿Era porque se lo estaba pasando en grande? Poco probable. Normalmente cuando ha tenido tanta actividad, no tiene problemas en quedarse cerca y marcharse a casa. Era extraño que insistiese tanto en seguir adelante. Entonces abajo, muy a lo lejos, en la playa, mucho más lejos de lo que nunca habíamos llegado, vi a Chula correr en zigzag con todas sus fuerzas. Qué alivio. Pero corría alejándose de nosotros. La llamé todo lo fuerte que pude y agité los brazos, con la esperanza de que el viento transportara mi voz y llegase hasta ella.

Me oyó e, *ipso facto*, se dio la vuelta, me vio agitar los brazos y echó a correr hacia nosotros. Debía de haber pensado que durante todo el tiempo que pasaron en el bosque yo había continuado caminando en la misma dirección, como de hecho suelo hacer cuando salen corriendo unos minutos. Todo parecía indicar que había regresado a la zona de la playa en la que esperaba interceptarme. Por lo rápido que corría cuando la vi, daba la impresión de que intentaba llegar a mi altura para encontrarme. ¿Sabía Jude que Chula estaba allí abajo? ¿Tuvo miedo de que fuese a abandonarla? No hay forma de saberlo, pero está claro que es así como actuó. *Sí, guapo, estoy hablando de ti* (está tumbado junto al escritorio mientras escribo esto). Ahora, *a posteriori*, creo que los perros supieron todo el tiempo lo que hacían; fui yo el que se hizo un lío.

Interrumpimos nuestros momentos con perretes para presentaros un nuevo boletín informativo de la revista *Science* titulado «Los perros no son adivinos». ¹ Pero bueno, ¿quién lo es? ¿Es esto una noticia? ¿Acaso ha habido algún estudio que afirme que lo son? Supuestamente, el artículo destaca un experimento «que demuestra que los perros siguen confiando en personas que no son de fiar y, por lo tanto, carecen de la así llamada “teoría de la mente”». Renunciaremos a la tentación de preguntarnos si los clientes de Bernie

Madoff o las víctimas de cualquier estafador de poca monta carecen de dicha teoría de la mente. ¿Es intención del autor dar a entender que los humanos jamás confían en personas que no son de fiar? En ocasiones, las personas aplican un extraño doble rasero: comenzamos con la premisa de que los demás animales no son tan inteligentes como los humanos, y luego los obligamos a que respondan a un nivel superior de comportamiento. Y por cierto, al final resulta que lo que afirma la noticia que demostraba el experimento no es lo que demostraba dicho experimento.

Los investigadores analizaron a dos docenas de perros. Utilizaron dos cubos con el mismo olor a comida, pero sólo uno de los cubos contenía comida. Al lado de cada par de cubos había un humano que el perro nunca había visto. La mitad de los humanos señalaba siempre el cubo con comida, la otra mitad señalaba el cubo vacío. Después de cinco sesiones de prueba, cada perro realizó un total de 100 ensayos con cada tipo de humano. Los que decían la verdad y los que mentían se mezclaron durante las pruebas. Los perros siguieron a quien les decía la verdad el 90 % de las veces. En la primera prueba con un mentiroso, sólo siguieron la sugerencia del mentiroso el 80 % de las veces, y tardaron más del doble en tan siquiera acercarse a la persona que mentía (14 segundos en vez de los seis que tardaban con el desconocido que decía la verdad). Parece de una intuición bastante sabuesa. Con el tiempo, los perros fueron cada vez menos al cubo que señalaba el mentiroso, a la vez que aprendían a perder la fe en las personas que les informaban erróneamente. En la última sesión de prueba, los perros hacían prácticamente caso omiso a los humanos engañosos y escogían basándose en el azar, con una probabilidad del 50 %. Los investigadores concluyeron, como harían la mayoría de las personas en su sano juicio, que «los perros aprendían a tratar al colaborador y al impostor de forma distinta».

Pero entonces van los investigadores y le dan un giro al resultado: sugieren que «los perros dejaron de confiar en los humanos no porque pudiesen intuir lo que pensaban los humanos, sino meramente porque habían aprendido a asociar a determinados humanos con la falta de recompensa alimenticia». ¡Un momento! Ningún humano en esta tesitura intuiría lo que cada persona está pensando. La persona en cuestión estaba mostrando si era o

no de fiar, y los perros se dieron cuenta de quién lo era y quién no. (Después de todo, los perros nunca antes se habían topado con un humano mentiroso). Pero lo que los investigadores afirmaban era que los perros tendrían que leer literalmente el pensamiento a los humanos para demostrar que están dotados de teoría de la mente. Y eso es simplemente absurdo, por el amor de Dios.

A los investigadores, de alguna forma, se les pasó por alto que en realidad los perros sí que demostraron tener la llamada teoría de la mente. Los perros comprendieron que un humano era capaz de saber dónde estaba la comida aunque los propios perros no lo supieran; en eso consiste la teoría de la mente. Comprender que las indicaciones de algunos humanos no son de fiar; eso es la teoría de la mente. No es que los perros carezcan de esa facultad, es que con frecuencia los humanos no entienden lo que tienen que entender. Frente a un humano que mentía, los perros se negaron a elegir uno de los cubos un quinto de las veces. Comprendieron hasta cierto punto que, en términos no técnicos, había gato encerrado, que los humanos se estaban quedando con ellos. Los investigadores, de algún modo, concluyeron que sus experimentos «no sirven para respaldar la idea de que los perros comprenden la intencionalidad humana».² Por lo que propongo otro experimento: tropezao accidentalmente con vuestro perro, y luego dadle una patada a propósito. Ved cómo no hay duda de que los perros entienden de intenciones.

Hay experimentos que dicen más sobre los investigadores que sobre los animales. Cuando los primeros no son capaces de intuir los pensamientos o el punto de vista de los segundos, se demuestra que muchos humanos carecen de una teoría de la mente para los no humanos. No obstante, muchos animales (mamíferos y aves, sin ir más lejos) se dan cuenta de que si otro animal los está mirando es porque los está viendo; y también se dan cuenta de que sus intereses no siempre están en consonancia. (A menos que, como los perros de Shackleton, hayan adquirido una confianza absoluta y no conozcan más que la lealtad.)

Llegado el momento decidieron que no podían permitirse seguir con los perros. A uno de ellos le tocó llevarlos uno a uno tras un montón de hielo y pegarles un tiro. Intento imaginarme la noche ártica que caía y no se levantaba,

la oscuridad pegada a la ropa. Algunos hombres se opusieron porque los perros eran calor y amor, recuerdos de su vida anterior, cuando dormían en camas mullidas, el estómago cálido por la cena. Colas de perro hechas

de alegría, sus cuerpos envueltos en pelaje de esperanza. No pude seguir leyendo cuando hablaban de los perros caminando confiados hacia la muerte, siguiendo órdenes, uno con un juguete viejo entre los dientes. Confiaban

en los hombres que los guiaron hasta este peligro blanco, este frío yermo. Dios mío, tiraron de los trineos cargados de provisiones y ahuyentaron ladrando a las focas leopardo. Ordenaron a alguien matar a los perros porque las provisiones

escaseaban y los perros, reunidos en torno al fuego, con las lenguas húmedas de generosidad, sabían poco o nada de traición; sabían cómo sentarse, ir y venir, cómo complacer, cómo bajar la cabeza, cómo quedarse quietos.

FAITH SHEARIN

Nadie ha sugerido jamás que los tigres estén dotados de teoría de la mente. Si un tigre la tuviese, sabría que somos capaces de descubrir que nos está siguiendo y que podríamos actuar en consecuencia. Bien, pues la tienen. En el delta de Sundarbans, en la India, los habitantes que trabajan en el bosque lograron vencer un grave problema de ataques de tigres gracias al empleo de unas máscaras de estilo Halloween que se colocaban en la parte posterior de la cabeza, de forma que los ojos y la cara mirasen hacia atrás.³ Los tigres habían estado matando aproximadamente una persona a la semana,

pero después de poner en práctica la artimaña de la careta, nadie que la llevase resultó atacado, aunque sí que se vieron tigres que seguían a humanos que llevaban la máscara, y en el mismo periodo de tiempo mataron a otras 29 personas que no la llevaban. (Y es que las viejas costumbres no se cambian fácilmente; ¿por qué no se puso todo el mundo una máscara y ya está?) Igual que hay madres que quieren que sus hijos piensen que tienen ojos en la nuca, son muchas las mariposas, los escarabajos, las orugas, los peces e incluso algunos pájaros que tienen ocelos, normalmente en la parte de atrás. Estas manchas sirven para intentar engañar a los depredadores, para que piensen que la posible presa está mirando hacia atrás y ha perdido el factor sorpresa. Resumiendo, diversos depredadores actúan con la idea generalizada de que la presa a veces puede ver que estás intentando pillarla desprevenida y puede actuar de forma independiente basándose en ese conocimiento. Eso es la teoría de la mente. Es precisamente la razón por la que los depredadores son sigilosos, se esconden, atacan por la espalda, etcétera.

Una mañana, en la zona del cráter de Ngorongoro, en Tanzania, observé cómo una determinada familia de leones despertaba, se levantaba y sus miembros se saludaban entre sí. Después caminaron en fila india hasta la cumbre de una colina baja y cubierta de hierba. Más allá de la colina, a poco más de medio kilómetro, pastaba un pequeño grupo de cebras. Sin ninguna señal aparente, uno de los leones se sentó. Los demás continuaron caminando. Otro león se sentó. El resto siguió caminando por la cresta. Otro más se sentó. Y así hasta que toda la colina quedó delineada por una cerca de leones sentados erguidos, a intervalos regulares entre la hierba alta y dorada y mirando hacia las lejanas cebras. Una de las leonas no se había sentado; se dirigió hacia las cebras. Yo acababa de presenciar cómo tendían una emboscada muy bien planeada. La labor de la leona que caminaba era atemorizar a las cebras para que fuesen hacia la colina. Los leones que esperaban sentados tenían un campo de visión prominente entre la hierba alta que los ocultaba y la posibilidad de salir disparados cuesta abajo y alcanzar a cualquier cebra que se viese obligada a correr cuesta arriba. Parecía una táctica exquisita, pero las cebras, que no son tontas, detectaron a tiempo a la leona que acechaba... y se alejaron aún más de la colina.

Si te paras a observar, verás fácilmente que la vida de muchas criaturas depende de la capacidad de decidir, con rapidez y acierto, si un depredador está de caza o sólo de viaje, si un rival se siente inquieto o planea atacar, y también que los animales hacen valoraciones cruciales sobre las intenciones de los demás.

El trabajo de Richard Wagner consiste en observar aves viviendo sus vidas de verdad. Nos conocemos desde que ambos teníamos diez años. Entre los veinte y los treinta, estudiamos juntos las aves marinas y compartimos grandes aventuras por toda Kenia. Hoy, un día de verano, estamos sentados a la sombra de los arces en mi jardín trasero y me habla de unas aves marinas llamadas alcas comunes. Las ha estudiado durante mucho tiempo en sus colonias de reproducción, observándolas hora tras hora durante días, meses, años.

—Cuando observas a las alcas comunes —comenta— consigues distinguir quiénes son las buenas guerreras, quiénes las buenas compañeras y quiénes las frescas. Una hembra encontró a su pareja apareándose con otra y espantó a su pareja para que se largase. Al día siguiente, se topó con la misma hembra. Sabía quién era. Arremetió contra ella y la echó de la roca sobre la que estaba.

¿Qué más le daba? ¿Era porque el macho podría estar pasándole a escondidas un poco de comida a la otra hembra, o a sus polluelos?

—Eso no ocurre —explica Wagner—. Los he observado miles de horas para ver precisamente si pasaba eso. No lo hacen. —El motivo del comportamiento agresivo, descubrió Wagner, es que puede que al año siguiente el macho se escape con la otra hembra—. Las cópulas de este año darán lugar a los vínculos entre parejas del año que viene. La hembra vigila dicho vínculo, mientras que el macho vigila a su pareja para proteger su paternidad.

¿Es así como realmente lo ven las aves? Probablemente no, pero apuesto a que sienten algo que nosotros reconoceríamos como celos. Al fin y al cabo, son los celos (y no la interpretación probabilística de la genética evolutiva) los que impulsan a los humanos a vigilar a sus propias parejas.

–Las alcas comunes se conocen unas a otras como los niños en el autobús escolar –explica Wagner–. No cometen errores. Las alcas comunes son sociales, se ven todos los días, y van a la misma roca. ¡Pueden llegar a vivir veinte años! Saben quién se acerca volando antes de que aterrice. Imaginemos que llega una hembra, el macho A la monta; el macho B echa al macho A y la monta él; el macho C monta al macho B. Acaba de ver al B demostrar que es un macho, que lo monte no es un error causado por un arrebató, es una táctica de ataque. El que ha sido montado se ha visto dominado en público; resulta que montar a otros machos contribuye a eliminar a la competencia. Cuanto más montan a un macho, menos se dejará ver éste sobre la roca de apareamiento. Es posible que sienta algo parecido a lo que nosotros llamamos humillación, pierde estatus.

Nosotros también luchamos por nuestro estatus, pero en realidad no entendemos nuestros impulsos más de lo que los entienden estas aves. El estatus estimula la reproducción, pero no percibimos los cálculos sobre las tasas globales de fecundidad que la evolución ha llevado a cabo y nos ha entregado en un compendio titulado «impulsos». Sentimos las motivaciones de los celos, de la búsqueda de estatus, y con frecuencia llevamos a la práctica los comportamientos a los que nos vemos impulsados.

A pesar de que nosotros no solemos tener una teoría de sus mentes, otros animales parecen contar con una sobre la nuestra, saben que podemos saber. Un día, mis buenos amigos John y Nancy avistaron un par de ánades reales sueltos en su césped y les dieron pan. Al día siguiente, los patos volvieron y les dieron de comer maíz triturado. Los patos se convirtieron en invitados habituales en su césped. Parece lógico. Pero un día John oyó que llamaban a la puerta principal, la abrió y miró a través de la mosquitera; aparentemente, quienquiera que hubiese llamado se había marchado. La parte de abajo de la mosquitera era de metal, volvió a oír que llamaban y miró hacia abajo. Y bien, un pato que no tenía conciencia del mundo ni de sí mismo ni teoría de la mente ¿era capaz de contonearse hasta la puerta principal y llamar?

Una vez, en Trinidad, un mono capuchino se alejó de su grupo, vino hasta

un árbol que quedaba por encima de nuestras cabezas y empezó a romper ramas para lanzárnoslas. Estaba claro que el mono nos había visto y, al considerarnos un peligro potencial (hay personas que los cazan en esa zona), intentaba disuadirnos de que continuásemos y nos arrojaba ramas para intimidarnos. No estaba claro si trataba de proteger a sus compañeros intencionadamente, pero ésa fue mi impresión. Era evidente que estaba comunicándonos: «Fuera de aquí». Mi supervisora del doctorado, Joanna Burger, solía observar la interacción entre los monos capuchinos en un abrevadero diminuto y casi seco. A los monos no les gustaba que se ocultase en un puesto de observación, les perturbaba menos que se quedase apoyada junto a un árbol, donde pudiesen verla. Cada día, una hora antes de que amaneciese, cuando no había monos en las inmediaciones, Joanna llenaba un depósito de plástico que había al lado del abrevadero con agua que llevaba en un cubo. Cuando llegaban los monos, podían beber del depósito en vez de tener que bajar al abrevadero, que era tan profundo que resultaba imposible verlos. Mientras los observaba, escondía el balde detrás de un árbol. El último día que fue, Joanna se limitó a echar un vistazo rápido porque no le daba tiempo a quedarse observando, por eso no se molestó en llenar el depósito de plástico. Al darse cuenta de que no lo había llenado, un mono fue hasta detrás del árbol, cogió el cubo y se lo acercó. Pura comunicación, comprender que el otro comprende.

Vanidad y falsedad

El pato que llamaba a la puerta y el mono que vivía en libertad y llevaba el cubo a la investigadora parecen estar visualizando un resultado deseado, una situación diferente de la realidad inmediata que estaban meramente observando. A veces, los animales pueden llegar incluso a comunicarnos sus deseos. Cuando nuestros perros van buscándonos por distintas habitaciones, se están imaginando que nos encuentran; buscan algo más adecuado para sus intereses que lo que tienen ahora mismo, y saben lo que están buscando. Sus imágenes mentales, las situaciones hipotéticas de causa y efecto, y los resultados deseados son su pensamiento. Imaginar el recorrido hacia algo anhelado (primero una cosa y luego la otra) podría considerarse incluso un atisbo de narración. ¿Qué más nos están contando estos tipos?

Jude y Chula gruñen y se muerden; a simple vista, cualquiera diría que están luchando. Hemos tenido invitados que han preguntado alarmados: «¿Se están peleando?». Pero estos cachorros adolescentes saben que están jugando, y nosotros también. Cuando lo oímos, nos resulta fácil comprenderlo por el tono de sus gruñidos; nosotros también participamos en la broma; todos comprendemos la intención. Nosotros, los humanos, también apreciamos nuestros propios juegos verbales. Como humanos, captamos la metáfora y detectamos la diferencia entre el humor de una broma bienintencionada y la ofensa de una sarcástica, pero no tenemos el monopolio a la hora de juzgar los guiños sutiles.¹

Puede que ya os hayáis hecho a la idea de que tanto los perros como los

monos muestran y captan la intención, pero ¿y si se trata de, digamos, un pez? Un pez apetitoso, ya puestos. Cuanto más sabemos, más nos metemos en camisas de once varas.

Consideramos inteligentes a los monos porque, de hecho, lo son; también porque se nos parecen. Pero la ciencia de la cognición se ve salpicada cada vez más de investigaciones de «comportamientos similares a los de los monos» en otros animales. El más reciente de todos: cierto tipo de peces. En nuestra exclusiva lista de seres que utilizan los gestos para dirigir la atención de sus compañeros (humanos, bonobos, delfines, cuervos, perros de caza africanos, lobos, perros domésticos) ahora deben aparecer también los meros.² Sí, el mismo pez que encontramos frito o a la plancha en la carta del restaurante; pues resulta que es uno de los más inteligentes.³

Cuando la presa que persigue se escabulle dentro de una grieta del coral, el mero se da la vuelta y señala en la dirección de la presa oculta. Si no parece que vayan a llegar refuerzos, puede que el mero se dirija a la guarida diurna donde sabe que reposa una morena gigante y se agite rápidamente para decir: «Sígueme». La morena, que es capaz de escurrirse por espacios reducidos, a menudo sigue al mero hasta la presa oculta. Para asegurarse de que la morena lo sigue, el mero se da la vuelta para comprobarlo. Si la morena parece no estar enterándose, el mero a veces «la intenta empujar hacia la grieta señalada». Cuando llegan hasta la presa oculta, el mero se coloca frente al lugar indicado y mueve la cabeza. El mero y la morena no comparten la captura, pero dividen lo recaudado: a veces la morena atrapa al pez escondido, otras veces éste sale disparado y es el mero quien lo agarra.

Si no hay ninguna morena cerca, el mero tal vez reclute a un pez napoleón, que es capaz de romper el coral, o si no a un pez emperador. Los meros hacen señales hasta que consiguen ayuda; entonces, dejan de hacerlas de inmediato. Estos gestos son intencionales y están dirigidos a otros peces, cuya respuesta es voluntaria. Al menos dos especies de mero lo hacen. Los investigadores afirman que estos peces «cazan de forma regular en colaboración con otras especies de peces» en el Mar Rojo y también «colaboran con los pulpos» en la Gran Barrera de Coral australiana, actualmente en peligro. Además, la paciencia de los meros, que aguardan

junto a la presa oculta durante hasta 25 minutos a la espera de que pase un socio potencial, indica «un nivel equivalente al de un mono en un ejercicio de memoria».⁴ En experimentos más recientes, los investigadores descubrieron que los meros constatan con tanta rapidez si una morena es una buena o una mala colaboradora, que las capacidades de los meros al elegir al socio más efectivo son «casi idénticas a las de los chimpancés». Los proyectos de caza colaborativa de los meros no sólo constituyen una noticia, sino una noticia sorprendente. Aunque es probable que los meros lleven ya varios millones de años guiando a sus compañeros de caza.

Una cooperación flexible entre especies diferentes, tal como la que muestran los meros y sus socios, es muy poco común; incluso los humanos la mantienen tan sólo con dos o tres especies. Los indicadores son un tipo de pájaro que guía tanto a los tejones como a los humanos hasta las colmenas para así poder compartir el festín de la colmena asaltada. Los humanos cazan con perros o aves de presa, aunque son los humanos quienes controlan e idean el proceso. Los delfines, sin embargo, han controlado e ideado sus propias situaciones, usando a los humanos (y en un par de ocasiones, aparentemente entrenándolos) para que los ayuden a capturar el alimento.

Tanto en Brasil como en Mauritania, los delfines guían a los bancos de lisas hacia el sedal de los pescadores. En las costas brasileñas, los delfines parecen haber entrenado a los pescadores; a lo largo del litoral mauritano, son los pescadores los que parecen haber entrenado a los delfines.⁵ Los delfines nariz de botella golpean el agua con la cabeza y la cola para dar instrucciones a los pescadores respecto al lugar y el momento en que deberían arrojar las redes. Los delfines pillan los peces que las redes hieren o desconciertan. Sólo un pequeño porcentaje de los delfines de la laguna hace esto (aprenden de sus madres a ser pescadores de hombres) y los pescadores los conocen lo bastante bien como para darles nombres, como Caroba o Scooby.⁶ Los pescadores mauritanos que avistan lisas golpean el agua con palos para llamar a los delfines nariz de botella y a los jorobados, que a su vez dirigen a las lisas contra sus redes y comparten los beneficios. Llevan haciendo

negocios juntos desde 1847.

Resulta de lo más extraordinario que durante un centenar de años, a partir de mediados del siglo XIX, los delfines más grandes del planeta, las orcas, fuesen quienes entrenaban a los humanos para que se convirtiesen en sus compañeros de caza en la bahía Twofold de Australia, cerca de una ciudad llamada Eden.⁷ Al parecer, las orcas guiaban a las grandes ballenas hacia la bahía y después, efectivamente, alertaban a los balleneros, que se personaban para el ataque. Las orcas deducían que recibirían parte de la captura de los balleneros. Se dice que las orcas llegaban incluso a agarrar las cuerdas que sujetaban a las ballenas arponeadas para ralentizar aún más a los gigantes heridos y así ayudar a los humanos a someterlas.

La sabiduría convencional sostiene que sólo los humanos pueden planificar conscientemente. Sin embargo, cuando los arrendajos almacenan alimentos perecederos y no perecederos, consumen en primer lugar las reservas de alimentos perecederos, lo que significa que evalúan la sensibilidad al paso del tiempo de los diferentes alimentos y actúan conforme a ello. En el zoo de Furuvik, en Suecia, había un chimpancé que recogía piedras con la intención de emplearlas más adelante para bombardear a los desprevenidos visitantes (por suerte, los chimpancés tienen una puntería malísima).⁸ Durante toda una década, acumuló centenares de montoncitos de munición. Todas las mañanas, antes de que el zoológico abriese, los cuidadores tenían que registrar la zona para requisar sus colecciones de piedras. En un zoo distinto, un orangután descubrió que si enrollaba un trozo de cable alrededor del pestillo de la puerta cerrada de una sala de calderas y tiraba, podía salir con sus amigos orangutanes para retozar entre los árboles del zoo.⁹ Consiguió hacerlo varias veces antes de que los perplejos vigilantes descubriesen cómo conseguía escapar. Mientras tanto, había escondido bien el cable, ya que tenía toda la intención de seguir usando la herramienta que con tanta perspicacia había fabricado.

El orangután estaba siendo astuto, ladino y algo engañoso. El engaño implica el intento consciente de inculcar una falsa creencia en la mente del otro. Por eso el engaño demuestra que los humanos están dotados de teoría de la mente. Los humanos destacamos por nuestra falta de honradez (políticos que mienten, vendedores que hacen trampas, nuestros hijos), por lo que nos enfrentamos con el engaño cada día. La naturaleza está llena de engaños, desde el camuflaje hasta las mentiras ingeniosas, y es que incluso en el engaño intencionado, los humanos no tenemos la exclusiva.

Cuando el ave conocida como drongo ahorquillado avista mamíferos como los suricatos u otras aves como los turdoides con comida, imita sus llamadas de alerta características, lo que hace que huyan en busca de refugio, de forma que él tenga vía libre para abalanzarse en picado y robarles sus manjares.¹⁰ Los caradrinos o chorlitos son un tipo de ave de costa que finge tener un ala rota para hacer que los depredadores se alejen de sus nidos en la arena y de sus polluelos. Su principal objetivo cuando actúan como si estuviesen discapacitados es desbaratar los planes del depredador dando una falsa impresión. Varían la intensidad y la dirección de su actuación en función de hasta qué punto el depredador se esté tragando el engaño. Lo he visto muchas veces; a menudo he sido yo el blanco de los chorlitos. Saben lo que se hacen.

Vivir en grupos sociales nos da motivos para mentir y alguien a quien mentir. Los cercopitecos verdes a veces gritan «leopardo» cuando su manada está perdiendo una pelea contra otra manada.¹¹ La falsa alarma, astutamente estratégica, hace que todos se dispersen entre los árboles y así acabe la pelea. Había un cercopiteco verde famoso por gritar a veces «¡águila!» con el fin de deshacerse de la competencia en un árbol frutal. Los demás monos salían desperdigados... y él se daba un buen atracón. De forma similar, había monos que, al saber de la existencia de un manjar escondido en una caja, no le prestaban atención cuando había otros monos a la vista, para evitar que los demás viesan cómo abrirla.

Con los chimpancés del famoso parque nacional de Gombe Stream, los investigadores utilizaban un mando a distancia para abrir un contenedor de alimento.¹² Casualmente, uno de los chimpancés se encontraba junto al

contenedor cuando se abrió. Sin embargo, al ver que se acercaba un macho más dominante, cerró el contenedor y se alejó. En cuanto el macho dominante pasó de largo, el primer mono volvió a abrir el contenedor y se cargó de plátanos. Sin embargo, el macho dominante había decidido esconderse, así que en ese momento se abalanzó sobre la fruta y se la arrebató.

En experimentos donde a unos macacos rhesus se les ofrece la posibilidad de elegir entre dos humanos para robarles una uva, deciden robársela a la persona que está situada de tal forma que no puede ver qué hace el mono.¹³ Esto demuestra que los monos creen que el humano pondrá objeciones al robo y por lo tanto deben ser ladinos al hacerlo. De forma similar, los monos prefieren coger comida de contenedores que no hacen ruido.¹⁴ Estos robos furtivos demuestran que comprenden que es mejor no alertar a nadie de su hurto. Del mismo modo, es menos probable que un perro robe comida prohibida cuando un humano está observando que cuando el humano está mirando a otro sitio o no está.¹⁵ Entienden que nosotros entendemos, y que nuestros objetivos pueden ser distintos.

No hace falta ser mamífero para engañar a los amigos. Cuando la chara azul se percata de que otra chara la ha visto esconder comida, la primera cambiará la comida de sitio cuando la segunda se haya marchado, pero sólo en el caso de que ella misma ya haya robado antes la comida de otra ave.¹⁶ Deben de hacerse una idea de lo que es robar basada en su propia experiencia y, resumiendo, deben pensar: «Ese pájaro podría robarme la comida». A veces sólo fingen mover la comida. Las charas que han sido vistas escondiendo la comida pero nunca han robado la ajena no mueven su propia comida. Para esto, es necesario proyectar sus propias motivaciones de robo en las posibles decisiones de otra ave. La chara tiene que imaginarse el punto de vista de otra. Los científicos lo denominan «atribución mental» o «adopción de perspectiva» y le dan muchísima importancia. Para la chara, no tiene tanta importancia; no es más que lo que hay que hacer en un mundo en el que no se puede confiar en la gente, incluyendo a otras charas como ellas mismas. Saben que la otra ave puede saber, y saben que donde las dan, las toman, y tal vez que la vida puede ser injusta.

El sentido de la justicia reúne a ciertos animales en otro club exclusivo. Un investigador le ofrece una rodaja de pepino a un mono capuchino.¹⁷ Hmm, al mono le gusta el pepino. El investigador le da una uva al mono que está a su lado. El mono número uno observa cómo el mono número dos disfruta de la uva. Cuando le ofrecen otra rodaja de pepino, el mono número uno la coge, y luego se la lanza de nuevo al investigador. ¡Qué injusticia! El pepino está bien, siempre que tus colegas no se lleven algo más dulce. Los cuervos y los perros también son conscientes de lo que es un pago justo por la misma tarea.¹⁸ Es evidente que los humanos también podemos percatarnos de lo que es justo y lo que no... cuando queremos. ¿Por qué no todos los humanos consideran injusto que las mujeres se vean a veces obligadas a aceptar un sueldo menor por el mismo trabajo? Puede que otra de las cosas que «nos hace humanos» sea nuestra capacidad de aplicar dobles raseros.

Los simios no son sólo listos, a menudo son también perspicaces, estratégicos y políticos. A veces esto se hace visible durante las operaciones en las que es mucho lo que está en juego y que se dan entre, por un lado, los humanos, que querían engañarlos de forma letal, y por el otro, los simios, que hacen trampas a los tramposos para salvar el pellejo. Una cría de gorila se tropieza con la trampa de un cazador furtivo y muere. Días más tarde, unos empleados de protección del medio ambiente observan cómo un macho de cuatro años llamado Rwena rompe la rama doblada de un árbol que activa el mecanismo de una trampa, mientras que una hembra de más o menos la misma edad llamada Dukore inutiliza la soga de la trampa.¹⁹ La pareja ve entonces otra trampa cercana. Rwena y Dukore, a quienes se une el adolescente Tetero, inutilizan la trampa, con una rapidez y una seguridad que inducen a pensar al investigador que los observa que no es la primera vez que se ahorran el dolor. (¿Quién es mejor persona, el humano que pone la trampa o el gorila que se protege humanitariamente a sí mismo y a su familia?)

Las hienas manchadas viven en sociedades mucho más complejas que las de

los lobos o cualquier otro carnívoro.²⁰ Los clanes de hienas manchadas se componen de hasta 90 miembros, y todos se reconocen entre sí. Comprenden y utilizan las relaciones de parentesco y de rango a la hora de tomar decisiones. También mienten. Los investigadores que estudian a las hienas en libertad han observado escenas como éstas: mientras las de mayor rango se dan el festín, una de menor rango da una falsa voz de alarma que las dispersa, después corre directamente hasta el cadáver para arrancarle unos cuantos bocados veloces antes de que sus compañeras de clan se den cuenta de que no hay peligro. Para distraer a las hienas que luchan contra sus crías, la madre a veces profiere una voz de alarma falsa. Una hiena subordinada que sabe dónde se esconde la comida a veces despista a otras que la acompañan para regresar sola más tarde y llevarse el premio. Un grupo de investigadores estaba observando a una manada de hienas de viaje; de repente, un macho de rango inferior vio a un leopardo agazapado e inmóvil junto a un arroyo, al lado del cadáver de un ñu joven que él mismo había matado. Ninguna de las demás hienas se dio cuenta. El macho de rango inferior miró directamente al leopardo y a su presa mientras pasaba de largo. Cuando todas habían superado el arroyo y estaban a cierta distancia, dicho macho se dio la vuelta, trotó directamente hacia aquel punto y le arrebató el cadáver al leopardo sin tener que enfrentarse a la competencia de sus compañeras de rango superior.

Aun así, por increíble que parezca, los investigadores que describen todo esto concluyen: «Sin embargo [...] las hienas manchadas parecen no comprender lo que piensa o cree el resto».

¿Cómo? Pero si acaban de describir sus dotes para el engaño. De forma inexplicable, los investigadores afirman que «no tenemos ninguna prueba de que las hienas sepan absolutamente nada sobre el estado mental actual o las intenciones futuras [de otras hienas] [...] a menos que perciban directamente pistas sensoriales que les faciliten dicha información».

A ver, ¿por dónde empezar? Percibir pistas sensoriales (al ver a alguien o ver cómo interactúa) es la única forma de saber algo sobre el estado mental actual o las futuras intenciones de una persona. ¿No es algo obvio? Mi pregunta es: ¿por qué los investigadores juzgan la capacidad mental de otros animales en función de un nivel inalcanzable para los humanos? La mentira

demuestra que el mentiroso comprende que el otro puede tener intereses en conflicto con los suyos... y que le conviene mantenerlo en la ignorancia en beneficio propio. En eso consiste la teoría de la mente.

En Tanzania, dos chimpancés machos rivales de rango superior necesitan el apoyo de un macho subordinado concreto para mantener su dominio. Cada uno de ellos se gana el favor de su subordinado permitiéndole el acceso a las hembras fértiles. Al modificar su lealtad en el momento en que el macho al que respalda se vuelve algo tacaño, el macho de menor rango logra que nunca le falten ocasiones de sexo. En otro caso, el investigador Craig Stanford observa cómo un chimpancé de rango menor parece escenificar un desafío para hacerse con el dominio.²¹ Esto hace que el macho dominante se exalte tanto al demostrarle su dominio a todo el grupo que no se dé cuenta de que el chimpancé de rango inferior ha aprovechado la confusión para tener sexo a escondidas con una compañera que se muestra dispuesta. Después de revisar decenas de estudios llevados a cabo durante más de tres décadas destinados a dilucidar qué saben unos chimpancés de otros, un equipo dedujo algo que los propios chimpancés ya saben: «Los chimpancés comprenden tanto los objetivos y las intenciones de los demás como lo que los demás perciben y saben».²² Los chimpancés persiguen el poder y llevan la cuenta de los favores hechos y recibidos «tan escrupulosamente como ciertas personas en Washington», afirma Frans De Waal.²³ Asimismo, afirma que «sus sentimientos abarcan un abanico que va desde la gratitud por el apoyo político hasta la indignación si uno de ellos viola una norma social», y añade que «la vida emocional de estos animales es mucho más parecida a la nuestra de lo que en su día se creyó posible».

Ese parecido ¿deja a los chimpancés en buen o en mal lugar? Los chimpancés nos enfrentan a un espejo y nos retan a ver el simio que aparece reflejado. A menudo no nos reconocemos a nosotros mismos. Los chimpancés pueden ser tan oscuros, mortíferos y ambiciosos como los senadores romanos, como si llevaran dentro a un humano frustrado que se desplaza de liana en liana hacia el Edén y hacia nuestra creación, un genio

que espera a salir de su lámpara para ser liberado en el mundo. Pero los humanos ya hemos salido de la lámpara. Por lo que somos, por cómo somos, tenemos motivos de sobra para sentir orgullo y vergüenza a la vez. Si la crueldad y la capacidad destructora son algo malo, los humanos son de lejos la peor especie que jamás haya infestado este planeta. Si la compasión y la creatividad son algo bueno, los humanos son de lejos la mejor. Pero no somos simplemente buenos o malos; somos todas estas cosas a la vez, y de forma imperfecta. Ante todo esto, la pregunta que cabe hacerse es: ¿hacia qué lado se está inclinando la balanza?

Carcajadas e ideas descabelladas

Jamás negaría que los estudios científicos formales en condiciones controladas han resultado extraordinariamente útiles. Tampoco perderé nunca de vista el hecho de que la vida real de los animales es demasiado amplia para que los laboratorios puedan reflejarla como es debido. Con todo, son muchos los etólogos que trabajan exclusivamente en laboratorios (o, mucho peor, en departamentos de filosofía). A continuación veremos cómo, al diseccionar la realidad en finas rodajas y marinarla a base de jerga, los estudiosos confundidos a veces obtienen resultados divertidos.

La búsqueda de vida inteligente en la Tierra genera no pocas carcajadas en su proceder. Una investigadora amante de los perros grabó en video durante dos años a los perros del parque de un barrio antes de llegar a las siguientes conclusiones. Si un perro quería jugar con otro perro que estaba frente a él, normalmente llevaría a cabo la «invitación al juego» (la típica reverencia: cuartos delanteros agachados y cuartos traseros levantados). Pero si el perro con el que el can juguetero quería retozar estaba mirando hacia otro lado, el juguetero primero intentaba captar la atención del otro, por ejemplo, con una pata o ladrando. En uno de esos momentos de avance científico, la investigadora nos cuenta: «Parecen estar reaccionando ante estados cognitivos específicos».¹ Dicho de forma sencilla: tras dos años analizando las grabaciones, descubrió que un perro es capaz de distinguir la cara del culo de otro perro. Permitidme decir esto: el trasero de un perro no es un «estado cognitivo específico». ¿Por qué no decir simplemente que los perros llaman la atención de los demás antes de invitarles a jugar? ¿Es demasiado obvio para parecer científico?

Tan sólo unos minutos después de empezar a buscar literatura académica sobre la teoría de la mente, me topé con el típico estudio reciente. Se titulaba «Sobre la falta de pruebas que demuestren que los animales no humanos poseen nada ni remotamente semejante a una “teoría de la mente”» y lo publicaba la revista *Philosophical Transactions of the Royal Society*. El artículo empieza así: «La teoría de la mente implica la capacidad de hacer inferencias válidas sobre el comportamiento de otros agentes basándose en representaciones abstractas y teóricas de la relación causal entre estados mentales no observables y situaciones observables». (Traducción: mediante la observación del comportamiento del otro, podemos hacer conjeturas sobre lo que podría estar pensando.) Y sigue así: «Somos completamente agnósticos (al menos para lo que aquí nos atañe) respecto a si los estados de un organismo son modales o amodales, discretos o continuos, simbólicos o conexionistas, o incluso respecto a cómo logran obtener las cualidades representativas o informativas con las que empezar. [...] Por supuesto, existe un sinfín de otros factores que también contribuyen a dar forma al comportamiento de un organismo biológico».

Seguramente soy capaz de entender ese estudio... pero la verdad es que no quiero.

Dos personas de la Universidad Rutgers (en la que me doctoré, lo que me predispone a su favor) han publicado una reseña titulada «Leer la propia mente: una teoría cognitiva sobre la autoconsciencia». Allá vamos: «Comenzaremos examinando la que probablemente sea la explicación más ampliamente compartida sobre la autoconsciencia: la teoría de la teoría (TT).² La idea fundamental de la TT de la autoconsciencia es que el acceso de cada uno a su propia mente depende del mismo mecanismo cognitivo que desempeña un papel central en la atribución de estados mentales a los demás. [...] Los teóricos de la teoría defienden que la TT está respaldada por pruebas relacionadas con el desarrollo psicológico y las psicopatologías. [...] Tras presentar nuestros argumentos contra la TT y a favor de nuestra teoría, consideraremos otras dos teorías de la autoconsciencia presentes en la literatura reciente».

¡No, gracias! La teorización sobre la teoría parece un sustituto

paupérrimo frente a la observación real de los seres vivos actuando a sus anchas.

La teoría de la mente es probablemente el concepto al que más bombo se le ha dado en la psicología humana, así como el aspecto más infravalorado y frecuentemente negado de las mentes no humanas. Todos hemos estado en relaciones en las que hemos pensado «no sé a qué atenerme con ella» o «no sé qué esperar de él».

Como ya dijo John Locke en el siglo XVII, «la mente de un hombre no puede penetrar el cuerpo de otro hombre».³ El pintor Paul Gauguin escribió de su esposa tahitiana de trece años: «Me esfuerzo por ver y pensar a través de esta niña». Joni Mitchell cantó: «No existe la comprensión, / por mucho que puedas acercarte / al hueso, a la piel, a los ojos, a los labios, / y aun así sentirte solo». El poeta romano Lucrecio, en lo que W. B. Yeats calificó como «la mejor descripción del acto sexual jamás escrita» (no digamos una buena traducción), comentó con tono sombrío:

Entonces se aprietan con avidez, unen las bocas, el uno respira el aliento del otro, los dientes contra sus labios; todo en vano, pues nada pueden arrancar de allí, ni penetrar en el cuerpo y fundirlo con el suyo [...]

Sin poder descubrir artificio que venza su mal; así, en profundo desconcierto, sucumben a su llaga secreta.*

«La tragedia del acto sexual —bramó Yeats— es la virginidad perpetua del alma». Paul Valéry, otro poeta, observó que «el intercambio de cosas humanas entre los hombres exige que los cerebros sean impenetrables». Alabados sean los poetas por ser buenos científicos. El científico Nicholas Humphrey afirma: «No existen puertas entre una consciencia y otra. Todo el mundo conoce de forma directa sólo su propia consciencia ¡y no la de ningún otro!».

Si quiero pillarte por sorpresa o fantasear mientras coqueteo o robarte algo, es fundamental que mi mente sea ilegible. Cuanto más pudiésemos abrir

nuestra mente a los demás, más necesitaría nuestro cerebro encontrar la forma de plantar cara y cerrar la puerta. Así que de acuerdo, observamos, influimos, pero al fin y al cabo lo que hacemos es conjeturar. Eso es lo máximo que somos capaces de hacer. Podemos escoger entre exponernos u ocultar nuestras cartas, pero la elección es nuestra.

Los chimpancés tienen fundamentalmente una teoría de la mente chimpancé, por decirlo de algún modo; los delfines, de la mente delfín. Los humanos a menudo tienen dificultades para comprender incluso las necesidades humanas y para predecir las acciones de otras personas. Y los humanos que suponen que los demás animales ni siquiera son conscientes (o que no tienen en cuenta su capacidad de experiencia consciente) demuestran lo defectuosas que son nuestras habilidades en teoría de la mente.

En Japón y en las islas Feroe hay gente que mata delfines y calderones atravesándoles la espina dorsal con barras de acero mientras chillan aterrorizados por el dolor y se retuercen agonizantes. (En Japón, es ilegal matar vacas y cerdos de una forma tan dolorosa e inhumana como en la que se mata a los delfines.) La falta de compasión por los delfines y las ballenas indica que la teoría de la mente de los humanos es incompleta. Sufrimos un déficit de empatía, una falta de compasión. La violencia y los malos tratos de unos humanos contra otros, y el genocidio étnico o religioso están demasiado presentes en nuestro mundo. Ningún elefante pilotará jamás un avión de pasajeros, ni lo pilotará jamás contra el World Trade Center. Estamos capacitados para mostrar una compasión mayor, pero no estamos totalmente a la altura de nosotros mismos. ¿Por qué los egos humanos parecen sentirse tan amenazados por la idea de que otros animales piensen y sientan? ¿Es porque al reconocer la mente del otro resulta más difícil abusar de ellos? Parecemos inacabados y a la defensiva. Quizá ser incompletos es una de las cosas que «nos hace humanos».

Mientras que hay personas que parecen incapaces de reparar en las mentes de los animales no humanos, hay otras que ven mentes humanoides en todas partes.⁴ Nuestras mentes distinguen automáticamente rostros humanoides en cosas como las nubes, la luna o incluso la comida. Muchos creen que las rocas, los árboles, los arroyos, los volcanes, el fuego y otras cosas tienen pensamientos, que todas las cosas tienen mente y las habitan espíritus que podrían actuar a nuestro favor o en nuestra contra. A esto se le llama «pampsiquismo». La religión que deriva de esta presuposición humana primaria es el panteísmo. Es común entre los pueblos tribales de cazadores y recolectores, y también permanece sana y salva en la vida moderna. En la cima del monte Kilauea, en Hawái, he visto ofrendas de dinero y alcohol depositadas allí por personas que piensan que los volcanes contienen un dios que observa, concede favores y a veces actúa de forma vengativa. Si no le prestas atención, despertarás su ira. Con un poco más de whisky y unos cuantos dólares más, flores, comida y un cerdo asado de vez en cuando, puede que Pele, la feroz diosa del volcán, se aplaque. Y esto ocurre en Estados Unidos, donde cualquiera puede darse una vuelta por el centro de interpretación y aprender unas nociones de geología volcánica. (Los guardas del parque les piden a los visitantes que no dejen más ofrendas de comida, dinero, flores, incienso y alcohol en Kilauea porque, en resumen, las ofrendas son claramente más apreciadas por las ratas, las moscas y las cucarachas que por la diosa.)⁵ Por lo que parece, para nosotros creer profundamente en lo sobrenatural es de lo más natural.

«Los animales no humanos pueden llegar a creencias basadas en pruebas – escribe la filósofa Christine M. Korsgaard–, pero hay que ir un paso más allá para ser el tipo de animal capaz de preguntarse si las pruebas justifican realmente la creencia, y por lo tanto capaz de ajustar las propias conclusiones en consecuencia.»⁶ Aun así, está demostrado que son muchos los humanos que son incapaces de preguntarse si las pruebas justifican sus creencias y, por ende, ajustar sus conclusiones. Otros animales son unos magníficos realistas consumados. Sólo los humanos se aferran de forma inamovible a dogmas e

ideologías que muestran una total independencia de las pruebas, aun cuando todas las pruebas defiendan lo contrario. La gran línea divisoria entre la racionalidad y la fe depende de que algunas personas opten por la fe y no por la racionalidad, y viceversa.

Las acciones y creencias de otros animales se basan en la evidencia; no creen nada a menos que las pruebas lo justifiquen. Otros animales atribuyen la consciencia sólo a cosas que son realmente conscientes. Un perro es capaz de ladrar para despertar a alguien que duerme en el sofá de la sala de estar, pero jamás pedirá ayuda al propio sofá, o a un volcán. Discriminan con facilidad las cosas vivas de los objetos inanimados e incluso de los impostores. Es cierto, algunos señuelos y llamadas empleados por hábiles cazadores engañan a los patos que pasan hasta el punto de lograr que se desvíen y se pongan a tiro de escopeta, pero la estratagema ha de ser muy elaborada o, de lo contrario, no funcionará. Los peces pueden resultar muy difíciles de engañar, incluso con cebos artificiales diseñados para tener el mismo aspecto y actuar de la misma forma que el reclamo real.

Hace años, mientras trabajaba en una investigación que implicaba el etiquetado de halcones migratorios, logré atraer a los halcones hasta mi red con estorninos vivos amarrados. A los asustados estorninos no les gustó mi invento, ni a mí tampoco, así que até un estornino de trapo a una cuerda, con las alas en posición de vuelo, detrás de la red. Es obvio que, en la naturaleza, absolutamente cualquier cosa que parezca un pájaro, esté cubierto de plumas, tenga un ojo reluciente y se mueva de arriba abajo es un pájaro. Aun así, el ave de trapo jamás engañó ni a un solo halcón; todos lo calaron con un simple vistazo, adivinaron que no era real y no le hicieron caso. Es algo impresionante. Otros animales son extraordinariamente hábiles a la hora de identificar y reaccionar ante depredadores, rivales y amigos. Nunca actúan como si creyesen que los ríos o los árboles están habitados por espíritus que vigilan. De todas estas formas, los demás animales demuestran sin parar que tienen los conocimientos básicos para saber no sólo que viven en un mundo rebotante de otras mentes, sino también cuáles son los límites de éstas. Su capacidad de comprensión parece más perspicaz, pragmática y, francamente, mejor que la nuestra a la hora de distinguir lo falso de lo real.

Por lo que me pregunto: ¿tienen realmente los humanos una teoría de la mente más desarrollada que la del resto de animales? Las personas que ven unos dibujos animados en los que no aparece nada más que un círculo y un triángulo que se mueven e interactúan casi siempre infieren una historia, en la que aparecen motivos, personalidades y géneros. Los niños les hablan a los muñecos durante años, creyendo a medias (o del todo) que el muñeco oye y siente y es un confidente de fiar. Muchos adultos les rezan a estatuas, creyendo con fervor que los escuchan. Cuando era adolescente, nuestros vecinos de al lado (estadounidenses nacidos y criados en Nueva York) tenían estatuillas religiosas en todas las habitaciones excepto en su dormitorio, para evitar que la Virgen fuese testigo de la lujuria humana. Todo esto indica una extendida incapacidad humana a la hora de distinguir las mentes conscientes de los objetos inanimados, y la evidencia del disparate.

Los niños hablan a menudo con un amigo totalmente imaginario que ellos creen que escucha y piensa. El monoteísmo podría ser la versión adulta. Poblamos nuestro mundo de fuerzas y seres conscientes imaginarios, buenos y malos. Hoy día, la mayor parte de las personas cree contar con la ayuda o las trabas de familiares fallecidos, ángeles, santos, guías espirituales, demonios y dioses. En las sociedades tecnológicamente más avanzadas y más informadas, la mayoría de las personas da por descontado que hay espíritus incorpóreos que las vigilan, las juzgan y actúan sobre ellas. Casi todos los líderes de las naciones modernas confían en la posibilidad de pedirle a un dios celestial que proteja a su país durante los desastres naturales y los conflictos con otras naciones.

Todo esto no es más que una teoría de la mente desbocada, como una manguera antiincendios descontrolada, que rocía a todo el universo de una supuesta consciencia. La teoría de la mente pretendidamente superior de los humanos es en parte una patología. La tan trillada expresión «los humanos son seres racionales» es probablemente la mayor verdad a medias sobre nosotros mismos. Existe en la naturaleza una sensatez preponderante y a menudo, en la humanidad, una insensatez que la desautoriza. Nosotros, de entre todos los animales, somos los que con más frecuencia nos mostramos irracionales, tergiversadores, ilusos e inquietos.

Aun así, también me pregunto: ¿es también nuestra capacidad patológica para generar creencias falsas, para elucubrar sobre lo que no existe, el verdadero origen de la creatividad humana? ¿Es nuestra tendencia a imaginar, e incluso a aferrarnos a lo falso, la base de todo nuestro espíritu inventor?

Quizá el creer en cosas falsas sea un aspecto indisociable de nuestra peculiar y curiosamente brillante capacidad de concebir lo que aún no existe, y de imaginar un mundo mejor. Nadie ha explicado de dónde surge la creatividad, pero algunas mentes humanas lanzan chispazos de ideas nuevas, como un tren con una rueda atascada. No es la racionalidad lo que es exclusivamente humano, sino la irracionalidad, la capacidad fundamental de concebir lo que no existe y de perseguir ideas imposibles.

Tal vez otros animales no tengan que manipular la lógica porque sus acciones son lógicas. No necesitan herramientas porque son autosuficientes con sus capacidades particulares. Tal vez los humanos necesitemos la lógica y las herramientas porque sin ellas no sabemos sobrevivir, y en cierto modo somos incapaces de salir adelante tal como somos. Tal vez todo esto se intuya en la historia de la caída de Adán, el precio que hay que pagar por pasar de ser criaturas independientes como el resto a ser criaturas que necesitan una nueva vía para acceder a nuevos conocimientos, de forma que, con mucho oficio y esfuerzo, nuestras capacidades inconfundiblemente humanas puedan remediar nuestras flaquezas inconfundiblemente humanas.

La perspicacia, compartida en diverso grado con otros simios, perros y lobos, delfines, cuervos y unas cuantas criaturas más, se basa en la capacidad de ver lo que no está, o de darse la vuelta para dirigirse a casa o de esperar al compañero que acaba de desaparecer. Quizá la profundidad de la perspicacia humana venga con unos genes que nos conceden la habilidad no sólo de imaginar lo que no está, sino de insistir en ello, de sostener con fervor y perseguir creencias infundadas. ¿Qué es más irracional que una melodía inexistente, o el sueño humano de poder volar, o mantener fija la luz de una imagen, o capturar una actuación musical para poder escucharla una y otra vez, o bucear en aguas profundas y respirar bajo el agua? ¿Quién podía haber imaginado tales cosas? Quién si no.

En el mismo lote que esa singular capacidad de imaginar se incluye la

pura genialidad y la locura absoluta. Y puede que, más que cualquier otra cosa, lo que «nos hace humanos» no sea más que nuestra capacidad de generar ideas descabelladas.

* Traducción de Eduardo Valentí Fiol, Círculo de Lectores, 1998. (*N. de las T.*)

Espejito, espejito

Otra de las manías que merece arder en el infierno es la prueba del espejo. Sus fieles seguidores afirman que detecta la consciencia de sí mismo que tiene un animal. La prueba funciona de la siguiente forma: a la persona o al animal en cuestión se le hace una marca; por ejemplo, a un niño pequeño se le hace a escondidas una mancha con maquillaje en la frente. Si más tarde, frente a un espejo, se da cuenta de la mancha e intenta quitársela, es evidente que comprende que el espejo muestra una imagen de sí mismo. Hasta aquí no hay duda. Los simios y los delfines lo hacen, algunos pájaros y a veces los elefantes. Sin embargo, si el animal no se intenta limpiar la mancha, se considera que carece de consciencia de sí mismo y de la habilidad de reconocerse. Vaya, eso es dar un gran salto. La prueba del espejo no demuestra realmente si la criatura tiene consciencia de sí misma. En realidad, la prueba del espejo suele interpretarse exactamente al revés, como ahora explicaré.

En primer lugar, la definición presenta un problema. El profesor de psicología Gordon Gallup, que inventó la prueba del espejo en los años setenta, afirmaba que «la consciencia de uno mismo proporciona la capacidad de contemplar el pasado, proyectar en el futuro y especular sobre lo que los demás piensan».¹ Vaya con la definición. Intenta encontrar todo eso en un espejo. En el otro extremo del espectro de la confusión está la escuela de la introspección, tipificada en la entrada de Wikipedia: el autoconocimiento (o consciencia de uno mismo) es «la capacidad de introspección y la habilidad de reconocerse como un individuo diferenciado del entorno». La introspección no refleja la luz, y reconocerse en un espejo no demuestra que

entendamos que nos diferenciamos del medio. Es decir, en tan sólo dos definiciones, el inocente concepto de «reconocerse a sí mismo» se refiere supuestamente a: la capacidad de comprender el tiempo, de adivinar lo que el otro piensa, de analizar la propia mente y de entender que somos distintos del resto del mundo. Ninguna de estas cosas es visible cuando reconocemos nuestra imagen en un espejo.

Para lo que aquí nos atañe, la consciencia de uno mismo significará lo que parece significar a simple vista: entender que se es un individuo que se distingue de otros y del resto del mundo. El reconocimiento de uno mismo significa simplemente que uno reconoce al propio ser frente a todas las demás cosas. Fácil hasta aquí. Continuemos.

En la playa que hay cerca de mi casa, una mañana de otoño, una veintena de correlimos corretean entre las sacudidas de las olas. De repente, uno da la voz de alarma y la bandada se alza rápidamente, se amontonan unos pegados a otros, y emprenden el vuelo por encima del océano. Me doy la vuelta y veo a un halcón peregrino disparado tras un único correlimos que no ha logrado alcanzar a sus camaradas agrupados.

El correlimos se encuentra en una difícil situación, está solo sobre mar abierto sin ningún lugar donde ponerse a cubierto y con un halcón totalmente decidido que se acerca a toda velocidad. El correlimos vuela lo más rápido que puede, a toda máquina, a unos noventa y cinco kilómetros por hora. La ventaja del halcón peregrino es que se trata de la criatura viviente más rápida que existe. La situación del correlimos es desesperada.

En el instante preciso en que el halcón lo rebasa y extiende una pata para agarrarlo, el correlimos gira bruscamente a la derecha, y el halcón, que va mucho más rápido y es incapaz de alterar el rumbo a dicha velocidad, pasa de largo como un rayo. El correlimos ha cambiado súbitamente de dirección.

El halcón sale disparado hacia el cielo, aprovechando el impulso de su acercamiento fracasado y añadiendo sin esfuerzo toda la energía potencial de la gravedad y la ventaja de la altura. El cambio direccional del correlimos ha ampliado la brecha, pero este pájaro no tiene adónde ir. Después de descansar

las alas unos segundos durante el ascenso, el halcón lanza otro ataque con energías renovadas. El correlimos padece la desventaja añadida del esfuerzo continuo al límite de su capacidad. El halcón podía permitirse el fallo, pero el correlimos no puede permitirse nada, y tarde o temprano se cansará.

El halcón vuelve a salir propulsado con facilidad en otro descenso en picado hasta ponerse justo detrás del correlimos, que vuelve a virar. El halcón pasa de largo a todo trapo y vuelve a salir disparado hacia el cielo sin siquiera batir las alas.

El correlimos gira y se aleja a toda velocidad en la dirección contraria. Ya le saca unos cien metros de ventaja cuando el halcón voltea y planea hacia su próximo ataque. El correlimos no puede mantener este nivel de esfuerzo, no es posible.

No obstante, de nuevo, el correlimos cambia de dirección y el halcón pasa de largo a toda mecha. Es una corrida de toros en la que se juegan la vida, en la que el toro embiste por detrás a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. El correlimos, coordinando el vuelo, la vista y una perfecta sincronización, está demostrando tener menos de víctima desesperada que de consumado oponente.

Puede que tanto el halcón como yo hubiésemos calculado mal la situación. Estaba seguro de que a estas alturas al correlimos le estarían flaqueando las fuerzas, pero no detecto ningún cambio en su velocidad de vuelo, y puede que en este caso no todo dependa de la velocidad. Se podría pensar que la velocidad mucho mayor del peregrino, exhibida en cada ataque, influiría de forma incuestionable en una persecución, pero en el momento en que más importa, el correlimos utiliza la velocidad del halcón en su contra. Mediante sus cambios de dirección precisos y perfectamente sincronizados, convierte una y otra vez la ventaja de la velocidad del atacante en una desventaja.

La velocidad del correlimos es crucial. Cuando más rápido vuela, más lenta es la velocidad relativa del halcón. Esto le concede al correlimos las milésimas extra necesarias para calcular la evolución del cohete que se acerca y así virar justo en el momento oportuno. Sin embargo, la velocidad absoluta del halcón le impide virar bruscamente a la par que el correlimos. Así que

mientras el correlimos tiene que avanzar lo suficientemente rápido para eludir al halcón, también tiene que avanzar lo suficientemente lento para realizar las maniobras de cambio de dirección que el otro no pueda igualar. Y mientras que al correlimos le sigue funcionando la velocidad, al halcón sencillamente no le basta.

El halcón vuelve a acercarse de nuevo. Falla.

Cubren una gran cantidad de espacio aéreo. Observo siete u ocho ataques en quizá unos tres minutos, y cada ataque abarca alrededor de cuatrocientos metros. Tan sólo los bruscos cambios de dirección del correlimos (y mis prismáticos) permiten seguir observando la función.

Vuelve a fallar. El correlimos sigue volando a toda máquina. Pero el halcón... ¡abandona!

¡Asombroso!

Cada animal es un profesional en lo que hace. Que el halcón venza o que el ave perseguida escape depende totalmente de que cada criatura sea correctamente consciente de sí misma, de lo que la diferencia de la otra, y de su utilización magistral del espacio, la velocidad y otros aspectos del medio. Los halcones y los humanos son compañeros de caza desde la Antigüedad porque tenemos una percepción compatible del mundo. Cuando salimos con un halcón que hemos entrenado, compartimos las expectativas y sentimos su emoción, ya que ambos inspeccionamos el mundo en busca de algo que tenemos en mente.

De algún modo, la prueba del espejo se convirtió en el estándar para determinar si un animal tiene consciencia de sí mismo, y es una estupidez, pues dicha prueba no es capaz de establecer esa distinción. Una criatura que careciese del concepto de sí misma sería incapaz de diferenciarse a sí misma de cualquier otra cosa, por lo que supondría que la imagen reflejada es ella misma. Pero sería casi imposible que existiese una criatura móvil que no fuese capaz de diferenciarse de otras cosas. No podría navegar por el mundo real, escapar, aparearse o sobrevivir. Es obvio que muchísimos animales saben cuál es la diferencia entre ellos y el resto del mundo, pero muy pocos

se reconocen frente a un espejo. Incluso los humanos que ven un espejo por primera vez no comprenden totalmente su reflejo. Cuando se les mostró un espejo por primera vez a los miembros de una tribu de Nueva Guinea, su reacción fue de terror.² Por lo que reconocerse a uno mismo en un espejo debe de significar algo distinto.

Efectivamente, cuando un individuo no logra reconocer su reflejo, lo único que demuestra es que no comprende qué es un reflejo. Dado que sólo unas cuantas especies se reconocen en un reflejo, y dado que se ha confundido esto con la falta de consciencia de uno mismo, los autores científicos difunden la idea de que la consciencia de uno mismo es algo poco común. En realidad, difícilmente podría ser algo más corriente. A todas horas y en todas partes, la vida y la muerte dependen constantemente de una consciencia de uno mismo de alto nivel y de agudísimas distinciones entre el propio ser, el medio y los demás. Y todo ello sin un espejo.

Lo que ocurre simplemente es que la mayoría de los animales no comprenden el reflejo, y a otros, puede que sencillamente les dé igual. Una mañana, poco después de que adoptáramos a nuestro perro Jude, me desperté y lo vi frente al alto espejo vestidor de nuestro dormitorio; al incorporarme, vi su cara reflejada. Sin darse la vuelta, Jude comenzó a menear la cola. Aparentemente había visto y reconocido mi reflejo, pero no se dio la vuelta para mirarme (aunque sabía dónde yo estaba y acababa de oír cómo me sentaba en la cama). Fue como si tan sólo disfrutase el momento de verme reflejado en el espejo.

Todo el mundo «sabe» que los perros «carecen» de la capacidad de autorreconocerse en un espejo. Pero ahora yo me paro a pensar: los cachorros reconocen a los animales en los videos pero al poco pierden el interés, probablemente porque las imágenes no son interactivas y no huelen. Quizá el perro sepa que el reflejo del espejo es él mismo y no le dé demasiada importancia. Los perros no confunden las imágenes reflejadas con otros

perros; no intentan saludarlos o atacarlos, como hacen muchas aves. Puede sencillamente que a los perros no les interese examinarse a sí mismos visualmente, debido a que se orientan mucho por el olor.

Por eso me quedé intrigado cuando Jude empezó a mover la cola en el momento en que mi reflejo apareció en el espejo que tenía enfrente. Los animales que usan fundamentalmente el olfato para comprobar el mundo de forma directa pueden oler a gato encerrado ante la ausencia de perfumes que confirmen la imagen del espejo. Curiosamente, los perros sí reconocen las imágenes, reconocen fotografías digitales de perros y de humanos conocidos.^{3 4} Lo que me resulta aún más impresionante es que los perros reconozcan fotografías de perros independientemente de la raza, como si todos se incluyesen en la categoría «perros», distinta de otras especies. Decidir si un perro tiene o no tiene consciencia de sí mismo basándonos en si examina o no su imagen en el espejo es igual a que un perro decida que los humanos no tenemos concepto de nosotros mismos porque no nos paramos a olisquearnos nuestras, eh, cositas.

Los simios deducen que la imagen en el espejo es la de ellos mismos. Los cuidadores de zoológicos llevaban más de un siglo observando cómo los simios se reconocían en el espejo, al hacer cosas como examinarse el interior de la boca, algo que les encanta hacer, pero no fue hasta 1970 que se sometió a cuatro chimpancés a la primera prueba formal.⁵ Los investigadores les pusieron a escondidas una marca de pintura en la frente. Más tarde, al enfrentarse a su reflejo en un espejo que ya conocían, los chimpancés tocaron la marca en su propia piel. El investigador concluyó que se trataba de la «primera demostración experimental del concepto de sí mismo en un subhumano».⁶ No fue nada de eso, pero esa afirmación ha sido el dogma desde entonces. Ponemos un espejo en una jaula: si el animal reacciona con un: «¡Soy yo!», decimos que tiene concepto de sí mismo; en caso contrario, «falla», o tal como lo expresan la mayoría de los investigadores: no tiene consciencia de sí mismo.

Hmm, no es así. Cuando, por ejemplo, un pájaro ataca a un espejo, lo hace precisamente porque cree que el reflejo es otro individuo, no él mismo, lo que demuestra que comprende que es distinto a los demás, demuestra el concepto de sí mismo, no falla en la prueba del espejo. Un animal que ataque su reflejo conoce claramente la diferencia entre el yo y el no yo. Está intentando atacar lo que piensa que es el «no yo». Si el sujeto muestra miedo al reflejo o pide jugar (como hacen los monos y algunas aves), ha demostrado del mismo modo que tiene un concepto de sí mismo, lo que pasa es que no entiende el reflejo.

Todo lo que demuestra la prueba del espejo es si un animal comprende el reflejo de sí mismo y le confiere alguna importancia. Los espejos son herramientas extremadamente primitivas para comprender las complejidades de las mentes. Es ridículo decir que los animales que no entienden su reflejo no distinguen el yo del no yo. El reconocimiento de sí mismo es la razón por la que un lobo que se esté comiendo la pata de un uapití no se muerde la suya. El concepto del yo es absolutamente fundamental.

Una mañana, hace ya años, caminé una breve distancia desde mi casa para cortar una rama que había crecido atravesando un sendero que yo frecuentaba. Después me fui a casa y al poco tiempo volví a salir para dar mi habitual paseo con la perra, que siempre iba trotando unos cuantos metros por delante de mí. Cuando llegó a la rama cortada, la olisqueó una y otra vez; pareció sorprenderse al descubrir mi olor reciente, y llevó a cabo un segundo examen olfativo porque, evidentemente, yo estaba detrás de ella. La vista no es el sentido principal de los perros, y el olfato no es el nuestro, pero, con o sin espejo, se conocen bien, a sí mismos y a sus amigos.

Hasta las criaturas que con el tiempo reconocen su reflejo en el espejo al principio suponen que están mirando a otro individuo. Intentan mostrar respuestas sociales y quizá amenazas; después, a menudo intentan mirar detrás del espejo. Pero el selecto grupo de los que resuelven el enigma del reflejo, que incluye a los simios, los delfines, los elefantes y unos cuantos más, acaba dándose cuenta de que el individuo en el espejo está haciendo

todo lo que él hace. Empiezan a comprobar su hipótesis con movimientos exagerados y evidentes: se balancean, hacen círculos, ladean la cabeza, abren la boca, mueven la lengua. «Ése de ahí, ¿soy yo?» Y pronto se dan cuenta de que así es. Entonces hacen igual que hacemos todos: mirar en los lugares donde es difícil ver sin la ayuda de un espejo, en particular, el interior de la boca, los genitales y, para los delfines, los espiráculos (a los niños humanos les gusta mirar dentro de sus agujeros de la nariz).⁷ A un delfín con el que trabajaba Diana Reiss le gustaba dar vueltas manteniendo los ojos fijos en el espejo durante gran parte de cada rotación, como un bailarín de ballet practicando las piruetas.⁸ Si a un delfín le gusta mirarse el cuerpo en un espejo grande y sustituyes el espejo grande por uno pequeño que sólo le permite ver una parte de sí mismo, lo que hará será retroceder hasta poder ver de nuevo su cuerpo entero.⁹ Los delfines saben perfectamente lo que hacen.

Irónicamente, los entusiastas de la prueba del espejo pasan por alto lo que quizá sea lo más interesante: comprender el reflejo significa entender que el reflejo no eres tú; entiendes que te representa a ti. Desentrañar la representación significa que la mente de quien observa el espejo tiene capacidades simbólicas.

Eso es algo que va mucho más allá. Si ves a un miembro de tu propia especie y después te das cuenta de que, debido a que la imagen hace todo lo que tú haces, la imagen debe de representarte a ti (aunque puede que nunca antes te hayas visto a ti mismo), esto demuestra un razonamiento abductivo poco común. Por lo que los simios, los delfines y los elefantes reconocen las imágenes en el espejo como representaciones del «yo». Son los chicos listos de la clase. Las urracas, también, lo que nos hace preguntarnos quién más se esconde en el espejo.¹⁰

Una especie a la que se le den muy bien los espejos no sólo se ve a sí misma en ellos, también se ve reflejada en la luna, en las nubes; da por sentado que todo el universo gira a su alrededor. Puede que el espejo sea básicamente la prueba para saber qué especie es la más narcisista de todas.

Y hablando de neuronas

Cualquier participante activo en el mundo debe tener la manera de detectar el «yo» frente al «no yo». Los animales deben construir una fortaleza (el cuerpo, el sistema inmunológico) rodeada por un foso (el límite mental del yo frente al no yo), pero necesitamos un puente levadizo para cuando el yo tiene que interactuar con el no yo, por ejemplo, a la hora de juzgar el ánimo del otro, un potencial aliado, rival o compañero. El puente levadizo está compuesto por células nerviosas cerebrales a las que se ha denominado «neuronas especulares» o «espejo».

El problema al hablar de neuronas espejo es que se han promocionado a bombo y platillo y hay que ajustar el concepto de muchos modos. En cualquier caso, viene bien saber de su existencia.

Sin embargo, antes de llegar a las neuronas espejo y a su bombo y platillo, no te preocupes por cómo llamarlas, estarás científicamente actualizado si piensas simplemente en ellas de la siguiente forma: ciertas redes nerviosas del cerebro nos ayudan a sincronizarnos emocionalmente con los demás. ¿Se trata de una capacidad humana en exclusiva? Pista: las neuronas espejo se descubrieron en un mono. Pista: cuando abrazo a nuestra perra Chula, Jude mueve la cola. Si Patricia y yo discutimos, los dos perros se escabullen bajo los muebles con el rabo entre las piernas. ¿Es algo que atañe únicamente a los mamíferos? Pista: los loros a veces se vuelven locos de celos.¹ Las bandadas coordinadas de numerosas aves, los bancos y la caza coordinada de muchos peces, la preferencia de determinadas tortugas por determinados humanos y la presencia en los gusanos de los mismos elementos químicos cerebrales relacionados con el humor que provocan que

los humanos se enamoren: todos estos fenómenos demuestran que las raíces de la sintonización con los demás llegan muy profundo, desdibujan los límites entre las especies y se desvanecen en el tiempo. No somos exactamente iguales, pero tampoco somos diferentes y punto. Estar emparentados significa que existen puentes y conexiones. Mira a tu alrededor y las verás.

Aunque fueron descubiertas en macacos, las neuronas espejo fueron inmediatamente aclamadas por algunos investigadores y muchas fuentes populares como el «gran salto evolutivo que nos hizo humanos».² Resulta que V. S. Ramachandran (sus amigos lo llaman Rama), de la Universidad de California en San Diego, tiene mucho que decir respecto a las neuronas espejo, tal vez demasiado. Afirma que generan empatía, nos permiten imitar a otros, aceleraron la evolución del cerebro humano y catapultaron a nuestros ancestros hacia un estallido cultural que comenzó hace setenta y cinco mil años. Menuda lista... ¿algo más? ¡Por supuesto! No nos olvidemos del empleo de herramientas, el fuego, el refugio, el lenguaje y la capacidad de interpretar el comportamiento de otra persona... todo accionado por «la repentina aparición de un sofisticado sistema de neuronas espejo. [...] Ésta es la base de la civilización». ¿Alguna otra cosa que estas células hagan posible?

–Yo las llamo neuronas Gandhi –explica Ramachandran.

Hmm, vaaale... ¿Por qué?

–Porque hacen desaparecer la barrera entre los seres humanos.

¿De verdad?

–No de una forma abstracta y metafórica.

De verdad.

–Y esto, evidentemente, es la base de gran parte de la filosofía oriental.

¡Filosofía!

–No existe ninguna distinción real entre tu consciencia y la consciencia del otro. Y no son tonterías lo que digo.

¿Quién dijo que lo fueran? Pero ¿no se están exagerando un poquitito los éxitos de las neuronas espejo?³

–No creo que se estén exagerando –responde–. Creo que en realidad se les está dando menos importancia de la que tienen.⁴

Resulta extraño que algunos investigadores y los medios de comunicación se apropiaran de unas células nerviosas descubiertas en el cerebro de los monos como «lo que nos hace humanos» y lo aprovecharan para explicar nuestra «extraordinaria capacidad humana de empatía».

Nos obsesiona llenar el espacio en blanco de la frase: «_____ nos hace humanos». ¿Por qué? Si nos alejamos lo suficiente de nuestra obsesión por «lo que nos hace humanos», seremos capaces de entrever algo que podría encajar en ese espacio en blanco: nuestra inseguridad. Lo que realmente estamos diciendo es «por favor, contadnos una historia que nos distancie de todas las demás formas de vida». ¿Por qué? Porque necesitamos creer con todas nuestras fuerzas no sólo que somos únicos (como lo son todas las especies), sino que somos tan tan especiales, que somos resplandecientes, transcendentales, traslúcidos, de inspiración divina y estamos inmaterialmente imbuidos de almas eternas. Cualquier cosa inferior a eso induce al terror y al pánico existencial.

Por favor, que todo el mundo se tranquilice. Sed humanos, esforzaos, actuad con amabilidad y compasión, servid al prójimo, bailad de vez en cuando, valorad la vida mientras podáis... no hay nada mejor que eso. Es nuestra oportunidad de ser espléndidos. Pero me estoy desviando del tema.

En cuanto a las neuronas espejo, en primer lugar, la verdad es que nadie comprende realmente qué hacen. Un artículo de repaso a dos décadas de investigación, publicado mientras yo trabajaba para comprender por qué el público aclamaba a las neuronas espejo como la fuerza motriz detrás de la humanidad del género humano, llegaba a esta conclusión: «El papel (o los papeles) funcional(es) de las neuronas espejo [...] aún está por resolver».⁵

En segundo lugar, puede que las neuronas espejo no sean un tipo de célula distinto de las demás. En diversas zonas del cerebro del mono hay una variedad de tipos de neuronas que se iluminan cuando el mono lleva a cabo una acción dirigida a un objetivo (como mover una mano) o cuando observa a

otro mono o a un investigador llevar a cabo dicha acción. ¿Por qué se encienden? ¿Qué significa? ¿Se encienden para que la mente reconozca la acción del otro? ¿O el reconocimiento tiene lugar en otra parte de la mente? La realidad es que nadie lo sabe aún. La brecha entre lo que se sabe a ciencia cierta y lo que algunos investigadores afirman saber es un gran abismo.

¿Por qué los escritores de populares revistas se lanzaron con tanto ímpetu hacia la hipérbole de la neurona espejo?

–Yo soy en parte responsable –reconoció el doctor Rama–, por haber bromeado al comentar, no del todo en serio, que las neuronas espejo serían para la psicología lo que el ADN fue para la biología.⁶ –Tal vez aún bromeaba cuando añadió–: Y la cuestión es que yo tenía razón, aunque... hay muchas personas que, en el momento en que no entienden algo, se lo achacan a las neuronas espejo.

Usted, Rama, no se incluirá en ese grupo, ¿verdad? Y entonces, como si recordase a toro pasado cómo empezó todo, afirmó:

–Si las neuronas espejo están implicadas en cosas como la empatía, el lenguaje, etcétera, entonces a los monos se les deberían dar muy bien todas estas cosas.

Hmm... vale. Lo que demuestra, apuntó él, que las neuronas espejo no son las únicas responsables de lo que dijo que eran responsables. Por lo que probablemente lamentará la confusión creada, ¿no es cierto?

–Ese tipo de errores es bastante común, pero no pasa nada. Así es cómo avanza la ciencia. La gente hace afirmaciones exageradas y luego las corrige.

Sí, a veces lo hacen.

Pero si separamos el grano de la paja, encontraremos el valor del descubrimiento (o al menos del debate) de dichas células. Pensémoslo de esta manera: de algún modo, nuestros cerebros generan el entendimiento tanto de lo que nosotros hacemos como de lo que los demás hacen y por qué. Denominar «neuronas espejo» a los distintos tipos de neuronas implicadas en esto nos recuerda que el arte de entender lo que pasa a nuestro alrededor no es algo que simplemente nos ocurre y punto. Para posibilitar el entendimiento

hacen falta ciertas redes de células nerviosas especializadas. Los trastornos mentales nos ayudan a demostrar que neuronas distintas hacen cosas distintas. Las personas con determinados tipos de autismo no perciben los objetivos, los deseos o las normas sociales de otras personas; aun así, estas personas a menudo funcionan bien en otros campos. Los cerebros son corporaciones de muchos sistemas conectados por redes muy diversas y tremendamente complejas.

En un sentido real, no existe lo que llamamos «el» cerebro; no es «un» órgano. Una rodaja de hígado es prácticamente igual a otra, pero no ocurre lo mismo con el cerebro. Los cerebros están formados por capas y compartimentos especializados; se puede ver su evolución en sus estructuras y funciones. Los cuatro cuartos cerebrales se hallan alojados en la cabeza, pero en esas *suites* corpóreas, distintos departamentos representan a diversas compañías que funcionan dentro del conglomerado matriz. Somos el resultado de distintas adquisiciones, fusiones y novedosas incorporaciones, desde las remotas profundidades de la vida en el planeta hasta nuestra relativamente reciente era. Lo mismo ocurre con los cerebros de todas las demás especies, cada una a su manera. Muchas especies comparten la herencia de ancestros comunes. Encima de ese núcleo común, la evolución ha añadido a cada especie la rúbrica que nos hace humanos, o nos hace chimpancés, o un chingolo gorjiblanco cantando *Oh Canada, Canada, Canada*.

Cuando buscamos inteligencia en otras especies, a menudo cometemos el error de Protágoras al creer que «el hombre es la medida de todas las cosas». Como somos humanos, tendemos a estudiar la inteligencia de tipo humano de los no humanos. ¿Son inteligentes como nosotros? No, y por lo tanto, ¡ganamos! ¿Somos inteligentes como ellos? Nos da igual. Insistimos en que ellos jueguen a nuestro juego; pero nosotros no queremos jugar al suyo.

Lo que los demás animales tienen que aprender, los problemas que tienen que resolver y cómo los tienen que resolver difiere enormemente. Un humano tiene que fabricar una lanza; un albatros tiene que viajar más de seis mil

kilómetros desde su nido para buscar alimento y después regresar a través de mar abierto hasta una isla de medio kilómetro de ancho donde tendrá que reconocer a su propio polluelo entre miles de ellos. A un delfín, un cachalote o un murciélago les podríamos dar pena por quedarnos a ciegas como tontos en la oscuridad de la noche mientras sus cerebros representan virtualmente un mundo sónico de alta definición y a alta velocidad que les permite cazar, identificar a otros y atrapar el alimento que se mueve veloz en la negrura. A sus ojos, es probable que parezcamos totalmente desprovistos de las capacidades más básicas de la misma forma que, a nuestros ojos, ellos nos parecen incapacitados por carecer de lenguaje; aunque en realidad estén extraordinariamente capacitados en aspectos en los que nos es imposible competir. Muchos animales nos dan mil vueltas en vista, oído, olfato, rapidez de respuesta, capacidad de buceo y de vuelo, de ecolocalización sonora, y habilidades migratorias y de regreso al hogar (incluso bajo el mar). Muchos son supercazadores, otros, atletas prodigiosos. (Los humanos son los mejores corriendo sobre dos piernas... si excluimos los avestruces.) Cerebros distintos ponen el énfasis en habilidades distintas, capacitando a distintos seres vivos para que destaquen en sacar el mayor partido a distintas circunstancias. Hay margen y razones para un reconocimiento respetuoso, para que compartamos el planeta.

La supuesta incognoscibilidad de la experiencia de otros animales se planteó en un famoso ensayo de Thomas Nagel titulado *What Is It Like to Be a Bat?* [¿Cómo es ser un murciélago?]. La idea subyacente es que la vida de un murciélago es tan tan distinta que no podemos siquiera empezar a responder a la pregunta; sólo podemos saber cómo es ser humano. Pero ¿sabemos realmente cómo es ser humano? ¿Sabemos lo que significa ser humano? Hasta cierto punto, sí; hasta cierto punto, no. Cuando he visitado a los pueblos nativos del Ártico o he navegado con los polinesios, he descubierto que compartimos lo básico, aunque nos distinguimos en los detalles. Las diferencias son muchas, pero las similitudes bastan, aunque no sepa al cien por cien cómo es ser ellos.

En la oficina de Correos y en el supermercado, veo las mismas filas y los mismos estantes que ven esos vecinos que limpian las casas de mis otros vecinos; vemos y habitamos el mismo mundo, pero no sé cómo es ser ellos; ellos no saben cómo es ser yo. ¿Cómo es haberse criado siendo una chica neoyorquina cuyo padre inmigrante se suicidó durante la Gran Depresión? Mi madre, que me dio la vida, ha vivido esa vida diferente. ¿Cómo es tocar el arpa en la Filarmónica de Nueva York? ¿Cómo es ser un niño soldado? Es probable que sepa mejor cómo es ser un caniche hambriento de una zona residencial que cómo es ser una persona hambrienta y desesperada de un barrio pobre de Nairobi, a pesar de haber visto ese lugar con mis propios ojos. Cuando nuestros perros están contentos o cansados, me resulta evidente, porque sé lo que se siente cuando yo mismo estoy contento o cansado. Pero no sé (y me duele sólo de pensarlo) lo que se siente al estar hambriento y desesperado.

Por lo que, a la vez que hay muchas cosas sobre ser murciélago que son distintas, también hay muchas cosas sobre ser persona que son distintas. Los murciélagos sienten el confort, el descanso, la excitación sexual, el esfuerzo, los impulsos maternales; son mamíferos, así que compartimos lo básico. Pero ¿nos referimos a murciélagos que capturan insectos mediante sonar, o a murciélagos polinizadores, o a murciélagos de la fruta? Alrededor del veinte por ciento de todas las especies de mamíferos son murciélagos, así que si nos ponemos pedantes al respecto, supongo que tenemos que especificar: ¿qué tipo de murciélago? Existen más de mil doscientas especies.

El filósofo Ludwig Wittgenstein dijo la famosa frase: «Si un león pudiera hablar, no lo podríamos entender».⁷ Como la mayoría de los filósofos, no contaba con datos. Peor aún, al parecer jamás había conocido a ningún león. Dichos impedimentos jamás supusieron una traba para los filósofos, pero no importa, da a entender que al menos los humanos se entienden entre sí. Sin embargo, ¿nos entendemos? A veces las palabras no nos sirven de nada. Cuando hablan los árabes y los israelíes, ¿se entienden? Los suníes y los chiíes, ¿pueden hablar entre ellos? Muchos de nosotros no somos capaces de comunicarnos de forma eficaz con nuestros padres o con nuestros hijos. Así que, Wittgenstein, ¡venga ya! Todos buscamos alimento, agua, seguridad y

compañía. Buscamos estatus para poder tener acceso preferente al alimento, al agua, a la seguridad, a la compañía. Si un león pudiera hablar, probablemente nos aburriría con temas prosaicos: el abrevadero, las cebras, los jabalíes verrugosos, los ñus *ad nauseam*; sexo, cachorros, más sexo; la intranquilidad por esos dos nuevos hermanos intimidantes con sus hermosas melenas abundantes. ¿Qué es tan difícil de comprender? Sus preocupaciones –el alimento, los compañeros, las crías, la seguridad– son nuestras preocupaciones. Después de todo, nos hicimos humanos compartiendo con los leones las mismas llanuras, persiguiendo con ellos a la misma presa y robándonos la caza mutuamente. Es mucho lo que tenemos en común. Los leones no tienen la culpa de que más tarde algunos humanos se convirtieran en filósofos.

Gentes de una nación ancestral

Estamos a principios de invierno y acabo de salir del estudio donde escribo. Mis chuchos, Chula y Jude, están tumbados en un rincón agradable al sol sobre un montón de hojas recién caídas. No están a la sombra, como lo estarían en verano, están haciendo exactamente lo que nosotros haríamos: absorbiendo los últimos rayos de sol, a gustito. (Sentirse a gustito es la razón por la que se tienden en sus cojines por la noche en vez de sobre el suelo duro, excepto en verano, cuando el suelo duro es más fresco.) Algunas hojas crujen bajo mis pisadas; ellos levantan la vista hacia mí. Chula me mira a los ojos, preguntándose si vengo con una petición o un ofrecimiento. Me quedo quieto de pie y su mirada se desvía hacia la calle; el sonido del autobús escolar nos resulta familiar a ambos. Ella lo conoce y no siente la necesidad de ir a investigar. En territorio familiar, escuchando sonidos familiares en frecuencias que ambos oímos, disfrutando de la calidez de este sol invernal, compartimos prácticamente el mismo momento. Estamos empleando los mismos sentidos: la vista, el olfato, el tacto, la temperatura, el oído. Yo veo muchos colores, ellos huelen muchos olores y su oído es más fino. Nuestra experiencia no es la misma, pero es comparablemente vívida.

Esta mañana, cuando por accidente rompí un huevo al cogerlo del gallinero, los perrillos acudieron de inmediato y se pusieron a lamerlo. También compartimos gustos, compartimos sentidos. ¿Por qué si no tendrían ojos, orejas, narices, la piel sensible y esas lenguas tan adorablemente babosas, todo conectado a un cerebro? ¿Eh? ¿Verdad? Buena chica. Sé de forma más que aproximada cómo se siente Chula al tener taaanto sueeño que casi no puede mantener los ojos abiertos junto a la estufa de leña en una

noche de invierno. Más tarde, cuando ya es la hora de apagar la luz y se meten en sus camas, sé cómo se sienten porque yo hago lo mismo en la casa que compartimos, en el mismo dormitorio, en nuestra rutina compartida. No es tanto lo que nos separa.

Sin embargo, hay otros aspectos en las experiencias de Chula, en lo que percibe cuando vamos de paseo y se pone a olisquear aquí y allá, y en las ideas y sentimientos que esas fragancias suscitan... que yo no puedo conocer con exactitud, pero Jude sí. Aun así, reconozco el entusiasmo cuando lo veo, la alegría cuando la siento, el amor cuando lo comparto, y hay mucho de todo esto. Puede que no contemplan su propia muerte ni se imaginen las vacaciones del verano que viene. Yo tampoco, la mayoría de las veces. En el momento son altamente perspicaces y despiertos, excepto, claro está, cuando están dando una cabezada sobre un montón de hojas al sol. Mis perros son mis amigos y parte de mi familia. En realidad los conozco mejor que al hombre que vive al otro lado de la calle. Hago lo que está en mis manos para cuidarlos y mantenerlos sanos y salvos. Comparten más de mi día a día que mis amigos humanos. Como sucede con la mayoría de mis amigos humanos, mis perros y yo estamos juntos por accidente, y yo simplemente disfruto de su compañía. Tenerlos cerca me hace sentir bien. ¿Por qué exactamente? Es una pregunta de perros. Cuando Jude, por ejemplo, elige entre la alfombra y el sofá, todas sus acciones (incluida su reacción cuando llegamos a casa y nos lo encontramos en el sofá, donde normalmente no le está permitido estar) muestran lo consciente de su elección y la lógica de las sensaciones de su cerebro.

Cuando el atardecer me sorprende fuera de casa en busca de un remolino de aletas, los ojos se me van detrás de los charranes y las águilas pescadoras, que también andan a la caza de los mismos peces, con la ventaja de su vista de pájaro. He pasado muchas horas estudiando a los charranes y tengo la impresión de que tenemos mucho en común. ¿Cómo es ser un charrán? No lo puedo saber del todo, excepto en ciertos aspectos, en los que digamos que sí lo sé. He pasado cientos de días entre ellos, en sus zonas de anidamiento, los

he observado cortejarse y criar a sus polluelos, año tras año; he visto lo duro que trabajan, no pocas mañanas he seguido en mi barca a los que sabían dónde estaban los peces. Son expertos, atletas, profesionales. He aprendido mucho de ellos, acerca de su mundo tal como ellos lo conocen, y acerca del mundo que compartimos.

Al expresar el hambre, la alegría o el miedo en contextos que nos resultan lógicos, muchísimas criaturas se comportan como si sintiesen emociones humanas. Si juegas con un hurón o con un mapache joven, por ejemplo (o casi con cualquier mamífero y con algunos pájaros y reptiles), te das cuenta de cuánto son capaces de divertirse y percibes que su juego incluye elementos de humor. La mayoría de las mañanas o de las tardes, nuestra ardilla huérfana y domesticada, Velcro, desciende de los árboles en busca de golosinas y sesiones de juego. Puede pasarse fácilmente una hora dando saltos sobre nuestros regazos y hombros, luchando con nuestras manos y revolcándose bocarriba para que le hagamos cosquillas en la barriga. Los sonidos vocales que emite Velcro los interpretamos como una forma de risa de ardilla (ella también nos hace reír, sin duda). Las ratas producen sonidos muy parecidos a la risa de un bebé humano cuando juegan entre sí o cuando los investigadores humanos les hacen cosquillas.¹ (Los sonidos de la risa de las ratas se originan por encima del rango de frecuencias que percibe el oído humano, pero los investigadores pueden bajar el tono de los sonidos hasta el espectro audible humano.) El regocijo roedor excita la misma zona cerebral que la alegría excita en los humanos.

Por tanto, ¿notan la alegría de forma parecida una ardilla, una rata y un humano? Los roedores que dan la impresión de estar divirtiéndose, al parecer lo están. «Las crías de animales a las que hacemos cosquillas se muestran con nosotros sorprendentemente amigables», escribe el destacado investigador Jaak Panksepp. A nuestra ardilla amiga, Velcro, siempre le parecen pocas, y a menudo tenemos que devolverla a su viejo arce y dejarla allí porque tenemos cosas que hacer (trabajar, por ejemplo) y no podemos pasarnos la mañana entera jugando. En esos momentos, ella parece tener sus prioridades mejor ordenadas, es evidente que sabe cómo pasarlo bien. No tenía ni idea de que a las ardillas les gustase jugar de forma tan interactiva, pero al haberla

domesticado, demostró que le gustaba y mucho.

Pero si hablamos de humor de verdad, los simios son los bromistas por antonomasia. Frans de Waal cuenta que cuando el bonobo macho más anciano del zoo de San Diego bajaba al foso seco del recinto, un macho más joven a veces salía corriendo y tiraba de la cadena que permitía el acceso de vuelta.² De Waal escribe: «Miraba abajo con cara juguetona y la boca abierta mientras golpeaba la pared del foso. Esta expresión es el equivalente de la risa humana; Kalind se estaba burlando del jefe. En varias ocasiones, la única otra adulta, Loretta, llegaba corriendo a la escena para volver a bajar la cadena y rescatar a su compañero; luego se quedaba allí de guardia hasta que él lograba salir».

Hay que negar a ultranza la evidencia para concluir que los humanos y sólo ellos son seres conscientes y con sentimientos que pueden disfrutar de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, y desean seguir haciéndolo. Las personas que después de jugar con un perro (o una ardilla o una rata) piensan que el animal carece de consciencia son quienes carecen de una cierta consciencia. A dichas personas les falta sin duda, en un modo peculiarmente humano, la mayor empatía que nuestros perros y otros animales nos ofrecen con tanta naturalidad y generosidad.

No obstante, la cuestión es que un león o una ardilla, o incluso Chula, no pueden hablar. Comunicarse, sí, pero hablar, no, y en particular, no con los humanos. Algunas aves distinguidas (como los cuervos, los minás y los loros) y unos cuantos mamíferos (entre ellos, los delfines, los elefantes y algunos murciélagos) pueden aprender y emitir sonidos nuevos y distintos. La mayoría de los monos y simios, sin embargo, parecen emplear llamadas instintivas que no pueden modificar demasiado. Los humanos tenemos llamadas instintivas universales, como la de la angustia, la risa y el llanto, y además, adquirimos las lenguas.

Los humanos tienen una plantilla cerebral universal para la adquisición de la lengua. Sobre esta plantilla aprendemos a hablar en italiano, en malgache, etcétera. Los humanos hablan empleando las mismas estructuras físicas que

emplean los perros para ladrar y los gatos, para maullar. La insólitamente perfecta y evidente capacidad de los humanos de controlar la producción sonora parece ser sólo el resultado de un insólito cableado cerebral. Con una disposición distinta a la de los demás primates, los cerebros humanos presentan una conexión directa entre la parte de la corteza cerebral encargada de los movimientos voluntarios (las zonas de la corteza motora lateral) y la zona del cerebro llamada «núcleo ambiguo», que facilita el control motor de la laringe o caja vocal. Otros simios e incluso ratones presentan el gen FoxP2, que ayuda a hacer posible el habla humana, pero nuestra versión contiene una diminuta mutación (dos cambios en los aminoácidos) que supone una diferencia tremenda en el control vocal, lo que posibilita la capacidad lingüística. Esta innovación en la estirpe humana parece haber sido el requisito para el habla y el canto. En cierto modo, se podría decir que el tracto vocal primate (la mandíbula, los labios, la lengua y sus respectivos músculos y nervios desde el cerebro) estaba ahí, esperando a que la laringe se sometiese a un control voluntario perfeccionado, y al hacerlo, se hizo posible el habla.³

Casi todos los demás animales carecen de la capacidad física para el habla. Simios como el bonobo Kanzi son capaces de entender cientos de palabras humanas pronunciadas y utilizar los símbolos del teclado, pero no pueden verbalizar el habla humana. Aunque las diferencias entre los humanos y otros animales son pequeñas, y sólo una cuestión de grado, a veces pequeños grados dan lugar a grandes diferencias. El habla compleja permite a nuestros cerebros interconectar nuestras mentes y formar recuerdos multigeneracionales más complejos que las tradiciones aprendidas que presentan otros animales. El lenguaje complejo permite la narración compleja; no sólo el tiempo presente de un mono o un pájaro: «Eh, veo una serpiente»; sino la capacidad de un humano de transmitirle a otro: «Ayer vi ahí una víbora, así que ten cuidado».

Dado que los simios generalmente no pueden emitir sonidos humanos, en la década de 1960, los investigadores Allen y Beatrix Gardner, su alumno Roger

Fouts y su esposa y compañera de investigaciones, Debbi, criaron a una chimpancé en un contexto familiar y le enseñaron lenguaje de signos. Se convirtió en la mundialmente conocida Washoe. Más adelante, ésta enseñó a otros chimpancés a expresar con signos frases como «dame manzana». Los chimpancés saben combinar signos, por lo que «fruta» más «caramelo» significa «sandía». Algunas frases de signos de los chimpancés se extienden hasta la media docena de palabras.⁴

«Dame manzana» puede resultar explícito, pero su complejidad parece nimia si la comparamos con los procesos mentales y la coordinación grupal entre los chimpancés en libertad que cooperan para cortar las vías de escape de los colobos, que tiemblan de miedo y se vuelven locos al saber que los chimpancés se preparan para el ataque. Los chimpancés no podrían vivir con nosotros en nuestras comunidades, y nosotros no podríamos vivir con ellos en las suyas. Pero son conscientes de lo que tienen que saber y hacer, al dedillo. Los chimpancés recuerdan la ubicación de alrededor de un millar de árboles frutales y siguen su proceso de maduración durante semanas mientras el grupo patrulla su amplio territorio.⁵

Cuando pienses en la labor humana con simios cautivos, recuerda que son criaturas altamente sociales cuyas poblaciones de laboratorio y de zoológico fueron fundadas por crías secuestradas y arrancadas de su contexto social y su historia cultural. Los humanos capturados en distintos lugares y obligados a vivir juntos en esclavitud se comunican en lo que se ha denominado «el vestigio más rudimentario del lenguaje humano, prácticamente agramatical».⁶ Por analogía, a estos simios, adoptados como crías de madres que habían sido asesinadas, se les negaba probablemente la posibilidad de desarrollar la riqueza y los matices de las habilidades comunicativas observadas en comunidades naturales de simios profundamente arraigadas.

Los chimpancés en libertad no emplean palabras con definiciones específicas, sino decenas de llamadas y otros tantos gestos cuyos significados dependen en parte del contexto, aunque transmiten mucha información. Ciertos investigadores de simios (que no sólo estudian a los simios, sino que en realidad son, al menos formalmente, simios) han anunciado recientemente un gran avance en el campo de la traducción: resulta que todos los simios

emplean gestos para comunicar y que todos los individuos dentro de un grupo comprenden dichos gestos.⁷ Están dirigidos a individuos específicos, que los entienden, y los emplean de forma intencional y flexible. Unos investigadores en Uganda han creado el primer diccionario que contiene los 66 gestos empleados por los chimpancés para transmitir 19 mensajes con significado, tales como «ven aquí», «vete», «juguemos», «dame eso» o «dame un abrazo». Los gorilas manejan más de cien gestos con significado, y los bonobos usan un saludo parecido al humano para hacer una seña a otro con el fin de que se acerque y luego, con un giro afable de la palma de la mano, indicarle un lugar en el que lo invita a mantener discretamente un encuentro sexual privado.^{8 9}

El bonobo Kanzi nació en cautividad y creció con su madre en un centro de investigación de Georgia, en Estados Unidos. Sometido a un contacto intensivo con los investigadores, aprendió a usar unas pantallas táctiles especiales con las que maneja un vocabulario de unas trescientas palabras, que combina para hacer comentarios y peticiones. Comprende más de mil palabras en inglés, incluyendo oraciones sintácticas. Existen videos en los que se lo puede ver de picnic junto a Sue Savage-Rumbaugh; ella le pide que prepare una hamburguesa y encienda el fuego, y él lo hace. Craig Stanford, experto en primates, escribió: «Si existe alguna diferencia entre lo que comprende Kanzi y lo que comprende un niño humano de uno o dos años, los científicos aún no la han descubierto».¹⁰ Yo sí: jamás le confiarías un mechero a un niño pequeño. (En YouTube se pueden encontrar videos fascinantes en los que Kanzi emplea la sintaxis y corta trozos pequeños con ayuda de un cuchillo de piedra; véase por ejemplo «Kanzi and Novel Sentences» y «Kanzi the Toolmaker».)

La antropóloga Dawn Prince-Hughes, que como niña autista tuvo dificultades para adquirir la lengua, se sentía en cierto modo identificada con un grupo de gorilas del zoológico Woodland Park de Seattle; con el tiempo empezó a trabajar allí como cuidadora.¹¹ Los gorilas son para ella «los primeros y mejores amigos que jamás haya tenido [...], gentes de una nación ancestral».

Mientras tanto, en el laboratorio de Georgia, Kanzi había estado viendo videos del gorila Koko y, sin que los humanos lo advirtiesen, había aprendido algo del lenguaje de signos norteamericano de Koko. (Recordemos que a Kanzi le habían enseñado a comunicarse mediante los símbolos de un teclado.) Cuando Kanzi conoció a Prince-Hughes, observó su forma de gesticular durante unos instantes y después expresó mediante signos: «¿Tú gorila? Pregunta.».

En 1982, Washoe ya había dado a luz a dos crías, pero las había perdido a ambas, una por un defecto cardíaco y la otra por una infección.¹² Cuando la ayudante investigadora Kat Beach se quedó embarazada, Washoe expresó un gran interés por su barriga haciendo el signo «bebé». Beach tuvo un aborto. Roger Fouts escribió: «Al saber que Washoe había perdido a dos de sus hijos, Kat decidió contarle la verdad: “Mi bebé murió”, le dijo en lenguaje de signos. Washoe bajó la mirada al suelo. Después miró a Kat a los ojos, hizo el signo que significa “llorar”, y le tocó la mejilla por debajo del ojo. [...] Ese día, cuando llegó el momento de que Kat se marchara, Washoe no la dejaba irse. “Por favor persona abrazo”, le dijo mediante signos».

Aunque algunos no humanos puedan aprender a emplear unas cuantas palabras humanas, la capacidad de usar una lengua desarrollada parece exclusiva. (Al hablar de «lengua», me refiero a un sistema desarrollado de vocabulario que cuente con una gramática y una sintaxis.) Los niños humanos aprenden y dominan las complejidades del habla de forma intuitiva. Cuando un niño que empieza a utilizar el tiempo pretérito dice «he rotpido» en vez de «he roto», está aplicando una regla gramatical que nunca le han enseñado.¹³ El psicólogo de Harvard Steven Pinker cree que la capacidad de un niño de crear estructuras verbales significa que los cerebros humanos vienen preprogramados para adquirir la gramática. Al parecer, los humanos nacen con el instinto del lenguaje humano. Si eso se acerca a la verdad, el lenguaje humano aparece en los humanos de una forma igual de natural que los murmullos y los barritos en los elefantes, los aullidos y gruñidos en los lobos, y los chasquidos ecolocalizadores en los delfines. Si nos paramos a

pensarlo, debería parecer obvio.

Pero las implicaciones resultan perturbadoras. Puede que nosotros seamos tan verdadera, profunda y biológicamente incapaces de comprender la riqueza que otras especies perciben en su propia comunicación como ellas son incapaces de comprender la nuestra. ¿Y si sus modalidades comunicativas son líneas que nosotros podemos difuminar pero nunca traspasar de verdad? Puede que uno de los grandes sueños de la humanidad, hablar con los animales, sea inalcanzable. Puede que hablar con los animales sea algo imposible, no sólo porque ellos no pueden hablarnos, sino porque tal vez nosotros seamos tan incapaces de tener una conversación en lengua elefante como un elefante de comentar las probabilidades de lluvia en inglés o en farsi.

Y aun así, todavía hay algo más. Cuando los humanos les piden a los delfines y a los leones marinos que encuentren un objeto que no está en su piscina, estos pueden reaccionar de dos formas: investigar con mucho ahínco, lo que indica que saben lo que buscan, o no molestarse ni en mirar, lo que indica que saben que lo que les han ordenado buscar no está allí. Este hecho es significativo, dado que la palabra «pelota» no tiene nada de redondo, la palabra humana es una representación abstracta, un símbolo. No obstante, cualquier animal que comprenda que pelota significa «pelota» comprende el símbolo abstracto.¹⁴ Los chimpancés pueden formar conceptos abstractos como «comida» o «herramientas» y pueden clasificar objetos, así como símbolos de objetos, dentro de dichas categorías.

«Cuando les pedimos cosas a los animales, a menudo nos entienden – escribió Elizabeth Marshall Thomas—. Cuando ellos nos piden cosas a nosotros, a menudo nos sentimos desconcertados.»¹⁵ Los orangutanes saben valorar hasta qué punto entiende sus gestos un humano.¹⁶ Cuando los gestos no funcionan, a veces representan con mímica lo que quieren del humano. Cuando el humano parece captar parte del mensaje, los investigadores afirman que «los orangutanes reducen su abanico de señales, se concentran en gestos que ya han empleado y los repiten con frecuencia». Sin embargo, si

no logran hacerse entender, inventan nuevas señales. Los orangutanes son capaces de establecer significados comunes... siempre que los humanos demuestren ser capaces de entender lo que intentan expresar.

Significado común. Entendimiento. Ésa es la cuestión.

CUARTA PARTE

LAMENTOS ASESINOS

Puede objetarse que ese nombre carece de precisión.
Porque todos somos asesinos...

—HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*
(trad. de Enrique Pezzoni)*

* Editorial Debate, 2001. (*N. de las T.*)

El tiranosaurio de los mares

Ken Balcomb vive cerca del agua como las nutrias, rodeado de verde como los ciervos y en las alturas como las águilas. Su casa, en la isla de San Juan, construida en una ladera que desciende hasta el mar, parece estar suspendida entre los pinos y ofrece una panorámica espectacular del estrecho de Haro.

Hoy el mar está agitado, salpicado de espuma blanca; el viento escupe lluvia y las gaviotas se enfrentan a las ráfagas de viento casi huracanadas. Al otro lado del estrecho, la isla de Vancouver, Canadá, se me antoja como un conjunto de azuladas cadenas montañosas atrapadas entre el azul del cielo y del mar. Entre los residentes declarados de la zona están la mayor constelación de estrellas de mar, el pulpo con los tentáculos más largos del planeta, y los delfines más grandes del mundo: las orcas. Para ellas, de orilla a orilla, de la superficie hasta el fondo, el agua es un país; su país.

Nunca me había sentido tan en el mar dentro de un salón. Sobre la mesita de café reposa un cráneo de un metro de largo y 68 kilos, cuya enormidad y engranaje de dientes me hacen pensar en el *Tyrannosaurus rex*. Es el tiranosaurio de los mares. Y está vivo: en este momento, ahí afuera hay criaturas provistas de cráneos como éste, que se ganan la vida con unas mandíbulas tan descomunales como éstas y unas filas de dagas del grosor de un pulgar. Desde la extinción de los dinosaurios, hace sesenta y cinco millones de años, ninguna criatura ha hecho sombra a la supremacía de las orcas, temidas en nuestro tiempo hasta por las ballenas más grandes. Sin embargo, estos animales poseen una sutileza y una sensibilidad que hacen de ellas cazadoras con una complejidad a la que el *Tyrannosaurus rex* jamás habría podido aspirar: son inteligentes, maternales, longevas, cooperativas,

muy sociales y entregadas a la familia.¹ Son, como nosotros, seres de sangre caliente productores de leche, mamíferos con una personalidad no tan distinta de la nuestra. Lo que pasa es que son muchísimo más grandes y considerablemente menos violentas. Sus cerebros, también más grandes, se encargan de gestionar las labores familiares y geográficas, las relaciones sociales, y de proporcionar un análisis minucioso del sonido.

Ken se dispone a explicarme el sistema de ecolocalización de las orcas cuando, por alguna razón, mi mirada se desplaza hacia la ventana, hacia el agua en movimiento.

Justo detrás de la capa de algas laminarias cercana a la orilla, mis ojos captan una fugaz nube de vaho. No hay aleta. ¿Será una marsopa de Dall? Acto seguido, un resoplido vaporoso. Me cuesta creer que una orca pueda respirar sin que asome la aleta dorsal; pero de repente, el agua se abre y emerge con total claridad una cabeza blanquinegra.

¡Increíble! Pero ¿por qué no han avisado de que llegaban? En la cocina de Ken, unos altavoces situados en la repisa de la ventana retransmiten constantemente, a través de OrcaSound.net, las grabaciones de un conjunto de micrófonos submarinos llamados hidrófonos, instalados cerca de aquí. Hasta ahora, de los altavoces sólo salía el siseo del ruido blanco del mar.

Ken se apresura hacia los prismáticos colocados sobre un trípode frente a la ventana de la cocina y examina el panorama.

–Podrían ser transeúntes –dice muy concentrado–. Suelen ser silenciosas.

Ahora hay un par de aletas.

–No parece que se dirijan ni al norte ni al sur –musita, casi para sus adentros–. Llevan unas pocas gaviotas detrás. No van rápido, están echando un vistazo... –Después de analizar la escena añade–: Macho con aleta de base relativamente amplia. Inmersiones prolongadas. Me inclino cada vez más por transeúntes.

Orcas transeúntes: depredadoras de mamíferos. Las orcas residentes, en cambio, se alimentan de pescado, principalmente de salmón, y en general son más bien cotorras, se hacen oír. Las transeúntes son sigilosas; acechan en

busca de burbujas de los mismos seres que las encubren con sus vocalizaciones: focas, delfines, leones marinos y, de cuando en cuando, alguna ballena.

Salimos a la terraza de la cocina de Ken, aunque se me ocurre que bien podríamos estar en la cubierta de un barco. El sol, bastante bajo, despidе destellos sobre el mar. Ken despliega las patas del trípode de su cámara.

Hay un barco pesquero, pero transcurren minutos sin rastro de aletas ni de alientos.

–Pero ¿cómo pueden haber... desaparecido? –pregunto.

–Ah, bueno, las transeúntes hacen esas cosas. Resoplidos muy suaves, casi imperceptibles, como el que has visto antes. No enseñan la aleta, pasan mucho tiempo sumergidas. Incluso a los observadores más perspicaces se les escapan.

Un cuarto de hora después, ahí están de nuevo, más allá del cabo.

–¡Anda! –murmura Ken sin despegar el ojo de los prismáticos–. Creo que ése es T-19.

Reconocer algo en esa agitación de espuma blanca me parece imposible.

–¿Ves la aleta, cómo se inclina ligeramente hacia la izquierda?

T de transeúnte. Ni rutas ni rutinas, en movimiento constante.² De pronto, pueden desaparecer y cuando menos te lo esperas, aparecen.

Hay otro macho con la aleta más erecta, y un tercero, probablemente más joven. Se aproximan despacio a la orilla. Más allá, hay dos hembras.

–¡Qué pasada! ¡Fíjate! –Los ojos de Ken siguen pegados a las lentes–. ¡Madre mía!

Uno pensaría que un tipo que se ha pasado la vida estudiando a estos animales no se emocionaría tanto. Pero de ser así no seguiría aquí después de cuatro décadas.

Muy por delante de los machos, una foca común asoma la cabeza y echa un vistazo. Los machos avanzan a una velocidad engañosa; la foca, en realidad, ya está muerta.

–No ha... –comenta Ken–. Reaccionar es clave, pero...

La foca desaparece de la superficie como una gota de agua; aquí, la visibilidad submarina no llega a los tres metros, y ella está a unos cien de la orca más cercana. Su problema: el tiempo. A la vuelta de la esquina hay tres gigantes con capacidad de obtener una imagen de las profundidades mediante la ecolocalización. Para las orcas, criaturas provistas de un sonar, esa foca es como una silueta negra sobre una mesa luminosa. Puede que las orcas se desplacen sumidas en un silencio sepulcral para evitar ser detectadas, pero aun así, son como estaciones radiofónicas nadadoras dotadas de una sensibilidad exquisita y una agudeza analítica sensacional.

Puede que a la foca le pille desprevenida, o tal vez sea inexperta, pero las orcas saben perfectamente cómo proceder pues este tipo de foca representa más de la mitad de su dieta.

De repente, los tres machos emergen entre un torbellino de agua.

–En fin, la foca tenía que haber sido más rápida –comenta Ken a modo de panegírico.

Selección natural en tiempo real. Dos gaviotas descienden en picado y una de las orcas arremete desde la superficie, sin soltar el pedazo de carne atrapado en su mandíbula. El desmembramiento tiene sus ventajas; permite compartir.

Una vecina llama por teléfono, también lo ha visto todo. Otra pareja de vecinos aparece tras el cabo al norte de la casa de Ken a bordo de una pequeña lancha motora y se cruza con el desfile de machos con la aleta enhiesta; a su lado parecen enanos. Estos ejemplares deben de medir unos ocho o nueve metros de largo y pesar unos ochocientos kilos. La foca que acaban de descuartizar pesaría probablemente lo mismo que los dos pasajeros de la lancha. Sin embargo, misteriosamente, ninguna orca en libertad ha matado nunca a un ser humano.

Esperaba que después de una captura exitosa hiciesen algo de ruido, pero aún no hemos oído ni pío por los altavoces.

–Estarán buscando más –dice Ken.

Las orcas que se alimentan de focas comunes necesitan una por individuo y por día (unos ciento diez kilos), de modo que persiguen, capturan y consumen a sus presas varias veces al día y las comparten, una práctica poco

común en animales adultos.³ La lista es corta pero variada: las pocas especies que cazan en grupo –leonas, hienas y lobos– se reparten las piezas grandes; los murciélagos vampiro regurgitan sangre e invitan a amigos y familiares que más tarde devolverán el favor;⁴ los insectos sociales comparten la comida, así como algunos monos;⁵ los humanos, también; algunos gatos domésticos traen «regalitos». Por su parte, los chimpancés pueden llegar a compartir la carne, aunque a menudo a regañadientes y casi siempre con aliados políticos o parejas sexuales. Los bonobos, en cambio, irán a la habitación adyacente a liberar a un congénere con el que no mantienen ninguna relación para comer juntos, en lugar de guardárselo todo para ellos.⁶ Además de estos animales, tenemos algún que otro ejemplo aislado: en un video de internet se ve a un caballo que da de comer a su vecino de cuadra;⁷ también se ha visto a un cuervo herido escoger premeditadamente un bocado exquisito y depositarlo cerca de la valla de su jaula para que sus familiares en libertad puedan cogerlo.

Las orcas siempre comparten. Cuando una atrapa un salmón que podría engullir sin esfuerzo, lo comparte con su familia la mayoría de las veces. En ocasiones, esperan en la superficie mientras un miembro del grupo va en busca de alimento; cuando el cazador emerge con la presa, se lo entrega a los compañeros. En Argentina, una orca llamada Magga cazó 10 crías de leones marinos; entre captura y captura se las llevaba al grupo de crías que la esperaban, y después regresaba a la costa a por más.⁸

En inglés, las orcas se llaman «ballenas asesinas».⁹ Algunos se sienten incómodos con el término «asesinas» y han adoptado «orca», que deriva de su nombre científico *Orcinus orca*. Pero lo cierto es que la palabra «orca» viene de una criatura demoníaca del inframundo, lo cual no es precisamente halagüeño. Por otro lado, es probable que los científicos reconozcan de manera formal varias especies de *Orcinus*, de las que sólo una conservará el apellido *orca*. Entonces, resultará extraño tratar de «orcas» a las no orcas.

Como a las rosas y a los elefantes, se les ha puesto cantidad de nombres.

En esta región, los pescadores las llaman *blackfish* [pez negro], lo que resulta bastante confuso por varias razones: también llaman así a los calderones; las orcas no son ni completamente negras, ni peces; y, además, ya hay un tipo de pez que lleva ese mismo apelativo. Los kwakiutl las llaman *max'inux* y los haida, *ska-ana*. En las islas Kuriles, al oeste del Pacífico, los aino hablan de *dukulad*. Más arriba, al este del Ártico, los inuit las conocen como *arluq*. En la Tierra del Fuego, la punta de América del Sur, los yahgan las llaman *shamanaj*. Del mismo modo que usamos «elefantes» para referirnos a todas las variedades de elefantes, los investigadores tienden a emplear simplemente «orca» para designar a todos los tipos de orcas. Si hubiera estado en mi mano las habría llamado «delfines dominó», porque son los delfines más grandes del mundo y son de un blanco y negro reluciente; también hay quien lo ha intentado con «pandas marinos». Pero, innegablemente, son los peores mamíferos marinos que existen, la criatura que ninguno de sus vecinos acuáticos se atreve a cazar. Así que yo sí que las veo como «asesinas». A menudo se merecen este apelativo, como estoy a punto de presenciar.

En menos de cinco minutos, Ken ha pasado sus fotos al ordenador y está comprobando las identidades de las cazadoras de focas. Compara las fotografías que ha sacado hace un instante con las de su base de datos, fijándose en las irregularidades de la aleta dorsal y las manchas del lomo. Esto es lo que puedes hacer con un par de millones de fotografías tomadas durante varias décadas (si eres extremadamente organizado, claro).

—Eran T-19, T-19b, T-19c, T-20...

T-20 tiene cerca de cincuenta años. El ratón de Ken recorre los perfiles de las orcas: fotos, genealogías, nacimientos, muertes, vínculos familiares.

También hay misterios. Hasta 1984, nadie había visto al grupo de T-20; ahora, se dejan ver cada año.¹⁰ Una orca, T-61, se esfumó durante 13 años; después volvió.

La radio VHF de Ken intercepta conversaciones entre los capitanes de los barcos que observan a las orcas a 50 kilómetros de aquí, en la ensenada de Admiralty. Dicen que un grupo se dirige al estrecho de Puget. Ken escucha a los capitanes y al propio mar con oídos expertos, pero hasta hora el mar se ha limitado a emitir su sempiterno siseo. Durante la Guerra Fría, Ken, un hombretón increíblemente amable y extrovertido, pasó ocho años al servicio de la Marina de los Estados Unidos escuchando el océano en busca de sonidos de submarinos. También oía otra cosa: las ballenas. Pero el proyecto era secreto.

—No podía contarle a nadie lo que estaba oyendo.

Ahora habla; me explica que las orcas son expertas en la producción y el análisis del sonido. Como todos los delfines, viven dentro de su propia burbuja auditiva. Incluso en un mundo de agua fría, verdusca y generalmente turbia, las orcas producen sonido para localizar a las presas más remotas, aunque estén fuera de su alcance visual, así como para mantener el contacto con sus compañeros y crías a pesar de estar separados por casi cien kilómetros.

Ken me enseña cómo los contornos del cráneo de orca están esculpidos para producir y recibir sonido. A diferencia de los humanos y mayoría de mamíferos, que producen las vocalizaciones en la laringe, las ballenas y los delfines fabrican el sonido en sus cráneos. Un sonido muy especializado, por cierto. Ken me dice que cree que las orcas pueden dirigir y modular las ondas sonoras. Algunos investigadores han sugerido que estos animales son capaces de desorientar o aturdir a los peces mediante ráfagas sonoras bien dirigidas. Cuando quieren, los delfines pueden alcanzar los 220 decibelios; si lo oyes bajo al agua, es suficiente para hacerte daño.¹¹ Ken cree que son capaces de regular el volumen al que oyen sus propias ondas sonoras mediante su gigantesco nervio trigémino, responsable del control de la intensidad sonora entrante. (La cavidad del nervio trigémino es tan ancha que puedo introducir dos dedos en su interior.)

Me explica algunas diferencias entre las orcas transeúntes, que se alimentan

de mamíferos, y las residentes, que comen peces. Para empezar, sus llamadas son distintas.¹² Los grupos de transeúntes no forman «manadas» estables, sino que se juntan y se separan, son más bien «fisión-fusión», y suelen cazar en grupos pequeños y silenciosos. Las residentes, al contrario, a veces forman animados clanes integrados por varias manadas y son más juguetonas y charlatanas. Las transeúntes pueden aguantar la respiración durante 15 minutos, mientras que las residentes no suelen tardar más de cinco en remontar a la superficie. Las diferencias son grandes.

Cuando las transeúntes oyen los chillidos de sus escandalosas primas residentes a pocos kilómetros de distancia, se desvían o incluso se dan media vuelta. Como sin duda adivinaréis, las devoradoras de mamíferos son las más temibles (van armadas con músculos mandibulares más robustos), pero las residentes se desplazan en grupos más numerosos.

En una ocasión, 10 miembros de una manada de residentes salieron nadando a toda velocidad hacia una bahía que estaba a más de tres kilómetros de ellas, donde otros miembros de la manada estaban armando revuelo.¹³ Una vez reunidas, se adentraron hacia las profundidades de la bahía. De pronto, T-20 (una de las devoradoras de focas que acabo de ver) emergió junto con otras transeúntes, T-21 y T-22; claramente, huían de las residentes. Todas estaban tan agitadas que el investigador Graeme Ellis podía oír sus parloteos submarinos por encima del ruido del motor. Las transeúntes lograron escapar, con las residentes pegadas a los talones, a menos de doscientos metros. Y las residentes no iban en broma: T-20 y T-22 presentaban mordidas frescas. (Por lo visto, es el único caso de agresión física documentada entre orcas en libertad.) Pero cuando las transeúntes abandonaron la bahía, las residentes no las siguieron. Se quedaron pululando durante media hora hasta que un miembro de la manada que no había estado presente durante la persecución llegó y se unió al grupo. Era la hembra J-17 con su cría recién nacida. ¿Habría estado escondida? ¿Acaso la agresión de los suyos tuvo algo que ver con el miedo a que hubiera orcas depredadoras de mamíferos cerca del nuevo miembro de la familia?

En otra ocasión, Alexandra Morton, escritora y especialista en orcas, estaba observando a 40 miembros de la manada residente A que chapoteaban

«con gran alborozo» cuando de pronto se esfumaron. Reaparecieron a lo lejos, pegadas a la costa; se desplazaban lentamente, no saltaban y avanzaban muy juntitas, con las crías bien cerca.¹⁴ En la primera bahía, se sumergieron; en ese instante, Morton volvió la vista y pilló a cuatro transeúntes que se acercaban (de nuevo, T-20 estaba entre ellas). ¿O sea que cada orca es consciente de los planes de las demás? Ellas no tienen la menor obligación de decírnoslo, pero ¿se os ocurre una explicación mejor?

Hemos trabajado un poco con fotos, hemos charlado sobre orcas y hemos presenciado, desde la ventana de la cocina, cómo unas orcas han matado a una foca. El típico domingo en casa de Ken Balcomb. Desde esta torre vigía, Ken ha pasado la mayor parte de su vida observándolas.

—En cierto modo se entiende mejor con ellas que con los seres humanos — dice un amigo—. Por las noches, si está la ventana abierta, se despierta y te dice «están aquí».

En la década de 1960, cuando Ken era adolescente, en California aún existían los puestos de caza de ballenas y un profesor lo envió a por muestras de animales muertos.

—Fue durísimo —recuerda—, pero tenía estómago para ello.

Algunos años después, en 1971, Ken presenció cómo mataban a un rorcual.

—No estaba preparado para tener al rorcual mirándonos como diciendo: «¿Por qué lo hacéis?». Me derrumbé, sufrí una especie de crisis nerviosa. Pensaba: «Pero ¿qué acabamos de hacer?». Me sentía como si trabajase en Auschwitz o algo así, en algún lugar terrible.

Cuando a ese mismo profesor le concedieron una beca para contabilizar orcas en el estrecho de Puget, Ken aprovechó la oportunidad.

—Hoy, casi cuarenta años después —resume—, tenemos más preguntas que cuando empezamos.

Una asesina compleja

Hasta los años setenta, cuando comenzaron a llevarse a cabo los primeros estudios en la costa del noroeste de los Estados Unidos, la orca que rondaba la imaginación de los humanos era mucho más simple: una única especie distribuida por todo el mundo, feroz y despiadada, capaz de matar a cualquier ballena –y sin duda a cualquier persona– que se cruzase con su temible mandíbula.¹ Los machos, dominantes y agresivos, mandaban sobre sus harenes, donde las hembras se encargaban de criar a la descendencia del jefe. Error. Estas décadas de observación, escucha, identificación, clasificación y rastreos genéticos no sólo han revelado una nueva imagen de la orca, sino varias.

Resulta que por el norte del Pacífico nadan varios «tipos» de orcas. Ya hemos conocido a las «transeúntes», las grandes viajeras: se han avistado ejemplares en Monterrey, en el estado de California, que han aparecido en la bahía de los Glaciares, en Alaska, a 2.400 kilómetros de allí. Las «residentes» se extienden a lo largo de más de mil seiscientos kilómetros de norte a sur. Suelen quedarse por esta zona entre verano y otoño, navegando en este laberinto de islas, aprovechando los momentos en que los salmones se apelotonan en las corrientes costeras para desovar; y el resto del año se marchan de aquí. Pero no son los viajes, sino las dietas aquello que las distingue. Las transeúntes no se interesan por los peces, sino que cazan mamíferos: sus mandíbulas están construidas de manera acorde, adaptadas a estas presas mucho más grandes y difíciles de conseguir. Las residentes, por su parte, no tienen interés por los mamíferos. Y esta diferencia alimenticia esconde una sorpresa tras otra. Son como las muñecas rusas: ves una y

¡sorpresa! Dentro hay más, que parecen iguales pero no lo son.

Recapitulemos: de momento tenemos a las transeúntes y las residentes. Pero hay más muñequitas. Ahí afuera, las orcas «marinas», poco conocidas, surcan las aguas del norte del Pacífico; nadie sospechó de su existencia hasta 1988, cuando los investigadores comenzaron a preguntarse por unos ejemplares más pequeños que emitían llamadas diferentes y cazaban tiburones.² En grupos que llegaban a los 100 individuos, vagaban entre el mar de Bering y América del Sur, siempre a cierta distancia de la costa. En 1988 se avistó un grupo en México que apareció tres años después a la altura de Perú, a 5.300 kilómetros de distancia.³

Los diferentes «tipos» cohabitan, pero nunca se los ha visto entremezclarse. Su ADN revela que las orcas piscívoras del Pacífico norte (las residentes) y las depredadoras de mamíferos (las transeúntes) han evitado cruzarse durante medio millón de años. De hecho, las transeúntes del Pacífico norte son las orcas más diferenciadas a nivel genético. Cuando los animales que viven en libertad se aparean entre sí se considera que pertenecen a la misma especie; cuando no, son especies diferentes. De modo que la mayoría de los «tipos» de orca actuales parecen ser especies que aún no se han reconocido.

Las guías de campo siguen mencionando una única orca en todo el mundo: *Orcinus orca*. Cabe esperar un momento en que los científicos cosechen más datos para poder reconocer especies independientes y otorgarles nuevos nombres latinos. De momento, los investigadores se refieren a los diversos «tipos» como tipos A, B y C del Antártico, orcas de las banquisas y las demás. Sólo en las aguas del Antártico conviven al menos cinco tipos.⁴

Las orcas de las banquisas atraviesan el Antártico en pequeños grupos de caza y asoman de vez en cuando la cabeza en busca de las focas tendidas sobre las placas de hielo. Cuando encuentran una presa, la examinan, «por lo que parece, para comprobar que es la especie correcta», según el experto en orcas Bob Pitman. Si es una foca de Weddell, la orca desaparece unos veinte o treinta segundos, para ir a buscar refuerzos. Tras un par de minutos el grupo

está reunido y todas miran hacia la foca. «Después de un minuto o dos de valoración colectiva, deciden si irán a por ella o se retirarán.» Si optan por el ataque se alejan unos cincuenta metros del bloque de hielo (y de la foca) y de pronto, «como si les dieran una señal», se vuelven hacia el témpano y golpean al unísono el agua con la cola. Esta coreografía forma una ola de casi un metro de altura y, en el último instante, las orcas se sumergen por debajo del bloque. La ola rompe contra el hielo y, en general, empuja a la foca al agua.

Hay otro tipo de orcas que habita el estrecho de Gerlache, en el Antártico. Son casi la mitad de pequeñas que las depredadoras de focas de Weddell y están especializadas en cazar pingüinos.

–Es increíble; por lo visto, sólo se comen los músculos del pecho y desechan el resto del cadáver –dice Bob Pitman.

Las orcas del mar de Ross son el tipo más pequeño conocido; los machos apenas miden seis metros y pesan un tercio de lo que alcanzan algunas otras. Se adentran por grietas kilométricas en el océano congelado para pescar bacalao antártico (también vendido como mero chileno), que pueden llegar a pesar noventa kilos. En cambio, las del mar del Norte acorralan a los bancos de arenques. Y aún existen otros tipos.

En resumen: se pensaba que las orcas eran una única especie y ahora se cree que estos ocho «tipos» especializados en alimentos distintos seguramente son especies diferentes. Y la mejor sorpresa para el final: aunque parezca mentira, las especies más desconocidas de la Tierra han estado siempre delante de nuestras narices. Es alucinante.

Antes de cenar, el conjunto de hidrófonos sigue emitiendo únicamente las interferencias profundas y difusas del mar, su solitario siseo inerte; un sonido tan disperso como los átomos en el espacio interestelar. Al oír el ronroneo de una lancha motora, Ken sentencia como de pasada:

–Está radiando entre uno y cuatro kilohercios en el rango de 165 decibelios...

El ruido del motor cobra fuerza y se desvanece de nuevo, devolviéndonos

el eterno siseo.

Los seres humanos podemos oír desde cuarenta o cincuenta hercios hasta unos veinte mil (veinte kilohercios). Los sonidos más graves en la música se sitúan entre los ochenta y los cien hercios. Nuestros tonos de voz pueden oscilar entre quinientos y tres mil hercios (tres kilohercios). En el caso de las orcas, su «nivel de frecuencia» (el sonido que oyen con más facilidad) está en torno a veinte kilohercios.

–Pueden llegar a oír otras frecuencias, pero ésa es la dominante –explica Ken.

Su sonar está sintonizado dentro de ese espectro, que está por encima de la capacidad auditiva de la mayoría de la gente, «porque ahí se puede obtener una resolución bastante fina».

Para emitir sonidos necesitamos primero un soplo de aire y después, retomar aliento. Hablamos por la boca. Con los delfines es otro cantar: el aire circula por los conductos nasales del interior de la cabeza y después (sí, es un poco raro), se procesan y amplifican las vibraciones mediante unos saquitos especiales de tejido adiposo llamados «lentes acústicas» situados a la altura de la frente, que son los que confieren a su cabeza esa forma amelonada. Esta energía sale de la cabeza del delfín transformada en un haz de sonido.

Su mecanismo auditivo es aún más extraño. Las vibraciones rebotan contra su mandíbula inferior, donde la sustancia oleaginosa que rellena los huesos mandibulares huecos las captura y las conduce hasta el oído interno. Se podría decir que sus mandíbulas cumplen la misma función receptora que el oído externo del resto de los mamíferos, aunque de manera bastante diferente.

Las «ballenas dentadas» que disponen de sistemas de ecolocalización (entre las que se encuentran los delfines –orcas incluidas, por supuesto–, marsopas y cachalotes) poseen más del triple de fibras nerviosas en los oídos que los mamíferos terrestres. Sus nervios auditivos son titánicos, con el mayor diámetro jamás registrado en criaturas de todos los tipos. ¿Y por qué tantos y tan grandes? La explicación de los científicos es: «Para transmitir grandes cantidades de información acústica a velocidades muy elevadas».⁵ En comparación, nuestro cerebro funcionaría como un módem muy lento.

Algunos delfines pueden cambiar la frecuencia de su sonar si resulta que el espectro que estaban usando tiene mucho ruido, igual que cuando cambiamos de canal con unos *walkie-talkies* porque se oyen interferencias. Al mismo tiempo, estos animales han perdido la estructura cerebral y nerviosa que los demás mamíferos usan para el olfato; de hecho, es probable que no puedan oler nada de nada.

Las ballenas barbadas son capaces de producir sonidos a una frecuencia demasiado baja para el oído humano. Los elefantes también, pero se quedarían de piedra si se enterasen de lo que puede hacer una ballena. Las grandes ballenas emiten sonidos tan altos como el motor de un barco de tamaño mediano.⁶ Nosotros no podemos oírlos, la frecuencia es demasiado baja; pero ellas sí, incluso estando muy muy lejos. Los rorcuales pueden emprender la migración «juntos» a pesar de estar a cientos de kilómetros de distancia, sus cantos los mantienen comunicados durante el viaje. La sinfonía de la actividad mental anima el mundo de los animales, pero nosotros, de los millones de longitudes de ondas que existen, estamos hechos para percibir una ínfima parte.

Hemos terminado de cenar, pero antes de acostarnos nos quedamos un rato charlando en la cocina de Ken, con los ordenadores apagados y tomando una copa de vino. De pronto, entre el eterno ruido blanco de los altavoces se distingue un silbido solitario que interrumpe de inmediato la conversación.

Un tenue resplandor se filtra en el ambiente, como una progresiva inundación sonora. Un coro de chillidos, chasquidos, rumores, zumbidos, silbidos, lamentos y quejidos invade la tranquilidad nocturna de la cocina. Es como si, en una carretera oscura y desolada, una banda de dixieland apareciese a lo lejos tras una curva. Cada vez más cerca, cada vez más alto.

Durante 20 minutos, ahí afuera en la oscuridad, desfilan ante nosotros con alegres silbidos y pitidos, cual pájaros tropicales. Transmiten seguridad y energía; los *crescendo* y los *diminuendo* se alternan. Es la confirmación, sorprendente a la par que tranquilizadora, de que estos seres sobreviven pese a nuestra numerosa presencia. Entonces, el sonido comienza a perder fuerza y

cuando la última nota de esta música repleta de vida llega a nuestros oídos, siento cuánto nos perderíamos si los perdiésemos.

Cuando nos vuelve a envolver el siseo, parece haber cambiado; ya no está vacío, sino cargado de posibilidades. Así es como debe de sentirse un buen pescador ante el sedal intacto, frente a la inmensidad donde cualquier cosa puede suceder, armado con la paciencia de un cazador. Con esto quiero decir que las orcas me han capturado; he caído en sus redes.

Sexo y más sexo

La mañana siguiente, Ken desciende las escaleras en albornoz, como en una nube.

–Tenemos café –dice entusiasta–, ¡y ballenas!

Ha sintonizado los hidrófonos de Lime Kiln, a unos pocos kilómetros hacia el sur. Los altavoces de la repisa tejen para nosotros un tapiz auditivo, combinando lamentos, silbidos, pitidos...

¿Quién será?

Ken levanta el índice para callarme.

–Mira, tenemos una K. ¿Oyes esa especie de maullido? Una llamada dócil, como de gatito. ¿La oyes? ¡Anda! Ahora mismo hay más de una manada. Lo sabremos mejor dentro de nada. –Pausa–. Vale, ahí está la manada J. Las llamadas de las J y de las L son más del estilo graznidos o bocinas. –Pausa–. Vale, oigo a las J, a las K y a las L. ¡Están las tres!

Salimos a la terraza de la cocina y observamos el estrecho: ni rastro de las orcas. Un instante después, como esperábamos, aparecen tras el cabo que está a un kilómetro hacia el sur; se aproximan impetuosas, ordenadas en línea, saltando entre el oleaje. Esas aletas que siempre sobresaltan, altas y negras como banderas pirata, cortan la espuma mientras el viento dispersa sus explosivos chorros entre los rayos de sol. Es un buen grupo de orcas; abarcan todo el campo visual de mis prismáticos, incluso a esta distancia; unas pocas están más cerca.

–¡Qué pasada! ¡Puede que sean unas sesenta o setenta y cinco!

–¡Puede que estén todas! –contesta Ken entusiasmado.

En efecto, todas las orcas de las tres manadas residentes que se han visto

en estas aguas (la J, la K y la L) se dirigen hacia nosotros.

–¡Es una supermanada! –exclama Ken.

Soy un novato en la observación del comportamiento de las orcas, pero me da la impresión de que están de buen humor. Ken me explica lo que suele ocurrir durante las reuniones de varias manadas:

–A los más viejos y los más jóvenes les gusta mezclarse. Las hembras que llevan tiempo sin verse no se separan durante varios días y no paran de hablar, como si quisieran contarse todo lo que les ha pasado durante el invierno. Los pequeños hacen piruetas, se rozan, se persiguen.

En estas fiestas, hay amor y juego a voluntad. No son unos padres, digamos, estrictos, y, como en la mayoría de delfines, casi todos sus juegos son un poco subidos de tono. Los machos comienzan los juegos sexuales en la más tierna infancia.

–Incluso los de un año. En cuanto dejan de mamar, ya empiezan a retozar con la culebrilla fuera.

Entre machos más mayores no se sienten precisamente cohibidos.

–A veces hemos visto a grupos de machos restregándose con sus manubrios de casi un metro. Los llamamos *pink floyd*.

Como el resto de los delfines, se entregan a menudo al disfrute con compañeros del mismo sexo, y los amigos suelen ayudar con el hocico o la aleta. Muchos delfines que viven en libertad se masturban habitualmente frotándose contra objetos, y Ken ha llegado a pillar a orcas excitadas rozándose contra su barco. Es vigoroso, pero no agresivo.

Diana Reiss colocó un espejo dentro de la piscina de Pan y Delphi, dos machos nariz de botella de siete años.¹ Los delfines se situaron frente a él e imitaron el acto sexual, sin apartar la vista del espejo. (Estos delfines son la criatura que presenta más comportamiento homosexual.)² Como resumió Denise Herzing: «A los delfines les encanta el sexo, y lo practican muy a menudo».³

Las hembras se inician en la adolescencia, a partir de los diez años, y ya no paran nunca.

–Resulta bastante interesante cuando las abuelas posreproductivas van a frotarse contra los machos –me cuenta Ken. Las orcas tienen su propia

versión de las «asaltacunas». Parece que a las hembras menopáusicas les gusta descubrir los placeres del sexo a los machos más jóvenes—. Pero con cualquiera, con el primer jovencito que pase por ahí. A veces, van a por los de cinco o seis años; y consiguen excitarlos a todos. No hemos llegado a ver cópulas, pero sí un amasijo de penes y de orcas haciendo toda clase de piruetas. Cuando se dan la vuelta, se ve que la zona vaginal está hinchada. Hay muchísimo más sexo que reproducción. Se puede decir que les va la marcha.

No existe ninguna otra criatura sobre la Tierra con una sociedad similar a la de estas orcas residentes piscívoras del Noroeste Pacífico. Como en el caso de los elefantes, la unidad social básica es una familia dirigida por una hembra adulta, la matriarca, con sus hijos y los hijos de sus hijas. Sin embargo, existe una gran diferencia: los elefantes macho abandonan su familia en cuanto alcanzan la madurez y las orcas macho permanecen en ella durante toda su vida. (Se aparean cuando socializan con otras familias pero en seguida regresan a las faldas de sus mamás.) Los vínculos maternofiliales duran de por vida y son extremadamente intensos. De hecho, no se conocen otras especies donde todas las crías (niños y niñas) no se separen de su madre mientras ésta esté en vida.

Como las elefantas, las orcas matriarcas, en cuyas manos estarán las decisiones, memorizan el manual de supervivencia de la familia: conocen todos los rincones de la región, las rutas y los pasos entre islas, los ríos donde los salmones se reúnen en determinadas temporadas, y demás datos importantes. A menudo, la matriarca avanza en primer lugar. Ken intuye que toman decisiones de tipo evaluativo, como «no veo muchos peces por aquí, a ver cómo está la cosa por el río Columbia». Una decisión así puede implicar dos días de viaje; nadan unos ciento veinte kilómetros al día y cubren largas distancias.

En los siguientes niveles de la organización social de las residentes, las vocalizaciones desempeñan un papel peculiar pero clave. Todas las orcas

comparten algunas llamadas comunes, pero hay llamadas que sólo emplean determinados grupos. Cuando varias familias comparten unas pocas llamadas específicas que ninguna otra familia usa, forman una asociación estable llamada «manada».⁴ (Dave Ellifrit, el ayudante de Ken, me asegura que son tan dispares que hasta un oído novato podría distinguirlos.) Cada manada residente emplea entre siete y diecisiete llamadas diferentes, y todos sus miembros poseen un repertorio de llamadas idéntico y lo usan siempre al completo. Es posible que varias manadas coincidan en alguna llamada, pero el repertorio no será el mismo en ningún caso.

Así que una manada de orcas está formada por varias familias que socializan habitualmente, de forma similar a los grupos familiares de los elefantes. Aunque las familias de orcas suelen viajar por su cuenta, las manadas son verdaderas unidades de cohesión social. Lo ves claro cuando, por ejemplo, las familias J viajan a la desembocadura del río Fraser y las K se van al estrecho de Rosario.

Siguiente nivel: los clanes, formados por distintas manadas cuyos miembros usan un conjunto de llamadas en común que otros clanes no poseen. Los clanes que socializan entre sí, aunque sea de vez en cuando, se llaman «comunidades». Las comunidades jamás socializan entre ellas. Aquí en el Noroeste Pacífico hay dos: las residentes del norte y las del sur. Las ochenta y pico orcas J, K y L constituyen colectivamente la comunidad de las residentes del sur. Suelen moverse entre el extremo inferior de la isla de Vancouver, en Canadá, hasta Monterrey, en California. Las del norte, en cambio, cubren desde el norte de la isla de Vancouver hasta el sudeste de Alaska; son 16 manadas con un total aproximado de doscientas sesenta orcas.

Otra peculiaridad es que estas dos comunidades adyacentes de residentes piscívoras evitan mezclarse, aparentemente por motivos «culturales», hábitos adquiridos mediante los cuales crean su propia segregación. Se las ha visto comiendo a menos de cien metros sin ningún tipo de interacción entre ambas. Llevamos años estudiándolas con lupa; si se hubieran mezclado, más de uno se habría dado cuenta. Su ADN confirma que estos dos grupos de vecinos que no interactúan pertenecen genéticamente a la misma especie; sin embargo, desde una perspectiva conductual, se considera que dos especies son distintas

cuando «son dos poblaciones que no se aparean entre sí por voluntad propia». Y éste es el caso.

Podríamos estar asistiendo al proceso de diversificación de especies de las orcas. Si continúan evitándose por completo unas a otras y logran sobrevivir (actualmente las del sur están en peligro de extinción), estas dos comunidades podrían dar lugar a dos especies distintas. (Habrá que comprobarlo dentro de cien mil años.) Mientras tanto, las únicas diferencias perceptibles entre ellas son culturales: sus dialectos vocálicos. Parecen compartir todo lo demás, incluso el desinterés mutuo por relacionarse entre sí. Esta autosegregación de grupos culturales estables es un fenómeno tan excepcional que, según los científicos, «sólo podría tener un paralelismo en los seres humanos».⁵

Y eso no es todo. Los calderones de las islas Canarias también parecen tener manadas de residentes (vistas con frecuencia) y transeúntes (menos vistas) que no se mezclan.⁶ Los cachalotes se organizan en «clanes» multitudinarios que tampoco se cruzan.⁷ En el océano Pacífico, por ejemplo, los científicos han identificado seis «clanes acústicos» en función de los patrones de chasquidos; cada uno de estos clanes puede llegar a estar formado por diez mil cachalotes y a cubrir cientos de kilómetros. Los científicos no tienen constancia de otros agrupamientos culturales estables a semejante nivel transoceánico. Por su parte, los delfines nariz de botella tienen grupos costeros y marinos que se distribuyen en zonas solapadas, pero que tampoco se cruzan. Esto encaja con la definición de «especies diferentes», pero tampoco a ellos se les ha reconocido como tales. Los delfines pintados y los acróbatas de hocico largo también existen bajo distintas «formas». Están siempre a nuestro alrededor, son grandes e inteligentes, y no sabemos casi nada de ellos.

Para recapitular: las orcas poseen una estructura social más compleja que los chimpancés. Y también más pacífica: a pesar de sus toneladas y sus temibles mandíbulas, cuando se encuentran a poca distancia, o socializan o se van. La ausencia de agresiones entre orcas en libertad es un tema que siempre ha

impresionado a los investigadores. El ayudante de Ken, Dave Ellifrit, una vez vio a dos machos «chocarse estrepitosamente y luego marcharse cada uno por su lado». ¿Y ya? Cuando le insisto para que me ponga otro ejemplo de anécdotas violentas, Dave me dice que, bueno, una vez vio a una madre que intentaba descansar y su cría no dejaba de incordiarla.

–La madre le dio un cabezazo a la cría como diciendo: «¡Déjame en paz!».

Esas son todas las agresiones que ha presenciado durante casi veinte años. Tras décadas de escucha y observación, cuando Alexandra Morton escribe sobre las orcas menciona las respiraciones coordinadas entre los miembros de la familia, el contacto físico ininterrumpido mientras nadan, ya sea deslizándose la aleta con suavidad por el flanco de sus compañeras o retozando con todo el cuerpo. Apunta asimismo que ningún individuo parece subordinado ni de segunda clase y habla del estrecho vínculo entre madres e hijos. Destaca de ellas su «tolerancia, aprobación y paz».⁸

De modo que las orcas se diferencian por el aspecto físico, el lenguaje, la cultura y los valores familiares; si no fuera porque no son violentas con los individuos de su propia especie, uno podría creer que son como las personas. Así lo creen algunas tribus. Tal vez intuyen que existe un paralelismo entre los grupos de orcas, estables, con varios niveles y culturalmente autodefinidos y la sociedad humana. Tal vez tienen razón.

La supermanada de alegres orcas deja de oírse por el micro; eso quiere decir que vienen hacia nosotros. Seguimos oteando y ahí aparecen, avanzando a toda velocidad en un espectáculo sensacional. Cuando están justo enfrente de la casa, la más cercana está a unos ochocientos metros de la orilla. Mantienen una distancia de entre quince y treinta metros entre cada una, en una fila de más de kilómetro y medio de largo. Buscan salmón organizadas como si fueran una superpatrulla de rescate, intercambiando sonidos. Muchos otros ejemplares algo menos coordinados se desplazan por la zona del estrecho. De repente, todas las que están más cerca se sumergen a la vez y me las imagino

formando un círculo en torno a un banco de salmones, acorralándolos, turnándose para ir a por ellos, comiéndoselos, compartiéndolos.⁹ En menos de un minuto, unas cuantas ascienden a la superficie; las magníficas dorsales anticipan las nubes vaporosas. Un macho emerge y se da la vuelta, como si quisiera comprobar cuántos compañeros han subido. A continuación, remontan otros pocos, estrechamente agrupados. Unas cuantas gaviotas descienden como un rayo hasta la superficie para aprovechar los restos de peces. Da la impresión de que el éxito de la pesca ha puesto de buen humor a las orcas; saltan, socializan, parecen relajadas.

Cuando Ken conecta con los hidrófonos que están instalados más al norte y nos llegan los cantos de las orcas que van hacia allí, parece que hubiéramos entrado en un karaoke. Me asalta una duda: ¿los complejos sonidos y los complejos cerebros de las orcas y demás delfines sirven para comunicar cosas complejas? Según parece, la respuesta es sí y no. Claro, es complejo. Los delfines pueden comprender la sintaxis en frases con lenguaje de signos hasta niveles como «toca el *frisbee* con la cola y salta por encima»; y también son capaces de entender lo suficiente como para hacer caso omiso a peticiones absurdas.^{10 11} Pueden aprender varias decenas de palabras humanas y comprender frases cortas.¹² Pero su mundo real y su estructura social son infinitamente más exigentes, profundos y arriesgados que una piscina con un par de humanos y unos cuantos juguetes.

Mientras que los delfines han pillado algo del lenguaje de los humanos en las piscinas donde aprendieron el conjunto de signos y símbolos empleados por los investigadores, no hemos conseguido descifrar su código, ni hemos dado con el modo de usar sus sonidos para comunicarnos con ellos y hablar de cosas de delfines. ¿Hablarán entre ellos? ¿Se darán órdenes e instrucciones, se contarán historias? No se sabe. ¿En qué pensarán? ¿De qué hablarán? Tampoco. ¿Acaso es posible comenzar a saber?

Como los bebés de los seres humanos, las crías de delfín balbucean secuencias de silbidos que aprenden a organizar a medida que crecen. Entre el primer mes de vida y los dos años, los nariz de botella, los pintados del

Atlántico y otros cuantos delfines desarrollan un «silbido identitario», único y distintivo. Es como el nombre que se dan a sí mismos, un sonido emblemático que conservan durante toda su vida y que emplean para anunciarse a sí mismos.

Los delfines que oyen su propio silbido «pronunciado» por otro delfín devuelven la llamada, y en cambio, no responden cuando oyen el silbido identitario de un tercer individuo.¹³ En otras palabras: se llaman por su nombre y responden cuando oyen que alguien los ha llamado.¹⁴ Emiten el silbido identitario de sus mejores amigos cuando están separados; que se sepa, ningún otro mamífero hace algo así. Si las condiciones acuáticas son buenas, los delfines pueden oírse a más de quince kilómetros de distancia.¹⁵ Según se cree, los delfines pintados del Atlántico emiten llamadas para referirse a varios individuos a la vez y cuando los grupos se encuentran en el mar intercambian sus nombres.^{16 17}

Las hembras nariz de botella se quedan para siempre en el grupo materno y crean «silbidos identitarios» bastante diferentes a los de sus madres, para que sean fáciles de distinguir cuando viajan juntas. Sin embargo, los jóvenes machos (que abandonarán su grupo de nacimiento) eligen señas similares a las de sus madres.

Recientemente, los investigadores han descubierto que varias especies de murciélagos emplean cantos que incluyen llamadas personalizadas.¹⁸ Por ejemplo, el *Pipistrellus nathusii* (un murciélago europeo) tiene una canción con varias partes que, en términos humanos, dice algo así: «¡Muy buenas! Soy un *Pipistrellus nathusii*, en concreto el macho 17; pertenezco a esta comunidad, donde todos compartimos una identidad social; por favor, aterricen aquí». Entre las aves hay varias especies de loros que utilizan llamadas identitarias para identificar a sus vecinos y a otros individuos; de hecho, algunos investigadores creen que es probable que todas las especies de loros (más de trescientas cincuenta) empleen este tipo de vocalizaciones.¹⁹ En «un inquietante paralelismo con los progenitores humanos que dan nombre a sus hijos», explican estos investigadores, los periquitos ponen nombre a sus crías, quienes, a su vez, lo usan más adelante para referirse a sí mismas. El maluro soberbio, una magnífica ave australiana, enseña una

contraseña a sus polluelos cuando aún están en el cascarón y «cuanto más rápido aprendan el código, más comida recibirán».²⁰ Con toda seguridad, entre los delfines y los maluros soberbios existe un amplísimo intervalo donde debe de haber muchas, muchísimas cosas que se nos están escapando, cosas de las que hasta ahora no hemos oído hablar.

Por supuesto, los perros y otras criaturas también reconocen sus nombres propios con facilidad. Nuestra pequeña Chula sabe hacia quién tiene que correr cuando le digo: «¡Ve a buscar a Jude!» (su hermano adoptivo) o: «¡Ve a buscar a mamá!» (su cuidadora y, para qué negarlo, también la mía). Asimismo, entienden términos como «agua» o «juguete». Y, sin duda, «premio». Cuando Emi, nuestro cachorro, aprendió lo que era un «juguete» no iba por ahí dando patadas a lo primero que pillara, como un calcetín o un zapato, sino que buscaba sus propios juguetes, dentro de una caja, o por el suelo, lo que demostraba que entendía un concepto que incluía determinados objetos pero excluía otros; es decir, una categoría.

Los delfines recuerdan y reconocen los silbidos identitarios de los demás durante toda su vida.²¹ Esto se puso de manifiesto tras un experimento en el cual se retransmitieron a unos nariz de botella en cautividad grabaciones de los silbidos identitarios de unos delfines con quienes se habían criado 20 años atrás. Se acordaban y reaccionaban a los sonidos, aunque tan sólo hubieran conocido a los otros durante un periodo de tiempo muy breve antes de separarse de ellos. El responsable del estudio, Jason Bruck, concluyó que «los delfines tienen capacidad de conservar recuerdos de los demás durante toda su vida». Éste fue el primer caso de un estudio serio que demostrase una memoria social tan larga en seres no humanos. De manera más informal, no obstante, simios, elefantes y algunas especies más han protagonizado encuentros muy emotivos con compañeros perdidos o cuidadores humanos tras varios años de separación. En internet se pueden ver cantidad de videos de reencuentros conmovedores. Cuando llevan a los elefantes huérfanos de la fundación Sheldrick Trust, en Nairobi, al parque nacional de Tsavo, se encuentran con huérfanos mayores que ahora viven en libertad con los que, tal vez, coincidieron en la guardería. Cuando fui de visita, Julius Shivega, uno de los cuidadores, me explicó:

–Después de saludarse los elefantes dirán: «¡Anda, pero si eres tú! No te reconocía. ¡Cuánto has crecido!», igual que la gente que no se ha visto desde la infancia.

Visiones

Hay algo en los delfines (o tal vez en nosotros mismos) que ha llevado a muchos a considerar que estos excelentes nadadores son mejores que nosotros. Quizá la turbación que nos provoca el ser conscientes de los defectos del ser humano nos impele a creer que hay algo, alguien, más perfeccionado que nosotros, ya sea en el cielo o en el mar. No deberíamos preocuparnos tanto: a su manera, muchas cosas demuestran ser mejores que nosotros, incluidas algunas personas. Eso sí, como mis perros explican constantemente, la mayoría de las cosas importantes se dicen sin palabras. Tal vez los delfines sean mejores en algunos aspectos, pero no en lo que a hablar se refiere.

Por lo que sabemos hasta el momento, se cree que los delfines transmiten informaciones simples y repetitivas, nada de elementos complejos, específicos ni con estructuras enrevesadas; no poseen un lenguaje basado en las palabras, un vocabulario extenso, ni reglas sintácticas.¹ No obstante, hay pocos amantes de los delfines, como yo, realmente dispuestos a aceptar este hecho. Sus llamadas suenan demasiado complicadas y variadas. Así que esperamos y escuchamos, con la esperanza de que llegue el día en que podamos oír más.

Algo tendrán las personas o las ballenas (o tal vez ambas) para que algunos hayan dedicado tanto tiempo a escucharlas. En la década de 1970, los investigadores se percataron de que los cantos de las yubartas seguían una estructura.² Curiosamente, aunque viniesen de sitios separados por cientos de

kilómetros, todos los machos que convergían en las aguas de apareamiento emitían el mismo canto. Los cantos de estas ballenas constan de 10 temas consecutivos, aproximadamente, compuestos a su vez de frases que contienen unas diez notas diferentes y duran cerca de quince segundos. Estas frases se van repitiendo y cada canto dura en torno a diez minutos; y después, vuelta a empezar. En las épocas de cortejo, las yubartas cantan durante horas bajo el mar. En cada océano la melodía es diferente y tras meses y años sufre los mismos cambios en las miles de ballenas que habitan el mismo océano. Así, el canto es una suerte de eterna obra en proceso compartida por todos.

Algunas veces, no obstante, el cambio es repentino y radical. En el año 2000, unos investigadores advirtieron que los cantos de las yubartas de la costa este de Australia habían sido «completamente reemplazados en un plazo muy breve» por el canto de sus compañeras del Índico, en la costa oeste.³ Según se cree, un pequeño grupo de «forasteros» se dio una vueltecilla por el este y su canto tuvo semejante éxito que nadie se resistía a cantarlo. «Un cambio así de revolucionario no tiene precedentes en los animales con culturas del sonido», afirmaron los investigadores. Además, en cuanto una frase ha desaparecido de un canto, jamás se ha vuelto a oír, a pesar de haber estado escuchándolos disimuladamente durante 20 años. ¿Y qué significan los cantos? El investigador Peter Tyack considera que «puede que tengamos que agradecer las proezas musicales de los machos a varias generaciones de hembras yubarta, que han ido evolucionando su sensibilidad estética». Por cierto, estos cantos han vendido millones de discos; o sea, que compartimos cierta estética. Es posible que éste sea al mismo tiempo el mayor ejemplo de misterio y la mejor prueba de nuestra afinidad mental.

Los grupos de orcas pueden llegar a cubrir casi cuatrocientos kilómetros cuadrados, y aun así, mantener el contacto oral. A través de los hidrófonos he estado oyendo sus chirridos, silbidos, pitidos, chillidos o el nombre que le queramos dar a ese ruido como de manos mojadas frotando un globo de látex. La mayoría de las llamadas presentan picos o cambios de tono repentinos, por lo que son fáciles de distinguir entre el ruido de fondo. ¿Qué estarán

cantando? ¿Qué poema épico sobre sus orígenes estarán declamando? Si hay algún código, nadie lo ha descifrado. Aunque en realidad puede que Ken lo haya hecho:

–Desde las primeras grabaciones en 1956, han estado cantando lo mismo una y otra vez. Entonces pensé: «Pero ¿no tienen nada nuevo que contarse?». No me daba la impresión de que se estuvieran diciendo cosas como «pez grande ahí» o algo por el estilo. Tampoco parece que tengan una llamada para decir «presa» y otra para decir «hola».

Cualquiera de sus llamadas se puede oír en cualquier vocalización, independientemente de lo que estén haciendo. Pero hay algo de lo que Ken está seguro:

–Saben, con el mínimo pitido, quién las llama y qué está pasando. Estoy convencido de que para ellas sus voces son tan diferentes y reconocibles como para nosotros las nuestras; y, es más, creo que también tienen nombres propios, como los delfines, y que algunos de los sonidos que oímos ahora mismo repetidos son esos silbidos identitarios.

Puede que también comuniquen algo más mediante la emoción que transmiten.

–A lo mejor una llamada suena algo así como *ii-rah-í, ii-rah-í*. ¿Tendrá un significado específico? ¿O será la intensidad la que indique el sentido? Cuando las manadas se congregan, sientes la intensidad, el entusiasmo; suena a fiesta. Cuando se ponen nerviosas, las llamadas son más agudas y más breves, como estridentes.

Puede que no obedezcan a una sintaxis, pero las orcas entienden el qué, el dónde y la emoción, y tal vez, qué hay de comer. *Pituuu* predomina en los momentos en que están realizando cualquier acción sincronizada («Ahora estamos haciendo esto; sigamos haciéndolo juntas»); *wii-uu-uuu* es la llamada de la tranquilidad, del contacto relajado («¿Cómo estamos? ¿Bien? Estupendo»).⁴ Les basta para mantener la coordinación, la cohesión, la identidad y la integridad de grupo durante décadas.

Y entonces, ¿estos gritos que estamos oyendo son también su sonar para

localizar pescado?

–No. El sonar suena más como... –Ken chasquea la lengua con rapidez—. A veces por los altavoces nos llegan esos chasquidos; son ellas en busca de comida.

Los chasquidos devuelven un eco del que el cerebro puede extraer información. Su sistema de ecolocalización les permite detectar una pelota de pimpón a casi cien metros, una distancia a la que muchísimos humanos no conseguirían verla.⁵ Son capaces de perseguir con éxito a peces muy rápidos y capturarlos, sorteando los obstáculos a su paso pese a la velocidad. Son rapidísimas: cada chasquido dura un microsegundo y pueden alcanzar hasta cuatrocientos por segundo.⁶

Las orcas residentes emiten series que duran entre siete y diez segundos, llamadas «trenes de chasquidos», 27 veces más a menudo que las transeúntes, y además el doble de largas. Las transeúntes son más crípticas, en ocasiones emiten un único chasquido, muy flojito. Las focas y las marsopas lo tienen difícil para oírlo, camuflado entre las interferencias sonoras del océano, el crepitar de las gambas y demás criaturas marinas que a veces hacen que el fondo del mar suene como una freidora. Jacques Cousteau le dio al océano el célebre título de «el mundo silencioso», pero lo cierto es que el sonido se desplaza mucho mejor por el agua que por el aire, y son muchas las criaturas marinas que sacan partido de esta superautopista sónica. En cambio para otras, juega en su contra.

Las orcas no se limitan a emitir chasquidos; están siempre atentas a un chapoteo, un resoplido, una respiración. En consecuencia, se libra un auténtico duelo de armas acústicas entre las sagaces asesinas y sus astutas presas: los delfines. En ocasiones, las orcas depredadoras de mamíferos cazan marsopas de Dall. También éstas disponen de un sonar y uno creería que usarlo equivaldría a agitar una campanilla por encima de sí mismas; no obstante, sus chasquidos están por encima del espectro audible de las orcas. Esta distinción podría evolucionar y mantenerse de forma muy sencilla: las marsopas cuyos chasquidos son suficientemente bajos para que lo capten sus depredadoras serán devoradas. Las más agudas sobreviven, literalmente, con frecuencias más altas.

Hace relativamente poco que conocemos la ecolocalización de los animales.⁷ Los investigadores no comprendieron el sonar de los delfines hasta 1960. En 1773, el italiano Lazzaro Spallanzani se fijó en que en una habitación completamente oscura, las lechuzas no podían hacer nada, pero los murciélagos volaban tan tranquilos. Más adelante, descubrió con asombro que los murciélagos ciegos sorteaban los obstáculos igual de bien que sus congéneres con vista. Pero ¿cómo? En 1798, un zoólogo suizo llamado Charles Jurine tapó los oídos de los murciélagos y observó que los animales se estampaban; estaba desconcertado, pues parecían silenciosos. Y cuando anunció que la capacidad auditiva de los murciélagos tenía algo que ver con sus habilidades de navegación, sus hallazgos fueron primero ridiculizados y luego relegados al olvido durante un siglo. (El historial de nuevas ideas rechazadas en un inicio que después han resultado ser verdad –entre otras, la famosa teoría de que existían «gérmenes» microscópicos que podían causar enfermedades, por lo que era recomendable que los físicos y los cirujanos se lavasen las manos– debería ponernos en guardia antes de negar demasiado rápido lo aparentemente absurdo. Las ballenas, como leeréis en los siguientes capítulos, hacen cosas aparentemente absurdas que escapan al entendimiento humano.) En 1912, al ingeniero *sir* Hiram Maxim se le ocurrió que los murciélagos emitían sonidos que los seres humanos no podían oír, pero asumió que dichos sonidos venían de las alas.

En 1938, G. W. Pierce y Donald Griffin, en Harvard, solucionaron el «problema de los murciélagos de Spallanzani» gracias a un equipo especial de micrófono y auriculares, y unas grabaciones de murciélagos emitiendo sonidos por encima del espectro audible de los humanos. Cuando demostraron que los murciélagos podían oír dentro de ese campo tonal, nos quitamos nuestra propia venda de los ojos. Durante la Segunda Guerra Mundial, los humanos diseñaron radares y sonares análogos, también basados en el eco, con fines militares. Una década después de Pierce y Griffin, Arthur McBride de los Marine Studios (más adelante, Marineland), en Florida, observó que durante las noches de captura muy oscuras, los delfines nariz de botella podían esquivar las redes de sedal y detectar las aperturas. En 1952, dos investigadores publicaron la hipótesis de que «era posible que la

marsopa, como el murciélago, fuera capaz de orientarse entre los objetos de su entorno por ecolocalización». Después, los científicos demostraron que los delfines podían oír sonidos demasiado agudos para los humanos. Y Forrest Wood, el conservador de Marineland, sugirió que los delfines en cautividad parecían «ecoinvestigar» los objetos de su piscina.

Hasta 1956 los investigadores no se percataron de que los delfines emitían pulsaciones sonoras cuando se aproximaban a peces muertos, esquivaban planchas de vidrio transparente en movimiento dentro de su piscina, de que, en la oscuridad, eran capaces de sortear objetos en suspensión y de reconocer un tipo de pez que les gustaba si se lo presentaban junto a otro que no les gustaba. (Y lo que es aún más impresionante: muchos delfines en libertad cazan de noche y logran perseguir y atrapar ágiles pececillos.) En 1960, Kenneth Norris colocó unas ventosas de goma sobre los ojos de un grupo de delfines; éstos siguieron nadando como si nada, emitiendo pulsaciones sonoras, esquivando objetos colgados, y recorriendo laberintos. Desde los años sesenta hasta los noventa más científicos trabajaron para demostrar que los delfines, las belugas, las marsopas y algunas ballenas eran capaces (en condiciones similares de ceguera) de atrapar los pescados y los juguetes que les lanzaban y de nadar carreras de obstáculos; pusieron de manifiesto que, básicamente, estos animales no tenían ningún problema en no ver. Hoy sabemos a ciencia cierta que los cachalotes, las orcas, otros tipos de delfines y los murciélagos emplean el sonido para desplazarse, pero para las generaciones anteriores, los humanos hemos estado ciegos al mundo de los sonares vivientes.

La cabeza de los delfines dedica tal proporción de *hardware* y cableado cerebral a la producción y el análisis del sonido, que podría decirse que cada individuo funciona como una sofisticada estación de espionaje submarina. Pero nosotros los humanos también estamos bien equipados (a nuestra manera) para analizar sonidos. Cuando escuchamos a una orquesta o a un grupo de rock, somos capaces de dibujar sin esfuerzo un paisaje coherente de violines, trompas, teclados y solos de batería a partir de la simple vibración

de los altavoces; podemos reconocer con los ojos cerrados a nuestros guitarristas y cantantes favoritos. Probablemente, las orcas perciben las voces sociales de sus familiares y amigos de un modo similar al nuestro. Después de todo, cuando escuchan a las orcas, a los investigadores les resulta sencillo reconocer qué manada está hablando.

Puesto que nosotros somos animales tan visuales, la navegación por sonar nos resulta algo prácticamente inconcebible. Pero podemos establecer una analogía con la vista: cuando la luz rebota en alguna superficie, una parte llega a nuestros ojos y, a partir de ella, nuestro cerebro nos prepara una visión extraordinariamente detallada del mundo que nos rodea. En otras palabras, vemos ecos de luz.

Imagina que estás en algún lugar oscuro con una linterna, que el haz se origina en ti, y que puedes enfocar a tu alrededor para ver qué hay. Ahora, imagina que en vez de rayos de luz, tu cuerpo produce ondas de sonido y que, además, tu cerebro puede elaborar una evaluación pormenorizada del punto donde está reverberando ese sonido. No te proporciona una imagen (no una visual, al menos), pero te entrega suficientes datos como para decirte con precisión qué hay ahí.

Cuando se bajan las señales del sonar a una frecuencia audible para los seres humanos, somos capaces de identificar sólo por el sonido del eco si la prueba está realizada sobre acero, bronce, aluminio o cristal (con una precisión del noventa y cinco al noventa y ocho por ciento).⁸ O sea que al oído humano se le da muy bien reconocer diferencias. No hay más que pensar en lo fácil que nos resulta reconocer una voz por teléfono o seguir una conversación en un restaurante ruidoso.

No podemos imaginarnos cómo funciona el sonar de los animales sin hacer referencia a lo visual. Damos por hecho que oyen ecos y elaboran una suerte de mapa sonoro auditivo tan detallado que les permite localizar y atrapar un pez esquivo sirviéndose únicamente del oído. Creemos que las orcas utilizan el sonar para obtener una «fotografía» sonora, tan bien enfocada como la fotografía lumínica que elaboramos con la visión. Pero yo me pregunto: ¿es realmente posible que vean su sonar?

Para empezar: no son los ojos los que ven, sino los cerebros. Y para

seguir: no existe nada inherentemente «visual» en la «luz».

Lo que llamamos «luz visible» es un rango muy reducido del conjunto de longitudes de onda que conforman el espectro electromagnético. Por encima y por debajo de estas longitudes de onda perceptibles para los humanos hay otras, tan reales como las que sí que vemos, llamadas rayos gamma, rayos X, infrarrojos, luz ultravioleta, ondas de radio, etcétera. Si no las vemos es porque los ojos humanos no producen impulsos sobre ellos para enviarlos por nuestros nervios ópticos hasta alcanzar nuestro cerebro. Sin embargo, hay otras especies que sí perciben los ultravioletas y los infrarrojos.⁹ Existen cantidad de insectos, peces, anfibios, reptiles y aves que distinguen los rayos ultravioletas, además de varios mamíferos, entre los cuales están algunos roedores, marsupiales, topos, murciélagos, gatos y perros. Algunas serpientes utilizan las fosetas, no los ojos, como cámara estenopeica para «visualizar» la energía infrarroja que desprenden los cuerpos calientes.

Tanto la percepción de la luz como la experiencia de la vista suceden en el cerebro humano. Aunque tengamos los ojos cerrados podemos ver nuestros deseos y nuestros temores gracias a la «visualización» y a los sueños. Podemos estar rebuscando en la basura con la mano al tiempo que visualizamos un objeto familiar que estamos buscando. Cuando nuestros párpados están abiertos, nuestros ojos crean impulsos basados en el patrón de las longitudes de onda que impactan en nuestras retinas; después, los envían por los nervios ópticos hasta los centros de visión del cerebro, encargados de descodificarlos. Es el cerebro quien crea la imagen y la presenta a nuestras mentes conscientes para nuestro deleite visual. O sea que, en realidad, nuestros ojos no «ven el objeto», sino que el cerebro crea imágenes a partir de energía reflectada. Las longitudes de onda que nosotros vemos como rojas no tienen nada de «rojo»; la percepción del color no es más que el modo en que nuestro cerebro asigna un código de color a los impulsos que recibe de una longitud de onda determinada. Una cámara de video envía impulsos por cables a una pantalla que los convierte en imágenes. Cuando miramos a la pantalla, nuestros ojos, nuestros nervios y nuestro cerebro hacen lo mismo al instante.

El sonido, como la luz, viaja en ondas. El oído, como la vista, es obra del

cerebro, que lo fabrica en su interior. Decimos que las longitudes de onda electromagnéticas que somos capaces de «ver» son «luz», y las longitudes de onda vibratorias que somos capaces de oír son «sonido». El mundo está lleno de otras longitudes de onda por encima y por debajo de lo que podemos oír y ver, que escapan a nuestros sentidos.

¿Es posible que los cerebros de las orcas y los murciélagos consigan producir visión a partir de los estímulos que reciben reflejados por su sonar? No veo por qué no. ¿El cerebro de una orca podría coger los impulsos nerviosos de los ecos de su sónar, del mismo modo que coge impulsos nerviosos de la luz, y convertirlos en una imagen que la propia orca (o murciélago) podría literalmente ver? El sonido y la vista no son tan distintos como parece. Hay ciertas personas que ven determinados colores cuando oyen una nota musical en concreto; se llama sinestesia. En mi barco tengo una estación de sonar que produce pulsaciones de sonido y después recoge los ecos reverberados y los convierte en impulsos eléctricos que viajan por un cable hasta la máquina que los procesa. El dispositivo que recoge el sonido, el cable y el procesador funcionan como el oído, el nervio y el cerebro. A continuación, los ecos procesados son transformados en imágenes visuales que aparecen en una pantalla. Entonces, con ayuda de la máquina, estoy usando el sonar para ver el perfil del fondo, las rocas y las pendientes donde habitan los peces así como para determinar su posición en el agua.

El ejemplo más asombroso de ecolocalización en humanos es probablemente Daniel Kish, ciego desde de su primer año de vida.¹⁰ Este hombre descubrió muy temprano que emitir chasquidos le ayudaba a desplazarse. Gran parte de su cerebro debe de estar redistribuida y consagrada al sonido, pues utiliza sus propios chasquidos para moverse: es capaz de circular en bicicleta entre los coches (difícil de imaginar) y ha fundado la asociación World Access for the Blind para enseñar a otros ciegos a emplear su propio sonar; en otras palabras, a invocar a su delfín interior. Según explica, los chasquidos de su lengua «rebotan en las superficies y regresan a mis oídos como ecos apagados. Mi cerebro los procesa y me devuelve

imágenes dinámicas. [...] Construyo una imagen tridimensional de mi entorno con un radio de cientos de metros. De cerca, puedo detectar un bastón de un dedo de grosor; a cinco metros, reconozco coches y arbustos. Percibo las casas a unos cincuenta metros». Resulta tan difícil de imaginar que algunos han puesto en duda su palabra. Pero Daniel no está solo y sus afirmaciones parecen corroborarse. «Muchos alumnos se sorprenden con lo rápido que llegan los resultados. En mi opinión, todos llevamos dentro la capacidad para ecolocalizar. Está latente. [...] El *hardware* neurológico parece estar ahí; yo he desarrollado distintos métodos para activarlo. La visión no está en los ojos; está en la mente», añade.

Entonces, ¿es posible que las orcas vean los ecos?

Es posible; quién sabe. Lo mínimo que podemos decir sobre nuestras maneras de percibir el mundo, ya sean compartidas o comparadas, es que mientras nosotros somos principalmente visuales y aun así oímos bien, ellas son sobre todo acústicas, pero también pueden ver. Mismos sentidos, distinto énfasis.

Si consideramos la cantidad de cambios que, a lo largo de millones de años, convirtieron a algunos mamíferos en simios y a otros en orcas, da la impresión de que estamos terriblemente alejados, de que somos cosas distintas. Pero ¿de verdad es un periodo tan largo? ¿Tan diferentes somos? Si quitamos la piel, los músculos son básicamente iguales, la construcción del esqueleto es casi idéntica, y si observamos las células cerebrales en un microscopio, es imposible diferenciarlas. Si nos imaginamos todo este proceso a cámara rápida, hay algo innegable: los delfines y los humanos, con una larga historia en común como animales, somos vertebrados y mamíferos (mismos huesos y órganos que cumplen funciones idénticas, misma placenta y misma leche caliente), somos básicamente lo mismo, salvo por unos ligeros cambios de proporción. Es un poco como comparar a una persona equipada para escalar y a otra para bucear.

Los mamíferos marinos son prácticamente idénticos a nosotros en todo salvo en su contorno exterior. Hasta los huesos de las manos son iguales, sólo

que tienen una forma levemente distinta y van escondidas en mitones; de hecho, los delfines siguen utilizando esas manos ocultas en gestos análogos a los nuestros: para transmitir contacto y confianza. (Si observamos un grupo cualquiera de delfines acróbatas de hocico largo, cerca de un tercio se estarán acariciando con las aletas, o estarán estableciendo algún tipo de contacto físico, un poco como los primates cuando se acicalan.)¹¹ Desde los primates a los ponis, de los pingüinos a los pollitos o los renacuajos, el sistema circulatorio, nervioso y endocrino funciona de modo similar. ¿Y qué pasa dentro de las células? Pues básicamente, compartimos las mismas estructuras con las mismas funciones; y así, hasta las amebas, las secuoyas y los champiñones portobello.

La diversidad de los seres vivos es sorprendente; pero, a medida que retiramos capas de diferencia, nos encontramos con semejanzas aún más chocantes. El acortamiento exagerado de las extremidades traseras que confirió a las orcas y ballenas sus cuerpos de nadadores fue fruto, en gran medida, de la mutación de un único gen. (Los genetistas lo llaman «*sonic hedgehog*».)¹² En nuestro caso, debemos a este mismo gen nuestros órganos «normales», para un humano, se entiende. Si comparamos una serie de dibujos del cerebro de un humano, un elefante y un delfín, las semejanzas ganan con creces a las diferencias. En esencia somos lo mismo, si acaso, levemente moldeados por una larga experiencia dentro de unas cubiertas adaptadas para lidiar con diferentes entornos y equipadas para talentos y habilidades especiales. Pero bajo la piel, somos hermanos. No existe otro animal como nosotros, pero no olvidemos que tampoco hay animales como cada uno de ellos.

Mentes diversas

Cada tipo de orca tiene una idea muy concreta de lo que considera comida. (Esto me recuerda a diferentes grupos de humanos, ya sean étnicos, tribales o religiosos, con sus respectivas costumbres y tabús en lo que a alimentación respecta.) Dentro de las orcas tenemos a las cazadoras de mamíferos, a las de tiburones, a las de pingüinos y a las piscívoras que, por lo general, se especializan en un pez concreto (el salmón real, por ejemplo, en el caso de estas residentes) y rara vez comen otras especies. A lo largo y ancho de los océanos hay varios tipos de orcas que comen multitud de cosas, desde arenques hasta grandes ballenas, pero es altamente improbable que algunas de ellas se las coman todas. En consecuencia, desarrollan estrategias diferentes para cada tipo de presa. En la zona de Noruega, por ejemplo, las orcas se concentran en torno a un banco de miles de arenques formando un núcleo muy denso cercano a la superficie. La mayor parte del grupo nada en círculo alrededor de los peces para mantener el bloqueo (los científicos lo llaman «el carrusel») y algunos individuos golpean con la cola los bordes del banco.¹ Después, los peces noqueados serán su cena.

Las transeúntes del Noroeste Pacífico suelen cazar focas comunes de entre cuarenta y cinco y noventa kilos, pero en ocasiones atacan a leones marinos de casi media tonelada de peso, cuyos afilados colmillos recuerdan a un descomunal oso grizzly. Una quinta parte de la dieta de las transeúntes de esta zona consiste en marsopas y delfines, dos presas extremadamente ágiles.² En general, las orcas más cooperativas optan por dividir a los grupos

de víctimas para después arrinconar a uno de ellos contra la costa; se han dado muchos casos de delfines aterrorizados que han saltado fuera del mar y han muerto en la orilla. Cuando las orcas cazan leones marinos grandes, la tarea del cazador sería comparable a un humano intentando morder a un gato acorralado. He visto una foto de una orca que perdió un ojo. Las orcas pueden pasar horas apaleando a los leones marinos hasta que los dejan suficientemente exhaustos como para ahogarlos.

Un día, un grupo especialmente grande de transeúntes (con 11 ejemplares) viajaba a un lugar llamado bahía de Kwatsi. Alexandra Morton las seguía. Las que iban en cabeza se detuvieron y esperaron durante nueve minutos a que llegaran las demás. Durante un rato, todas permanecieron allí, respirando y después, como si recibieran una señal, realizaron una pirueta de espaldas, como para anunciar que planeaban una inmersión larga, y se sumergieron.

Como acabo de observar con Ken, las transeúntes pueden aguantar hasta un cuarto de hora debajo del agua. Cuando el cronómetro de Morton marcó los 15 minutos, ésta levantó la vista justo en el momento en que «se produjo una erupción de agua blanca».³ Un león marino de media tonelada salió despedido por los aires y Morton contempló, cautivada, cómo algunas de las orcas saltaban hacia el cielo para embestir con la cabeza a tres leones marinos mientras las demás les atizaban fieros coletazos. Las presas, a pesar de estar en aplastante minoría y del factor sorpresa, lograron apiñarse e intentaron con todas sus fuerzas rajar a sus atacantes; las orcas, por su parte, se esforzaban por evitar los colmillos. Al cabo de 45 minutos, Morton, quien seguía la paliza a través del hidrófono, oyó cómo las orcas arrancaban las pieles de aquellos leones de media tonelada y cómo descuartizaban sus cuerpos. Escribió: «Hasta hoy, nunca había sido realmente consciente del poder de las orcas. Estoy asombrada y agradecida al mismo tiempo de que nunca hayan descargado su fuerza contra los humanos».

Las orcas casi nunca cazan ballenas grandes. Eso sí, cuando lo hacen, su perseverancia puede llegar a ser infinita. El rorcual aliblanco (o ballena enana) tiene más resistencia y puede dejar atrás a una orca en una persecución prolongada. No obstante, si un grupo de orcas juzga que tiene

posibilidades de alcanzar a una de estas veloces ballenas, la perseguirá durante horas.⁴ Unos investigadores de la Columbia Británica observaron una rauda persecución de dos orcas a un rorcual aliblanco que se metió en una bahía sin salida y se quedó varado en la playa a propósito, en un intento desesperado por escapar de sus perseguidoras.⁵ Durante más de ocho horas, las orcas no se alejaron de la zona, la marea subió y el rorcual remontó un poco más para adentrarse en la playa. Al caer la noche, seguían aguardando en la bahía, pero cuando amaneció las perseguidoras se habían marchado; el rorcual había muerto. Uno se pregunta si el rorcual, presa del pánico, fue consciente del escollo y de que su estrategia había fracasado.

Las ballenas aprenden las rutas migratorias siguiendo a sus madres. Para las ballenas grises del Pacífico es una larga aventura que puede llegar a ser terrible: deben recorrer hasta dieciséis mil kilómetros desde las cálidas aguas de sus lagunas de crianza en la Baja California pasando por las islas Aleutianas de Alaska hasta sus zonas de alimentación en el Ártico. De modo que estas criaturas ven, conocen y se enfrentan a situaciones tan complejas como las que pueden vivir los cazadores-recolectores humanos nómadas. Por el camino, en los estrechos pasos de las Aleutianas, las orcas ensombrecen su camino.

Antes de que una orca pueda matar a una ballena gris debe separarla de su madre, una tarea difícil y peligrosa pues estas madres defienden ferozmente a sus crías con sus devastadoras colas. A menudo, las ballenas grises nadan cerca de la línea costera para reducir su vulnerabilidad, pues las orcas no pueden ahogarlas en aguas poco profundas.⁶ Las orcas, por su parte, para evitar que sus presas se protejan, se agarran a sus aletas pectorales y tiran de ellas para arrastrarlas mar adentro. Para defenderse, las ballenas pueden girar con la tripa hacia arriba y dificultar el acceso a sus aletas pectorales, o incluso puede que opten por quedarse varadas voluntariamente. El poder y el terror. La mente y la contramiente.

Cabe interrogarse si las orcas comprenden lo que significa defender a sus propias crías (además de si son capaces de formar conceptos) y si extienden

esta idea también a sus presas. En otras palabras: ¿se sentirán mal alguna vez por matar a su comida? Probablemente no; casi nadie sufre por ello. Las pruebas dejan claro que no es el caso de las orcas.

En California, Bob Pitman, Lisa Balance y Sarah Mesnick, amigos y expertos en mamíferos y aves marinas, presenciaron durante cuatro horas un ataque de 35 orcas (todas juntas necesitan unas tres toneladas de comida diarias) contra nueve hembras cachalote.⁷ Las ballenas, abrumadas, se apiñaron en la superficie con las cabezas juntas y las colas hacia afuera; las orcas hembras adultas atacaron en batidas de cuatro o cinco, siguiendo una estrategia de «herir y retirarse». Daba la impresión de que estas últimas intentaban que sus víctimas murieran desangradas, al tiempo que evitaban sus temibles coletazos. Cada vez que las orcas tiraban de uno de los cachalotes y lo sacaban del grupo, uno o dos de sus compañeros «se retiraban inmediatamente de la formación y, pese a los brutales ataques que eso implicaba para sí mismos, flanqueaban al animal aislado y lo reconducían a la formación».

Mientras las hembras atacaban, varios machos adultos se mantenían a cierta distancia, pero en cuanto una de las agonizantes ballenas se desprendió del grupo, describían los observadores, «uno de los machos salió disparado, la embistió y la zarandó de un lado a otro con brutalidad. A continuación, en la superficie, giró a su alrededor mientras disparaba potentes chorros de agua al aire, en una exhibición de fuerza descomunal, no demostrada por ninguna de las hembras a lo largo del ataque». Con sus casi nueve metros de largo, la masa del macho orca debía de rondar las nueve toneladas; el cachalote, de más de nueve metros y mucho más pesado, estaría cerca de las trece. Sorprendentemente, otro de los cachalotes se alejó de la formación para intentar traer de vuelta a su compañera moribunda, a riesgo de sufrir violentos ataques en sus carnes. En los humanos, el exponerse a un peligro para ayudar a otro habría sido un comportamiento instintivo que habría sido calificado de heroico.

El caos y la confusión eran tales que ni siquiera quedó claro quién pereció, pero la orca macho se alejó nadando con un enorme cachalote muerto entre las mandíbulas. Al final, las orcas mataron y se comieron a uno

de los cachalotes e hirieron a los demás, a algunos incluso con heridas letales. Los observadores anotaron: «Intuimos que al menos tres o cuatro de las supervivientes murieron a causa de las heridas, y es muy posible que la manada entera falleciese tras el ataque». (Es imposible, al menos para mí, no imaginar esta situación como una experiencia de lo más espantosa para todos y cada uno de los participantes, atrapados dentro de sus propias naturalezas y circunstancias, de hecho, incluso más que nosotros. Pero esa es precisamente su excusa.)

En otra ocasión, los mismos investigadores vieron a cinco orcas encaminarse hacia un pequeño grupo de cachalotes que se encontraba a menos de un kilómetro de ellas. Éstos debieron de dar una suerte de voz de alarma porque acto seguido otro grupo de cachalotes comenzó a nadar a toda velocidad hacia el primero. Una vez reunidos, los cachalotes comenzaron a hacer remolinos, algunos con las cabezas fuera del agua, oteando en todas direcciones, y otros azotando el mar con la cola, como en un alarde de fuerza. Una orca hembra adulta se aproximó y mordió a uno, e inmediatamente, otros cuatro grupos de cachalotes se propulsaron hasta allí como un rayo para unirse al grupo principal (uno de los grupos se encontraba a más de seis kilómetros de allí). Durante una hora, continuaron acudiendo más cachalotes hasta que el grupo principal contaba con unas cincuenta ballenas. Ante un pelotón tan extremadamente bien comunicado y cohesionado, las orcas optaron por la retirada.

Ingrid Visser describe la estrategia de un cuarteto de orcas depredadoras de delfines de Nueva Zelanda (ella es de aquellas que en inglés prefiere el término «orca» a «ballena asesina»):

Las orcas navegan despreocupadas hacia un pequeño grupo de delfines; éstos se alejan sin demasiada prisa, pues no quieren llamar la atención de sus depredadoras, en caso de que no estén cazando de verdad. Después de seguirlas durante media hora, una orca hembra llamada Stealth no emerge cuando el resto de su grupo asciende para respirar; en la siguiente respiración tampoco, ni en los 10 minutos que siguen. Entonces, las otras tres orcas salen disparadas hacia los delfines en una carrera espectacular: dan la impresión de volar por la superficie. Los delfines huyen y saben que su vida está en

juego: salen del agua y no parecen ni haberla rozado cuando ya han dado otro brinco y han retomado el vuelo. Las tres orcas están cada vez más cerca y, de pronto, uno de los delfines que avanzaba en cabeza sale volando como si fuera una pelota de tenis, encadenando volteretas en todos los sentidos; Stealth también lo sigue por los aires, después de haberlo golpeado desde abajo. Atrapa a su presa al vuelo y regresa al agua con su cena entre los dientes. Juntas, las cuatro orcas, devoran la comida.⁸

Visser añade: «Jamás las he visto fallar».

Sabiendo estas cosas, resulta aún más sorprendente que hasta la fecha las orcas no hayan volcado ningún kayak, ni hayan arremetido contra ninguna lancha, ni se hayan tragado a ningún ser humano. Puede que éste sea el mayor misterio conductual de nuestro misterioso planeta.

Después de asistir a un desfile de un grupo de orcas frente a la casa y de espiar sus conversaciones gracias a los hidrófonos en su ruta hacia el norte, nos montamos en el camión y arrancamos hacia un pequeño puerto situado en una cala guarecida por un bosque perenne, y casas cuidadosamente suspendidas de la ladera. El lugar es bonito. Subo a bordo del barco de Ken con sus asistentes, Kathy Babiak y Dave Ellifrit. Apenas hemos salido del puerto cuando, de pronto, nos topamos de frente con unas quince o veinte orcas. Así de cerca, su tamaño es alarmante. En longitud, superan cinco veces a un humano; en peso, 100. Cuando emergen, sus cabezas levantan litros y litros de agua y la inmensidad de sus lomos crecientes es tal que observo el mar deslizarse por ellos, como el agua que resbala de un toldo. Nadan en paralelo a un abrupto acantilado de granito cubierto de enhiestos abetos y liberan su aliento, que permanece tras ellas suspendido en el aire. Su belleza y su ímpetu me inspiran una admiración reverencial, no puedo por menos de guardar silencio y contemplar.

Más adelante hay otras pocas; las 35 orcas piscívoras residentes que

tenemos ante nosotros constituyen la manada L al completo. Ese macho de aleta puntiaguda con una muesca en el lomo y otras marcas en el pecho es L-41; tiene treinta y seis años. La hembra que avanza a su izquierda es L-22, que ha cumplido cuarenta y dos. Muchas orcas viven más de cincuenta años. L-12 tenía en torno a los setenta y nueve años cuando murió en la década de 1980; se dice que K-7 tenía noventa y ocho; L-25 tiene hoy ochenta y cinco años. Se puede sentir que estas orcas están hechas para durar, pero no sabemos si podrán.

Hablando de longevidad, Ken señala una fotografía en su registro de identidades y me dice:

—Ésta es la matriarca J-2.

Por lo general, las hembras crían hasta los cuarenta; y ella no se ha reproducido desde que empezaron el seguimiento, hace cuarenta años. El menor de sus hijos (el macho más longevo del estudio) murió en 2010 y los científicos determinaron que tenía sesenta años. Si cuando tuvo a su último hijo ella tenía, pongamos, treinta y ocho años, quiere decir que habría nacido más o menos en 1912.

—Por eso creemos que anda cerca de los cien años.

La vida después de la menopausia es una escasa excepción en el mundo animal y tan sólo es concebible en criaturas donde las abuelas ayuden a sobrevivir a los miembros más jóvenes de la familia.⁹ En realidad, las únicas que suelen vivir periodos de tiempo considerablemente largos una vez dejan de reproducirse son las hembras de los humanos, de las orcas y de los calderones tropicales. Al igual que los humanos, las orcas y los calderones viven entre veinticinco y treinta años de crianza, después de los cuales pueden vivir otros treinta; es más, como acaba de explicar Ken, algunas aguantan muchísimo más. En cualquier grupo, casi una cuarta parte de las hembras son posreproductivas; estas orcas no están esperando que les llegue la hora, sino que están ayudando a sus hijos a sobrevivir. Del mismo modo que, a menudo, los niños gozan de los mimos de sus abuelas, las abuelas orca incrementan las posibilidades de supervivencia de sus nietos.¹⁰

Una de las rarezas más estrafalarias de la sociedad de las orcas es que las madres también desempeñan un papel crucial para la supervivencia de sus hijos adultos.¹¹ Así, cuando mueren las orcas más ancianas, sus hijos adultos comienzan a fallecer a un ritmo rápido, especialmente los machos. Por ejemplo, la tasa anual de mortalidad de las orcas macho menores de treinta años que se quedan huérfanas se triplica con respecto a la de los machos de su misma edad cuyas madres están vivas. En el caso de aquellos que pierden a su madre pasada la treintena, la tasa se multiplica por ocho (de nuevo, con respecto a los que aún tienen madres en vida). En el caso de las hembras, las menores de treinta no muestran un incremento de la tasa mortalidad al quedarse huérfanas; en cambio, las mayores de treinta mueren dos veces y media más que las que aún conservan a sus madres.

Las desventajas físicas para los machos que implican el peso extra de sus enormes aletas dorsales y pectorales y la ingente cantidad de comida que necesitan para mantener su titánico cuerpo (con casi nueve toneladas, pueden llegar a ser un tercio más inmensos que las hembras) parecen hacerlos dependientes de sus trabajadoras madres para conseguir comida. Las hembras no tienen los impedimentos de los machos, pero mientras están criando, también pueden depender de la ayuda de sus madres posreproductivas. Las hembras adultas comparten prácticamente todo el pescado que capturan, del cual más de la mitad va destinado a su prole. En el caso de los machos, sólo comparten su pesca un 15 % de las veces (y a menudo con sus madres). Si bien nadie parece entender del todo esta extraña tendencia de muerte relacionada con la orfandad, parece haber consenso en que el cuidado parental extremo puede estar en el corazón del asunto. Las ballenas dentadas son las campeonas mundiales de los cuidados. Las calderones tropicales siguen produciendo leche aún 15 años después del nacimiento de su última cría, y probablemente la usan para alimentar a las crías de otras hembras.¹²

Entre los delfines nariz de botella y los pintados del Atlántico (tal vez se descubran otros tipos con más investigación), hay hembras que no dan a luz en toda su vida. Denise Herzing les puso el apodo de «hembras de carrera», ya que su papel en la sociedad no incluye la maternidad. Tal vez sean estériles, tal vez homosexuales; sea como fuere, su contribución es

fundamental: son las niñeras. En una expedición, Herzing iba acompañada por una niña de nueve años que estaba de visita. «White Patches, la eterna niñera, nunca me había visto al cuidado de una joven humana. La emoción era palpable en sus vocalizaciones, muy sonoras y eléctricas. Se quedó un rato nadando junto a nosotros, sin perder de vista a la cría asociada a mí», comenta Denise.¹³ (Los investigadores a veces llaman a las niñeras «las tías». En general, es lo que suelen ser.) En el caso de los cachalotes, las niñeras son muy importantes durante las largas incursiones submarinas de las madres: las crías deben esperar cerca de la superficie, donde serían muy vulnerables al ataque de las orcas y, tal vez, de los temibles tiburones blancos.¹⁴ Los cachalotes, incluso, van un paso más lejos: una misma hembra puede amamantar a varios pequeños de su grupo y se han encontrado restos de leche en estómagos de cachalotes de trece años.

Las crías de orca que se quedan huérfanas con dos o tres años suelen sobrevivir únicamente si cuentan con cuidados extra de otros miembros de la familia. Tweak (alias L-97) era un bebé cuando Nootka, su madre, murió a los veintiséis años por un prolapso uterino; dar a luz la mató.¹⁵ La cría todavía dependía completamente de la leche y aunque su abuela estuviera junto a él, no podía dársela. Tweak adelgazaba cada vez más.

–Vimos a su hermano de nueve años ir en busca de pescado e intentar dárselo al pequeño –nos cuenta Ken.

El hermano mayor desmigajaba el salmón y le presentaba los pedacitos al bebé, pero éste todavía no estaba preparado para comer. No sobrevivió.

Los ha habido con más suerte. Cuando L-85 tenía tres años, su madre falleció; su hermano de treinta años se tomó muy en serio su cuidado.

–Veías a aquella cosita de tres años nadando junto a aquel titán –recuerda Ken–, casi como si fuera su mamá.

Hoy L-85 tiene veintidós años.

Por aquí llega el afortunado L-87. Tiene veintiún años y sobrevivió a la muerte de su madre hace ocho (ella tenía cincuenta). Es la única orca a la que se ha visto cambiar de manada: durante unos años se fue con las K y ahora,

con frecuencia, se lo ve con las J. En tono de admiración, Ken explica:

–Es una orca con mucha personalidad. Siempre está por ahí, dando saltitos para curiosear y mirar a los barcos. Hay veces que, de pronto, ¡plof!, ahí está, con la cabeza fuera, justo a tu lado. Obviamente, quiere jugar; le encanta la reacción de la gente y tiene sentido del humor, pero no todas las orcas son así.

En el grupo hay machos, hembras y crías. Y, como con los humanos y los elefantes, los bebés aportan vitalidad a la familia.

–Lo mejor es cuando hay crías cerca –afirma Kathy.

–Las orcas parecen derretirse con los bebés –dice Dave y añade–: Ha habido casos en los que las madres han emergido a ambos lados del barco con la cría, como para presentárnosla.

De hecho, las hembras en ocasiones han aparcado a sus crías al lado de la embarcación si querían alejarse un instante para atrapar algo de pescado o socializar. Una vez que Dave estaba junto a la manada J, sucedió lo siguiente:

–Apareció un grupo de madres con sus crías. Básicamente, les dijeron algo como: «Hala, muy bien, y ahora todos a jugar al lado del barco». Así que ahí las tuvimos, cuatro o cinco crías de uno a seis años que se quedaron jugueteando a nuestro alrededor mientras las madres se fueron de pesca.

Ken añade:

–Las crías se lo pasaron bomba. Se pegaban revolcones frente a la proa y buceaban bajo el barco para remontar por la popa. Estaban como locas, venga a dar saltos y piruetas.

Es habitual que un grupo de hembras acompañe a un recién nacido a la superficie justo después del parto para ayudarlo con su primera respiración. Alexandra Morton presenció un alumbramiento. «Había tantísimas que era imposible saber quién era la madre. Todas estaban constantemente tocando al bebé», describe.¹⁶ Con frecuencia, las madres empujan con el hocico a sus crías lactantes, y en una ocasión, un investigador vio a tres orcas que sostenían en el aire en equilibrio sobre sus narices a una cría recién nacida. (Toda una hazaña si tenemos en cuenta que una orca recién nacida mide unos

dos metros y medio y pesa unos ciento ochenta kilos.) Las marcas de dientes en un bebé de la manada J sugieren que algún miembro de la familia colaboró en el parto como comadrona y ayudó con su propia boca a sacar al bebé del cuerpo de la madre.

Todos los tipos de delfines acarician a sus crías con el hocico y las amamantan; crean vínculos emocionales a falta de brazos para mecerlos; sus cerebros están inundados de las mismas hormonas del amor que nadan en los nuestros; sus crías también buscan y succionan la leche tibia; sus compañeros exhiben un nerviosismo, un entusiasmo y unas preocupaciones similares. Es lo mismo. Me cuentan que las delfines adolescentes, como las elefantas y muchas humanas, están «superinteresadas en hacer de niñeras o en estar cerca de los bebés».

Cuando los pequeños delfines ponen a prueba la paciencia de los adultos, tanto sus madres como sus niñeras los regañan y los castigan.¹⁷ Aunque la gente lleva miles de años viendo a los delfines remontar a las crías enfermas a la superficie, ha habido que esperar a la era de las gafas de buceo y de la investigación etológica para ver ¡a una madre pintada haciendo una ahogadilla a una cría que no se estaba portando bien! Pero los más pequeños, después de calmarse un instante y de la correspondiente regañina del adulto a cargo, «retoman su comportamiento “descontrolado”». Después de todo, son sólo niños.

El juego y la diversión están incluidos en su repertorio. Ken ha visto a las orcas jugando con una pluma, intentando mantenerla en equilibrio sobre el hocico, y después lanzarla y atraparla con una aleta; lanzarla de nuevo y atraparla con la cola.

—Una criatura de ocho toneladas jugando con una pluma... —recalca Ken maravillado—. Requiere un control táctil sublime... ¡Y a esas velocidades! Sencillamente, tienen tiempo para entretenerse.

Sea lo que sea el juego, a los delfines les gusta jugar; es una forma de ingenio, a la vez clara y misteriosa. «El juego es una señal de inteligencia y es asimismo una característica indispensable para la creatividad –escribió el psiquiatra Sterling Bunnell–. Su marcado desarrollo en los mamíferos marinos incita a pensar que estas criaturas se divierten tanto con sus mentes como con sus cuerpos». ¹⁸ A veces, los nariz de botella más jóvenes se propulsan fuera del agua hasta un muelle y otras crías los empujan para arrastrarlos de vuelta al agua: disponen de su propia versión de los juegos de piscina. ¹⁹

Por no hablar de las burbujas. ²⁰ Los delfines nariz de botella no sólo hacen burbujas; son auténticos maestros, malabaristas, artistas prodigio del modelado de burbujas. Y es un arte que requiere práctica, de modo que eso hacen: practican; sobre todo los jóvenes. Algunos hacen su primera burbuja sin querer, observan cómo asciende ensimismados y después trabajan para perfeccionar su técnica. Y a partir de ahí: compartir y copiar, idear y jugar. *Voy a soplar sólo un trocito y a ver si me sale un anillo. Después levantaré un poco de agua girando sobre la cola y en medio del remolino haré otra burbuja. ¡Vaya! Si se queda atrapada en el círculo... ¿Y si lanzo un pez dentro de ese anillo que asciende? ¡Anda! ¡El pez gira y también sube! ¿Y si hago una pompa de lado y se levanta hacia arriba? ¿Y si doy picotazos con el hocico a mi alrededor y formo un aro con el agua que salpico? ¿Y si corto el anillo? ¿Y si con los fragmentos fabrico dos más pequeños? ¿Y si hago como una curva de agua ondeante que destelle como la plata?* Inventar, probar, evaluar, cambiar. Todo eso hacen y, además, a turnos. Algo así como: *Voy nadando a toda mecha, trazo una curva y hago un vórtice con mi aleta dorsal, luego doy un giro en un pispás e inyecto un soplo de aire dentro del remolino. ¡Uau! Una hélice plateada larga acaba de salirme justo enfrente. ¡A ver si te sale!* (A nadie le salió, sólo a Tinkerbelle.) ¿Sólo has conseguido una pompa babosa? Estállala, que desaparezca. ¿Acabas de soplar una burbuja de primera? Intenta hacer una segunda y prueba a juntarlas. ¿Listo para dejarlo? Es importante morder el último anillo antes de que roce la superficie, dejar la pizarra limpia. Se acabó el juego. Del otro lado del cristal, una cría más pequeña, anonadada ante la destreza de los mayores, hace sus

pinitos y prueba. Le sale alguna burbuja, pero ninguna acaba en anillo. Ya llegará, pequeñín, sigue intentándolo.

En las Bahamas, los delfines pintados del Atlántico en libertad suelen jugar a lanzarse objetos con los investigadores. Un día, aparecieron con un pez lija vivo. «Los delfines lo llevaban atrapado en la boca con suma delicadeza, y lo soltaban como invitándonos a coger a la aterrada criatura, – escribe Denise Herzing–. Pero justo antes de que uno de nosotros cogiera al pobre pez, los delfines dejaron clara su superioridad acuática y se lanzaron en picado a por él.» Parece extraordinario que estas criaturas que viven en libertad contemplen a los humanos como unos compañeros de juego dignos; esta idea acarrea implicaciones muy importantes en lo que respecta al entendimiento entre unas mentes y otras. Aquí están y así son. Cruzan ese puente tendido entre las especies y lo hacen en sus propios términos, para ofrecer su propia invitación, su propio juego, sus propias reglas y, además, lo han hecho cantidad de veces. Entretanto, cuando los peces, muertos de miedo, intentan por todos los medios esconderse de los delfines demuestran haber entendido de quién deben preocuparse. (Llegan a ocultarse dentro de los bañadores de los humanos o entre una cámara de vídeo y el rostro de una persona, mientras los delfines emiten sus zumbidos y hurgan para recuperar su juguete viviente.) Herzing confesó que aunque sintió lástima por el pez, entregárselo a los delfines «le pareció lo justo».²¹

En una ocasión, Ken estaba observando a varias orcas concentradas en capturar unos pocos salmones. Todas menos J-6, un macho adolescente.

–Se paseaba de barco a barco, asomaba la cabeza justo al lado de las embarcaciones y miraba a todo el mundo. Sólo quería exhibirse un poco. – Según Ken, cuando las orcas pasan cerca de determinados lugares en la tierra donde la gente se agrupa para verlas, y aplaude y anima, las orcas se entusiasman, realizan muchas más acrobacias y montan todo un espectáculo. Los espectadores comenzarán a correr por la costa y las orcas golpearán con la cola, chocarán con la aleta y brincarán. Hacen lo mismo cuando pasan cerca de algún barco de avistamiento de ballenas lleno de gente coreando.

¿Por qué?

–Yo creo que somos tan entretenidos para ellas como ellas para nosotros.

Inteligente, ¿en qué sentido?

A medida que empiezo a recopilar ejemplos de la «cognición» de los delfines, caigo en la cuenta de que son tan cognitivos como cualquiera de nosotros. Existen tantísimos ejemplos de delfines mostrando comportamientos conscientes e inteligentes (porque, de hecho, lo son) que le entran ganas a uno de buscar ejemplos de humanos haciendo gala de las mismas cualidades. Es lo que somos; ellos también. Hace decenas de miles de años que los humanos y los delfines no compartimos un ancestro común; y sin embargo, para el aparente asombro del resto de criaturas que pasan su vida en el líquido elemento, cuando los delfines nos ven se suelen acercar para jugar, nosotros los saludamos y podemos reconocer en esos ojos que ahí dentro hay alguien muy especial.

–Hay alguien ahí. No es un humano, pero es un alguien –dice Diana Reiss.¹

Es necesario tener en cuenta que cuando hablamos de «delfines», de las más de ochenta especies de delfines y orcas que existen, tan sólo seis (los nariz de botella, los oscuros, los pintados, las orcas, los cachalotes y las yubartas) han sido estudiadas a nivel conductual, y además, únicamente en parte de sus zonas de distribución. En el mar conviven más de setenta especies de ballenas dentadas (como los cachalotes, los delfines y las marsopas) y una docena de ballenas barbadas (en lugar de dientes, tienen una especie de cepillo por donde filtran pequeños pedazos de comida, como si fuera un tamiz).² En conjunto, estas especies reciben el nombre de «cetáceos», que viene de la

palabra griega para referirse a un monstruo acuático. Son mamíferos nadadores con espiráculos en la cabeza; apenas hemos tenido trato con ellos.

Al estudio académico sobre la inteligencia de los delfines le costó una década sobreponerse a sus desastrosos inicios; de hecho, en cierto modo, no ha logrado superar las consecuencias de su primer investigador famoso, quien envolvió a los delfines en un aura mística de la que aún no se han desprendido. Hay que decir, no obstante, que ellos mismos se han ganado un poco de ese halo de misterio.

A finales de la década de 1950 y durante los años sesenta, John C. Lilly, un neurofisiólogo e investigador del cerebro nos presentó a unas criaturas que albergaban unos enormes cerebros y eran, por tanto, superiores a nosotros. En cierto modo, constituyó un paso hacia adelante, si tenemos en cuenta que hasta entonces muchos veían a las ballenas como criaturas cuyo único interés era engullir seres humanos. Pero Lilly también se equivocaba: afirmó que un animal con un cerebro tan grande como el de un cachalote debía de tener una mente «genuinamente divina».³ No entraremos a debatir lo que es una mente «divina», ni lo que haría una ballena con ella. Lilly cometió el error de asumir que el tamaño del cerebro guardaba una relación directa con la habilidad de pensamiento.

Los cerebros de especies diferentes destacan en habilidades diferentes. El sistema nervioso y la estructura cerebral implicados en la detección y el análisis de los olores constituyen una parte importante del cerebro de un perro, pero son prácticamente inexistentes en el de una ballena. A su vez, el cerebro de un cachalote emplea muchísimos recursos para crear, detectar y analizar sonidos; es más grande que el de las ballenas azules, a pesar de que éstas los doblen en tamaño. ¿Qué hacen exactamente los cachalotes con su singular cerebro? Planean largas rutas migratorias, guardan registro de los amigos y familiares durante décadas y a lo largo de miles de kilómetros de viaje. Se preparan para inmersiones a más de un kilómetro de profundidad; gestionan el bombeo, la distribución y la circulación de la sangre y el oxígeno

durante las pausas en las que dejan de respirar (que pueden llegar a durar un par de horas); controlan la tracción y la coordinación muscular necesarias para cazar calamares del tamaño de nuestras peores pesadillas sin una sola gota de luz. Hacen algunas cosas que los humanos no podemos hacer; y no pueden hacer algunas cosas que los humanos hacemos. Poseen un cerebro mucho más interesante y sin duda más útil para las labores del día a día que uno «genuinamente divino», una etiqueta que no es sino una grandiosa tirita para el «no sabemos» con la que Lilly cubrió la pupa intelectual de su propia teoría.

No sin razón, los científicos ridiculizaron a John Lilly. Su empeño en que lograríamos descifrar la comunicación de los delfines (enseñándoles inglés) resultó un fracaso. No obstante, la imagen que creó de los delfines como seres superiores caló en el imaginario colectivo y aún hoy sigue vigente; los humanos continuamos a la espera de la señal que corrobore que, efectivamente, los delfines pertenecen a un nivel superior. Quizá todos confiamos en que de algún modo, algún día, alguien mejor que nosotros nos libraré de nuestros demonios.

Fue necesario esperar a la década de 1970 y al trabajo del equipo de Louis Herman para que las investigaciones sobre la cognición de los delfines fueran en serio. Herman demostró que una nariz de botella hawaiana llamada Akeakamai respondía correctamente cuando se le enseñaba un símbolo arbitrario (no una imagen literal) que representaba «pelota», seguido de otro que indicaba «pregunta».⁴ Si no había pelota, Akeakamai apretaba la palanca del «no». Esto puso de manifiesto que un delfín podía construir el concepto de pelota y era capaz de recurrir a ese conocimiento cuando se le mostraba un símbolo que representase dicho concepto. Demostró que los delfines son, tal como se sospechaba, muy inteligentes, sea lo que sea ser «inteligente».

En el Instituto de Estudios de los Mamíferos Marinos de Misisipi, se entrenó a unos delfines para que mantuvieran limpia su piscina ofreciéndoles un intercambio de basura por pescado. Un delfín llamado Kelly se dio cuenta de que obtenía la misma cantidad de pescado por un trozo grande de papel que

por uno pequeño así que, con la ayuda de un peso, comenzó a esconder en el fondo todos los papeles que el viento arrastraba al tanque.⁵ Cuando pasaba un entrenador arrancaba un pedacito de papel para intercambiarlo por un pez; después, otro trozo, y conseguía otro pez. Había especulado dentro de la economía de la basura amañando un aumento de la tasa de inflación de los desechos, lo que se traducía en unos ingresos constantes de comida. De modo parecido, en California, pillaron a un delfín llamado Spock despedazando una bolsa de papel que había escondido bajo una de las tuberías al fondo de la piscina para comprar pescado con cada trozo.⁶

En una ocasión, una gaviota voló a la piscina de Kelly; ésta la capturó y esperó a que aparecieran los entrenadores. A los humanos debían de gustarles mucho los pájaros puesto que le entregaron varios peces a cambio y Kelly aprovechó esta nueva pista para trazar un plan. Durante la siguiente comida, cogió el último pez, lo escondió y, cuando los humanos se hubieron marchado, sacó el pez a la superficie, lo que atrajo a más gaviotas con las que conseguiría muchos más peces. Después de todo, ¿para qué esperar a sisar un trocito de papel traído por el viento cuando podías convertirte en un acaudalado delfín experto comerciante y pescador de aves? De modo que eso mismo le enseñó a su hijo, que a su vez transmitió el conocimiento a otros jóvenes y así los delfines del instituto se convirtieron en cazadores de gaviotas profesionales.

Una joven orca de Marineland Canada, en Ontario, llegó a la conclusión de que si esparcía pescado mascado por la superficie de la piscina y se ocultaba bajo el agua, podía darle a su vida un toque más deportista.⁷ Cuando se acercaba una gaviota, la orca brincaba hacia afuera y, en ocasiones, lograba atraparla y comérsela. Repitió el truco muchas veces y después de un tiempo, su medio hermano y tres otras orcas imitaron su ejemplo.

Perspicacia, innovación, planificación, cultura.

En 1979, la doctora Diana Reiss empezó a trabajar con una nariz de botella cautiva llamada Circe.⁸ Cuando ésta se comportaba tal y como Diana esperaba, recibía a cambio elogios y algo de pescado; cuando no, le tocaba un «tiempo de castigo», durante el cual Reiss se alejaba o le daba la espalda para indicarle que no había actuado «correctamente». (Hoy en día estas pausas se

consideran obsoletas ya que pueden causar frustración a las criaturas inteligentes.) A Circe no le gustaba comerse la aleta caudal de las caballas y escupía esos trozos, de modo que, básicamente, entrenó a Reiss para que se las cortara. Después de unas pocas semanas de entrenamiento, un día Reiss se despistó y le dio a Circe un pedazo con aleta. Ésta meneó la cabeza de un lado a otro, igual que nosotros decimos «no», escupió el pescado, nadó al otro lado de la piscina, se colocó de frente a Reiss, la miró un instante y volvió. Circe el delfín había dado a Reiss la humana un tiempo de castigo.

Reiss, atónita pero escéptica, ideó un experimento. A lo largo de varias semanas, en seis ocasiones distintas le entregó a Circe a propósito trozos con aleta. Circe le dio a Reiss otros cuatro tiempos de castigo. Fueron las únicas ocasiones en las que Circe se comportó así. Ésta no sólo había aprendido la idea de «recompensa» y «no recompensa; tiempo de castigo» con respecto a su propio comportamiento, sino que había conceptualizado el «tiempo de castigo» como un modo de comunicar «yo no había pedido eso» y lo usaba para corregir a su amiga humana.

Reiss también trabajaba con un joven macho llamado Pan que estaba aprendiendo a utilizar símbolos abstractos en un teclado. (Los símbolos nunca eran literales, por ejemplo, el de «pelota» podía ser un triángulo; y las teclas cambiaban de posición para obligar al delfín a aprender el símbolo, no la ubicación.) A Pan no le interesaban los juguetes, él lo que quería era pescado. Cuando Reiss eliminó la tecla «pescado» de las opciones, Pan se encontró un pez que había sobrado del desayuno, nadó de vuelta hasta el teclado, colocó al bicho sobre una tecla en blanco, y miró a Reiss con ojos anhelantes. La investigadora comprendió perfectamente lo que quería; Pan no podía haber sido más claro.

Al poco de empezar el proyecto, los delfines comenzaron a imitar los diferentes silbidos que el ordenador asociaba a cada objeto. Cuando Pan jugaba con Delphi, su compañera de piscina, ambos copiaban los sonidos de la máquina para «pelota», «anilla» y demás objetos.⁹ La doctora Reiss me lo explicó y añadió:

—Un día le había hecho a Pan el gesto para ordenar que me trajese algo. En la piscina sólo había un juguete, una pelota, pero lo tenía Delphi en la

boca. Pan nadó hasta su compañera y oí que alguien emitía el silbido «pelota». Delphi se la pasó y los dos nadaron hasta mí.

No sólo habían aprendido los símbolos humanos, sino que los usaban para comunicarse entre sí.

Otro delfín, también llamado Delphi pero macho, había empezado a jugar con la comida: agarraba peces con la boca y luego los esparcía por toda la piscina. Reiss entrenó a Delphi para entender la orden «tragar», y no le daba más peces hasta que hubiese enseñado que el primero ya había desaparecido. Esto funcionó una semana más, durante la cual Reiss estuvo ausente y sus estudiantes siguieron dando de comer a Delphi pidiendo la prueba del «tragar». Cuando Reiss regresó, los tragos de Delphi parecían exagerados. ¿Le dolería la garganta? Engullía de manera más teatral, enseñaba la boca vacía con más frecuencia, y obtenía más pescado. De pronto, escribe Reiss, «los ojos de Delphi se abrieron como platos». Abrió la boca y... por la boca muere el pez. «Estaba hasta arriba de peces enteros». Debía de haber estado guardándolos en la garganta. «Y antes de que me diera tiempo de separar los labios y mostrar mi sorpresa, comenzó a sacudir la cabeza de un lado para otro». Los peces salieron volando por todos lados. «Estaba claro que Delphi jugaba y había decidido gastarme esa broma a mí, no a los estudiantes». Delphi había engañado a Reiss, la había manipulado y parecía disfrutar con ello, igual que Reiss, quien añade: «Me reí como una loca».

Son criaturas inteligentes, no cabe duda. Pero ¿qué es la inteligencia? ¿Tiene que ver con la perspicacia, el razonamiento y la flexibilidad? ¿Con la curiosidad y la imaginación? ¿Con elaborar planes y resolver problemas? Tal vez la clave esté en que tenemos diversos tipos de inteligencia. Tal vez alguien sea más inteligente en matemáticas, en violín, en captar señales sociales, en pescar, en arreglar trastos o en contar cuentos. ¿Realmente es posible que exista una única inteligencia entre nosotros o entre todas las especies?

«Personalmente, me parece que no tiene ningún sentido intentar

posicionar a las diferentes especies en una escala gradual de inteligencia – escribe Peter Tyack, experto en mamíferos marinos–. Existen cientos de pruebas para medir la inteligencia de los humanos, pero aún no nos hemos puesto de acuerdo ni siquiera para definirla».¹⁰

¿Quién era más «inteligente», Pablo Picasso o Henry Ford? Ambos fueron brillantes, cada uno a su manera. Tal vez nuestra palabra «inteligencia» sea una tosca etiqueta que abarca tanto los potenciales de resolución de problemas como los talentos para adquirir habilidades.

Puede que el talento sea la cosa más rara acerca de nuestros cerebros. En las cavernas, las mentes humanas ya estaban allí; de hecho, las paredes siguen decoradas con sus obras. Antes de la agricultura o de la tecnología que hoy reflejan nuestra inteligencia, la capacidad inventiva ya estaba ahí. Muchísimas culturas de cazadores-recolectores no han cambiado un ápice en varios milenios; desde la antigüedad hasta nuestra época, han vivido generación tras generación con las mismas piedras, la misma madera y las mismas herramientas de hueso. Hasta 1800, varias culturas indígenas de las Américas, África, Australia y buena parte de Asia seguían dependiendo por completo de las tecnologías de la Edad de Piedra; muchos no conocían la rueda, ni las herramientas con partes móviles, ni el hierro. Incluso hoy en día resisten remotos reductos donde siguen viviendo culturas de la Edad de Piedra. Y no son menos humanos. A las puertas de la Revolución Industrial, Mozart, Beethoven y los autores de la Constitución de los Estados Unidos escribían con pluma, trabajaban sin máquinas ni electricidad. Ordenadores, centros comerciales, aeropuertos, lavavajillas, televisores... En 1900 no había nada de eso. Los *smartphones* no nos hacen humanos, los humanos hacen *smartphones*. Y desde hace bien poco, por cierto.

Puede que los cerebros humanos encogieran debido a la previsibilidad de la vida sedentaria, la agricultura y la civilización; no obstante, miles de años después, lograron componer *Petrushka* y enviar cohetes a la Luna. La gente nacida en chozas para esconderse de los animales puede aprender a crear *software*.

Max Delbrück, Premio Nobel de física, se cuestionó sobre nuestro supuesto cerebro superdotado de la Edad de Piedra.¹¹ «Se entregó mucho

más de lo que se pidió», comentaba. Y no sólo en nuestro caso. ¿En qué punto surge la capacidad de un perro para percibir y alertar de un posible ataque a su compañero humano? Si los bonobos son físicamente incapaces de formar palabras ¿por qué motivo pueden comprender el lenguaje verbal de los humanos al mismo nivel que un niño pequeño? ¿Por qué los delfines, con sus aletas por extremidades, aprenden a interpretar señales que los humanos realizan con el brazo? ¿Qué les motiva a tener sexo delante de un espejo y hacer otras cosas que un delfín que vive en un océano no tendría la posibilidad de hacer ni en un millón de años? ¿Por qué existe esa capacidad?

¿De dónde viene la inteligencia? En parte, es una cuestión de escala: los cuerpos grandes tienen cerebros grandes que, a su vez, poseen más poder computacional con el que jugar. En nuestro planeta, en cuestión de tamaño cerebral, el podio lo ocupan las ballenas, los elefantes y los primates. La vida no ha seleccionado una línea más inteligente con los humanos como el fin último (aunque puede que terminemos siendo quienes supongan el fin de todo esto). El cerebro de los cachalotes, con sus ocho kilos de peso, es el más grande que jamás haya existido.¹² Los delfines nariz de botella pesan bastante más que los humanos y lógicamente, sus cerebros también son más grandes. Su neocórtex, la parte pensante, también es más grande que el nuestro. El cerebro humano es una pizca más grande que el de una vaca. ¿Una lección de humildad?

Ahora bien, como en todo lo bueno, el tamaño no es lo único que importa. Peter Tyack nos recuerda: «Las abejas, cuyo cerebro pesa unos miligramos, disponen de un lenguaje a través de la danza que, a mi entender, representa un hito en la comunicación animal y está a la altura de todo cuanto se ha demostrado con los mamíferos marinos salvajes, independientemente del tamaño de sus cerebros». Recordemos que el baile de las abejas sirve para indicar a sus compañeras dónde está la comida, cómo de lejos, cuánta hay y si puede surgir algún problema allí.¹³ Así que sería prudente afirmar que no existe una única inteligencia; no tiene una fórmula.

Un cuerpo grande necesita un cerebro grande simplemente para manejar

la maquinaria física; para ser «listo» en un cuerpo de cualquier tamaño, es necesario tener un cerebro más grande que la media de los de nuestro peso. Los cuervos y los loros, aves reputadas por su inteligencia, tienen una proporción entre el tamaño del cuerpo y la masa corporal similar a los chimpancés. Los cuervos resuelven con éxito ciertos rompecabezas a los que los chimpancés, con sus cerebros mucho más pesados, no hallan solución. Se ha denominado a su perspicacia para resolver problemas «inteligencia de tipo primate».¹⁴

Con el objetivo de comparar la proporción entre el peso del cerebro y el tamaño del cuerpo los expertos desarrollaron el «cociente de encefalización», o EQ por sus siglas en inglés: *Encephalization Quotient*. (Con «encefalización» se refieren a «cantidad de cerebro».) Así, un EQ de 1 indica que la proporción entre el peso del cerebro y el tamaño del cuerpo se ajusta a la media de los mamíferos: su cerebro pesa lo que cabría esperar para un animal de su talla.¹⁵ Los elefantes pueden alcanzar coeficientes cercanos a 2, o sea, cerebros el doble de grandes de lo que uno se imaginaría. Muchos delfines se encuentran entre el coeficiente 4 y el 5, y los delfines de flanco blanco del Pacífico llegan con facilidad al 5,3. Los chimpancés, en cambio, se quedan algo más cortos con un 2,3. Los desproporcionados cerebros de los delfines sólo tienen un competidor por delante: los humanos, con un cociente de encefalización que ronda los 7,6 puntos.¹⁶ Que poseemos la proporción más alta de peso cerebral por volumen del cuerpo es un hecho. (A juzgar por vuestra reacción, también tenemos más ego e inseguridades que ninguna otra especie.)

Pero eso de pesar los cerebros y punto suena un poco *frankensteiniano* y además, el cociente encefálico no refleja el cociente intelectual: el tamaño no equivale al intelecto. El cerebro de un humano representa el 2 % de su masa corporal; el de una musaraña, casi el 10 %, y estas criaturas no son precisamente unos lince... Los monos capuchinos tienen un cociente de encefalización superior al de los chimpancés, pero estos últimos les dan mil vueltas en cuanto a sus capacidades como estrategas, creadores de alianzas,

políticos y cazadores.¹⁷

Si el cociente de encefalización es una medida imprecisa es porque los cerebros tienen distintos componentes. Algunos son antiguos, aquellos que heredamos de los peces, y otros más recientes, los que sólo compartimos con el resto de mamíferos. No sólo es cuestión de peso bruto, también hay que tener en cuenta el tamaño de las diferentes partes destinadas a diversas tareas. Las orcas tienen un cerebelo relativamente más grande (para coordinar o automatizar tareas complejas como el nadar, mantener la frecuencia cardíaca y el movimiento) y un mayor mecanismo para el procesamiento del sonido, pero recordemos que prácticamente no dedican recursos al olfato.

En las orcas, el neocórtex, la morada de la consciencia y los pensamientos, cubre un área de superficie relativa al tamaño del cerebro mayor que en los humanos.¹⁸ Hablamos del *hardware* de la conciencia, del cableado del pensamiento. ¿Qué son capaces de hacer con un cerebro así? Lo hemos visto: complicarse la vida con conductas complejas, crianzas a largo plazo, exigencias atléticas, y altos niveles de socialización en entramados sociales aún mayores formados por otros grupos. Pero el neocórtex humano es dos veces más grueso y además posee una densidad celular mucho más elevada.

No os aturulléis. Aún no hemos acabado.

Ahora, si me permitís, adentrémonos en el corazón del cerebro. El peso y el tamaño no son más que meras cubiertas de lo que de verdad importa: las células nerviosas, las neuronas. Pero no sólo debemos tener en cuenta el número. Cuál es su densidad; cómo están organizadas, conectadas, comunicadas con otros componentes; a qué velocidad transmiten impulsos. Todo lo anterior determina la capacidad de procesar información, y no existe peso ni medida capaz de capturar la capacidad intelectual en su conjunto. En cierto modo, medir un cerebro se puede comparar a medir la caja de los fusibles de una casa: si ésta es grande, será que la casa también lo es, ya que necesita más cables y más artilugios. Está claro que si quitamos los fusibles, nos quedamos sin luz. Pero la caja de fusibles no es lo único que ilumina nuestra casa: también interviene la instalación eléctrica. ¿Qué conectan esos cables? ¿Dónde están las tomas de corriente, el interruptor diferencial, los

plafones y las bombillas, los cables para la cocina eléctrica y para internet? Tenemos estructuras en el cerebro, de acuerdo, pero el modo en que dichas estructuras estén cableadas marca la diferencia en cuanto a cómo nos conectamos a la realidad, qué podemos descargar y retransmitir, y en cómo brillan nuestras luces.

Sólo hay una generalización que podemos hacer: el elemento clave para la flexibilidad en la resolución de problemas y para la destreza mental parece ser el número y la densidad de neuronas del córtex cerebral de los mamíferos, y en el equivalente al córtex de los no mamíferos. Como sucede con cualquier sistema computacional, el número de unidades de procesamiento determina la capacidad total de procesamiento.¹⁹ Después de comparar los cerebros más grandes del planeta, los neurocientíficos alemanes Gerhard Roth y Ursula Dicke llegaron a la siguiente conclusión: «Los humanos poseen más neuronas corticales que ningún otro mamífero, aunque la diferencia con respecto a las ballenas y los elefantes es minúscula».²⁰ Las ballenas tienen entre seis mil millones y diez mil millones y medio; los elefantes, once mil millones, pisando nuestros talones corticales. Los humanos tenemos entre once mil quinientos millones y dieciséis mil millones de neuronas en el córtex cerebral, depende de a quién preguntemos.²¹ Las nuestras están empaquetadas en un espacio reducido, por lo que la transmisión de señales es más rápida.

¿Y qué hay de los asombrosos cuervos y loros? Nadie las ha contado, pero en general, las células de las aves son más pequeñas que las de los mamíferos, de modo que sus cerebros poseen más capacidad de procesamiento y velocidad, en un espacio más reducido. En cuanto a la velocidad de transmisión de señales, sólo hay que ver lo extremadamente alerta que están los pájaros.

Las neuronas cerebrales de un individuo humano son prácticamente imposibles de distinguir de las de una orca, un elefante, un ratón o... una mosca.²² Si observamos las sinapsis, los diversos tipos de células nerviosas, las conexiones y hasta los genes que crean dichas neuronas, veremos que todas son esencialmente idénticas en las distintas especies. En el fondo, las diferencias entre especies son una cuestión gradual. Roth y Dicke concluyen:

«La excepcional inteligencia del ser humano resulta ser fruto de la combinación y el aumento de propiedades que se hallan en no primates... No tanto de propiedades “únicas”».

El cerebro social

Si vamos a tener un cerebro más grande y más denso, tendremos que pagar para que funcione y lo cierto es que, en términos energéticos, los cerebros son unos verdaderos glotones. Con apenas el 2 % de nuestra masa corporal, consumen casi un 20 % del presupuesto energético de todo nuestro cuerpo (¡por eso pensar cansa tanto!).¹ Los excesos crónicos de gasto energético pueden matar; cuando vienen mal dadas y nos quedamos sin calorías, morimos de hambre. Entonces, ¿para qué arriesgarnos a tener un cerebro grande? Una de dos: o es una necesidad vital, o nos compensa con una ventaja inigualable.

No es una necesidad vital; hay cantidad de especies menos listas que sobreviven estupendamente, muchas gracias. Las orcas capturan salmones con técnicas ingeniosas, pero serían más abundantes si fueran salmones, sin más. El éxito está en la abundancia así que, ¿para qué tanto devanarnos los sesos? Los delfines y los atunes suelen vivir en las mismas aguas y cazan las mismas presas; los segundos son más eficientes en términos energéticos y son más numerosos. De modo que la pregunta persiste: ¿por qué pagar la tasa por tener un cerebro más grande que la media? Las arañas y los insectos se las apañan bien siendo billones; sus diminutos cerebros no suponen ninguna desventaja. De hecho, si nos atenemos a las cifras, podría dar la impresión de que los cerebros grandes acarrearían costes para la reproducción y la supervivencia. Pero los delfines pagan la diferencia para ser más listos que los atunes y los elefantes, para ser más listos que los antílopes, conque algo tiene que haber en sus vidas que requiera inteligencia, por cara que ésta sea.

Durante mucho tiempo, los etólogos han dado por sentado que cuanto

más le costaba a una especie asegurarse el alimento, más inteligente era; es decir, que un intelecto más brillante se reflejaba en un abastecimiento de comida más complejo. Pero entonces, ¿y esos atunes y delfines expertos en capturar los mismos peces y los mismos calamares? La alimentación no puede ser la causa de la diferencia intelectual entre ambos. Los atunes son listos a su manera y son unas criaturas maravillosas, pero no viajan junto a sus crías durante los años de aprendizaje, ni ayudan a sus compañeros heridos, ni se llaman unos a otros. Estas diferencias son importantes; son diferencias sociales. Si eres ñu, tu sociedad es tan llana como los pastos donde paces: ni líder, ni ambiciones sociales, ni grupo familiar. Tampoco un cerebro excepcional. ¿Por qué? No les hace falta. Los ñus comen hierba y los elefantes también. Entonces el pasto no es lo que hace de los elefantes unas criaturas más complejas emocional e intelectualmente.

Pero ¿qué pasa cuando, en nuestro propio grupo, necesitamos conservar un registro de los individuos específicos con los que nos cruzamos con cierta frecuencia que pueden desear nuestra comida, nuestra pareja o nuestro estatus; que puedan formar alianzas contra nosotros, o con nosotros contra nuestros rivales; o que puedan estar ahí cuando nos haga falta? ¿Qué pasa cuando de verdad necesitamos constantemente un equilibrio entre cooperación y competición entre individuos específicos? Cuando los individuos importan, cuando se es un «quién», es preciso un cerebro capaz de razonar, planear, recompensar, castigar, seducir, proteger, cuidar, comprender, simpatizar. Nuestro cerebro debe ser nuestra navaja suiza, con todo un abanico de estrategias para diversas situaciones. Delfines, simios, elefantes, lobos y humanos; todos lidiamos con situaciones similares: necesitamos conocer nuestro territorio y sus recursos, saber quiénes son nuestros amigos y seguir de cerca a nuestros enemigos, tener éxito en la fecundación, criar bebés, defendernos y cooperar cuando nos interese.

En varios delfines, los machos forman alianzas de dos o tres individuos para controlar el acceso exclusivo a las hembras que estén en condiciones de criar.² En el caso de los nariz de botella de Florida, las coaliciones pueden

llegar a durar 20 años y, en ocasiones, pueden terminar por fusionarse en grupos más numerosos que aplastan a los más pequeños, a quienes roban sus hembras cual auténticos bárbaros.³ Como bandas callejeras, pero con sonar.

La investigadora Janet Mann vio una alianza de machos nariz de botella que rodeaba a una hembra solitaria.⁴ En aquel momento, irrumpió una coalición, pero ¡de hembras!; todas comenzaron a frotarse contra los machos y a acariciarlos con las aletas para distraerlos. Después de dejar a la pandilla de machos aturcidos mediante técnicas que parecían jugar con su interés sexual, las hembras se marcharon. Me pregunto si se rieron del episodio. Las alianzas pueden ser decisivas para establecer quién gana y quién sufre. Si eso es lo que está en juego, entonces la inteligencia importa.

Los chimpancés ascienden en la escala social mediante favores y gracias a un criterio acertado a la hora de decidir en quién confiar y a quién subyugar; los investigadores hablan de «mentes maquiavélicas». El primatólogo Craig Stanford escribe: «Los objetivos de la carrera política de los chimpancés macho –acumular en la mayor medida posible poder, influencia y éxito reproductivo– no varían demasiado; ahora bien, las tácticas para conseguirlos cambian cada día, cada año y en cada época vital».⁵ ¿Por qué tanto esfuerzo, desgaste y riesgo por el estatus? Porque habitualmente el chimpancé de rango más alto será papá de más bebés, engendrados, la mayoría de las veces, por la hembra de rango más alto. Como esta conducta se reproduce, se perpetúa; de eso va la lucha por el ascenso social, tanto como si el implicado se da cuenta, como si no. Y en ambientes sociales, la inteligencia puede resultar útil para obtener acceso reproductivo a parejas de calidad.

Las especies con las sociedades más complejas desarrollan los cerebros más complejos. ¿Qué precede a qué? Lo más probable es que evolucionen juntos, en un duelo donde las ventajas sociales llevan la delantera sobre los costes sociales. Tomad nota: el cerebro más inteligente de todos es el social.⁶

Hace veinticinco millones de años, los delfines poseían el cerebro más brillante de nuestro sistema solar. En muchos aspectos, sería bonito que esto

no hubiera cambiado. Cuando los delfines eran los líderes cerebrales del planeta, el mundo no adolecía de problemas políticos, religiosos, étnicos ni ambientales; por lo visto, crear problemas es una de las cosas que «nos hace humanos».

Es posible que las ballenas posean «nuestro tipo de inteligencia», afirmaron los investigadores que descubrieron que los cerebros de estos animales también contenían un tipo especial de células hasta entonces consideradas exclusivamente humanas, llamadas neuronas «en huso» por su forma alargada.⁷ (También se conocen como neuronas Von Economo, en honor a su descubridor).⁸ Los cerebros con estas células especiales dan vida a los grandes primates (categoría que nos incluye, no lo olvidemos), los elefantes, las grandes ballenas y algunos delfines.⁹ Curiosamente, los hipopótamos, los manatí y las morsas también.¹⁰

Las neuronas en huso son el «tren expreso del sistema nervioso».¹¹ Gracias a ellas los impulsos pueden saltarse las paradas innecesarias, lo que permite una transmisión de señales más rápida, y por lo tanto una capacidad de valoración y reacción casi instantánea. Las neuronas en huso tienen la forma y la distribución adecuadas para extraer información de una columna completa de células cerebrales y enviarla rápidamente hasta otras estructuras cerebrales. Los científicos consideran que estas células posibilitan una toma de decisiones ágil e intuitiva en situaciones sociales complicadas y cambiantes.

Según parece, las neuronas en huso ayudan a los cerebros a seguir la pista de las interacciones sociales, realizar algunas funciones intelectuales y emocionales y tener sentimientos acerca de los sentimientos de los demás. Cuando estas células sufren daños, la conciencia social se ve afectada: perdemos la habilidad de controlarnos en nuestras interacciones con los demás, y merman nuestra intuición y capacidad de juicio. Hay quien cree que los daños en estas células están relacionados con la enfermedad de Alzheimer, la demencia, el autismo y la esquizofrenia.^{12 13}

Las neuronas en huso se descubrieron por primera vez a principios del siglo XX en los cerebros humanos, y durante décadas fueron consideradas el estandarte de la excepcionalidad del intelecto humano. Patrick Hof, codescubridor de estas células en las ballenas, afirmó: «No me cabe ninguna duda de que estos animales son extremadamente inteligentes y han desarrollado entramados sociales similares a los de los simios y los seres humanos».¹⁴

Igual que durante un tiempo algunas células cerebrales especiales o la fabricación de herramientas fueron atribuidas exclusivamente al ser humano, también la enseñanza se consideró una parcela exclusiva de la mente humana. Las orcas enseñan. La enseñanza implica, por un lado, que un individuo saque tiempo de sus quehaceres para mostrar e instruir, y por el otro, que el estudiante aprenda una nueva habilidad.

Si un chimpancé joven observa a un adulto y lo imita después, podemos hablar de aprendizaje; no obstante, el adulto no ha dedicado un tiempo específico a la instrucción, con lo cual no es enseñanza.¹⁵ En el fascinante bailoteo de las abejas, la bailarina se toma un tiempo para indicar información sobre una fuente de alimento, pero las demás recolectoras no aprenden una habilidad nueva. Lo mismo ocurre con algunas hormigas, o con animales que alertan de la presencia de los depredadores.¹⁶ Es cierto que emplean un tiempo en mostrar algo, pero no imparten nuevas destrezas en sus aprendices. Las orcas, en cambio, sí enseñan habilidades.

Cerca de las islas subantárticas Crozet, en la parte más meridional del océano Índico, las orcas capturan cachorros de lobos marinos y de elefantes marinos acercándose hasta las playas.¹⁷ La tarea entraña peligros pues las orcas corren el riesgo de quedarse varadas, deben ser capaces de arrastrar sus cuerpos hasta la orilla salvadora. De modo que los adultos enseñan a los jóvenes cómo hacerlo. Enseñan paso a paso; dan clases.

En primer lugar, practican en playas donde no hay focas. Con mucho cuidado, las madres empujan a sus hijos a la orilla de playas con pendiente pronunciada, desde las cuales los pequeños pueden culebrear de vuelta al mar

con facilidad. Es el equivalente en las orcas de ir a aprender a conducir en un aparcamiento antes de lanzarse al tráfico real. Esta enseñanza permite adquirir práctica en un entorno seguro, puesto que elimina el riesgo de un encallamiento letal. Después, los pequeños aprenden a cazar observando los certeros ataques de sus madres. Por último, con cinco o seis años, las pequeñas orcas ya se aventuran a las playas a intentar capturar a sus presas. Con frecuencia, una hembra adulta los ayuda a regresar al agua, provocando una ola con su cuerpo si es necesario. El tiempo invertido en la enseñanza implica que las madres capturan menos focas para sí mismas. Es muy probable que este entrenamiento sea la cumbre absoluta tanto de la enseñanza como de la planificación a largo plazo entre los no humanos.

En Alaska, unos investigadores vieron dos orcas que enseñaban a cazar a una cría de un año practicando con aves marinas.¹⁸ Las adultas aturdían con la cola al pájaro desprevenido y la pequeña orca se acercaba para practicar la técnica de los coletazos. En ocasiones, las madres de los delfines pintados del Atlántico sueltan a un pez capturado para que sus crías aprendan a cazar, y lo vuelven a atrapar si éste se escapa.¹⁹ Asimismo, las crías se colocan junto a sus madres que escanean y hurgan los fondos arenosos en busca de peces escondidos; los pequeños pueden escuchar disimuladamente los ecos e imitar la técnica de las madres, pero éstas emplean más tiempo en hacer la demostración. Las madres nariz de botella australianas que se colocan esponjas en el hocico para protegerse de las endiabladas espinas y los punzantes agujones de los peces escorpión disimulados entre la arena enseñan a sus hijos la técnica para llevar la esponja.²⁰

Los profesores son un grupo de élite. Este gremio también incluye a los guepardos y los gatos domésticos (que traen la presa viva para que sus gatitos aprendan a cazar), a unas aves llamadas turdoides bicolor (que enseñan a sus polluelos una llamada que significa «tengo comida»), a los halcones peregrinos (que sacan a sus crías del nido antes de soltarles presas muertas para que aprendan a atraparlas al vuelo), a las nutrias de río (que arrastran a sus crías con ellas dentro y fuera del agua para enseñarles a nadar y a bucear) y a los suricatos (que comienzan por traer a sus crías mayores escorpiones muertos, y después pasan a los mutilados, para enseñar cómo desmembrar el

aguijón venenoso).²¹ Los humanos también enseñan, por supuesto. Pero es básicamente todo; por el momento no tenemos noticia de muchos profesores aparte de éstos, aunque debe de haber unos cuantos más escondidos.

Como la fabricación de herramientas y la enseñanza, la imitación (considerada indicio de inteligencia elevada) tampoco abunda en el reino animal. Para algunos investigadores, sólo los simios y los delfines imitan; pero en realidad es una práctica algo más común que eso. La costumbre de nuestros loros de mojar migas de pan duro en agua fue probablemente una invención de uno y después el otro la copió. Los cachorros de perro se imitan entre ellos; y los perros, a su manera, imitan a las personas. Cuando «hago» leña, o sea, cortar, cargar y apilar madera, Chula «hace» madera: se busca un palo de un tamaño conveniente, se tumba cerca de mí y mordisquea. Cuando «hago» un poco de orden entre los papeles, para reciclar o echar a la lumbre, Chula puede quedarse con un sobre y disimuladamente, tumbarse con él. No tiene permitido comer papel, pero en estos casos ambos entendemos que tenemos papeleo del que ocuparnos.

En Sudáfrica, un nariz de botella en cautividad llamado Daan había contemplado a unos buzos que limpiaban las algas de las ventanas de su piscina.²² Halló una pluma de gaviota y empezó a limpiar el cristal con las mismas amplias brazadas que ellos. Se colocó en posición vertical, con una aleta tocando el cristal (como los buzos, quienes se agarraban al marco de la ventana para mantenerse erguidos); además, emitía unos sonidos muy parecidos a los de los respiradores de los buzos y liberaba unas cadenas de burbujas también similares a las de los humanos. Cuando uno de los buzos limpiacristales se dejó su máquina aspiradora en el tanque y volvió al día siguiente, se encontró a un delfín llamado Haig que sujetaba el tubo con las aletas y tenía el hocico sobre la rasqueta.²³ Cuando el buzo recuperó sus aparatos, el delfín encontró una esquirla de azulejo y comenzó a rascar las algas pegadas al fondo de la piscina. ¿Quién no querría un compañero de piso como Haig?

En un acuario de Sudáfrica vivía un bebé nariz de botella indopacífico llamado Dolly.²⁴ Un día, cuando apenas tenía seis meses, se quedó mirando a un entrenador apoyado en la ventana que se fumaba un cigarrillo y echaba bocanadas de humo. Dolly nadó hasta su madre, mamó un poco, regresó a la ventana y soltó la leche, que se expandió en una nube alrededor de la cabeza. El entrenador se quedó «completamente pasmado». Dolly no «copió» (no había hecho un amago de fumar), ni imitó a fin de alcanzar el mismo objetivo. En realidad, a Dolly se le ocurrió la idea de usar la leche para representar el humo.^{25 26} Y cuando usamos una cosa para representar otra no es imitación; se trata de arte.

Lo oculto

Muchas personas esperan que algún día conozcamos a un ser inteligente de otro mundo... Pero quizá no sea de esa manera. Quizá sea de esta manera.

MICHAEL PARFIT, *The Whale*

–A veces he tenido una sensación de verdadero ¡uau! –dice Ken–, como si acabara de ver algo del más allá. Cuando te quedas mirándolas fijamente a los ojos, te da la impresión de que te están mirando a ti. Es una mirada fija. Y lo notas. Mucho más potente que si te mirase un perro. Es probable que un perro busque tu atención. Con las ballenas, la sensación es distinta. Es más como si estuviesen buscando dentro de ti. Establecen una relación personal mediante el contacto visual. Es mucho lo que se transmite en muy poco tiempo sobre la intención de ambas partes.

¿Cómo qué?

–En esas miradas me he sentido –vacila al decirlo– apreciado. Pero claro –añade rápidamente–, es algo subjetivo.

¿Apreciado?

Ken comenzó a investigar en los años setenta, justo después de que los tribunales ordenasen a SeaWorld detener la captura de crías de ballena.

–Después de más o menos un año –cuenta Ken–, si alguien de otro barco empezaba a perseguir a las ballenas cada vez que salían a la superficie, o comenzaba a rodearlas agresivamente, a menudo se nos acercaban y simplemente se quedaban alrededor de nuestro barco. Las ballenas comprendían que nosotros no íbamos a meternos en persecuciones a toda velocidad. No íbamos a dispararles dardos ni etiquetas. Veían que nos

quedábamos tranquilos con ellas. Lo que implica, bueno, pues cierta consciencia de lo que estaba pasando.

¿Era posible que gracias a esa conciencia percibiesen la buena voluntad de Ken? Después de todo lo que habían pasado con las capturas, ¿era posible que «apreciasen» a Ken? ¿Lo suficiente para devolverle un favor?

Ken tiene historias como la siguiente:

–Llevábamos días siguiendo a las tres manadas. Habían entrado en el estrecho de Juan de Fuca, subiendo por el lado oeste de la isla de San Juan, a través del canal de Boundary hasta el río Fraser, para luego regresar bajando hasta Rosario, al estrecho de Puget, alrededor de la isla de Vashon y de nuevo hasta aquí arriba. Una mañana se dirigían hacia un denso banco de niebla. Las seguimos. Corrían los años setenta, así que ni GPS ni nada, tan sólo una brújula. Nos perdimos cerca de la entrada de la ensenada de Admiralty, cegados por la niebla, a unos cuarenta kilómetros de casa. Sabía la demora aproximada de la brújula. Guardamos todas las cámaras y nos preparamos para salir corriendo. Empecé a dirigirme con ese rumbo a unos quince nudos. No hacía ni cinco minutos que nos habíamos ido cuando las ballenas empezaron a aparecer asomando y zambulléndose desde todas las direcciones hasta colocarse delante del barco. Así que reduje la velocidad y empecé a seguirlas dondequiera que fuesen. Teníamos unas cinco o seis justo delante de la proa en todo momento. –Ken las siguió durante unos veinticinco kilómetros. Cuando la niebla se disipó, pudo ver la isla–. Bueno –comenta–, tengo la clara sensación de que sabían perfectamente que teníamos cero visibilidad. Sabían exactamente dónde estaban. Fue al año siguiente de que acabasen las capturas. Habían visto muchos barcos y habían sido víctimas de mucha violencia. Pero ahí estaban, y a mi entender, nos estaban guiando. Fue muy conmovedor.

Se hace, en todo caso, cada vez más conmovedor. Y mucho más extraño. La cuestión es que las orcas parecen capaces de realizar actos aleatorios de generosidad. Actos que desafían cualquier explicación. Actos que obligan a los científicos a considerar ciertas posibilidades bastante extravagantes. Se

podría llegar a la conclusión de que el comportamiento de las orcas se divide en dos categorías: comportamiento asombroso y comportamiento inexplicable.

La orientación en medio de la niebla puede parecer un servicio exclusivo que las orcas se sienten dispuestas a ofrecer a personas que trabajan para protegerlas. En una ocasión, Alexandra Morton y una ayudante se encontraban en una barca inflable en aguas del estrecho de Queen Charlotte cuando se vieron envueltas por una niebla tan espesa que se sintieron como si estuviesen «en un vaso de leche».¹ Sin brújula ni rastro del sol. Calma chicha; sin un patrón de oleaje que pudiese servir de pista. Un presentimiento equivocado sobre la dirección correcta las habría llevado a mar abierto. Peor aún, un crucero gigante se acercaba entre una niebla tan cegadora que Morton no era capaz de adivinar de dónde provenía el sonido. Se imaginó cómo de repente dividía la niebla justo antes de aplastarlas.

Entonces, como de la nada, apareció una tersa aleta negra. Era Top Notch. Luego Saddle. Y después Eve, la matriarca que normalmente mantiene las distancias. Sharky, de repente, la miraba a hurtadillas. Luego Stripe. Mientras se acercaban aglutinándose alrededor de su pequeña barca, Alexandra las siguió entre la niebla como una persona ciega con la mano en su hombro.

—No me preocupé en ningún momento —recuerda—. Les confié nuestras vidas.

20 minutos después, vio cómo se materializaba la silueta de los enormes cedros y el litoral rocoso de su isla. La niebla se abrió. Las ballenas las dejaron. Antes, ese mismo día, les había resultado mucho más difícil que de costumbre seguir a las ballenas, que viajaban hacia el oeste, hacia el océano. Las ballenas habían llevado a Morton hacia el sur, hacia su hogar. Cuando se marcharon, cambiaron de dirección, volviendo a dirigirse hacia el lugar del que acababan de venir y hacia donde en un principio se habían encaminado.

Morton se sintió transformada.

—Llevo más de veinte años luchando por mantener la mitología de las

orcas al margen de mi trabajo. Cuando otros se deleitaban en contar historias sobre el sentido de humor o la apreciación musical de una orca, yo me mordía la lengua... Aun así, hay veces en las que me enfrento a pruebas evidentes de cosas que superan nuestra capacidad de cuantificar científicamente. Llámalas coincidencias asombrosas si quieres; para mí, se siguen sumando una tras otra... No digo que las ballenas sean telépatas... me cuesta utilizar esta palabra... pero... no encuentro ninguna explicación para lo que pasó aquel día. Sólo siento gratitud y una profunda sensación de misterio que no hace más que crecer.

Mi amiga Maria Bowling estaba haciendo esnórquel en Hawái cuando de repente aparecieron varias orcas, una insólita coincidencia. Esto es lo que me escribió: «Después de dejarme caer con cuidado del costado del barco, oí un tintineo muy fuerte, como de metal contra metal, como de dos bombonas de submarinismo chocando. Era un sonido vibrante muy alto, no resultaba incómodo pero se oía increíblemente fuerte. Me atravesó. Era la energía más fuerte que jamás había sentido. Una onda de energía, como si estuviese transmitiendo. Era como si se abriese un portal, o el principio de otra posibilidad de comunicación. Tras el encuentro me sentí tan exaltada y agitada por la intensidad de lo que había pasado que durante días estuve un poco aturdida. Me notaba más ligera, más equilibrada, de muy buen humor y llena de esperanza y alegría. Sé que esto no es muy científico, pero se trata de una experiencia más somática que mental o intelectual».

Si existe algún tipo de conexión energética aún desconocida, tiene sus limitaciones. En una situación trascendental de vida o muerte, la orca de nombre Eve, cuya familia había guiado a Alexandra Morton hasta casa a través de la niebla, no se transformó en superheroína. Pero quizá ya fuese demasiado tarde. Y después de todo, las ballenas no son más que seres mortales. Como los humanos.

Un día de septiembre de 1986, en la Columbia Británica, Alexandra, su marido cineasta, Robin, y su hijo de cuatro años fueron hasta un lugar familiar para ellos, un enclave excepcional cerca de la costa donde las orcas iban a frotarse contra determinadas rocas que por algún motivo les parecían especiales. Después de esperar un rato, Eve se acercó a ellos, esta vez sola. Robin, que llevaba tiempo buscando con ahínco buenas secuencias submarinas, se puso el neopreno, se metió en el agua a unos nueve metros de la orilla y se zambulló. Morton se llevó la zódiac a cierta distancia, no muy lejos, pero fuera de la toma. «Eve se sumergió en dirección a Robin», escribió Morton. Después «salió del agua bruscamente y se lanzó de nuevo hacia mí. Salió a la superficie al lado de la lancha, se detuvo y luego desapareció hacia las profundidades». Aquello parecía extraño. Morton pensó que la orca «no debería haber vuelto a la superficie tan pronto». Y parecía que luego había tenido prisa por marcharse. Mientras su hijo seguía ocupado con los lápices de colores, la investigadora observaba el agua, esperando que su marido emergiese de un momento a otro. La espera se alargaba durante minutos insoportables, así que Alexandra arrancó el motor y se acercó al lugar. Miró hacia abajo, a las algas, las estrellas de mar y el suelo marino rocoso. El susto fue de muerte cuando vio a su marido tendido boca arriba en el fondo. El complejo aparato reciclador de aire había fallado y se había desmayado... y ahogado.

Eve se había alarmado y había atado cabos. Pero no se había producido ningún gran avance apoteósico, ni ningún rescate, ni había empujado al humano inerte hasta la superficie para que respirase. El expediente immaculado de las orcas salvajes por no haber atacado jamás a un humano desafía toda explicación, pero puede que sacar a flote a una persona muerta sea ir demasiado lejos. Quizá hacer el boca a boca a un mamífero era una medida demasiado repulsiva para una orca residente piscívora. O tal vez para Eve, toparse con Robin inconsciente fue algo demasiado alarmante y, dado que lo había entendido, emerger junto al barco y quedarse quieta era lo máximo que podía intentar para avisar a Alexandra antes de huir asustada. Tal vez estuviera realmente intentando comunicarse mediante una modalidad de la que los humanos carecen. O tal vez Eve tan sólo oyó a lo lejos que sus

hijos la llamaban y no hizo más que salir corriendo para ir con ellos. Tal vez Eve no era más que una orca.

Sin embargo, cuentan historias de orcas que supuestamente han rescatado a perros perdidos. Un reducido grupo de científicos se alejó de la orilla en una pequeña embarcación para ir a observar a las orcas. Al regresar, su pastor alemán, Phoenix, no estaba en la isla. En teoría había intentado seguirlos hasta las profundas aguas y las potentes mareas del estrecho de Johnstone. Rastrearon la zona hasta las once de la noche. El perro no aparecía. Su dueño estaba sentado sobre un tronco, llorando, cuando oyó los soplidos de las orcas. Se temió lo peor: que se hubiesen comido a su querido perro. Veía cómo los animales se acercaban cada vez más porque las turbulencias creadas por su nado hacía que brillasen las criaturas marinas fosforescentes. Justo después de que los cetáceos pasaran, oyó un chapoteo. De repente, allí estaba su perro, empapado, débil y vomitando agua salada.

–Me da igual lo que diga la gente –declaró–. Esas orcas salvaron a mi perro.²

No es un caso aislado. En otro campamento de investigación, una persona fue a hacer kayak, y al regresar, su perra, llamada Karma, había desaparecido. Como en la ocasión anterior, probablemente había intentado seguirlo. Bien entrada la noche, el investigador estaba llorando la pérdida de su fiel compañera cuando pasó una manada de ballenas. La perra apareció en la playa, calada hasta los huesos, temblando y a punto de desplomarse.

–Yo estaba allí –explica la persona que narró la historia–. No me cabe la menor duda de que aquellas orcas empujaron a Karma hasta la orilla.

Y luego hay otras historias extrañas. A principio de los años ochenta, un parque temático marino que quería adiestrar orcas para sus espectáculos pidió permiso para reanudar las capturas en la Columbia Británica. Se habían prohibido en 1976, pero tras las negociaciones lograron hacerse con una pequeña familia: la manada A-4. Esa familia ya había sufrido lo suyo. En

1983, alguien (que se libró del asunto por la falta de pruebas fotográficas) disparó a la orca A-10 y a su cría. Los observadores de orcas oyeron los disparos y se acercaron de inmediato.

–A-10 empujó a su cría hasta mi costado del barco –explicó uno de los testigos–. Pudimos ver como salía sangre sin parar de la herida. De verdad parecía como si nos estuviera diciendo: «Mirad lo que habéis hecho vosotros los humanos».

Meses después, ambas murieron.

Sólo con que alguien hablase de capturar a estas orcas que ella había visto tantas veces, años después de la prohibición de captura, a Alexandra Morton le hervía la sangre. En una reunión, hasta sus propios amigos tuvieron que calmarla.

A lo largo de los años, sólo quedaba una vía navegable importante donde la investigadora aún no había visto orcas: el canal de Cramer, donde vivía. Dos días después de la reunión en la que se había pronunciado con tanta pasión en contra de la captura, Morton iba siguiendo a Yakat y a Kelsey, hermanas de A-10, la orca muerta, y a una joven hembra llamada Sutlej. Delante de la entrada del canal de Cramer, las orcas empezaron a arremolinarse. Morton se dejó llevar a la deriva junto a ellas. Después la «atraparon», con las dos hermanas a cada costado y la tercera a lo ancho delante de la barca, a tan sólo centímetros de distancia. Cada vez que arrancaba el motor, salían zumbando a su alrededor y no la dejaban escapar. Le recordaron a las transeúntes cuando planean una matanza, y aquello la puso muy nerviosa. Pero entonces se dieron la vuelta y la condujeron hacia el canal de Cramer, que recorrieron de arriba abajo tres veces.

–Con las orcas, a veces no sé qué pensar –dijo Morton.³

Se puso a darle vueltas al asunto. ¿Estaban intentando comunicarle algo porque había defendido a su familia? Sin embargo, lo que había dicho lo había hecho a puerta cerrada, en una reunión (ni siquiera en un barco, donde las ballenas, si dominasen la lengua inglesa, podían haberlo oído por casualidad). Para que supiesen lo que estaba pensando mientras las observaba haría falta verdadera telepatía. Eso, ella lo sabía, «iba contra toda lógica».

Alexandra Morton, en palabras de Ken, se había adentrado en el terreno

de lo oculto.

Ella lo sabía. Escribió: «Sé que en la ciencia (o puede que incluso en una mente sensata) no hay cabida para esto, pero ¿no podría ser también que nuestros parámetros de la realidad fuesen demasiado estrictos?»

Décadas antes, un día, mientras observaba a dos orcas cautivas llamadas Orky y Corky nadar dando vueltas en su piscina de Marineland of the Pacific, Morton le pidió a un adiestrador que le mostrase cómo se le enseña una idea nueva a una orca. (Corky era la hija capturada de Stripe. Muchos años más tarde, en el incidente que mencioné unas páginas atrás, Stripe guiaría a Morton entre la niebla para que llegase hasta su casa.) Ni Morton ni el adiestrador habían visto nunca a ninguna de aquellas dos orcas cautivas golpear el agua con la aleta dorsal. Decidieron que trabajarían en ese ejercicio la semana siguiente. «Entonces ocurrió algo –narraría más tarde la investigadora– que desde ese momento me ha hecho vigilar lo que pienso cuando hay orcas cerca.» Corky golpeó la superficie del agua con la aleta dorsal. Lo volvió a hacer varias veces y después empezó a lanzarse por todo el tanque, mientras, desbordada de entusiasmo, azotaba el agua con la aleta dorsal.

–Ahí tienes a tus orcas –comentó el adiestrador, sonriendo–. Pueden leerte el pensamiento. Los adiestradores vemos este tipo de cosas todo el tiempo.

Howard Garrett recordó con estas palabras las experiencias que él y varios colegas vivieron a principio de la década de los ochenta con varias orcas cautivas: «Cada uno de nosotros sentía cómo las orcas nos ponían a prueba e investigaban nuestras intenciones, y que no sólo se daban cuenta de nuestras limitaciones y habilidades, sino que parecían haber compartido lo que sabían de nosotros con sus compañeras de tanque. Sentimos que se habían convertido en amigas que conocíamos bien, y que ellas nos conocían bien a nosotros. Esto nos conmovió profundamente a todos y cada uno de nosotros».⁴

Cuando una orca residente nortea, muy joven, llamada Springer (A-73)

apareció misteriosamente en el estrecho de Puget, cerca de Seattle, acababa de destetarse y su madre estaba en paradero desconocido. Ken la encontró jugando con una ramita de árbol que flotaba en el agua y que ella empujaba de acá para allá.

–Yo la recogía y la lanzaba y ella iba detrás, muy juguetona. Empecé a dar palmadas en el agua y ella empezó a golpearla también con su aleta pectoral. Después la miré y por algún motivo hice un movimiento circular con el dedo, como un signo de dar una vuelta, ¡y ella dio una vuelta! Se me escapó un «¡uau!» Para conseguir que un perro haga todo eso, tienes que adiestrarlo. Me refiero a que ella sabía lo que yo tenía en mente, como si su consciencia estuviese de alguna forma conectada con la mía. No existen palabras para describir algo así.

Para que ella diese la vuelta cuando él movía el dedo era necesario comprender que el dedo representaba un concepto geométrico generalizado que significaba «movimiento alrededor de un eje». Además, requería la capacidad de aplicar a su cuerpo el concepto que vio en el movimiento del dedo. Requería el deseo innato de relacionarse con otra forma de vida, la capacidad de jugar, y se podría decir que de divertirse. Y ella no habría sido capaz de hacer lo que él tenía en mente a menos que efectivamente infiriese que él tenía algo en mente.

Era un comportamiento asombroso.

En otras palabras, Springer estaba siendo una orca, sin más. Las orcas sencillamente parecen especializarse en una consciencia perspicaz. No da la impresión de que nosotros las sorprendamos; nos tratan con total naturalidad. No es necesario que sigamos asombrándonos con su comportamiento. En vez de eso, podríamos limitarnos a aceptarlas por completo... y asombrarnos con un dato sobre nosotros mismos: cuánto tiempo hemos tardado en hacerlo.

Por suerte para la pequeña Springer, los humanos tramaron el plan correcto: devolvérsela a su familia. Le echaron el lazo con delicadeza y la metieron dentro de un gran redil hecho de redes en una bahía de Canadá. La idea era retenerla hasta que los investigadores localizasen a su familia. Sus parientes

hicieron acto de presencia al día siguiente, así que los investigadores abrieron el redil y, según cuenta Ken, una Springer «entusiasmadísima» se quedó con ellos desde entonces.

–De hecho –señala Ken–, este año ha tenido su primera cría. Es una de esas historias que te hacen sentir superbién. –En ese momento, sin embargo, hay un silencio incómodo y cargado de significado. Después añade–: Es exactamente lo que tenían que haber hecho con Luna.

Luna era un macho pequeño, hijo de Splash, de la manada L, que nació en 1999. Desde el principio, la vida le deparó giros extraños. Durante sus primeros meses de vida, pasó algún tiempo con una hembra de la manada K llamada Kiska, que había sido avistada recientemente llevando a una cría muerta sobre el lomo. Puede que Kiska, al echar de menos a su propia cría muerta, tomara prestada a Luna. Finalmente Luna regresó con su verdadera madre, pero nunca fue un niño de mamá y con frecuencia acompañaba a otras ballenas de la manada L. Más adelante, en la primavera de 2001, Luna desapareció.

Apareció solo, cuando no era más que un infante de dos años, en la ensenada de Nootka, en la Columbia Británica.

–Está a sólo unos trescientos kilómetros de aquí –señala Ken. Las orcas pueden viajar hasta más de cien kilómetros al día–. Pero acústicamente, se encontraba en un lugar desde donde le era imposible oír las llamadas de su manada.

Resulta que Luna apareció poco después de la muerte de un jefe local de una de las Naciones Originarias, que había dejado dicho: «Cuando muera, regresaré en forma de *kakawin*». ⁵ Los nativos llamaron a la pequeña orca Tsux'it, y para ellos era algo más que una orca. Uno de ellos dijo que había llegado «para llevarse las penas, para llevarse el dolor de nuestras vidas». Mitad orca, mitad mesías.

La gente había empezado a llamarlo de distinta forma, por ejemplo Patch o Bruno, antes de que los investigadores se diesen cuenta de que la cría de orca perdida en extrañas circunstancias era el desaparecido L-98, Luna.

Patch, Bruno, Luna, Tsux'iiit. Él estaba perdido y la gente también, nadie sabía qué hacer.

Luna tampoco sabía con quién juntarse. Cuando capturaba un salmón, lo alzaba en el aire. «Nos estaba enseñando claramente lo que había capturado», opinaba una persona.⁶ «Te das cuenta de que no se trata de un reptil... Se trata de alguien», apuntaba otra. Cuando te miraba, cuenta otra persona, en su mirada «había necesidad, y tu empatía se encendía sin pensártelo». La gente veía «una consciencia, una presencia, un deseo». Un pescador aficionado contaba que la primera vez que se topó con Luna, metió la mano en el agua y la agitó, «así que él sacó la aleta fuera del agua y también la agitó para saludarme». Convencido de que debía de ser una coincidencia, el pescador volvió a saludar. Y Luna volvió a saludar. La orca se alejó unos minutos y al regresar, el pescador la saludó una vez más. En efecto, Luna le devolvió el saludo. «Estamos ante algo –se percató el pescador– con muchísima más inteligencia que los animales domésticos a los que estamos acostumbrados.» Una cocinera de un barco de trabajo se topó con Luna y lo miró a los ojos, y entonces vio algo tan asombroso y profundo que «no podía respirar», contó.

Mientras crecía, Luna intentaba jugar con los tripulantes de los barcos y con todo tipo de personas. No tenía ningún problema en empujar troncos de más de doce metros o en hacer girar en círculo a un barco de vela de nueve metros de eslora. Pero cuando se acercaba a jugar con una canoa o un kayak donde remaban dos mujeres, empujaba con suavidad y mucho cuidado. ¿Era Luna capaz de concebir la idea de que el agua, su hábitat natural, podía matar a una persona? Como tantas y tantas cosas acerca de las orcas y como todo acerca de Luna, parece muy poco probable. Pero ¿qué otra cosa podría explicarlo?

Ansioso por recibir atención, «Luna descubrió rápidamente –tal como dice Ken– que los humanos podían ser una fuente de interacción bastante interesante». Le gustaba que lo tocaran, que los humanos le frotasen la lengua, que lo regasen con mangueras, «cosas de todo tipo que jamás te imaginarías que fuesen posibles con un animal salvaje», recuerda Ken.

Aunque a mí no me sorprende tanto. A principios de los años ochenta, un día, mientras estudiaba unas aves marinas llamadas charranes, estaba sentado en mi barco cuando oí un oclusivo *pfuuufff*. Me di la vuelta y me quedé de piedra al ver a una beluga justo a mi lado, más de mil quinientos kilómetros al sur de su zona habitual, y sola. Durante dos estaciones, me buscó con frecuencia y a menudo se entretenía conmigo (y viceversa) mientras yo continuaba mi investigación. También vi cómo solía visitar otros barcos. Aquel pequeño cetáceo blanco era un poco tímido, pero se ponía contentísimo cada vez que yo decidía saltar al agua. Él o ella (no sabía cómo diferenciarlas) pasaba zumbando a mi alrededor, lo que daba lugar a breves contactos que parecían emocionarnos a ambos por igual.

Luna demostró ser ante todo un intensísimo ser social, y que el hecho de ser una orca era algo en cierto modo secundario. Uno de los observadores de Luna comentó que era capaz de «mirarte a través de tu otredad».⁷ Si la gente no tenía ningún problema con que fuese una orca, Luna tampoco lo tenía con que ellos fuesen humanos.

Sin embargo, la gente sí que tenía un problema. Luna se convirtió en el punto central de una gran disyuntiva sobre si se trataba de un regalo o de un dilema, y sobre si había que hacer como si no existiese, hacerse su amigo, repatriarlo junto a su familia... o tomarlo en cautividad.

—Hubiese sido muy fácil adiestrarlo para que siguiese la grabación de la voz de su madre... ya que la tenemos —afirma Ken—. Podíamos haberle ofrecido el contacto social que seguía necesitando y, poco a poco, después de ir alejándole el sonido cada vez más hacia la entrada del océano, lo habríamos devuelto a su manada cuando supiésemos que estaban allí. —Ken me mira para asegurarse de que entiendo la simplicidad de ese plan—. Pero entonces el estúpido Gobierno canadiense... —A Ken aún le hierve la sangre, después de todos estos años—. No sé qué estúpidos motivos tenían, pero no nos dejaron hacerlo.

Más que cualquier otra cosa, la historia de Luna es la de un niño perdido que necesita amigos y que lo lleven hasta su hogar, pero que se topa con una

especie demasiado enfrentada consigo misma como para tener el gesto necesario.

–Todo lo que necesitaba era alguien con quien quedarse hasta que pudiese regresar a casa –explica Ken, el mismo hombre al que las orcas condujeron hasta su casa–. Y ellos insistieron en mantenerlo alejado de toda la compañía que quería... y que necesitaba. Nos estábamos enfrentando a altos niveles de ignorancia –Ken se echa a reír amargamente, aún resuena la profunda tristeza–. Sólo necesitaba unos cuantos amigos.

Luna se pasaba las horas junto a un barco atracado mientras la gente que había en él iba de acá para allá llevando y trayendo mercancías. Pero en cuanto la gente se marchaba, él también se iba. Aun así, si alguien se quedaba a bordo durmiendo, Luna solía quedarse junto al barco toda la noche.⁸ Un capitán a menudo oía el sonido de la respiración de Luna al otro lado de la ventana abierta. Una vez, el sombrero de un pasajero cayó volando al agua, Luna fue a por él. Apareció debajo de él y, con el sombrero perfectamente colocado en la cabeza, lo devolvió hasta donde alcanzaban a cogerlo. El hombre recuperó su sombrero gracias a una orca en libertad y sin adiestrar que demostraba de numerosas formas que por lo menos él era un buen amigo.

Luna necesitaba a su familia. Mientras tanto, necesitaba compañía. El Gobierno se tomó a pecho lo de impedirle todo contacto. Llegado el momento, los funcionarios intentaron capturar a Luna. Afirmaron al público que su intención era la de reunirlo con su familia, pero había un acuario que quería comprarlo, y el Gobierno no descartaba esa posibilidad.

Luna es el protagonista de la película *The Whale* [La ballena] y del libro *The Lost Whale* [La ballena perdida], que documentan vívidamente los ánimos enardecidos, al mostrar cómo las personas que respondían a las invitaciones de Luna a interactuar con él se enfrentaban a multas de la policía y eran acusados de delitos. El mar de Luna se llenó de lunatismo.

Michelle Kehler, que había sido contratada por el Gobierno junto a otra mujer llamada Erin Hobbs como monitoras, recordaba:

–Cuando se acercaba al barco, manteníamos un intenso contacto visual. Era muy dulce, muy genuino. La relación que tenía conmigo era distinta de la que tenía con Erin. –Erin es la graciosa, así que Luna bromeaba con ella–. Le

espurreaba agua en la cara. Ella se llevaba todas las groserías, todos los coletazos, los aletazos. [...] A mí nunca me hacía esas cosas. Y estábamos en el mismo barco, a metro y medio de distancia. [...] Era totalmente distinto conmigo. [...] Tenemos energías diferentes. Jugaba con eso, está claro. Y era impresionante.⁹

Pero estas mujeres estaban contratadas para mantener a Luna alejado de la gente... y eso pronto alteró su relación.

–Al principio le caímos muy bien –comenta Michelle. Pero dado que su trabajo era impedir que las personas jugasen con Luna–: Cuando llegábamos, él se acercaba y nos empujaba para que nos fuéramos, como diciendo: «¡Largaos de aquí!».

Otra monitora escribió que Luna era «un superviviente, un luchador, un payaso; un ser compasivo, bravucón y adorable».

Tenía prohibido el contacto con personas amigas, pero Luna seguía necesitando su amistad, así que un día se puso a seguir a un remolcador, la hélice lo golpeó y murió.

La primera vez que Michael Parfit y Suzanne Chisholm se encontraron con Luna, iban a 18 nudos de velocidad en una embarcación ligera inflable cuando Luna de repente salió disparada del agua a su lado. Emergió con tanta precisión que su piel pasó rozando el flotador de estribor.

–Notaba el contacto con Luna en el movimiento de la barca –recuerda Parfit–, pero no tuve que rectificarlo. Por alguna razón, Luna estaba respetando el cuidado recíproco que era necesario para mantener la conexión.¹⁰

Un día que Luna jugaba quizá con demasiado ímpetu con el motor fueraborda de emergencia del barco, Parfit le dijo:

–Eh, Luna, ¿puedes dejar eso quieto un rato?

Luna lo dejó de inmediato y se retiró. Parfit escribe: «Resultaba difícil aceptar tal nivel de consciencia y de intencionalidad en algo que no parecía

en absoluto humano». Y añade: «Me embargaba la sensación de que esta orca era tan consciente como yo de que estaba viva, de que era capaz de percibir todos los detalles que yo percibo, la sensación de la atmósfera y el mar, la textura de las emociones... y lo que nos hace sentirnos seguros. Era algo sobrecogedor. No era cómodo».

Luna había enseñado a Parfit que el lenguaje humano no es más que una manera de llegar a la consciencia de estar vivo.

–Me pareció que era fallo nuestro que no fuésemos capaces de funcionar si no era mediante estos símbolos engorrosos y torpes –comentó, al sentir que el lenguaje era la barrera, y que nosotros la habíamos erigido.

La consciencia humana está presente sin palabras; las palabras son un intento de captarla. Los animales no verbales experimentan la consciencia pura. Con el tiempo, Parfit se dio cuenta de que por fin había logrado mirar a través de la otredad. Ya no veía algo que no parecía humano. No veía una orca. Veía a Luna.

Cuando yo mismo miro a otros animales, casi nunca veo una otredad. Veo las apabullantes similitudes; me invade la sensación de una relación profunda. Nada me hace sentir más que el mundo es mi hogar que la compañía de mis parientes salvajes. Ninguna otra cosa, salvo el amor humano más profundo, me hace sentir tan bien, tan conectado, o me hace sentir tan en paz.

A muchas personas les parecen extraños los cuerpos de los delfines, con sus aletas pectorales y caudales. Sin embargo, ellos demuestran de forma casi automática que son capaces de captar las similitudes que hay debajo de las curvas de nuestros cuerpos, y saben qué partes de sus cuerpos se corresponden con las nuestras. Los delfines con los que trabajaba Lou Herman imitaban con facilidad los movimientos humanos. Cuando el humano agitaba una pierna, los delfines agitaban la cola.¹¹ Se trata de una transmisión bastante impresionante del concepto «pierna» en la mente de una criatura que lleva millones de años sin tener piernas.

Cuando la adiestradora del parque Marineland of the Pacific afirmó que las orcas son capaces de leer la mente, no lo decía de broma. Pero ¿y si no sólo lo decía en serio, sino que tenía razón? ¿Y si, al igual que su capacidad de ecolocalización, inimaginable hasta los años cincuenta, cuentan con otra modalidad de comunicación y percepción que nosotros desconocemos? Yo lo dudo mucho, pero ahí dejo la idea: nosotros empleamos constantemente receptores de radio para escuchar música y conversaciones emitidas por, podría decirse, mentes lejanas. Es una especie de telepatía tecnológica. Los cerebros son mucho más complicados que las radios o los ordenadores. Teniendo en cuenta la enorme ventaja de supervivencia que se le otorgaría a cualquier lector de mentes realmente telepático, ¿es posible que una mente haya desarrollado un tipo de radio bidireccional para intercambiar pensamientos? ¿Es la mente de un delfín un mecanismo subacuático que escucha, analiza y que también es capaz de detectar las ondas de pensamiento de las intenciones y los sentimientos? Probablemente no, pero tal vez sólo haga falta un cerebro más grande que el que tenemos. La ciencia ficción solía imaginar visitantes inteligentes del espacio exterior con enormes cabezas que almacenaban una capacidad mental descomunadamente superior. Está claro que las ballenas tienen, por lo menos, la cabeza muy grande.

En la década de 1960, Karen Pryor descubrió que los delfines de dientes rugosos comprendían el concepto «hacer algo nuevo».¹² Si los recompensaba sólo por hacer algo que no les habían enseñado o que nunca antes habían hecho, cuando se les hacía una señal específica, «de forma espontánea se les ocurría hacer cosas que nunca nos habríamos imaginado y que nos habría resultado muy difícil anticipar».

El misterio es aún mayor. Cuando los delfines nariz de botella hawaianos Phoenix y Akeakamai percibían la señal para hacer algo nuevo, nadaban hasta el centro de la piscina, se ponían a hacer círculos bajo el agua durante varios segundos y luego hacían algo totalmente inesperado. Por ejemplo, una posibilidad es que ambos saliesen disparados a la superficie en perfecta sincronía y girasen en el sentido de las agujas del reloj a la vez que echaban

chorros de agua por la boca. Ninguna de esas actuaciones estaba preparada. «Nos parece un misterio absoluto, –narraba el investigador Lou Herman–. No sabemos cómo lo hacen.» Pareciera que deliberasen mediante alguna forma de lenguaje para planear y ejecutar sus nuevas y complejas acrobacias. Si existe otra forma de hacerlo, o en qué consiste dicha forma, o si existe otra forma de comunicación que los humanos ni siquiera se imaginan (¿telepatía delfínida?), ningún humano lo sabe. Sea lo que sea, para los delfines por lo visto es algo tan natural y rutinario como para los niños humanos decir: «Eh, vamos a hacer esto».

En el transcurso de varias décadas de investigación con delfines en libertad de las Bahamas, Denise Herzing llegó a familiarizarse con determinados especímenes. Al parecer, el sentimiento era mutuo. Después de pasar fuera ocho meses al año, los investigadores regresaban y todos se reencontraban. «“Júbilo” es probablemente la palabra que yo usaría para describirlo –escribe Herzing–. Y a pesar de que mi compromiso es con el estudio y el entendimiento científico de los delfines, no tengo ningún problema en considerarlos también como amigos, de otra especie, pero claramente conscientes, con sus sentimientos y sus recuerdos, y esto era una reunión de amigos.»¹³ Al final de cada expedición investigadora de varias semanas de duración, escribe que «los delfines parecían saber que nos marchábamos y nos dedicaban una espléndida despedida. Me he preguntado muchas veces cómo podían saberlo».

Un comportamiento «telepático» similar tuvo lugar durante un episodio más sombrío. Al principio de una de las expediciones investigadoras, mientras la embarcación de Herzing se aproximaba a los delfines conocidos que llevaba tiempo estudiando, «nos saludaron pero actuaron de forma muy insólita», no se acercaron a menos de quince metros del barco. Cuando se les invitó a montar las olas de la proa, se negaron, lo que también era raro. Y cuando el capitán se zambulló en el agua, uno de ellos se acercó por un instante, pero después huyó de repente.

En ese momento, alguien descubrió que una de las personas a bordo

acababa de morir mientras echaba la siesta en su camarote.¹⁴ Eso ya es espeluznante de por sí, pero entonces, mientras el barco viraba para regresar a puerto, «los delfines fueron hasta el costado del barco, no montando las olas de proa, como era habitual, sino flanqueándonos a una distancia de quince metros, como una escolta acuática. [...] Nos acompañaron en paralelo y de manera organizada». Una vez que la tripulación se hubo encargado del triste asunto que la ocupaba, cuando el barco regresó a la zona de delfines, «nos saludaron con normalidad, montaron las olas de proa y jugaron como hacían normalmente». Después de 25 años con esos delfines, Herzing nunca los volvió a ver comportarse de la manera en que lo habían hecho cuando el barco llevaba un hombre muerto a bordo. Tal vez, de una forma que no alcanzamos a comprender, el sonar de los delfines les permite explorar el interior de un barco y de algún modo percibir y comunicarse unos a otros que en un camarote hay un hombre con el corazón parado. Tal vez detectasen que un humano había muerto mediante otro sistema sensorial, un sistema que nosotros los humanos ni poseemos ni imaginamos. ¿Y qué significa para un delfín mostrarse solemne en respuesta a una muerte humana?

En realidad no tenemos suficiente para continuar; no hay suficientes datos que analizar. Tenemos unas cuantas historias de orcas en libertad que guían entre la niebla a personas extraviadas, de otras que aparentemente devuelven perros perdidos, de otras que giran en círculos cuando una persona hace un movimiento circular con el dedo, de otras que restituyen un sombrero luciéndolo perfectamente para la ocasión o que ven saludar a alguien y le devuelven el saludo; historias de empatía, de compasión.

En la Antártida, mi amigo Bob Pitman lanzó una bola de nieve cerca de una orca y ésta al instante le devolvió un trozo de hielo. Estas historias podrían no ser más que coincidencias. No tenemos otras historias en las que hicieran caso omiso a las personas y no reaccionaran ante sus pensamientos, sus perros o sus bolas de nieve. Soy un incrédulo sin corazón respecto a lo desconocido. Como científico que soy, sólo me convencen las pruebas. Y tiendo a descartar las explicaciones menos sustanciales de fenómenos

desconcertantes.

Lo que es más importante, no veo prueba alguna de que las orcas, incluso si son más inteligentes que nosotros (signifique lo que signifique la palabra «inteligencia»), nos estén «enviando un mensaje», tal como una amiga mía cree de todo corazón que intentan hacer.

¿A quién no le gustaría creer que las orcas nos intentan enviar un mensaje? Eso las haría especiales. Pero lo primordial es que eso nos haría a nosotros muy especiales. Y lo especialísimos que somos es nuestro cuento preferido. Si hay algo de lo que los humanos estamos orgullosos por encima de todo y si hay una falsa ilusión que todos compartimos, es que el mundo está en deuda con nosotros por ser tan especiales.

Yo, ante las cosas que soy más escéptico es ante las que más me gustaría creer, precisamente porque me gustaría creerlas. El deseo de creer algo puede sesgar nuestra visión.

Pero las ballenas nos hacen plantearnos cuestiones tan desconcertantes que nos inquietan. ¿Por qué estos seres habrían de declarar una paz unilateral con los humanos y no con las focas o los delfines más pequeños, a los que atacan y se comen? ¿Por qué habrían de distinguirnos a nosotros para ofrecernos su ayuda? ¿Y por qué no nos guardan rencor? ¿Por qué, después de las capturas, el acoso y los trastornos constantes que les infligimos, no muestran ningún temor aprendido ni heredado ante los humanos como el que los lobos, los cuervos e incluso algunos delfines parecen enseñarles a sus crías? Los delfines del vasto territorio atunero del Pacífico sí tienen estos temores. Las redes atuneras los mataban a millares; aún siguen huyendo despavoridos de los barcos a varios kilómetros de distancia si viran hacia ellos o si el motor simplemente cabecea. Lo he visto yo mismo, con mis propios ojos. El miedo que les tienen los delfines a los barcos, aprendido a base de golpes, resulta lógico.

Lo que no resulta lógico es que existan unos depredadores gigantescos con megacerebros y adornados con banderas piratas, que comen de todo, desde nutrias marinas hasta ballenas azules; que se pasan las horas lanzando

al aire y golpeando a leones marinos de media tonelada expresamente para darles una paliza antes de ahogarlos y despedazarlos; que hacen desaparecer a las focas del hielo y aplastan a las marsopas y se tragan a ciervos y alces, y por lo visto a cualquier mamífero con el que se topen en el agua; pero que, a pesar de todo lo anterior, jamás hayan volcado ni tan siquiera un solo kayak, y que al parecer es posible que devuelvan a casa a perros que se han extraviado.

Argentina es uno de los lugares donde las orcas a veces irrumpen a través de las olas para llevarse arrastrando de las playas a los leones marinos. Cuando ves un video de esto, piensas que sería una locura pasear cerca de la costa. Aun así, cuando Roberto Bupas, el guarda de un parque, se metía en el agua a tocar la armónica, estas mismas orcas lo rodeaban como si fuesen cachorros, formando un círculo a su alrededor. Se congregaban juguetonas en torno a su kayak y se acercaban conforme las iba llamando una por una con los nombres que les había dado.

Entre las anécdotas sentimentales se cuele un dato puro y duro: las orcas en libertad tratan a los humanos con una extraña ausencia de violencia. Resulta especialmente extraño si se confronta con el ritmo al que los humanos siguen hiriendo y matando a otros humanos. ¿Cómo explicar cualquiera de las dos cosas? ¿Qué podría explicar la sorprendente tolerancia de las orcas? Que el tiranosaurio rex de los mares asome la cabeza junto a un barco diminuto infinidad de veces sin jamás hacer daño a un humano ni siquiera jugando... esto exige una explicación. Lo que es más relevante: requiere que encontremos la forma de entenderlo. ¿Está simplemente fuera del alcance de nuestra cognición, están sus razones más allá de nuestra capacidad de comprensión? Puede que un día...

Y no sólo las orcas. Muchas anécdotas demuestran que otros cetáceos también son mansos. El fotógrafo Bryant Austin llevaba varias semanas

fotografiando a madres y crías de yubartas cuando un bebé de cinco semanas se apartó de su madre y fue nadando hasta él.¹⁵ Austin escribió: «El recién nacido puso en movimiento su aleta caudal de metro y medio de ancho para posicionarla con precisión a menos de treinta centímetros de mis gafas de buceo. –Paralizado, de pronto sintió una palmadita firme en el hombro—. Cuando me giré para mirar, me encontré cara a cara con la madre del ballenato. Había estirado la punta de su aleta pectoral de dos toneladas y casi cinco metros de largo y la había colocado de forma que me tocara el hombro con delicadeza». Al darse cuenta de que estaba entre la madre y el hijo, se asustó al pensar que le podía romper la espalda fácilmente. En vez de eso, Austin describió que actuaba con una «delicada compostura». Mientras tanto, el ballenato nadó hacia la bióloga Libby Eyre. «El tiempo se ralentizó mientras observaba cómo la cría se daba la vuelta por debajo de Libby y luego la levantaba con delicadeza sobre el vientre y la sacaba del agua. Libby estaba a cuatro patas mirando hacia su cuello.» Mientras a Bryant se le venían a la cabeza un sinfín de cosas que podían salir mal, «el ballenato le puso la aleta pectoral sobre la espalda, después se dio la vuelta con delicadeza y la devolvió al agua».

Y no sólo las ballenas. Recordemos a la elefanta Tania, que salió persiguiendo a una mujer que la había molestado, pero que derrapó hasta detenerse para evitar atropellarla cuando ésta cayó al suelo. O los elefantes que han protegido a personas extraviadas o heridas. ¿Qué es lo que está pasando en el mundo?

Con la ayuda en mente

Algunas historias sobre orcas insinúan la existencia de un impulso por su parte para evitar daños, proteger y consolar. El ofrecimiento de ayuda forma parte de la imagen pública de este animal. En 1973, las hélices de un *ferry* golpearon a una joven orca. El capitán escribió: «La “vaca” y el “toro” acunaron entre ambos a la cría herida para impedir que se pusiera bocabajo. A veces el “toro” perdía la postura y la “ternera” daba vueltas de lado. Entonces el “toro” hacía un círculo cerrado, se sumergía y ascendía despacio junto a la cría, para enderezarla».¹ Cuidaban a la cría con una lealtad tan asombrosa que al cabo de dos semanas otra persona informó sobre «dos orcas que sostenían a una tercera para impedir que se diese la vuelta». Pero los investigadores no volvieron a ver a esa orca nunca más. (En inglés, hay quienes tienen la costumbre de llamar a los cetáceos y a los elefantes «toros» y «vacas». Pero las etiquetas propagan la tendenciosidad. Palabras como macho, hembra, cría, adulto, hermano, madre, etcétera son términos más precisos para lo que son y quiénes son esos cetáceos y elefantes. Si dejamos que los términos se equiparen, nuestra cortina de humo se empieza a despejar; se empieza a caer el velo que tenemos ante los ojos. Aunque claro, eso es lo que temen ciertas personas.)

Pero en el caso de la cría de orca herida por la hélice, la reacción de los adultos ¿revela realmente, si acaso lo hace, «una lealtad tan asombrosa» como yo acabo de denominarla? ¿Se trata de mi tendenciosidad? Puede que las orcas tengan ese tipo de reacción de ayuda a causa de un instinto irreflexivo, algo parecido a un reflejo, un impulso automático de empujar hacia la superficie a un compañero que da vueltas descontrolado. ¿Existe

alguna manera de juzgar si entienden lo que hacen? ¿Son capaces de evaluar la situación y modificar su reacción en consonancia?

Puedes juzgar por ti mismo en varias situaciones bastante distintas. Unos calderones que sostenían cerca de la superficie a un camarada arponeado empezaron de repente a empujar a su compañero de manada hacia abajo en el agua al ver que lo estaban subiendo al barco.² Al parecer, primero concluyeron que el principal problema era que no podía respirar; después cayeron en la cuenta de que lo más urgente era mantenerlo alejado del barco. Quieren vivir. Y cuando se ven amenazados, intentan sobrevivir. En el transcurso de varias persecuciones bien documentadas de orcas a focas de Weddell y cangrejas, y a una cría de ballena gris, unas yubartas desbarataron los ataques. Después de que unas orcas expulsasen a una foca de Weddell de un témpano de hielo, los expertos en cetáceos Bob Pitman y John Durban observaron cómo la foca salió disparada hacia dos ballenas que estaban cerca. «Justo cuando la foca alcanzó a la yubarta más cercana, el enorme animal se dio la vuelta sobre el lomo, y la foca de 200 kilos fue a parar sobre el pecho de la ballena, entre sus enormes aletas. Después, mientras las orcas se acercaban aún más, la yubarta arqueó el pecho, para levantar a la foca y sacarla del agua.»³ Cuando la foca comenzó a deslizarse para volver al mar, «la ballena le propinó un delicado empujoncito con la aleta, para devolverla al centro de su pecho». Poco después, la foca se separó como pudo y nadó para ponerse a salvo sobre un témpano de hielo cercano. Cuando una cría en libertad de delfín manchado del Atlántico llamado Zigzag empezó a tener miedo por el juego cada vez más violento de un pequeño grupo de crías de su edad, echó a nadar de forma evasiva y se quedó merodeando en la superficie mientras gimoteaba.⁴ Los demás jovenzuelos se acercaron entonces con delicadeza y la acariciaron; después se volvió a unir a su juego. (Esto resulta especialmente conmovedor si se tiene en cuenta el acoso al que a veces someten los niños humanos a sus compañeros de juegos que dan señales de debilidad.)

No sólo se ayudan unos a otros, también aceptan ayuda de los humanos. A

veces la buscan. A veces la ofrecen. A veces la agradecen.

En la zona de San Francisco, una ballena jorobada se enredó entre decenas de trampas para cangrejos que estaban conectadas por un kilómetro y medio de cuerda, con pesas cada 20 metros; todo el aparato alcanzaba un total de más de media tonelada.⁵ La cuerda le daba al menos cuatro vueltas alrededor de la cola, el lomo, la boca y la aleta delantera izquierda y se clavaba en la carne del gigante. A pesar de medir casi quince metros de largo y pesar alrededor de cincuenta toneladas, la ballena se estaba quedando sin fuerzas y estaba teniendo problemas para respirar cuando unos buceadores se metieron en el agua para ver si podían ayudarla. El primer buceador se quedó tan horrorizado al comprobar hasta qué punto estaba enredada, que no creyó ser capaz de liberarla. Es más, tenía miedo de que al agitarse, la ballena pudiese enredar también a los buceadores. Pero en vez de esforzarse por liberarse lo antes posible, la ballena se quedó quieta durante la hora entera que pasaron trabajando los buceadores.

—Mientras cortaba el sedal que le pasaba por la boca —explicó James Moskito—, su ojo no dejaba de guiñarme, de observarme. Fue un momento épico de mi vida.

Cuando la ballena se dio cuenta de que era libre, no se alejó nadando. En vez de eso, se acercó al buceador más cercano, lo acarició y después fue hacia el siguiente.

—Se detuvo a unos treinta centímetros de mí, me empujó un poco de acá para allá, divirtiéndose —le contó Moskito a un periodista del *San Francisco Chronicle*—. Me daba la impresión de que nos estaba dando las gracias, al saber que era libre y que la habíamos ayudado. Era algo parecido a un gesto de cariño, como el de un perro que está contento por verte.

Un fascinante video de un aficionado (disponible en YouTube) muestra a un delfín en la costa de Hawái con un anzuelo en una aleta que busca activamente la ayuda de unos submarinistas.⁶ Cuando los buceadores ven cuál es el problema y se paran, el delfín acepta de inmediato la ayuda que iba buscando. ¿Cómo decide un delfín con un anzuelo en una aleta buscar ayuda de un buceador humano, una criatura tan extraña en la historia de su reino? ¿Pediría ayuda a una tortuga o a un pez? Lo dudo. ¿A otro delfín? Parecía

comprender cuál era el problema tan bien como nosotros. ¿Pero pueden realmente entender los delfines que nosotros, como ellos, entendemos, y que tenemos manos? Al parecer, sí. En contraste, sin embargo, cuando los investigadores empezaron a ayudar a un delfín llamado Dash que tenía un sedal de acero inoxidable clavado en la cola, éste no cooperó.⁷ Pero esas historias no se anulan mutuamente más que el hecho de que una persona pida ayuda y otra no. Un delfín pidió ayuda y la aceptó; otro no.

Durante el horror que supuso la explosión de la plataforma petrolífera Deepwater Horizon en el golfo de México en 2010, el guía de pesca Jeff Wolkart me contó:

–Había un delfín que no dejaba de rondarnos. Tenía el cuerpo cubierto de ese aceite parduzco, ese crudo de color tostado. E intentaba soplar por el orificio nasal, pero no podía. –Cada vez que Wolkart se alejaba, el delfín lo seguía–. Venía hacia nosotros, se quedaba merodeando justo a nuestro lado. El delfín parecía querer que lo ayudásemos.⁸

Pero a Wolkart no se le ocurría qué podía hacer y finalmente tuvo que irse, dejando al achacoso delfín decepcionado por los humanos, una vez más, y probablemente condenado a morir.

Uno se pregunta por qué querrían acudir a nosotros. Y uno se pregunta cuántas veces otros animales han visto truncadas sus esperanzas en los humanos. Los delfines y otros animales que buscan nuestra ayuda poseen una mente que entiende que los humanos también tenemos mente y que somos capaces de ayudar (si optamos por hacerlo). Comprender que podríamos comprender es más de lo que a menudo les concedemos. A veces los delfines deciden ayudarnos. A veces las personas matan a los delfines y niegan que sufran. Así que ¿la mente de quién es la más desarrollada?

En *Of Wolves and Men* [De lobos y hombres], su autor, Barry Lopez, narra la historia que le contó un trampero que se acercó a un gran lobo macho negro atrapado en su cepo. El lobo levantó la pata atrapada, la estiró hacia el hombre y gimoteó en voz baja.

–Lo habría dejado irse si no hubiese necesitado el dinero desesperadamente –explicó el cazador.⁹

Un video en internet muestra a un cuervo salvaje en Nueva Escocia que

se sentó en una valla y estuvo llamando durante una hora hasta que llegó una persona y le sacó varias púas de puercoespín de la cara y el cuello.¹⁰ Hay muchas historias como ésta, de criaturas heridas que parecen buscar de forma intencionada la proximidad de un humano. En la serie *Out of the Wild* [Fuera de lo salvaje], Mike Tomkies recuerda:

–Resultaba extraño la cantidad de criaturas salvajes [...] que se nos acercaban, como si supiesen que las protegeríamos.¹¹

Teníamos un perrito encantador con una irremediable mala costumbre: su afición por perseguir ciervos. Una vez, en la nieve profunda, atrapó a una hembra de ciervo y la mordió en el trasero. Yo vi cómo ocurrió y que el animal tenía una herida en la piel muy fea pero que no parecía demasiado grave. Divisé a la misma cierva los dos días siguientes, tenía la esperanza de que estuviese bien. Después, una mañana, al abrir nuestra puerta principal me quedé horrorizado al encontrar al animal muerto en la entrada. ¿Había venido en busca de ayuda? ¿Había venido para preguntar el por qué, o en busca del culpable, o para pedirnos que la recordásemos? ¿Quería que le diéramos el tiro de gracia o venía a enfrentarse a nuestro perro? ¿Era simplemente que al lado de la puerta hacía algo más de calor para una cierva en graves dificultades? Tal vez todas esas cosas afectasen su decisión. No se me ocurre nada parecido a una explicación plausible para el inquietante misterio de por qué un animal al que nuestra familia había herido había venido a morir a nuestra propia puerta. La cierva sabía por qué; yo no.

Otros animales a veces parecen reconocer en nosotros una especie de consciencia análoga que nosotros con frecuencia no logramos reconocer en ellos. De vez en cuando, por lo menos, estamos a la altura. Las ballenas grises dan a luz en las lagunas de la costa mexicana de la Baja California, en el Pacífico. Durante la época en que se practicaba la caza de ballenas, las ballenas grises arponeadas a veces volcaban los barcos y los hacían pedazos. Los balleneros pensaban que las ballenas grises eran inusitadamente agresivas, aunque lo único que hacían era luchar por salvar sus vidas. Después de empujar a las ballenas hasta el borde de la extinción, su feroz

reputación sobrevivió durante décadas. Los pescadores mexicanos, en sus pequeños esquifes, les tenían un miedo atroz.

–Se las conocía como los «peces del diablo» –me contó Don Pachico Mayoral–. Nadie tenía nada bueno que contar sobre ellas.¹²

Todo eso cambió un mágico día de 1972. Pachico había salido a pescar con un amigo cuando una gran ballena gris los sobresaltó al emerger en la superficie a pocos centímetros del barco.

–Mi compañero y yo tuvimos miedo –recordaba Don Pachico–. La sorpresa fue tan grande que a los dos nos temblaban las piernas.

Pero en vez de amenazar el barco, la ballena intentó congraciarse con él y se quedó ahí. Y fue en ese momento cuando Pachico decidió salvar la distancia.

–La toqué con mucha delicadeza y la ballena siguió tranquila.

Don Pachico rememoraba el episodio para contármelo cuatro décadas más tarde, pero era evidente que aquel momento trascendental permanecía vívido.

–Los minutos pasaban y yo seguía acariciándola, hasta que mi miedo desapareció. Para mí fue algo sublime –contaba Don Pachico–. Le di gracias a Dios.

Ansioso por compartir aquel regalo con los demás, Pachico empezó a salir con visitantes para que viesan las ballenas, y así es cómo nació el ahora famoso negocio turístico en torno a las ballenas de la laguna.

–Han perdonado todo el daño que les hicimos –reconocía Don Pachico–. Por eso les tengo tanto cariño y respeto.

Poco antes de su muerte, tuve la gran suerte de acompañar a Don Pachico a la laguna. Y como muchas personas que ya habían pasado por allí, fui testigo de cómo las ballenas madres se acercaban nadando hasta el barco con sus recién nacidos, como si nos los presentasen llenas de orgullo, y se quedaban a nuestro lado mientras las acariciábamos. Don Pachico y su hijo Jesús explicaban que la normativa existente indica que si las ballenas no se acercan, la gente no las puede molestar. Pero si vienen y no las acaricias, se marchan. Sea cual sea su motivación o sus razones, lo que hacen es buscar el contacto con los humanos. ¿Es simplemente egoísta –como suele ser el caso–

creer que otras especies tienen una afinidad especial con nosotros?

Desde la Antigüedad hasta épocas recientes, las historias que hablan de delfines que empujan hasta la superficie a nadadores en apuros son demasiado numerosas para llevar la cuenta. Pero durante millones de años, los delfines vivieron y murieron en un planeta sin seres humanos. Estos animales sienten el impulso instintivo de ayudar a sus propias crías y a sus compañeros enfermos. Cuando ayudan a los humanos, puede que no sea más que un instinto mal dirigido. Quizá sea simplemente algo con lo que entretenerse. Porque no les importamos. ¿Verdad?

Mi editor, Jack Macrae, paseaba en kayak más allá de una larga isla barrera en la costa de Georgia cuando de repente el viento y la marea cambiaron y las condiciones se volvieron desafiantes. No conocía bien la zona y empezó a preocuparse. Al poco aparecieron unos delfines, lo flanquearon y aparentemente lo dirigieron. Él los siguió y ellos lo llevaron hasta una ensenada donde pudo ponerse a seguro. Cuando un investigador que nadaba en las aguas de las Bahamas se sintió cansado y un nadador de la tripulación tuvo que remolcarlo a nado, un delfín pintado del Atlántico de repente dejó lo que estaba haciendo y de inmediato los escoltó hasta el barco.¹³ Cuando los mismos investigadores se alejaban nadando a más de cien metros del barco, los delfines «rápidamente nos devolvían al buque nodriza. [...] Cuando dejábamos que los delfines encabezasen el encuentro, seguían nadando en círculos a nuestro alrededor o nos llevaban de vuelta».¹⁴ La investigadora Denise Herzing también afirma: «No es tan raro que los delfines nos rodeen cuando hay un tiburón cerca, o que incluso nos escolten de vuelta al barco con gran determinación».¹⁵

En 2007, cuando un gran tiburón blanco mordió gravemente a un surfista llamado Todd Endris, un grupo de delfines nariz de botella formó un anillo protector a su alrededor.¹⁶ Endris consiguió llegar a la orilla y sobrevivió. En un barco de vela en la costa de Venezuela, en 1997, la tripulación no encontraba a un marinero que había caído por la borda.¹⁷ Alrededor de una hora más tarde, una partida de rescate que iba en una lancha motora vio cómo dos delfines se acercaban y rápidamente se daban la vuelta alejándose, se acercaban y se alejaban rápidamente, varias veces. El capitán ya había

buscado en esa dirección, pero decidió seguirlos. Encontraron al marinero, vivo, atendido por delfines. Elián González, el famoso «niño balsero» que, en el año 2000, con seis años de edad huyó de Cuba, saltó a la fama después de que el barco en el que iba se hundiese y su madre y los demás tripulantes se ahogasen mientras que él sobrevivió flotando sobre la cámara de un neumático durante dos días.¹⁸ Sus rescatadores humanos vieron cómo unos delfines atendían al niño en apuros. Elián relató que cada vez que le fallaban las fuerzas y creía no poder seguir agarrándose, los delfines lo empujaban para volver a ponerlo sobre el neumático. Contó que sólo se sentía a salvo cuando los delfines estaban a la vista.

Podría ser que no se tratase más que de reacciones reflejas instintivas ante un mamífero en dificultades, reflejos que habían desarrollado para socorrer a otros delfines y que por error hubiesen dirigido a los humanos. Pero a veces los delfines hacen cosas con humanos que nunca hacen entre sí, cosas totalmente antinaturales para ellos y completamente orientadas a las personas.

–Con frecuencia he observado que los delfines se acercan a nuestra nave anclada y dan coletazos antes de una borrasca o de una tormenta fuerte – afirma Denise Herzing.¹⁹

Si el dar a entender que los delfines advierten y vigilan a los investigadores nos puede parecer una mala interpretación quimérica, pensemos en esto: después de que la cuerda del ancla de Herzing se rompiera y el barco navegase a la deriva, un delfín llamado Blaze «puso rumbo hacia el ancla y la rodeó hasta que le dimos la vuelta a nuestra nave, echamos la zódiac al mar y recuperamos el ancla perdida. Fue un bonito gesto entre especies».²⁰

El problema con esas historias es que están documentadas de forma superficial, son poco coherentes, tienden a interpretaciones subjetivas y, por lo tanto, es fácil descartarlas.

Pero intenta descartar esto: un día de niebla, la bióloga Maddalena Bearzi

estaba tomando notas sobre una familia de nueve delfines nariz de botella que tenía rodeado inteligentemente a un banco de sardinas cerca del muelle de Malibú. «Justo después de que empezaran a alimentarse –escribe–, uno de los delfines del grupo de repente abandonó el círculo y se alejó nadando de la costa a toda velocidad. En menos de un segundo, el resto de delfines abandonó a sus presas para seguirlo.» Que parasen bruscamente de alimentarse era algo bastante extraño. Bearzi también los siguió. «Estábamos por lo menos a cinco kilómetros de la costa cuando los delfines de repente se detuvieron y formaron un gran círculo, sin mostrar ningún comportamiento particular.»²¹ Fue en ese momento cuando Bearzi y sus ayudantes divisaron un cuerpo humano inerte de pelo largo y rubio flotando en el centro del círculo de delfines. «Cuando saqué del agua su cuerpo completamente vestido e inmóvil, tenía la cara pálida y los labios azules.» Después de calentarla con mantas y con los cuerpos de los investigadores, la chica empezó a responder. Más tarde, en el hospital, Bearzi supo que tenía dieciocho años y se había alejado nadando de la costa para suicidarse. Sobrevivió.

Estas cosas son muy profundas.

Cuando se producen los grandes adelantos, no aparecen como una confirmación de lo que ya sabemos. Aparecen como algo inesperado, difícil de desentrañar, algo que produce desconcierto, que exige nuevas explicaciones. Aparecen como cosas que mucha gente desestima o desprecia. Hasta que resultan ser ciertos. Por lo que, a la vez que me muestro cauteloso a la hora de creer, también me muestro cauteloso a la hora de no creer. La gran cantidad de historias me ha empujado hasta la categoría del «simplemente no sé». Y es bastante difícil hacerme entrar en ella.

Cuando alguien ha dedicado décadas a observar determinadas criaturas, sus observaciones no deben tomarse a la ligera. Unos delfines acompañaron solemnemente a un barco con un hombre muerto a bordo, otros dejaron a un lado la comida para rodear a una suicida a kilómetros de la costa... Comprender exactamente lo que eso significa es algo más difícil para los

humanos.

¿Cómo explicar la realidad de una tregua tan inesperada, de una paz tan unilateral? Tengo la impresión de que sí que es un gran salto pasar del hecho de que no se produzca ninguna agresión a la idea de que las orcas han decidido ser una presencia benévola y las protectoras ocasionales de los humanos que se pierden. Pero ¿qué piensan las orcas? ¿Cómo es que todas las orcas en libertad del mundo han acordado esta relación unidireccional de carácter pacífico con nosotros? Antes de toparme con estas historias, tenía una actitud displicente. Ahora siento que me han sacudido para hacerme salir de mi certeza. He suspendido mi incredulidad. Para mí es una sensación inesperada. Estas historias me han obligado a abrir puertas que había cerrado con llave, puertas de acceso a la más grande de todas las hazañas mentales: la mera capacidad de asombro y de sentirnos abiertos a la posibilidad de cambiar.

No molestar

De vuelta en su despacho de casa, Ken conecta la cámara al ordenador. En el tiempo que Ken lleva vivido, la tecnología ha avanzado desde los carretes en blanco y negro hasta la fotografía digital. ¿Qué más ha cambiado?

–Ahora les resultamos aburridos –Dave mete baza–. Ya no les hace tanta gracia interactuar con todos los barcos.

–Y si quisieran llegar hasta nosotros –añade Ken–, aparecerían los polis.

En los primeros tiempos, Ken solía silbar de una forma particular, «como si les mostrase mi silbido identitario», cuenta, para ayudar a las orcas a que lo reconocieran. Ahora, ya no puede.

Donde una vez se podía disparar a las ballenas a voluntad o se las podía perseguir y capturar sin tan siquiera un permiso, ahora es ilegal silbar a una ballena. Hoy en día no está permitido hacer nada que «pudiese alterar su comportamiento».

En una ocasión, el innovador del jazz y las músicas del mundo (y amigo en común) Paul Winter tocó a Johann Sebastian Bach al saxofón a través de un tubo de acero pegado al costado de la barca inflable de Alexandra Morton, y sucedió que el enorme macho llamado Top Notch se desvió desde la manada con la que pasaba por allí, se acercó impulsándose como a remo y se quedó flotando en las inmediaciones hasta que Paul acabó. «Cuando terminó la canción –escribió Morton–, Top Notch dejó escapar un grito largo y dramático, exhaló y se esfumó.»¹ Esto ahora sería ilegal.

De acuerdo, no queremos fiestas en barcos de despedidas de soltero que vayan persiguiendo y gritando a las ballenas mientras les lanzan latas de cerveza. Pero a veces las medidas de protección parecen excesivas, alienantes

y, además, dirigidas a las personas más fáciles de controlar: los investigadores.

–Es desafortunado –replica Ken– porque lo que hacemos es entretenerlas. Los límites de ese entretenimiento podrían llegar más lejos que todo lo que sabemos hasta ahora.

Si los animales decidieron interactuar eligiendo el cómo y el cuándo, aun así, ¿las estábamos en cierto modo molestando?

–Puedo afirmarte esto de forma categórica –declara Ken, lanzando una pequeña indirecta–, jamás he sentido que haya molestado a una orca.

No puedo estar más de su parte.

Compartimos el mundo con criaturas cuyos cerebros curiosos nos buscan pacíficamente, y lo hacemos de la siguiente forma: levantamos un muro cortafuegos para protegerlos, mientras que destruimos su alimento, y sus oídos. Podría parecer diabólico, pero esa no es la idea que hay detrás. No hay ninguna idea detrás. Nuestro cerebro humano no llega hasta ahí.

En la Baja California, en México, el negocio del ecoturismo basado en encuentros cercanos con ballenas grises ha resultado fundamental para proteger las lagunas donde dan a luz frente al avance de la industria. En vez de un muro cortafuegos, hay una invitación, enviada por las propias ballenas. Los barcos tienen el acceso prohibido a la mayor parte de la laguna. El resto sólo puede visitarse durante unas cuantas horas al día. Si lo prefieren, las ballenas tienen privacidad de sobra. Algunas, no obstante, optan por acercarse a los barcos con las crías a su lado. En Estados Unidos o Canadá, acariciar una ballena podría acarrearle una condena. Pero en la Baja California, si lo que haces es no acariciar a las ballenas, se marcharán en busca de otros humanos más interesantes e interactivos. Después de haberlo visto de primera mano, prefiero ese sistema. Sin duda es mucho mejor para que los humanos comprendan a las ballenas, y por esta razón, es mejor para ellas. En el caso de los elefantes, los lobos, las ballenas y muchos otros animales, el acercamiento ha sustituido el miedo y el odio por un entendimiento más profundo que ha resultado mejor para todos. Las leyes

que ilegalizan silbar o tocar música para las ballenas no hacen nada para impedir que los humanos las dejen sin espacio donde existir. De hecho, en estos tiempos nuevos y extraños en que los animales necesitan una circunscripción política humana para sobrevivir, dicha alienación impuesta puede que no haga más que acelerar su desaparición.

Hoy en día, las orcas están mucho más dispersas y son menos frecuentes que en el pasado en los alrededores de las islas de San Juan.

–Los buenos tiempos ya no volverán –se lamenta Ken.

Se refiere a los años ochenta. Él era más joven, las poblaciones de salmón parecían suficientes y las orcas se estaban recuperando en vez de disminuir. Pero para las orcas, los tiempos buenos de verdad quedan mucho más atrás. Por lo menos desde mediados del siglo xx, los humanos las han matado por ser sus competidoras, las han capturado para usarlas como entretenimiento y han diezclado su alimento al degradar con la sobrepesca los ríos donde desovaban los salmones.

En 1874, el capitán ballenero Charles Scammon escribió sobre las orcas: «En cualquier parte del mundo donde se encuentren, siempre parecen estar decididas a buscar algo que destruir o devorar». Casi se podría haber pensado que estaba escribiendo sobre su propia flota ballenera. Las orcas a veces se comen a ballenas de mayor tamaño, pero después de millones de años de orcas, aún seguían existiendo millones de grandes ballenas. Por el contrario, para cuando los compañeros de Scammon estaban a punto de acabar con su labor, también estaban a punto de hacerlo con las ballenas.

Durante los años de vida de las ballenas más ancianas que aún nadan por aquí, el miedo y el odio que les profesaban los humanos estaban muy extendidos.² Con el apelativo de «orca asesina», ¿quién iba a confiar en que dejaran pasar la menor oportunidad de atacar a un humano? Un manual de buceo de la Marina estadounidense de 1973 afirmaba que las orcas asesinas

«atacarán a los humanos en cuanto tengan la oportunidad».³ Un libro de 1969 titulado *Man Is the Prey* [El hombre es la presa] hablaba de las orcas como «el devorador de carne humana más empedernido». El único problema con estas declaraciones es su desconexión total de la realidad.

Los cachalotes son otra especie cuya reputación inicial por su sed de sangre con el tiempo consiguió resintonizarse con la realidad. «Puede que se nos induzca a creer que no existe ningún otro animal en la creación que presente una ferocidad más monstruosa –escribió Thomas Beale en su libro de 1838 *The Natural History of the Sperm Whale* [La historia natural del cachalote]–. Pero en realidad, el cachalote no sólo resulta ser un animal de lo más tímido e inofensivo [...], siempre dispuesto a intentar escapar de la más mínima cosa que tenga un aspecto inusual, sino que también es totalmente imposible que sea culpable de los actos de los que tan duramente se le acusa».

La visión más mística de los nativos del Noroeste Pacífico estaba más desarrollada. A decir verdad, era más objetiva. La lógica de sus observaciones refleja de forma más fiel la realidad de las ballenas de grandes aletas. En estrecha proximidad, veían una criatura gigante de enorme poder asesino que, misteriosamente, jamás les hizo daño. Y de este modo las ballenas suscitaban, como es lógico, una gran fascinación. Ese gran asombro reverencial era la materia prima de la que la gente extrajo el respeto por su inteligencia, el reconocimiento a su criterio y la gratitud por su tolerancia. Las personas veían como seres espirituales a estos nadadores blancos y negros que penetraban en los mares y gobernaban su místico reino de forma tan eficiente. Los tlingit, en lo que ahora es el sureste de Alaska, creían que las orcas los ayudaban con ofrendas de fortaleza, salud y alimentos que estos animales sabían extraer de las aguas oscuras y gélidas.⁴ También para los pueblos autóctonos de la Columbia Británica, *kakawin*, la orca, es una respetada presencia espiritual de poderes sobrenaturales. *Kakawin* es la homóloga oceánica de *qwayac'iik*, el lobo. De ahí que *kakawin*, el lobo marino, se asocie con la verdad y la justicia.

La mayoría de los europeos y los japoneses no sabían nada sobre las orcas, y les importaban aún menos. Para los pescadores, eran plagas y competidoras, demonizadas por los navegantes y apedreadas por los niños. De niño, Graeme Ellis –que más tarde pasaría toda su vida profesional rodeado de orcas, primero adiestrándolas y luego estudiándolas en libertad– les lanzaba piedras. «Es eso lo que se hacía; y cuando te hacías mayor, les disparabas.»⁵

Entre la década de 1950 y aproximadamente 1980, Noruega, Japón y la Unión Soviética masacraron a unas seis mil orcas, causando sin duda grandes trastornos a sus sociedades.⁶ Varios países más contribuyeron a su mortalidad todo lo que pudieron.

En 1956, el Gobierno islandés, después de entrar en pánico por el hecho de que las orcas se comían los arenques y dañaban las redes de pesca, las culpó de «ocasionar a la industria del arenque un coste» de 250.000 dólares (una cantidad increíblemente insignificante incluso teniendo en cuenta la inflación y que, por supuesto, no tenía en consideración el coste que la industria del arenque supone para los mamíferos, las aves marinas y los peces que se alimentan de estos peces). Islandia solicitó ayuda a Estados Unidos. En octubre de 1956, la publicación *Naval Aviation News* se jactaba de que los aviones de la Marina estadounidense habían «completado con éxito una nueva misión contra las orcas, [...] se destruyeron centenares mediante el uso de ametralladoras, misiles y cargas de profundidad».⁷ El dolor y el caos en el mar debieron de ser espantosos.

Cuando los propietarios de unos alojamientos de pesca deportiva de la zona del río Campbell, en la isla de Vancouver, se quejaron de la competencia por el salmón, el Ministerio de Pesca canadiense respondió un día de julio de 1960 tramando este inteligente plan para impedir que las orcas se aproximaran a una zona de pesca en el estrecho de Seymour: «Se recomienda el uso de una ametralladora del calibre 50 con un soporte trípode [...] para abrir fuego cuando se aproximen».⁸ Pero una vez instalada el arma, las orcas misteriosamente cambiaron sus hábitos de alimentación y se mantuvieron alejadas de la zona. Una más de esas locas historias, ¿cómo podrían las orcas saberlo?

Mejor que matarlas sería ver cómo son vivas. En cautividad. ¿No?

La cautividad no tuvo unos comienzos demasiado limpios. En 1962, dos empleados del Marineland of the Pacific de California le echaron el lazo a una orca desde un barco de 12 metros de eslora en el estrecho de Puget. Sus gritos atrajeron la ayuda de un macho. Los hombres fueron presa del pánico y empezaron a disparar. El macho desapareció; seis disparos acabaron con la vida de la hembra amarrada, que se convirtió en comida para perros. En 1964, el acuario de Vancouver no sólo encargó a un escultor de treinta y ocho años hacer una reproducción en tamaño real de una orca, sino que lo enviaron a matar una que le sirviese de modelo. Arponeó una pequeña, no mucho mayor que un bebé, que quedó en estado de *shock* y empezó a hundirse; dos miembros de la manada se acercaron a toda prisa hasta la cría aturdida y la empujaron hacia la superficie para que respirase. Cuando la pequeña volvió a respirar, el artista sacó un rifle y empezó a disparar. La orca arponeada empezó a silbar tan fuerte que la llegaron a oír personas a más de cien metros de distancia.⁹ Entonces, el artista decidió llevársela remolcándola viva. Para aliviar el dolor, la pequeña orca arponeada fue nadando al lado, como si la llevase de la correa. El suceso apareció en la prensa internacional. Era la primera orca cautiva de la historia y el público estaba fascinado. La cría de orca herida rechazó el alimento durante 55 días. Después de romper el ayuno, sobrevivió un mes más. El *Times* de Victoria opinó que la cría, a quien habían bautizado como Moby Doll, había «tenido una muerte lamentable». La gente se sentía mal, aunque no toda.

—Me preocupa todo este sentimentalismo —le dijo el director del acuario a un reportero—. Era una buena orca, pero... capaz de tragarte vivo.¹⁰

Aquella joven orca atormentada marcó un momento trágico pero crucial. Su naturaleza amable, curiosa y cooperativa, tan diferente a la bestia feroz de falsa reputación, sorprendió a la gente. Resultó inevitable que los acuarios concibieran la idea de exhibir a las orcas cautivas ante un público dispuesto a pagar.

Un día de finales de julio de 1965, llegó al acuario de Seattle una orca macho que había quedado atrapada accidentalmente en una red de pesca. Durante más de un año, Namu, como lo llamaban, demostró ser todo un éxito

de taquilla. Después murió. Fue el primero de muchos.

El acuario y otros parques de temática marina querían más. La primera operación de captura de una orca viva fue organizada conjuntamente por SeaWorld y el acuario de Seattle en octubre de 1965. En 1973, los cazadores se estaban llevando alrededor de setenta mil dólares por orca.¹¹ Con la ayuda de helicópteros, lanchas motoras y explosivos, acosaban y perseguían a un grupo de orcas hasta encerrarlas en una bahía, en la que un barco pesquero las envolvía en una red. Los cazadores buscaban crías destetadas. La situación no siempre se saldaba sin contratiempos.

Una noche de 1969, los cazadores acorralaron a cuatro orcas de un grupo de 12 entre las que se encontraba el famoso Top Notch.¹² Por la mañana, las orcas libres seguían sin abandonar a sus familiares atrapadas, así que los cazadores las rodearon también, dejando el puerto entrecruzado de redes. Después de que uno de los machos prisioneros escapase, comenzó a chocar una y otra vez contra la malla, hasta agujerearla. La mayor parte de la familia, desorientada y quizá conmocionada, no logró seguirlo inmediatamente. Una hembra se acercó a las redes como si buscase una salida, pero no la encontró; mientras tanto, los pescadores reparaban las roturas todo lo rápido que podían. El macho finalmente dejó de estamparse contra las redes, pero se quedó esperando por los alrededores unos cuantos días más. Después, quizá por el hambre, quizá por la derrota, se marchó.

Los captores, encantados con las ofertas que recibían de postores americanos y europeos, subastaron siete orcas jóvenes. Liberaron a cuatro adultas. Las liberadas también se quedaron merodeando durante un día o así antes de marcharse.

Después, durante muchos años, ninguna orca regresó a aquel lugar.

En 1968, capturaron a dos orcas embarazadas en la Columbia Británica.¹³ Después de pasarse un mes entero sin comer, fueron vendidas a un lugar cuyo nombre parecía el resultado de un trastorno de identidad: Marine World Africa U.S.A. Una de las crías nació muerta; después, murió también la madre. Los empleados continuaron adiestrando a la otra y haciéndola saltar.

Su bebé también nació muerto. Ella sobrevivió a aquel duro trance inicial.

Los cazadores eran libres de capturar a todas las orcas jóvenes que quisieran. Nadie entendía nada sobre sus estructuras sociales ni el tamaño de sus poblaciones. Todos querían creer que las orcas iban y venían al azar hasta estas aguas interiores procedentes de una población básicamente ilimitada que se paseaban por todo el Pacífico. ¿Qué tenía de malo pillar a unas cuantas para las piscinas?

Ken también pensaba en términos de pesca tradicional en aquella época; pero quería saber cuál podría ser la «producción sostenible» de orcas. Argumentó que no podía ser ilimitada. El magnífico investigador canadiense Mike Bigg se percató de que era capaz de distinguir orcas concretas de forma sistemática y de que los grupos eran estables y mucho más reducidos en número de lo que nadie se había imaginado. Se dio cuenta, y no se equivocaba, de que las residentes y las transeúntes nadaban en las mismas aguas, pero con dietas, llamadas y hábitos sociales distintos, y jamás se mezclaban. Esto era algo totalmente desconocido hasta el momento; y parecía inexplicable. Por sus reflexiones extraordinarias, se le ridiculizó y marginó. No sólo lo desdeñaban las personas involucradas en la captura; las autoridades también trataban a Bigg, en palabras de Ken, «como a un chiflado». Ken también se vio atrapado en la misma red de acoso oficial constante por parte de las autoridades del Gobierno de Estados Unidos y los agentes marítimos sobre el terreno. Todo contribuyó a un periodo de mucha tensión.

Entre 1962 y mediados de los años setenta, muchas orcas concretas fueron capturadas con red en diversas ocasiones por cazadores empeñados en arrebatárles sus crías.¹⁴ Una cuarta parte de las orcas capturadas con vida presentaba heridas de bala de disparos al azar. En esto consistía la relación entre los humanos y las orcas del Noroeste Pacífico.

Las orcas empezaron a evitar algunos de sus rincones favoritos y más ricos en alimento, pues se habían vuelto peligrosos. Entonces, el sentir generalizado comenzó a agriarse debido a las capturas. En 1976, más de mil

personas invadieron el escenario en el que se había producido una captura en señal de protesta.¹⁵

En última instancia, los investigadores documentaron, sin lugar a dudas, que eran menos de ciento cincuenta las orcas residentes del sur del territorio que nadaban en estas aguas. Su labor probablemente impidió la extinción del grupo. Contando tanto las ballenas apresadas con vida como las que habían muerto durante el proceso de pesca con red, las capturas eliminaron alrededor del cuarenta por ciento de la población, aproximadamente unas sesenta ballenas. De las 53 ballenas llevadas con vida hasta las piscinas, 16 (aproximadamente una de cada tres) murieron antes de que pasara un año.¹⁶ Durante el apogeo de las capturas, los parques temáticos oceánicos se hicieron con alrededor de noventa y cinco orcas del Noroeste Pacífico e Islandia. En 1975 y 1976, Canadá y Washington, por lo menos, prohibieron finalmente las capturas de orcas.

En el verano de 1977, en Victoria, Canadá, y recién graduado de la universidad, compré una entrada y me busqué un asiento en las gradas para ver a mis primeras orcas. (Tendrían que pasar otros 15 años antes de que lograrse ver orcas en libertad en el mundo real.) Y ahí estaban, cogiendo delicadamente el pescado que les ofrecían unas chicas guapas y a la vez saltando con el cuerpo entero de una forma increíblemente impactante.

Estaba tan asombrado por lo que veía hacer a estas orcas «asesinas» con sus amigos humanos que me conmoví hasta las lágrimas. No eran asesinas salvajes; eran unos gigantes amables, sensibles, interactivos y cuidadosos. Majestuosos. El espectáculo parecía rebosar compasión y estar imbuido de la generosidad de espíritu de personas dispuestas a superar la barrera entre especies, y también de la esperanza de que aprenderíamos a amar a las orcas. Jamás se me pasó por la cabeza mirar entre bambalinas.

En las mentes y en los labios de muchos que vieron lo que yo vi, las ballenas asesinas quedaron exoneradas. Después de cumplir su condena como asesinas, se vieron liberadas de una reputación que jamás merecieron y pasaron a ser simplemente «orcas».

Ellas no habían cambiado. Es sólo que nosotros, por primera vez tuvimos una visión revolucionaria de ellas. En aquella época no existía el avistamiento de cetáceos. Los directores de documentales sobre la naturaleza apenas se atrevían a soñar con lo que han logrado desde entonces. Las primeras ballenas cautivas sacrificaron sus vidas por una causa justa que no eran capaces de comprender. Así que la pregunta es: ¿mereció la pena el sacrificio de esas orcas artistas para cambiar el sentir general?

Ahora son varias las respuestas posibles. Pero aquel día de 1977, mientras me secaba las lágrimas y salía del estadio sintiéndome sobrecogido por el mero hecho de compartir el planeta con tales criaturas, no me hice ninguna pregunta. Ni una sola pregunta. Hasta donde yo era capaz de ver, era evidente que aquellas ballenas se estaban divirtiendo.

Tener y mantener

En la década de 1860, algunos acuarios de Gran Bretaña y Estados Unidos empezaron a exhibir ballenas beluga y delfines nariz de botella. La beluga de P.T. Barnum fue probablemente el primer cetáceo adiestrado para participar en actuaciones, y en 1914, el director del acuario de Nueva York, Charles Townsend, se quedó maravillado al comprobar que los juegos de sus delfines se asemejaban a «peleas de cachorros». No obstante, durante décadas, los malos cuidados daban lugar a que los delfines capturados no sobreviviesen mucho tiempo.

En la década de 1930, varios productores cinematográficos construyeron en Florida un gran set acuático para rodar películas. Marine Studios no tardó en convertirse en Marineland of Florida, que daba la bienvenida previo pago a todos los públicos. Antes de Marineland, se desconocían por completo las habilidades sociales, emocionales y cognitivas de los delfines. Cuando el conservador de Marineland Arthur McBride reunió a dos delfines machos que habían sido capturados juntos pero después habían pasado varias semanas separados, McBride escribió asombrado que los delfines mostraron «una emoción sin igual. [...] No había ninguna duda de que se habían reconocido mutuamente». Conmovido y fascinado, McBride añadió que los delfines a su cargo encarnaban a «nuestros parientes más humanos de las profundidades del mar [...], un mamífero acuático atractivo y juguetón que recuerda a sus amigos». Los científicos tenían ahora la posibilidad de observar delfines nariz de botella a corta distancia. Con anterioridad, la gente pensaba en ellos (si acaso lo hacían) como una fuente de carne, aceite y pieles. Los acuarios lograron que los delfines y las ballenas captasen la

atención del público como mamíferos extraordinarios que hacían vida de familia. Supusieron literalmente los primeros escaparates de la vida social de los delfines.

Una noche a principios de los años cincuenta, en Marineland¹, un vigilante nocturno se dio cuenta de que uno de los delfines parecía estar lanzándole una pluma de pelícano. Al rato ya estaban lanzándose pelotas y juguetes el uno al otro. Marineland empezó a anunciar la primera «marsopa educada» del mundo. De aquí derivaron los espectáculos de delfines. No obstante, era el delfín quien había iniciado la interacción y el vigilante y el público quienes habían recibido la educación. Durante los treinta años siguientes, los primeros y únicos estudios que se llevaron a cabo se hicieron con delfines en cautividad.

La cautividad aumentó de velocidad. Se convirtió en un gran negocio, de grandes cifras y con mucho en juego. Y las orcas eran la apuesta más fuerte de todas.

En el apasionante documental *Blackfish*,² Howard Garrett, defensor de los cetáceos, recuerda una persecución en concreto en los años setenta. Unas lanchas motoras iban arrojando explosivos para asustar a un grupo de orcas y conducir las hacia las embarcaciones con redes. Pero estas orcas ya habían sido capturadas antes, explica, «y sabían lo que estaba pasando, y sabían que les arrebatarían a sus crías. Así que las adultas sin crías se dirigieron hacia el este, hacia un callejón sin salida. Y las embarcaciones las siguieron, pensando que todas iban en esa dirección». Pero las adultas con bebés se habían escindido, y se los habían llevado hasta el extremo más alejado de una isla. Las que no llevaban crías se exhibieron sin tapujos; las que sí, se escabulleron a hurtadillas. Parecía una brillante estrategia táctica, que nos hacía abordar la cuestión a la que ya nos hemos enfrentado antes: ¿cómo habrán sido capaces de comunicar dichas ideas?

Sin embargo, como nos recuerda Garrett, «en algún momento tenían que acabar saliendo a por aire». Cuando lo hicieron, las avionetas de los captores las avistaron, y allí las atraparon las lanchas motoras. Después de haber

cercado a las jóvenes, los captores aflojaron la red principal para que las mayores pudieran huir nadando.

No se marcharon.

–Cuando los captores empezaron a amarrar a las crías –me cuenta Ken–, las madres intentaron impedir con todas sus fuerzas que se las llevaran. La mamá se metía en medio e intentaba empujar al bebé para alejarlo. Se oyeron muchos chillidos.

Tal como recuerda Ken, los captores que temían por su seguridad a veces sencillamente mataban a las adultas que se resistían.

El buceador John Crowe retoma el relato en la película. Mientras colocaban a un bebé en una camilla para llevárselo, recuerda, «la familia enterita se quedó a 20 metros de distancia en una gran fila, comunicándose unos con otros. Bueno, entonces te das cuenta de lo que estás haciendo. No pude más. Me eché a llorar. [...] Era como secuestrarle un niño pequeño a su madre. [...] No se me ocurre nada peor». A pesar de todo, acabó con su labor. «Están todos mirándote; ¿qué vas a hacer?» Cuanto todo terminó, la red contenía tres orcas muertas. Crowe y otros dos recibieron la orden de «rajar las ballenas, llenarlas de rocas, ponerles anclas en la cola y hundirlas». Crowe recuerda toda la operación con estas palabras: «Lo peor que he hecho en mi vida».

Es imposible imaginarse la experiencia mental de una mamífera social con un cerebro comparable al nuestro que acaba de hacer todo lo posible para impedir que le arrebaten a su hijo, no lo ha logrado y se aleja nadando del caos despojada de su pequeño, con el que, durante los últimos años, ha estado en contacto constante. Para el bebé, incomunicado, separado de repente de las voces de su familia, el pasar desde el océano infinito al confinamiento de una taza de cemento, el terror y la confusión...

Cuando Estados Unidos y Canadá dejaron de permitir la captura de orcas, los acuarios trasladaron sus operaciones de captura a Islandia. En 1983, un

ejemplar macho de dos años de edad y tres metros y medio de largo capturado en Islandia llegó al Sealand of the Pacific de Victoria, en Canadá, justo al otro lado del estrecho de Haro desde la casa de Ken. Los trabajadores lo llamaron Tilikum. Eric Walters, un antiguo adiestrador de Sealand, recuerda a Tilikum como «aquel con el que te encantaba trabajar de verdad, [...] se portaba muy bien y siempre estaba ansioso por complacer. [...] Si había que confiar en alguien, ése era Tilikum».

Pero al principio, Tilikum tuvo un adiestrador que lo agrupó con una orca ya adiestrada y que empleaba el castigo. Si la orca adiestrada actuaba como el adiestrador quería pero Tilikum no lo hacía, castigaba a ambas orcas dejándolas sin comer. Esto provocó que la orca adiestrada se frustrara hasta tal punto que reaccionase dejando a Tilikum llena de la cabeza a los pies de marcas de dientes que sangraban. Jamás se ha documentado nada semejante con orcas en libertad.

Sealand no era más que un gran cerco hecho de redes y rodeado de gradas que flotaba en la bahía como un pequeño puerto deportivo. Dado que la dirección del centro temía que alguien se compadeciera de las tres orcas y cortase la red, por la noche las almacenaba en un oscuro contenedor flotante de acero que medía seis metros por nueve. Para unas criaturas que se desplazan ciento veinte kilómetros al día y cuyo cuerpo mide de largo más de la mitad del ancho de su celda, pasar casi dos tercios del día inmóviles y aisladas sensorialmente «era algo que estaba mal y punto», reconoce el exdirector de Sealand Steve Huxter. Muchas mañanas, Tilikum, que ahora medía casi cinco metros de largo y pasaba la mayor parte del tiempo atascado en aquella lata de acero con dos compañeros hostiles que no eran de su tribu, amanecía con mordiscos recientes y sangrantes. Tilikum se vio por tanto sometido a un nivel totalmente antinatural de violencia, del que no tenía escapatoria.

Ken me cuenta que encerrar a Tilikum en aquella caja durante 14 horas al día con otras orcas predispuestas en su contra y muertas de aburrimiento «probablemente lo abocó a la psicosis».

Ya en 1981, en el primer libro dedicado exclusivamente a las orcas, Erich Hoyt escribió: «Las orcas cautivas de Sea World y Marineland han mantenido a algunos adiestradores debajo del agua y casi los ahogan. Se han producido una serie de episodios con mordeduras. Estos incidentes ocurren generalmente después de que una orca concreta pase varios años en cautividad. Debido a un cambio en la rutina o a veces al aburrimiento, la orca de repente se siente frustrada o molesta. Por suerte, generalmente suele haber alguna advertencia al adiestrador. Hasta la fecha, ninguna orca cautiva ha matado a ninguno».³

Un día de 1991, Tilikum y otras dos orcas ahogaron a una adiestradora llamada Keltie Byrne después de que ésta resbalase y cayese al agua por accidente. Los adiestradores normalmente no se metían en el agua. Un colega, Colin Baird,⁴ piensa que las orcas, sorprendidas de repente al encontrarse por primera vez con un humano en la piscina, tan sólo estaban jugando.

—Ya sabes —explicaba—, no eran capaces de concebir que ella no pudiese mantener la respiración durante 20 minutos.

Fuese como fuese, la publicidad abocó a Sealand al cierre. Tilikum fue vendida al parque temático SeaWorld de Orlando, en Florida. Como productor de esperma, valía su peso en oro.

Al llegar a SeaWorld con un peso de cinco toneladas y media, se le colocó junto a hembras que lo atacaban constantemente. Las simples tensiones generadas por el espacio reducido probablemente no eran toda la verdad. Pensemos en los diferentes clanes acústicos, las distintas comunidades residentes que no socializaban entre sí, los transeúntes y residentes, genética y culturalmente diversos cuyos hábitats se solapan en el Noroeste Pacífico pero que rehúyen todo contacto. Cercar a una orca islandesa con residentes del Noroeste Pacífico podría ser el equivalente a meter a un cazador neandertal de mamuts en una celda junto con tres camareras japonesas. Incluso ateniéndonos a los estándares antinaturales de las orcas en cautividad, Tilikum era un ejemplar de otro reino, puede que incluso de otra especie. E inmediatamente se convirtió en víctima de abusos.

Con el tiempo, SeaWorld logró obtener crías de sus orcas cautivas. Pero

en vez de dejar juntos a las madres y a los hijos supervivientes, como sería normal para ellos, la dirección de SeaWorld les retiraba a las crías poco después de que se destetasen, como si se tratase de ganado. La dirección de la empresa los despachaba cual mercancía entre su cadena de parques temáticos, tal como dictaban los cálculos financieros.

Carol Ray, una antigua adiestradora de SeaWorld, cuenta en la entrevista incluida en *Blackfish* que después de que el personal de SeaWorld le quitase su bebé a Katina, ésta «se quedó en una esquina de la piscina, literalmente temblando, gritando, chillando, llorando. Nunca la había visto hacer algo así. [...] Aquello no podía llamarse de otra forma que no fuese una profunda pena». El exadiestrador de SeaWorld John Hargrove recuerda a Kasatka y a su bebé «muy unidos, [...] inseparables». Cuando se llevaron a la cría al aeropuerto, Kasatka «siguió emitiendo vocalizaciones que nunca antes habíamos oído». Un investigador científico que analizó los sonidos concluyó que Kasatka estaba realizando llamadas de largo alcance, para intentar establecer el contacto con su hijo desaparecido.

Howard Garrett nos recuerda en la película que la primera vez que se sometió a cautividad a las orcas, sabíamos menos que nada: se las consideraba asesinas sanguinarias. Pero hemos aprendido que «son increíblemente sociables y comprensivas y que de forma intuitiva buscan ser nuestras compañeras. Y a día de hoy no se tiene constancia de ni un solo caso de orca en libertad que haya hecho daño a un humano».

Aunque ninguna orca en libertad haya matado nunca a un humano, la cautividad genera violencia entre las orcas. Una violencia que jamás se ve en su sociedad normal. Una violencia que nace de las frustraciones causadas por una existencia tan antinatural. En 1999, un hombre que se había colado en el SeaWorld de Orlando fue encontrado muerto en la piscina de Tilikum, con señales por todo el cuerpo de haber recibido una paliza. En 2010, Tilikum mató a la adiestradora Dawn Brancheau. Según dicen todos, Dawn era una adiestradora sensible y enormemente motivada.

Tilikum llevaba mucho tiempo siendo sometido a un extraño tratamiento.

Ya se había visto implicado en la muerte de dos humanos. Aun así, se le siguió obligando a continuar su lucrativa danza para la empresa. Justo antes del ataque a Brancheau, parecía no haber entendido un gesto de ella; da la impresión de que Tilikum creyó haber hecho algo que ella le había pedido, y después se irritó cuando ella no le dio su premio. Sólo entre dos seres capaces de entender puede darse un malentendido de tal magnitud.

En cautividad, otros delfines actúan a veces irritados o enfadados cuando reciben una respuesta negativa.⁵ Cuando un delfín nariz de botella cautivo que participaba en un estudio sobre lenguaje artificial en Hawái no reaccionó como se le pedía y no recibió ningún premio, agarró un tubo de plástico flotante y se lo lanzó a la adiestradora;⁶ por poco no le dio en la cabeza. Otro delfín enfadado arrojó adrede la parte espinosa de un pez. El cambio radical no es sólo juego limpio; es juego psicológico. Pero el tamaño, la fortaleza y la mente de una orca eleva la reacción (y lo que está en juego) a otro nivel.

Poco importa que Tilikum no tuviese la intención inicial de hacer daño, sino que actuase por la frustración, o el aburrimiento, o porque aquello simplemente lo sacase de quicio y se le fuese de las manos. Ni él ni los adiestradores habrían visto sus vidas entrelazadas jamás si no se hubiese cometido la injusticia primordial de haberlo apartado de su familia y de su mundo. SeaWorld, el llamado mundo del mar, no es más que una empresa de entretenimiento. El mar sí es un mundo real. Cuando jugamos con las criaturas de ese mundo en vez de ir a su encuentro en su territorio, se pone en movimiento cierta lógica de consecuencias.

Cuando salí de aquel estadio en 1977, nunca se me ocurrió imaginar cómo se había capturado a las orcas. Nunca se me ocurrió imaginar la cautividad al revés, que una orca joven que crece entre humanos es como un humano joven que crece entre orcas. Por mucho cariño que le pongan, las orcas nunca podrían ofrecerle todo el contexto físico y emocional en el que un niño podría ser normal. Imagina que te capturasen cuando tuvieses unos cuatro años, que te criasen unas orcas que te encuentran fascinante. La adquisición del lenguaje se acabaría, la socialización normal también. El mundo conocido se

reduciría a una sola habitación rodeada de orcas que te observasen allí dentro. Tus recuerdos de un mundo más amplio y de tu familia se desvanecerían. Obtendrías tus comidas metiendo la cabeza bajo el agua para coger las limosnas de cuidadores fascinados que nunca hubiesen visto a otros humanos viviendo en familias humanas. Ellos aprenderían algún detalle nuevo de casi todo lo que hicieras. Tu propia educación, en todo sentido significativo, habría sido interrumpida para siempre. Dejarías de ser parte del mundo. Sólo serías una pequeña parte entretenida de su mundo. Mientras fueses joven, te parecerían interesantes. De todos modos, casi el único estímulo que recibirías sería la interacción con ellos. Sin duda necesitarías otros estímulos. Las orcas llenarían parte de tu soledad. No comprenderías exactamente lo que te estás perdiendo, pero tus necesidades básicas de realización humana quedarían insatisfechas. La rutina se haría aburrida. Sería inevitable que no estuvieses del todo bien.

Las orcas nacen y están hechas para un complejo mundo de sonidos y desplazamientos de larga distancia. Permanecen toda la vida junto a sus madres y hermanos. Mantienen relaciones también a mucha distancia, con reuniones ocasionales con decenas de otros especímenes a quienes conocen durante toda su larga vida. Los metemos en piscinas de cemento que funcionan tanto como cámaras de aislamiento como de resonancia. ¿Qué consecuencias tiene una vida dentro de una sopea dura y pequeña en la mente de una orca en desarrollo? Imagina pasar la vida dentro de una habitación circular con paredes desnudas. Dando vueltas y vueltas.

Los parques temáticos y los acuarios que describen a sus animales cautivos como «embajadores» tienen razón en cierto modo, y recogen la esencia. Lo que no les vendría mal, no obstante, es un corazón. En una época anterior, los indios americanos y los habitantes de las islas del Pacífico que vivían en cautividad eran transportados en barco hasta Europa como muestras de especímenes. En 1906, una generación más tarde de que la esclavitud fuese abolida en Estados Unidos, un hombre pigmeo mbuti llamado Ota Benga fue

expuesto junto a los monos del zoológico del Bronx. Con el tiempo logramos superar cosas como éstas. A pesar de que sus cuidadores intentaron tratarlo bien, Ota acabó por suicidarse. Aquel no era su lugar.

Las orcas de SeaWorld actúan con el nombre artístico de Shamu. Ken afirma que significa «*shame on you*» (en español «avergonzaos»). Las orcas participan en el negocio del espectáculo. Después de medio siglo de saltos y números de orcas, ¿está aumentando nuestro conocimiento? Sé que nuestras pérdidas sí. Se siguen llevando a cabo capturas salvajes, por ejemplo en aguas rusas, y hay nuevos parques marinos en China que se están convirtiendo en una importante fuente de demanda. Cuando por fin se acaben los espectáculos y pase la época de las orcas en cautividad, espero que lo que hayamos llegado a comprender sobre ellas, con el tiempo, logre sobrevivir al daño causado.

No estoy diciendo que no hayamos aprendido nada de las capturas de orcas. Antes al contrario; al tenerlas cerca, al desafiar la normalidad de sus vidas y observar cómo se las arreglan, empezamos a verlas por primera vez. Y nos asombraron. Al igual que aprendimos sobre la profundidad y el alcance del espíritu humano al observar a prisioneros humanos tener gestos magníficos para ayudarse mutuamente a seguir con vida, nos enfrentamos a las habilidades relacionales de las orcas. Aprendimos lo más básico sobre ellas: que son alguien.

Ken me explica que en los años setenta, una madre y su cría que habían sido capturadas y retenidas dentro de un gran cerco de redes se habían negado a comer durante tres semanas. Sus captores ni siquiera se percataron de que se alimentaban de mamíferos, eran transeúntes cuyas presas habituales eran focas, leones marinos, delfines y ballenas. Los captores las intentaban alimentar con arenques. Estas orcas debieron de pasar muchísima hambre. «Se estaban consumiendo», comenta Ken.

Las trasladaron al cercano Sealand. Cuando llegaron, una orca adiestrada de nombre Haida, que pertenecía a una manada residente (la J o la L) que se alimentaba de pescado y había entrado en cautividad en 1968, se sumergió

para inspeccionarlos a través de la red que los separaba. Haida fue nadando hasta un adiestrador que le había estado rascando, cogió un arenque y lo empujó a través de la red para las nuevas orcas. Compartir comida con desconocidos; creíamos que sólo los humanos hacíamos eso.

Dado que las residentes y las transeúntes que viven en libertad jamás se mezclan entre sí, el gesto de Haida resulta trascendente en términos humanos. Al principio, las recién llegadas no cogieron el pez. Haida empujó el pez contra la boca de una de las otras orcas y repitió el gesto varias veces con ambas recién llegadas. Al poco, las nuevas orcas empezaron a comer. ¿Cómo llamarías a esto? Si un humano hiciese algo similar, la palabra utilizada sería «compasión». Compasión trascendente. Seamos al menos lo bastante generosos como para no privar a una orca tan generosa de dos simples palabras.

Junto a esas dos, habían atrapado a otras tres transeúntes, que seguían dentro del cerco de redes en la bahía donde las habían capturado. Después de pasarse 75 días sin comer, sus cuerpos se habían encogido sobre sus cajas torácicas hasta un estado de extrema delgadez nunca antes visto en una orca. Una de ellas empezó despacio a nadar, a chocarse con cosas como si delirase; a las cinco de la tarde cargó contra la red con todas sus fuerzas y atravesó el pesado polipropileno que la aprisionó hasta la altura de la aleta dorsal. Atascada, exhausta, famélica, dio marcha atrás para separarse de la red, abrió la boca para dejar escapar unas burbujas de aire, y se hundió, muerta. Era casi como si el fracaso de ese último intento desesperado se hubiese llevado los restos de la voluntad de vivir que le quedaba y hubiese dejado escapar la vida adrede. En cuanto esa orca murió, una de las otras, apodada Charlie Chin, miró a los guardas humanos, agarró la red y empezó a tirar de ella. ¿Estaba pidiendo que la ayudasen, que la liberasen? Los humanos empezaron a golpearla en la cabeza, pero se resistió durante un rato. Después la soltó.

El día 78, Charlie Chin cogió un salmón de la mano de un guarda y, muerto de hambre, nadó con él hasta su compañera superviviente.⁷ Vocalizaron entre ellos. Dejó caer el salmón justo delante de las narices de la otra orca, que lo agarró por la cola. Charlie lo cogió por la cabeza. Con cada orca sujetando un extremo del pez, recorrieron la piscina mientras emitían

sonidos vocales de un lado para otro. Entonces, las dos tiraron del pez y lo dividieron. Cada una se comió la mitad. Unos minutos más tarde, Charlie volvió a coger otro pescado y de nuevo se lo presentó a la otra orca, que se lo comió entero. Él fue y cogió otro para él.

Poco después cada una de ellas comía 200 kilos de pescado al día.

Y también poco después, ambas se vendieron a un acuario de Texas.

Pero antes de que Sealand las enviase, una noche, alguien hundió una parte de las redes. Las ballenas se marcharon. (Aunque nunca cogieron al autor, a mí y a muchas otras personas nos gustaría agradecerse. Dice mucho de nosotros el hecho de que haya personas que capturen y vendan las orcas en cautividad y por ello se hagan ricas, mientras que hay otras personas que sólo por liberar a las orcas pueden acabar detenidas. Como dijo Bob Dylan: «Roba un poco y te meterán en la cárcel. Roba mucho y te harán rey».)

Años más tarde, las dos orcas a las que alguien ayudó a fugarse aquella noche fueron fotografiadas juntas, acompañadas de una nueva cría.

–Durante 25 años las seguimos viendo de vez en cuando –cuenta Ken.

Charlie Chin vivió hasta 1992.⁸

–No querían tener nada que ver con la gente.

Graeme Ellis lleva décadas estudiando las orcas en libertad. Pero recién salido del instituto, consiguió trabajo en el acuario de Vancouver. Su cometido era convencer a una orca macho nueva que no quería comer de que empezase a aceptar la comida. Pasó un mes y la orca seguía sin querer comer. Un día, Ellis estaba sentado sin hacer nada y empezó a salpicarla. El animal, de forma inesperada, le devolvió el gesto, desapareció y de repente dio un salto sacando todo el cuerpo del agua. A las pocas horas se acercó para que lo rascase y acariciase; al día siguiente empezó a comer. Como criatura social, sólo necesitaba establecer de antemano una pequeña relación. Algunos científicos creen que las orcas tienen necesidades sociales tanto o más fuertes que las de los humanos. Necesidades que, a veces, son más importantes para ellas que la comida.

–No se trata de cuántos números puedes enseñarles a hacer, sino de

cuánto tiempo puedes mantener la cordura de una orca. Tienes que saber cómo funciona su mente.

Las orcas jóvenes se muestran entusiastas durante al menos un año, pero después de un par de años en cautividad, cuando ya ha pasado la novedad, la salud mental de la orca empieza a deteriorarse.

–Algunas se aburren, se aletargan. Otras se vuelven neuróticas e incluso peligrosas. –Tras varios años en cautividad, añade–: Todas empiezan a perder un poco la cabeza.⁹

Personalidad a raudales

John Ford,¹ un destacado investigador canadiense de las orcas en libertad, inició su carrera trabajando en espectáculos de acuarios, donde descubrió que las orcas eran «increíblemente perspicaces» y que cada una reaccionaba de forma distinta ante personas distintas. Incluso cuando caminaba por la parte de atrás de un estadio, detrás de las al menos quinientas personas allí congregadas para ver el espectáculo, las orcas eran capaz de reconocerlo y seguirlo con la mirada. Dado que «se divierten cambiando las cosas», para él supusieron un desafío. En modos sutiles, que al principio no advirtió, con el tiempo se dio cuenta de que eran «ellas quienes estaban modificando» el comportamiento de él. Otra cosa con la que no había contado: cada orca tiene una personalidad «pasmosamente distinta».

La personalidad es probablemente el aspecto que menos se les ha reconocido a los animales que viven en libertad. Los delfines tienen personalidad a raudales. Nacen con personalidad. Tímidos. Atrevidos. Brabucones. Intimidantes.

Cuando vemos «elefantes», «lobos», «orcas», «chimpancés» o «cuervos», vemos estereotipos. Pero en el instante en que nos concentramos en los individuos, vemos que difieren. Vemos a una elefanta llamada Echo con dotes excepcionales de liderazgo; vemos al lobo Siete Cincuenta y Cinco luchando por superar la muerte de su compañera y el exilio de su propia familia; vemos a una orca extraviada que se siente sola pero no pierde el humor y es increíblemente amable. No se trata de *personalidad*, sino de *individualidad*. Y es una realidad de la vida. Que tiene raíces profundas. Muy profundas.

La profesora Joanna Burger tiene un pequeño estanque en su jardín. Caminamos hasta el borde y nos quedamos allí de pie. No veo nada. Entonces las llama y me quedo atónito al comprobar cómo varias tortugas se acercan a comer. No creía que las tortugas fuesen capaces de ser tan receptivas, tan atentas, ¡como para venir cuando se las llama! Pensaba que las tortugas no eran más que tortugas. Aparecen también varias ranas, y a diferencia de todas las ranas que he visto en mi vida, saltan fuera del agua hasta unas rocas, anticipando los insectos que les traemos. Es muy sorprendente ver cómo se reúnen a nuestro alrededor.

Pero ¿por qué me sorprende? ¿Por qué seguimos esperando que los seres vivos sean tan incapaces? Antes de que existiésemos, ellos ya estaban haciendo lo que tenían que hacer. Los subestimamos de un modo bestial. Nos autoimponemos un aislamiento que nos priva de experimentar gran parte del alma del mundo. La gente solía pensar que las tortugas eran sordas. Estoy empezando a darme cuenta de lo ciegos que hemos estado. Se sabe desde hace tiempo que las tortugas oyen, y que algunas emiten sonidos, pero no fue hasta 2014 que unos científicos anunciaron haber descubierto que las crías y los adultos de una especie de tortuga de río emitían sonidos vocales entre ellas y empleaban 11 tipos de llamadas. Los científicos observaron que las llamadas servían «para congregarse a las crías recién salidas del cascarón junto con los adultos para la migración en masa». Si me hubiesen preguntado antes de leer eso, yo (y la mayoría de los expertos en tortugas) habría respondido, equivocándome, que las tortugas no ofrecen ningún tipo de cuidados paternos. Como dice sarcásticamente mi vecino J. P. Badkin: «Como te descuides, acabas aprendiendo algo nuevo todos los días».²

No os voy a decir de qué criaturas habla mi amigo Darrel Frost. Intentad adivinar. (Lo desvela al final.) Darrel trabaja como conservador en el Museo de Historia Natural de Estados Unidos, en la ciudad de Nueva York. Tiene permitido llevar a sus mascotas con él mientras trabaja. He venido a su despacho por primera vez y me las está presentando.

—Mud es el más grande, el de la mandíbula prominente. Hermes es el de la espalda rota y la epilepsia. Cuando Mud se entusiasma mucho, casi baila de un lado para otro. Antes de que nuestra secretaria, Iris, se jubilara hace un

año, solían correr hasta su despacho para que les diese chucherías. Mud le mordisqueaba los bajos del pantalón para llamar su atención. Ayer vino de visita, y a pesar de llevar meses sin verla, todavía se entusiasman muchísimo cuando entra en la sala. De la misma forma, cuando nuestro voluntario, Denny, aparece para mimarlos, simplemente se iluminan. Denny e Iris les hablan y ellos parecen agradecer ese contacto y la socialización.

»Soy yo quien los alimenta, así que creerás que a mí me hacen más caso... pero a mí nunca me dedican ese tipo de respuesta. Mis cuidados son mucho más prácticos, me temo. Iris y Denny me dan el sermón con que no les hablo bastante. En cuanto a su personalidad, Mud es como un niño pequeño, increíblemente curioso cuando hay gente en el despacho. Le gusta venir a comprobar si la gente se lo está pasando bien sin él. Se pondrá a arañar la puerta hasta que lo dejen entrar. Hermes tal vez entre, pero siempre ha sido más tímido entre desconocidos. A Mud le encanta la música mexicana, hace que se ponga a dar vueltas. Cuando Mud se empezaba a descontrolar, Iris simplemente le tocaba la nariz con la goma del lápiz y él se molestaba muchísimo, dejaba lo que estuviese haciendo y se enfurruñaba. Un pequeño detalle, pero sabía quién mandaba aquí. Podía fácilmente haber echado a Iris de la habitación, pero su desaprobación le caía como un jarro de agua fría.

»Lo más gracioso es que saben cómo se llaman, pero si los pillas haciendo algo que no deberían hacer y los llamas por su nombre, miran para otro lado para evitar que su mirada se cruce con la tuya. Un día Mud entró muy muy en silencio, y muy en silencio abrió la puerta del pequeño frigorífico donde guardo sus verduras, y muy en silencio se puso manos a la obra con un cogollo de lechuga. Cuando me di cuenta, me quedé observándolo un instante. Nunca lo había visto actuar tan en silencio. Sabía que si lo pillaba, se quedaría sin lechuga, así que estaba intentando evitar llamar mi atención. Y, ¡bueno!, cuando cerré la puerta, ¡cómo se puso! Menudo berrinche se llevó allí mismo, agitándose de un lado para otro... Luego volvió corriendo al despacho de Iris para quedarse con ella.

»Otro día estaba sentado en el despacho cuando Iris pasó por delante de mi puerta sentada en su silla de oficina, que tiene ruedas. Mud iba empujando

la silla, con Iris encima, por el pasillo. Iris estaba encantada, y Mud también. Estaba sentada detrás de su escritorio y Mud entró y se puso a empujar la silla, con ella encima, para sacarla del despacho. Tanto Mud como Hermes muestran constantemente celos, astucia, picardía, entusiasmo, deseo de ser aceptado... comportamientos que asocio a humanos de dos o tres años. Tienen jerarquías de dominio y, como los perros grandes, desarrollan un fuerte apego a sus amos.

Mientras Darrel habla, nos pasamos todo el tiempo mirando directamente a Mud y a Hermes.

–A veces se ponen un poco tontorrones –añade Darrel con una cálida sonrisa–, pero por lo general son una verdadera alegría.

Le pregunto cuánto pesan. Considerándolos con una mirada cariñosa y evaluadora a la vez, Darrel contesta:

–Mud pesa justo 45 kilos, y Hermes, por sus problemas de salud, imagino, no llega a los cuarenta. Aún son jóvenes. El peso máximo de la especie ronda los ciento diez kilos, lo que convierte a la mora en la tortuga continental más grande; sólo algunos de los ejemplares de las Galápagos y el atolón de Aldabra llegan a alcanzar mayor peso.

No me sorprende que los reptiles sean la vida de Darrel; ser testigo de sus relaciones es su recompensa por haberlas construido.

Resulta más fácil imaginar que animales muy sociables y mentalmente bien dotados, como los simios y los elefantes, los lobos y los delfines, tienen personalidades específicas. Claro que los perros tienen personalidad, desde neurótica hasta casi sublime. Lo que es sorprendente (hasta que conoces a ejemplares concretos) es lo profundo y extendido que está el fenómeno de la personalidad. Cuando trabajas con halcones, por poner un ejemplo, ves que cada uno reacciona de forma algo distinta, cada uno caza de manera algo distinta. No hay dos totalmente iguales. Theodore Roosevelt, que aportó una mentalidad científica (aunque no un corazón compasivo) a su amor por la caza, escribió: «Los osos se diferencian como individuos en valentía y ferocidad exactamente igual que los hombres».³ Los investigadores también

han publicado sus conclusiones⁴ acerca de las personalidades individuales⁵ de monos, ratas, ratones, lémures, pinzones y otros pájaros cantores, mojarras y percas sol, espinosos, killis, muflones de las montañas, cabras domésticas, cangrejos azules, truchas arcoíris, arañas saltadoras, grillos domésticos, insectos sociales... Dicho de otro modo, en casi todos los lugares donde han mirado, han descubierto que los individuos se diferencian entre sí. Unos son más agresivos, más atrevidos, más tímidos, otros más activos; algunos tienen miedo a lo nuevo, mientras que otros son exploradores.

En la Stazione Zoologica, en Italia, los investigadores presentaron un cangrejo metido dentro de un bote a dos pulpos distintos. El primero abrazó el bote, le quitó la tapa y devoró parte de su premio.

–Después volvió a colocar la tapa sobre el bote como para guardar el resto para más tarde –explican mis amigos, los profesores Peter y Judy Weis,⁶ de la Universidad Rutgers, que estaban presentes–. ¡Aquello nos dejó de una pieza!

Los investigadores pusieron al segundo pulpo en la misma tesitura. Este pulpo había estado deslizándose de acá para allá por el tanque, como un leopardo que merodea hambriento, así que los científicos esperaban una actuación inmediata. Pero esta vez, cuando el bote cayó al agua, el pulpo número dos, aparentemente mucho más tímido y más asustadizo, salió disparado detrás de una roca, y no hubo quien lo moviera de su escondite.

–Le daba igual lo que hubiese en el bote –explicó Peter–. Pensábamos que el primero nos había mostrado «lo que hacen los pulpos». Pero el segundo no hizo nada.

–Realmente –apostilló Judy– no apreciamos cuánta personalidad tienen la mayoría de los animales. Incluso como científicos, muy rara vez hemos pensado en eso.

Las orcas antes mencionadas, Orky y Corky,⁷ habían sido capturadas en la Columbia Británica en 1968 y 1969, y después enviadas a un lugar llamado Marineland of the Pacific, cerca de Los Ángeles. A finales de los setenta, una joven Alexandra Morton empezó a estudiar sus vocalizaciones y a

documentar su comportamiento. Las observó inventar sus complejas rutinas de nado. En cuanto perfeccionaban una rutina, se ponían manos a la obra para inventar otra.

También tenían una rutina matutina. O tal vez la palabra adecuada sea «ritual». Entre el alba y el momento en que el sol finalmente irrumpía por encima del borde del estadio, durante aproximadamente una hora, «lanzaban diligentemente un chorro de agua a un punto en particular de la pared del tanque, justo al nivel del agua. Lamían ese punto con sus lenguas gordas de color rosa». Cuando el primer rayo de sol chocaba contra el muro, bajaba hasta tocar la línea del agua «en el punto exacto que las orcas habían marcado. Nadie va a creerme, pensé». Después añadía: «Con el paso de los meses, el punto se movía en respuesta a la rotación de la Tierra, pero las orcas siempre sabían exactamente el lugar en que el primer haz de luz tocaría el agua». ¿Un Stonehenge cetáceo? ¿Las primeras orcas astrónomas?

La observación del sol era una actividad matutina, pero «Orky no era muy de madrugar» y a menudo intentaba retomar el descanso. Cuando esto ocurría, a veces Corky entraba en acción. «Corky le pasaba la punta de la aleta pectoral desde el extremo de la mandíbula, bajando por el vientre, hasta por encima de la hendidura genital. Si esto no provocaba un bulto inmediato en la suave bolsa que alojaba su pene, la táctica de Corky se intensificaba. Nadaba debajo de él y lo empujaba fuera del agua como una carretilla elevadora levantando una alfombra enrollada. [...] Lo que Corky quería era sexo, y el sexo entre orcas es un asunto turbulento.» Con la zona genital de Corky «sonrosada por la excitación», los preliminares llevaban su tiempo. El agua salía salpicada fuera del tanque mientras las orcas se entrelazaban y se acaracolaban. Después, el apareamiento era rápido. Cuando Corky estaba embarazada, Orky le dedicaba todas las caricias estimulantes preliminares pero sin llegar a copular. Eso «volvía loca a Corky», cuenta Morton. Pero ¿cómo lo sabía Orky? ¿Había escaneado el cuerpo de la hembra con su sonar, su propia ecografía?

En 1978, Corky dio a luz. Ya había dado a luz unos años antes; su primer bebe había vivido unas cuantas semanas y después había muerto. El tanque era tan pequeño que obligaba a nadar en círculos muy cerrados, pero el bebé

no sabía hacer la maniobra, por lo que Corky se pasaba el tiempo impidiendo que el bebé se chocase con la pared. Esto hacía que Corky pusiera constantemente la cara al lado de su cría; la cría nunca lograba colocarse junto a ella en la posición adecuada para que la madre le ofreciera las tetillas como era necesario para poder darle de mamar. Los cuidadores la alimentaban con dificultad y a la fuerza; al cabo de una semana, el bebé estaba flaco. La dirección pensó que le daría mejor de mamar en una piscina menos profunda. Los cuidadores colocaron a la cría en una eslinga y una grúa la levantó en el aire. Alexandra Morton estaba allí.

–Cuando la voz del bebé salió del agua y se quedó en el aire, la madre lanzó su enorme cuerpo contra las paredes del tanque, una y otra vez, lo que hizo que todo el estadio temblase. Me eché a llorar. Corky siguió golpeándose el cuerpo alrededor de una hora.⁸

Morton, experta en sonidos de orcas, recordaba que la noche que se llevaron a su bebé, Corky no dejó de repetir un sonido nuevo y distinto. Era «estridente, gutural y apremiante». Cada vez que respiraba, Corky regresaba al fondo del tanque. Allí reanudaba su lamento. El padre del bebé, Orky, nadaba en círculos, y de vez en cuando emitía sonidos de ecolocalización entrecortados, como disparos. Morton se pasó tres días escuchando esto, mientras «los gritos de Corky se hacían cada vez más roncós». Al amanecer del cuarto día, Corky se quedó callada, se alzó, cogió aire y gritó *pituuuuuuuuu*. Su compañero devolvió el mismo grito y las orcas empezaron a moverse y a respirar al unísono. Cuando los adiestradores llegaron, Corky comió por primera vez desde que le quitaron a su cría. Pena, duelo, recuperación... pero no olvido. Después de eso, a Corky le dio por tumbarse junto a una ventana desde la que se veían los productos de la tienda de regalos. Se pasaba allí las horas, junto a una montaña de orcas de peluche. ¿Le recordaban los juguetes a los hijos que había perdido? ¿Pensaba que allí dentro, en algún lugar, estaba su bebé?

Corky volvió a quedarse embarazada. Entonces, un día, ella, cuyo finísimo sonar le permitía eludir cualquier obstáculo, hizo añicos una ventana de cristal de su tanque de casi dos centímetros de grosor. La ventana que destrozó era la que estaba al lado de las montañas de orcas de peluche.

¿Estaba intentando sacar a su hijo que aún no había nacido del tanque del que desaparecieron sus bebés? ¿Para llevarlo al lugar donde las orcas bebé descansaban sin que las molestasen? De lo que estamos más seguros es de que ella conocía muy bien el tanque y no hizo pedazos el cristal por accidente. Unas semanas más tarde nació su bebé muerto, siete meses prematuro.

Años después de que Corky destrozase la ventana, en SeaWorld (donde la trasladaron junto a Orky después de que Marineland cerrara), un equipo de rodaje dejó oír a Corky una grabación de las orcas de su manada que aún quedaban en libertad, sus parientes. Alexandra Morton escribió: «Mientras que sus compañeras de red islandesas no prestaron atención a los sonidos, todo el cuerpo de Corky empezó a estremecerse terriblemente. Si no estaba llorando, estaba haciendo algo de lo más parecido».⁹

Ken comenta que después de que trasladasen a Keiko, la famosa orca cautiva de *Liberad a Willy*, a un centro en Oregón antes de su liberación final, uno de los ejercicios de rehabilitación consistía en hacerle ver películas sobre orcas.

–Las veía –me confirma Ken anticipándose a mi evidente pregunta.

Kelley, el hijo de Ken, un reputado artista cuyas obras adornan algunas de las paredes de casa del padre, solía llevar dibujos de orcas al acuario de Vancouver y sujetárselas pegadas al cristal a una orca llamada Hyak. El animal se acercaba y miraba a los dibujos una y otra vez.

–Podías ir y abrirle nuestro catálogo identificativo de fotos de aletas de orcas y se quedaba así –Ken imita a una orca mirando de una foto a otra–, simplemente así. Durante minutos y minutos, mirando una foto detrás de otra. –Ken hace hincapié en su asombro–. Saben que estas pequeñas fotos de aletas en blanco y negro son representaciones de ballenas. Tienen un concepto autoconsciente de las abstracciones de sí mismas. –Ken concluye con una idea–: Se trata de características de criaturas que han alcanzado la fase del ser supremo, que cuentan con un montón de tiempo y la capacidad intelectual necesaria para ir más allá de las exigencias de la mera supervivencia.

Paul Spong,¹⁰ un psicólogo que había trabajado en el acuario de Vancouver, ha escrito: «Con el tiempo, mi respeto rayó en la fascinación. Llegué a la conclusión de que la *Orcinus orca* es una criatura increíblemente poderosa y capaz, de un exquisito autocontrol, y consciente del mundo que la rodea; un ser dotado de entusiasmo por la vida, de un sano sentido del humor y, además, un afecto y un interés excepcionales por los humanos».

Si todo eso parece un poco, digamos, antropomórfico... Bueno, de eso se trata.

Una visión verdadera y poderosa

Era la historia de una visión poderosa¹ concedida a un hombre demasiado débil para emplearla; de un árbol sagrado que debía haber florecido en el corazón de un pueblo con flores y cantos de pájaros, y que ahora está marchito; y del sueño de un pueblo. [...] Pero si la visión era verdadera y poderosa, como sé que lo era, aún sigue siendo verdadera y poderosa; pues tales cosas corresponden al espíritu, y es en la oscuridad de sus ojos donde se pierden los hombres.

BLACK ELK

—Las capturas de las décadas de 1960 y 1970, sobre todo de orcas jóvenes, importaron y mucho —afirma Ken cargando de énfasis sus palabras—. Causaron un problema a largo plazo.

Redondeando cifras, recordemos, la comunidad de residentes del sur ascendía a un total de 120 orcas antes de las capturas; después de éstas, se redujo a unas setenta. Comenzó a recuperarse, logrando alcanzar las 99 en los años noventa. Pero cuando a las orcas capturadas y eliminadas les habría llegado la hora de ser la generación madura de nuevos reproductores, la tasa de reproducción notó su ausencia. La recuperación se quedó en punto muerto. Cuarenta años más tarde, la población, de alrededor de ochenta ballenas, está disminuyendo. Está perdiendo una o dos por año.

Ahora nos encontramos con un problema más profundo y más a largo plazo: el alimento. No hay suficiente. Las residentes del norte de Canadá, que ascienden a unas doscientas sesenta, estaban aumentando durante la última década. Recientemente su crecimiento se ha ralentizado, tal vez se haya parado.

–¡Que no haya reproducción, o casi, es el gran desastre! –se lamenta Ken–. Al principio del estudio, puse especial interés en las nuevas orcas que nacían. Quería ver lo que experimentaban al crecer. Pero entonces empezaron a morir muy jóvenes. Hay una cosa muy extraña aquí –explica Ken mientras saca el catálogo de identificación de todas las orcas que conforman la población residente del sur–. Entre toda la población residente del sur, ahora sólo hay poco más de una veintena de hembras en edad reproductiva.

Aun así, si todas pariesen al menos una vez cada cinco años, tendrían cinco recién nacidos al año. De este modo deberían...

–Sí, pero el año pasado sólo tuvimos uno. Y este año, igual, sólo hemos tenido uno, hijo de J-28. Se lo llevó la marea, muerto.

Malas condiciones físicas.

Primero nos llevamos a sus hijos, después destruimos sus reservas de alimento. A largo plazo, la suerte de las orcas corre la misma suerte que su alimento. Las transeúntes del noroeste que se alimentan de mamíferos tienen ahora más alimento que hace cuarenta años, y han estado apareciendo cada vez con más frecuencia. Esto es debido a la recuperación durante décadas de focas, leones marinos y ballenas, gracias a salvaguardas legales como la Ley de Protección de Mamíferos Marinos de 1972 en Estados Unidos, la prohibición internacional de la caza de ballenas aprobada en 1986 y la prohibición de las redes de deriva en alta mar promulgada por las Naciones Unidas en 1991. En los años sesenta, la focas comunes de la Columbia Británica se habían reducido hasta un 10 % de las cifras normales y muchas colonias de leones marinos de Steller habían desaparecido, debido en gran parte a los disparos indiscriminados de los pescadores a todo lo que considerasen su «competencia». Eso también ha mejorado.²

Pero para las ballenas piscívoras del noroeste, la vida se les ha hecho cada vez más difícil. No ha habido ninguna ley de protección del salmón. Por lo que, tras décadas de abusos, los salmones sobreviven a duras penas con una mínima fracción de su anterior abundancia en estos lares. Por consiguiente, estas orcas residentes que se alimentan de salmones también han sufrido las consecuencias. Durante mucho tiempo han vivido bajo el umbral del océano. Ahora viven bajo el umbral de la pobreza.

Es alarmante ver al moverte por el catálogo identificativo que varias familias residentes no cuentan con ninguna hembra viva en edad fértil. Por ejemplo, en la familia que muestra Ken, me hace notar que son todos machos excepto la matriarca, y ésta ya ha pasado la menopausia. Me mira mientras caigo en la cuenta: toda esta familia está condenada a desaparecer.

De hecho, ahora mismo hay tantos problemas en tantas familias que la única manada residente viable que queda en el sur es la J. La familiaridad geográfica con estas aguas interiores probablemente ayuda a las orcas de esta manada. Las L y las K se extienden de forma más amplia por el litoral más alejado, desde la costa central de California hacia el norte, hasta la Columbia Británica. Ken pasa las páginas hasta la lista de nacimientos y muertes de la manada L.

—A lo que voy —dice con tono casi lastimero—, mira todas estas lápidas. — Los iconos indican las orcas que han muerto. Muchas murieron jóvenes. Algunas, muy jóvenes.

Más de un cuarenta por ciento de las crías están muriendo antes de cumplir un año. Pero todas las edades y ambos sexos están pereciendo a ritmos relativamente altos. Mirar la composición de cada familia en las manadas L y K es como darse cuenta poco a poco de que te han dado jaque mate en el tablero. Estás en un callejón sin salida. Las tendencias actuales borrarán a estas manadas en unas cuantas décadas.

El declive del salmón real (o chinook) parece estar estrechamente vinculado a la muerte paulatina de las orcas. Lo que no es sorprendente: la dieta de las residentes se basa en un 65 % en el salmón real.³

En tiempos pasados, las residentes del sur solían aparecer por aquí todos los meses del año. El verano y el otoño eran siempre sus épocas fuertes, cuando solían reunirse con frecuencia en asambleas de supermanadas y aquellas celebraciones se prolongaban durante mucho más tiempo del que lo hacen ahora.

—Había cantidades realmente increíbles de peces por todos lados —recuerda Ken como si lo viese—. Podría haber tal vez un millón y medio de

salmones rojos y rosados nadando por ahí, y varios cientos de miles de salmones reales. Muchos de estos últimos pesaban diez kilos o más, y las orcas sólo necesitaban unos diez al día. Se reunían todos y, bueno, ¡empezaba la fiesta! Se pasaban los salmones unos a otros empujándolos con la nariz o se los colocaban sobre el lomo. Todas estas actividades sociales y de juego ocurrían justo delante de mi ventana.

Mientras miro hacia el espacio abierto del estrecho, Ken mira hacia atrás en el tiempo, y una pequeña parte de él parece desvanecerse en el recuerdo.

–Era un sistema mucho más productivo –añade con añoranza y la voz cambiada–. Desde mayo hasta octubre, teníamos suficiente pescado en estos estrechos para alimentar a un centenar de orcas durante todo el puñetero verano. Y también bastaba para la pesca humana. Después llegó la sobrepesca masiva, y la destrucción del río por la construcción de presas y la tala indiscriminada de árboles, y el grave descenso del gran pescado icónico de la región. Y las orcas también iniciaron un lento descenso.

El ambiente de fiesta ha decaído. Hoy en día, después de las reuniones, más breves y más apagadas, las manadas se vuelven a separar poco después. Puede que la manada J se acerque a ver cómo van las cosas por el río Fraser, y que la manada L vuelva a salir a la desembocadura del estrecho; la manada K se dirigirá hacia otra isla.

En invierno, cuando para empezar los peces suelen estar más dispersos, a las orcas les lleva más tiempo la búsqueda de alimento. Las orcas se vuelven, como dicen Ken, «más eficientes, más serias, sin tantos juegos». Las manadas permanecen separadas unas de otras; después cada manada se deshace conforme las familias van tirando cada una por su lado. Puede que los miembros individuales de una manada se distribuyan por una superficie de, digamos, unos veinte kilómetros de largo por cinco de ancho, en la que sus voces llenan ese volumen. Y deambulan enormes distancias, en busca de su propia existencia.

Visualiza cuánto se dispersan: todas las residentes del sur, es decir las tres manadas unidas, un total de 81 orcas en este momento. Imagínate a 81 individuos que se extienden desde aproximadamente el centro de la isla de Vancouver, en Canadá, hasta la bahía de Monterrey, en California. 81.

Imagínate a una pequeña comunidad de 81 personas, e imagina que esas 81 son las únicas que hay entre Boston y la frontera de Florida, o entre Chicago y Houston, o entre la frontera sur de Montana y la patrulla fronteriza de Juárez, en México, o entre Milán y Madrid; ahora puedes hacerte una idea de lo que significa «en peligro de extinción».

Desde hace eras hasta prácticamente ayer, en esta región, dos millones de salmones reales no eran más que un pequeño tentempié que las orcas podían obtener con facilidad entre comida y comida, unas pocas monedas que podían embolsarse sin que nadie se diese cuenta, lo que el mundo les pagaba a cambio del honor de su presencia. O, en términos más científicos, la comodidad de encontrar unos cuantos millones de salmones reales es la razón por la que un delfín de casi siete toneladas que se alimentaba a base de pescado pudo, por un lado, evolucionar, y por otro, especializarse hasta el punto de casi no prestar atención a la mayoría de las demás especies de salmón, a casi todos los demás peces y a todas y cada una de las focas con las que se topaba. Digámoslo así: la población es de sólo 81 orcas; incluso si una orca se comiera 30 salmones al día (el triple de lo que probablemente necesita), el ecosistema del río Columbia por sí solo (que cada año veía regresar entre cinco y diez millones de salmones adultos antes de que los constructores de presas, los taladores y los pescadores lo destruyeran) podría haber mantenido a 500 orcas.⁴ Eso sin mencionar el sistema del delta Sacramento-San Joaquín, en California central, el del río Fraser en la Columbia Británica, y los millones de peces que anualmente salían y regresaban de los cientos de ríos intermedios donde se criaban los salmones. Podría haber habido miles de orcas a lo largo de la costa.

Lo que no ayuda son las sustancias químicas tóxicas. Estar en lo más alto de la cadena alimentaria no significa sólo llevarse todos los nutrientes a la deriva del océano recogidos en los paquetes de carne viva que llegan nadando hasta ti en un milagro denominado «salmón». Hoy en día, las sustancias químicas tóxicas también se concentran cada vez más conforme van

ascendiendo en la pirámide alimentaria, desde el plancton pasando por los peces pequeños y grandes y hasta las orcas; sustancias tóxicas que no existían en el planeta durante la primera mitad del siglo XX, cuando nacieron las orcas más ancianas que aún quedan con vida. Las orcas residentes del sur que se alimentan de peces soportan cinco veces más carga tóxica que las focas comunes que viven en los alrededores de su hábitat. Las transeúntes que se alimentan de mamíferos, que concentran aún más lo que las focas que comen ya han concentrado de por sí, pueden tener hasta quince veces más carga tóxica que éstas. Cuando los mamíferos metabolizan la grasa para hacer leche, las toxinas entran en juego. Las crías nacen con una herencia tóxica, luego la leche de sus mamás continúa dotándolos con una carga tóxica extra desde el primer momento. Esto es tan cierto para las orcas como para los pueblos árticos que se alimentan de focas. Las sustancias químicas prohibidas, como el DDT y los PCB, que en los años setenta causaron defectos congénitos en las focas del estrecho de Puget, están disminuyendo. Pero están en alza los agentes extintores y otras sustancias químicas nuevas análogas a los estrógenos que provocan cambios en el género. Estos productos químicos debilitan el sistema inmunológico y pueden trastornar los sistemas reproductivos.⁵

Después de cuarenta años de trabajo, Ken carga con esta preocupación que lo angustia: puede que las orcas a las que ha dedicado su vida para acercarse a ellas y protegerlas estén condenadas. Ken es un hombre alegre que ama a las orcas. Dondequiera que las ve, se pone loco de contento mientras habla de dónde están, las travesuras que hacen, la alegría que le dan. Pero detrás de las arrugas de sus ojos, se percibe una punzada de añoranza. Aquí, en el hogar de sus amores, desde su posición privilegiada, rodeado de montañas y aguas en movimiento y este maravilloso estrecho lleno de magia –justo en el lugar donde quiere estar–, Ken nunca más podrá volver a casa.

–Las orcas viven a menudo entre cuarenta y cincuenta años –me explica–, pero si casi no se reproducen...

Lo piensa un instante, como si intentase recordar algo. Me cuenta por

segunda vez que quiere ser positivo, pero que lo único que podría ser de gran ayuda, dejar que el salmón se recupere, no parece probable que ocurra. Los pescadores están demasiado entregados a exprimir al máximo el pescado; el personal de las agencias está demasiado obcecado en las estrategias y en las relaciones políticas; prosigue la tala que destruye los ríos; demasiadas presas; sustancias químicas tóxicas; piscifactorías de salmones donde se incuban enfermedades. Todo eso junto sería demasiado. Pero...

–No hemos acabado.

En la pantalla, Ken nos muestra fotos de la hembra de tres años L-112, también conocida como Victoria.

–Una orquita preciosa –comenta Ken–. La niña de los ojos de los observadores de orcas de la zona, muy juguetona. Todo el día saltando, muy extrovertida y vivaz. Una orca con verdadero carisma, una preciosidad.

La encontraron muerta. Fijaos en estas fotos. Su joven cadáver parece haber recibido una paliza de muerte. Ha sufrido hemorragias por toda la cabeza, tiene sangre en los ojos y en los canales auditivos. Las siguientes imágenes muestran los huesos del oído arrancados de cuajo de sus uniones. Estoy intentando asimilar las imágenes mientras Ken dice:

–Teníamos a las orcas en los hidrófonos. Era de noche. Entonces oímos el sonar de la Marina, y luego, una explosión. Por mi experiencia en la Marina, calcularía que se produjo a unos ciento cincuenta kilómetros de donde estábamos. Te llega todo el estallido de frecuencias justo en el momento de la explosión, pero las longitudes de onda más largas toman un camino distinto y llegan a un sensor lejano antes que las más cortas; así que si estás lejos, lo que oyes es un sonido ascendente. Eso es lo que oímos. Después lo que hicieron las manadas K y L fue básicamente correr a guarecerse, dirigiéndose hacia la bahía de Discovery detrás de la isla de Protection, en el borde de la península Olímpica, para aislarse acústicamente de todo el ruido.

»Un buque de guerra había recorrido el trayecto desde aguas canadienses hasta aguas estadounidenses cerca de la bahía de Neah, y luego había vuelto a cruzar hasta el lado canadiense cerca del banco de Constance, frente a las

costas de Victoria, donde detonaron un último artefacto explosivo. El ejército canadiense admitió haber llevado a cabo varias detonaciones, y la Marina estadounidense por fuerza debía de estar también implicada. –Lo miré a los ojos. Después añadió–: Sí, resulta difícil comprender por qué se lanzan bombas activas en el Santuario Marino Nacional de la Costa Olímpica. Los canadienses alegaron que comprobaron si había orcas antes de las detonaciones. Pero entonces, ¿cómo es que nosotros sí las oímos en la fosa de Folger y en la bahía de Neah durante el ejercicio, pero los equipos de seguimiento del ejército no las detectaron? Lo único que pedí fue que la detonación de bombas activas se llevase a cabo lejos de la plataforma continental. Hicieron oídos sordos.

Vuelvo a fijarme en las fotos de L-112 mientras Ken prosigue.

–Creo que una bomba que lanzaron desde un avión de entrenamiento mató a esta pequeña orca. Para arrancarle los huesos de los oídos de la base, tendría que haber explotado dentro de un radio de un kilómetro –explica Ken–. Cuando la onda expansiva impacta, la rápida compresión de aire en espacios internos como los oídos crea un vacío suficiente para que los vasos sanguíneos adyacentes, que están presurizados, estallen hacia dentro. Una vez que han explotado, se acabó; lo único que hacen es seguir sangrando. Ésa es la hemorragia. Por cierto, el sonar del ejército por sí solo a menos de unos centenares de metros también puede originar hemorragias letales.

Si la hemorragia no produce la muerte inmediata y los oídos se llenan de sangre...

–Bueno... entre el dolor de cabeza y la incapacidad para oír nada, o si el golpe te ha dejado inconsciente bajo el agua; sea como sea, estás jodido –explica Ken–. En esta foto de aquí en la que aparece nadando detrás de su madre, ves que goza de buena salud, que está en buenas condiciones físicas... –Ken mueve la cabeza–. De verdad que estábamos deseando tener una pequeña hembra para que creciese y aportase el potencial reproductor que tantísima falta hacía.

Otra hembra, L-60, de treinta años de edad, también fue arrastrada hasta la orilla con magulladuras en el cuello y la cabeza que eran señales de un traumatismo por presión. La instantánea de su cadáver que estoy viendo

también recuerda al retrato policial de alguien muerto a golpes. Para que luego hablen de la «protección» de las especies en peligro de extinción. Cerca de aquí se encuentran tres bases militares, una submarina, una destructora y otra de aviación antisubmarina, que inyectan miles de millones en el estado de Washington a través de contratos con el Departamento de Defensa. Y la Marina está decidida a seguir a lo suyo.

Vemos una foto de un zifio con un ojo empapado en sangre. Hace veinte o treinta años, centenares de focas desangradas llegaron arrastradas por la marea no muy lejos de donde nos encontramos. También hubo marsopas que murieron cerca de aquí después de que la Marina realizase maniobras en la zona.

Leo un correo electrónico que me llega durante esta semana que estoy pasando en casa de Ken: «La Marina estadounidense afirma que hará caso omiso a una recomendación unánime de la Comisión de Costas californiana en la que se insta a reducir los efectos perjudiciales del sonar naval sobre los mamíferos marinos del estado. La Marina planea aumentar drásticamente el empleo de peligrosos sonares y explosivos de alta potencia frente a las costas del sur de California durante la instrucción y las pruebas. Prevé que dichas operaciones matarán a cientos de mamíferos marinos y herirá a otros miles durante los próximos cinco años. Investigaciones recientes demuestran que...». El Consejo para la Defensa de Recursos Naturales está trabajando con el fin de detener esto, o en cualquier caso de conseguir que modifiquen el plan.

La Marina lleva a cabo dichas operaciones en ambas costas. Durante años bombardeó la isla de Vieques, habitada por personas, en el archipiélago de Puerto Rico, hasta que finalmente mató a alguien y fue expulsada.

Lo hacen en todo el mundo, y no sólo los ejércitos. El sonar de alta intensidad de una compañía petrolífera fue el causante de una enorme cantidad de ballenas varadas en el noroeste de Madagascar en 2008.⁶ Hay una presión creciente y constante para explorar en busca de más petróleo y para realizar más maniobras mediante bombardeos.

En 1996, las fuerzas de la OTAN que realizaban prácticas frente a las costas de Grecia condujeron a un grupo de zifios hasta la playa. Se trataba del primer incidente documentado con sonar en el que un ejército mataba cetáceos. Los zifios bucean mucho más profundo que otras especies. Normalmente, suben, respiran y luego realizan varias inmersiones más superficiales que les sirven para evitar la enfermedad del buzo, o síndrome de descompresión, y liberar el exceso de nitrógeno disuelto en la sangre. Al correr hacia la superficie para huir de un sonar a un volumen insoportable se exponen a que el nitrógeno salga a borbotones de la sangre. No está claro que eso fuese exactamente lo que ocurrió. Lo que sí está claro es que el sonar de la Marina mata a cetáceos sanos. Orcas. Zifios. Rorcuales. Cachalotes pigmeos. Delfines.

–Si sincronizas varios transductores de sonar para crear un haz, puedes provocar una tremenda onda de presión que viajará cincuenta kilómetros a alta intensidad –me cuenta Ken–. Ésa se ha convertido en la norma para la detección antisubmarina. Las marinas de muchos países del mundo ya cuentan con ello. –Ken calcula que encontramos menos del uno por ciento de las ballenas que matan. Cree que son miles las que mueren cada año.

»Si practican lanzando una bomba activa, cualquier cosa que esté en el radio de un kilómetro y contenga aire dentro del cuerpo morirá. A 10 kilómetros de distancia tan sólo te llevarás algunas magulladuras, y tal vez una hemorragia cerebral. Cada vez que vemos que realizan prácticas con el sonar en la zona y después observamos las alteraciones y las molestias que causan en todas las ballenas, y cómo de repente aparecen una decena de marsopas muertas arrastradas por la marea, le comunicamos a la Marina que pensamos que son ellos los culpables. Pero son ellos quienes controlan las inspecciones y los informes. Siempre acaban diciendo: «Pues es que esto no es concluyente». Resumiendo, no van a admitir ninguna responsabilidad.

Por todo el océano, nuestros juegos de guerra secretos reflejan hasta qué punto sentimos que no podemos fiarnos de nuestra propia especie. En las Bahamas, en marzo de 2000, varias ballenas de distintas especies aparecieron arrastradas por la marea justo delante de una casa en la que se alojaba Ken. Había barcos británicos y estadounidenses. En la televisión de Miami y en el

programa de noticias *60 Minutes*, Ken declaró creer que la Marina era la responsable de aquellas muertes.

–Lo negaron alrededor de un mes. Se empezaron a enredar cada vez más. Nosotros teníamos fotos. –Finalmente confesaron–. Mis amigos de la Marina parecen verme como a un enemigo –cuenta Ken, con un tono algo decepcionado–. Es una lástima, porque yo soy patriota. Serví en el Ejército. Pero fui yo quien dio el soplo con el tema del sonar, así que...

Las ballenas tienen voz, pero no voto ni poder político. También ellas son como gentes tribales, como los campesinos y los nativos, como los pobres y la mayoría de nosotros: no se nos oye y nos manejan las grandes fortunas de personas a las que les falta la razón pero les sobran las armas y que jamás comprenderán que ya tienen demasiado, y que por muy conectadas que estén a nivel político, también están peligrosamente desconectadas de sí mismas y del mundo.

¿Cómo sería sentirse loco de alegría? Luchar día tras día inconsolablemente ensombrecidos por el deleite, atravesados por una belleza apabullante y paralizadora, petrificados por el asombro, derribados por la curiosidad, incapaces de ir más allá de la apreciación, incapaces de funcionar salvo para preguntar una y otra vez, atolondrados: «¿Por qué yo? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?». Eso estaría bien.

Nuestro objetivo inmediato es encontrar e identificar unas orcas de las que hemos oído hablar a través de las conversaciones en la radio. En la embarcación de Ken, las hélices nos llevan hasta el estrecho de Haro bajo unas condiciones climáticas pesadas y cambiantes que alternan entre la lluvia otoñal y el sol de un verano que se resiste a irse. Dos o tres gaviotas tienen la vista puesta en las orcas desde el aire.

Al poco tiempo, a algo más de un kilómetro de la costa y justo frente a la casa de Ken, avanzamos junto a unas grandes orcas bicolor que se mueven en

un mundo también bicolor. El agua y las colinas son de un azul pizarra, y las orcas son de un negro pizarra y un blanco nieve.

Hay miembros tanto de la manada L como de la K. Esto es positivo. Así que Ken es positivo. Sonríe con picardía y dice:

–Si no tuviese que vivir en tierra, viviría con ellas. Me dejaría llevar por la corriente. Los peces, la familia... –El viejo chiste. Se echa a reír, pero no está bromeando del todo.

Al menos cincuenta orcas avanzan a través de un área mucho más extensa de la que percibí en un primer momento. Se abren paso a una velocidad constante, hacia el sur, respiran con regularidad, salen a la superficie dando un ligero soplo, se vuelven a sumergir deslizándose y luego aflojan la marcha.

Pero a pesar de su aparente falta de esfuerzo, lo más asombroso en ellas es su impulso. Aunque sean gráciles y desenvueltas, su mera corpulencia hace que cada movimiento parezca una embestida en tropel. Me sorprende como algo casi imposible que, tan reales y ancestrales como son, imponentes como son y necesitadas de tantas cosas como les hemos arrebatado, a pesar de todo, sigan existiendo. Me cuesta creer que hayamos coincidido en el espacio y en el tiempo. Espero de todo corazón que perduren.

Poco después nos encontramos en uno de los lugares favoritos de las orcas para la caza del salmón en la zona, Pile Point. El flujo de las mareas se acumula y después sale disparado rápidamente alrededor de ese punto, lo que crea un lugar de reunión sistemático para los salmones en busca de alimento y para las orcas en busca de salmón con el que alimentarse. Los pescadores también lo conocen.

Varias orcas arquean el lomo y se sumergen abruptamente. Abajo, los peces reciben su atención. Otro par de orcas surcan velozmente la superficie, cambiando de dirección con rapidez, una maniobra que Ken llama «tiburonear». Van a la caza con decisión. La orca más cercana, justo detrás de nosotros, es L-92. Esta grande de aquí con la aleta dorsal alta y ondulada es K-25. Inicia una serie de embestidas de enormes arcos, mucho chapoteo y gran

alboroto. Persigue a un pez grande y solitario. Se aleja buceando. Cuando de repente irrumpe a través de la superficie, su volumen y su impulso me asombran y me abren los ojos como platos.

—¿Ves cómo avanzan hacia aquella orilla? —Ken me presenta la escena. Están acorralando a los salmones contra el litoral, intentando concentrarlos—. Sin prisas. Puede que tengan, pongamos, unos cien peces. Poco a poco manejarán a los salmones, intentando no asustarlos demasiado, empujándolos en montoncitos mientras buscan a uno que se quede rezagado o a ejemplares que se desvíen del grupo. Tan sólo un empujoncito. Eso es lo que hacen. De vez en cuando, un pez se quedará algo atrás o demasiado lejos de su banco, y lo pillarán.

Hacemos la ronda para que Ken pueda completar la catalogación de hoy.

Es extraordinario llevar a cabo nuestra labor entre estas orcas que se afanan y se alimentan de forma muy activa. Me paro a pensar en cómo Ken comenta a menudo que se quedaría con ellas si pudiera. Observándolo, me doy cuenta de que ya está con ellas, en un sentido real y más que ninguna otra persona. Con ellas se sumerge en sus conocimientos más profundos, una vida única conociendo a estas orcas y sus conexiones. Me cuenta que aquí tenemos a K-22, K-25, K-37, L-83, L-116... Sabe quiénes son. Sabe dónde han estado. Conoce sus vidas porque sus vidas han sido su vida. Son su vida en este preciso instante. Nos rodean en un pequeño bote mientras cazan con ímpetu, pero Ken, las orcas y yo sabemos que no tenemos absolutamente nada que temer. Así que no temo nada. Mi única preocupación es mi cámara bajo este cielo tan encapotado, que comienza a dejar caer un ligero chapurreo de gotas de lluvia. Estar en medio de orcas embistiendo... eso no es motivo de preocupación.

Ken comprueba su superteleobjetivo y sigue empuñándolo con destreza. Exultante entre sus orcas, vuelve a ser aquel joven con su cámara, deseando conocerlas bien, y lo vuelve a ser cada vez.

Más embestidas y chapoteos a lo grande. En algún lugar ahí abajo, donde suceden sus vidas, son muchas las cosas que pasan. Se desvanecen con facilidad en un reino donde no podemos seguirlos. Ese es mi miedo. No que vengan a por mí, sino que desaparezcan.

–De acuerdo, estamos listos –me dice Ken–. Tú lo que quieres es la foto con el pez en la boca.

Seguimos grabando fotograma a fotograma. Gran parte de este trabajo es repetitivo. Un nunca acabar de identificaciones, catalogaciones, vigilancia y control. El trabajo, no obstante, es bonito, y urgente, una búsqueda casi sagrada de una relación íntima más profunda. No sólo con las orcas. Con el mundo. ¿Quién ha estado aquí con nosotros en nuestra era? Esta pregunta alimenta un recuerdo continuo, un olvido imposible. ¿Quién está aquí, ahora? Ken lleva cuarenta años haciéndose esta pregunta, como una forma de meditación sagrada. Y las respuestas han llegado, e incluso la sabiduría. Pero no la explicación perfecta. Nos quedamos en la superficie. Ken puede fotografiar sus lomos, llevar la cuenta de la duración de sus vidas y pasar sus días dedicado a los suyos. Pero ellas siguen al mando, la verdadera plenitud de sus vidas tan grácilmente misteriosas como un aliento contenido. Necesitamos esa intimidad más profunda. Necesitamos sacar el mayor partido a esta oportunidad única de nuestras breves vidas de conocer a estos vecinos maravillosos.

El cielo empieza a motearnos la piel con gotas de lluvia que se acumulan hasta convertirse en una llovizna constante que chisporrotea sobre las aguas que nos rodean.

–Se acabó. Ya he estropeado bastantes cámaras. Mañana será otro día.

Sin embargo, con las cámaras a buen recaudo, nos tomamos nuestro tiempo. Nos quedamos observando bajo la lluvia. Durante un rato, mires donde mires a corta o media distancia, las aletas negras siguen garabateando sus historias con urgencia sobre la pizarra del mar. Las leo con toda la atención que puedo, a sabiendas de que el mar pronto borrarán lo que han escrito, y no hemos guardado ninguna copia de seguridad.

EPÍLOGO

Una última pincelada

Cualquiera que estudie a un animal salvaje¹ se enfrenta, básicamente, al reto de presentar argumentos a favor de su vida en la Tierra. Rezo por que el mío sea lo bastante fuerte.

ALEXANDRA MORTON

Cuanto tenía menos experiencia con perros y otros animales (y personas), me solía parecer una tontería que la gente hablase de los perros como si fueran «familia» o de otros animales como «amigos». Ahora creo que la tontería es no hacerlo. Había sobrevalorado la lealtad y el tesón de los humanos y menospreciado la inteligencia y la sensibilidad del resto de los animales. Ahora creo que entiendo mejor a ambos. Sus cualidades tienen elementos en común, pero son distintas.

Del mismo modo que todos los humanos son iguales y cada humano es distinto, todas las especies son iguales y cada especie es distinta, y dentro de eso, cada animal también es un individuo. Es una cuestión de misterio y encanto combinados que tantas especies puedan salvar la frontera que nos separa, de forma que el halcón busque al halconero, el perro encuentre a su compañero humano, el elefante monte la guardia por la mujer perdida, y la orca empuje con fuerza un barco de vela como juego, pero roce un kayak con toda la delicadeza posible.

Las diferentes especies son como las personas que se conocieron en el instituto, pero después siguieron cada una con su vida por caminos distintos. Montones de cosas en común. Raíces comunes. Un vínculo, tal vez olvidado. Si miras bajo la piel, todos nos parecemos mucho. Cuatro extremidades, los

mismos huesos, los mismos órganos, los mismos orígenes, y muchísima historia compartida. Y entre el primer y el último aliento, nos esforzamos en pos de una meta común: vivir, criar a nuestros hijos, encontrar espacio suficiente para seguir adelante con nuestras vidas, sobrevivir a los peligros que afrontamos, hacer todo lo que haga falta, de la mejor forma que sabemos, experimentar el misterio y la oportunidad de descubrir que por alguna razón existimos.

Casi todas las personas que estudian el comportamiento de los demás animales justifican su interés afirmando que es algo que nos ayuda a comprendernos a nosotros mismos. Y lo hace. Pero lo que es mucho más importante es que nos ayuda a comprender a los demás animales. Oímos informes sobre la situación de la «naturaleza» con estadísticas como: el 60 % del hábitat ha desaparecido, sobrevive el 15 % de la población, quedan tres mil ejemplares en peligro de extinción. Al decirlo de ese modo, la desaparición del planeta se registra como una mera serie de cifras.

Cualquiera puede leer sobre cuánto estamos perdiendo. Todos los animales que los padres humanos pintan en las paredes de las habitaciones de los bebés, todas las criaturas representadas en las imágenes del arca de Noé se encuentran realmente en peligro de muerte. Nosotros somos su diluvio. Lo que he intentado mostrar es cómo viven otros animales las vidas a las que con tanto ímpetu y tanta determinación se aferran. Quería saber «quiénes» eran estas criaturas. Puede que ahora ya sintamos, desde las entrañas, por qué deben vivir.

Comprender al resto de los animales no es ningún afán de moda. Si no lo logramos, aceleraremos la quiebra y el fin de nuestro planeta. Y si tratásemos a los animales como se merecen, la inhumanidad humana hacia los humanos despuntaría de forma aún más terrible. Podríamos entonces dirigir nuestra atención al paso siguiente más allá de la civilización humana: la civilización humanitaria. Justicia para todos.

Algunos de mis mejores amigos son humanos. El problema es que por cada bailarina hay miles de soldados. Creativos, compasivos... sí. Destructivos, crueles... también. Esto nos da una pista: no lo estamos haciendo lo mejor que sabemos. Nuestra especie es la que mejor entiende el mundo y, sin embargo, es la que mantiene la peor relación con él.

Está por ver si la inteligencia humana seguirá triunfando o se convertirá en una catástrofe. Lo más hermoso de nuestras mentes podría ser el glorioso momento final en el que nos veamos a nosotros mismos no en un espejo, sino desde lejos. Vemos el universo entero a través de una lente humana. El paso más difícil es salir de nosotros mismos y volver la vista atrás hacia dónde y cómo vivimos.

No hay mejor oración para el comienzo del día que alegrarse de saber que la mejor de las historias es que todos somos uno.

Notas

PRIMERA PARTE: BARRITOS DE ELEFANTES

La Gran Pregunta

1. Moss, C., *et al.* (2011), *Amboseli Elephants*, p. 89.
2. Moss, C. (2011), *Elephant Memories*, p. 125.
3. Moss, C., *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 174.
4. Douglas-Hamilton, I. y O. Douglas-Hamilton (2011), *Among the Elephants*.
5. Nicol, C. (2013): «Do Elephants Have Souls», *New Atlantis*, n.º 38, pp. 10-70.
6. Cita de Yoshihito Niimura en Feltman R. (2014): «New Study Finds That Elephants Evolved the Most Discerning Nose of Any Mammal», *Washington Post*, 22 de julio.

La misma base cerebral

1. Oliveira, R. F. *et al.* (1998), citado en Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 179.
2. Paz-y-Miño, G. C., *et al.* (2004): «Pinyon Jays Use Transitive Inference to Predict Social Dominance», *Nature*, n.º 430, pp. 778-81. Véase también Engh, A.L. *et al.* (2000): «Mechanisms of Maternal Rank “Inheritance” in the Spotted Hyaena, *Crocuta crocuta*», *Animal Behaviour*, 60(3), pp. 323-32. Véase también Palagi, E. y G. Cordoni (2009): «Postconflict Third-Party Affiliation in *Canis lupus*: Do Wolves Share Similarities with the Great Apes?», *Animal Behaviour*, 78(4), pp. 979-86.
3. Burger, J. (2002): *Parrot Who Owns Me*.
4. Bearzi, M. y C. B. Stanford, C. (2010): *Beautiful Minds*, p. 188.
5. Herzing, D. L. (1999): *Dolphin Diaries*, pp. 38, 101, 160.
6. Koch, C. (2014): «Ubiquitous Minds», *Scientific American Mind*, 25(1), pp. 26–29.
7. Ferris, T. (1995): «The Mind’s Sky» en *The New Science Journalists*, editado por

Ted Anton y Rick McCourt, pp. 32–33, Nueva York, Ballantine.

8. Kandel, E. R. (2013): «The New Science of Mind», *New York Times Sunday Review*, 8 de septiembre, p. 12.
9. Sacks, O. (2014): «The Mental Life of Plants and Worms, Among Others», *New York Review of Books*, 61(7).
10. Nieh, J. C. (2010): «A Negative Feedback Signal That Is Triggered by Peril Curbs Honeybee Recruitment», *Current Biology*, 20(4), pp. 310-15.
11. Bateson, M. *et al.* (2011): «Agitated Honeybees Exhibit Pessimistic Cognitive Biases», *Current Biology*, 21(12), pp. 1070-73.
12. Zhengzheng, L. *et al.* (2012): «Molecular Determinants of Scouting Behavior in Honey Bees», *Science*, 335(6073), pp. 1225-28.
13. Sheehan, M. J. y Tibbetts, M. J. (2011): «Specialized Face Learning Is Associated with Individual Recognition in Paper Wasps», *Science*, 334(6060), pp. 1272-75.
14. Philippi, C. L. *et al.* (2012): «Preserved Self-Awareness Following Extensive Bilateral Brain Damage to the Insula, Anterior Cingulate, and Medial Prefrontal Cortices», *PLoS ONE*, 7(8), p. 1.
15. Koch, C., (2012): *Consciousness*, p. 151.
16. Pollan, M. (2013): «The Intelligent Plant», *New Yorker*, 23-30 de diciembre, pp. 92-105 (comenta que el experimento con el sonido grabado de una oruga que mastica lo llevó a cabo la ecologista química Heidi Appel en la Universidad de Missouri).

¿Característicamente humano?

1. Poole, J. (1997): *Coming of Age*.
2. Yoerg, S. I. (1992): «Mentalist Imputations», reseña de *Animal Minds*, de Donald Griffin, *Science*, 258, pp. 830-31.
3. Cita de Goodall en Quammen, D. (2014): «Gombe Family Album», *National Geographic*, agosto, p. 54.
4. Nicol, C. (2013): «Do Elephants Have Souls?», pp. 10-70.

Circuitos ancestrales y profundos

1. Panksepp, J. (2005): «Affective Consciousness: Core Emotional Feelings in Animals and Humans», *Consciousness and Cognition*, 14(1), pp. 30–80.
2. *Ibid.*
3. Tufts University (2013): «Dogs, Humans Affected by OCD Have Similar Brain

Abnormalities», *Tufs Now*, 4 de junio. Véase también Ogata, N. *et al.* (2013): «Brain Structural Abnormalities in Doberman Pinschers with Canine Compulsive Disorder», *Progress in Neuro-Psychopharmacology and Biological Psychiatry*, n.º 45, pp. 1-6.

4. Fossat, P. *et al.* (2014): «Anxiety-Like Behavior in Crayfish Is Controlled by Serotonin», *Science*, 344, pp. 1293-97. Véase también Vignieri, S. N. (2014): «The Crayfish That Was Afraid of the Light», *Science*, 344(6189), pp. 1238.

5. Beets, I., *et al.* (2012): «Vasopressin / Oxytocin-Related Signaling Regulates Gustatory Associative Learning in *C. elegans*», *Science*, 338, pp. 543–45.

6. Darwin, C. (1881): *Formation of Vegetable Mould, Through the Action of Worms*, Londres, John Murray.

7. Emmons, S. W. (2012): «The Mood of a Worm», *Science*, 338, pp. 475-76. Véase también Garrison, J., *et al.* (2012): «Oxytocin/Vasopressin-Related Peptides Have an Ancient Role in Reproductive Behavior», *Science*, 338, pp. 540-43.

8. Klatt, J. D. y Goodson, J. L. (2013): «Oxytocin-Like Receptors Mediate Pair Bonding in a Socially Monogamous Songbird», *Proceedings of the Royal Society of London, Series B* 280(1750).

Somos familia

1. Jacobsen, R. (2013): «The Homeless Herd», *Harper's*, agosto, pp. 64-69.
2. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 190.
3. *Ibid.*, p. 105.
4. Douglas-Hamilton, I. y O. Douglas-Hamilton, *Among the Elephants*, p. 221.
5. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 125.
6. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 192.
7. *Ibid.*, p. 211.
8. *Ibid.*, p. 165.
9. *Ibid.*, p. 318.
10. Douglas-Hamilton, I. y O. Douglas-Hamilton, *Among the Elephants*, p. 265.
11. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, pp. 229, 245.
12. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 132.
13. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 179.
14. *Ibid.*, p. 175.
15. Blake, S. *et al.* (2003), citado en Moss *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 175.
16. *Ibid.*, p. 191.

17. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 201.
18. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 171.
19. *Ibid.*, p. 245.
20. *Ibid.*, p. 322.
21. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 320.

La llegada de la maternidad

1. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 53.
2. Moss, C., *Elephant Memories*, pp. 152-55.
3. *Ibid.*, p. 265.
4. *Ibid.*, pp. 161-64.
5. *Ibid.*, pp. 161-62.
6. *Ibid.*, pp. 164-65.
7. Moss, C. y M. Colbeck, *Echo of the Elephants*, p. 166.
8. *Ibid.*, p. 184.

Amor de madre elefanta

1. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 176.
2. *Ibid.*, p. 122.
3. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 163.
4. Moussaieff, J. y S. McCarthy (1996): *When Elephants Weep*, p. 73 [trad. esp. *Cuando lloran los elefantes*, traducción de Jordi Beltrán, Ediciones Martínez Roca, 1998]
5. Teleki, G.(1994): «They Are Us» en *The Great Ape Project*, editado por Paola Cavalieri y Peter Singer, Nueva York, St. Martin's, pp. 296-302. Véase también Kortlandt, A. (1962): «Chimpanzees in the Wild», *Scientific American* 206(5), pp. 128-38. Ambos descritos en Moussaieff, J. y S. McCarthy, *When Elephants Weep*, pp. 192-93.
6. Diamond, J. M. (2006): *Third Chimpanzee*, p. 155.
7. *Ibid.*, p. 153.

Empatía elefantina

1. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 179.
2. Douglas-Hamilton, I., Bhalla, S., Wittemyer, G. y Vollrath, F. (2006): «Behavioural

Reactions of Elephants Towards a Dying and Deceased Matriarch», *Applied Animal Behaviour Science*, 100(1-2), pp. 87-102.

3. Walker, J. F. *Ivory's Ghosts*, pp. 26-42. Cita de Williams, J. H. (2001): *Elephant Bill*, Long Riders' Guild Press, p. 227.

4. Moss, C. y M. Colbeck, *Echo of the Elephants*, pp. 64-74.

5. *Ibid.*, p. 37.

6. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 182.

7. Douglas-Hamilton, I. y O. Douglas-Hamilton, *Among the Elephants*, p. 240.

8. De Waal, F. (2012): «The Antiquity of Empathy», *Science*, 336(6083), pp. 874-76.

9. Panksepp, J. y Panksepp, J. B. (2013): «Toward a Cross-Species Understanding of Empathy», *Trends in Neurosciences*, 36(8), pp. 489-96.

10. De Waal, F. (2012): «Antiquity of Empathy», pp. 874-76.

11. Inbal, B. B. *et al.* (2011): «Empathy and Pro-Social Behavior in Rats», *Science*, 334(6061), pp. 1427-30. Véase también Panksepp, J. (2011): «Empathy and the Laws of Affect», *Science*, 334(6061), pp. 1358-59.

12. De Waal, F., *Primates and Philosophers*, p. 30.

Por todos los duelos

1. Moss, C. *Elephant Memories*, p. 84.

2. *Ibid.*, p. 264.

3. *Ibid.*, p. 265.

4. *Ibid.*, p. 267.

5. Vicki Fishlock, científica residente en el Proyecto de Investigación de Elefantes de Amboseli (AERP), mensaje personal, julio de 2013.

6. Moss, *Elephant Memories*, p. 270.

7. Poole, *Coming of Age*.

8. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 270. Véase también Moss, C. y M. Colbeck, *Echo of the Elephants*, p. 61.

9. Sheldrick, D., citado en Douglas-Hamilton, I. y O. Douglas-Hamilton, *Among the Elephants*, p. 237.

10. *Ibid.*, p. 238.

11. *Ibid.*, p. 240.

12. *Ibid.*, pp. 240-41.

13. Douglas-Hamilton, I., *et al.* (2006): «Behavioural Reactions of Elephants», *Applied*

Animal Behaviour Science, pp. 87-102.

14. Moss, C. y M. Colbeck, *Echo of the Elephants*, p. 124.
15. Calloway-Whiting, C. (2010): «Mother Orca and Her Dead Calf: A Mother's Grief?», *Seattlepi.com*, 11 de septiembre.
16. Herzing, D. L., *Dolphin Diaries*, p. 230.
17. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 202.
18. Bearzi, M. (2012): *Dolphin Confidential: Confessions of a Field Biologist*, Chicago, University of Chicago Press, p. 172.
19. King, B. J. (2013): «When Animals Mourn», *Scientific American*, 309(1). Véase también su libro *How Animals Grieve*.
20. Brown, A. E. (1879): «Grief in the Chimpanzee», *American Naturalist*, marzo, pp. 173-75.
21. De Waal, F. (2013): «Bonobo Bliss: Evidence That Doing Good Feels Good», *Natural History*, 8 de agosto. Extracto de De Waal, F., *Bonobo and Atheist*.
22. Zimmer, C. (2012): «Friends with Benefits», *Time*. 20 de febrero.
23. Dr. Patricia Wright, primatóloga, antropóloga y conservacionista estadounidense, conversación personal, septiembre de 2014. Véase también Radin, D. (2014): «The Amazing Emotional Intelligence of Our Primate Cousins», *Ecologist*, 24 de junio.
24. Simmonds, M. P. (2006): «Into the Brains of Whales», *Applied Animal Behaviour Science*, 100(1-2), pp. 103-16.
25. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 323.

Y tú, ¿cómo dices adiós?

1. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, pp. 116, 155.
2. *Ibid.*, p. 153.
3. *Ibid.*, p. 115.
4. *Ibid.*, p. 109. Véase también ElephantVoices.org.
5. *Ibid.*, p. 126.
6. *Ibid.*, p. 113.
7. *Ibid.*, p. 130.
8. *Ibid.*, p. 127. Véase concretamente O'Connell, C. (2008): *The Elephant's Secret Sense: The Hidden Life of the Wild Herds of Africa*, Chicago, University of Chicago Press.
9. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 127.
10. Descartes, R. (1646): carta al marqués de Newcastle. Consultada en <http://>

pubpages.unh.edu/~jel/Descartes.html.

11. Voltaire (1924): *The Philosophical Dictionary*. Traducido por H.I. Woolf, Nueva York, Knopf. Consultado en <http://history.hanover.edu/texts/voltaire/volanima.html>.

12. Darwin, C. (1837-38): *Notebook B: Transmutation of Species*, Darwin-online.org.uk/.

13. Basado en Moussaieff, J. y S. McCarthy, *When Elephants Weep*, p. 229.

14. Roose, Steven P. (2012): «Neuroscience vs. Philosophy: Taking Aim at Free Will», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 60, pp. 393-94.

15. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, pp. 134, 140, 146, 153, 158.

Yo digo «hola»

1. King, L. E., Douglas-Hamilton, I. y F. Vollrath (2007): «African Elephants Run from the Sound of Disturbed Bees», *Current Biology*, 17(19), R832–33. Véase también Bouché, P. *et al.* (2011): «Will Elephants Soon Disappear from West African Savannahs?», *PLoS ONE*, 6(6), e20619.

2. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, pp. 147, 148, 149 y 158.

3. Diamond, J., *Third Chimpanzee*.

4. Zuberbühler, K. (2002): «A Syntactic Rule in Forest Monkey Communication», *Animal Behaviour*, 63(2), pp. 293-99.

5. Altenmüller, E. *et al.*, *Evolution of Emotional Intelligence*, p. 35.

6. Clarke, E., U. H. Reichard y K. Zuberbühler (2006): «The Syntax and Meaning of Wild Gibbon Songs», *PLoS ONE*, 1(1), e73.

7. Crockford, C. y Boesch, C. (2005): «Call Combinations in Wild Chimpanzees», *Behaviour*, 142(4), pp. 397-421.

8. Altenmüller *et al.*, *Evolution of Emotional Intelligence*, p. 35.

9. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 151.

10. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 196.

11. Poole, J., citado en Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 153.

12. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 154.

13. Moss, C., *Elephant Memories*, pp. 314, 315-16.

14. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 326.

15. Martin, D. (2012): «Lawrence Anthony, Baghdad Zoo Savior, Dies at 61», *New York Times*, 11 de marzo, A19. Véase también Zimmerman, J. (2012): «Elephants Hold Vigil for Human Friend», *Grist.org*, 14 de mayo.

Tira y afloja

1. Watson, L. (2003): *Elephantoms: Tracking the Elephant*, Nueva York, Norton, p. 207.
2. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 329.
3. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 123.
4. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 186.
5. Terrace, H. S. (1979): *Nim: A Chimpanzee Who Learned Sign Language*, Nueva York, Knopf, pp. 150-52.
6. Moss, *Elephant Memories*, p. 188.
7. *Ibid.*, pp. 335-36.

Mentes preocupadas

1. Wittemyer, G. *et al.* (2014): «Illegal Killing for Ivory Drives Global Decline in African Elephants», *Current Biology*, 111, pp. 13117-21. Véase también Scriber, B. (2014): «100,000 Elephants Killed by Poachers in Just Three Years, Landmark Analysis Finds», *National Geographic News*, 14 agosto.
2. Gobush, K. *et al.* (2008): «Long-Term Impacts of Poaching on Relatedness, Stress Physiology, and Reproductive Output of Adult Female African Elephants», *Conservation Biology*, 22, pp. 1590-99.
3. Joyce, C. (2013): «Elephant Poaching Pushes Species to Brink of Extinction», *Morning Edition*, NPR, 6 de marzo.
4. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, pp. 32-33.
5. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 222.
6. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 314.
7. *Ibid.*, p. 52.

Ébano y marfil

1. Douglas-Hamilton, I. y D. Douglas-Hamilton, *Among the Elephants*, p. 226.
2. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 53.
3. Diamond, J. (1987): «Did Komodo Dragons Evolve to Eat Pygmy Elephants?», *Nature*, 326, p. 832.
4. Douglas-Hamilton, I. y D. Douglas-Hamilton, *Among the Elephants*, p. 246.

5. Vartanyan, S. L. (1995): «Radiocarbon Dating Evidence for Mammoths on Wrangel Island, Arctic Ocean, until 2000 BC», *Radiocarbon*, 37(1), pp. 1-6.
6. Walker, J. F. (2009): *Ivory's Ghosts*, pp. 26-42.
7. «The History of the Ivory Trade: History Has Been Tragic for Africa's Elephants», *National Geographic*, video online.
8. Douglas-Hamilton, I. y D. Douglas-Hamilton, *Among the Elephants*, p. 248.
9. Walker, J. F. *Ivory's Ghosts*, pp. 5, 64, 84, 91, 96, 134.
10. Conniff, R. (1987): «When the Music in Our Parlors Brought Death to Darkest Africa», *Audubon*, julio, p. 86.
11. Walker, J. F. *Ivory's Ghosts*, p. 120.
12. Conniff, R. (1987): «When the Music in Our Parlors...» p. 89.
13. Walker, J. F. *Ivory's Ghosts*, p. 134.
14. Wasser, S. K. *et al.* (2007): «Using DNA to Track the Origin of the Largest Ivory Seizure Since the 1989 Trade Ban», *PNAS*, 104(10), pp. 4228-33.
15. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 27.
16. Swann, A. J. (2012): *Fighting the Slave Hunters in Central Africa*, 3ª edición, Nueva York, Routledge, pp. 49-50.
17. Shepard, M. citado en Conniff, R., «When the Music in Our Parlors...» p. 81.
18. Spinage, 1973, citado en Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 320.
19. Bradshaw, G. A. *et al.* (2005): «Elephant Breakdown», *Nature*, 433, p. 807.
20. Moss, C., *Elephant Memories*, p. 294. Véase también Nowak, K. *et al.* (2013): «Elephants Are Not Diamonds», *Ecologist*, 8 de febrero.
21. Dell'Amore, C. (2014): «Beloved African Elephant Killed for Ivory», *National Geographic News*.
22. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 329.
23. Gary, R. (1967): «Dear Elephant, Sir», *Life*, 22 de diciembre, p. 126.

SEGUNDA PARTE: AULLIDOS DE LOBOS

Hacia el Pleistoceno

1. Bekoff, M. y Allen, C. (1997) «Cognitive Ethology: Slayers, Skeptics and Proponents», en *Anthropomorphism, Anecdotes and Animals: The Emperor's New Clothes?*, editado por Mitchess, R. W., Thompson, N. y Miles, L., pp. 313-34. Nueva York:

State University Press of New York State.

El lobo perfecto

1. Smith, D. y G. Ferguson (2012): *Decade of the Wolf*, p. 43.
2. Ibid., pp. 72, 87.
3. Zahavi, A. (2007): «Sexual Selection, Signal Selection, and the Handicap Principle», en *Reproductive Biology and Phylogeny of Birds*, editado por Jamieson, B.G.M., Enfield, N.H., Science Publishers.

Manadas que suman y restan

1. Smith, D. y G. Ferguson, *Decade of the Wolf*, pp. 88-92.
2. Ibid., p. 41.
3. Ibid., p. 54.
4. Ibid., p. 55.
5. Ibid., p. 66.
6. Ibid., p. 68.
7. Connor, R. C. en Mann *et al.* (1999): *Cetacean Societies*, p. 212. Véase también Simmonds, M. P. (2006): «Into the Brains of Whales», *Applied Animal Behaviour Science*, 100 (1–2), pp. 103-16 (Simmonds reseña y cita otras fuentes).
8. Ibid., pp. 211-12.
9. Smith, D., entrevista con el autor, marzo de 2013, y Smith, D. y G. Ferguson, *Decade of the Wolf*, pp. 78-79.

Promesas rotas

1. Whittlesey, L. y Schullery, P. (2011): «How Many Wolves Were in the Yellowstone Area in the 1870s?», *Yellowstone Science*, n.º 19, pp. 23-28.
2. Goldman, J. G. (2014): «Reintroducing Wolves Is Only Effective at Large Scales», *Conservation*, 18 de junio.
3. Leonard, J. A. *et al.* (2005): «Legacy Lost: Genetic Variability and Population Size of Extirpated US Grey Wolves», *Molecular Ecology*, 14, pp. 9-17.
4. Smith, D. y G. Ferguson, *Decade of the Wolf*, pp. 7-8.
5. Whittlesey, L. y P. Schullery, «How Many Wolves...», pp. 23-28.

6. «Wolves in Wyoming: WGFD Notifies That Gray Wolf Take Is Suspended», 2014, *Wyoming Game and Fish Department*, <http://wgfd.wyo.gov/wtest/wildlife-1000380.aspx>.
7. Smith, D. y G. Ferguson, *Decade of the Wolf*, pp. 30-31.
8. Ketcham, C. (2014): «How to Kill a Wolf», *Vice*, 13 de marzo.
9. Egan, T. (2009): «Stegner's Complaint», *New York Times*, 18 de febrero.
10. Hemingway, E. (1935): *The Green Hills of Africa*, Nueva York, Scribner, p. 73.
11. Smith, D., entrevista con el autor, marzo de 2013.
12. Leopold, A. (1949): *A Sand County Almanac*, Oxford, Oxford University Press, pp. 129-32.
13. Ripple, W. J. y Beschta, R. L. (2012): «Trophic Cascades in Yellowstone: The First 15 Years After Wolf Reintroduction», *Biological Conservation*, 145(1), pp. 205-13.
14. Poole, O. (2002): «Success Brings Death Sentence for US Wolves», *Telegraph*, 22 de diciembre.
15. Black, J. (2013): «Protected No Longer, More Than 550 Gray Wolves Killed This Season by Hunters and Trappers», *NBC News*, 6 de marzo.
16. Smith, D., entrevista con el autor, marzo de 2013.
17. Johnson, K. (2014): «Study Faults Efforts at Wolf Management», *New York Times*, 3 de diciembre.
18. Hull, J. (2013): «Out of Bounds: The Death of 832F, Yellowstone's Most Famous Wolf», *Outside Online*, 13 de febrero.
19. Schweber, N. (2012): «Research Animals Lost in Wolf Hunts Near Yellowstone», *New York Times*, 28 de noviembre.
20. Duffield, J. W. *et al.* (2008): «Wolf Recovery in Yellowstone: Park Visitor Attitudes, Expenditures, and Economic Impacts», *Yellowstone Science*, 16, pp. 20-25.

Días de tregua

1. Pember, M. A. (2012): «Wisconsin Tribes Struggle to Save Their Brothers the Wolves from Sanctioned Hunt», *Indian Country Today Media Network*, 14 de agosto.
2. Spinoza, B. de (1677): *Ethics*, parte 4, prop. 37, nota 1, en línea.
3. Davis, P., director y productor (1974): *Hearts and Minds*, DVD, BBS Productions and Rainbow Releasing.
4. Garcia, C. (2010): «'Wolf Man' Doug Smith Studies Yellowstone's Restored Predators», *Christian Science Monitor*, 20 de julio.
5. Smith, D. y G. Ferguson, *Decade of the Wolf*, p. 105.
6. Vaillant, J. (2011): *Tiger*, p. 110.

7. Ibid., p. 141.
8. Ibid., pp. 137-39.
9. Ibid., p. 15.
10. Thomas, E. M. (1990): «The Old Way», *New Yorker*, 15 de octubre, p. 78.

Gloriosos parias

1. Smith, D. y G. Ferguson, *Decade of the Wolf*, p. 11.

Allá donde nos lleven los pájaros-lobo

1. Heinrich, B. (1999): *Mind of the Raven*, Nueva York, Ecco, p. 356.
2. Ibid., p. 355.
3. Emery, N. J. y N. S. Clayton (2004): «The Mentality of Crows: Convergent Evolution of Intelligence in Corvids and Apes», *Science*, 306(5703), pp. 1903-7.
4. *Inside the Animal Mind: The Problem Solvers*, video, BBC (la escena tiene lugar a partir del minuto 20).
5. Emery, N. J. y N. S. Clayton, «Mentality of Crows», pp. 1903–7.
6. Klein, J. (2008): «The Intelligence of Crows», *TED Talk*, en línea.
7. Packham, C., presentador (2014): «Are Crows the Ultimate Problem Solvers?», episodio 2 de *Inside the Animal Mind*, BBC Two.
8. Bird C. D. y Emery, N. J. (2009): «Insightful Problem Solving and Creative Tool Modification by Captive Non-Tool-Using Rooks», *PNAS*, 106(25), pp. 10370-75.
9. Warwicker, M. (2012): *Cockatoos Show Tool-Making Skills*, BBC Nature.
10. Nijhuis, M. (2008): «Friend or Foe? Crows Never Forget a Face, It Seems», *New York Times*, 25 de agosto.
11. Bird, C. D. y N. J. Emery, «Insightful Problem Solving...», pp. 10370-75.
12. Emery, N. J. y N. S. Clayton, «Mentality of Crows...», pp. 1903-7.
13. Savage, T. S. y Wyman, J. (1844): «Observations on the External Characters and Habits of the *Troglodytes niger*», *Boston Journal of Natural History*, 4(4), pp. 362-86. Citado en Wrangham, R. W. (2006): «Chimpanzees: The Culture-Zone Concept Becomes Untidy», *Current Biology*, 16(16), pp. R634-35.
14. Carpenter, A. (1887): «Monkeys Opening Oysters», *Nature*, 36, p. 53.
15. Wrangham, R. W. «Culture-Zone Concept...», pp. R634-35.
16. Sundaram, A. (2005): «Scientists Study Gorilla Who Uses Tools», *Environmental*

News Network, 19 de octubre.

17. Byrne, R. W. y Bates, L. A. (2010): «Primate Social Cognition: Uniquely Primate, Uniquely Social, or Just Unique?», *Neuron*, 65, pp. 815-30.
18. Bird, C. D. y N. J. Emery, «Insightful Problem Solving...», pp. 10370-75.
19. «Clever Corvids: The Eurasian Jay», 2012, episodio 1 de *Super Smart Animals*, BBC, <http://www.bbc.co.uk/programmes/p00nltf1>.
20. Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 176.
21. Poole, J. *Coming of Age*, p. 36.
22. Reiss, D. L., *Dolphin in the Mirror*, p. 61.
23. Herzing, *Dolphin Diaries*, p. 28.
24. Auersperg, A.M.I. *et al.* (2012): «Spontaneous Innovation in Tool Manufacture and Use in a Goffin's Cockatoo», *Current Biology*, 22(21), pp. R903-4 (en línea, con video excelente).
25. Brown, C., «Fish Intelligence, Sentience and Ethics», *Animal Cognition*, 19 de junio de 2015.
26. Pierce, J. D. (1986): «A Review of Tool Use in Insects», *Florida Entomologist*, 69(1), pp. 95-104.

Música de lobos

1. McIntyre, R. (2013): «The Story of Triangle», manuscrito no publicado (Rick atribuye a Laurie Lyman el primer avistamiento de lobos de ese día).
2. Altenmüller, E. *et al.*, *Evolution of Emotional Intelligence*, pp. 116-17.
3. *Ibid.*, pp. 144-48.
4. *Ibid.*, p. 134.

Voluntad de vivir

1. Le doy las gracias a Laurie Lyman por la correspondencia privada y por sus contribuciones a *Yellowstone Reports*, en las que describe algunos de estos incidentes.

Sirvientes domésticos

1. Smet, A. F. y Byrne, R. W. (2013): «African Elephants Can Use Human Pointing Cues to Find Hidden Food», *Current Biology*, 23(20), pp. 2033-37.
2. Udell, M.A.R. *et al.* (2008): «Wolves Outperform Dogs in Following Human Social

Cues», *Animal Behaviour*, 76(6), pp. 1767-73.

3. Gwynne, S. C. (2011): *Empire of the Summer Moon*, Nueva York, Scribner, p. 176.

4. Hare, B. y Tomasello, M. (2005): «Human-like Social Skills in Dogs?», *Trends in Cognitive Sciences*, 9(9), pp. 439-44.

5. Wang, G., *et al.* (2013): «The Genomics of Selection in Dogs and the Parallel Evolution Between Dogs and Humans», *Nature Communications*, 4, artículo n.º 1860.

6. Zimmer, C. (2013): «From Fearsome Predator to Man's Best Friend», *New York Times*, 16 de mayo.

7. Darwin, C. (1859): *On the Origin of Species*, Londres, Mentor, pp. 34-35.

8. Hare, B. y M. Tomasello, «Human-like Social Skills...», pp. 439-44.

9. Hare, B. *et al.* (2012): «The Self-Domestication Hypothesis: Evolution of Bonobo Psychology Is Due to Selection Against Aggression», *Animal Behaviour*, 83(3), pp. 573-85.

Dos extremos de la misma correa

1. De Waal, F., «Bonobo Bliss».

2. Wobber, V., R. Wrangham y B. Hare (2010): «Bonobos Exhibit Delayed Development of Social Behavior and Cognition Relative to Chimpanzees», *Current Biology*, 20(3), pp. 226-30.

3. Hare, B. *et al.*, «Self-Domestication Hypothesis...», pp. 573-85.

4. Blount, B. G. (1990): «Issues in Bonobo (*Pan paniscus*) Sexual Behavior», *American Anthropologist*, 92(3), pp. 702-14.

5. De Waal, F. (2012): «The Antiquity of Empathy», *Science*, 336(6083), pp. 874-76.

6. Rilling, J. *et al.* (2011): «Differences Between Chimpanzees and Bonobos in Neural Systems Supporting Social Cognition», *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 5 de abril.

7. Dahl, J. F. (1985): «The External Genitalia of the Female Pygmy Chimpanzee», *Anatomical Record*, 211(1), pp. 24-28.

8. De Waal, F., «Bonobo Bliss».

9. Hare, B. y M. Tomasello, «Human-like Social Skills...», pp. 439-44.

10. Bolk, L. (1926): *Das Problem der Menschwerdung* [The Problem of Human Development], Jena, Gustav Fischer, citado en Fuerle, R. D. (2008): *Erectus Walks Amongst Us*, Nueva York, Spooner Press.

11. Ruff, C. B. *et al.* (1997): «Body Mass and Encephalization in Pleistocene *Homo*», *Nature*, 387(6629), pp. 173-76.

12. Citado en Leach, H. M. (2003): «Human Domestication Reconsidered», *Current Anthropology*, 44(3), pp. 349-68.
13. Roth, G. y Dicke, U. (2005): «Evolution of the Brain and Intelligence», *Trends in Cognitive Science*, 9(5), pp. 250-57.
14. Leach, H. M., «Human Domestication...», pp. 349-68.
15. Citado en Leach, H. M., «Human Domestication...», pp. 349-68.

TERCERA PARTE: QUEJIDOS, MANÍAS Y ANIMALES

La teoría demente

1. Udell, M. A. R. «Wolves Outperform Dogs...», pp. 1767-73.
2. Conversación personal con la experta en autismo Naomi Angoff Chedd, 2014.
3. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 185.
4. Call, J. y Tomasello, M. (2008): «Does the Chimpanzee Have a Theory of Mind? 30 Years Later», *Trends in Cognitive Sciences*, 12(5), pp. 187-92. Véase también Whiten, A. (1996): «When Does Smart Behaviour-Reading Become Mind-Reading?» en *Theories of Theories of Mind*, editado por Carruthers, P. y Smith, P. K., Nueva York, Cambridge University Press, pp. 277-92.
5. Gallese, V. (2007): «Before and Below ‘Theory of Mind’: Embodied Simulation and the Neural Correlates of Social Cognition», *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 362(1480), pp. 659-69.
6. Premack, D. y Woodruff, G. (1978): «Does the Chimpanzee Have a Theory of Mind?», *Behavioral and Brain Sciences*, 1(4), pp. 515-26.
7. Harmon, K. (2012): «The Social Genius of Animals», *Scientific American Mind*, 23, pp. 66-71.
8. De Waal, F., *Primates and Philosophers*, p. 67.

Sexo, mentiras y aves humilladas

1. «Dogs Are No Mind Readers», 2009. *Science Now*, 17 de agosto de 2009.
2. Pettera, M. et al. (2009): «Can Dogs (*Canis familiaris*) Detect Human Deception?», *Behavioural Processes*, 82(2), pp. 109-18.
3. Simons, M. (1989): «Face Masks Fool the Bengal Tigers», *New York Times*, 5 de septiembre.

Vanidad y falsedad

1. Brüne, M. y Brüne-Cohrs, U. (2006): «Theory of Mind: Evolution, Ontogeny, Brain Mechanisms and Psychopathology», *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, 30(4), pp. 437-55.
2. Veà, J. J. y Sabater-Pi, J. (1998): «Spontaneous Pointing Behaviour in the Wild Pygmy Chimpanzee (*Pan paniscus*)», *Folia Primatologica*, 69(5), pp. 289-90.
3. Vail, A. L. *et al.* (2013): «Referential Gestures in Fish Collaborative Hunting», *Nature Communications*, 4, artículo n.º 1765.
4. Vail, A. L. *et al.* (2014): «Fish Choose Appropriately When and with Whom to Collaborate», *Current Biology*, 24(17), pp. R791-93.
5. Bearzi, M. y C. Stanford, *Beautiful Minds*, p. 230. Véase también Mann *et al.*, *Cetacean Societies*; y Simões-Lopes, P. C., Fabian, M. E. y Menegheti, J. O. (1998): «Dolphin Interactions with the Mullet Artisanal Fishing on Southern Brazil: A Qualitative and Quantitative Approach», *Revista Brasileira de Zoologia*, 15(3), pp. 709-26; y Daura-Jorge, F. G. *et al.* (2012): «The Structure of a Bottlenose Dolphin Society Is Coupled to a Unique Foraging Cooperation with Artisanal Fishermen», *Biology Letters*, 8(5), pp. 702-5.
6. Strain, D. (2012): «Clues to an Unusual Alliance Between Dolphins and Fishers», *Science Now*, 1 de mayo.
7. Mead, T. (2002): *Killers of Eden: The Killer Whales of Twofold Bay*, Oatley, NSW, Australia, Dolphin Books.
8. Osvath, M. (2009): «Spontaneous Planning for Future Stone Throwing by a Male Chimpanzee», *Current Biology*, 19(5), pp. R190-91.
9. Radiolab, 25 de enero, 2010, «Fu Manchu», NPR. Consultado en <http://www.radiolab.org/story/91939-fu-manchu/>.
10. Flower, T. (2010): «Fork-tailed Drongos Use Deceptive Mimicked Alarm Calls to Steal Food», *Proceedings of the Royal Society of London, Series B*, en línea.
11. Diamond, J., *Third Chimpanzee*. Véase también Bearzi, M. y C. Stanford, *Beautiful Minds*, p. 188.
12. Linden, E. (1993): «Can Animals Think?», *Time*, 22 de marzo, p. 60.
13. Flombaum, J. I. y Santos, L. R. (2005): «Rhesus Monkeys Attribute Perceptions to Others», *Current Biology*, 15(5), pp. 447-52.
14. Santos, L. R. *et al.* (2006): «Rhesus Monkeys, *Macaca mulatta*, Know What Others Can and Cannot Hear», *Animal Behaviour*, 71(5), pp. 1175-81.
15. Udell, M. A. R., «Wolves Outperform Dogs...», pp. 1767-73.
16. Emery y Clayton, «Mentality of Crows...», pp. 1903-7. Véase también N. S.

Clayton, J. M. Dally y N. J. Emery (2007): «Social Cognition by Food-Caching Corvids: The Western Scrub-Jay as a Natural Psychologist», *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 362(1480), pp. 507-22.

17. De Waal, F., 4 de abril de 2013: «Two Monkeys Were Paid Unequally: Excerpt from Frans De Waal's TED Talk», *TED Blog Video*, Consultado en <http://www.youtube.com/watch?v=meiU6TxysCg>. Véase también De Waal, F. *et al.* (2008): «Giving Is Self-Rewarding for Monkeys», *PNAS*, 105(36), pp. 13685-89. Véase también Takimoto, A. y Fujita, K. (2011): «I Acknowledge Your Help: Capuchin Monkeys' Sensitivity to Others' Labor», *Animal Cognition*, 14(5), pp. 715-25.

18. Wascher, C.A.F. y Bugnyar, T. (2013): «Behavioral Responses to Inequity in Reward Distribution and Working Effort in Crows and Ravens», *PLoS ONE*, 8(2), p. e56885.

19. Than, K. (2012): «Gorilla Youngsters Seen Dismantling Poachers' Traps— a First», *National Geographic News*, 19 de julio. Véase también Andrews, C. G. (2013): «Gorillas Thwart Poachers», *Good Nature Travel*, 27 de agosto.

20. Holekamp, K. E. *et al.* (2007): «Social Intelligence in the Spotted Hyena (*Crocuta crocuta*)», *Transactions of the Royal Society B—Biological Sciences*, 362(1480), pp. 523-38.

21. Bearzi, M. y C. Stanford, *Beautiful Minds*, p. 190.

22. Call y Tomasello, «Does the Chimpanzee Have a Theory of Mind?...», pp. 187-92.

23. De Waal, F., *Primates and Philosophers*, p. 76.

Carcajadas e ideas descabelladas

1. Harmon, K. (2012): «The Social Genius of Animals», *Scientific American Mind*, 23, pp. 66-71. Véase también Horowitz, A. (2011): «Theory of Mind in Dogs?» *Learning and Behavior*, 39(4), pp. 314-17.

2. Nichols, S. y Stich, S. (2005): «Reading One's Own Mind: A Cognitive Theory of Self-Awareness», en *New Essays in Philosophy of Language and Mind*, editado por M. Ezcurdia, R. Stainton y C. Viger, pp. 297-339. Canadá: University of Calgary Press.

3. Citado en Humphrey, N. (2007): «The Society of Selves», *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 362, pp. 745-54.

4. Barrett, L., P. Henzi y D. Rendall (2007): «Social Brains, Simple Minds: Does Social Complexity Really Require Cognitive Complexity?», *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 362, pp. 561-75.

5. Associated Press (2007): «Hawaii Aims to Deter Volcano Offerings», *Washington Post*, 21 de abril.

6. «Morality and the Distinctiveness of Human Action» en De Waal, F., *Primates and Philosophers*, p. 114.

Espejito, espejito

1. Citado en Tennesen, M. (2003): «Do Dolphins Have a Sense of Self?», *National Wildlife Federation*, 1 de febrero.

2. Byrne, R. W. y Bates, L. A. (2010): «Primate Social Cognition: Uniquely Primate, Uniquely Social, or Just Unique?», *Neuron*, 65(6), pp. 815-30. Véase también Rochat, P. y D. Zahavi (2011): «The Uncanny Mirror: A Re-Framing of Mirror Self-Experience», *Consciousness and Cognition*, 20, pp. 204-13.

3. Somppi, S. (2014): «How Dogs Scan Familiar and Inverted Faces: An Eye Movement Study», *Animal Cognition*, 17(3), pp. 793-803.

4. Autier-Derian, D. *et al.* (2013): «Visual Discrimination of Species in Dogs (*Canis familiaris*)», *Animal Cognition*, 16(4), pp. 637-51.

5. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 139.

6. Gallup, G. G. (1970): «Chimpanzees: Selfrecognition», *Science*, 167 (3914), pp. 86-87.

7. Vance, E. (2011): «It's Complicated: The Lives of Dolphins & Scientists», *Discover Magazine*, 7 de septiembre.

8. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 148.

9. *Ibid.*, pp. 143, 149.

10. Prior, H., A. Schwarz y O. Güntürkün (2008): «Mirror-Induced Behavior in the Magpie (*Pica pica*): Evidence of Self-Recognition», *PLoS Biol.*, 6(8), p. e202. Véase también «Mirror Test Shows Magpies Aren't So Bird-Brained», (2008). *New Scientist*, <http://www.youtube.com/watch?v=HRVGA9zxXzk>.

Y hablando de neuronas

1. Burger, J. (2002): *The Parrot Who Owns Me*, Random House.

2. Ramachandran, V. (noviembre de 2009): «The Neurons That Shaped Civilization», TED.com.

3. Jarrett, C. (2013): «A Calm Look at the Most Hyped Concept in Neuroscience: Mirror Neurons», *Wired Science*, 13 de diciembre.

4. Marsh, J. (2012): «Do Mirror Neurons Give Us Empathy?», *Greater Good*, 29 de marzo, en línea.

5. Kilner, J. M. y Lemon, R. N. (2013): «What We Know Currently About Mirror Neurons», *Current Biology*, 23(23), pp. R1057-62.
6. Marsh, J., «Do Mirror Neurons Give Us Empathy?».
7. Citado en Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 171.

Gentes de una nación ancestral

1. Panksepp, J. (2005): «Affective Consciousness: Core Emotional Feelings in Animals and Humans», *Consciousness and Cognition*, 14(1), pp. 30-80.
2. De Waal, F. (1994): *Primates and Philosophers*, p. 72.
3. Altenmüller, E. et al. (2013): *The Evolution of Emotional Communication*, p. 31.
4. Bearzi, M. y C. Stanford (2010): *Beautiful Minds*, p. 173.
5. Ibid., p. 256.
6. Diamond, J. (1991): *The Third Chimpanzee*, p. 155.
7. Moore, R. (2014): «Ape Gestures: Interpreting Chimpanzee and Bonobo Minds», *Current Biology*, 24(14), pp. R645–47. Véase también Hobaiter, C. y Byrne, R. W. (2014): «The Meanings of Chimpanzee Gestures», *Current Biology*, 24(14), pp. 1596-1600.
8. Genty, E. et al. (2009): «Gestural Communication of the Gorilla (*Gorilla gorilla*): Repertoire, Intentionality and Possible Origins», *Animal Cognition*, 12(3), pp. 527-46.
9. Genty, E. y Zuberbuehler, K. (2014): «Spatial Reference in a Bonobo Gesture», *Current Biology*, 24(14), pp. 1601-5.
10. Bearzi, M. y C. Stanford (1991): *Beautiful Minds*, pp. 176-77.
11. Brown, J. (2010): *Writers on the Spectrum: How Autism and Asperger Syndrome Have Influenced Literary Writing*, Londres, Jessica Kingsley. Véase también Prince-Hughes, D. (1987): *Songs of the Gorilla Nation: My Journey Through Autism*, Nueva York, Harmony, p. 135.
12. Fouts, R. (1997): *Next of Kin: My Conversations with Chimpanzees*, Nueva York, Avon, p. 291.
13. Pinker, S. (1994): *The Language Instinct*, Nueva York, William Morrow. Citado por Tyack, P. L., et al. (1999): *Communication and Cognition. Biology of Marine Mammals*, p. 312.
14. Tyack, P. L., et al. (1999): *Communication and Cognition. Biology of Marine Mammals*, p. 313.
15. Thomas, E. M. (2006): *The Old Way*, p. 78.
16. Cartmill, E. A. y Byrne, R. W. (2007): «Orangutans Modify Their Gestural Signalling According to Their Audience's Comprehension», *Current Biology*, 17(15),

pp. 1345-48.

CUARTA PARTE: LAMENTOS ASESINOS

El tiranosaurio de los mares

1. Pitman, R. (2011): «An Introduction to the World's Premier Predator», *Whalewatcher*, 40(1), pp. 25.
2. Ford, J.K.B. y G. M. Ellis (1999): *Transients*, p. 13.
3. Ford, J.K.B. y G. M. Ellis (2005): «Prey Selection and Food Sharing by Fish-Eating 'Resident' Killer Whales (*Orcinus orca*) in British-Columbia», Fisheries and Oceans Canada. Research Document 2005/041.
4. Wilkinson, G. S. (1986): «Social Grooming in the Vampire Bat, *Desmodus rotundus*», *Animal Behaviour*, 34(6), pp. 1880-89.
5. Yamamoto, S. *et al.* (2012): «Chimpanzees' Flexible Targeted Helping Based on an Understanding of Conspecifics' Goals», *PNAS*, 109(9), pp. 3588-92.
6. Hare, B. y Kwetuenda, S. (2010): «Bonobos Voluntarily Share Their Own Food with Others», *Current Biology*, 20(5), pp. R230-31.
7. «Horse Feeds Another Horse», 9 de junio, 2014, <https://www.youtube.com/watch?v=p4jhtJC25EQ>.
8. Hoelzel, A. R. (1991): «Killer Whale Predation on Marine Mammals at Punta Norte, Argentina: Food Sharing, Provisioning and Foraging Strategy», *Behavioral Ecology and Sociobiology*, 29(3), pp. 197-204.
9. Ford, J.K.B., *et al.* (1994): *Killer Whales*, p. 68.
10. Ford, J.K.B. y Ellis, G. M. (1999): *Transients*, p. 61.
11. Herzing, D. L. (2011): *Dolphin Diaries*, p. 153.
12. Bigg, M. A., *et al.* (1987): *Killer Whales*, p. 12.
13. Ford, J.K.B. y Ellis, G. M. (1999): *Transients*, p.
14. Morton, A. (2002): *Listening to Whales*, p. 226.

Una asesina compleja

1. Pitman, R. (2011): «An Introduction to the World's Premier Predator», *Whalewatcher*, 40(1), pp. 2-5.
2. Ford, J.K.B. (2011): «Killer Whales of the Pacific Northwest Coast», *Whalewatcher*,

40(1), pp. 15-23.

3. Dahlheim, M. *et al.* (2008): «Eastern Temperate North Pacific Off shore Killer Whales (*Orcinus orca*): Occurrence, Movements, and Insights into Feeding Ecology», *Marine Mammal Science*, 24(3), pp. 719-29 (parte de la información tiene su origen en referencias citadas por estos autores).

4. Pitman, R. L. (2011): «Antarctic Killer Whales», *Whalewatcher*, 40(1), pp. 39-45.

5. Pabst, D. A., *et al.* (1999) en *Biology of Marine Mammals*, editado por J. E. Reynolds III y Rommel, S. A., p. 61.

6. Tyack, P. L. (1999), en *Biology of Marine Mammals*, p. 293.

Sexo y más sexo

1. Reiss, D. (2011): *Dolphin in the Mirror*, p. 136.

2. Herzing, D. L. (2011): *Dolphin Diaries*, p. 44.

3. *Ibid.*, p. 53.

4. Ford, J.K.B., *et al.* (1987): *Killer Whales*, p. 75.

5. Rendell, L. y Whitehead, H. (2001): «Culture in Whales and Dolphins», *Journal of Behavioral and Brain Science*, 24(2), pp. 309-82.

6. Connor *et al.*, en Mann *et al.*, (1999): *Cetacean Societies*, pp. 260–61.

7. Rendell, L. E. y Whitehead, H. (2003): «Vocal Clans in Sperm Whales (*Physeter macrocephalus*)», *Proceedings of the Royal Society B*, 270(1512), pp. 225-31.

8. Morton, A. (2002): *Listening to Whales*, p. 105.

9. Descrito en Hoyt, E. (1990): *Orca*, pp. 143-44.

10. De Rohan, A. (2003): «Deep Thinkers», *Guardian*, 2 de julio.

11. Bearzi, M., y C. Stanford (2010): *Beautiful Minds*, pp. 164-66.

12. Simmonds, M. P. (2006): «Into the Brains of Whales», *Applied Animal Behaviour Science*, 100(1-2), pp. 103-16 (Simmonds reseña y cita otras Fuentes).

13. King, S. L. y Janik, V. M. (2013): «Bottlenose Dolphins Can Use Learned Vocal Labels to Address Each Other», *PNAS*, 110(32), pp. 13216-21. Véase también Tyack, P. L. en *Biology of Marine Mammals*, p. 304, y Janik, V. M. (2013): «Cognitive Skills in Bottlenose Dolphin Communication», *Trends in Cognitive Sciences*, 17(4), pp. 157-59.

14. «Dolphins May Call Each Other by Name», *Science News*, 8 de marzo, 2013.

15. Janik, V. M. (2000): «Source Levels and the Estimated Active Space of Bottlenose Dolphin (*Tursiops truncatus*) Whistles in the Moray Firth, Scotland», *Journal of Comparative Physiology A*, 186(7–8), pp. 673-80.

16. Herzing, D. L., *Dolphin Diaries*, p. 103.

17. Quick, N. J. y Janik, V. M. (2012): «Bottlenose Dolphins Exchange Signature Whistles When Meeting at Sea», *Proceedings of the Royal Society B*, 279(1738), pp. 2539-45.
18. Morell, V. (2014): «When the Bat Sings», *Science*, 344(6190), pp. 1334-37.
19. Berg, K. S. *et al.* (2011): «Vertical Transmission of Learned Signatures in a Wild Parrot», *Proceedings of the Royal Society B*, 279, pp. 585-91.
20. Morell, V. (2014): «A Rare Observation of Teaching in the Wild», *Science*, 11 de junio.
21. Bruck, J. N. (2013): «Decades-long Social Memory in Bottlenose Dolphins», *Proceedings of the Royal Society B*, 280(1768), p. 1726.

Visiones

1. Samuels, A. y P. L. Tyack en Mann *et al.*, *Cetacean Societies*.
2. Tyack, P. L., *et al.* en *Biology of Marine Mammals*, pp. 297-98.
3. Noad, M. J. *et al.* (2000): «Cultural Revolution in Whale Songs», *Nature*, 408, p. 537.
4. Morton, A., *Listening to Whales*, p. 117.
5. Tyack, P. L., *et al.* en *Biology of Marine Mammals*, pp. 291-92.
6. Ford, J.K.B. y G. M. Ellis, *Transients*, p. 78.
7. Au, *Sonar of Dolphins*, pp. 3-4.
8. *Ibid.*, p. 209.
9. «Infrared Detection in Animals», 10 de noviembre, 2014, MapofLife.org. Véase también Lewis, T. (2014): «Cats and Dogs May See in Ultraviolet», *Livescience*, 18 de febrero.
10. «'Bat Man' Navigates Primarily by Using Echolocation», *National Geographic*, sin fecha.
11. Tyack, P. L., *et al.*, *Biology of Marine Mammals*, p. 289.
12. Bearzi, M. y C. Stanford, *Beautiful Minds*, p. 248.

Mentes diversas

1. Similä, T. y Ugarte, F. (1993): «Surface and Underwater Observations of Cooperatively Feeding Killer Whales in Northern Norway», *Canadian Journal of Zoology*, 71(8), pp. 1494-99.
2. Ford, J.K.B. y G. M. Ellis, *Transients*, p. 26.

3. Morton, A., *Listening to Whales*, p. 192.
4. Pitman, R. L. (2011): «Antarctic Killer Whales», *Whalewatcher*, 40(1), pp. 39-45.
5. Ford, J.K.B. *et al.* (2005): «Killer Whale Attacks on Minke Whales: Prey Capture and Antipredator Tactics», *Marine Mammal Science*, 21(4), pp. 603-18.
6. Matkin, C. y Durban, J. (2011): «Killer Whales in Alaskan Waters», *Whalewatcher*, 40(1), pp. 24-29.
7. Pitman, R. L. *et al.* (2001): «Killer Whale Predation on Sperm Whales: Observations and Implications», *Marine Mammal Science*, 17(3), pp. 494-507.
8. Visser, I. (2005): *Swimming with Orca*. Nueva York, Penguin, pp. 94-95.
9. Connor, R. C. *et al.* (1988): «Social Evolution in Toothed Whales», *Trends in Ecology & Evolution*, 13(6), pp. 228-32.
10. Ward, E. J. *et al.* (2009): «The Role of Menopause and Reproductive Senescence in a Long-Lived Social Mammal», *Frontiers in Zoology*, 6, p. 4.
11. Foster, E. A. *et al.* (2012): «Adaptive Prolonged Postreproductive Lifespan in Killer Whales», *Science*, 337(6100), p. 1313.
12. Connor, R. C., «Social Evolution...» 228-32.
13. Herzing, D. L., *Dolphin Diaries*, p. 51.
14. Gero, S. *et al.* (2009): «Who Cares? Between-Group Variation in Alloparental Caregiving in Sperm Whales», *Behavioral Ecology*, 20(4), pp. 838-43.
15. Parfit, M. y S. Chisholm, *Lost Whale*, p. 13.
16. Morton, A., *Listening to Whales*, p. 139.
17. Herzing, D., *Dolphin Diaries*, p. 42.
18. Bunnell, S. (1974) en *Mind in the Waters*, editado por Joan McIntyre, Nueva York, Scribner.
19. Paulos, R. D., M. Trone y S. A. Kuczaj II (2010): «Play in Wild and Captive Cetaceans», *International Journal of Comparative Psychology*, 23(4), pp. 701-22.
20. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, pp. 112-18.
21. Herzing, D. L., *Dolphin Diaries*, p. 28.

Inteligente, ¿en qué sentido?

1. Vance, E. (2011): «It's Complicated: The Lives of Dolphins and Scientists», *Discover Magazine*, 7 de septiembre.
2. Hof, P. R. y Van Der Gucht, E. (2007): «Structure of the Cerebral Cortex of the Humpback Whale, *Megaptera novaeangliae*», *Anatomical Record*, 290(1), pp. 1-31.

3. Lilly, J., citado por Tyack, P. L. en *Biology of Marine Mammals*, p. 287.
4. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 196.
5. De Rohan, A. (2003): «Deep Thinkers», *Guardian*, 2 de julio.
6. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 129.
7. Associated Press, 7 de septiembre, 2005: «Whale Uses Fish as Bait to Catch Seagulls Then Shares Strategy with Fellow Orcas», *Mongabay.com*.
8. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, pp. 75, 100-103.
9. *Ibid.*, p. 132.
10. Tyack, P. L. en *Biology of Marine Mammals*, p. 287.
11. Citado en Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 176.
12. Bearzi and Stanford, *Beautiful Minds*, pp. 140, 251.
13. Tyack, P. L. en *Biology of Marine Mammals*, p. 288.
14. Pearson, H. C. y D. E. Shelton en *Dusky Dolphin*, pp. 333-53.
15. *Ibid.*
16. Roth, G. y Dicke, U. (2005): «Evolution of the Brain and Intelligence», *Trends in Cognitive Science*, 9(5), pp. 250-57.
17. *Ibid.*
18. Pearson, H. C. y D. E. Shelton en *Dusky Dolphin*, pp. 333-53.
19. Byrne, 1996, citado en Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 174.
20. Roth, G. y Dicke, U., «Evolution of the Brain...», pp. 250-57.
21. Koch, C., *Consciousness*, en línea.
22. *Ibid.*

El cerebro social

1. Tyack, P. en *Biology of Marine Mammals*, pp. 316-17.
2. Connor, R. C. *et al.* en Mann *et al.*, *Cetacean Societies*, p. 266.
3. Simmonds, M. P. (2006): «Into the Brains of Whales», *Applied Animal Behaviour Science*, 100(1-2), pp. 103-16 [Simmonds cita Connor, R. C., M. R. Heithaus y L. M. Barre (2001): «Complex Social Structure, Alliance, Stability and Mating Access in a Bottlenose Dolphin ‘Super-Alliance.’», *Proceedings of the Royal Society of London, Series B*, 268(1464), pp. 263-67].
4. Bearzi, M. y C. Stanford, *Beautiful Minds*, p. 188.
5. *Ibid.*, pp. 197-99.
6. Tyack, P. L. en *Biology of Marine Mammals*, pp. 316-17.

7. Coghlan, A. (2006): «Whales Boast the Brain Cells That ‘Make Us Human’», *New Scientist*, noviembre.
8. Hakeem, A. Y., *et al.* (2009), citado en Moss, C. *et al.*, *Amboseli Elephants*, p. 175.
9. Butti, C. *et al.* (2009): «Total Number and Volume of von Economo Neurons in the Cerebral Cortex of Cetaceans», *Journal of Comparative Neurology*, 515(2), pp. 243-59.
10. Nieuwenhuys, R. (2012): «The Insular Cortex: A Review», *Progress in Brain Research*, 195, pp. 123-63.
11. Coghlan, A. (2006): «Whales Boast the Brain Cells That ‘Make Us Human’», *New Scientist*, noviembre.
12. Hof, P. R. y Van Der Gucht, E. (2007): «Structure of the Cerebral Cortex of the Humpback Whale, *Megaptera novaeangliae*», *Anatomical Record*, 290(1), pp. 1-31.
13. Hakeem, A. Y. *et al.* (2009): «Von Economo Neurons in the Elephant Brain», *Anatomical Record*, 292(2), pp. 242-48.
14. Citado en Coghlan, A., «Whales Boast the Brain Cells». Véase también Hof, P. R. y Van Der Gucht, E., «Structure of the Cerebral Cortex of the Humpback Whale...», pp. 1-31.
15. De Waal, F. (2013): «Animal Conformists», *Science*, 340(6131), pp. 437-38.
16. University of Bristol (2006): «First Demonstration of ‘Teaching’ in Non-human Animals: Ants Teach by Running in Tandem», *Science Daily*, 13 de enero.
17. Guinet, C. y Bouvier, J. (1995): «Development of Intentional Stranding Hunting Techniques in Killer Whale (*Orcinus orca*) Calves at Crozet Archipelago», *Canadian Journal of Zoology*, 73(1), pp. 27-33.
18. Matkin, C. y Durban, J. (2011): «Killer Whales in Alaskan Waters», *Whalewatcher*, 40(1), pp. 24-29.
19. Bender, C., D. Herzog y D. Bjorklund (2009): «Evidence of Teaching in Atlantic Spotted Dolphins (*Stenella frontalis*) by Mother Dolphins Foraging in the Presence of Their Calves», *Animal Cognition*, 12(1), pp. 43-53.
20. Krützen, M. *et al.* 2005: «Cultural Transmission of Tool Use in Bottlenose Dolphins», *PNAS*, 102(25), pp. 8939-43.
21. Hoppitt, W. J. *et al.* (2008): «Lessons from Animal Teaching», *Trends in Ecology & Evolution*, 23(9), pp. 486-93.
22. Taylor, C. K. y Saayman, G. (1973): «Imitative Behavior by Indian Ocean Bottlenose Dolphins (*Tursiops aduncus*) in Captivity», *Behaviour*, 44(3-4), pp. 286-98. Véase también Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 168.
23. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 126.
24. *Ibid.*, p. 169.

25. Tyack, P. L. en *Biology of Marine Mammals*, p. 315.
26. Taylor, C. K. y Saayman, G. (1973): «Imitative Behavior by Indian Ocean Bottlenose Dolphins (*Tursiops aduncus*) in Captivity», *Behaviour*, 44(3-4), pp. 286-98.

Lo oculto

1. Morton, A., *Listening to Whales*, pp. 113-15, 210.
2. Ibid., pp. 93, 121.
3. Ibid., pp. 237-39, 97-98.
4. Garrett, H. (2014): «SeaWorld's Orcas Deserve a Retirement Plan...», *The Dodo*, 14 de noviembre.
5. Parfit, M. y S. Chisholm, *Lost Whale*, pp. 31, 280.
6. Ibid., pp. 36, 66, 186-87.
7. Ibid., pp. 170-71.
8. Ibid., p. 300.
9. Ibid., pp. 82-83, 119.
10. Ibid., pp. 99, 141, 143, 301 (véanse también las demás citas de Parfit, M., pp. 286, 313).
11. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 198.
12. Samuels, A. y P. L. Tyack en Mann, *Cetacean Societies*, p. 26. Véase también Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 199.
13. Herzing, D. L., *Dolphin Diaries*, pp. 29, 64.
14. Ibid., pp. 31-32.
15. Austin, B. (2013): *Beautiful Whales*, Nueva York, Abrams. Véase también «Photographer Gets Up Close with Whales», 2013, *Here & Now*, 3 de junio, <http://hereandnow.wbur.org/2013/06/03/photographer-beautiful-whale>.

Con la ayuda en mente

1. Ford, J.K.B., *et al.*, *Killer Whales*, p. 83.
2. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 205.
3. Pitman, R. L. y Durban, J. W. (2009): «Save the Seal!», *Natural History*, noviembre.
4. Herzing, D. L., *Dolphin Diaries*, p. 106.
5. Fimrite, P. (2005): «Daring Rescue of Whale off Farallones», *San Francisco Chronicle*, 14 de diciembre.

6. Lewis, R. (2013): «Injured Wild Dolphin Swims to Nearby Divers for Help», *Yahoo News*, 22 de enero.
7. Herzing, D. L., *Dolphin Diaries*, p. 184.
8. Safina, C. (2011): *A Sea in Flames: The Deepwater Horizon Oil Blowout*, Nueva York, Crown, p. 193.
9. Lopez, B. H. (1978): *Of Wolves and Men*, Nueva York, Scribner, p. 98.
10. Heimbuch, J. (2013): «Raven with a Face Full of Porcupine Quills Gets Help from Human Neighbors», *Grist*, 17 de julio.
11. Tomkies, M. (1985): *Out of the Wild*, Reino Unido, Jonathan Cape, p. 197.
12. La entrevista con Don Pachico puede verse en línea en el episodio «Destination Baja» de la serie de la PBS *Saving the Ocean with Carl Safina*, disponible en PBS.org.
13. Herzing, D., *Dolphin Diaries*, p. 28.
14. Ibid., pp. 55-56.
15. Ibid., p. 193.
16. Celizic, M. (2007): «Dolphins Save Surfer from Becoming Shark's Bait», *Today*, 8 de noviembre.
17. Reiss, D., *Dolphin in the Mirror*, p. 207.
18. Ibid., p. 206.
19. Herzing, D., *Dolphin Diaries*, p. 50.
20. Ibid., p. 32.
21. Bearzi, M. y C. Stanford, *Beautiful Minds*, pp. 25-26.

No molestar

1. Morton, A., *Listening to Whales*, p. 94.
2. Ford, J.K.B. (2011): «Killer Whales of the Pacific Northwest Coast», *Whalewatcher*, 40(1), pp. 15-23.
3. Citado en Ford, J.K.B. *et al.*, *Killer Whales*, p. 11.
4. Ford, J.K.B. *et al.*, *Killer Whales*, p. 11.
5. Hoyt, E., *Orca*, pp. 37, 228.
6. Bigg *et al.*, *Killer Whales*, p. 15.
7. Hoyt, E., *Orca*, p. 93.
8. Ford, J.K.B. *et al.*, *Killer Whales*, p. 12.
9. Parfit, M. y Chisholm, S., *Lost Whale*, p. 108.
10. Hoyt, E., *Orca*, pp. 15-19.

11. Ford, J.K.B., «Killer Whales of the Pacific Northwest Coast...», pp. 15-23.
12. Hoyt, E., *Orca*, p. 70.
13. Ibid., p. 147.
14. Ford, J.K.B. *et al.*, *Killer Whales*, p. 12.
15. Hoyt, E., *Orca*, p. 203.
16. Ibid., p. 20.

Tener y mantener

1. Samuels, A. y Tyack, P. L., en Mann, *Cetacean Societies*, pp. 22-25.
2. Cowperthwaite, G., director y productor, (2013): *Blackfish*, DVD, Manny O Productions.
3. Hoyt, E., *Orca*, p. 19.
4. Kuo, V. (2013): «Orca Trainer Saw Best of Keiko, Worst of Tilikum», *CNN.com*, 28 de octubre.
5. Simmonds, M. P. (2006): «Into the Brains of Whales», *Applied Animal Behaviour Science*, 100(1-2), pp. 103-16.
6. Schusterman, 2000, citado en Simmonds, «Into the Brains of Whales...», pp. 103-16.
7. Hoyt, E., *Orca*, pp. 118-20.
8. Ford, J.K.B. y G. M. Ellis, *Transients*, p. 21.
9. Hoyt, E., *Orca*, pp. 37, 126.

Personalidad a raudales

1. Parfit, M. y S. Chisholm, *Lost Whale*, p. 39.
2. Ferrara, C. R. *et al.* (2012): «Turtle Vocalizations as the First Evidence of Posthatching Parental Care in Chelonians», *Journal of Comparative Psychology*, 127(1), pp. 24-32. Véase también Ferrara, C. R. *et al.* (2014): «Sound Communication and Social Behavior in an Amazonian River Turtle (*Podocnemis Expansa*)», *Herpetologica*, 70(2), pp. 149-56.
3. Roosevelt, T. (1903): *The Works of Theodore Roosevelt, the Wilderness Hunter*, Nueva York, Scribner, p. 96.
4. Verdolin, J. L. y Harper, J. (2013): «Are Shy Individuals Less Behaviorally Variable? Insights from a Captive Population of Mouse Lemurs», *Primates*, 54(4), pp. 309-14.

5. Sih, A. *et al.* (2004): «Behavioral Syndromes: An Integrative Overview», *Quarterly Review of Biology*, 79(3), pp. 241-77. Véase también Sweeney, K. *et al.* (2013): «Predator and Prey Activity Levels Jointly Influence the Outcome of Long-Term Foraging Bouts», *Behavioral Ecology*, 24(5), p. 1205. Véase también Brown, G. E. *et al.* (2012): «Retention of Acquired Predator Recognition Among Shy Versus Bold Juvenile Rainbow Trout», *Behavioral Ecology and Sociobiology*, 67(1), pp. 43-51.

6. Conversación personal con los profesores de Peter Rutgers and Judith Weis, 2014.

7. Morton, A., *Listening to Whales*, pp. 53-55.

8. *Ibid.*, pp. 49-50, 100.

9. *Ibid.*, p. 97.

10. Hoyt, E., *Orca*, p. 44.

Una visión verdadera y poderosa

1. Neihardt, J. G. (1972): *Black Elk Speaks*, Nueva York, Washington Square, p. 238.

2. Ford, J.K.B. y G. M. Ellis, *Transients*, p. 81.

3. *Ibid.*, p. 26.

4. NOAA Southern Resident Recovery Plan, en línea.

5. Conversación de John Durban con el autor; y Ford, J.K.B. y Ellis, G. M., *Transients*, p. 87.

6. 2013: «Sonar Used by Oil Company Caused Mass Whale Stranding in Madagascar», 25 de septiembre, *Mongabay.com*.

Epílogo: Una última pincelada

1. Morton, A., *Listening to Whales*, p. 5.

Bibliografía

- ALTENMÜLLER, E., SCHMIDT, S. y ZIMMERMANN, E. (2013): *The Evolution of Emotional Communication*, Oxford, Oxford University Press.
- AU, W.W.L (1993): *The Sonar of Dolphins*, Nueva York, Springer.
- BEARZI, M. y STANFORD, C. B. (2008): *Beautiful Minds: The Parallel Lives of Great Apes and Dolphins*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- BIGG, M. A. et al. (1987): *Killer Whales: A Study of Their Identification, Genealogy, and Natural History in British Columbia and Washington State*, Nanaimo (Columbia Británica), Phantom Press.
- BURGER, J. (2002): *The Parrot Who Owns Me: The Story of a Relationship*, Nueva York, Villard Books.
- DE WAAL, F. (2013): *The Bonobo and the Atheist: In Search of Humanism Among the Primates*, Nueva York, Norton.
- DE WAAL, F. (2006): *Primates and Philosophers: How Morality Evolved*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- DIAMOND, J. (1991): *The Rise and Fall of the Third Chimpanzee: How Our Animal Heritage Affects the Way We Live*, Nueva York, Vintage Books [ed. esp.: *El tercer chimpancé: evolución y futuro del animal humano* (trad. María Corniero), Madrid, Espasa Calpe, 1994].
- DOUGLAS-HAMILTON, I. y DOUGLAS-HAMILTON, O. (1975): *Among the Elephants*, Nueva York, Viking Books.
- FORD, J.K.B. y ELLIS, G. M. (1999): *Transients: Mammal-Hunting Killer Whales of British Columbia, Washington, and Southeastern Alaska*, Seattle, University of Washington Press.
- FORD, J.K.B., ELLIS, G. M. y BALCOMB, K. C. (1994): *Killer Whales*, UBC Press y University of Washington Press.
- HERZING, D. L. (2011): *Dolphin Diaries: My Twenty-five Years with Spotted Dolphins in*

the Bahamas, Nueva York, St. Martin's.

HOYT, E. (1981): *Orca: The Whale Called Killer*, Nueva York, Dutton.

KOCH, C. (2012): *Consciousness: Confessions of a Romantic Reductionist*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.

MANN, J., CONNOR, R. C., TYACK, P. L. y WHITEHEAD, H. (2000): *Cetacean Societies: Field Studies of Dolphins and Whales*, Chicago, University of Chicago Press.

MORTON, A. (2004): *Listening to Whales*, Nueva York, Ballantine Books.

MOSS, C. y COLBECK, M. (1993): *Echo of the Elephants: The Story of an Elephant Family*, Nueva York, William Morrow.

MOSS, C. J. (2000): *Elephant Memories: Thirteen Years in the Life of an Elephant Family*, Chicago, University of Chicago Press [ed. esp.: *Los elefantes* (trad. Lorenzo Cortina Toral), Barcelona, Plaza & Janés, 1992].

MOSS, C. J., CROZE, H. y LEE, P. (eds.) (2011): *The Amboseli Elephants: A Long-Term Perspective on a Long-Lived Mammal*, Chicago, University of Chicago Press.

MOUSSAIEFF MASSON, J. y MCCARTHY, S. (1996): *When Elephants Weep: The Emotional Lives of Animals*, Nueva York, Delta [ed. esp.: *Cuando lloran los elefantes*, (trad. Jordi Beltrán), Barcelona, Ediciones Martínez Roca].

PARFIT, M. y CHISHOLM, S. (2013): *The Lost Whale: The True Story of an Orca Named Luna*, Nueva York, St. Martin's Press.

PEARSON, H. C. y SHELTON, D. E. (2010): «A Large-Brained Social Animal», en Würsig, B. y Würsig, M. (eds.): *The Dusky Dolphin*, Londres, Elsevier.

POOLE, J. (1997): *Coming of Age with Elephants: A Memoir*, Nueva York, Voyageur Press.

REISS, D. (2011): *The Dolphin in the Mirror: Exploring Dolphin Minds and Saving Dolphin Lives*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt.

SMITH, D. W. y FERGUSON, G. (2005): *Decade of the Wolf: Returning the Wild to Yellowstone*, Guilford (Connecticut), Lyons Press.

TYACK, P. L. (1999): en Reynolds, J. E., III y Rommel, S. A. (eds.): *Biology of Marine Mammals*, Washington DC, Smithsonian.

VAILLANT, J. (2011): *The Tiger: A True Story of Vengeance and Survival*, Nueva York, Vintage Departures.

WALKER, J. F. (2009): *Ivory's Ghosts: The White Gold of History and the Fate of Elephants*, Nueva York, Atlantic Monthly Press.

Agradecimientos

Cualquier intento de reunir los detalles que han contribuido a la creación de este libro resultaría inadecuado e insuficiente. Pero permitidme intentarlo. Cuando leí sobre los elefantes traumatizados mientras estaba rodeado de delfines en el golfo de California, me asaltó una duda que caló muy hondo en mi interior y en torno a cuya respuesta cristalizó el concepto central de este libro. Quiero dar las gracias a su autora, Gay Bradshaw, y a Brett Jenks, de RARE Conservation, por aquella fértil combinación. Si hoy entiendo un poco mejor a los elefantes es gracias a la excepcional ayuda de Cynthia Moss, Iain Douglas-Hamilton y Vicki Fishlock, en especial, y de Katito Sayialel, David Dallaben, Daphne Sheldrick, Edwin Lusichi, Julius Shivega, Gilbert Sabinga, Frank Pope, Shifra Goldenberg, George Wittemyer, Lucy King, Ike Leonard, Soila Sayialel y Joseph Soltis. También, quiero dar las gracias a Andrew Dobson, Katarzyna Nowak y John Heminway por ayudar a que tomemos conciencia, y a Jeff Andrews, Otto Fad, Diane Donohue, Judy St. Ledger y Ray Ryan por su amplitud de miras. Gracias a Jean Hartley por la logística que hizo que mi viaje a Kenia fuera como la seda. En Yellowstone, mi gratitud para el genuino Rick McIntyre y para Laurie Lyman, Doug McLaughlin y Doug Smith por su dedicación excepcional y sus observaciones, su comprensión y sus historias, sin las cuales la sección sobre los lobos no habría sido posible. También me gustaría agradecer a Sian Jones su vista de lince, y al Servicio de Parques Naturales de los Estados Unidos sus esfuerzos pese a la falta de fondos. Estoy profundamente agradecido a Ken Balcomb, Dave Ellifrit, Kathy Babiak, Bob Pitman, John Durban, Nancy Black y Alexandra Morton por mi inmersión en el mundo de las orcas. Por su sabiduría y experiencia, doy las gracias a Diana Reiss, Heidi C. Pearson, Diane Doran-Sheehy, así como a Kyle Hanson, cuyo cuervo herido reservó comida para sus congéneres en libertad, a Crystal Possehl, cuyo lagarto pogona pareció guardar duelo, y a Derek Craighead, experto en córvidos.

Os recomiendo encarecidamente colaborar con Save the Elephants, Amboseli Trust for Elephants, Big Life Foundation, David Sheldrick Wildlife Trust, Yellowstone Park

Foundation, o el Center for Whale Research, que luchan en primera línea para mantener a estas criaturas con nosotros.

Desde el punto de vista editorial, doy las gracias a Jack Macrae, Jean Naggar, Jennifer Weltz y Bonie Thompson, unos colaboradores sin par, leales y expertos. Por la lectura de los primeros borradores, algo difusos, y por su ayuda con los puntos flacos, gracias a John Angier, Patricia Wright, Cynthia Tuthill, Joanna Burger, Mike Gochfeld, Margaret Conover, Rachel Gruzen, Tom Mittak y Paul Greenberg, el hombre que lo ve todo. *In memoriam*, mi humilde reconocimiento hacia Peter Matthiessen, quien durante años fue mi fuente de inspiración y de ánimos.

Por el apoyo material, quiero agradecer especialmente la ayuda de Julie Packard, la familia Gilchrist, Andrew Sabin, Ann Hunter-Welbron y familia, Susan O'Connor, Roy O'Connor, Robert Campbell, Beto Bedolfe, Glenda Menges, Sylvie Chantecaille, y otros más que han preferido el anonimato. Asimismo, deseo expresar mi gratitud hacia Eric Graham, Sven Olof Lindblad, Jeff Rizo, Richard Reagan, Rainer Judd, Howard Ferren, Andrew Revkin y Paul Winter. En mi campus, gracias a Howie Schneider, Elizabeth Bass, Minghua Zhang, Stefanie Massucci, Deborah Lowen-Klein, Dexter Bailey y David Conover. Por mantener el barco a flote, mi reconocimiento a Jesse Bruschini, Mayra Mariño, a la célebre vaquera Megan Smith, y a Elizabeth Brown. Por darme pistas para escoger curiosidades animales, gracias a John Todaro, John y Nancy DeBellas, Peter Oswald, Danielle Gustafson y mi hija, Alexandra Srp.

Por compartir su vida, avistar halcones, salvar límulos, cercar a las gallinas cada noche y dar de comer a todo el mundo, doy las gracias a mi mujer, Patricia Paladines, en quien siempre he hallado un reflejo profundo. Lo que ella vea en mí... Bueno, como ya sabéis, no puedo leer la mente.

Por último y no menos importante, gracias a Chula, Jude, Rosebud, Kane, Velcro, Emi, Maddox, Kenzie y tantos otros, grandes y pequeños, en libertad y domesticados, o ni lo uno ni lo otro; a todos los que me han abierto los ojos. Desde los perros y los peludos huérfanos que habitan nuestro salón y nuestro jardín, hasta las extensas colonias de aves marinas de las costas más remotas; a los grandes peces, las tortugas y las ballenas de los inmensos y profundos océanos; a los halcones de los cielos otoñales y a los pájaros cantores de los bosques de primavera. A todos los que aparecen en estas páginas y a los demás, quiero expresar mi más profundo agradecimiento por llenar mi vida de belleza, humor, amor, alegría, buenos ratos, dolores de cabeza, suciedad, desorden y barro. En otras palabras: por hacerla real.

Gracias a todos.



1. Un recién nacido da sus primeros pasos con la ayuda de su madre de veinticinco años, Petula (al fondo, con la pata levantada), y las primas de ésta.



2. Las crías suelen descansar a la sombra mientras las adultas montan guardia de pie.



3, 4 y 5. Tras una devastadora sequía, vino un baby boom. Durante varios años los más jóvenes no se alejan demasiado de sus madres para poder tocarlas.





6 y 7. El agua y el barro hacen felices a los elefantes.





8. A menudo, los elefantes se saludan llevando la trompa a la boca del otro, en una mezcla de apretón de manos, abrazo y beso.



9. La hembra en primer plano regresa junto a su familia tras la cópula. Sus glándulas temporales secretan a causa de la emoción y sus familiares, excitadas, la olisquean y la tranquilizan.



10. La doctora Vicki Fishlock identifica a un macho desconocido a los pies del monte Kilimanjaro, en el parque nacional de Amboseli, Kenia.



11. A simple vista, Katito Sayialel es capaz de reconocer a novecientos ejemplares de elefantes.



12. Iain Douglas-Hamilton, padre de la investigación sobre los elefantes y fundador de Save the Elephants, junto a Carl Safina en la reserva nacional de Samburu, Kenia.



13. Última fotografía de Philo. Cuatro días después, los cazadores furtivos lo asesinaron.



14. David Daballen de Save the Elephants.



15. Placida, a la izquierda, de treinta años, confraternizando con Tee-Jay, un macho de veinticuatro años, enorme y afable. Placida dio a luz cuando este libro estaba a punto de terminar.



16. Tim con cuarenta y tres años. Sus espléndidos colmillos son un problema en la era de los cazadores furtivos.



17. Rick McIntyre observa Yellowstone cada día desde hace más de quince años.



18. Veintiuno, el superlobo que jamás perdió un combate, nunca mató a un rival y murió de viejo y a su manera.



19. Siete Cincuenta y Cuatro (arriba a la derecha) y Cero Seis. A pesar de sus notorios collares de localización, murieron disparados cuando traspasaron los límites del parque nacional de Yellowstone.



20. El momento decisivo de la vida Ocho Veinte, la loba que en otro tiempo fue orgullosa y precoz, ahora proscrita y derrotada, expulsada de la manada por sus propios hermanos.



21. Siete Cincuenta y Cinco, cuya vida dio un vuelco después de que su madre y su hermano fueran matados a tiros.



22. Dos lobos Lamar a través del telescopio que devoran un uapití ante las urracas y los «pájaros-lobo» (los cuervos).



23. Chris Bahn con los lobos que él mismo ha criado en Howlers Inn.



24. Jude, abajo a la izquierda, con Carl y Chula.



25. Ken Balcomb lleva cuatro décadas estudiando a las orcas.



26. L-4, un macho de treinta y seis años dotado de una aleta especialmente larga, con L-22, de cuarenta y dos, a su izquierda. Surcan las aguas del estrecho de Haro junto a otros dos miembros de la manada L.



27. La transeúnte T-20, de unos cincuenta años, que acaba de devorar una foca junto a sus compañeros.



28. Dan Mahon parece disfrutar de la alarmante proximidad de una orca del mar de Ross. Según parece, el sentimiento es mutuo.



29. Luna, la joven orca perdida que podría ganarse el amor y la confianza de cualquier madre.



30. L-86 con su hija Victoria, cuya muerte a los tres años parece estar relacionada con las maniobras de los bombarderos de la Marina de los Estados Unidos, pese a que ésta lo desmienta.



31. La noche después de que esta joven yubarta agonizante se quedase varada en la orilla, la farera de Montauk, a 25 kilómetros de allí, oyó «cantos de ballena profundamente tristes», como si fueran de una madre preocupada por su hija perdida, o lamentando su pérdida.



32. Una yubarta en Montauk, algunos años después.



33, 34 y 35. Los humanos no son los únicos animales que se quieren unos a otros. Dos albatros de Laysan; un joven elefante que abraza con la trompa a un familiar dormido; y Jude (izquierda) y Chula, mejores amigos de por vida.